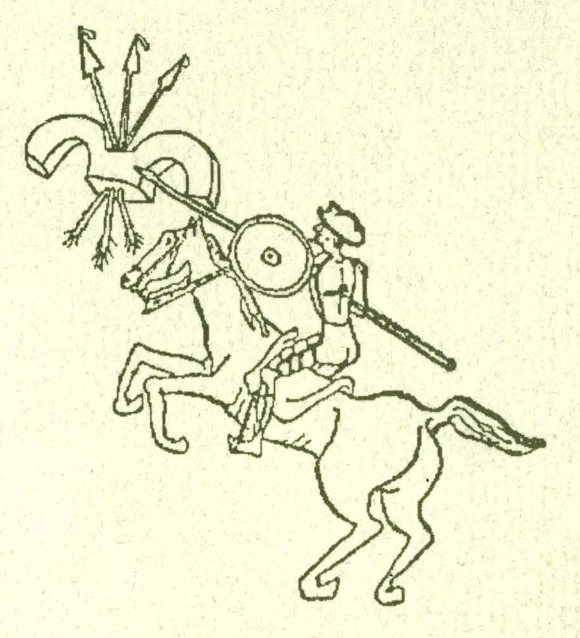


Historia de una revista del exilio (1946-1963)

JAMES VALENDER ■ GABRIEL ROJO LEYVA



EL COLEGIO DE MÉXICO
FONDO EULALIO FERRER

Las Españas

Historia de una revista del exilio
(1946-1963)



Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios
Fondo Eulalio Ferrer

LAS ESPAÑAS

Historia de una revista del exilio
(1943-1963)

James Valender
Gabriel Rojo Leyva

EL COLEGIO DE MÉXICO

860.5
E77

Las Españas : historia de una revista del exilio,
1946- 1963 / Gabriel Rojo Leyva, James Valender
[editores].- - México : El Colegio de México,
Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios,
1999.
794 p. ; 22 cm.

ISBN 968-12-0881-1

1. Las Españas (Revista). 2. Literatura española-Siglo XX-Publicaciones periódicas. 3. España-Civilización-Siglo XX-Publicaciones periódicas.
I. Rojo Leyva, Gabriel, ed. II. Valender, James, coed.

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



Portada: Tipografía original de la revista *Las Españas*,
diseñada por José Renau.
Viñeta anónima tomada de *Suplemento de Las Españas*,
núm. 4, agosto de 1952.

Diseño de María Luisa Martínez Passarge

Primera edición, 1999

ISBN 968-12-0881-1

Impreso en México/*Printed in Mexico*

ÍNDICE

PREFACIO

Editada por un grupo de republicanos exiliados en México, la revista *Las Españas* (1946-1963) fue un proyecto político y literario de largo alcance, en el que participaron escritores y artistas de muy diversas corrientes ideológicas. Menos conocida, pero de una importancia similar a *España Peregrina* (1940), *Las Españas* ofreció un espacio de expresión y de diálogo a la comunidad exiliada durante los largos y duros años de decepción y de desengaño que sobrevinieron después del desenlace de la segunda Guerra Mundial. Su interés histórico, como se verá, radica tanto en el carácter singularmente heterodoxo de sus planteamientos políticos como en su amplia y variada labor de difusión cultural.

El libro que presentamos tiene como objetivo revalorar la importancia de esta revista, hoy tan poco conocida en México como en España. Consta de tres partes principales. En un estudio introductorio intentamos definir los rasgos principales del pensamiento ideológico de la revista, seguir las diversas actividades políticas organizadas por sus promotores, así como analizar la ingente labor cultural llevada a cabo. Como apéndice a esta introducción, ofrecemos una serie de testimonios inéditos, amablemente cedidos por algunos de los que participaron en la revista. A esta primera parte introductoria, siguen los índices general y onomástico no sólo de *Las Españas* (y de sus ramificaciones: *Noticias de Las Españas* y *Diálogo de Las Españas*), sino también de dos revistas que, sin duda, fueron antecedentes directos suyos: *Aragón* y *Ruedo Ibérico*. La tercera parte se destina a una extensa antología en que se ofrece una muestra representativa de las diversas facetas de *Las Españas*.

Por lo difícil que resultó consultar muchos de los materiales necesarios para esta investigación, tuvimos que abusar de la generosidad de numerosas personas e instituciones. Nuestro más sincero agradecimiento, por lo tanto, a Leonor Sarmiento, presi-

denta del Ateneo Español de México, lo mismo que a Paloma Altolaguirre, Federico Arana, Anselmo Carretero, Francisco Caudet, Ascensión Hernández de León Portilla, José Puche Planás y Arturo Souto Alabarce, quienes, al facilitarnos documentos provenientes de sus archivos, nos permitieron llevar nuestro trabajo a buen término. Por sus generosos consejos, así como por los testimonios que nos brindaron, estamos también muy agradecidos a los ya mencionados Federico Arana, Anselmo Carretero y José Puche Planás, lo mismo que a María Dolores Arana y a Juan Ramón Arana. Nos beneficiamos asimismo de un breve diálogo epistolar con Manuel Andújar y es un motivo de pena el que ya no esté con nosotros para poder compartir el resultado de nuestro trabajo.

En El Colegio de México hemos contado con la ayuda y la comprensión de muchas personas. En especial, queremos darles las gracias a Rebeca Barriga Villanueva y a Luis Fernando Lara, quienes, como directores sucesivos del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, en todo momento impulsaron el proyecto e hicieron lo posible para que éste pudiera lograr sus objetivos. A Alejandro Rivas nuestro reconocimiento por su indispensable auxilio en el manejo informático de los datos. Igualmente, a Gabriela Martin y a Olivia Villalpando, quienes, como becarias de investigación del CELL, ayudaron en las tareas más arduas y más ingratas de la investigación. Finalmente (y ya fuera del ámbito de El Colegio de México), nuestro agradecimiento a Paloma Ulacia por su ayuda en la realización y transcripción de las entrevistas que aquí se publican.

Sólo nos resta agregar que, en las páginas que siguen, con el fin de hacer más ágil la lectura, asignamos las siguientes siglas: *LE*, para *Las Españas*; *DLE*, para *Diálogo de Las Españas*; *NLE*, tanto para *Noticias de Las Españas* como para *Noticias dentro y fuera de España*; *RI*, para *Ruedo Ibérico*, y *BUIE* para el *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles* de París.

JAMES VALENDER
GABRIEL ROJO

Julio de 1997

Estudio introductorio

I. UNA REVISTA DEL EXILIO

1. EL EXILIO ESPAÑOL EN MÉXICO A MEDIADOS DE LOS AÑOS 40

Los españoles que en 1939 salieron de su país a raíz de la derrota de la República, llegaron a tierras americanas con la esperanza de que su exilio pronto terminaría. Lo que más ayudaba a alentar esta esperanza era, desde luego, la situación internacional reinante. El hecho de que en septiembre de 1939 Francia e Inglaterra habían declarado la guerra a Alemania e Italia, rompiendo así por fin con su política de no-intervención, hizo que los republicanos se sintieran, si no apoyados, al menos acompañados en la lucha antifascista que habían emprendido en julio de 1936. La mayoría de ellos consideraban la lucha contra Hitler y Mussolini como una simple continuación de la Guerra Civil española y, por ello mismo, confiaban que una vez que los Aliados hubieran destruido los ejércitos alemanes e italianos, estas mismas fuerzas procederían a derrocar a Franco. Lo cual, a su vez, les permitiría a ellos, los republicanos, volver a su país y retomar la labor que el levantamiento militar había interrumpido. Es decir, desde septiembre de 1939 la posibilidad de volver a España se veía directamente determinada por el desenlace de la Guerra Mundial.

La Guerra Mundial duró mucho más de lo que incluso los más pesimistas habían calculado, lo cual, desde luego, puso a prueba la paciencia de muchos de los exiliados. Tampoco hizo nada por suavizar los agrios conflictos que ya existían desde tiempos de la Guerra Civil entre las diferentes facciones que conformaban el campo republicano. Impotentes para influir en el curso de los acontecimientos, durante los primeros años de su exilio muchos desahogaban su frustración y su impaciencia en mutuas recriminaciones de orden ideológico y partidista. La

tragedia nacional se volvía a contar una y otra vez y la caída del Gobierno Republicano se atribuía ya a una agrupación, ya a otra.

Cabe señalar que no fue el caso, desde luego, de todos los exiliados. En México algunos prefirieron tomar distancia frente a estas divisiones violentas (y finalmente estériles), ensayando cierta integración interina al país de acogida, pero sin que esto significara renuncia alguna a la causa por la cual habían arriesgado la vida. En México esta evolución se ve claramente en el ámbito de las revistas literarias. Si bien *España Peregrina* (1940) dio voz al espíritu combativo de los republicanos españoles en la primera hora del exilio, la transformación (o transfiguración) de esta revista, a partir de 1942, en *Cuadernos Americanos*, reflejó, en efecto, un deseo por parte de un buen número de dichos españoles de ubicar sus preocupaciones ideológicas y culturales dentro de un ámbito, ya no tan sólo español, sino hispanoamericano en general. Parecido empeño, aunque inscrito dentro de un pensamiento menos teleológico de la cultura, fue el de la revista *Romance* (1940-1941), que, aun cuando creada por exiliados españoles, en realidad no era una revista "del" exilio, sino, de nuevo, un órgano para la difusión de la cultura hispánica. Por otra parte, en este mismo período habría que destacar la asidua participación de intelectuales españoles en las principales revistas mexicanas del día: *Taller* (1938-1941), *Tierra Nueva* (1940-1942), *Rueca* (1941-1952), *El Hijo Pródigo* (1943-1946), *Letras de México* (1937-1947) y *Revista Mexicana de Cultura* (el suplemento del diario *El Nacional*), entre otras.

La Guerra Mundial fue larga y cruenta, pero a partir de la liberación de París en julio de 1944, el triunfo final de los aliados ya se veía venir. Por ello mismo, de repente volvió a actualizarse, en el espíritu de muchos españoles republicanos, la posibilidad de regresar a su país. Una posibilidad, hay que decirlo, que con el paso de los meses se volvería cada vez más problemática. Así, a partir de 1944, se inició una nueva etapa en la vida de los exi-

liados: aquella en que sus esperanzas entraron en contacto con la dura realidad del nuevo orden geopolítico que la Guerra Mundial había ayudado a crear. Porque, como ahora sabemos, en la actitud hacia España de los países liberales, vencedores en la guerra, finalmente pesaría más su temor ante la expansión de la zona de influencia de la Unión Soviética que sus propios principios democráticos; razón por la cual, a pesar de ciertos titubeos iniciales, terminaron por favorecer a un régimen declaradamente totalitario, como lo era el de Franco, antes de apoyar a un gobierno democráticamente elegido, como el de la República Española, que había demostrado tener vínculos muy estrechos con el gobierno de Stalin.

La claudicación se haría de manera paulatina y, de hecho, no sería sino en 1950, tras la decisión de la Organización de Naciones Unidas de revocar un embargo anteriormente impuesto sobre el gobierno de Franco, cuando se haría evidente ya para todos que la comunidad internacional, en definitiva, no iba a intervenir en España para cambiar el régimen. De este modo, en la historia del exilio republicano, el período que va de 1945 a 1950 se caracteriza por una lenta erosión de las grandes expectativas que el desenlace de la Guerra Mundial (anticipado ya desde 1944) había despertado, así como por una gran incertidumbre en cuanto al camino que habría que tomar frente a las nuevas circunstancias que poco a poco iban perfilándose.

¿Qué hacer? Dada la gravedad del momento, los exiliados volvieron a tomar conciencia, al menos, de la necesidad de superar las antiguas divisiones y así ofrecer una imagen de armonía ante la comunidad internacional, que (según confiaban) les ayudaría a restaurar la República. En México salieron dos revistas que pretendieron lograr esta unidad entre los intelectuales: en octubre de 1946 apareció *Las Españas*, editada y dirigida por Manuel Andújar y José Ramón Arana; y unos meses más tarde, en junio de 1947, se publicó *Ultramar*, revista dirigida por Juan Rejano. Aunque apoyada por una impresionante lista de colaboradores, *Ultramar* no tendría continuación después del primer

número.[1] No así *Las Españas* que, rebasando las circunstancias que la vieron nacer, con el tiempo se convertiría no sólo en una de las revistas más longevas del exilio español en México, sino también en una de las publicaciones de mayor prestigio.

2. ANTECEDENTES

Antes de entrar en una descripción de *Las Españas*, conviene tener presente que Arana (si bien no tanto Andújar) ya contaba con una amplia experiencia como promotor de revistas en el exilio y que los orígenes y la evolución de muchas de las ideas luego defendidas en *Las Españas* pueden rastrearse, sin mucha dificultad, en las páginas de las dos publicaciones dirigidas o promovidas por él con anterioridad. Nos referimos concretamente a *Aragón* (1943-1945) y a *Ruedo Ibérico* (1944).

Aragón. Gaceta mensual de los aragoneses en México comenzó a publicarse en octubre de 1943, bajo la dirección de dos miembros de la comunidad aragonesa exiliada, Juan Vicens y José Ramón Arana. De los integrantes de la revista –sobra decirlo– la mayoría eran aragoneses. Entre ellos se encontraban, aparte de los ya mencionados: Benjamín Jarnés, Eduardo Castillo, Manuel Albar, José Ignacio Mantecón, Manuel Sánchez Sarto y Antonio Garulo Sancho. Figuras de otras regiones españolas incluían al madrileño José Bergamín y a la vasca María Dolores Arana. La revista misma se dio a conocer como órgano de la Peña Aragonesa Joaquín Costa, de casi simultánea creación.

Como portavoz de dicha organización, *Aragón* ofrece otro ejemplo más de la fragmentación a que llevaron los constantes pleitos ideológicos que caracterizaban la vida de los exiliados por estas fechas. Si bien los republicanos no podían entenderse

---

[1] Para más datos al respecto, véase James Valender, "Los peregrinos de *Ultramar*", estudio introductorio a la reedición facsimilar de la revista, El Colegio de México, México, 1993, pp. 7-23.

entre sí en cuestiones de política partidista, esperaban al menos mantener vigentes los vínculos culturales asociados con las distintas regiones del país. De hecho, la nostalgia por lo perdido, como es natural, solía expresarse con referencia a la patria chica, más que en términos de la madre patria como tal. Así, en *Aragón*, vemos reflejada no sólo la conciencia que se tenía, en el exilio, de la rica diferenciación nacional que existía –y existe– en España, sino también la intención de reivindicar dichos rasgos característicos; es decir, de desarrollar un espíritu de grupo diferenciado (el de los aragoneses en el exilio mexicano) en consonancia con otros esfuerzos paralelos.[2]

Dicho esto, hay que reconocer que quienes hacían la revista de ninguna manera querían que el interés expresado por la patria chica se interpretara como una falta de compromiso con la causa mayor. De hecho, desde un principio los redactores de *Aragón* formularon ideas muy claras con respecto a la necesidad de lograr la unión de todos los exiliados para "reconquistar a España, y una vez reconquistada, [...] ponerse a recrearla". En el editorial del primer número señalaron que "la reconquista pide un concierto de vivas voluntades" e insistieron en que debería tratarse de un esfuerzo colectivo, "no de grupo ni de partido".[3] Expresada así, la propuesta suena muy razonable, pero en la práctica, claro está, difícilmente casaba con el propósito principal de defender los intereses específicos de los aragoneses. Puede

---

[2] Entre los republicanos exiliados en México, eran especialmente activas las agrupaciones catalanas y gallegas. Por lo que atañe a las revistas culturales, véanse al respecto los trabajos de Martí Soler, "Las revistas del exilio catalán en México", en Rose Corral, Arturo Souto Alabarce y James Valender (eds.), *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*, El Colegio de México, México, 1995, pp. 281-285; y de Luis Martul Tobío, "Las revistas del exilio gallego en México", en J. M. Naharro Calderón (coord.), *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: "¿Adónde fue la canción?"*, Anthropos, Barcelona, 1991, pp. 301-339.

[3] Redacción, "Editorial", *Aragón*, 1 (octubre, 1943), p. 1. Para un análisis más detallado del contenido de *Aragón*, véanse los textos introductorios de Eloy Fernández Clemente, "Aragoneses en el exilio", y de José-Carlos Mainer, "*Aragón* (1943-1945)", que encabezan la edición facsimilar de la revista (Institución Fernando el Católico/Diputación de Zaragoza, Zaragoza, s.f.), s.p.

decirse, incluso, que toda la historia de la revista se resume en dicha paradoja: la de buscar la unidad dentro de una propuesta sectaria.

Aragón no contaba con ninguna inmunidad especial que la protegiera de los constantes enfrentamientos entre las distintas facciones políticas que conformaban la emigración republicana. Sin embargo, hay indicios de que, si *Aragón* se cerró en 1945, fue también porque sus redactores ya creían necesario salir de dicho sectarismo e impulsar un proyecto de mayor envergadura que englobara a la emigración republicana en su conjunto. Éste, al menos, fue el caso de José Ramón Arana, quien, en septiembre de 1944 (es decir, seis meses antes de que saliera el último número de *Aragón*), puso en circulación una revista nueva, bandera también de un proyecto muy distinto.

La revista se llamó *Ruedo Ibérico* y tuvo un solo número.[4] Desde su mismo nombre, la nueva revista denotaba una visión diferente del exilio, así como de las tareas y responsabilidades que a los españoles exiliados les correspondía asumir. En su editorial es notorio el énfasis primordial puesto en la necesidad de lograr la unidad de todos los españoles; énfasis que, como hemos visto, no fue una característica de la trayectoria llevada a cabo por *Aragón*. En dicho texto se afirma que la revista nace de una preocupación muy concreta:

> de que los españoles desperdigados por el mundo dialoguen sobre problemas fundamentales de la patria; digan cómo la sienten, cómo la piensan, cómo la quieren: necesidad de que se paren a oír la voz [...] que les dijeron extraña y en verdad es entrañable.[5]

---

[4] Se trata de una revista muy poco conocida, que resulta difícil de consultar, incluso en las bibliotecas mejor surtidas (y más especializadas) de México. Hemos podido consultar el ejemplar que conserva Federico Arana, a quien públicamente damos las gracias. Para una descripción más detallada de la revista, véase Gabriel Rojo, "*Ruedo Ibérico* (septiembre, 1944): Una revista del exilio", en Yvette Jiménez de Báez (ed.), *Varia lingüística y literaria. III. Literatura: siglos* XIX *y* XX, El Colegio de México, México, 1997, pp. 67-79.

[5] "Editorial", *RI*, 1 (septiembre, 1944), p. 1.

En el mismo texto Arana hace una vívida (y desoladora) descripción del espíritu de división que caracterizaba la emigración española en ese momento. Según Arana: "Solamente aquí, en la Ciudad de México, salen a luz más de dos docenas de publicaciones editadas por partidos, grupos y fracciones de la emigración republicana española." El dato sólo resultaba inquietante cuando uno se fijaba en el propósito principal de dichas publicaciones, como Arana luego agrega: "Podría decirse de tan considerable esfuerzo –salvando, como es justo, las excepciones de rigor–, que su objetivo fundamental era mantener bien vivo, bien fresco en la memoria de las gentes, cuanto nos divide y aparta." Y de ahí la necesidad de crear una publicación como *Ruedo Ibérico*. Porque, consciente de esta triste situación, de los grandes recursos (y de las muchas energías) gastados en discusiones inútiles y dañinas, Arana quería que su revista se convirtiera, en efecto, en tribuna de todos los partidos y todas las diversas organizaciones de la emigración:

> tribuna de todos ellos, lugar de diálogo civil donde se inicie el entendimiento entre sus componentes y ese gran núcleo –quizá mayoritario– de españoles ajenos a toda disciplina sindical o política.[6]

El cambio de orientación resulta muy evidente. Si bien en *Aragón*, antes que nada, se había querido reivindicar todo lo aragonés, en *Ruedo Ibérico* se buscaba expresar y analizar los problemas generales de España. En un sentido muy inmediato, esto quedaba reflejado en la nómina de colaboradores. Aunque en *Ruedo Ibérico* reaparecen algunos de los colaboradores de *Aragón* (José Ramón Arana, Antonio Garulo Sancho, Manuel Sánchez Sarto, José Bergamín), también figuran nombres nuevos, de diversas regiones españolas. Por otra parte, los temas tratados también atañen a diversas comunidades, cuando no al país visto en su conjunto. De ahí trabajos como el de Julio

---

[6] *Ibid.*, p. 6.

Jáuregui "En torno al problema vasco" o el de Manuel Sánchez Sarto titulado "Continuidad histórica y futuro de la economía de España".

Con todo, la parte medular de este único número de *Ruedo Ibérico* se halla en las encuestas que la revista da a conocer. Bajo el título general de "Problemas fundamentales de España", se publican las respuestas que dieron algunos españoles eminentes sobre tres asuntos básicos: el problema agrario, el problema religioso y el problema de la unidad. Más que las respuestas mismas, lo que nos interesa subrayar es el énfasis puesto en estos tres problemas, y sobre todo en el último, ya que las preguntas presuponen, en cierta medida, si no un diagnóstico, al menos el marco dentro del cual el diagnóstico debería llevarse a cabo. Y, como en seguida veremos, este marco de referencia anticipa en muchos aspectos lo que van a ser también los puntos de referencia fundamentales para los futuros fundadores de *Las Españas*. Por otra parte, conviene señalar que en la manera misma en que se formulan las preguntas, al insistir en la necesidad ya no tan sólo de derrocar a Franco, sino también de reflexionar sobre el perfil de la España nueva que habría que reconstruir, las encuestas introducen un cambio importante, que también se convertiría en preocupación central de *Las Españas*. Y es que si bien en *Aragón* se hablaba de "reconquistar" a España, ahora el énfasis está puesto en su "reconstrucción", cambio léxico que, desde luego, lleva implícito la posibilidad de un cambio de actitud con respecto a las instituciones republicanas existentes. Si bien en el editorial se afirma que *Ruedo Ibérico* "no sirve a nadie sino a la República y a España", que "en nuestras columnas no habrá nunca ni una sola palabra contra los dirigentes ni organizaciones inequívocamente situados en el ámbito de la *República*",[7] la propuesta de "reconstruir" España sí abre la posibilidad de que las bases de tal construcción no sean idénticas a aquellas creadas por la República de 1931.

---

[7] *Ibid.*, p. 1.

Por el momento se desconocen las razones por las cuales *Ruedo Ibérico* no sobrevivió más allá del primer número; falta información al respecto. Sea como sea, probablemente se trata de otro proyecto más que haya fracasado a consecuencia de las diferencias partidistas entonces existentes; es decir, precisamente a raíz del mal endémico que la revista proponía curar. En una nota sin título publicada en el primer y único número de la revista, Arana convocaba a sus lectores a una asamblea que, de haberse realizado, seguramente no habría tenido las repercusiones deseadas. Es decir, es posible que la propuesta misma de unir a los exiliados en un esfuerzo que rebasara las posiciones partidistas, haya sido rechazado, llevando a Arana a desistir, por fin, de su empeño. En dicha nota se afirma lo siguiente:

> Lector, sea cual sea el matiz de tu pensamiento sindical y político, si eres español demócrata o amigo de la democracia española, ayuda a *Ruedo Ibérico*. Ayúdale con tu consejo, con tu crítica, con tu aportación económica. Ayúdale con tu presencia en la asamblea de donde ha de surgir su dirección, sus redactores, el plan de trabajo para la confección de su segundo número.
>
> *Ruedo Ibérico* (que nadie trate de enturbiar su origen) no tiene compromisos sino con la República y España. Será lo que todos los españoles con sentido de la responsabilidad ante su pueblo, quieran que sea.
>
> En asambleas de "Amigos de *Ruedo Ibérico*" será discutido y proyectado cada número, dentro del espíritu de colaboración, de inquietud, de pasión españolas, que han determinado su nacimiento.[8]

Sea cual sea la causa de la interrupción de este prometedor proyecto, lo cierto es que encontrará continuación un par de años después al lanzarse el primer número de *Las Españas*.

---

[8] Redacción, Nota sin título, *RI*, 1 (septiembre, 1944), p. 3.

3. PROPÓSITOS INICIALES

Sobre la creación de *Las Españas* en octubre de 1946, contamos con el testimonio indispensable de Manuel Andújar, quien, como ya se ha dicho, fue, junto con Arana, uno de sus fundadores. (Aunque no colaborara ni en *Aragón* ni en *Ruedo Ibérico*, parece que ya existía una gran amistad entre los dos desde la llegada de Arana a México en 1943. *Partiendo de la angustia y otras narraciones*, de Andújar, se publicó en la editorial Moncayo, que de alguna manera constituyó un proyecto paralelo y complementario a la revista *Aragón*; y según parece, fue Arana mismo quien animó a Andújar a proseguir su carrera literaria.) En 1976, en el curso de un estudio pionero sobre "Las revistas culturales y literarias del exilio en Hispanoamérica", Andújar, como era natural, dedicó varias páginas a *Las Españas*. Refiriéndose al surgimiento de la revista, recordó cómo él y Arana:

> al igual que buena porción de nuestros compatriotas, no habíamos dejado de plantearnos la primordial necesidad de recapacitar, ahincadamente, en las causas que determinaron la posibilidad del complot-asalto que destruyera la República. Tal inquirir, de conciencia nacional, era indisoluble, en nosotros, del hecho de la falta de publicaciones *–independientes de partidos, instituciones oficiales, legitimismos, capillas y sectas–* que con amplio criterio integrador sirvieran a la cultura y a las letras españolas en el exilio, ausencia que ofrecía irritante contraste con la obra creadora, de investigación y crítica, que desconectados sectores e ilustres personalidades realizaban sin desmayo, creciente y ejemplarmente.

Además del señalamiento (muy certero) acerca de la falta de revistas literarias que en ese momento aglutinaran la amplia y variada producción cultural de los intelectuales españoles exiliados en México, llama la atención el énfasis puesto en la necesidad no sólo de reconquistar al país, sino también de reflexionar sobre las causas de la Guerra Civil para así evitar que, al regresar todos a España, la misma tragedia se volviera a dar. Pero, como

Andújar luego explica, si bien urgía reflexionar sobre la actitud que debía asumirse cuando llegara el momento de volver, también les preocupaba e inquietaba la incertidumbre compartida por todos acerca de si realmente iban a poder volver:

> Ambas inquietudes, acuciadas por las previsibles vertientes del dilema: retorno, quizá próximo a España, sin disponer de instrumentos vertebrados y vertebradores o mentalidad y voluntad capaces de asumir y de formular, mediante el diálogo, la convivencia y la reconstrucción, los errores y culpas que a la Guerra Civil nos lanzaran; o prolongación de nuestro exilio, ya que podría consumarse lo que apuntaba, un consenso exterior [favorable] a las fuerzas que por la violencia triunfaron. He aquí los términos, casi obsesivos, de nuestra frecuente conversación amistosa.[9]

Si bien estos recuerdos de Andújar nos ayudan a comprender las circunstancias en que *Las Españas* fue creada, para entender los propósitos más específicos que sus fundadores persiguieran hay que acudir a las declaraciones dadas a conocer al respecto en el primer número de la revista. Según ellas, fueron básicamente tres los propósitos. En primer lugar, fieles a una tradición inaugurada en 1940 por *España Peregrina*, Arana y Andújar quisieron desde el exilio contribuir a asegurar la continuidad de la cultura nacional, que en la España peninsular se había quedado brutalmente interrumpida por el régimen de Franco. Como señalaron en el editorial del primer número, los republicanos del exilio, que gozaban de libertad de expresión, no sólo tenían la posibilidad de mantener vivos los valores que habían luchado por defender durante la guerra, sino incluso el deber moral y patriótico de hacerlo.

---

[9] Manuel Andújar, "Las revistas culturales y literarias del exilio en Hispanoamérica", en José Luis Abellán (comp.), *El exilio español de 1939. 3. Revistas, pensamiento, educación*, Taurus, Madrid, 1976, p. 50.

> España, ahí no tiene voz –afirmaron, en un tono muy categórico, característico de aquellos años–. No puede tenerla mientras el crimen y el desafuero suplanten a la ley; mientras el derecho y la dignidad de los hombres sean pisoteados; mientras la barbarie clerical y castrense disponga a su antojo de haciendas y vidas. Pero España puede y debe tener voz más allá de sus fronteras; donde quiera que haya un núcleo de españoles viviendo en libertad.[10]

En segundo lugar, Arana y Andújar querían que *Las Españas* fuera un órgano no sólo de difusión cultural, sino también de discusión política. "*Las Españas* es una revista literaria –explicaron, nuevamente en el primer número de la publicación–, pero literaria de esta hora dramática, decisiva, de esta hora española, en que todo puede y debe ser un arma contra los verdugos de la patria."[11] Al contrario de lo que este breve fragmento podría tal vez dar a entender, los directores de *Las Españas* no reivindicaban ninguna concepción "dirigida" de la cultura. Para ellos era evidente que cualquier auténtica creación cultural ayudaría a contrarrestar la represión y la destrucción diarias cometidas por el régimen franquista; que la literatura no tenía que acudir a consignas para que tuviera una función netamente política. Pero, con todo, sí creían indispensable que, paralelo a su trabajo estrictamente creativo, los intelectuales del exilio enfrentaran el gran problema que les afectaba a todos: el del futuro de su país. En términos más precisos, quisieron que *Las Españas* fuera un foro de discusión en que todos los españoles de la diáspora, independientemente de su filiación partidista, intercambiaran sus ideas al respecto.

Y aquí se asoma el tercer propósito perseguido: el lograr la unidad entre las diferentes facciones que conformaban el campo republicano en el exilio. Consecuentes con esta meta, al lanzar su revista, Arana y Andújar anunciaron su total independencia de

---

[10] Redacción, "Editorial", *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 2.
[11] *Loc. cit.*

cualquier agrupación formalmente constituida. Así su revista podía contar con colaboraciones de las diferentes corrientes políticas e incluso servir de punto de encuentro entre ellas. En un recuadro incluido en el primer número de *Las Españas* se lee lo siguiente:

> *Las Españas* no se debe a ninguna capilla literaria, ni está obligada con ninguno de los sectores que componen la emigración política española. Es una revista literaria absolutamente independiente, que aspira a ser un instrumento más en la reconquista y reconstrucción de España, en la difusión de nuestra cultura, en el conocimiento y exaltación de nuestros valores.

Más adelante, en el mismo texto, los directores de la revista vuelven sobre el tema, al reconocer el carácter ambicioso de su proyecto, lo cual implica la necesidad de contar con "otros esfuerzos y otras voluntades":

> Nuestra revista está abierta a todos los intelectuales españoles, sin distinción de credo religioso y político, sin más frontera que la señalada por quienes no han sabido sentir la tragedia y la necesidad de la Patria, ni llevar el nombre de español dignamente, cuando nuestro pueblo rebosaba dignidad.[12]

Vale la pena insistir sobre el carácter oportuno de esta propuesta. En 1946, como ya señalamos, los republicanos todavía guardaban cierta esperanza de que los organismos internacionales tomaran medidas diplomáticas concertadas para derrocar a Franco. Era punto menos que imprescindible, por lo mismo, el que los exiliados superaran las antiguas divisiones y que ofrecieran ante la comunidad internacional un frente unido, tanto para convencer a ésta de la legitimidad política del Gobierno Republicano en el exilio, como para efectivamente saber actuar de manera conjunta y eficaz, una vez llegado el momento del tan deseado regreso.

---

[12] Redacción, Recuadro sin título, *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 7.

Sobre este proyecto de discusión política y de difusión de la cultura española, habría que subrayar, finalmente, un aspecto importante del mismo que lo distinguía de otros proyectos similares y es la concepción plural que desde un principio se defendía de la cultura nacional. "Todos los pueblos de España –aclaran los redactores de *Las Españas* en el mismo recuadro ya citado del número inicial de la revista–, todas las Españas, son para nosotros igualmente entrañables. Consideramos voz tan española la de Maragall o la de Rosalía de Castro, la de Manuel de Elzo o Domingo de Aguirre, como la de Fernando Villalón, la de Federico, la de Galdós o la de Antonio Machado."[13] Esta preocupación, que desde luego quedó reflejada en el título escogido para la revista,[14] se limitaba, en un primer momento, al empeño por dar un trato igual a la cultura de todas las regiones españolas; sin embargo, con el tiempo se convertiría en una propuesta muy concreta de hacer de España un estado federal.

4. COLABORADORES

Como acabamos de ver, la creación de *Las Españas* fue responsabilidad de dos personas: Manuel Andújar y José Ramón Arana. En el caso del primer número de la revista, la edición, la redacción, la consecución del financiamiento y de los artículos, la elección de lo que había de publicarse, y sobre todo el contenido y carácter de la publicación, su espíritu, también estuvieron a su cargo. Sin embargo, ésta no sería una revista hecha por dos per-

---

[13] *Loc. cit.*

[14] En España, durante los años anteriores a la Guerra Civil (1926-1936) y nuevamente en el curso mismo del conflicto (1938), se había editado una publicación titulada *Revista de las Españas.* Dedicada a promover las relaciones intelectuales —y, al menos en un primer momento, comerciales— entre España e Hispanoamérica, dicha publicación, a pesar de su título, desde luego, tiene escasa relación con la revista promovida por Andújar y Arana.

sonas únicamente. Por su contenido, la revista reflejaba una visión del problema nacional que era compartida por muchos exiliados y casi en seguida otros intelectuales entraron a formar parte de la redacción. Desde el segundo número, junto a los nombres de los dos fundadores, apareció, como editor, el de José Puche Planás; mientras que, a partir del número 6, también empezó a figurar en el mismo renglón el nombre de Anselmo Carretero. Finalmente, en el número 11 la lista de editores aumentó para incluir (brevemente) a Eduardo Robles y a Mariano Granados.

Por lo que respecta a los colaboradores, para el número 15-18 la lista (que se publica en esa entrega) habría alcanzado casi 120 nombres, entre los que destacaban, por la frecuencia con la que publicaban, además de los editores ya mencionados, los siguientes: María Dolores Arana, Pedro Bosch-Gimpera, Paulita Brook, Isidoro Enríquez Calleja, José M. Gallegos Rocafull, Daniel Tapia, Ramón Gaya, José Herrera Petere, José Luis de la Loma, José Puche Álvarez, Juan Renau, Arturo Sáenz de la Calzada, José M. Semprún y Gurrea y Luis A. Santullano.

Las Españas era un proyecto que buscaba reunir a todos los exiliados; sin embargo, no cabe duda de que terminó siendo órgano de un grupo, con pensamiento e ideología afines, que había empezado a formarse en tiempos de *Aragón* y cuyos principales representantes acabamos de nombrar. Desde luego, con el tiempo la lista de colaboradores sufrió cambios y si bien fueron continuas las adhesiones nuevas (sobre todo por parte de intelectuales del interior de España, opuestos al franquismo), también hubo (en el caso de algunos exiliados pertenecientes al Partido Comunista) lo que cabe interpretar como deserciones. Pero, con todo, el núcleo de colaboradores se mantuvo más o menos fijo a lo largo de los años, confiriendo a *Las Españas* su característico perfil.

5. DISEÑO GRÁFICO

El primer número de *Las Españas* apareció en octubre de 1946. Según cuenta Andújar, "José Renau dibujó el título *Las Españas/Revista Literaria*, que iría, en tinta morada, como cabecera."[15] El título de "*Las Españas*" denota el propósito integrador de la revista y nos remite a la concepción histórica y política de la nación que sus fundadores querían reivindicar. Por su parte, el subtítulo de "*Revista Literaria*" es indicio del carácter abierto que los dos editores pretendían darle a su revista: para ellos la defensa e ilustración de cierta concepción histórico-política de su país no estaba reñida con su preocupación por difundir no sólo la literatura, sino también los valores culturales en general de los exiliados. De acuerdo con cierta costumbre de la época, su revista "literaria" acogería toda modalidad de producción cultural.

Fuera de este detalle del título, no sabemos a ciencia cierta quién, o quiénes, fueron responsables del diseño gráfico de la revista. Hemos podido recoger algunos testimonios al respecto, pero, en cierta medida, éstos resultan divergentes. José Puche, por ejemplo, afirma que dicho trabajo corría a cargo de Andújar y Arana. Con esta versión coincide –aunque atribuyéndolo exclusivamente a su padre– uno de los hijos de José Ramón Arana, Juan Ramón, quien agrega que, en su opinión, fue Ramón Gaya el pintor que más contribuyó al aspecto gráfico de la revista, secundado en ocasiones por Bartolozzi y Elvira Gascón.[16] Por su parte, Andújar explica:

> En este aspecto, coincidíamos plenamente Arana y yo. Dispusimos de los valiosos asesoramientos del malogrado dibujante-escultor, barcelonés, José María Giménez Botey y del que dirigió (arquitec-

---

[15] Manuel Andújar, art. cit., p. 51.

[16] Véase la entrevista con Juan Ramón y Federico Arana que se recoge en el Apéndice. El testimonio de José Puche también se recogió *viva voce*.

to de mucho mérito) la Unión Federal de Estudiantes Hispanos que agrupaba a las asociaciones estudiantiles de los diversos distritos universitarios, Arturo Sáenz de la Calzada.[17]

Si bien en cada testimonio se agregan nombres nuevos, todas las versiones coinciden por lo menos en una cosa: en señalar que, al igual que en otros aspectos de la elaboración de la revista, el trabajo de diseño, si bien supervisado y promovido por los directores, también fue una tarea que se asumió de manera colectiva. En dicha labor, los viñetistas, desde luego, desempeñaron un papel especialmente importante. En los inicios de la revista el principal viñetista fue Carlos Marichal, quien hizo dibujos para acompañar cuentos de José Herrera Petere, Benjamín Jarnés y Paulita Brook, además de ilustrar varias de las páginas de poesía. Otra artista muy cercana a la revista fue Elvira Gascón, quien colaboró asiduamente a partir del número 6. Aunque la mayoría de sus dibujos cumplieron la función de anunciar secciones fijas de la revista, otros también fueron hechos, como en el caso de Marichal, para ilustrar textos específicos. Son especialmente memorables aquellos que ilustran los poemas de "El alma Garibay", de Antonio Espina, así como otros hechos para acompañar el "Tríptico" de Leopoldo de Luis. También muy llamativos fueron los dibujos realizados por José Renau para ilustrar el poema "A mi hijo", de Miguel Hernández, un texto suyo en homenaje a Cervantes, así como otro ensayo propio sobre "El pintor y la obra". Hacia el final de la trayectoria de la revista se incluyeron dibujos de Juan Ramón Arana, entre los que destaca una serie de tema quijotesco que ilustra un editorial escrito por su padre. Pero con todo, como señalara el propio Juan Ramón Arana, el pintor que más hiciera por definir el estilo de la revista fue Ramón Gaya. Fue él quien proporcionó los dibujos que invariablemente acompañaron la

---

[17] Véase la carta de Manuel Andújar que se recoge en el Apéndice de este libro.

sección "Balcón a la poesía actual en España", mientras que sus trazos fueron utilizados repetidamente para indicar la finalización de un artículo o para mejorar visualmente los espacios vacíos. Sus viñetas llegaron a ser tan características de *Las Españas* que incluso después de que el pintor se hubiera marchado de México en 1950, se seguían reproduciendo, tanto en la revista misma como en los libros y demás ediciones paralelas que el grupo de *Las Españas* publicara a lo largo de la siguiente década.

En su formato general, tanto por su tamaño como por el tipo de letra y la distribución de los materiales, el diseño recuerda el de *Romance* y es más que probable que quienes se ocuparon de realizar el primer número se hayan inspirado en esta publicación. Otro rasgo importante que en seguida salta a la vista es el espacio en cada página dedicado a las artes plásticas, cosa que nuevamente recuerda el estilo creado por los editores de *Romance.* En todos los números de la revista hay una conciencia muy clara del impacto visual de la página, así como del equilibrio entre texto e imagen. Más aún, en ocasiones es posible encontrar ya sea imágenes que se sustentan por sí solas o bien –caso raro en revistas que no son eminentemente gráficas– textos subordinados a las imágenes que se reproducen.

En *Las Españas* se reprodujeron (y se comentaron) obras de varios de los principales artistas republicanos exiliados en México: José Moreno Villa, Arturo Souto, Enrique Climent, Antonio Rodríguez Luna, José Renau, Remedios Varo, Miguel Prieto, Ramón Pontones, Aurelio Arteta, Manuela Ballester y José María Giménez Botey, entre otros. Si bien con ello se contribuía al conocimiento y a la difusión de dichas obras, también es cierto que la importancia prestada en la revista a las artes plásticas rebasaba este propósito inmediato. Cabría señalar, en primer lugar, que no todas las obras pictóricas que se reprodujeron correspondían a los pintores del exilio; que, al contrario, con el fin de identificar la causa republicana y antifranquista con lo mejor de la gran tradición plástica española, se solía ilustrar la revista tam-

bién con obras de pintores consagrados como Velázquez, Goya y Picasso, así como de numerosos maestros españoles anónimos.

Es decir, para los directores de *Las Españas* la expresión plástica también cumplió una función ideológica. En palabras del propio Andújar: "mediante la apelación a los grandes maestros de nuestra excepcional plástica, procurábamos reforzar lo que, desde sus inicios, fue nervio y alma de *Las Españas*".[18] Aunque no fue la tónica general, en algunos casos esta finalidad política se hizo explícita; así ocurrió, por ejemplo, con la famosa serie de dibujos de Picasso titulada "Sueño y mentira de Franco", reproducida en el número 7 de *Las Españas*, o también, de manera más continua, con las caricaturas, de artistas como Bagaría, Rivero Gil, Guasp y Ras, que asimismo ilustran la revista. Destacan, sobre todo, las de este último, a quien incluso se le rinde una especie de homenaje con motivo de una exposición de su obra.[19] Corresponden a la misma finalidad política la publicación de unos curiosos *collages* anónimos, igualmente críticos del régimen franquista.

Si bien las fotografías abundan en la revista, es difícil dar crédito a sus autores porque la mayoría aparecen sin firma. Aunque a veces se insertan para identificar a tal o cual colaborador de la revista, su función es primordialmente histórica, al dejar testimonio de la destrucción y represión llevadas a cabo por los franquistas, así como de los heroicos esfuerzos realizados por los republicanos en su afán por salvar el patrimonio nacional, a la vez que asegurar la continuidad de la tradición cultural española. Buen ejemplo de ello es la serie de fotografías publicadas con motivo de la reunión de la UNESCO (núm. 7 de la revista), que muestran, por un lado, escenas de edificios históricos bombardeados por los fascistas y, por otro, la labor de las Misiones Pedagógicas que en tiempos de la República habían lle-

---

[18] *Loc. cit.*

[19] Véase Margarita Nelken, Jorge J. Crespo de la Serna, Ceferino Palencia, Ismael Diego Pérez y Rosa Castro, "La exposición de.'Ras' en el Ateneo Español", *LE*, 23-25 (abril, 1953), pp. 18-19.

vado educación y cultura (en la forma de bibliotecas, cine, teatro, reproducciones de obras de arte, etc.) a los pueblos más remotos y más aislados del país. Otras fotografías, aunque enfocadas en figuras individuales, también encierran un valor ideológico muy evidente al simbolizar momentos clave en la historia de la República. Así ocurre, por ejemplo, con la fotografía que se reproduce del homenaje que se le rindió a Luis Cernuda en abril de 1936 con motivo de la aparición de la primera edición de *La realidad y el deseo*, y en la que el poeta sevillano se ve acompañado por la mayor parte de la llamada Generación del 27; con las fotografías que tomó José Royo Gómez de Antonio Machado en el momento de cruzar los Pirineos en las postrimerías de la Guerra Civil; con la fotografía en la que Manuel Altolaguirre y su hija Paloma figuran al lado de Paul Éluard, recién instalados en la casa del poeta francés, adonde acaban de llegar, como refugiados, también en las primeras semanas de 1939; o, finalmente, con la foto de Gallegos Rocafull y José Bergamín, tomada en México en los primeros años de su exilio mexicano, mientras trabajan en las oficinas de la Editorial Séneca. Es decir, de la intensa y riquísima actividad cultural que se vivía en tiempos de la República, se pasa por la destrucción y la muerte de la Guerra y del Éxodo, hasta desembocar en los esfuerzos por retomar la vida cultural ya en el destierro mexicano.[20]

6. SECCIONES

En el primer número de la revista se inauguraron varias secciones, algunas de las cuales tendrían vida larga, mientras que otras estarían destinadas a desaparecer muy poco después. De importancia primordial para la definición de las ideas políticas de la re-

---

[20] Las fotografías tomadas a Machado en los últimos días de su vida tienen una importancia documental excepcional, como se dio cuenta Enrique Rioja; de hecho, según señala Anselmo Carretero en un pie de foto, fue el rescate de dichas fotografías lo que llevó a Rioja a escribir su testimonio al respecto.

vista era el ensayo editorial, que solía figurar en la segunda página de cada número. Andújar ha dejado constancia de que todos los editoriales fueron escritos por Arana, aunque, según el testimonio de Carretero, antes de ser publicado, cada texto solía ser discutido por los demás redactores de la revista.[21] En el editorial se formulaba la posición general de la revista con respecto al problema nacional o simplemente se ocupaba de temas de actualidad política que acuciaban a los exiliados: se comentaban los acontecimientos más sonados de la España franquista o se retomaban las discusiones entonces candentes entre los exiliados. Dicho esto, hay que señalar que los editoriales no solían profundizar en los problemas que trataban, teniendo un propósito polémico más que expositivo. En general, los artículos que aparecían firmados tenían mayor peso teórico y programático.

Junto con el editorial, las secciones "España en el recuerdo", "Los libros", "Noticias" o "Noticias del mes", "Disparadero de *Las Españas*" y "Huella" cobraron especial relieve. "España en el recuerdo" apareció casi a lo largo de toda la historia de la revista. Generalmente escrita por los colaboradores más asiduos, en ella se daba rienda suelta a la nostalgia que los exiliados sentían por la patria. Con cierto dejo de tristeza, cada autor hablaba de alguna región de su país que recordaba con cariño, ya sea de su lugar de origen, ya sea de algún lugar con el que sentía algún vínculo afectivo especial. El conjunto de estos ensayos forma así un mosaico de la España –de las Españas– que recuerdan y extrañan los exiliados. Entre los muchos autores de la sección pueden mencionarse los nombres de José Bergamín, Luis Santu-

[21] Manuel Andújar, art. cit., p. 51. Esto se confirma en el folleto *Esta hora de España*, en cuya introducción se señala que los editores del folleto desean rendir "un sencillo homenaje de amistad y compañerismo a este recio aragonés [José Ramón Arana] de bronca presencia física y finísimo espíritu, uno de los más destacados animadores y realizadores de *Las Españas*, que ha consagrado a la Revista denodados esfuerzos, ocultos casi siempre con modestia en el anonimato de sus Editoriales y el trabajo de Redacción." José Ramón Arana, *Esta hora de España*, Publicaciones de *Las Españas*, México, 1957, s.p. Para el testimonio de Carretero, véase la entrevista que se recoge en el Apéndice de este libro.

llano, María Dolores Arana, Agustín Millares Carlo, Francisco Pina y Luis Nicolau D'Olwer. Según un crítico actual, se trataba de una sección excesivamente alambicada: "En ella –dice–, inevitablemente, se caía en el sentimentalismo, en una nostalgia con ribetes a menudo melodramáticos."[22] Puede ser que tenga algo de razón. Pero al margen de la energía y vigor con que algunos de estos textos fueron escritos (pensamos, por ejemplo, en la visión que ofrece Rivero Gil de su Santander natal), sería injusto dejar de reconocer que la añoranza también formaba parte de la experiencia cotidiana del exiliado; que no todo se iba en discusiones ideológicas.

Otra sección de importancia dentro de *Las Españas* fue aquella en que se comentaban las novedades editoriales. Aunque de cuando en cuando los reseñistas de *Las Españas* se ocupaban de libros de escritores latinoamericanos, o comentaban publicaciones aparecidas en la península, en esta sección, titulada "Los libros", se dedicaban primordialmente (y sobre todo al principio) a valorar y difundir obras producidas en el exilio. La importancia que llegó a tener esta sección se evidencia por los nombres de los que se responsabilizaban de ella: aparte de Manuel Andújar y José Ramón Arana, también escribieron reseñas de manera más o menos regular: María Dolores Arana, José M. Gallegos, Isidoro Enríquez Calleja, Margarita Nelken y Luis Santullano.

Otras dos secciones, "Noticias" y "Noticias del mes", también proporcionaban información editorial. Sin embargo, el panorama que abarcaban ambas columnas era de carácter muy diverso, ofreciendo datos sobre las actividades culturales que realizaban los exiliados en general. Hay numerosas referencias a publicaciones recientes, pero también a viajes, conferencias y congresos. En relación a asuntos de orden colectivo, se comenta también la creación de nuevas instituciones políticas y culturales o se ofrece un resumen de las asambleas o reuniones realizadas

---

[22] Francisco Caudet, *"Las Españas", El exilio republicano en México. Las revistas literarias (1939-1971)*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1992, p. 241.

por las diversas agrupaciones ya existentes. Las notas suelen ser escuetas, pero muchas veces de interés indispensable para el conocimiento de tal o cual figura o de tal o cual institución; por otra parte, vistas en su conjunto, las notas ofrecen una imagen muy viva de lo que fue la vida cotidiana del exilio en aquellos años.

"Disparadero de *Las Españas*" fue otra sección importante, que apareció en casi todos los números de la revista a partir del sexto. En ella los redactores dirigían una crítica muy específica (y a menudo muy dura) contra individuos o instituciones cuyas actitudes consideraban reprobables. Así, por ejemplo, en el número 7 "disparan" sobre Bernard Shaw por haberles enviado una carta en la que afirmaba no estar enterado de lo que sucedía en España; en el número 11, con motivo de una visita reciente a México de Dámaso Alonso, fustigan al escritor por su aparente duplicidad política e ideológica; mientras que en el número 21-22 critican las actitudes mercantilistas de Salvador Dalí y sobre todo su toma de posición a favor de Franco. Esta sección solía aparecer como anónima, aunque a partir del número 21-22 venía firmada por "El Celtiberión", que era uno de los varios seudónimos de José Ramón Arana.[23]

"Huella", como su nombre lo indica, fue una sección dedicada a comentar la huella que imprimían los españoles en la sociedad mexicana a través de las instituciones que crearon. Casi siempre anónima, esta sección apareció cuatro veces: en el número 1 se comentan las actividades del Ateneo Ramón y Cajal; en el 2, la labor de la Agrupación Profesional de Escritores y Periodistas Españoles en el Exilio; en el número 3, se presenta el Instituto Luis Vives, que fue el primer colegio español fundado en México por los republicanos; finalmente, en el número 8,

---

[23] Según el testimonio de Manuel Andújar (art. cit., p. 54), otro de los redactores de esta sección fue Daniel Tapia. Cabe agregar que en la revista *El Pasajero* (1943), de José Bergamín, aparecía una sección llamada "Disparadero", que quizá fuera antecedente de ésta. Por otra parte, en la revista *Ruedo Ibérico* se publicó la sección "Arco", concebida, por lo visto, con el fin de cumplir la misma función.

Julio Sanz Sáinz habla de las actividades que realizaba el Orfeó Catalá, institución creada mucho antes de la guerra, pero que con la llegada de los exiliados se revitalizó enormemente.

Las Españas fue una revista que estuvo siempre abierta al diálogo con sus lectores y uno de las modos principales de asegurar dicho diálogo fueron las encuestas. La primera que promovieron fue referente a la España que los exiliados querían organizar a su regreso. A la pregunta de "¿Cómo cree Ud. que debe organizarse la España del futuro?" respondieron Mariano Ruiz Funes (número 3) y Santiago Garcés (número 4). En el número 10, el mismo Mariano Ruiz Funes opinó sobre la penetración franquista en América, problema álgido en esos momentos debido a la reciente creación en algunos países americanos de los Institutos de Cultura Hispánica, organismos impulsados por el régimen de Franco. A otra encuesta, sobre problemas más bien universales relacionados con los derechos y los deberes del individuo con respecto al estado, contestaron el ex ministro de la República Española, Luis Nicolau D'Olwer (número 21-22), el crítico francés Jean Cassou (número 23-25) y el novelista británico J. B. Priestley (número 26-28).

Otra forma de comunicación que tuvo la revista con sus lectores fueron las cartas que los redactores recibían y que, en algunos casos, contestaban. Con cierta frecuencia recibían comentarios sobre las ideas expresadas en la revista y, cuando consideraban pertinente, entablaban un diálogo al respecto con el autor de la carta. Por otra parte, por iniciativa de *Las Españas*, muchos intelectuales escribieron cartas de repudio al régimen franquista a la vez que a favor del pueblo español y de los exiliados. Una muestra muy grande de ellas fue dada a conocer en el número 7 de la revista, que coincidió con una importante reunión en México de la UNESCO, y otra, todavía más extensa, en la entrega correspondiente a los números 15-18, editada con el fin de presionar a las Naciones Unidas a seguir manteniendo su boicot a la España de Franco.

Finalmente, entre las secciones que no prosperaron, habría que hacer mención de aquella que en el segundo número de la re-

vista se tituló "Jóvenes escritores". Ya desde el editorial del primer número se hacía hincapié en la importancia de crear una revista en la que "puedan laborar los valores consagrados que aún nos quedan, y *encontrar los jóvenes clima propicio a su inquietud y esperanza*" (la cursiva es nuestra). En consonancia con esta preocupación, anunciaron que "a partir del próximo número abriremos una sección de escritores jóvenes, donde iremos dando a conocer aquellos trabajos –poesías, cuentos, artículos, ensayos– que a juicio de la redacción reúnan las condiciones necesarias".[24]

Para lograr esta finalidad los fundadores de *Las Españas* contaban con la importante ayuda de José Puche Planás, quien, como ya se ha dicho, se incorporó a la dirección de la revista a partir del segundo número. Sensiblemente más joven que Arana y Andújar, Puche formaba parte de una nueva generación que había empezado a darse a conocer en el exilio, a través de revistas como *Independencia* (1944-45), que era órgano de la Unión de Jóvenes Patriotas Españoles, y *Acción* (1945), publicación que se editó brevemente tras el cierre de *Independencia.* "'Hombre de equipo', en el más positivo y elevado sentido del término, que tan incansable y discretamente cooperara en el quehacer de *Las Españas*", Puche fue, según lo señalara Andújar, quien "nos entroncó virtualmente con una mentalidad generacional, la de aquellos que poco después se agruparían en la revista *Presencia*".[25]

Fueron varios los escritores jóvenes quienes, con el tiempo, colaborarían en *Las Españas*. Entre otros cabe mencionar a los hermanos Carlos y Juan Marichal, Ramón Xirau, Manuel Durán, Jomí García Ascot, Luis Rius y José de la Colina. Pero, con todo, y a pesar de la creación de premios literarios destinados en parte a estimular la creatividad de dicha generación,[26] la revista no lo-

---

[24] Redacción, "Editorial", *LE,* 1 (octubre, 1946), p. 2.

[25] Manuel Andújar, art. cit., p. 53.

[26] En el número 4 de la revista, los redactores anunciaron lo siguiente: "La inexistencia de premios de literatura que puedan servir de estímulo a los escritores españoles y propiciar el descubrimiento de nuevos valores para las letras españolas mueve a *Las*

gró ganarse la participación de los jóvenes en la medida en que hubiera querido. La condescendencia implícita en la decisión de los redactores de *Las Españas* de distinguir entre los "mayores" y los "jóvenes", desde luego, no ayudó a despertar la confianza de estos últimos; error del cual los redactores parecen pronto haberse dado cuenta, ya que después del cuarto número de la revista, la sección "Jóvenes escritores" dejó de existir como tal. (Aunque, dicho esto, hay que reconocer que en las notas dedicadas a reseñar la obra de los jóvenes se sigue resintiendo, a veces, el mismo tono condescendiente.)[27]

Pero había razones de más peso que explican la respuesta bastante tibia con que los jóvenes exiliados respondieron a la invitación de colaborar. Y es que existía una profunda diferencia generacional en la forma de asumir la experiencia del exilio. Si bien los mayores vivían desterrados a raíz de un compromiso político conscientemente asumido por ellos, los jóvenes, en cambio, se encontraban exiliados por decisión ajena. Los mayores, desde luego, se preocupaban mucho porque la nueva generación heredara los mismos principios republicanos por los cuales habían luchado durante la Guerra Civil (y de ahí, por ejemplo, el interés de los redactores de *Las Españas* de contar con su colaboración). Pero dicha orientación, aunque natural en sí, terminó por convertirse en un peso dificilísimo de soportar para los jóvenes, quienes, en la mayoría de los casos, no guardaban de España más que un vaguísimo recuerdo de la niñez. Los violentos conflictos políticos e ideológicos que seguían dividiendo a la generación de sus padres tampoco les estimulaban a participar en los diversos

---

Españas a establecer tres Concursos —Teatro Breve, Poesía y Cuentos— que independientemente de su modesta cuantía, han de tener, estamos seguros, un alto valor simbólico al poner de relieve la capacidad creadora de la 'España Peregrina', y nuestra fraternidad entrañable con nuestros hermanos de América." Redacción, "Concurso de *Las Españas*", *LE*, 4 (marzo, 1947), p. 10. Los resultados de los concursos fueron más bien decepcionantes, como se puede apreciar al leer los textos ganadores, que se publicaron en el número 10 de la revista.

[27] Véase, por ejemplo, la nota escrita para reseñar la aparición del primer número de *Clavileño* (mayo, 1948), revista dirigida por el joven poeta Luis Rius. Redacción, "Revistas", *LE*, 9 (julio, 1948), pp. 4, 12.

proyectos que sus mayores emprendían. Como comentó uno de los jóvenes en las páginas de su diario: "Ya hasta la política me preocupa. ¿Qué hacemos aquí? Los mayores no hacen más que reñir entre ellos. Yo odio a Franco porque ha matado a mi padre, porque creo en la Libertad, porque aborrezco la injusticia, pero ¿qué hacemos aquí, si todo el tiempo se nos va, o se les va, en hablar mal los unos de los otros? ¿No sería mejor hablar menos y hacer algo? ¡Cualquiera entiende a los mayores!"[28]

A raíz de estas diferencias generacionales, muchos jóvenes prefirieron colaborar en la creación de sus propias revistas, y de ahí proyectos de muy diversa índole, como *Clavileño* (1948), *Presencia* (1948-50) o *Segrel* (1951). Y en todo caso, con unas cuantas excepciones, solían sentirse más identificados con sus contemporáneos mexicanos que con las figuras mayores del exilio español, tal y como dejarían en evidencia al colaborar asiduamente en revistas como *México en la Cultura* (1949-59), *Ideas de México* (1953-56) y *Revista Mexicana de Literatura* (1955-65). Es decir, la abstención que sufrió *Las Españas* por parte de un buen número de los jóvenes fue síntoma de una crisis de continuidad que caracterizaba a la emigración española en general. En una nota sobre "La juventud española" publicada en el número 11 de la revista, los redactores resumieron la situación en los siguientes términos:

> A través de estos diez años de emigración, la idea y el sentimiento de España, de sus tradicionales esencias democráticas y humanistas, a punto están de apagarse en la joven generación desterrada. Unos y otros lo percibimos, aquí y allá, con apremio angustioso a medida que transcurre el tiempo. Sin embargo, salvo rarísimos intentos aislados –entre ellos los Concursos de *Las Españas*–, o de simple aspiración personal y de domésticas dimensiones, nada se acomete para contrarrestar, amplia y creadoramente, esta disolución espiritual de la que la historia nos exigirá severa cuenta.[29]

---

[28] A. Fernández Pascual, "Diario de un adolescente", *LE*, 2 (noviembre, 1946), p. 6.
[29] Redacción, "La juventud española", *LE*, 11 (enero, 1949), p. 15.

Pero fuera de protestar ante esta situación, poco se logró, como ya se ha dicho, por incorporar a un mayor número de los jóvenes escritores exiliados. Donde *Las Españas* sí conseguiría más adhesiones sería, en cambio, entre las nuevas generaciones antifranquistas surgidas en la península, como veremos más adelante.

7. Financiamiento y distribución

Dado el firme compromiso asumido por la revista de mantenerse al margen de toda institución oficial o partidista, la cuestión del financiamiento resultaba, desde un principio, muy problemática. Según los recuerdos de Andújar, al lanzar *Las Españas* se contaba apenas con los "pequeños ahorros" de los propios fundadores, así como con "el crédito que por conexiones de trabajo podíase obtener en una imprenta vejancona (¡ni soñar con los Talleres Gráficos de la Nación!)". Con estos pequeños recursos, más lo que les había proporcionado la gestión de algunos anuncios (que poco después desaparecerían de la revista), "teníamos precariamente asegurada la publicación de tres números".[30] Las colaboraciones no se pagaban y, por lo demás, Arana y Andújar confiaban recibir suficientes suscripciones y donativos para poder seguir adelante.

El hecho es que *Las Españas* no sólo sobrevivió más allá de los tres números iniciales, sino que incluso se convirtió en una de las publicaciones españolas más longevas editadas en el exilio, si bien la periodicidad mensual anunciada al lanzar la revista tuvo que ser abandonada casi en seguida. Aunque ejemplares de *Las Españas* se vendían en algunas de las librerías de la ciudad de México, la revista se administraba sobre todo mediante suscripciones, que provenían no sólo de México, sino también de otros países hispanoamericanos, de Estados Unidos y de Fran-

---

[30] Manuel Andújar, art. cit., p. 51.

cia.[31] También se enviaban ejemplares a España para su distribución clandestina entre las voces disidentes. Con el tiempo España se convertiría, de hecho, en el principal destinatario de la revista, según señalara Anselmo Carretero, que era el encargado de hacer los envíos:

> La revista se enviaba gratuitamente a España para abrir ventanas a quienes en aquellos momentos se asfixiaban y no tenían más información que la allí elaborada. Hacíamos tiradas pequeñas, mil o mil quinientos ejemplares, la mayoría de los cuales procurábamos distribuir en puntos sensibles de la vida cultural española: editoriales, librerías, bibliotecas, núcleos universitarios... Nos animaba mucho la gran cantidad de acuses de recibo que nos llegaban con palabras de aliento y nos incitaban a proseguir la labor: Gabriel Celaya, Victoriano Crémer, Antonio Buero Vallejo, Dionisio Ridruejo, Camilo José Cela, Enrique Ruiz García...[32]

Si bien con el tiempo fue en España donde la revista, efectivamente, logró despertar mayor interés, este envío, que se hacía gratis, obviamente significó un gasto cada vez mayor para los que la editaban.

En fin, la sobrevivencia de *Las Españas* fue siempre muy precaria. Ya en el número 7 de la revista, editado en noviembre

---

[31] Una idea de la extensa red de apoyos con la que llegarían a contar los redactores de *Las Españas* se puede apreciar al leer la nota de agradecimiento que figura al final de la entrega especial dedicada a la ONU: "La aparición de este número ha sido posible gracias a la colaboración de quienes con su firma publican en él los trabajos, y a la ayuda que, de una forma u otra, hemos recibido de: Margarita Nelken (México), Mariano Granados (México), José Puche Planás (México), Eduardo Robles (México), José María de Semprún y Gurrea (Italia), Luis Amador Sánchez (Brasil), Ricardo Latchman (Chile), Joaquín Almendros (México), Luis A. Santullano (México), Claudio Sánchez Albornoz (Argentina), José A. Balbontín (Inglaterra), Palma Guillén (México), Rafael Méndez (México), Manuel Otero Silva (Venezuela), Luis Tobío (Uruguay), José María Giménez Botey (México), Ramón Pontones (México), José de la Vallina (México). A todos ellos expresamos nuestra gratitud." *LE*, 15-18 (agosto, 1950), p. 112.

[32] *Apud* Ascensión Hernández de León Portilla, *España desde México. Vida y testimonios de transterrados*, UNAM, México, 1978, p. 181.

de 1947, a la vez que señalar que cada número "se agotaba apenas ve la luz", los redactores hicieron la siguiente advertencia (que volvería a formularse en otros números posteriores):

> En *Las Españas* hay un pequeño pero creciente grupo de hombres empeñados en una labor, por otros, más indicados, descuidada. Un grupo que está llegando al límite de su esfuerzo personal y económico y que advierte desde ahora a todos sin distinción que si las ayudas económicas individuales –colectivas no las queremos– no se acrecientan en la medida necesaria, la revista rabiosamente independiente, limpiamente española que es *Las Españas*, dejará de salir.[33]

Número tras número, los redactores de la revista irían superando cada uno de los obstáculos que se les presentaban, aparentemente por arte de magia, pero, en realidad, a fuerza de una perseverancia verdaderamente descomunal, tal y como señalara en alguna ocasión Anselmo Carretero, con justificado orgullo:

> Somos práctica demostración de lo que puede lograr una intención firme, una perseverancia de móviles transparentes. A nadie –de alma recta– se le ocultan los obstáculos de tipo económico, las incomprensiones y sectarismos que se nos atraviesan. Cierto que nuestra revista no aparece con regularidad, que forcejeamos con el déficit. A pesar de ello, hemos editado 13 números –dos extraordinarios–, tres suplementos.[34]

Esto fue escrito en el otoño de 1949, al celebrarse el tercer aniversario de la revista. Aunque con transformaciones, y con una periodicidad mucho más espaciada, *Las Españas* seguiría publicándose hasta octubre de 1963.

---

[33] Redacción, Recuadro sin título, *LE*, 7 (noviembre, 1947), p. 8.

[34] Anselmo Carretero, "Tercer aniversario de *Las Españas*. Palabras de Anselmo Carretero", *LE*, 14 (febrero, 1950), p. 8.

II. EVOLUCIÓN POLÍTICA

La posición política de *Las Españas* tuvo, durante toda la historia de la revista, importantes transformaciones. Como dice Carretero en la entrevista que se recoge en el presente volumen, sus propuestas políticas fueron "tanteos", es decir, respuestas, generalmente coyunturales, para intentar orientar y esclarecer la visión que se tenía en el exilio de la problemática de España. De modo que, si bien fueron constantes su antifranquismo, su federalismo, su defensa de ciertos valores éticos, la posición política de la revista tuvo un amplio y complejo desarrollo a lo largo de los años, que sería injusto pretender reducir a una sola postura monolítica.

En su ya citado trabajo sobre "Las revistas culturales y literarias del exilio en Hispanoamérica", Manuel Andújar establece tres períodos en la historia de *Las Españas*.[1] La primera se extiende de octubre de 1946 a agosto de 1950 y abarca los 18 primeros números. Se trata de aquel período en que los exiliados aún confiaban –aunque con creciente recelo– en una inminente intervención por parte de la comunidad internacional destinada a derrocar a Franco; período que se acabó con la reunión de la ONU en la que se levantaron las sanciones anteriormente impuestas al régimen franquista. La segunda etapa de la revista abarca los diez números siguientes y llega hasta julio de 1956. Se trata de una etapa de transición en que los exiliados poco a poco fueron digiriendo las consecuencias de la decisión de la ONU, así como de la determinación de los Estados Unidos de establecer bases militares en territorio español; la honestidad les obliga a los exiliados a reconocer lo que ya habían empezado a intuir

[1] Manuel Andújar, art. cit., pp. 53-67.

unos años antes; a saber, que ellos habían perdido el papel protagónico en la lucha antifranquista y que en adelante sería el movimiento de resistencia surgido al interior del país quien tendría que tomar las iniciativas. Finalmente, al adquirir verdadera conciencia de la fuerza e importancia de las nuevas generaciones aparecidas en España después de la Guerra Civil, los redactores deciden darle no sólo un nuevo sentido a su revista, sino también un nuevo nombre: a partir de julio de 1957, *Las Españas* se convierte en *Diálogo de Las Españas*. El propósito central ya no es tanto conseguir la unión entre las distintas agrupaciones del exilio, sino, como indica el título, establecer un diálogo con las nuevas generaciones del interior: escuchar y comentar lo que ellos proponen. Dicho esfuerzo se sostiene, durante cinco números, hasta octubre de 1963.

Desde luego, cualquier periodización conlleva el riesgo de cierta subjetividad, ya que siempre se realiza desde la perspectiva que mejor justifique tal o cual interpretación histórica. En este caso, no estaría de más señalar que, en 1956, al anunciar una nueva etapa de la revista, se la identifica como la *segunda* y no como la tercera; es decir, para los que entonces se encargaban de la revista, no existía ninguna ruptura anterior digna de notarse.[2] No es nuestra intención entrar en una discusión al respecto. Para el propósito que perseguimos aquí, el de trazar la evolución de la postura política de la revista, nos resulta conveniente partir de una periodización tripartita parecida a aquella señalada por Andújar; aunque para captar los vaivenes de dicha evolución habrá que agregar matizaciones importantes, a la vez que tomar en cuenta otras publicaciones paralelas: entre ellas, los cuatro números de la gacetilla *Noticias de Las Españas* (convertida, en sus dos últimos números, en *Las Noticias dentro y fuera de España*),

---

[2] Después de explicar sus pretensiones con la nueva publicación (que comentaremos más adelante), afirman: "Tal es nuestra declaración de propósitos. Vaya con ella un cordial saludo a los viejos amigos, de España y del destierro, que nos han ayudado en la primera época y nos alientan a iniciar esta segunda". "Nuestros propósitos", *LE*, 26-28 (julio, 1956), p. 18.

editados entre junio de 1950 y agosto de 1951, así como dos folletos redactados por José Ramón Arana: *Por un movimiento de reconstrucción nacional* (*Las Españas*, México, 1949) y *Esta hora de España* (*Las Españas*, México, 1957).

1. *LAS ESPAÑAS* (1946-1950)

Durante los cuatro primeros años de la vida de *Las Españas* la discusión política tenía como marco de referencia ineludible la conducta de la comunidad internacional con respecto al régimen franquista. Puesto que habían perdido la guerra en los campos de batalla, a los republicanos del exilio sólo les quedaba proseguir la misma lucha en los foros internacionales. En octubre de 1946 la situación no estaba aún del todo perdida. Al finalizar la segunda Guerra Mundial, en una reunión inicial celebrada en San Francisco con el fin de fundar la Organización de las Naciones Unidas, los países participantes habían hecho pública su condena del régimen de Franco, así como su decisión de excluirlo del organismo que estaban creando. Asimismo, por las mismas fechas, en su famosa Declaración de Potsdam, los representantes de las tres grandes potencias vencedoras en la Guerra Mundial (Stalin, Truman, Attlee) habían reconocido la importante participación alemana e italiana (es decir, fascista) en la victoria de Franco. A pesar de estos hechos, la comunidad internacional no parecía estar muy dispuesta a intervenir directamente en España. En marzo de 1946 los gobiernos de Washington, Londres y París habían firmado una "Nota tripartita" pidiendo la retirada pacífica de Franco; pero, además de constituir en sí una propuesta bastante ingenua, también representaba un golpe para el Gobierno Republicano en el exilio, al que no extendía ningún reconocimiento formal: simplemente se pedía el establecimiento en España de un nuevo gobierno provisional. En diciembre de 1946, en una reunión de la Asamblea de las Naciones Unidas, se aprobó, por fin, una moción de censura en contra de Franco, que consistió en re-

comendar a los países miembros del Organismo la retirada de España de sus embajadores y ministros plenipotenciarios. Fue, desde luego, una medida bastante débil, pero, con todo, fue también la más enérgica que la ONU llegaría a emitir. Sobrevendría un período de crisis en las filas republicanas a raíz del intento (frustrado) por parte de los socialistas de Indalecio Prieto de pactar con los monárquicos; intento que sólo agudizaría las viejas divisiones, dañando así aún más la credibilidad del Gobierno Republicano en el exilio. En 1949, con el mundo ya sumergido en la Guerra Fría, la Asamblea de las Naciones Unidas trató de revocar el acuerdo de diciembre de 1946. En este primer intento, la moción fracasó; pero en noviembre de 1950, presionada sobre todo por el gobierno de Estados Unidos, que quería reanudar relaciones con España con el fin de establecer bases militares en la península, la Asamblea finalmente derogó dicho acuerdo, acabando así, de una vez por todas, con cualquier esperanza que pudieran guardar todavía los republicanos españoles de una intervención a su favor por parte de la comunidad internacional.[3]

Si bien a lo largo de este período una parte importante del esfuerzo político de *Las Españas* se dedicaba a convencer no sólo a las grandes potencias sino al mundo entero de la legitimidad de la causa republicana, este esfuerzo se hizo especialmente evidente en dos entregas monográficas de la revista, una (el número 7) editada en noviembre de 1947 con motivo de una reunión en México de la UNESCO; la otra (correspondiente a los números 15-18), publicada en agosto de 1950 con el fin de presionar a los países miembros de la ONU a oponerse a la propuesta de revocar el acuerdo de 1946 y de normalizar relaciones con la España de Franco.

La reunión de la UNESCO que se celebró en México tenía en su agenda, entre otros temas, la discusión de la situación actual

[3] Para un resumen detallado de este período, véase Francisco Giral, "Actividades de los gobiernos y de los partidos republicanos (1939-1976)", en José Luis Abellán (comp.), *El exilio español de 1939. 2. Guerra y política,* Taurus, Madrid, 1976, pp. 179-225.

española. El organismo decidió no sólo desconocer al gobierno de Franco, sino también (a diferencia de la ONU) invitar como delegados a varios republicanos de distinguida trayectoria en el mundo de la cultura española, entre ellos, por cierto, algunos colaboradores de *Las Españas*. En el número de la revista editado con motivo de este acontecimiento, se hace referencia a ello:

> El Comité Ejecutivo de la UNESCO acordó por unanimidad admitir en sus reuniones, como invitada de honor, a la República Española.
>
> El Gobierno Republicano español ha designado, a propuesta de la Unión de Intelectuales Españoles, la delegación siguiente: Excelentísimo Sr. Embajador de España en México, Don Luis Nicolau D'Olwer; Don José Giral, Rector de la Universidad de Madrid; Don Mariano Ruiz Funes, Rector de la Universidad de Murcia; Don Pedro Bosch-Gimpera, Rector de la Universidad de Barcelona; Don Manuel Márquez, Decano de la Facultad de Medicina de Madrid; Don Pedro Carrasco, Decano de la Facultad de Ciencias de Madrid; Don Felipe Sánchez Román, Catedrático; Don Cándido Bolívar, Catedrático; Don Wenceslao Roces, Catedrático; Don Benjamín Jarnés, Escritor; Don José Moreno Villa, Escritor; Doña Isabel de Palencia, Diplomático; Don Arturo Mori, Periodista.[4]

Además de un gran número de cartas de adhesión firmadas por intelectuales de varios países del mundo, este número monográfico de *Las Españas* reunió una serie de artículos sumamente informativos, tanto con respecto a la gran labor cultural llevada a cabo en tiempos de la República (la creación de escuelas nuevas, las Misiones Pedagógicas, el grupo teatral "La Barraca", etc.), como a la represión y destrucción resultantes de las políticas culturales del régimen de Franco. Varios de los artículos sobre las diversas labores realizadas por los republicanos (sobre todo

---

[4] Redacción, "España en la UNESCO", *LE*, 7 (noviembre, 1947), p. 2. Es importante destacar que en este número de la revista se publicaron artículos de algunos de estos delegados. Curiosamente, y saliéndose de la costumbre de la revista, sus firmas aparecen seguidas de la mención del puesto público que ocupaban en España durante la República.

aquellos firmados por quienes habían participado directamente en ellas, como es el caso del trabajo de José Renau sobre el salvamento de los cuadros de El Prado, o el de Luis A. Santullano sobre las Misiones Pedagógicas) tienen un valor testimonial muy especial; aunque, al igual que las denuncias con respecto al régimen franquista, dichos textos obedecen a una clara voluntad de propaganda política.

El hecho de que la UNESCO aceptara que España estuviese representada en la reunión por el Gobierno Republicano y no por el franquismo fue interpretado, desde luego, como un signo alentador. Sin embargo, en este número de *Las Españas* también hubo voces discordantes, que expresaron escepticismo con respecto a la posibilidad de que los organismos internacionales en general, y no sólo la UNESCO, realmente fueran a ser consecuentes con sus ideales en el caso de España. Las críticas lanzadas a la ONU, que seguía rechazando la posibilidad de intervenir directamente en la vida política española, fueron especialmente duras. En la portada misma de la revista, una nota de redacción llevaba el siguiente encabezado: "Si 'las Naciones Unidas no tienen ninguna base legal para derrocar al gobierno de Franco', el fascismo es legal, y el proceso de Nuremberg una venganza monstruosa sin justificación posible ante la historia."[5]

En la misma línea, a Ramón J. Sender le parecía escandaloso el que el Gobierno Republicano no estuviera presente, de manera constante, en todos los foros internacionales, y no sólo en esta reunión específica de la UNESCO: "Si en los organismos que intentan la consolidación de la paz y buscan formas de armonía internacional hubiera un criterio claro y sereno, se comprendería fácilmente que la República Española por su naturaleza y por su esencia, y hasta por la expresa renuncia a la guerra que figura en uno de los primeros artículos de su constitución, estuviera llamada a ser uno de los estados promotores y fundadores del nuevo

---

[5] *LE*, 7 (noviembre, 1947), p. 1.

orden del mundo preconizado por la América de Roosevelt."[6] En fin, a pesar de todo, se tenía plena conciencia de que donde se iba a resolver la situación de España, sea a favor o en contra de la República, no era en la UNESCO sino en la ONU; lo cual hizo que los redactores de la revista se preguntaran "si este clamoreo cultural y humanitario que vemos elevarse no ha sido lanzado con el propósito de endulzar o disimular –miel sobre el aguijón– alguna verdad más amenazadora y amarga."[7]

La reunión de la UNESCO, efectivamente, hizo poco por la causa de la República, y resulta entendible el que en números posteriores de *Las Españas* la nota de escepticismo con respecto a los organismos internacionales se haya agudizado. Un artículo especialmente importante en este sentido fue el que publicó Daniel Tapia bajo el título de "Las castañas en el fuego". En dicho texto fustigó a todo aquel exiliado español que siguiera cifrando sus expectativas de una inminente vuelta a su país en la posición que adoptaran las potencias extranjeras ante el problema español:

> Una extraña avidez, la más extraña y estéril de cuantas puedan imaginarse, le ha ganado por completo. Se diría que el español desterrado ha corrido tras los desengaños sediento de ellos. Surgió la guerra, y el español desterrado, en su afán de confiarse en aquellas personas o cosas de las que íntimamente se sentía decepcionado, tomó resueltamente la posición de beligerante, y lo que es peor, llegó a creer que no era él quien tomaba partido, sino que era uno [de] los bandos combatientes –el de los aliados– el que había tomado partido por él. Semejante equívoco le procuró una de las desilusiones mayores. Ganada la guerra, resultó que, para las naciones victoriosas, Franco era un indeseable, pero un indeseable *sui generis*, un indeseable... deseado.[8]

---

[6] Ramón J. Sender, "La libertad y los caminos", *LE*, 7 (noviembre, 1947), p. 4.

[7] Redacción, "Saludo a la UNESCO. Nueva Arcadia o paraíso hallado", *LE*, 7 (noviembre, 1947), p. 1.

[8] Daniel Tapia, "Las castañas en el fuego", *LE*, 8 (abril, 1948), p. 10.

La verdad de estas amargas palabras se vería confirmada con la resolución tomada por la ONU en noviembre de 1950. En un último intento por impedir este desenlace, los redactores de *Las Españas* prepararon una entrega especial de la revista dedicada a resaltar las "Aportaciones de España a la Cultura Universal". Los artículos que aparecieron en este número tocaron gran variedad de temas antropológicos, científicos, históricos, literarios y artísticos, recorriendo la historia cultural de España desde sus más remotos orígenes hasta bien avanzado el siglo XX. Fue, sin duda, el esfuerzo político-cultural más importante que el grupo de *Las Españas* jamás emprendiera, al reunir una extensa serie de excelentes ensayos firmados por figuras tan significativas como Pedro Bosch-Gimpera, Eugenio Ímaz, Margarita Nelken, Luis Nicolau D'Olwer, José María Ots, José Puche Álvarez, Juan Renau, Enrique Rioja, Luis Santullano, Ramón J. Sender, Manuel Andújar y Anselmo Carretero.

Al igual que en el número dedicado a la reunión de la UNESCO, se publicó en las páginas iniciales una larga lista de cartas firmadas por intelectuales de diversas partes del mundo que expresaban su adhesión a los ideales democráticos de la República vencida. La postura de la revista con respecto a la inminente derogación del acuerdo de 1946 de la ONU se resume en el editorial que encabeza esta entrega y que se define precisamente como un "Llamamiento a la conciencia internacional". En el tono grave y enfático que la precaria situación requería, los que hacían la revista hicieron un último intento por convencer a la comunidad internacional a ser consecuente con los principios que decía defender. El problema español, según ellos, trascendía los límites de la península: al decidirse en la ONU el futuro de España, se estaba decidiendo también nada menos que el futuro de la humanidad:

> En esta hora lo esencial no es España, sino el principio que ha acertado a encarnar. Luchar por él significa mucho más que pagar a un pueblo lo debido, PORQUE NO ES SÓLO EL FUTURO DE ESPAÑA EL QUE ESTÁ EN JUEGO, SINO LA BASE MISMA DONDE HAN

DE APOYARSE LA PAZ Y LA LIBERTAD DE TODOS LOS PUEBLOS DE LA TIERRA.

En el momento de votar por Franco o contra Franco en la Asamblea de la ONU se votará por el caos y la matanza o por la Paz, por los hombres o en contra de los hombres, por la barbarie y el delito o por la restauración de la Justicia. Que la Justicia, como la Libertad y la Paz, es una y es indivisible.[9]

El llamamiento fue escrito clara y enérgicamente. Sin embargo, muy poco después, tal y como los propios republicanos temían, su causa fue sacrificada por la comunidad internacional en aras de mantener el difícil equilibrio geopolítico creado por la Guerra Fría.

Pero si la actitud de *Las Españas* con respecto a la cambiante situación internacional constituye uno de los principales puntos de referencia para entender su postura política durante esta primera etapa de su vida, hay otras cuestiones que asimismo le preocupaban mucho y que deben ser tomadas en cuenta en cualquier estudio que pretenda definir la singularidad de la revista. Entre otras, habría que resaltar, por un lado, el papel que la revista atribuía a los intelectuales del exilio frente a los del interior de España y, por otro, la forma muy particular en que *Las Españas* pretendía lograr la unión de los intelectuales exiliados y así superar las diferencias ideológicas y políticas que dividían a las varias agrupaciones. Para esclarecer ambos puntos, convendría referirnos brevemente a la Unión de Intelectuales Españoles en México, que, como acabamos de ver, fue el organismo que, en 1947, seleccionó los delegados que asistirían, en representación del Gobierno de la República, a la reunión de la UNESCO celebrada en México.

La UIEM fue creada, a semejanza de la Unión de Intelectuales Españoles en Francia, con el fin de unir los esfuerzos intelectuales de los exiliados. Fue creada, además, con base en la

[9] Redacción, "Llamamiento a la Conciencia Internacional", *LE*, 15-18 (agosto, 1950), p. 2.

firme convicción de que les tocaba a ellos, los intelectuales del exilio, realizar lo que, en vista de la feroz represión franquista, los intelectuales que vivían en el interior del país se encontraban imposibilitados para hacer: a saber, mantener viva la gran tradición cultural española. Éste era su privilegio, pero también su deber. Aunque, dicho esto, hay que señalar que, en el momento de la formación de la UIEM, ya existía en España un organismo paralelo, también entregado a la lucha antifranquista, la Unión de Intelectuales Libres, con quien la UIEM, al igual que la UIE de Francia, esperaba entablar una comunicación estrecha, con el fin de coordinar sus respectivas actividades.

La reacción favorable de *Las Españas* ante la creación de la UIEM quedó reflejada en la reproducción, en una página exclusivamente destinada para ello, del documento constitutivo del organismo, así como en la publicación de otros escritos alusivos al mismo asunto. Merece comentario especial el "Mensaje de saludo a los intelectuales españoles antifranquistas de España", que tomó la forma de una carta dirigida por la UIEM a la Unión de Intelectuales Libres de España. La carta comienza con el siguiente párrafo:

> En el momento mismo de constituirse, la Unión de Intelectuales Españoles en México envía un saludo caluroso, fraternal, a la "Unión de Intelectuales Libres" de España y al valeroso movimiento intelectual de la resistencia interior contra el franquismo, que ella dirige.

En la misma carta, párrafos adelante, se afirma: "Nos enorgullece ver que los hombres de la intelectualidad antifranquista, unidos y organizados, ocupan su puesto en la lucha interior de la liberación y representan una fuerza importante dentro de ella."[10] Estas afirmaciones, junto con la que se expresa en el punto 2 de

---

[10] "Mensaje de saludo a los intelectuales españoles antifranquistas de España", *LE*, 6 (septiembre, 1947), p. 12.

promete a "*secundar*" la lucha antifranquista que realizan los intelectuales del interior,[11] son significativas en la historia del exilio, en cuanto demuestran un cambio de actitud de la emigración con respecto a la oposición que se desarrollaba al interior de la península. Pasados ya ocho años de su salida de España, los intelectuales del exilio empiezan a reconocer que no es únicamente sobre sus espaldas donde radica la responsabilidad de mantener viva la gran tradición española; también al interior del país existe una oposición organizada con la cual se ve en la necesidad de entrar en contacto para así coordinar sus esfuerzos para lograr el fin común.

Al lanzar *Las Españas*, como ya vimos antes, Andújar y Arana afirmaron, sin titubeo alguno, que los intelectuales en España no tenían voz, ni podían tenerla nunca mientras existiera el régimen de Franco. En consonancia con ello, concebían su revista como un instrumento de trabajo que permitiera que los intelectuales del exilio, en nombre de todos, pensaran la "España nuestra, popular, tradicional, y por verdaderamente tradicional, revolucionaria."[12] La aparición repentina de la UIL, desde luego, les hizo recapacitar un poco. Pero, con todo, seguían creyendo, por el momento, que el exilio era el lugar donde se debía formular la "idea de España".[13] Es decir, seguían con la misma convicción de que la España exiliada era la única que podía expresarse libremente y, por lo tanto, cualquier paso adelante que se diese

---

[11] En dicho renglón se lee: "LA UNIÓN DE INTELECTUALES ESPAÑOLES EN MÉXICO ayudará material, moral y culturalmente al movimiento intelectual de la liberación que dentro de España se desarrolla y secundará, en la medida y con los medios en que desde aquí pueda hacerse, los esfuerzos y la lucha de dicho movimiento; propagará en los medios españoles y cerca de la intelectualidad mexicana los actos, fines y significación del mismo y recabará la máxima ayuda para él y sus sostenedores". En "Constitución [de la] Unión de Intelectuales Españoles en México", *LE*, 6 (septiembre, 1947), p. 12.

[12] Redacción, "Editorial", *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 2.

[13] En el editorial del número 6 se lee: "Necesitamos una idea de España, y hay que formularla en el destierro, donde existe tiempo de pensar y libertad para expresarla." De acuerdo con esta misma convicción, era al intelectual del exilio a quien le tocaba "descubrir a España, organizarla racionalmente, con arreglo a su verdadero ser". En Redacción, "Editorial", *LE*, 6 (septiembre, 1946), p. 2.

en la península sólo sería como consecuencia de un impulso programado desde el exterior. Con el tiempo las circunstancias les obligarían a cambiar de actitud.

La reacción de *Las Españas* ante la creación de la UIEM nos permite apreciar, por otra parte, la forma muy particular en que la revista pretendía resolver el problema de la desunión que caracterizaba la vida intelectual de los exiliados en México. Si los redactores de *Las Españas* celebraban la aparición de dicho organismo, era, entre otras cosas, porque, según ellos, por fin "ha empezado a sentirse colectivamente una inquietud antes individual, y por individual infecunda: la de la tremenda responsabilidad histórica del español en el destierro".[14] Como la revista había insistido, ya desde su primer número, para que se cumpliera cabalmente con dicha responsabilidad, era imprescindible acabar, de una vez por todas, con la atomización política:

> En estas páginas se hizó evidente que la unión o si se quiere de otra manera, la coincidencia en el esfuerzo, no sólo no tenía nada de imposible, sino que era sencilla, fácilmente hacedera; que bastaba un propósito limpio, una conducta leal, un alejamiento claro de "eso" que injustamente ha dado en llamarse política, para que pudieran colaborar hombres de todas las tendencias, "de absolutamente todas las tendencias", inequívocamente antifranquistas.[15]

Del anterior fragmento es importante destacar la crítica dirigida hacia "*eso* que injustamente ha dado en llamarse política". Aunque aquí no se precisa por qué el término "política" no ha sido utilizado con propiedad, al parecer lo que se pretende es criticar la identificación de la política únicamente con la actividad que realizaban los partidos políticos. Y es que, según los redactores de *Las Españas*, el comportamiento de los partidos a lo largo de los años del exilio –y aun antes, durante la guerra,

---

[14] *Loc. cit.*
[15] *Loc. cit.*

cada cual intentando llevar agua a su molino– había contribuido de manera lamentable a la dispersión y atomización de esfuerzos. La UIEM, por lo tanto, les parecía una forma de reencontrar el camino correcto: una posibilidad de que se reagrupara la España del exilio con el fin de lograr la unión, hasta entonces tan debilitada y, sin embargo, tan deseada por todos.

Sin embargo, lo que proponía la UIEM[16] no les parecía suficiente. Al referirse a las propuestas concretas de dicho organismo, los redactores de *Las Españas* señalaron lo siguiente:

> Hay en ellas, o mejor dicho, en no pasar de ellas, un concepto demasiado sencillo del papel que toca al intelectual frente a la tragedia de España, porque además del hecho terrible, además del Estado franquista, están las causas que lo hicieron posible. A nuestro juicio no basta luchar por derrocarlo y ejercer una solidaridad que es obligada, necesitamos algo más; necesitamos afirmaciones colectivas junto a la negación que ahora nos une, pero afirmaciones vivas y no montoncillos de palabras.[17]

Vemos aquí cómo la crítica dirigida al comportamiento de los partidos políticos conlleva, a la vez, un cuestionamiento de mucho mayor alcance todavía, que pone en entredicho la validez de las bases en que el mismísimo Gobierno de la República se sostenía. Es decir, al señalar la necesidad de indagar en las causas de la existencia del Estado franquista, los redactores de la revista están señalando también la necesidad de hacer una revisión a fondo de las estructuras políticas republicanas, algunos de cuyos defectos habrían conducido al trágico desenlace de la Guerra Civil. Este cuestionamiento, no de la República como ideal político, pero sí del Gobierno de la República Española

---

[16] "Ayudar económica y moralmente al movimiento de los intelectuales que luchan en España contra el franquismo; establecer intercambio cultural con él; desarrollar en México un extenso plan de afirmación de la cultura española en relación con la hecha por el derrocamiento de Franco, y defender esa cultura y los intereses de la auténtica España en la próxima asamblea de la UNESCO." *Loc. cit.*

[17] *Loc. cit.*

como institución histórica, era algo que singularizaba al grupo de *Las Españas* desde muy temprano en la historia de la revista, alejándola, entre otras, de la actitud mucho más ortodoxa seguida por la dirección de la UIEM.

En la revista misma fue, en realidad, poca la atención prestada a diagnosticar las causas específicas del fracaso de la República. Para Honorato de Castro todo se debió a la transformación sufrida en el Gobierno tras las elecciones de 1933: "*La República inocente* de 1931, que había sustituido a la dominación de la Corona y de la tiara, cayó, por inocente, después del primer bienio, en manos de gobernantes que no tenían de republicanos más que las apariencias."[18] Para Mariano Granados, en cambio, el problema era más radical: la República de 1931, desde el primer momento, no estaba a la altura ni de las circunstancias ni de la confianza que el pueblo había depositado en ella:

> Aquel 14 de Abril, que llevaba en su entraña un gran movimiento nacional rigurosamente espontáneo en el que el puro pueblo se presentaba por primera vez en la escena española como primer actor, necesitaba unos intérpretes capaces de captar en toda su dimensión la significación profunda de aquel hecho tremendo. Y no los hubo. Porque todos los grupos, afectados de necia presunción hija de su profunda miopía, quisieron, como había hecho siempre la vieja política, canalizar las aguas hacia su molino y administrar en nombre de su grupo y sólo para él lo que ni habían engendrado ni era suyo: el patrimonio espiritual de toda una Nación que por fin se plasmaba en un gran movimiento colectivo.[19]

En el editorial del número 11 de la revista se plantean tres preguntas que, según los redactores, todos los exiliados deben hacerse: "¿Por qué hemos fracasado? ¿Por qué perdimos una guerra que se pudo ganar? Y sobre todo, ¿por qué desemboca-

[18] Honorato de Castro, "Remember. A los delegados de la UNESCO", *LE*, 7 (noviembre, 1947), p. 12.
[19] Mariano Granados, "Aquel 14 de Abril", *LE*, 12 (abril, 1949), p. 3.

mos en la guerra?"[20] En realidad, más que discutir dichos temas, los redactores de *Las Españas* se limitan, al igual que Mariano Granados, a asignarle la culpa a los partidos políticos (lo que para ellos constituye un hecho indiscutible) y a insistir en la inviabilidad de pretender restaurar una república, como la española, basada en semejante sistema partidista.

Dicha actitud encuentra expresión por primera vez en el segundo número de *Las Españas*, donde, en frase lapidaria, se insiste en el hecho de que en España "no hay posibilidad de restaurar nada, porque de lo caído no queda sino polvo y amargura".[21] Más tarde, en el número 9 de la revista, Daniel Tapia retoma el mismo tema en un excelente artículo dedicado a censurar a todos aquellos exiliados que viven con la mirada permanentemente anclada en el pasado, y entre ellos, a los republicanos que sólo piensan en restaurar la República de 1931:

> Volvamos, pues, la vista hacia lo que es porvenir. Atrás no queda sino el páramo y quizá la armazón, la estructura, de una República que fue. Esa República sí es pretérito y por tanto la más acabada estatua de sal que pueda hallarse. Existen hombres, ya lo sé, y podrá ser meritoria su tarea, como lo fue la de las plañideras, que se han impuesto la penitencia de cargar con este cadáver insepulto. Caminan abrumados por el dolor y exhiben lo que no es sino triste osamenta de una República nacida tarde y muerta sin llegar a sazón. ¿Hasta cuándo hemos de seguir tan fúnebre comitiva? En ella van representaciones de todos los partidos políticos que fueron, puras o no tan puras entelequias. ¿Es que hay algún partido de la República que no esté momificado, al que no le sepa la len-

---

[20] Redacción, "Editorial", *LE*, 11 (enero, 1949), p. 2. En octubre de 1949, en el folleto *Por un movimiento de reconstrucción nacional*, se formulan las mismas preguntas diciendo que la revista surge de una inquietud que se concreta en ellas. *Por un movimiento de reconstrucción nacional*, p. 3.

[21] Redacción, "Editorial", *LE*, 2 (noviembre, 1946), p. 2. La frase, con todo, era algo ambigua (de una ambigüedad tal vez voluntaria), ya que podría referirse a la restauración no sólo de la República, sino también de la Monarquía, solución que los socialistas de Indalecio Prieto empezaban a buscar por estas fechas.

gua a sal? Ninguno. Entonces, llegado es el tiempo de dar honrosa sepultura a esta República, que no es por cierto la única que puedan idear los republicanos, y de entregarnos a la noble tarea de vivir.[22]

Idear una nueva república: ahí estaba la principal tarea que los redactores de *Las Españas* se imponían, una vez lograda la unión entre todos los antifranquistas. Aun reconociendo la importante labor cultural realizada por el Gobierno de la República, los redactores de la revista insistían en la necesidad de formular una nueva idea de su país, que, a la vez que permitiera evitar incurrir en los mismos errores que antes, estuviese más de acuerdo con el verdadero espíritu del pueblo español. Antes, incluso, que una nueva estructura política, lo que había que formular era un nuevo "ideal" nacional, tal y como se anunciaba en el editorial del número ocho de la revista:

Lo primero es barrer dentro y fuera de nosotros mismos: barrer ilusiones, ruinas, cansancio, resentimientos; barrer los ecos que zumban en nosotros tapando nuestra propia voz. Luego, hay que crear un ideal nacional capaz de aglutinar a todo español que merezca serlo y a todos y cada uno de los pueblos de España; pero un ideal fundamentado en la realidad de nuestro pueblo, en una política popular genuinamente española, donde lo "nacional" no sea ni un burladero ni una máscara. Después, trabajar sin descanso, pelear sin descanso.[23]

Durante este primer período (1946-1950), y si exceptuamos sus preocupaciones federalistas, la postura política de *Las Españas* se resume así en cuatro puntos claves: en su cambiante actitud hacia la UNESCO y la ONU, organismos internacionales supuestamente dedicados a combatir regímenes dictatoriales como el de Franco, pero en realidad dominados por los intereses

---

[22] Daniel Tapia, "La otra mujer de Lot", *LE*, 9 (julio, 1948), p. 11.
[23] Redacción, "Editorial", *LE*, 8 (abril, 1948), p. 2.

geopolíticos de las grandes potencias, ahora sumidas en la Guerra Fría; en la misión especial que asigna a los intelectuales exiliados frente a los intelectuales del interior de España; en el marco no partidista e incluso antipartidista en que se insertan sus esfuerzos por lograr la unión entre los intelectuales exiliados; y finalmente, en la creciente crítica que dirige al Gobierno Republicano, justificación a su vez de la propuesta que hace de formular una concepción nueva de su país.

Cabe agregar que, conforme con los acontecimientos internacionales, la actividad política del grupo de *Las Españas* se va intensificando durante este período, a la vez que su postura se va radicalizando; evolución que trae como consecuencia una serie de críticas por parte de otro sector de la emigración, así como una importante escisión dentro del grupo que hacía la revista. Después del número monográfico dirigido "A la ONU" en agosto de 1950, uno de los cofundadores de *Las Españas*, Manuel Andújar, decidió retirarse, pacíficamente, del proyecto. Las razones que lo impulsaron a hacerlo las explicó en el texto escrito en 1976 sobre "Las revistas culturales y literarias del exilio en Hispanoamérica". A juzgar por dicho testimonio, Andújar no se oponía a la postura política en sí que defendiera *Las Españas*, pero sí a la importancia cada vez mayor que la discusión política iba cobrando en la revista:

> Aunque juzgaba, y estimo, que teoría y saber políticos son, obviamente, menesteres intelectuales, su derivada plasmación concreta, que en circunstancias candentes (dictadura primorriverista, República en albores y asedios, Guerra Civil), había asumido, en mi ámbito y trajín, cada vez la conceptuaba más, en el exilio, distinta y ajena a mi sentir. Cuestión de vocaciones, que alergia sería desde entonces. En el caso de *Las Españas*, cuando finalizaba 1950 manifesté, en el grupo editor, que debíamos dar primacía inequívoca a las finalidades culturales, al mantenimiento de la revista en tanto que terreno común de las varias expresiones de nuestro pensamiento, letras y artes. Pareció erróneo mi criterio de proporcionalidad –o de tonalidad dominante–, y me retiré en silencio, sin que de ello

hiciéramos pública cuestión. Con cordial espíritu se entendió mi actitud y nuestra amistad –notorio es– no sólo no sufrió quebranto, sino que, superada la prueba, acendrada quedó.[24]

En adelante, la responsabilidad de la revista recaería principalmente sobre Arana, Puche y Carretero. Andújar, en efecto, se retiraría, pero no por completo. Años después volvería a colaborar, aunque esta vez bajo el seudónimo de "Andrés Nerja"; por otra parte, escribiría prólogos para algunos de los libros editados por el grupo de *Las Españas*.

2. *POR UN MOVIMIENTO DE RECONSTRUCCIÓN NACIONAL* (1949)

Por su importancia, hemos guardado para comentario aparte la publicación en 1949 del folleto *Por un movimiento de reconstrucción nacional*, texto que, aunque leído y revisado por todos los redactores de la revista, fue escrito, lo mismo que el conjunto de los editoriales, por José Ramón Arana. Su aparición coincidió con un momento en que la postura política de *Las Españas* empezaba a ser muy criticada, sobre todo por los comunistas españoles agrupados en México alrededor de la revista *Nuestro Tiempo*. En vista de la constante censura que el grupo de *Las Españas* dirigía a los distintos partidos que conformaban el campo republicano, esta respuesta por parte de los miembros del Partido Comunista era de esperarse. Aunque, dicho esto, hay que señalar que las críticas publicadas en las páginas de *Nuestro Tiempo* se referían no sólo a las ideas en sí defendidas por el grupo de *Las Españas*, sino también a la vaguedad y a la falta de concreción con que estas ideas, según los comunistas, estaban formuladas. En un cáustico comentario publicado en septiembre de 1949, José Renau escribió lo siguiente:

---

[24] Manuel Andújar, art. cit., p. 61.

> La postura que mantienen los redactores de *Las Españas* no se expresa en un cuerpo de ideas con coherencia ideológica, en el sentido más propio del término. Si nos atenemos al texto literal de las editoriales, notas de redacción y colaboraciones personales de los redactores y editores de esta revista, en los doce números publicados hasta hoy, nos encontramos con un conjunto inorgánico de juicios generalmente negativos, todos ellos de orden político, a los que una equívoca formulación y una deliberada vaguedad prestan con frecuencia un doble sentido de afirmación revolucionaria y de nihilismo crítico. La generalización crítica negativa, la insinuación, la alusión indirecta y la cautela en la formulación de los propios fines políticos forman la base táctica de este grupo de intelectuales.[25]

En un evidente intento de responder a estas acusaciones y de plantear claramente sus propuestas, saliendo al paso, además, a la afirmación de que su crítica era puramente negativa, el grupo de *Las Españas* decidió elaborar el folleto *Por un movimiento de reconstrucción nacional.* Estas circunstancias quedan reflejadas en la introducción de dicha obra, donde se identifica, como propósito de la misma, el de "afirmar ciertas certidumbres"; mientras que, en otro momento, se advierte que "en este documento vamos a dar respuesta –esa concreción tantas veces pedida– a varias de las interrogaciones por nosotros mismos planteadas".[26]

Por un movimiento de reconstrucción nacional puede considerarse, en términos generales, como el intento más detallado que emprendiera el grupo de *Las Españas* por dar a conocer su ideario. El documento tiene, de hecho, todas las principales características de un programa político: un diagnóstico de la situación, una descripción del proyecto político que debería introducirse y una propuesta acerca de las fuerzas que deberían impulsarlo.

---

[25] José Renau, "La causa de España y los especuladores del derrotismo", *Nuestro Tiempo. Revista Española de Cultura*, año 1, núm. 2 (septiembre, 1949), pp. 18-19.

[26] *Por un movimiento de reconstrucción nacional*, p. 3. En adelante, para evitar un exceso de notas de pie de página, con alguna excepción, toda cita de esta obra se identificará en el cuerpo del texto mediante una simple referencia al número de la página.

El diagnóstico de la situación lo realiza Arana partiendo de las mismas preguntas formuladas en la revista acerca de las causas tanto por las que la República había desembocado en una Guerra Civil como por las que también la República la había perdido. En un intento por determinar estas causas, y manteniéndose fieles a sus posiciones acerca de la historia de España, los redactores de la revista llegaban a la conclusión de que el *franquismo* era, más que el régimen impulsado por Franco, la manifestación más reciente de la España imperial, dogmática, reaccionaria y autoritaria que tradicionalmente, desde siglos, pretendió sofocar y eliminar a la otra España, la democrática, pluralista, revolucionaria y popular. Según esta interpretación de la historia: "Franco no es el *franquismo*; es su expresión actual, su presente caracterización, su fisonomía visible" (p. 5). Por lo tanto, a los responsables del folleto les parecía una ingenuidad pugnar, exclusivamente, por el derrocamiento de Franco: para ellos era sólo el principio. "Franco es la primera trinchera del franquismo", reconocen; y desde luego, "es menester tomarla, pero apuntando a la raíz misma del mal y no sólo a sus manifestaciones externas" (p. 5). En fin, en opinión del grupo de *Las Españas*, se necesitaba algo más, algo que llegara a la raíz del problema. A saber:

> una revolución profunda. No basta su caída [la de Franco], no basta cambiar el nombre del Estado y promulgar una serie de Leyes de signo diferente: es necesario mucho más. Es menester, en primer término, iniciar una modificación radical de la mentalidad política española. Ello sólo es posible acometiendo a fondo la reestructuración económica de España.[27]

Además del aniquilamiento político del franquismo, en el sentido secular que el grupo de *Las Españas* atribuía a este concepto, el "Movimiento de reconstrucción nacional" decía tener como finalidades principales "la liquidación de la guerra civil y

[27] *Por un movimiento de reconstrucción nacional*, p. 5.

la reconstrucción económica de España" (p. 4). Ambos propósitos merecen cierta explicación o comentario. Uno de los fundamentos de la posición política de *Las Españas* era que, si bien la guerra propiamente dicha había terminado en 1939, el país seguía en virtual estado de guerra debido a las medidas represivas tomadas por Franco para asegurar la sobrevivencia de su dictadura. A través del "Movimiento de reconstrucción nacional", la revista pretendía sentar las bases para que –una vez derrocado el franquismo– ese estado de guerra fuera sustituido por un régimen que poco a poco permitiera a los ciudadanos recuperar las libertades democráticas de las que el franquismo les había privado.

Pero, puesto que para el grupo de *Las Españas* el franquismo no era simplemente el régimen de Franco, sino un sistema de represión que había ido reproduciéndose en la mentalidad de los españoles a lo largo de los siglos, el folleto contemplaba un período de educación política que permitiera al pueblo español recuperar sus libertades democráticas sin que otra vez su temperamento, distorsionado por siglos de gobierno dogmático y autoritario, los llevara a otra sangrienta guerra civil. Es decir, según *Las Españas*, la restauración de las libertades no podía hacerse de golpe, sino que requería un período de transición durante el cual se iría modificando, paulatinamente, la mentalidad nacional.

Para lograr esta reeducación de los españoles, los dirigentes del "Movimiento" se basarían, sobre todo, en una interpretación de la historia nacional. Y esto porque, según el grupo de *Las Españas*, la capacidad para impulsar un movimiento nacional verdadero "se adquiere al sistematizar las experiencias históricas y extraer de ellas una teoría justa, no sólo de la realidad presente, sino también, de la futura realidad posible" (p. 6). Dicha "teoría justa" descansa, a su vez, en una concepción de lo que constituye el verdadero ser de España, una esencia que, al estilo de la visión intrahistórica de Unamuno, se encuentra por debajo de las vicisitudes registradas por la historia misma del país. La tarea consiste, entonces, en descubrir esta esencia latente, para educar a los españoles de acuerdo con ella. De esta manera el Movimiento se

convierte en "una conjugación de la conciencia y de la voluntad de las multitudes para rectificar una desviación histórica, o para recuperar el tiempo histórico perdido" (p. 14). Pero ¿en qué consiste esa esencia nacional? De ahí el verdadero problema que se enfrenta, según *Las Españas*: "Identificar el verdadero ser de España no es tarea sencilla, no está al alcance de un grupo o de un partido. Es un largo quehacer de España misma, una larga labor de reencajar venas y músculos en su anatomía espiritual" (p. 8).

La visión muy específica que *Las Españas* tenía de la historia nacional, y que pretenden resumir en el curso del folleto, será tratado en cierto detalle en el próximo capítulo dedicado a analizar las ideas federalistas de la revista. Por ahora nos limitamos a señalar lo frágiles que son las bases historiográficas sobre las que el Movimiento se alza. Como toda concepción que busque la esencia del ser de España, el programa en su conjunto se disuelve finalmente en la formulación de una hipotética España ideal, que habría existido alguna vez en tiempos remotos, pero que (en este caso) un Estado impuesto, ajeno a la esencia nacional y permanentemente atrincherado en el país, no ha permitido resucitar. Según esto, para que el país vuelva a su verdadero cauce, basta que todos los españoles, en "una conjugación de la conciencia y de la voluntad", decidan hacerlo. Aunque, para ello, tendrían que primero ponerse de acuerdo acerca de la esencia que quisieran recuperar. Y claro, de ahí el problema, puesto que no todos tenían por qué aceptar la esencia nacional que proponía *Las Españas*. Ni mucho menos aceptar la idea de que la historia se desarrolla por un acto de voluntad.

Cabe agregar que, a pesar de lo que pudiera pensarse a primera vista, la propuesta no era totalmente idealista; que para lograr la modificación de lo que llamaba "la mentalidad política española", el grupo de *Las Españas* finalmente reconocía que "ello sólo es posible acometiendo a fondo la reestructuración económica de España" (p. 5). Y de ahí el otro propósito principal anunciado; un propósito que en su formulación, por cierto, no pasa de ser algo más que una vaga aspiración general bienintencionada.

Desde luego, de haber hurgado más a fondo en la cuestión de la forma en que la economía podría o debería reconstruirse (y, por lo tanto, en la forma en que los cambios económicos modificaban paulatinamente el pensamiento de las distintas capas sociales de España), se hubieran visto obligados también a cuestionar las bases de su interpretación esencialista de la historia de España.[28]

En lo que se refiere a las fuerzas políticas que asumirían la dirección del movimiento nacional, el folleto expresa la firme convicción de que de ninguna manera convendría permitir que los partidos políticos se ocuparan de ello. En opinión de *Las Españas* los partidos habían perdido ya el arraigo necesario, estaban completamente desprestigiados y, por si todo esto fuera poco, sus prácticas, además, eran contrarias a lo que pretendía un movimiento nacional. Más tarde, cuando fueran instauradas bases firmes para la contienda democrática, serían ellos, los partidos políticos, los que se disputarían el poder. Pero en los momentos iniciales era más conveniente que se mantuvieran al margen para permitir así que el proceso de reconstrucción no se viera entorpecido por conflictos sectarios:

> Pero un Movimiento de Reconstrucción Nacional es imposible sobre el programa de un partido, y quizá más imposible aún sobre un mezquino y endeble pacto de partidos. Por otra parte, imposible es también sin un partido vigoroso, o sin una coalición de partidos capaces de comprenderlo y de servirlo. ¿Cómo resolver esta contradicción? Si los partidos que sobrevivan y los que surjan en España entienden que no es el momento de enzarzarse en la lucha tradicional por el Poder, si tienen plena conciencia de que lo primero, lo urgente, lo inaplazable ya es liquidar la guerra y emprender la reconstrucción económica y moral de España –evitando

[28] En realidad, en cuestiones de economía como en otras esferas de la vida nacional, en lugar de especificar las reformas concretas que habría que llevar a cabo, se indican tan sólo las áreas en que una reforma resulta imprescindible. Según el folleto, los problemas más acuciantes de España son los siguientes: el agrario, el del crédito, el de la desintegración nacional, el militar, el problema llamado religioso, el internacional y el del orden público.

de esta manera inminentísimo colapso–, la contradicción no existe: en vez de estorbar el desarrollo del Movimiento de Reconstrucción Nacional o de intentar explotarlo –frustrándolo así– para sus propios fines, estarán en condiciones de servirlo (p. 13).

Aquí vemos al grupo de *Las Españas* intentar resolver la contradicción a la que lo lleva su ya arraigado rechazo a los partidos políticos. *Las Españas* consideraba que el Movimiento debería formarse aglutinando "a todas o a la mayoría de las capas sociales nacionales, y, por ende, a la inmensa mayoría de los individuos que componen una nación" (p. 14). Pero, hacerlo sin tomar en cuenta a los partidos, y aun a pesar de ellos, era una opción difícilmente realizable. Sin embargo, aparte de hacer evidente una concepción de la política alejada completamente del pragmatismo, esta propuesta es resultado lógico de su visión, pues según ésta los partidos políticos también reproducían, independientemente de su voluntad, el espíritu de guerra civil al que *Las Españas* se oponía. En algún momento el folleto concede que, si los partidos no aceptaran voluntariamente retirarse del escenario político, "menester sería –si no hay otro remedio– ir a la constitución de un organismo político que sirva de esqueleto y de cerebro al Movimiento de Reconstrucción Nacional" (p. 13).

Al leer esta afirmación, aun el lector mejor intencionado se preguntará en qué forma se diferencia de la estructura política única y vertical que en la España franquista se llamaba también Movimiento Nacional. ¿Cómo evitar que el Movimiento se convirtiera en un despotismo "benevolente" en donde, al igual que bajo Franco, todo principio político e ideológico estaba subordinado a una serie de valores nacionales más o menos abstractos impuestos desde arriba? Era un riesgo que, por fortuna, el grupo de *Las Españas* tenía perfectamente presente. Y es que para ellos, el Movimiento de Reconstrucción sólo representaba un primer paso provisional en el proceso de promover la sociedad deseada. Era, según sus palabras, más bien "de desescombro y de cimentación; de crear las condiciones precisas para la organi-

zación y vida de una sólida y verdadera democracia" (p. 18). El Movimiento prepararía el camino, pero no pretendería formular ninguna solución definitiva a los problemas: "no necesita elaborar una Constitución, ni al abordar los problemas más graves es indispensable que prejuzgue la solución definitiva. Ambas cosas –en su día, claro– *habrán* de hacerla los *partidos*" (p. 18). Y de ahí, por otra parte, la insistencia en indicar límites temporales para la existencia misma del Movimiento: "Un Movimiento Nacional no puede –sin degenerar en totalitarismo– aspirar a convertirse en organización rectora permanente. Tiene por límite natural en el tiempo la consecución de los fines concretos que lo determinan" (p. 14).

Así, todo termina por ubicarse en la provisionalidad. Y no sólo el Movimiento en sí, sino también los términos mismos en que el folleto plantea la necesidad de dicho movimiento. Porque para el grupo de *Las Españas* la obrita no debería ser tomada como una propuesta acabada y definitiva, cerrada a cualquier matización o transformación posterior; al contrario, constituía simplemente un conjunto de ideas generales y de verdades provisionales destinado a servir como punto de partida para la discusión acerca de las acciones concretas que el Movimiento propiamente dicho debería tomar:

> Si nuestra idea es aceptada, serán los hombres que la perfilen y organicen quienes estudien estas bases –articuladas y concretas–, y los organismos técnico-políticos los encargados de formular las soluciones necesarias a cada uno de los problemas comprendidos en las finalidades específicas del Movimiento de Reconstrucción Nacional (p. 20).

En fin, el folleto deja ver no sólo la fragilidad teórica de los propuestas políticas del grupo de *Las Españas*, sino también la vacilación con que dichas propuestas se plantean. No obstante, hay que recordar el espíritu generoso y hasta humilde con que el folleto fue escrito. Lejos de pretender ser dueños absolutos de la

verdad, y más lejos todavía de pretender protagonizar ellos mismos un movimiento basado en dicha verdad, los redactores del folleto simplemente ofrecían sus ideas como punto de partida para una necesaria discusión entre todos. El manifiesto constituye, en efecto, otro tanteo más en la historia de la revista; un tanteo en que resulta sin duda más interesante y atinada la meta general perseguida que las medidas (no siempre tan concretas) propuestas para alcanzarla. Si bien ubicar los problemas nacionales dentro de un concepto idealista de la historia resulta muy poco práctico y realista, la decisión misma de buscar una solución que rebasara las estructuras anquilosadas de la República sin duda representa un hito decisivo en las discusiones políticas llevadas a cabo en el exilio.

3. *LAS ESPAÑAS* (1951-1956)

Los años que van de 1951 a 1956 marcan la segunda etapa en la vida de *Las Españas*. Se trata de un período de más o menos la misma duración que el primero, pero en el que se observan menos cambios en la visión política de la revista; lo cual, a su vez, quizá corresponde a un descenso en la actividad política realizada en el exilio en general. Por otra parte, es también un período en que se va espaciando cada vez más la aparición de los sucesivos números de *Las Españas*. En este mismo rubro, cabe destacar la aparición de la gacetilla *Noticias de las Españas* (luego *Las Noticias dentro y fuera de España*), un folleto de pequeño formato destinado a dar voz a la postura política de *Las Españas* en un momento en que todas las finanzas de la revista se destinarían a la edición y distribución de la entrega monográfica dirigida "A la ONU".[29] El primer número de *Noticias* se editó en

[29] En una hoja de suscripción puesta en circulación en septiembre de 1950, al volver a pedir ayuda a sus lectores, los editores de la revista señalaron lo siguiente: "La demanda de *Las Españas* crece de número en número, sobre todo en la Península; pero el costo de su publicación y distribución ha aumentado enormemente. El volumen ex-

junio de 1950, unos cinco meses antes de la decisión de la ONU de levantar las sanciones anteriormente impuestas al régimen franquista; sin embargo, la aparición de los otros tres números es posterior a dicha decisión y es en ellos donde encontramos la primera reacción de la revista ante lo que no por nada sus editores consideraban la "última ignominia". Es ahí también donde se ve concretado por primera vez (y precisamente a raíz de la decisión de la ONU) un cambio fundamental en la actitud de la revista hacia las fuerzas antifranquistas radicadas en la península.

Aun cuando se veía venir desde hacía tiempo, la decisión tomada por la ONU, su abierta y pública claudicación ante la dictadura de Franco, no pudo menos que despertar la airada protesta de quienes hacían *Las Españas.* Fue una decisión, opinaron los editores de la revista, en la que la ONU había traicionado los principios mismos por los que había sido creada:

> La ONU ha estrellado descaradamente sus propios fundamentos, arrojándolos al patio, como si fueran residuos vergonzosos y malolientes. Ha reivindicado un régimen que ella misma condenara y ha tendido la mano, con campechana desfachatez, a un sistema inquietante y nocivo, aupado sobre un millón de cadáveres, con la ayuda decidida de aquellos que fueron condenados por el tribunal internacional de Nüremberg.[30]

Es decir, si la decisión fue una tragedia para España, fue una vergüenza para la humanidad en general. De hecho, según los editores apuntaran en otra nota sobre el mismo tema, al tomar la determinación que tomó, la ONU se había asestado un golpe a sí misma aún más mortífero que el golpe dirigido a España:

---

traordinario (números 15 a 18) se ha podido publicar gracias a la ayuda de unos cuantos compatriotas amigos y a un nuevo esfuerzo de los editores; a pesar de los cuales nos hemos visto obligados a recurrir al crédito. Hemos tenido que contraer, por este volumen extraordinario (los 14 números anteriores están totalmente pagados), una deuda de cinco mil pesos en números redondos, que nos han prestado generosamente, y que debemos liquidar antes de sacar un nuevo número".

[30] Redacción, "Garabato y perfil de la España actual", *NLE,* 2 (enero, 1951), p. 14.

nadie ha parado cuenta en que la víctima vive a pesar de todo, mientras que el heridor ha muerto a consecuencia de la herida causada. Porque la Asamblea de la ONU, al dimitir toda razón de seguir siendo, al renegar de sus creencias y traicionar los fines para que fue creada, se ha suicidado de un sólo y limpio tajo bajo la yugular de la vergüenza. Y muerta está, "del todo y para siempre", en la conciencia de los hombres.[31]

Fuesen cuales fuesen las consecuencias para la ONU, el hecho es que, para los redactores de *Las Españas* lo mismo que para muchos otros exiliados españoles, la decisión al menos sirvió para esclarecer la verdadera situación en que se encontraban. Evidentemente, a partir de ese momento sería absurdo seguir esperando que los organismos internacionales intervinieran para derrocar a Franco. La responsabilidad de restaurar la democracia en España (ahora sí, no cabía duda al respecto) dependía exclusivamente de la voluntad y de la acción de los propios españoles. En el caso de los redactores de *Las Españas*, esta dura toma de conciencia se tradujo, por otra parte, en una confirmación de la absoluta caducidad de los organismos republicanos existentes: según ellos, la decisión de la ONU "liquida todas las ficciones, porque evidencia la caducidad de hombres, códigos y partidos que ya cumplieron su misión histórica; porque deja al español que sigue en carne viva frente a frente a su drama, frente a frente a la tragedia de su pueblo".[32]

Conviene agregar que las consecuencias de la decisión tomada por la ONU no consistían únicamente en el aislamiento de la causa republicana. Como ahora sabemos, si Estados Unidos había presionado tanto para que se levantaran las sanciones en contra de Franco, era, desde luego, porque había decidido crear bases militares en tierra española, con el fin de consolidar su presencia en Europa Occidental, como zona de influencia suya

---

[31] Redacción, "La última ignominia", *NLE*, 2 (enero, 1951), p. 1.
[32] Redacción, "Editorial", *NLE*, 2 (enero, 1951), pp. 2, 13.

en su guerra contra la Unión Soviética. A cambio de las bases, España recibiría un trato especial por parte de Estados Unidos que incluiría un crédito por 62 y medio de millones de dólares, que serviría para reforzar el régimen franquista, cosa bastante lamentable en sí; pero, por otra parte, con la presencia militar en España de otro país, la soberanía nacional se vería seriamente perjudicada, abriendo así otra faceta a la tragedia que vivía el pueblo español.

Las intenciones ocultas de Estados Unidos no tardaron en hacerse públicas y se convirtieron en seguida en otro acontecimiento que el grupo de *Las Españas* se sentía obligado a denunciar. En el editorial del número 4 de *Noticias dentro y fuera de España* se afirmó lo siguiente:

> Sólo la unión sagrada de todos los españoles en torno a tres o cuatro finalidades concretas –impedir que España se convierta en colonia norteamericana, castigar el crimen de lesa patria cometido, liquidar la guerra civil y reconstruir nuestra economía–, puede evitar la disgregación definitiva, la ruina total y el descenso a la categoría de pueblo merecidamente sujeto a coloniaje.[33]

Como vemos, la defensa de la soberanía nacional de repente fue incorporada a la lista de los propósitos principales ya defendidos en el folleto *Por un movimiento de reconstrucción nacional.* La referencia a este documento no es casual; ante la gran incertidumbre que los hechos políticos internacionales acababan de crear, los redactores de *Las Españas*, en efecto, recurrieron otra vez a dicho manifiesto como punto de referencia con que orientarse en la tormenta. Más aún, con el fin de impulsar su "Movimiento de reconstrucción nacional", convocaron a todos los republicanos exiliados en México a una asamblea. El triste resultado de dicho intento de unificación fue resumido en una nota publicada en mayo de 1951, en el tercer número de *Noti-*

---

[33] Redacción, "Editorial", *NLE*, 4 (agosto, 1951), p. 2.

cias. Lamentándose una vez más de la falta de unión entre los republicanos exiliados, se señaló lo siguiente:

> Recientemente el grupo que hace *Las Noticias (Dentro y fuera de España)* tuvo una experiencia muy clara a este respecto. Convocó a una reunión de partidos, grupos y organizaciones republicanos en el exilio para examinar las posibilidades de una acción conjunta cara a España, para ayudar al movimiento del interior que tan magnífica muestra de unidad, espíritu combativo y heroísmo sin par está dando. Pues bien, la mayoría de los convocados revelaron que para ellos las preocupaciones de politiquería y sectarismo prevalecían sobre el interés general. Argucias estatutarias, pleitos de precedencia, incompatibilidades... Algo intolerable.[34]

Si bien esta crónica demuestra que las divisiones entre los diferentes organismos republicanos seguían tan vivas como en los primeros días del destierro, también deja ver el cambio ocurrido en la apreciación que el grupo de *Las Españas* ahora tenía por las fuerzas antifranquistas activas en el interior de España. Lo que contribuyó a este cambio de orientación fue no sólo la evidente inoperancia de las fuerzas republicanas exiliadas, sino también la creciente presencia en España de organizaciones clandestinas que se dedicaban, en efecto, a cuestionar y subvertir el régimen franquista. Esta actividad antifranquista culminó, en 1951, en una serie de huelgas, tanto en el País Vasco como en Cataluña, que entre los republicanos exiliados volvieron a prender la llama de esperanza que la decisión de la ONU de alguna manera había apagado. El grupo que editaba *Las Españas* recibió con especial entusiasmo la noticia de las huelgas. En el editorial del número 19-20 de la revista, afirmaron lo siguiente:

> El desarrollo de las últimas luchas populares está diciendo que sólo falta un verdadero programa nacional, y la adecuada organización integradora, para que la movilización civil de nuestro

[34] Redacción, "El estrago de los reinos de Taifas", *NLE*, 3 (mayo, 1951), p. 6.

pueblo alcance tales proporciones que produzca la asfixia del franquismo.[35]

El entusiasmo, sin embargo, no fue compartido por todos. Al contrario, en ambos lados del Atlántico, las huelgas produjeron especulaciones y comentarios, en ocasiones contradictorios, en cuanto a la verdadera finalidad política de tales movimientos. Tales contradicciones encontraron eco en las páginas del cuarto y último número de *Noticias*. Así, en una carta anónima dirigida a "El Bachiller", que era corresponsal de la revista en España, se afirma sin tapujos que los movimientos antifranquistas fueron promovidos por el clero, en una sorda lucha entre el Vaticano, Estados Unidos e Inglaterra.[36] En cambio, al lado de esta opinión, la revista difundía otras interpretaciones, tal vez más mesuradas, más ajustadas a la verdad. "Salvador Morales", corresponsal de *Las Españas* en la península, emitía, por ejemplo, la siguiente opinión:

> Los movimientos huelguísticos de Barcelona, de Vizcaya, de Guipúzcoa, de Navarra, aunque sospechosos en la realización y más aún en la lenidad con que fueron sofocados, demostraron la capacidad combativa de un pueblo hambriento y dejaron entrever las posibilidades enormes que su utilización presenta. Y aunque se asegura –con muy dudosos fundamentos– que el movimiento fue inspirado, alimentado y tolerado por las propias autoridades, que, con ello, querían acuciar a los nuevos amos norteamericanos para que apresuraran y aumentaran su apoyo económico, es lo cierto que, en todos los momentos, las huelgas sobrepasaron todos los cálculos, y que como referéndum político, constituyeron un decidido gesto de condenación para el equipo de la tiranía.[37]

---

[35] Redacción, "Editorial", *LE*, 19-20 (mayo, 1951), p. 2.

[36] Anónimo, "Carta abierta al 'Bachiller'", *NLE*, 4 (agosto, 1951), pp. 6, 8. El "Bachiller" firma artículos en los números 2, 3 y 4 de *Noticias de Las Españas*, pero ninguno coincide temáticamente con lo que se le reprocha en la carta abierta.

[37] "Salvador Morales", "Garabato y perfil de la España actual", *NLE*, 4 (agosto, 1951), p. 2.

Como hemos visto, los redactores tendían a compartir más bien la opinión de "Salvador Morales" y, por ello mismo, desde el primer momento expresaron todo su apoyo a las fuerzas que promovían las huelgas. Desde este momento los acontecimientos ocurridos en el interior del país cobraban la máxima importancia para ellos; lo cual los llevó por fin a reconocer el papel subordinado que los republicanos exiliados ya desempeñaban en la lucha común contra Franco. En el número 18-19 de la revista, refiriéndose de nuevo a la necesidad de promover un programa nacional para concertar esfuerzos, los redactores de *Las Españas* insistieron en la necesidad de remarcar que "hoy, *después de haber perdido el conjunto de la emigración republicana su papel de minoría dirigente*, es condición indispensable que tal organización surja dentro de España y no a consecuencia de pactos, regateos y componendas, según el viejo estilo".[38] Es decir, aunque siguen ofreciendo su texto *Por un movimiento de reconstrucción nacional* como un punto de referencia para iniciar el diálogo, el grupo de *Las Españas* reconoce que la decisión finalmente tiene que provenir de las nuevas generaciones surgidas en España después de la Guerra Civil.

De acuerdo con este reconocimiento, la revista misma empieza a sufrir una reorientación, al darse cuenta los redactores de que, más que la unión entre los exiliados, lo que importa ahora es el diálogo entre éstos y los antifranquistas que viven al interior del país. Sobre todo, urge que los republicanos exiliados estén más informados con respecto a todo cuanto está pasando en su país. (Como se sabe, todo desterrado tiende a pensar que la realidad de la patria perdida sigue tan inamovible como sus recuerdos de ella; y claro, en España la situación sí estaba cambiando poco a poco.) Con el fin de actualizar la información, en el segundo número de *Noticias* se anuncia lo siguiente:

> En este número comenzamos a publicar crónicas y noticias de nuestros corresponsales exclusivos en España. Años de trabajo

---

[38] Redacción, "Editorial", *LE*, 19-20 (mayo, 1951), p. 2. El subrayado es nuestro.

tenaz, de limpia conducta y de auténtica compenetración con el sentir de nuestro pueblo, han dado a *Las Españas*, allí donde tenerlo importa, el más sólido crédito que se pudiera desear. La influencia de nuestra revista crece y se extiende a cada número por el interior de nuestra Patria. [...] Todo ello nos anima y fuerza a intensificar nuestro trabajo, por la liberación y la reconstrucción de España y nos permite fijar una meta más ambiciosa cada día. La más próxima, hoy, es que nuestro boletín de noticias sea redactado en sus dos terceras partes por quienes luchan y esperan en el interior de nuestro país.[39]

Los números 2, 3 y 4 de *Noticias*, junto con el número 19-20 de *Las Españas*, corresponden al momento más crítico, y de mayor actividad política, en este segundo período de la revista. Entre abril de 1952 y julio de 1956, se publican apenas tres entregas (aunque números dobles cada una de ellas). Ocurren menos acontecimientos importantes en el ámbito internacional (para el destino de España, la determinación fundamental ya había sido tomada en noviembre de 1950). Los redactores de *Las Españas* siguen muy atentos a todo lo que ocurre en España, aunque este interés se refleja más bien en el campo cultural que en el político; notoriamente, en la proyección dada en la revista a los nuevos escritores disidentes del interior del país.

Mientras tanto, las actividades en España de las organizaciones antifranquistas –las huelgas de los obreros, las manifestaciones de los estudiantes universitarios– siguen creciendo, reavivando esperanzas de un posible cambio de régimen político. Pero lo que, ya para 1956, contribuye todavía más, si cabe, a aumentar las expectativas de los exiliados son ciertas señales de una escisión dentro de las fuerzas que hasta entonces han conformado el régimen franquista. Las deserciones son especialmente notorias en las filas de los antiguos falangistas, quienes se sienten defraudados por el curso económico y político que ha tomado el país bajo la dirección del Caudillo. Algunos exiliados em-

---

39 Redacción, "Garabato y perfil de la España actual", *NLE*, 2 (enero, 1951), p. 2.

piezan a anticipar un desmoronamiento desde adentro del propio régimen y ante lo que consideran la inminente caída de Franco, vuelven (metafóricamente, al menos) a empacar sus maletas. *Las Españas* no permanece insensible a esta nueva situación. De hecho, en un artículo titulado, precisamente, "Y después ¿qué?", José Ramón Arana se siente nuevamente en la obligación de recordarles a sus compatriotas la necesidad de contar con un plan de reconstrucción nacional para así evitar, tras la caída de Franco (que él también parece creer como probable), el reincidir en otra tragedia nacional.[40]

Lo que parece haber llamado especialmente la atención de los redactores de *Las Españas* era un informe que el falangista Dionisio Ridruejo acababa de presentar a la Junta Política de la Falange, criticando duramente la base política del régimen de Franco. En su opinión la situación que se vivía entonces en España era "un camino que no va a ninguna parte. Y esto sucede porque nuestros gobernantes se han empeñado en proclamar que no vamos a ninguna parte puesto que ya estamos donde debíamos estar". Según él, el falangismo se había desvirtuado por completo. Y en todo caso, lo que hacía falta ahora, para asegurar tanto los derechos civiles como el bienestar social de los españoles, era restaurar un régimen democrático. Con esa finalidad, según él, había que introducir una política que tomara en cuenta tres puntos fundamentales: "el grado de libertad espiritual [...], el grado de igualdad social [...y] el grado de conciencia, de educación y de efectiva participación y responsabilidad ciudadanas". Luego añadió: "Ya comprendo que una política que preste atención a estos tres asuntos será en la práctica [...] una democracia."[41]

---

40 José Ramón Arana, "Y después ¿qué?", *LE*, 26-28 (julio, 1956), pp. 1, 32.

41 "El informe de Dionisio Ridruejo a la Junta Política de la Falange", *LE*, 26-28 (julio, 1956), p. 43. En otro momento de su informe, Ridruejo señaló lo siguiente: "La verdad es que el contenido reformista del falangismo –en lo más profundo y audaz de sus expresiones– se fue al diablo hace tiempo sin que nadie o casi nadie haya convocado a las centurias para dar caza a los traidores. [...] Cuando días pasados la Falange

El Informe de Ridruejo a la Falange tuvo una importancia fundamental para los redactores de *Las Españas*, como se puede apreciar al leer la nota escrita para acompañar la reproducción de dicho texto en la revista:

> Tiene verdadera importancia, y no sólo por ser testimonio irrecusable del grado de podredumbre a que ha llegado el franquismo. Su valor más sólido consiste, a juicio nuestro, en que hace patente la incompatibilidad de toda intención limpia con la miseria moral del dictador y sus secuaces, y, sobre todo, en que evidencia que sólo hay una España –la que está viva y se tiende de diversa manera hacia el futuro–, frente otra vez al conglomerado de detritus históricos que se enmascara con su nombre.[42]

Si bien las bases del régimen franquista resultarían ser mucho más firmes y duraderas de lo que muchos republicanos en ese momento creían o esperaban, el hecho es que el interés que despertara el caso Ridruejo fue sintomático de otro cambio importante, tal y como señalara hace poco Manuel Tuñón de Lara, al trazar la evolución política de la emigración por estos años: hacia 1956, el exilio intelectual "entra en una nueva fase donde dominan los elementos de reflexión, la voluntad de enlazar con la realidad española y en primer lugar con el vasto sector de intelectuales que no se había rendido ante la dictadura y [con] otro sector que, desengañado de ésta, caminaba ya hacia un horizonte de democracia".[43]

Los propios redactores de la revista parecen haberlo vivido así, porque en una nota publicada en este mismo número 26-28, anunciaron su intención de dar una orientación muy distinta a su revista. Retomando una práctica ya ensayada al editar los cuatro

---

oficial se dejaba arrastrar a un choque con la Universidad, y asumió en hipótesis el engorroso cometido de una represión contra los intelectuales, confieso que he sentido un desgarramiento penoso."

[42] *Loc. cit.*

[43] Manuel Tuñón de Lara, "Prólogo" a Francisco Caudet, *El exilio republicano en México. Las revistas literarias. 1939-1971*, ed. cit., p. 11.

números de *Noticias*, el énfasis, de aquí en adelante, se centraría en impulsar el diálogo político con el interior; el espacio dedicado a la parte estrictamente literaria y cultural de la revista, por ende, se vería notablemente reducido:

> Queremos que lo antes posible las columnas de *Las Españas* estén escritas en su mayor parte en la propia España por compatriotas, amigos desconocidos las más de las veces, que, con su nombre o con seudónimo literario, digan en ellas lo que sienten y piensan y no pueden manifestar.
>
> Más que una trinchera literaria, como fue y debió ser en sus comienzos, *Las Españas* será un medio para el diálogo y la colaboración entre españoles, de dentro y fuera de España, que no están en distintos frentes, sino en el único frente nacional.[44]

El número 26-28, aparecido en julio de 1956, después de más de tres años de silencio (el número 23-25 se publicó en abril de 1953), resultaría ser el último publicado bajo el título de *Las Españas*. De hecho, todo parece indicar que este número fue editado, en cierta medida, para formalmente cerrar una etapa a la vez que abrir otra, en la que la revista se daría a conocer bajo el título nuevo de *Diálogo de Las Españas*.

4. *DIÁLOGO DE LAS ESPAÑAS* (1957-1963)

La tercera etapa abarca los cinco números (repartidos en cuatro entregas) de *Diálogo de las Españas*. Al abrir el primer número, en seguida se notan las diferencias de contenido (si no de formato) ya anunciadas en el último número de *Las Españas*: lo primordial es, en efecto, la discusión política, que se entabla sobre todo mediante la publicación de cartas, artículos y crónicas provenientes de la península, que luego son comentados por los

---

[44] "Nuestros propósitos", *LE*, 26-28 (julio, 1956), p. 18.

redactores, quienes resaltan convergencias y discrepancias. Al igual que en los dos períodos anteriores, la discusión política en sí se ve condicionada por los acontecimientos ocurridos tanto en España como en el ámbito internacional en general. Los años 1957-1963 marcan un período en que la economía española sufre una rápida transformación, debido, en parte, a la incipiente industria turística; en parte, a las divisas que envían a España los obreros que han buscado trabajo en los demás países de Europa. Esta decisión de abrirse a Europa, aunque significa beneficios económicos, también pone en evidencia el retraso social y político en que viven los españoles en comparación con sus colegas europeos, lo cual una vez más pone al régimen franquista en entredicho. Finalmente, la propuesta de varios países de formar una Comunidad Europea crea un contexto completamente nuevo para la discusión sobre el futuro político de España. Aunque estos acontecimientos se ven reflejados sobre todo en la última entrega de *Diálogo*, que en este sentido representa un paso nuevo frente a los números anteriores, conviene recordar que, de todos modos, conforman el trasfondo histórico de la revista a lo largo de esta última etapa de su vida.

En el editorial del primer número de *Diálogo* los redactores exponen los propósitos que persiguen al lanzarse a esta aventura, en cierta medida nueva. Además de buscar regularizar la aparición de la revista (propósito que, por desgracia, no se verá cumplido), insisten, sobre todo, en su deseo de estrechar el contacto, ya no tan sólo con las fuerzas antifranquistas de España (incluyendo entre ellas a todos aquellos antiguos falangistas, como Ridruejo, ahora decepcionados con el franquismo), sino también con el conjunto de las generaciones nuevas "que, hoy ya maduras, no pudieron entonces, en razón de su edad, ser beligerantes en la trágica contienda". Según los redactores de *Diálogo*, resulta imprescindible establecer este contacto si es que se quiere "sacar a nuestra patria de la miserable situación en que el franquismo la ha sumido..." En este contexto la revista se concibe como un instrumento "para propiciar ese gran diálogo nacional

cuya necesidad venimos sintiendo e indicando desde varios años". Un diálogo que debería entablarse, dicen, "entre españoles de distintos campos, condiciones y procedencias, semejantes en limpieza de intención y unidos por el común anhelo de una patria mejor".[45]

En estas últimas líneas citadas vemos formulada, implícitamente al menos, lo que va a ser una de las preocupaciones constantes de los redactores de *Diálogo*: la de liquidar el estado de guerra civil que el régimen franquista insistía en mantener vivo en el país. Ya no tenía sentido adoptar una actitud maniquea ante la realidad española; lo decía el ejemplo de figuras como Ridruejo, arrepentido de su pasado franquista y ahora interesado únicamente en el futuro democrático de España; y también lo decía la llegada a la edad adulta de toda una generación de españoles que no habían luchado en la guerra, ni en un bando ni en otro. Lo que hacía falta era la reconciliación entre todos.

El primer número de *Diálogo* arranca, por otra parte, retomando el caso de Ridruejo. Si bien en el último número de *Las Españas* se había publicado el texto de su Informe a la Junta Política de la Falange, ahora se difunde una entrevista importante concedida a la revista cubana *Bohemia*. Nuevamente, el ex falangista dirige una serie de críticas al régimen de Franco, llegando incluso a afirmar que el franquismo ha fracasado en todo lo que se propuso llevar a cabo. El título de su entrevista es indicativo de su desencanto: "Los vencedores de ayer nos sentimos vencidos hoy",[46] reconocimiento que lo lleva a concluir que los conceptos de *vencedores* y *vencidos* ya no tienen sentido alguno cuando son usados en el ámbito de la política española.

Esta última afirmación era especialmente importante para los redactores de *Diálogo*, ya que, para ellos, el diálogo nacional que

---

[45] Redacción, "Editorial", *DLE*, 1 (julio, 1957), p. 2.

[46] En "'Los vencedores ayer nos sentimos vencidos hoy' —Diálogo con Dionisio Ridruejo—", *DLE*, 1 (julio, 1957), s.p.

querían establecer presuponía precisamente esta ecuanimidad hacia los dos bandos (los republicanos y los franquistas) de la que Ridruejo hace alarde en su entrevista. Para dialogar en España hacía falta, según la revista: "haber reconocido previamente que por acción u omisión todos tenemos parte en la culpa nacional, y tanto por ciento más o menos grande en los errores de bandos o partidos".[47] Por ello mismo, lo que había que hacer ahora era asumir el fracaso que representaban los últimos treinta años de la historia nacional, reconocer que no servía para nada seguir debatiéndose en las mismas trincheras de siempre, y (una vez hecha esta toma de conciencia) ponerse a dialogar entre todos para así evitar que el futuro fuera algo más que una simple repetición de los errores pasados.

Esto no quería decir, sin embargo, que los redactores de *Diálogo* estuvieran de acuerdo con Ridruejo en todo. A diferencia del ex falangista, no pensaban, por ejemplo, que la restauración en España de una monarquía "arbitral y simbólica" fuera inevitable. Arana, al menos, opinó de la siguiente manera:

> Quizá [Ridruejo] piensa que esa *fatalidad* [la restauración de la monarquía] puede determinarla la necesidad de un compromiso, y éste, la incoherencia de la oposición, su insuficiencia práctica por defectos propios o por endeblez del espíritu de ciudadanía. De cualquier forma, el resultado sería semejante: o una monarquía no arbitral, o lo que quizá fuera peor: un régimen sin base propia, débil, tambaleante; es decir, otra provisionalidad que podría conducir a la catástrofe definitiva.[48]

La diferencia, en realidad, era de poca monta; porque, como también señaló Arana, "el contenido de un régimen no lo da el rótulo que exhibe, sino las fuerzas en que *verdaderamente* se apoya". En todo caso, más que saber si la monarquía entraría o no en el escenario político español, lo que importaba era lograr una reconci-

---

[47] José Ramón Arana, "En torno a las declaraciones de Dionisio Ridruejo", *DLE*, 1 (julio, 1957), p. 28.

[48] *Ibid.*, p. 29.

liación nacional (sin o con la participación de la monarquía). Y en la consecución de este fin los redactores se sentían seguros de haber encontrado en Ridruejo un aliado muy importante.

Los números 2 y 3 de *Diálogo* se dedican a promover esta política, a la que los redactores llaman de "concordia y convivencia". En realidad, un programa muy parecido ya había sido propuesto por Mariano Granados, en 1956, en el último número de *Las Españas*, en un artículo en donde se había referido a "la voluntad radical del español, de convivir con todos y cada uno de sus compatriotas. Concordia sobre base de renovación de la vida nacional, suprimiendo privilegios y transformando economía, administración, hábitos y costumbres. Concordia con la reintegración al territorio común de todas las energías nacionales que se encuentran dispersas por el mundo con el fervoroso afán de trabajar aunadas con las que laten en España en un sincero anhelo de reconstrucción material y moral".[49] Se ve aquí cómo las propuestas reunidas en el folleto *Por un movimiento de reconstrucción nacional* se han ido ampliando con el tiempo. Lo que falta en la exposición de Granados es la mención explícita de la necesidad de superar las diferencias ideológicas entre un bando y otro y asumir conjuntamente la responsabilidad por la tragedia que todos habían sufrido. Este último punto constituye un tema central tratado por los redactores en el segundo número de *Diálogo*:

> Si ningún sector está exento de toda culpa en el proceso y consumación del último desastre, y si sobre todos pesa el empobrecimiento nacional, la inestabilidad y la servidumbre, es lógico que se busque en la unión con fines positivos la única forma de pagar parte de nuestras deudas con España y de poner remedio a tantos males.[50]

Según los redactores de la revista, esta política de "concordia y convivencia", es decir, de reconciliación nacional, era ahora la

---

[49] Mariano Granados, "Franco, un error", *LE*, 26-28 (julio, 1956), p. 26.

[50] Redacción, "Llamamiento a la razón. Concordia y convivencia nacional", *DLE*, 2 (julio, 1958), p. 4.

única solución viable (y, por lo tanto, aconsejable) para el país. Y esto por cuatro razones muy concretas:

1. Porque lo exige la situación económica y política de España, es decir, el interés social y económico de todos los sectores de la ciudadanía, excepción hecha de minorías diminutas.
2. Porque la culminación de nuestras luchas civiles en 32 meses de guerra ha mostrado, no sólo la barbarie e inutilidad del cainismo como medio político, sino el saldo de empobrecimiento común, de agravamiento de todos los males y de inestabilidad nacional que arroja.
3. Porque si las *izquierdas* han palpado en propia carne la diferencia entre un régimen constitucional moderado y la barbarie totalitaria, las derechas han padecido el huracán demagógico de la Falange, más la ineptitud y la rapacidad del franquismo.
4. Porque los avances técnicos y científicos, la dinámica económica de nuestro tiempo, el juego de fuerzas internacionales, cuanto constituye, en fin, el medio en que es menester moverse, sobre haber modificado los términos de muchos problemas nacionales enfrenta a cada español con este dilema: o entenderse y colaborar o sucumbir a plazo más o menos corto como pueblo libre.[51]

Los números 2 y 3 de *Diálogo de Las Españas* estuvieron destinados al impulso de esta política desde diferentes puntos de vista: Anselmo Carretero, desde la perspectiva de las nacionalidades; Arturo Sáenz de la Calzada, en lo referente a la educación y la cultura; Mariano Granados, por lo que tocaba al aspecto religioso; Santiago Garcés, con referencia a la economía y a la organización social, etc.[52] Cabe subrayar que en todo momento se

[51] Redacción, "Llamamiento a la razón. Concordia y convivencia nacional", *DLE*, 2 (julio, 1958), p. 3.

[52] A. de la Sierra (Anselmo Carretero), "Concordia fraternal", *DLE*, 2 (julio, 1958), pp. 30-33; Arturo Sáenz de la Calzada, "Motivos de diálogo. Política, convivencia y cultura", *DLE*, 3 (julio, 1959), pp. 13-14; Mariano Granados, "La Iglesia y la concordia nacional", *DLE*, 3 (julio, 1959), pp. 1, 32-33; Santiago Garcés, "Motivos de diálogo. Ante eso que llamamos política", *DLE*, 2 (julio, 1958), pp. 9-10; y del mismo autor, "Motivos de diálogo. En pocas palabras", *DLE*, 3 (julio, 1959), pp. 11-12.

seguía viendo este nuevo programa como una ampliación del "Movimiento de reconstrucción nacional", tal y como señalara Anselmo Carretero, escribiendo bajo el seudónimo de "A. de la Sierra":

> para llevar a cabo una *política de concordia y convivencia* es fundamental que todos nos demos perfecta cuenta de las limitaciones de su programa, que no puede ser el de ninguno de los grupos o individuos que lo suscriban, sino *terreno común de coincidencia* entre todos los españoles de buena voluntad. Para llegar a esta coincidencia (mínima común del mayor número de compatriotas) será preciso que mientras tal política esté en vigor (es decir, hasta la total realización de su programa) unos y otros transijamos, cediendo temporalmente parte de nuestros respectivos programas e idearios para limitarnos a derrocar la actual tiranía y llevar la vida nacional hacia cauces democráticos.[53]

Otro hito importante en el contexto de la presente discusión fue el ensayo de José Ramón Arana titulado *Esta hora de España*, que se publicó como folleto en 1957. Se trata de la contestación a una encuesta promovida por Victoria Kent a través de *Ibérica*, la revista que ella dirigía en Nueva York, con fines parecidos a los que defendiera el grupo de *Las Españas*. En este folleto, Arana continúa impulsando la creación del movimiento de reconstrucción nacional que la revista había formulado en 1949. En términos generales, los planteamientos siguen siendo los mismos: la necesidad, por ejemplo, de aglutinar esfuerzos para lograr tres fines concretos ("Liquidación del espíritu de guerra civil; reenderezamiento económico; creación de las condiciones necesarias para la instauración democrática de un régimen de libertad dentro del derecho, y de orden en esa libertad"); así como la necesidad de un proceso previo que permita transformar la conciencia de la ciudadanía de tal manera que dichos cambios puedan lo-

[53] "A. de la Sierra", "Concordia fraternal", *DLE*, 2 (julio, 1958), p. 33.

grarse ("Sólo en una especie de tregua dedicada al desescombro moral, al afianzamiento económico y a una paulatina readaptación al uso de las libertades esenciales, puede encontrarse el tiempo mínimo necesario para que la ciudadanía adquiera elementos de juicio antes de opinar y decidir las características fundamentales del nuevo régimen"). Lo que es nuevo, en cambio, y que aporta nuevos detalles al programa de "concordia y convivencia", es lo que señala Arana con respecto a la "liquidación del espíritu de guerra civil":

> A mi juicio, la liquidación del espíritu de guerra civil exige: *a*) Aceptación del concepto de culpabilidad nacional. *b*) Mutuo olvido de agravios y renuncia a todo propósito de venganza. *c*) Diálogo tan amplio e intenso como sea posible: 1o. Sobre las diversas causas –históricas sociales, económicas–, de la Guerra Civil. 2o. En torno a los grandes problemas de España y a sus posibles soluciones. *d*) Amnistía general para todos los delitos políticos. *e*) Consignación ante los tribunales ordinarios de justicia de cuantos, *sin distinción de bando ni partido*, hayan cometido delitos de orden común prevaliéndose de las circunstancias excepcionales determinadas por la Guerra Civil y por la dictadura franquista.[54]

Al trazar la evolución en las relaciones entre los españoles exiliados y los españoles del interior, Manuel Tuñón de Lara ha subrayado la trascendencia de este esfuerzo de reconciliación nacional, que, según él, empezara hacia 1956: "El hecho de que [hacia 1956] el centro de gravedad política se hubiese trasladado desde el exilio hasta la misma Península infundió nuevos ánimos y convenció a una mayoría de la necesidad, de la exigencia práctica de hacer una realidad de la unidad de los antifranquistas, que hasta entonces había sido más vana palabrería que otra cosa, y de emprender una reconciliación de todos los españoles que todavía

---

[54] José Ramón Arana, *Esta hora de España. Contestación a una encuesta de "Ibérica"*, Publicaciones de *Las Españas*, México, 1957, s.p.

quedó largo tiempo en el limbo de los buenos propósitos, a causa principalmente (todo hay que decirlo) de la obstinación del régimen en dividir a los españoles en 'buenos' y 'malos'."[55] Tanto el ensayo de Arana como los tres primeros números de *Diálogo de Las Españas* constituyen piezas centrales en este esfuerzo, confirmando una vez más la actualidad del pensamiento del grupo que hacía la revista.

El número 3 de *Diálogo de las Españas* se publicó en julio de 1959; pasarían cuatro años antes de que apareciera la siguiente (y última) entrega, un número doble publicado en octubre de 1963. El tiempo pasado entre la aparición de una y otra entrega seguramente explica en gran medida la diferencia de orientación que caracteriza esta última en relación con las tres anteriores.

Los cuatro años coinciden con una rápida aceleración en el crecimiento de la economía española ya mencionado al principio de esta sección, así como con la aparición de la Comunidad Europea como el contexto natural y lógico en que el futuro nacional, tarde o temprano, tendría que debatirse.

España ya llevaba algunos años de apertura hacia el resto de Europa, evidente, en el campo laboral, en la emigración anual de miles de obreros españoles a buscar trabajo en fábricas alemanas y francesas. Anselmo Carretero, al menos, estaba seguro de que se trataba de una experiencia muy provechosa para el país, ya que servía para inspirar en todos aquellos que emigraban una conciencia política que los llevaría a pugnar por la introducción en España de los mismos derechos civiles y laborales que veían como vigentes en los países adonde se instalaban para trabajar:

> Nada más profundamente revolucionario para España que esa corriente de hombres y mujeres de las clases trabajadoras que entran

---

[55] Manuel Tuñón de Lara, "Prólogo" a Francisco Caudet, *El exilio republicano en México. Las revistas literarias. 1939-1971*, ed. cit., p. 11.

> en contacto con Europa, con sus altos salarios y seguros sociales, sus sindicatos, su instrucción pública, su prensa, sus libertades políticas y derechos democráticos, su ejército al servicio del poder civil, su tolerancia religiosa... ¿Se dan cuenta los que a la ligera hablan de la Europa conservadora y burguesa cuya compañía no interesa a España lo que para el futuro de nuestra patria suponen esos miles y miles de trabajadores desperdigados por las ciudades y campos de nuestra península después de una larga estancia en esa Europa? ¿Qué propaganda clandestina sobre la necesidad de hondas transformaciones o de una revolución en España puede compararse con este contacto real del español con las naciones democráticas más adelantadas?[56]

En cuanto a una integración más plena a Europa, los redactores de *Diálogo* parecen adoptar una actitud cautelosa. Se ve que les preocupa, sobre todo, el riesgo de que la esencia del pueblo español, tal y como ellos la entienden, se diluya o simplemente desaparezca ante el contacto con la cultura muy distinta de los demás países europeos. Así, en el editorial de este número preguntan "si los cambios mentales que se observan en las nuevas generaciones implican una dimisión en profundidad, una entrega absoluta al practicismo europeo y a cuanto ese practicismo sin contrapeso ni contraste entraña, o van a permitir la necesaria síntesis que lo español, vuelto a su ser, podría dar".[57] Se trata, por lo visto, de una consideración muy importante para ellos; sin embargo, sus dudas se expresan con cautela, como si temieran ya no entender del todo el sentir o la experiencia de la nueva generación de españoles; o, al menos, como si ya no se sintieran con derecho a pretender influir en la formulación del pensamiento de dicha generación.

Y, de hecho, más allá de los comentarios sobre el destino europeo de España, lo que caracteriza el último número de *Diálogo*

---

[56] Anselmo Carretero, "España, Europa y los caminos hacia el socialismo", *DLE*, 4-5 (octubre, 1963), p. 25.

[57] Redacción, "Editorial", *DLE*, 4-5 (octubre, 1963), p. 2.

es precisamente este reconocimiento tácito de que, en todos los ámbitos, España había sufrido una transformación muy grande con respecto al país arruinado que los exiliados habían abandonado en 1939; y no sólo eso, sino también (y por ello mismo) que la labor política de los exiliados, lejos de aportar algo valioso, se había convertido en un obstáculo para el pensamiento político que, espontáneamente y a pesar del franquismo, ya iba consolidándose en España. Este reconocimiento los lleva incluso, en el editorial de este último número, a insinuar la posibilidad de que su plan de instaurar un "Movimiento de reintegración nacional" (es decir, de "concordia y convivencia") también había caducado:

> Nuestro nonato "Movimiento de Reintegración Nacional" fue imaginado como respuesta lógica a unas necesidades nacionales en el cuadro de la realidad de España de 1956, hechas cuentas de los siguientes factores: escarmiento, contrición nacional, necesidad común de una patria habitable, presencia de generaciones nuevas.
>
> Hoy, la situación es otra. Lo varado por o en el franquismo ha empezado a moverse. Anda a remolque físico e intelectual del practicismo europeo, pero anda y hay que ponerse al paso.
>
> En este andar, como consecuencia o como causa, hay un hecho revolucionario –de conceptos, de ritmo, de estructuras– que los rectores de la oposición no perciben o no valoran adecuadamente: la aparición de una derecha dinámica, forzosamente eliminadora de la inmovilizada en el tiempo final de los Hapsburgo.[58]

Más adelante, en el mismo texto, los redactores de la revista insisten sobre los cambios que esta nueva fuerza política ha traído a España: "¿Qué pensamiento vivo se opone hoy, ahora, al de esa derecha dinámica?" Y en respuesta a su pregunta, afirman tajantemente: "Coja ayer de la derecha, no hizo España durante siglo y medio más que renquear y dar de bruces. Ahora cojea de la izquierda."[59] Es decir, la izquierda española (nomenclatura que

---

[58] *Ibid.*, pp. 41-42.
[59] *Ibid.*, p. 42.

sin duda incluiría, en primer lugar, a los republicanos exiliados), simplemente no ha sabido mantenerse a la altura de las circunstancias.

Para que los redactores llegaran a esta nueva apreciación de la fuerzas políticas en España, seguramente influyó en algo (o en mucho) el testimonio de Enrique Ruiz García que se publica en la revista bajo el título de "Décima de la vida de España". Recién llegado a México desde España, Ruiz García traía una visión muy actual de la situación que se vivía en la península, que, como él pudo constatar en seguida, distaba mucho de ajustarse a las preconcepciones que tenía al respecto la mayor parte de la emigración republicana. En su artículo, también señala la importancia de la aparición en España de la derecha moderna a la que se refieren los redactores en el "Editorial". En opinión de Ruiz García, se trataba de una nueva fuerza política originada por las contradicciones mismas inherentes al régimen franquista y que, según confiaba, terminaría por introducir las reformas necesarias para democratizar al país. Y es que, según Ruiz García, en los últimos años "el franquismo que creaba una industria a medida de sus intereses ha terminado por forjar –por vía irremediable– todo lo contrario: una industria y un nuevo sector obrero que necesitan, para sobrevivir, el encuentro y la negociación con Europa y con nuevas instituciones políticas".[60]

Entre la mayoría de las instituciones republicanas del exilio Ruiz García ha descubierto una lamentable ignorancia con respecto a este y otros aspectos de la nueva situación política española, lo cual lo lleva a dirigirles unas palabras muy duras. Convencido de que ser antifranquista "no es siempre señal segura de que estamos ante fuerzas proyectadas hacia el futuro, es decir, en el nivel de las transformaciones sociales y políticas de la época", el joven escritor español invita a los republicanos a volver a la patria para ver con sus propios ojos todo lo que ahí está pasando; o si no, al

---

[60] Enrique Ruiz García, "Décima de la vida de España", *DLE*, 4-5 (octubre, 1963), p. 8.

menos reconocer que su misión política, en cuanto salvadores del país, ya ha caducado y que ha llegado el momento de entregar de una vez por todas la estafeta a las nuevas generaciones:

> Hay que hacer una España democrática que asegure la función misma de la democracia en el mundo moderno. Es preciso, por tanto, alterar los moldes prehistóricos y, en este punto, el exilio puede ser determinante porque sobre él se mantienen, con muchas de las calidades morales de la dignidad española y el derecho, esqueletos políticos que no son sólo inválidos, sino que impiden a las estructuras interiores de España, ya desarrolladas, su aparición en escena con todo el peso de la responsabilidad.
>
> Es obvio que, en un momento dado, es preciso ir hacia adentro, hacia el interior para entregar las llaves a las nuevas promociones que, de una forma u otra, van remodelando ya –de cara a su realidad insobornable– los nuevos esquemas políticos de la futura democracia española.
>
> La creación de una organización nueva del exilio en que se valoraran, debidamente, estos pros y contras del problema, sería de gran utilidad porque, en el fondo, se actúa con la misma psicología de los continuistas del franquismo. Estos quieren seguir, sin más. No se dan cuenta de que ello es imposible y menos en los actuales momentos de España-Europa. Los otros siguen dando cuerda a los relojes anacrónicos de partidos o instituciones vacías de significado.[61]

Si bien estas críticas a las instituciones republicanas repiten lo que el grupo de *Las Españas* ya llevaba tiempo afirmando, de todos modos se publican en un contexto nuevo que evidentemente les desconcertaba. Ni la integración al practicismo europeo ni la aparición de la nueva derecha "dinámica" deben de haberles resultado muy atractivas como solución al problema nacional. Pero si estas nuevas realidades constituían el camino tomado por las nuevas generaciones, un camino, además, que

---

[61] *Ibid.*, pp. 8-9.

parecía llevar al país en su conjunto a un proceso de democratización, ¿con qué derecho iban ellos, los exiliados, a protestar en su contra?

Después de la publicación de este número de *Diálogo*, el grupo de *Las Españas* no abandonará la actividad política, que retomará, esporádicamente, mediante la publicación de folletos y libros; pero sí renunciará a seguir editando su revista. Es posible que esta decisión se deba a problemas de financiamiento, así como a la aparición de otras revistas con las que se sintieran ideológicamente afines. Pero es indudable que pesó también el sentimiento de que su papel como interlocutores ya tenía poca justificación. Ante el reconocimiento de que toda la oposición tradicional –incluso la representada por ellos– se había vuelto anacrónica por el surgimiento de nuevos horizontes políticos y nuevas estructuras sociales dentro de España, poco futuro podía esperar la revista, y más una publicación como *Diálogo de Las Españas*, que había puesto en un plano muy secundario su inicial orientación literaria.

En octubre de 1963 se puso fin así –si premeditadamente o no, no lo sabemos– a una historia que, iniciada en octubre de 1946, había durado diecisiete años. En términos políticos, como acabamos de ver, la evolución de la revista fue sorprendente. De la confianza en una solución impuesta por la comunidad internacional se pasa a la convicción de que son las fuerzas antifranquistas del interior del país quienes van a acabar con el régimen de Franco. De pretender ser ellos, los exiliados, quienes pueden y deben ser los forjadores del futuro nacional, se pasa al reconocimiento de que son las nuevas generaciones surgidas en España quienes deben decidir su propio destino. Constante en sus críticas a las instituciones republicanas existentes, *Las Españas* defendió un programa de reconstrucción y reconciliación nacionales que miraba, no hacia un pasado ya caduco, sino hacia un futuro que sus redactores siempre se esforzaban por vislumbrar. Y fue seguramente esta mirada firmemente dirigida hacia el futuro lo que distinguió sobre todo a la revista dentro del amplio

panorama de revistas republicanas editadas en el exilio. Aunque, dicho esto, hay que señalar que falta por comentar otro aspecto fundamental del pensamiento político de la revista, cuya discusión, dada su importancia, hemos reservado para el siguiente capítulo. Nos referimos a la postura federalista de *Las Españas*.

III. HACIA UNA ESPAÑA FEDERAL

Como tantos otros regímenes totalitarios, una vez instalado en el poder el franquismo se sintió en la obligación de crearse una tradición histórica que le permitiera presentar su existencia como lógica y natural. No importaba cuantos hechos fueran falseados u olvidados: lo indispensable para los franquistas era crearse un contexto histórico que los legitimara. Paralelamente, para sus enemigos resultaba igualmente indispensable construir otra versión muy distinta de la historia que desmintiera la oficial; es decir, una parte importante de la lucha ideológica antifranquista también se llevaba a cabo en el campo de la historiografía. El grupo de *Las Españas* no constituía ninguna excepción a esta regla. Los redactores de la revista pugnaban por instituir como verdadera una visión histórica de su país que se oponía diametralmente a la historia oficial franquista. De igual modo, crearon una tradición "heterodoxa" en la cual insertarse y por medio de la cual explicarse su situación actual; labor historiográfica que (aunque con orientación muy distinta) resultaba, desde luego, tan selectiva como la franquista.

Pero para comprender mejor por qué *Las Españas* resalta algunos elementos de la historia de España y minimiza otros, es necesario empezar por explicar el método historiográfico que sus redactores seguían y, sobre todo, definir cuál era, para ellos, el sujeto de la historia. Porque, como se sabe, las concepciones de la historia se diferencian, entre otras cosas, pero básicamente, por el problema de quién es el sujeto que, según cada una de ellas, impulsa el desarrollo histórico. La gama de los distintos sujetos históricos es muy amplia: desde Dios hasta individuos, pasando por clases sociales, castas, partidos políticos o simplemente el

azar. Si bien en *Las Españas* esta cuestión teórica no es tratada de manera muy explícita, en la práctica los redactores de la revista se inclinan a designar como sujeto de la historia (y en esto se identifican como muy cercanos a Miguel de Unamuno) a la tradición que se encarna en el pueblo.

Unamuno, al igual que algunos regeneracionistas y otros miembros de la generación del 98 (en especial Ángel Ganivet), busca establecer en la historia lo que un crítico ha llamado un "núcleo central e imperecedero de la tradición nacional". Según este mismo crítico: "no se trata simplemente de que Unamuno y Ganivet busquen una roca firme de tradición nacional. Se trata de dónde la buscan; eso es lo importante". Y es que en el caso de estos autores, dicha tradición no se busca "en los actos ni decretos de reyes, políticos, generales u obispos –aunque algo revelen de las tradiciones nacionales– sino en las vidas e idiosincrasia de las humildes, anónimas e inmutables gentes de España".[1] Para Unamuno, ver así la tradición "es la manera de concebirla en vivo, como la substancia de la historia, como su sedimento, como la revelación de lo intrahistórico, de lo inconsciente en la Historia".[2]

En *Las Españas*, desde su primer número, se observa una afinidad muy grande con este planteamiento; un planteamiento, por cierto, en el que se unen dos términos que a primera vista podrían parecer no sólo difícilmente reconciliables, sino incluso opuestos entre sí: tradición y revolución. Como prueba de ello se puede citar el editorial de ese primer número, en el que los redactores, en efecto, definen su revista como un instrumento para "pensar la España nuestra, popular, tradicional, y por verdaderamente tradicional, revolucionaria". Más tarde, en agosto de 1950, Anselmo Carretero escribiría, refiriéndose a la tradición nacional que habría que rescatar y defender:

---

[1] Herbert Ramsden, "El problema de España", *Historia crítica de la literatura española. 6. Modernismo y 98*, edición de José-Carlos Mainer, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 20-21.

[2] Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*, en *Ensayos*, Aguilar, Madrid, 1942, p. 19.

> Si miramos al pasado con curiosidad viva, con ánimo de encontrar esos veneros nacionales con energía, los hallaremos en lo que Unamuno llamaba la vida intrahistórica, la verdadera tradición, la tradición eterna, sustancia del progreso; y de ellos podemos sacar estímulo para el desarrollo de nuestras energías actuales. Busquemos, pues, esta nuestra tradición eterna.[3]

Como vemos, para Carretero, lo mismo que para Unamuno, la tradición es concebida como algo vivo, como algo que impulsa –aunque sea de manera casi imperceptible– el movimiento histórico. Por ello, lo verdaderamente revolucionario consistirá en recuperar y poner de relieve esa esencia del pueblo español que, a la vez que se mantiene incólume a lo largo de los siglos, es lo que determina el desarrollo y transformación del país. Los redactores de *Las Españas*, al igual que Unamuno, buscan esta tradición eterna en los distintos momentos que ellos consideran decisivos en la historia nacional, así como en los rasgos –según ellos permanentes– del temperamento español. Huelga decir que los rasgos que consideran características nacionales (la tolerancia, el espíritu democrático, la disposición a la convivencia, etc.), en su expresión más plena, sólo los encuentran en el pueblo, que por ello mismo se convierte, para los redactores de *Las Españas*, en el sujeto ideal de la historia.[4]

1. Las dos Españas

Ahora bien, al decir sujeto "ideal", nos referimos a la clara conciencia que tenía el grupo de *Las Españas* de que, en la realidad,

---

[3] Anselmo Carretero, "El espíritu civil en la historia y en la epopeya españolas", *LE*, 15-18 (agosto, 1950), p. 96.

[4] Conviene señalar que, aun cuando ésta fuera la posición de los redactores de *Las Españas*, la revista también difundió opiniones divergentes como la de Ramón Xirau, que consideraba inútil buscar la esencia de los pueblos, pues, según él, al hacerlo, se corría el riesgo de crear problemas acerca de entidades irreales. Véase Ramón Xirau, "Proyección de España", *LE*, 3 (enero, 1947), pp. 1, 15.

el pueblo, desde luego, no había determinado el curso de la historia nacional, de que la imposición de las esencias nacionales no era, ni mucho menos, un proceso automático o fatal; si no, ni Franco estaría gobernando en España, ni ellos, los defensores del pueblo, se encontrarían viviendo desterrados en México. Para ellos resultaba evidente que el sujeto histórico, que existía siempre como virtualidad, no había podido asumir el protagonismo que le correspondía; que, al contrario, había quedado fuera del escenario histórico, siendo usurpado su papel por sectores sociales totalmente ajenos al pueblo español. De hecho, fueron estos sectores, de índole antidemocrática, autoritaria y centralista –aparte de extranjera o, al menos, extranjerizante– quienes habían dominado por siglos la sociedad española. Se llega así a una concepción de la historia en la que pareciera que los hechos se oponen a un deber ser; es decir, en este pensamiento cobra importancia fundamental el margen de libertad que se concede al hombre ante los sistemas políticos que tienden a condicionarlo, en este caso, antidemocráticos y extranjerizantes. De ahí la posibilidad de hablar, como efectivamente hablan los redactores de *Las Españas*, de la "rehabilitación de España como nación histórica". Si la Guerra Civil y la dictadura franquista son consecuencia de la "desviación del cauce histórico", simplemente hay que retomar dicho cauce para que España recupere su verdadera esencia revolucionaria y tradicional.

Pero, en términos más concretos, ¿en qué consistió, para *Las Españas*, esta verdadera esencia? Su interpretación de la historia se inserta, en cierta medida, dentro del marco de referencia del pleito secular entre "las dos Españas". Por un lado, se alza la España de la leyenda negra: dogmática, autoritaria y centralista; y por otro, la que permanece fiel a los valores populares y, por ello mismo, progresista, democrática, respetuosa de las diferencias ideológicas y culturales. La preocupación histórica del grupo de *Las Españas* consistía, entonces, en reivindicar esta última, a la vez que demostrar cómo aquélla, al sobreponerse a la verdadera tradición nacional, la había traicionado y desvirtuado.

La singularidad de esta perspectiva se encuentra muy bien ejemplificada en el ensayo de Pedro Bosch-Gimpera titulado, precisamente, "Dos Españas". Al señalar que "ahora, como siempre, hay dos Españas", Bosch se refiere, desde luego, a la España oficial y a la España heterodoxa, tal y como se había planteado la dicotomía a partir del siglo XIX. Pero, al adentrarnos en el texto, vemos que, al retomar la vieja discusión, el colaborador de *Las Españas* le da un giro nuevo. Porque, si bien los ideólogos del XIX habían planteado el conflicto, sobre todo, en términos de una oposición entre absolutismo religioso y monárquico, por un lado, y pensamiento liberal y científico, por otro, para Bosch, en cambio, el punto álgido no es tanto el dogmatismo del Estado moderno español (aunque sí lo rechaza enérgicamente), como el centralismo que lo caracteriza. Por ello mismo, la España que quiere reivindicar no es fruto de las concepciones políticas elaboradas en el siglo XVIII por la Ilustración europea, sino, simple y sencillamente, la antigua estructura federalista que, según él, caracterizaba al país antes de la llegada de los godos, una estructura democrática y plural, que reconocía y respetaba la diversidad de pueblos que integraban la península. En palabras de Bosch: "España es la variedad de sus pueblos con raíces prehistóricas y que, a pesar de todos los dominios o de todos los intentos de unificación violenta, resurge más vigorosa."[5]

La interpretación histórica de Bosch-Gimpera es la de un antropólogo que rastrea las distintas formas de vida que han caracterizado a la península ibérica a lo largo de los siglos. Cabe señalar que en *Las Españas* hay otras formas de aproximación, que incluyen la costumbre de tomar la literatura nacional como expresión del espíritu colectivo del pueblo (práctica metodológica seguramente derivada de Joaquín Costa, quien, a su vez, seguía las ideas al respecto de la Escuela Histórica Alemana). Si Costa había encontrado en el Cid de Santa Gadea todo un progra-

---

[5] Pedro Bosch-Gimpera, "Dos Españas", *LE*, 2 (noviembre, 1946), pp. 1, 12.

ma político antiimperial[6] y Unamuno concebía *El Quijote* como "nuestro evangelio de regeneración nacional", los redactores de *Las Españas* se sentían con pleno derecho de seguir su ejemplo. Anselmo Carretero, por ejemplo, se refiere a la epopeya española en estos términos:

> El realismo de nuestra épica, su carácter histórico, su espontaneidad y la circunstancia de que los poemas de vida tradicional sean anónimos o debidos a autores sin personalidad literaria muy definida y se hayan divulgado al ser cantados por las plazas ante un público no escogido, le dan un gran valor como fuente de información para conocer el carácter de nuestros antepasados. En ella podemos encontrar, a poco que busquemos, un gran fondo político, fuerte espíritu civil.[7]

---

[6] Véase, por ejemplo, la siguiente afirmación: "Si fuera lícito aplicar a las cosas antiguas nombres nuevos, diría que la figura del Cid representa todo un programa político, y que su vida es una lucha incesante por llevar ese programa a la realidad: lucha religiosa, contra el Papado; lucha nacional, contra el Imperio; lucha territorial, contra los sarracenos; lucha política, contra los reyes. Ese programa podría resumirse en esto: respecto de Europa y el Imperio, la autarquía de la Nación, más absoluta; respecto del Pontificado, la condenación del ultramontanismo y la independencia civil del Estado; respecto de África, el rescate del territorio; respecto del Islam, la tolerancia, considerando a sus creyentes como elemento integrante de la nacionalidad; respecto de la Península, la unión federativa de sus reinos; respecto del organismo social, la concordia de todas sus clases; respecto del Municipio, la autonomía civil y administrativa; tocante a las relaciones entre la autoridad y sus súbditos, el imperio absoluto de la ley y de la constitución, mientras no se reformen por las vías legales; respecto del organismo del Estado, la monarquía representativa —que no ha de confundirse con la parlamentaria—, o sea, el gobierno compartido por el rey, la nobleza y los concejos, el *self-government* de las clases, el juicio por los pares, el rey obligado a estar a derecho como el último ciudadano; y por último, respecto de la tiranía, el derecho de insurrección." Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos*, Alianza, Madrid, 1967, p. 173. Para un estudio esclarecedor del tema, véase Rafael Pérez de la Dehesa, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1966, pp. 51-63.

[7] Anselmo Carretero, "El espíritu civil en la historia y en la epopeya españolas", *LE*, 15-18 (agosto, 1950), p. 99. En otro lugar Carretero afirma: "La tradición democrática y federal vasco-castellana está en la base de las comunidades políticas de estos pueblos tal como surgen a la luz de la historia en los primeros siglos de la Reconquista. El carácter democrático del primitivo condado vasco-castellano se proclama reiteradamente en el *Poema de Fernán González*, epopeya nacional de los pueblos castellanos. El federalismo propio de los vascos y los castellanos culmina en las

Pero sea cual sea el modo de aproximación, resulta evidente que para los redactores de *Las Españas* existían dos Españas: una, autoritaria y antidemocrática, que correspondía a una concepción unitaria y centralista de la nación, que si bien introducida por los godos, culminaba siglos después en Franco; y otra, democrática y pluralista, que si bien aplastada durante siglos por modelos políticos extranjeros (o extranjerizantes), seguía viva, en el espíritu del pueblo, a la espera de quien la rescatara y la reivindicase.

2. LAS ESPAÑAS

Quien más hiciera por elaborar la visión histórica de la revista fue, sin duda, Anselmo Carretero, quien, de hecho, ha dedicado gran parte de su vida a la exposición de sus teorías sobre la historia de España.[8] En términos muy generales, su visión se ajusta a la oposición entre "las dos Españas" que acabamos de explicar. Pero, con todo, al hurgar en los orígenes de esta oposición, Carretero elabora una detallada interpretación histórica que es la que, de hecho, sirve como plataforma para la visión histórica defendida por la revista.

Una parte importante del pensamiento de Carretero se dedica a denunciar la falsedad de las distintas estructuras políticas que han sido impuestas al país a lo largo de la época moderna. Como señalara otro colaborador de *Las Españas*, Manuel de Irujo:

---

incorporaciones pacíficas y voluntarias de los tres estados vascongados a la Corona de Castilla mediante sendos pactos forales, irrevocables en tanto los reyes castellanos observaran sus leyes." En Anselmo Carretero, *Los pueblos de España (Introducción al estudio de la nación española)*, pról. de Miguel León Portilla, ENEP Acatlán-UNAM, México, 1980, p. 247.

[8] Este interés –según Carretero reconoce– fue heredado de su padre, Luis Carretero Nieva, cuyas ideas fundamentales están expuestas en un libro, organizado a partir de sus notas por el mismo Anselmo Carretero: *Las nacionalidades españolas* (Suplementos de *Las Españas* 2, México, 1948). Sobre esta figura, véase M[anuel] A[ndújar], "Españoles ejemplares. Luis Carretero y Nieva", *LE*, 19-20 (mayo, 1951), p. 16.

> [Carretero] contempla el Estado español, constituido a partir del siglo XVI, al igual que en los tiempos de Roma, con modelo extranjero, primero con los Austrias, después con los Borbones, en el siglo XIX unitario y centralista con los jacobinos franceses. El cuerpo nacional, en lugar de buscar en su propia casa un instrumento jurídico con el que constituirse en Estado, se encontró cubierto y representado por fórmulas políticas extrañas, que no se acomodaban a su modo de ser; y la nación, cuerpo auténtico, país real, se vio vestida con fórmulas estatales exóticas, forjadas en los laboratorios de la Europa Central, que de tal guisa dieron expresión al país legal.[9]

En realidad, de acuerdo con Carretero, la dominación de las "fórmulas estatales exóticas" había sentado sus reales en España a partir del siglo XIII, a raíz de las iniciativas tomadas por el reino de León después de la ruina de la España goda. A partir de ese momento se había establecido una dinámica especial entre el Estado y el pueblo: el Estado español, casi siempre haciendo gala de las características centralistas y autoritarias que la dominación leonesa sobre Castilla le había conferido, había sido esencialmente antidemocrático. La "tradición eterna" de los pueblos españoles, en cambio, tenía su base en la organización de las comunidades prerromanas, que se caracterizaban sobre todo por su espíritu democrático y plural.

Si la historia franquista defendía la idea de una España única y homogénea, era, desde luego, porque así les convenía a quienes detentaban el poder. Pero claro, al hacerlo, los franquistas se insertaban en una larga tradición de tergiversación historiográfica. Según Carretero, a la hora de elaborar su idea de una España centralista, única e indivisa, los historiadores oficiales, de entonces y de siempre, solían incurrir en dos falsificaciones: o bien se solía identificar a Castilla con toda España (cuando en realidad, por las fechas en que constituía el centro político de la

---

[9] Manuel de Irujo, "Prólogo" a Anselmo Carretero y Jiménez, *La integración nacional de las Españas*, Ediciones de *Las Españas*, México, 1957, pp. 28-29.

península, Castilla siempre era dominada por León); o bien se confundía al León visigótico (con sus características antidemocráticas y centralistas) con Castilla, cuando, en realidad, Castilla no sólo se opuso al Fuero Juzgo (a la ley de los visigodos), sino que incluso intentó vivir democráticamente, aun bajo la dominación leonesa.

Es decir, para Carretero al igual que para el grupo de *Las Españas* en general, la verdadera personalidad española era anterior a los conquistadores romanos y godos. Elementos de esta personalidad, de esta cultura, según los redactores de la revista, pervivían intrahistóricamente. La España que ellos reivindican, la "verdadera" España, la esencial, la que había sobrevivido a la otra, la falsa y sobrepuesta, la encontraban en diferentes momentos o aspectos de la historia de España: en la democracia foral, que se oponía al Fuero Juzgo; en la tradición del Árbol Malato, que imponía límites territoriales a la voluntad de conquista de los vascos (los límites de su territorio, más allá del cual no podían conquistar por las armas, estaban fijados por el "Árbol Malato");[10] en la esencia democrática, libertaria y tolerante de los antiguos pueblos españoles; en fin, en la concepción de España como una nación una y varia, que se caracterizaba por su pluralidad, por su respeto a la diversidad de los distintos pueblos que la integraban. Según esta interpretación, y como señalara Carretero, "la vida del pueblo castellano [desde su independencia en tiempos de Fernán González], es en esencia la historia de sus comunidades, de la lucha secular contra los magnates, la Iglesia y los reyes por defender sus libertades y la propiedad comunera en que sólidamente se asentaban".[11]

En consonancia con esta visión de la historia nacional, los redactores de *Las Españas* reivindicaban una estructura política basada en el federalismo. Conviene señalar que, al hacerlo, se

---

[10] Manuel de Irujo, "El 'Árbol Malato' de los vascos", *LE*, 19-20 (mayo, 1951), p. 11.

[11] Anselmo Carretero, "Felipe II y el alcalde de Galapagar. Tradición de nuestro pueblo", *LE*, 8 (abril, 1948), p. 8.

oponían no sólo al centralismo autoritario del régimen franquista, sino incluso a la solución intermedia que el Gobierno Republicano había querido darle al problema de las autonomías regionales antes de la Guerra Civil. Esta solución intermedia se debió, según Carretero, a la complexión política de los líderes republicanos, que, si bien, por formación, solían ser de mentalidad centralista, en cuanto liberales tendían también a respetar (y a hacer respetar) las diferencias culturales que caracterizaban a los distintos pueblos. Esta contradicción entre centralismo y pluralidad se resolvió por fin, después de mucha presión por parte de las regiones, con la decisión del Gobierno Republicano de otorgarles el "estatuto" a los pueblos catalán y vasco. De esta manera se dio una solución parcial a un problema que, según los redactores de *Las Españas*, afectaba, al contrario, a toda la nación. De ahí el rechazo que éstos expresaran por el espíritu que dominaba la Constitución de 1931, que, según ellos, no era ni unitario ni federal, "sino fórmula de compromiso ideada por hombres de conciencia democrática y mentalidad centralista". Se trataba, por otra parte, según Carretero, de otra medida importada, esta vez originada en los postulados jacobinos de la Revolución francesa.[12]

Como afirmara Carretero mucho tiempo después, al reflexionar sobre este mismo tema, si esperaba encontrar una solución real al problema de las diversas naciones españolas, el Gobierno

---

[12] Anselmo Carretero, *La integración nacional de las Españas*, Ediciones de *Las Españas*, México, 1957, pp. 99-100. La solución formulada por el Gobierno Republicano ha sido muy bien resumida por Albert Balcells: "Alcalá Zamora definió la nueva constitución diciendo que no se podía decir de ella que fuese federal ni antifederal, pues tenía 'la potencialidad plena del federalismo para las regiones que lo apetezcan sin pretender convertirlo en patrón uniforme'. El ideal de una federación había quedado relegado como demasiado radical y no habría sido viable más que si muchas regiones históricas lo hubiesen pedido al mismo tiempo y con la misma intensidad que Cataluña. Conceder el Estatuto a Cataluña era una solución de compromiso. Para evitar que resultase una claudicación de Madrid y un privilegio para Cataluña, se consignó que las demás regiones lograrían parecido estatuto cuando mostrasen los mismos deseos con idéntico procedimiento." En Albert Balcells, *Cataluña contemporánea, t. II (1900-1936)*, Siglo XXI, Estudios de Historia Contemporánea, Madrid, 1974, pp. 103-104.

Republicano hubiera tenido que asumirlo como un problema que afectara a todo el país; es decir, hubiera tenido que proponer una estructura federal:

> La federalización de España no era cosa de catalanes y vascos sino asunto muy importante para todos los españoles. Debió haberse planteado el problema con amplitud nacional. La cuestión requería un planteamiento que afectara directamente a todos los pueblos de España, incluso a aquellos que no pedían la autonomía.[13]

Al defender la idea de una España federalista, es decir, conformada por varias naciones, los redactores de *Las Españas*, desde luego, tropiezan en seguida con el problema de ofrecer una definición de lo que constituye una nación. Una vez más es Anselmo Carretero quien más se preocupa por encontrar una respuesta.

En su definición de cómo una nación va formándose, intervienen factores tanto históricos como culturales en su sentido más amplio:

> la nacionalidad es una cuestión de conciencia y sentimiento, que no surge en todo un pueblo espontáneamente y porque sí, sino que es el resultado de un largo proceso de gestación histórica. Las nacionalidades son un producto de la Historia, única madre que concibe y pare naciones.[14]

---

[13] *Apud* Ascensión H. de León Portilla, *España desde México. Vida y testimonios de transterrados*, UNAM, México, 1978, p. 190.

[14] Anselmo Carretero, *La integración nacional de las Españas*, ed. cit., p. 49. Según Irujo, en el prólogo a este mismo libro (p. 27), el concepto de "nación" que defiende Carretero contempla los siguientes factores: "raza, idioma, cultura, religión, territorio, instituciones, tradición, costumbres, modo de vida, historia común, emoción y voluntad de ser. De todas estas condiciones, las determinantes [para Carretero] son las dos últimas." Con respecto a esta valoración final, Carretero parecería darle la razón a Irujo, cuando, en una entrevista que se reproduce en el Apéndice de este libro, afirma enfáticamente que la nación no puede definirse por ningún elemento objetivo, sino que se forja en la mentalidad de un grupo social a lo largo de su historia. Con estas ideas, resulta interesante, por otra parte, comparar lo que señala al respecto Miguel León Portilla en el prólogo que escribió para otro libro de Carretero, *Los pueblos de España (Introdución al estudio de la nación española)*, ed. cit., p. xv.

Como se puede apreciar, para Carretero como para *Las Españas*, la nacionalidad presupone un proceso histórico gracias al cual va perfilándose una conformación ideológica, política y cultural específica. En el curso de este proceso, también entran en juego –aunque no como determinantes– aspectos territoriales, a los que el grupo de *Las Españas* a veces toma en cuenta, por ejemplo, al tratar a Portugal como una más de las naciones españolas.[15] Pero, sin duda en vista de los conflictos a que este tipo de consideración fácilmente puede llevar, la revista tiende en general a enfatizar cuestiones más bien de orden ideológico y cultural.

Pero si lo que constituye una nación resiste a cualquier intento por darle una definición muy precisa, de todos modos los redactores de *Las Españas* (y de ahí el título de su revista) consideran imprescindible defender una concepción de su país que parta de un respeto absoluto por las diferentes naciones que lo conforman. La capacidad de convivencia y tolerancia son, según ellos, rasgos esenciales del pueblo español. Si, en el sentido intrahistórico, España –o, como se llamaba en la Edad Media y el Renacimiento: las Españas– había sido siempre una nación de

[15] La concepción que tiene *Las Españas* de Portugal es peculiar. En su libro *La integración nacional de las Españas* (pp. 54-55) Carretero la explica extensamente. Según esta interpretación, Portugal "constituye desde hace mucho tiempo un estado independiente que ha desempeñado un gran papel en la historia del mundo y que todavía posee extenso imperio colonial. Nace desprendiéndose del reino de León sin ninguna alta razón de orden nacional ni político: porque un noble francés, yerno de Alfonso VI de León, tiene la ambición de crearse una corona. Al extenderse hacia el sur, el nuevo estado de Portugal afirma su nacionalidad sobre cimientos más sólidos con la adquisición del territorio de los antiguos lusitanos, que ya tuvieron en tiempos más remotos señalada personalidad.

"A fines del siglo XVI Portugal se incorpora a la corona que ya agrupaba a los restantes pueblos de España y entonces, por primera vez desde el nacimiento de las modernas nacionalidades peninsulares, la monarquía puede titularse española con exactitud geográfica. Pero las torpezas de esta monarquía (aprovechadas por fuerzas extranjeras opuestas a la formación de un fuerte estado ibérico) hacen efímera la unión, y después de la segunda separación de Portugal, el estado llamado español lleva un nombre que no le corresponde cabalmente, pues ninguno de España puede usarlo con plenitud si no agrupa a la totalidad de los pueblos peninsulares."

naciones, la mentalidad de *todo* el pueblo español debía tener como característica esencial la convivencia y el respeto por las demás comunidades. En fin, la idea de la nación española que defiende *Las Españas* es la de una comunidad de naciones diferentes que han convivido a lo largo de la historia, pero que, a la vez, están unidas orgánicamente en un todo complejo que las comprende a todas ellas. Esta diversidad orgánica es también diversidad espiritual: diversidad de lenguas, de territorios, de tradiciones, de etnias, de creencias religiosas, etc. Según los redactores de *Las Españas*, la España nueva que había que construir debería ser respetuosa de la singularidad de todas y cada una de dichas nacionalidades. Como afirmaron al lanzar su revista: "Todos los pueblos de España, todas las Españas, son para nosotros igualmente entrañables."[16]

[16] Redacción, Recuadro sin título, *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 7.

IV. ACCIONES CULTURALES

1. La misión del intelectual

Como ya señalamos, desde su primer número *Las Españas* se definió como un instrumento que permitiera que la cultura española, interrumpida y socavada desde la Guerra Civil, pudiera seguirse desarrollando. (En eso coincidía con otras revistas literarias editadas por los republicanos exiliados en México, como *España Peregrina*, *Litoral* y *Ultramar*, que igualmente se atribuían una misión salvadora con respecto a la cultura nacional). Dicho propósito quedó muy bien resumido en las siguientes líneas del primer editorial de *Las Españas*, aparecido en octubre de 1946:

> La cultura española ha sufrido solución de continuidad. Detrás de los viejos maestros, y de los que ya empiezan a envejecer, no se ve nada. Da grima leer los periódicos y las revistas que llegan de España; da pena y vergüenza leer a los "poetas jóvenes", a los seudoensayistas y seudofilósofos aupados por el régimen: da náusea –acaso con un par de excepciones– acercarse a los novelistas de esta hora.
>
> España, ahí no tiene voz. No puede tenerla mientras el crimen y el desafuero suplanten a la ley; mientras el derecho y la dignidad de los hombres sean pisoteados; mientras la barbarie clerical y castrense disponga a su antojo de haciendas y vidas. Pero España puede y debe tener voz más allá de sus fronteras; donde quiera que haya un núcleo de españoles viviendo en libertad.[1]

Es decir, *Las Españas* surge con la pretensión de constituirse no sólo en un foro de discusión política para todos los intelec-

---

[1] Redacción, "Editorial", *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 2.

tuales antifranquistas que quisieran dialogar acerca del futuro de su país, sino también en un vehículo que colaborara en la gran tarea colectiva de asegurar la continuidad de la cultura española. Y de ahí tanto el subtítulo de "Revista Literaria" como la orientación literaria (y cultural) que los redactores se empeñaron en conservar a lo largo de la existencia de la publicación. Pero ¿cuál era la relación más específica que se estableció entre la actividad política y la creación y la difusión cultural? ¿Cuál fue el papel, o la misión, que *Las Españas* quiso asignarle al intelectual exiliado?

Se trataba de un tema que la revista misma, entrando en una polémica iniciada poco antes por el *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles* de Francia, puso a discusión en sus páginas y que, de hecho, provocó un diálogo interesante entre algunos de sus colaboradores.[2] La primera contribución a este debate "En torno a la misión del intelectual", que de este modo es como se llamó, apareció firmada por el filósofo y ex canónigo José María Gallegos Rocafull; participaron también uno de los editores del *Boletín* parisino, J. M. Semprún y Gurrea, así como los dos fundadores de *Las Españas*, José Ramón Arana y Manuel Andújar.[3]

Al leer estos textos juntos, uno se percata que las diferencias en los respectivos puntos de vista giran sobre todo alrededor del

---

[2] La polémica fue provocada por un ensayo de Corpus Barga, "La reconquista de la inteligencia española", *BUIE* (París), núm. 17 (abril, 1946). A las tesis defendidas por Barga, respondieron J. M. Semprún y Gurrea, "La reconquista del castillo interior (Comentario a Corpus Barga)", núm. 18 (mayo, 1946); J. M. Quiroga Pla, "La inteligencia española. Reconquista y creación", núm. 19 (junio, 1946); y Antonio Porras, "Reconquista de la inteligencia", núm. 22 (septiembre, 1946). En el editorial del segundo número de *Las Españas*, se comentó la discusión de la siguiente manera: "Han llegado a nuestras manos varios ejemplares del *Boletín* editado en París por los intelectuales españoles desterrados en Francia. Su publicación representa esfuerzos y sacrificios ejemplares, y una manera de sentir viva, angustiosamente, la MISIÓN –no la función– del intelectual en esta hora."

[3] Aunque publicado un poco más tarde, y fuera ya de la polémica, tiene relación con el mismo tema el ensayo de Margarita Nelken, "El arte y la sociedad", *LE*, 11 (enero, 1949), pp. 1, 14. Una última reflexión, en cierto modo retrospectiva, la ofreció otro texto de Manuel Andújar (que entonces colaboraba bajo el seudónimo de Andrés Nerja), "De nuevo en 1963. ¿Misión o función del intelectual?", *DLE*, 4-5 (octubre, 1963), pp. 48-47.

papel que cada ensayista atribuye al trabajo intelectual dentro de (o frente a) la sociedad. Por un lado, está la postura de un Gallegos Rocafull, para quien el intelectual tiene un papel social trascendente que cumplir, en cuanto guía y mentor de su pueblo: "El intelectual lo es en la medida en que se acerca al poeta. Y para que cumpla su misión es menester que pretenda robarle al sol sus rayos y entregárselos al pueblo. No es un robo, creo yo, sino una dádiva". Del mismo modo que Hölderlin (y Heidegger) respecto al poeta, Gallegos ve al intelectual como aquel que intuye la realidad trascendente y que, al entregar esta visión al pueblo, cumple con su misión de "fundamentar lo permanente".[4]

Conviene señalar que si Gallegos prefiere hablar de la *misión* del intelectual, más que de su *función* o *compromiso* social y político (términos que los existencialistas franceses habían puesto de moda por aquellas fechas), sin duda era para enfatizar su distancia frente a cualquier postura dogmática: la verdad que el intelectual le devolvía al pueblo no era una doctrina filosófica, sino una intuición personal; la visión del intelectual (o del poeta) no se sometía a una consigna políticamente conveniente y previamente acordada; al contrario, le tocaba al intelectual descubrir, a raíz de su trato con el pueblo, el verdadero camino que el pueblo debería seguir.

El punto de vista de Semprún era algo distinto. Si bien compartía el recelo de Gallegos frente al concepto de *compromiso* político, su rechazo de dicho concepto lo lleva a tomar una postura mucho más radical. Para él, el trabajo del intelectual consiste no en orientar al pueblo, como había sostenido Gallegos, sino, al contrario, en mantener una conciencia lúcida y crítica frente al cuerpo social y a los dogmas que lo conforman. Desde el punto de vista del *homo faber*, dice Semprún, el intelectual es un hombre inútil. Pero, a su juicio, es precisamente esa marginalidad o independencia frente a las convenciones ideológicas y políticas

---

[4] José María Gallegos Rocafull, "En torno a la misión de los intelectuales", *LE*, 3 (enero, 1947), pp. 1, 13.

lo que confiere relevancia social a su trabajo. En fin, para Semprún, la misión del intelectual

> es justamente la de invitarnos, ante todo con su propio ejemplo, a desconfiar de seguridades expeditivas, a poner constantemente en tela de juicio las opiniones más acreditadas, a pensar y repensar los problemas, a no ufanarnos de haber atado todos los cabos, porque siempre nos quedará alguno suelto. Todo esto, no para paralizar la acción, sino para moderarla, y en todo caso para que no nos arrojemos al entusiasmo impremeditado.[5]

Algunas de estas ideas ya las había adelantado Semprún en el ensayo sobre el tema que había publicado en el *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles*. Ahí había establecido una división muy clara entre lo que consideraba que era el campo político y lo que para él constituía el campo intelectual. Según él, el problema que se vivía en ese momento era, ante todo, un problema *político*. No condenaba a los intelectuales españoles a la inacción total mientras siguiera el franquismo; pero de todos modos no creía que fuera mucho lo que los intelectuales pudieran lograr para que Franco cayera. Lo que los intelectuales debían hacer, y lo que algunos ya habían comenzado a poner en práctica, era, según él, "pensar lo que hay que hacer para 'reconquistar la inteligencia española', el espíritu español".[6] Es decir, este texto anticipaba lo que Semprún señalaría en el artículo publicado en *Las Españas*: a saber que, a diferencia tanto de Gallegos, por un lado, como de los existencialistas franceses, por otro, Semprún insistía en mantener los dos espacios, el político y el intelectual, discretamente separados.

---

[5] José María de Semprún y Gurrea, "¿Cuál es la misión del intelectual en esta hora?", *LE*, 4 (marzo, 1947), pp. 1, 12. En este texto el autor confiesa su deuda para con el libro de Francisco Ayala, *Razón del mundo. Un examen de conciencia intelectual*, Losada, Buenos Aires, 1944. Véanse, sobre todo, las páginas 56-63.

[6] José María de Semprún y Gurrea, "La reconquista del castillo interior (Comentario a Corpus Barga)", *BUIE* (París), núm. 18 (mayo, 1946), p. 2.

Van perfilándose, así, tres posiciones básicas. En primer lugar, la postura que defiende la obligación del intelectual de comprometerse con alguna doctrina política (postura que no cuenta con ningún portavoz en *Las Españas*, pero que está presente, implícitamente al menos, a lo largo de la discusión que se entabla en la revista). Frente a esta noción de compromiso, se alza la postura, diametralmente opuesta, de Semprún, quien, al contrario, se preocupa por defender la independencia ideológica y la marginalidad social del intelectual. Finalmente, siguiendo un curso intermedio entre estos dos extremos se ubica la postura de Gallegos, que, si bien tampoco acepta la idea de someter la cultura a consignas políticas, sí insiste, en cambio, en reivindicar la misión salvadora que todo intelectual, según él, debería desempeñar frente a la sociedad.

Las contribuciones de Arana y Andújar, cada una a su manera, siguen el mismo curso intermedio trazado por Gallegos. En el número 6 de la revista, en un editorial redactado con motivo de la creación de la Unión de Intelectuales Españoles en México, Arana (escribiendo anónimamente) recoge el propósito de Semprún de reconquistar "el espíritu español", pero, al recogerlo, insiste en ubicarlo en un contexto netamente político. Es decir, aunque persigue fines parecidos, Arana (y junto con él, los demás redactores de la revista, que avalan su texto) finalmente rechaza la división entre lo político y lo intelectual en que se sostiene toda la tesis de Semprún:

> la misión del intelectual es pensar España, descubrir a España, organizarla racionalmente, con arreglo a su propio ser. Y al decir intelectual, no damos al vocablo su sentido clásico de minoría aristocrática, sino que incluimos en él al político (en el sentido etimológico de la palabra), al economista, al historiador; al verdadero técnico en cualquier rama del saber humano.[7]

---

[7] Redacción, "Editorial", *LE*, 6 (septiembre, 1947), p. 2.

Pero es tal vez en el ensayo de Andújar publicado en el mismo número de la revista donde se puede apreciar mejor la actitud conciliatoria de los fundadores de *Las Españas*. En un trabajo titulado precisamente "El intelectual y su misión. Entre dos tesis", Andújar se opone a la disyuntiva que venimos señalando; es decir, se niega a aceptar que las únicas opciones son las que contemplan al intelectual y al artista o como individuos que viven aislados del resto de la humanidad, o como seres que se entregan absoluta e incondicionalmente al servicio de tal o cual fin ideológico. Andújar argumenta que se trata de una disyuntiva falsa, puesto que los esfuerzos tanto del intelectual como del artista desembocan en una riqueza espiritual que "asciende y trasciende de propiedad individual en dominio colectivo". Según agrega, si bien el intelectual, lo mismo que el artista, necesita soledad para crear, necesita también el contacto constante con el entorno, que finalmente estimula y da sentido a cuanto produce: "evidente es que el intelectual y el artista precisan de hondo recogimiento para lograr sus ideaciones, pero las asfixian si no las anudan con el palpitar de su pueblo". Idea ésta que Andújar luego amplía al llegar al final de su artículo:

> La misión de los intelectuales y artistas españoles, esclarecida por los años de lucha clandestina en la patria, por el exilio, dentro del carácter general del problema de la cultura en relación con la sociedad, estriba en limpiarse de la soledad estéril, en mantener su independencia personal y colectiva, en percibir, resueltamente, que la fuente de su fuerza, su razón de ser y de vibrar y de inquirir, está en el pueblo, en la auténtica vena nacional, conciencia que urge adquirir sobre la marcha, en la realidad viva del hombre, en su paisaje físico y anímico, en el espléndido filón de su temperamento.[8]

Después de leer estas palabras, estamos en mejores condiciones para entender no sólo el concepto que tenía Andújar de la

---

[8] Manuel Andújar, "El intelectual y su misión. Entre dos tesis", *LE*, 6 (septiembre, 1947), pp. 3, 15.

misión del intelectual, sino también la política cultural efectivamente defendida y practicada por la revista. En primer término queda en evidencia que *Las Españas* no concibe a la cultura como algo neutral, sino que para sus redactores ésta implica un compromiso: si la cultura surge de la sociedad, tiene forzosamente que retornar a ella para encauzarla y elevarla a estratos superiores de organización social. Pero en este compromiso no hay nada que se asemeje a la defensa de consignas políticas. Esto era algo que Andújar dejaría perfectamente claro, al reflexionar, años más tarde, sobre la decisión de los colaboradores de *Las Españas* de hablar de la misión del intelectual, y no de su función. Hablando como si fuera un simple lector anónimo de la revista, escribiría lo siguiente:

> Lógicamente, ustedes, a través de unas colaboraciones que bordeaban determinado cuestionario, se inclinaban por la primera acepción, la misionera, entendiendo que implica autenticidad humana, don solidario, servicio a los imperativos de la verdad, plausible concepto de la trascendencia. En contraste, el término 'función' presupone uno de los peores señuelos de la esclavitud, mecaniza a los que a ella se pliegan, achata los cerebros, manipula la recta voluntad hasta convertirla en arma punzocortante, en instrumento ciego que el Poder dispara.[9]

En términos más concretos, para *Las Españas* el intelectual tiene que dialogar con el pueblo, hurgar en sus raíces históricas, familiarzarse con su temple moral, para poder así rescatar esa "auténtica vena nacional" que orientará al pueblo mismo, a la vez que dar sentido o razón de ser a su propio trabajo. De acuerdo con este compromiso, los intelectuales son vistos como portadores de una misión que tienen que cumplir, nunca desligados del ámbito ni del momento social del que surge la cultura, pero

---

[9] "Andrés Nerja", "De nuevo en 1963. ¿Misión o función del intelectual?", *DLE*, 4-5 (octubre, 1963), p. 48.

tampoco esclavizados por ninguna consigna o postura previamente impuesta.

Lo cual, por otra parte, no debe interpretarse como apoliticismo. Muy al contrario, la cultura misma es concebida por *Las Españas* como una forma de hacer política. Para los redactores de la revista, toda actividad cultural puede, y debe, incidir en la lucha que el pueblo español libra en contra del franquismo. Como se anuncia en el editorial del primer número de la revista, dicha actividad es concebida como "un arma contra los verdugos de la patria".[10] La creación cultural no tiene necesariamente que tener este propósito como su finalidad explícita e inmediata, pero sí debía partir de una preocupación parecida, no por tácita menos eficaz. Es decir, debe partir de una voluntad de mantener viva la tradición cultural española y de esta manera no sólo poner en entredicho la legitimidad del régimen franquista, sino también contribuir a rescatar (y actualizar) el destino histórico del pueblo que en dicha tradición cultural se conserva. No por nada, en un discurso leído con motivo del tercer aniversario de *Las Españas*, Florentino M. Torner afirmaba que en su revista "la expresión literaria sirve constantemente no sólo a la afición literaria, no sólo a la inclinación que las almas de calidad fina sienten por el verso y la prosa bien logrados; sino además, y quizá sobre todo, sirve a una posición profunda de amor y de justicia cuyo objeto es siempre el mismo: España, las Españas, toda la 'espaciosa y triste España'".[11]

2. Dos números extraordinarios

Quizá el único momento en que *Las Españas* entró en la esfera puramente política fue a la hora de editar el folleto *Hacia un mo-*

---

[10] Redacción, "Editorial", *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 2.

[11] Florentino M. Torner, "Tercer Aniversario de *Las Españas*. Palabras de Florentino M. Torner", *LE*, 14 (febrero, 1940), p. 8. Es curioso notar cómo la famosa "Profecía del Tajo", de Fray Luis, poema tan citado durante la Guerra Civil por aquellos que querían denunciar la invasión de la España republicana por el ejército africano de Franco, se vuelve a invocar aquí con el fin de reivindicar una España federal.

vimiento de reconstrucción nacional. Por regla general, los que hacían la revista preferían restringir su actividad política al campo de la cultura. De este modo, si bien cada número de la revista representaba un notable esfuerzo por convencer al mundo de la justicia de la causa republicana, dicho esfuerzo tomaba la forma no sólo de una argumentación política, sino también (y sobre todo) de una reivindicación cultural. El Gobierno Republicano era el auténtico representante del pueblo español y, como prueba de ello, se citaba la amplia labor educativa y cultural llevada a cabo en España durante la República, así como la gran tradición de pensamiento liberal y democrático de la que este gobierno se consideraba el auténtico heredero y representante: una tradición que, partiendo de Unamuno, Machado y Picasso, y pasando por Galdós y Goya, remontaba hasta Cervantes, Velázquez y Francisco Suárez.

Esta concepción política de la cultura se defiende en todos y cada uno de los números de la revista; sin embargo, su carácter "reivindicativo" tal vez encuentre su mejor expresión en los dos números monográficos de *Las Españas* editados para coincidir con las reuniones internacionales ya mencionadas, primero de la UNESCO, y después de la ONU.

En el primero de los dos números la actitud combativa asumida representa una continuidad de la política seguida durante la Guerra Civil: por un lado, una denuncia de las atrocidades cometidas por los franquistas en el campo de la cultura y, por otro, una reivindicación de todo lo que la República había logrado en este mismo rubro. Para conseguir el efecto contrastante deseado, se alternan no sólo los textos referidos a uno y otro bando, sino también los datos, los testimonios fotográficos y la reproducción de cuadros. Así, por ejemplo, en una misma página figuran dos fotos: una en la parte de arriba, "Estatua yacente del Cardenal Cisneros semidestruida por la aviación fascista" y otra en la parte de abajo: "Autógrafo de Santa Teresa de Jesús, salvado por la Junta de Protección y Conservación del Tesoro Artístico Nacional". De la misma manera se le ofrece al lector la reproducción de un cuadro sin título de Arturo Souto, en que aparecen

unos guardias civiles franquistas a punto de fusilar a unos presos (p. 10), mientras que en la página opuesta figura un cuadro de Antonio Rodríguez Luna en que unos "Desterrados", embozados para protegerse del frío o del viento que los atosiga, cruzan, trabajosamente, un llano interminable. Asimismo, en las últimas páginas del número, bajo el título de "Elocuencia de los números" se reúnen innumerables datos sobre el desempeño de los dos bandos en la esfera de la enseñanza: las escuelas nuevas creadas durante la República, los comedores, roperos y colonias escolares, las becas y las campañas de alfabetización; y en contraste sombrío, los maestros fusilados, encarcelados o destituidos por los franquistas, el sometimiento de la educación a un catolicismo cerril y antediluviano, y la quema de libros...

Además de una extensa antología de fragmentos tomados de la "Legislación cultural del franquismo" (fragmentos que, como señala el texto introductorio, "demuestran por sí solos, con abrumadora elocuencia, el carácter teocrático y sectario de la cultura impuesta por un régimen inquisitorial"),[12] se incluye una amplia gama de ensayos asimismo dedicados a denunciar los crímenes contra el espíritu diariamente cometidos por los franquistas. En "La justicia de Franco", Mariano Granados, antiguo Presidente de Sala del Tribunal Supremo, denuncia las leyes represivas, antidemocráticas (y muchas veces retroactivas) que introdujera Franco para instaurar su régimen de terror. Por su parte, Juan Comas critica el sectarismo antiliberal y antidemocrático de "La enseñanza primaria en la España franquista". Mientras que Mariano Ruiz Funes, antiguo Rector de la Universidad de Murcia, se indigna ante "La corrupción de la universidad española", que, según él, se ha convertido, a raíz de las medidas tomadas por Franco, en una simple "oficina subalterna de propaganda del régimen".[13] En "Franco y la cultura" el escritor cubano Juan Ma-

---

[12] Redacción, "Legislación cultural del franquismo", *LE*, 7 (noviembre, 1947), p. 24.

[13] Mariano Ruiz Funes, "La corrupción de la universidad española", *LE*, 7 (noviembre, 1947), p. 16.

rinello se refiere a la miseria literaria e intelectual que ofrece la España franquista; mientras que Pedro Bosch-Gimpera, en "Pero hay un país...", se preocupa por las consecuencias de la represión franquista en la vida cultural de Cataluña y del País Vasco. Finalmente, cabría destacar la reproducción de la famosa serie de dibujos de Picasso, "Sueño y mentira de Franco", bajo cuyo "monstruoso tejido alucinatorio" alienta (según una anónima nota de redacción) "la repulsa a un régimen y la fe en un pueblo".[14]

Por otra parte, también son numerosos los trabajos dedicados a resaltar la importante labor cultural realizada en España en los años anteriores al levantamiento militar. En "Dos instituciones culturales españolas", por ejemplo, Luis Santullano ofrece una crónica bastante detallada de las actividades llevadas a cabo por las Misiones Pedagógicas (el servicio de bibliotecas, los servicios de cine y proyecciones fijas, el coro y el teatro del pueblo, el guiñol, el museo circulante de pintura, el servicio de música, los cursos breves para maestros, etc.), así como por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (organización responsable de administrar el Centro de Estudios Históricos, el Instituto Nacional de Ciencias, la Residencia de Estudiantes y el Instituto-Escuela, entre otros centros educativos), instituciones ambas en cuya historia el propio Santullano había desempeñado un papel importante.

Si bien, estrictamente hablando, la Junta para Ampliación de Estudios no había sido creación de la República, ésta sí había apoyado plenamente sus actividades. Las Misiones Pedagógicas, en cambio, eran un proyecto netamente republicano, como también lo era la Universidad Internacional de Verano, de Santander, cuya historia es relatada por el mismo Santullano, en otra nota suya. A su juicio, esta institución había sido "la más noblemente ambiciosa" de todas las creaciones de la República, "ya que se trataba no solamente de un propósito de cultura dentro de los lí-

---

[14] Redacción, "Sueño y mentira de Franco", *LE*, 7 (noviembre, 1947), p. 32.

mites de la Nación, sino de obtener la colaboración de elementos extranjeros, de relacionar entre sí lo propio y lo ajeno en una proyección ecuménica".[15] En el mismo orden de cosas, Arturo Sáenz de la Calzada, en "La Barraca (Teatro universitario)", se ocupa brevemente de otro de los experimentos culturales (el grupo teatral que dirigiera García Lorca) que mayor prestigio le trajeron a la República.

Marcelo Santaló Sors se refiere a "La enseñanza media en la República", que, a su juicio, se destacó por promover "una elasticidad en los programas, libertad de los maestros para su desarrollo y un sistema de exámenes en que en lugar de controlar cantidad de conocimientos se juzguen las aptitudes, laboriosidad, curiosidad, espíritu crítico, imaginación, etc.";[16] criterios que, desde luego, estaban muy lejos de caracterizar "La enseñanza primaria en la España franquista" descrita por Juan Comas. El tema escogido por Juan Vicens es el de "Bibliotecas y cultura popular durante la República", lo cual lo lleva a referirse no sólo a las 200 Bibliotecas Públicas Municipales creadas por el Gobierno Republicano, sino también a todas aquellas "instituciones culturales, bibliotecas, etc., dependientes de sindicatos o asociaciones diversas, o en forma de clubes deportivos y culturales, [creadas] en gran parte a iniciativa y bajo la inspiración de los grupos políticos juveniles (Juventudes Socialistas Unificadas, Ateneos de las Juventudes Libertarias, etc.)."[17]

Como es natural, el desempeño de la República durante la guerra es también motivo de comentario. Además de reproducir en facsímil dos páginas de la famosa revista *El mono azul* que en Madrid dirigieran Rafael Alberti y José Bergamín por encargo de la Alianza de Escritores y Artistas Antifascistas, también se hace

---

[15] L[uis] Á[lvarez] S[antullano], "La Universidad Internacional", *LE*, 7 (noviembre, 1947), p. 17.

[16] Marceló Santaló Sors, "La enseñanza media en la República", *LE*, 7 (noviembre, 1947), p. 20.

[17] Juan Vicens, "Bibliotecas y cultura popular durante la República", *LE*, 7 (noviembre, 1947), p. 28.

hincapié en otros importantes esfuerzos culturales llevados a cabo paralelamente. En "Mientras las armas extranjeras...", Rodolfo Halffter relata las diversas actividades (la creación de orquestas, la edición de obras, la formación de misiones musicales, etc.) realizadas durante la Guerra Civil por el Consejo Central de Música, del que había sido Secretario. Mientras que en "El arte entre llamas", José Renau, ex director de Bellas Artes de la República Española, ofrece una crónica detallada de los múltiples (y heroicos) esfuerzos realizados durante la Guerra por salvar y proteger el patrimonio artístico e histórico español.

Finalmente, cabe mencionar dos trabajos destinados a esclarecer ciertos aspectos importantes de la historia reciente de España. En "Remember. A los delegados ante la UNESCO", Honorato de Castro, Presidente de la (flamante) Unión de Intelectuales Españoles en México, se dedica sobre todo a desmentir ciertas versiones según las cuales el Gobierno de la República, tanto el de 1931 como el del Frente Popular de 1936, habría sido inspirado (o dominado) por el comunismo. Que en las elecciones de 1936 hubiera "coacciones" por parte del Gobierno Republicano o incluso que los propios republicanos hubieran atentado en contra del orden público.

Por otra parte, una nota anónima (tal vez debida a José Ramón Arana) se dedica a aclarar la confusión, creada al principio de la guerra, acerca de la posible vinculación de Miguel de Unamuno con el franquismo: adhesión que se califica de imposible ("Sí, él execró el militarismo, la intolerancia clerical, el desplante patriotero"),[18] basándose en declaraciones escritas por Unamuno poco antes de morir.

En fin, visto en su conjunto, se trata de un número verdaderamente notable, sobre todo por los importantes testimonios que reúne acerca de los diversas actividades culturales auspiciadas por el Gobierno Republicano, tanto durante la guerra como antes de que el conflicto estallara. Si a los numerosos textos ya mencionados agregamos otros dos de Américo Castro ("Irradiaciones

---

[18] Anónimo, "Miguel de Unamuno y el fascismo", *LE*, 7 (noviembre, 1947), p. 17.

del vivir hispánico") y José María Gallegos Rocafull ("Las Españas") destinados a definir y exaltar el gran patrimonio espiritual que España ha legado al resto del mundo, así como una colaboración de José Puche ("Escuela y despensa") reivindicando la relevancia del pensamiento de Joaquín Costa, no sólo para España, sino para las muchas naciones que entonces se encontraban en precaria situación material y espiritual, entonces hay que concluir que dicho número constituye uno de los esfuerzos más notables que realizara el grupo de *Las Españas*.[19]

En el número especial dedicado en agosto de 1950 "A la ONU", se persiguió una estrategia ligeramente distinta: aquélla que en el número dirigido a la UNESCO habían seguido únicamente Castro, Gallegos Rocafull y Puche. Es decir, en lugar de reivindicar el desempeño del Gobierno Republicano en el campo cultural (que es lo que se habían propuesto la mayoría de los colaboradores del otro número citado), se propuso ofrecer a la comunidad internacional "un esquema de las diversas aportaciones de España a la cultura universal". Tal y como se agrega en la nota que encabeza los ensayos reunidos, por medio de esta publicación se esperaba dejar constancia "de la vigencia gloriosa del espíritu hispánico, de su arraigo indestructible en el pensamiento y en la sensibilidad mundiales. También, de la rica aportación potencial que entraña".[20]

Los términos en que los propósitos se formulan aquí parecen muy claros. Y sin embargo, a la hora de revisar los ensayos que conforman el número, el lector no deja de notar ciertas indecisiones o, incluso, contradicciones. En primer lugar, resulta evi-

---

[19] El número parece haber tenido muy buena acogida. Con motivo de su aparición, se nos informa poco tiempo después, "hemos recibido numerosas expresiones de simpatía, y lo que es más importante, de solidaridad con nuestra causa. Por falta de espacio nos es imposible dar una relación nominal y hemos de limitarnos a citar la de Juan Ramón Jiménez, el telegrama de Ilya Ehrenburg y Dimitri Shostakovitch, y una carta llena de comprensión y de estimación de Fidelino de Figueiredo". En Redacción, "Notas", *LE*, 8 (abril, 1948), p. 15.

[20] Redacción, "Aportaciones de España a la cultura universal", *LE*, 15-18 (agosto, 1950), p. 23.

dente que no todos los trabajos entran dentro del marco anunciado. Tal es el caso, por ejemplo, del ensayo de Antoni-Maria Sbert sobre "Los republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial"; su crónica de la participación de numerosos soldados españoles en la lucha común contra las fuerzas de la Alemania nazi, encierra una historia impresionante, que sin duda merecía ser recordada, y más aún en aquel momento en que los países vencedores en la Guerra Mundial se alistaban para olvidarse de todos aquellos españoles que se habían sacrificado para lograr esa victoria; pero con todo, dicha participación y dicho sacrificio difícilmente podrían considerarse como aportaciones que hiciera España en el campo "cultural".

Pero ¿qué debería entenderse, finalmente, por las "aportaciones" de España a la cultura universal? ¿Se trataba de destacar sus mejores creaciones artísticas e intelectuales? ¿O sólo aquéllas que hubieran tenido repercusiones en la literatura mundial? Y si era así, ¿quería esto decir que las repercusiones mismas aseguraban que la obra en cuestión era una obra universal? Las colaboraciones reflejan cierta incertidumbre en cuanto a la forma en que estas preguntas deberían contestarse. Para Anselmo Carretero, por ejemplo, el tema de las "aportaciones de España a la cultura universal" parece haber sido pretexto para destacar lo que había de diferente y, por lo tanto, de singular, en la cultura de su país; así, en "El espíritu civil en la historia y la epopeya españolas", inspirándose en el ejemplo de Unamuno, acude a la literatura española (sobre todo, al *Poema* de Fernán González y al *Poema de Mío Cid*) en busca de manifestaciones tradicionales de lo que él llama el alma nacional. Todo esto es perfectamente legítimo en sí; pero ¿cómo se inserta esta interpretación dentro del marco temático anunciado para este número de la revista? Puede ser que la cultura española se haya asomado al resto del mundo a través de las manifestaciones identificadas por Carretero, pero al leer este ensayo (un texto, por otra parte, muy interesante) no queda claro para el lector cuáles serían las reverberaciones de este desbordamiento de lo hispánico. En fin, el paso de lo nacional a lo

universal presupone escollos que no siempre se libran de manera convincente en este número monográfico.

El resultado contradictorio de esta actitud, cuando llevada a su extremo lógico, puede apreciarse al leer el ensayo de Luis Nicolau D'Olwer. El título de su trabajo es el de "Valor de Cervantes en la literatura universal"; sin embargo, y tal vez sin darse cuenta de ello, el autor se pone a demostrar todo lo contrario. Es decir, llevado sin duda por un exceso de orgullo nacional, insiste tanto en la unicidad de la obra maestra de Cervantes, que termina por negar cualquier valor a las numerosas obras de otras literaturas que se habían inspirado en ella. Conclusión que, como decimos, trae como consecuencia paradójica la de quitarle a la obra de Cervantes esa inserción en la cultura mundial que confirmaría el valor universal que D'Olwer intenta darle.

Por otra parte, no siempre era tan evidente para todos lo que se debía entender como cultura "universal". Para Pedro Bosch-Gimpera una base importante de la cultura universal era, obviamente, la cultura romana y de ahí su importante contribución, titulada precisamente "La aportación hispánica a la cultura y a la grandeza de Roma". Eugenio Ímaz sigue una orientación similar; aunque su forma de proceder es más selectiva. Para él, la gran contribución de Roma a la cultura universal es la tradición humanista y es en relación con esta misma tradición que busca establecer las principales aportaciones de España al mundo. Así, tras defender los valores del humanismo frente a ciertos planteamientos recientes de Sartre y Heidegger que tendían a negarlos, en "Angeología y humanismo" Ímaz busca los orígenes de esta tradición, primero, en Cicerón y Séneca, y después, en el Renacimiento español, concretamente en Fernán Pérez de Oliva, Luis Vives y Alfonso de Valdés. Aunque los criterios no siempre se hacen explícitos, podemos decir que la mayoría de los demás textos reunidos en este número de *Las Españas* también se apoyan en valores (éticos y morales, sobre todo) asignables a esta misma tradición humanista.

Naturalmente, son varios los autores que se ocupan de la literatura española de los Siglos de Oro. En sus comentarios sobre

"El teatro español en la Edad de Oro", Manuel Andújar destaca los numerosos elementos de índole histórica y popular que, al incorporarse a las obras de Cervantes, Lope, Tirso y Calderón, contribuyen así a dotarlas de universalidad; asimismo, señala algunas de las importantes reverberaciones que tuvieron estas obras, a lo largo de los años, en la dramaturgia francesa, inglesa, alemana e italiana. A juicio de Ramón Sender ("La Doncella y el Doncel de Ávila o los castellanos interiores"), la expresión más pura del alma del pueblo español la ofrecen sus dos grandes místicos, Santa Teresa y San Juan de la Cruz; escritores cuya obra, según luego argumenta Sender, anticipa en muchos aspectos la obra de varios poetas modernos, desde Mallarmé y Rimbaud hasta Rilke, Eliot y Kathleen Raine.

Son tres los trabajos que se ocupan del delicado tema de la presencia de los españoles en el Nuevo Mundo. En "Geógrafos, navegantes y exploradores españoles" Juan de Oyarzábal celebra la epopeya de las grandes navegaciones transoceánicas realizadas por los españoles en los siglos XV-XVII, destacando sobre todo sus decisivas aportaciones a la cartografía americana. José María Ots reflexiona brevemente "Sobre las llamadas *Leyes de indias*", mientras que Luis Santullano ofrece una larga serie de apuntes sobre diversos aspectos de "Las misiones españolas en América", todos destinados a subrayar el carácter civilizador de la obra cultural –etnográfica, sociológica e incluso urbanística– realizada por los misioneros.

Las artes plásticas también son bien atendidas. Bajo el título de "Contribución de la pintura española a la pintura universal", Margarita Nelken destaca los rasgos que distinguen la escuela española de pintura, y de ahí el peso específico de su influencia en las demás escuelas europeas, desde los tiempos más remotos del Medievo hasta la época más reciente, representada por Picasso, Miró, Dalí. Por su parte, Juan Renau se dedica a detallar, haciendo especial hincapié en la figura de Berruguete, el enriquecimiento que para el arte de la escultura supuso "La escultura española en el Siglo de Oro".

Siguiendo fiel a una política emprendida desde un principio, *Las Españas* incluye la ciencia dentro de su concepto de la cultura. Así, Francisco Vera ofrece un panorama muy instructivo sobre "Los matemáticos judíos españoles" de los siglos X-XV. En "La ciencia española", José Puche Álvarez ofrece numerosos datos que desmienten la versión popular según la cual España carecía de tradición científica. Mientras que, bajo el título (engañosamente modesto) de "Algunos datos acerca de la aportación de España a las ciencias naturales", el biólogo Enrique Rioja ofrece un extenso panorama del desarrollo de las ciencias naturales en España desde los tiempos de los romanos hasta bien entrado el siglo XX. En el campo ya no de las ciencias exactas, sino de las sociales, cabe mencionar, por fin, a Manuel Sánchez Sarto, quien se aboca a la tarea de trazar la "Presencia de España en los estudios económicos"; tarea difícil dada la escasa investigación realizada en este campo hasta entonces en España; y de hecho, ante la pocas aportaciones significativas atribuibles a los españoles en esta rama, el autor se ve obligado, finalmente, a destacar más bien los numerosos trabajos escritos en otros países sobre cuestiones relacionadas con la economía española.

En la nota de redacción que encabeza estos trabajos, se señalan algunos de los temas no cubiertos y que se hubiera querido tratar en este número extraordinario: "Razones evidentes de premura nos impiden publicar, por no habernos llegado a tiempo, los trabajos encargados acerca de nuestros internacionalistas y teólogos, sobre la civilización árabe en la Península, la labor de España en América, la influencia de la poesía española, y algunos otros de similar trascendencia".[21] Puesto que sí hay ensayos sobre la labor de España en América (los de Oyarzábal, Ots y Santullano), así como sobre la influencia de la poesía española (el de Sender), la afirmación resulta un poco enigmática. Cabe suponer que lo que se quiso decir era que se esperaba con-

---

[21] Redacción, "Aportaciones de España a la cultura universal", *LE*, 15-18 (agosto, 1950), p. 23.

tar con otras colaboraciones en estos y otros campos; colaboraciones que, de haberse publicado, seguramente habrían enriquecido todavía más el número. Pero lo realizado, hay que subrayarlo, no fue poca cosa. Haber reunido en un solo número a tantas figuras tan distinguidas en sus respectivos campos de conocimiento fue un verdadero logro. Y si bien sus trabajos no ofrecieron un recuento exhaustivo de las muchas y muy diversas aportaciones de España a la cultura del mundo (propósito, por otra parte, imposible de realizar en términos absolutos); y aun cuando no estuvieron libres de ciertas indecisiones e imprecisiones en cuanto a los propósitos perseguidos, sí ofrecieron, en cambio, una imagen muy fiel de la inmensa cultura con que contaban algunas de las grandes figuras intelectuales de la emigración republicana.

Como en el caso del número de *Las Españas* publicado con motivo de la reunión de la UNESCO, este otro número de la revista no logró el efecto político deseado. Desde luego, este fracaso no tuvo nada que ver con la calidad de la propuesta hecha en la revista: como se sabe, en el ánimo de las grandes potencias internacionales las consideraciones de orden cultural poco pesaban frente a las cuestiones de estrategia geopolítica. Parece que muchos de los que colaboraron en el número ya contaban de antemano con esta derrota, pero ello no impedía que participaran con entusiasmo en el proyecto. De lo que se trataba, a fin de cuentas, era, una vez más, de reivindicar los valores por los cuales seguían luchando. La batalla de la ONU fue, en efecto, otra batalla perdida. Pero se trataba de otra derrota en que, al igual que Don Quijote, el derrotado salía moralmente victorioso.

3. EDICIONES DE *LAS ESPAÑAS* (Y OTRAS EDICIONES PARALELAS)

Hasta ahora nos hemos fijado sobre todo en las acciones culturales tomadas por el grupo de *Las Españas* desde las páginas

mismas de su revista. Convencidos de la necesidad de ampliar el alcance de sus acciones, los redactores también promovieron otros proyectos editoriales paralelos que igualmente dejaron su huella en la vida cultural del momento. En capítulos anteriores hemos tenido ocasión de referirnos a los cuatro números de la gacetilla que los redactores editaron entre junio de 1950 y agosto de 1951: *Noticias de Las Españas*. También hemos subrayado la importancia de dos manifiestos: *Por un movimiento de reconstrucción nacional* (1949) y *Esta hora de España* (1956). A todos ellos habría que agregar una lista bastante extensa de ediciones no mencionadas hasta ahora.

En primer lugar, cabría destacar la serie de suplementos que los redactores de la revista empezaron a publicar en abril de 1948. En una nota aparecida en el número 8 de la revista, se hizo referencia a las circunstancias en que dicho proyecto surgía: "El éxito creciente de nuestra revista, las palabras de aliento y el apoyo –cada vez mayor– de nuestros amigos y colaboradores, las cartas que nos llegan, continuamente, de todos los países donde hay compatriotas desterrados significándonos su compenetración con los principios que la informan, y, por fin, nuestra convicción de que el destierro es acción y no espera, han decidido nuestro ánimo a emprender una nueva tarea: la publicación de los 'Suplementos de *Las Españas*'."[22]

En la introducción al primero de ellos (un cuaderno dedicado a recoger los discursos leídos con motivo de un acto en recuerdo de Antonio Machado), el grupo de *Las Españas* expuso en términos más concretos los propósitos que perseguía al lanzar esta nueva serie de publicaciones. Querían, según lo que anunciaron ahí, hacer de los suplementos "una nueva trinchera de nuestra cultura, un lugar de trabajo y de combate, porque combate es la cultura contra todos los fanatismos y todos los crímenes, contra todas las limitaciones y todas las miserias". Es decir, por este medio adicional pretendían continuar la misma labor realizada a

---

[22] Redacción, "Suplementos de *Las Españas*", *LE*, 8 (abril, 1948), p. 1.

través de la revista, pero ya en un contexto más amplio que les permitiera difundir trabajos más extensos y más variados:

> Al crearlos, hemos pensado en los nuevos escritores, en quienes tienen algo que decir y ningún lugar para decirlo; en la necesidad de promociones nuevas, de ímpetus renovadores, de afirmaciones y de inconformidades fecundas.
>
> Nos proponemos publicar ensayos, novelas breves, pequeños libros de poemas, y, preferentemente, estudios sobre los problemas fundamentales de España.[23]

El proyecto, como se puede apreciar, era muy ambicioso, y es de lamentar el que no llegara a tener las dimensiones con que sus promotores soñaban; no, al menos, en la forma de suplementos. (En el mismo texto introductorio los promotores del proyecto dejaron bien claro que, para llevarlo a cabo, necesitaban contar con la ayuda económica de sus amigos, y si no lograron publicar los suplementos con la regularidad que era de esperar de una serie parecida, esto seguramente se debió a la falta de recursos adecuados.)

Si bien no fueron muchos los cuadernos que llegaron a editarse, no por ello carecen de interés. Fueron cuatro en total. Además del homenaje a Machado, que recogió textos de Manuel Andújar, Daniel Tapia, Mariano Granados, Luis Santullano y del propio Machado, aparecieron: *Las nacionalidades españolas* de Luis Carretero Nieva (septiembre de 1948), un notable trabajo histórico que sirviera a su hijo, Anselmo Carretero, como punto de partida para sus propias investigaciones sobre los orígenes de la España federal que le interesaba reivindicar; una recopilación de *Once cuentos* (abril de 1949), que reunía a otros tantos escritores exiliados: José Ramón Arana, Rosa Ballester, Álvaro Custodio, Isidoro Enríquez Calleja, Mariano Granados, Ramón J.

---

[23] Redacción, "Propósito", *En el IX aniversario de la muerte de Antonio Machado*, Primer suplemento de *Las Españas*, México, 1948, s.p.

Sender, Paulino Masip, Andrés Nerja (seudónimo de Manuel Andújar), Mercedes Rodoreda, Tomás Segovia y Arturo Souto Alabarce; y una reflexión sobre las causas del atraso español y su posible superación, aun en las actuales condiciones adversas, escrita por otro colaborador de la revista, Manuel Díaz Marta, *La laboriosidad de los españoles en la lucha por su elevación económica y cultural* (agosto de 1952).

Como ya se adelantó, la labor editorial del grupo no se limitó a la publicación de los suplementos. Bajo el sello editorial de *Las Españas*, se publicarían no sólo los dos manifiestos ya mencionados, sino también varios libros que reforzarían asimismo la posición política de la revista. Cabe destacar, en orden cronológico de su aparición, los siguientes títulos, todos ellos obra de colaboradores de *Las Españas*: *La españolización de España. La edad de oro liberal* (1952), de Juan López Marichal; *La cuestión religiosa en España* (1959), de Mariano Granados; *La personalidad de Castilla en el conjunto de los pueblos hispánicos* (1960), de Anselmo Carretero, con prólogo de José Ramón Arana y epílogo de Pedro Bosch-Gimpera; *Las nacionalidades ibéricas. Hacia una federación democrática de los pueblos hispánicos* (1962), de Anselmo Carretero, nuevamente con prólogo de José Ramón Arana; un volante que contenía una declaración colectiva en la que confirmaban sus propósitos iniciales, *Acto de afirmación de "Las Españas"* (enero de 1963), y *Proyecto español. Escrito en el destierro* (1965) de Juan Bizcaíno (seudónimo de Alfredo Lagunilla).

Aparte de estos títulos, publicados directamente bajo el sello editorial de *Las Españas*, es necesario mencionar otra serie de libros, la colección Aquelarre, que, aunque realizada al margen tanto de la revista como de su editorial, parece haber contado con la colaboración mayoritaria de los mismos escritores que se ocupaban de ambas empresas. Según Simón Otaola, quien ofrece un divertido relato de la formación del grupo en su crónica *La librería de Arana*, "Aquelarre" era una reunión de amigos, surgida en 1949, que poco después se convirtió en tertulia literaria; y de

ahí el título escogido para la colección de libros que esa tertulia editara. La mayoría de los contertulianos son nombres ya muy familiares: Manuel Andújar, José Ramón Arana, Anselmo Carretero, Francisco Pina, Francisco Rivero Gil, Mariano Granados e Isidoro Enríquez Calleja, fundadores o colaboradores asiduos, todos ellos, de *Las Españas*; aunque también entraron a formar parte de la misma agrupación, ya a principios de los 50, otras figuras que hasta entonces no se habían acercado en absoluto a la revista, como José de la Colina, Manuel Bonilla, Álvaro de Albornoz y Salas, y el propio Otaola. A juicio del autor de *La librería de Arana*, se trataba de "el grupo literario más heterogéneo que se puede conocer. Cada loco con su tema, con sus preferencias y chifladuras. Es, claro está, un haz de amigos y puede pasar por un manojo de pájaros de todos los colores. Así nació el grupo y así se desarrolla su personalidad".[24]

La variedad de intereses quedaba reflejada en los libros publicados. Tenemos conocimiento de los siguientes títulos: *El cura de Almuniaced* (1950) y *Veturian* (1951), un libro de cuentos y un drama rural, respectivamente, de José Ramón Arana; *Unos hombres* (1950), *La librería de Arana. Historia y fantasía* (1953), y *Los tordos en el pirul* (1953), relatos de Simón Otaola (el primero, con prólogo de Juan Renau); *A la sombra del mezquite* (1951), novela de Ramón de Belausteguigoitia; *Pequeño viaje* (1951), poemas de Antonio Souza; *La espiga y el racimo* (1951), novela de Paulita Brook; *Mi soledad y yo* (1951), libro de poemas de Carmen Alcázar; *Los niños, las niñas y mi perra* (1951), relatos humorísticos de Álvaro de Albornoz y Salas (con prólogo de Simón Otaola); *Charles Chaplin: genio de la desventura y la ironía* (1952), ensayo de Francisco Pina; *Nuevo retablo* (1952), colección de aforismos, paradojas, etc., de Mariano Granados; *Las nacionalidades españolas* (1952), de Luis Carretero y Nieva (edición ampliada y anotada por Anselmo Carretero); *La España*

[24] Simón Otaola, *La librería de Arana. Historia y fantasía*, Aquelarre, México, 1952, p. 338.

de mi experiencia. Reminiscencias y esperanzas de un español en el exilio (1952), memorias del español desterrado en Londres, José Antonio Balbontín; *Las tres celdas de Sor Juana* (1953), un ensayo lírico sobre la "Décima musa", de Isidoro Enríquez Calleja (con ilustraciones de Elvira Gascón y prólogo de Luis Rius); *Mosén Millán* (1953), novela de Ramón Sender; *Pasos y sombras: autopista* (1953), autobiografía de Juan Renau; y *Stanislávschina: Al margen de "Un actor se prepara"* (1955), ensayo de Dagoberto de Cervantes.

En las últimas páginas de *La librería de Arana* se deja constancia de una extensa lista de obras de la colección que están "en preparación": *El espíritu democrático en la epopeya española*, de Anselmo Carretero (tal vez una ampliación o refundición del extenso artículo que Carretero publicara sobre el tema en el número 15-18 de la revista); *La muerte en la lírica castellana y otros ensayos*, de Manuel Bonilla Bagetto; *Seis romances de ciego, Cartas al Aquelarre* y *Hora de España*, de José Ramón Arana (el último, tal vez el título preliminar del trabajo que más tarde se publicaría como *Esta hora de España*); *Libro para la tarde del domingo*, obra primeriza de José de la Colina, para la cual Otaola ya había escrito un prólogo; *Tajamar (un hombre y una nariz)* y *A la sombra de los ataúdes en flor*, de Francisco Rivero Gil; *Bajo dos lunas*, de Paulita Brook; *Aquí y ahora (Cuentos)*, del escritor mexicano Carlos Illescas; *El buzón peregrino*, de Otaola, y *La caricatura personal*, de Eduardo Robles.

Como suele ocurrir en estos casos, la mayoría de las obras anunciadas como "en preparación" no verían la luz; al menos, no en la Colección Aquelarre. Sin embargo, la lista tiende a confirmar la impresión que deja el registro de las obras efectivamente publicadas. En ambos casos, llama la atención, sobre todo, la amplia gama de intereses literarios e intelectuales a que la serie pretendía atender. Como señalaba Otaola, hablando de los colaboradores: "Unos se pronuncian partidarios de un trascendentalismo literario entreverado de sociología. Otros se mueven dentro de los límites sosegados del más puro casticismo. Otros son partidarios

del disparate dentro de sus límites...”[25] Lo que resulta difícil entender es por qué los promotores de la colección hayan querido mantenerla al margen de las ediciones de *Las Españas*. Tal vez fuera la falta de una política editorial más estricta lo que les llevara a mantenerla aparte. (Descrita por Francisco Rivero Gil, la colección era “una cosa seria; de vez en vez para divertirnos publicamos un libro”.)[26] De todos modos, y por muy improvisado que el proyecto haya sido, resulta evidente que la Colección Aquelarre formó parte importante de la actividad cultural realizada por el grupo de *Las Españas*. Hecho éste que se ve confirmado, por otra parte, por el espacio generoso que los redactores de la revista dedicaron a reseñar los libros de la colección. Casi no hubo libro de “Aquelarre” que no contara con su correspondiente nota.

En fin, resulta evidente que los propósitos inicialmente anunciados al lanzar los suplementos de *Las Españas* terminaron por lograrse, si bien no en dicha serie, sí en las otras ediciones realizadas paralelamente a la revista. En las ediciones de *Las Españas* se cumplió cabalmente el propósito de promover obras que indagaran más a fondo en aquellos problemas nacionales que más inquietaban a los redactores de la revista, mientras que por medio de la Colección Aquelarre se abrió un espacio más amplio para la creación literaria en general; un espacio, además, en que algunos nuevos valores lograron darse a conocer. Vista así en su conjunto, esta extensa labor editorial no deja de cobrar una relevancia muy especial dentro de las diversas acciones culturales llevadas a cabo por el grupo.

---

[25] *Ibid.*, pp. 338-339.
[26] *Apud* Simón Otaola, p. 293.

V. CENTROS DE REUNIÓN

En el capítulo anterior nos referimos a las acciones culturales emprendidas por el grupo de *Las Españas* desde las páginas mismas de su revista, así como a los diversos proyectos editoriales realizados paralelamente. Con el propósito de ampliar todavía más su campo de acción, entre 1948 y 1949 los redactores de la revista participaron asimismo en la formación de dos importantes asociaciones: en junio de 1948 crearon la agrupación de "Amigos de *Las Españas*", a la que siguió, poco después, en enero de 1949, la fundación del "Ateneo Español de México". No se puede escribir la historia del grupo de *Las Españas* sin referirnos, por muy someramente que sea, a estas instituciones, surgidas ambas, como veremos, en un momento en que el régimen franquista desencadenaba una intensa campaña político-cultural por ganarse la adhesión de las diversas sociedades de Hispanoamérica.

1. LA ASOCIACIÓN DE "AMIGOS DE *LAS ESPAÑAS*"

El grupo de "Amigos de *Las Españas*" se constituyó en la ciudad de México el 16 de junio de 1948. Entre los que firmaron la convocatoria, figuraban varios de los colaboradores más asiduos de la revista, acompañados, eso sí, por otros refugiados quienes simplemente habrían visto el proyecto con buenos ojos y habrán querido darle su apoyo. Según la lista que se publicó en el número 8 (julio, 1948) de *Las Españas*, fueron los siguientes: el doctor F. Aramburo, el ingeniero José Ballvé, el doctor José M. Gallegos Rocafull, el licenciado Mariano Granados, María Enciso, el doctor Alberto Folch y Pi, el doctor Joaquín d'Harcourt,

José M. Giménez Botey, Gerardo Lizárraga, el ingeniero José Luis de la Loma, Isabel O. de Palencia, Juan Renau, el licenciado Jesús Ruiz del Río, el profesor Eustaquio Ruiz, el arquitecto Arturo Sáenz de la Calzada, Luis Santos, Luis A. Santullano, Ramón Tarragó, Víctor Trapote, el ingeniero Adolfo Vázquez Humasqué y el doctor Carlos Velo. En la misma nota informativa se explicó que la nueva asociación se había creado con propósitos muy específicos:

> [para] ayudar moral y económicamente a *Las Españas*, para regularizar su salida y ampliar su difusión, y, paralelamente, desarrollar una intensa acción cultural –recitales, conferencias, exposiciones, etc.– que, con el mejor conocimiento de nuestros valores actuales y el estímulo para las nuevas promociones, permita intensificar el diálogo, coordinar esfuerzos, y estrechar, cada vez más, la convivencia.[1]

Si bien el financiamiento de la revista, lo mismo que de sus suplementos y demás ediciones, era un problema al que los redactores de *Las Españas* ya habían aludido con frecuencia, la propuesta de fundar una asociación destinada a fomentar la actividad cultural fuera de las páginas de la revista, sí era algo nuevo. El hecho es que, a raíz de la atomización política que vivieron los intelectuales exiliados en México, éstos nunca habían disfrutado de un foro que los reuniera a todos, independientemente de diferencias ideológicas o afiliaciones partidistas. La única entidad en cumplir dicha función, pero de forma limitada, había sido la Editorial Séneca, que ya desde 1939 prestaba su local en la calle Varsovia para que ahí se llevaran a cabo conferencias, recitales de poesía, exposiciones de artes plásticas y reuniones de todo tipo. Aunque algo informales e improvisadas, estas reuniones, organizadas por el director y el secretario de Séneca, José Bergamín y José M. Gallegos Rocafull, sentarían un ejemplo importante; de hecho, según confesara años

---

[1] "Los Amigos de *Las Españas*", *LE*, 9 (julio, 1948), p. 2.

después José Ramón Arana, fue precisamente en estas reuniones de Séneca donde se incubó la idea de lanzar la revista *Las Españas*:

> Allí se intentó raer los sarros de lugar común acumulados sobre la realidad [de] España y mirarla en la escueta verdad de sus problemas. En qué medida se consiguió importa menos que el intento, revolucionario a todas luces. Hombres de Euzcadi [sic], de Cataluña, de Castilla, de Andalucía, de Levante..., católicos y ateos, federales y centralistas, socialistas y republicanos, algún comunista incluso, dialogaron en el salón de "Séneca" o hubieron de ver su limitación monologal en el espejo amistoso y nítido que la palabra de Bergamín o de Gallegos ponía indefectiblemente ante sus ojos.[2]

Fue tal la vinculación con la Editorial Séneca que las primeras reuniones de la asociación de "Amigos de *Las Españas*" se llevaron a cabo en el edificio de la editorial, cuando ésta (en palabras de Arana) ya "iba quedándose sin pulso".[3] Además de proponer una campaña de suscripciones que les permitiera alcanzar la tirada necesaria para cubrir todas las demandas (que entonces se calculaba en unos tres mil ejemplares), en estas primeras reuniones se acordó organizar un acto de defensa de la cultura española, así como una serie de conferencias y de reuniones donde se estudiaran y discutieran "los problemas fundamentales de España".[4] Como en tiempos de *Aragón*, los tres primeros temas propuestos para discusión eran: España y el problema de las nacionalidades; el problema religioso; la agricultura y el problema agrícola. Según se anunció en la revista: "No se trata de formular las conclusiones puramente académicas a que pudieran llegar los

---

[2] "Abenámar", "José M. Gallegos Rocafull en 'Séneca'", *DLE*, 4-5 (octubre, 1963), p. 46.

[3] "Abenámar", *loc. cit.* Para más detalles sobre la editorial, véase Daniel Eisenberg, "Las publicaciones de la editorial Séneca", en *Homenaje a Pedro Sainz Rodríguez*, tomo I, Fundación Universitaria, Madrid, 1986, pp. 225-233; y Gonzalo Santonja, *Al otro lado del mar. Bergamín y la Editorial Séneca (México, 1939-1949)*, Galaxia de Gutemberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 1997.

[4] "Los Amigos de *Las Españas*", *LE*, 9 (julio, 1948), p. 2.

técnicos, ni menos programas de gobierno o de partido. Lo que se persigue fundamentalmente es presentar los problemas, conocer sus causas, su verdadera entraña, buscarles soluciones y, al hacerlo, llamar la atención sobre ellos, mostrar cuáles han sido sus repercusiones en el pasado y prever, en lo posible, las que puedan tener en el porvenir."[5] Por otra parte, un grupo formado por Víctor Trapote, Arturo Sáenz de la Calzada, Ramón Pontones, J.M. Giménez Botey y Manuel Andújar, también propuso la organización de una serie de exposiciones de artes plásticas destinadas a difundir la obra de los artistas republicanos exiliados.

A juzgar por las reseñas que se publicaron en la revista, las actividades realizadas por "Los amigos de *Las Españas*" durante la segunda mitad de 1948 fueron numerosas y de índole muy variada. Entre septiembre y diciembre se tiene constancia de los siguientes actos, llevados a cabo bajo el rubro de "Viernes de *Las Españas*": la lectura por parte de Daniel Tapia de su obra teatral "El enfermo curado y el médico difunto" (3 de septiembre); la lectura por parte de Mariano Granados de su relato autobiográfico "Celda 42" (10 de septiembre); una conferencia de José Samperio sobre "La música española del siglo XVI" (17 de septiembre); dos conferencias de Eduardo Nicol sobre el "Existencialismo" (24 de septiembre y 1° de octubre); una conferencia de Jesús Ruiz del Río sobre la "Significación política del Instituto de Cultura Hispánica" (6 de octubre); una conferencia de Ceferino Palencia basada en "Anécdotas y recuerdos" de su vida anterior a la República (22 de octubre); la lectura por parte de Paulino Masip de una obra de teatro suya en tres actos, "El emplazado" (29 de octubre); un "Acto en honor de José Renau" organizado por Germán Horacio y Julián Oliva (5 de noviembre); una conferencia de Luis Santullano sobre "El romancero en América" (12 de noviembre); un "Homenaje a Don Manuel de

---

[5] Redacción, "Actividades de 'Los amigos de *Las Españas*'", *LE*, 10 (septiembre, 1948), p. 13.

Falla" en el que participaron Jesús Bal y Gay, Eduardo Robles, Adolfo Salazar, la soprano mexicana Oralia Domínguez y la pianista Rosita Bal (15 de noviembre); y finalmente, un recital poético de León Felipe titulado "El Salmo Español. ¿Dónde está Dios?" (17 de diciembre).[6]

Se trata de un programa de actividades que habría logrado su cometido general de reivindicar la tradición cultural española, así como realzar la creatividad de los intelectuales y artistas exiliados. Cada una de las reuniones seguramente habría contribuido a ese fin. Sin embargo, no cabe duda de que la reunión que mayores reverberaciones tuvo fue la primera, concebida como un "Acto en defensa de la cultura española". Llevado a cabo el 12 de julio en el Palacio de Bellas Artes, dicho acto contó con conferencias de tres distinguidos intelectuales del momento: del filósofo español José M. Gallegos Rocafull, del crítico mexicano Antonio Castro Leal, y del hispanista francés Marcel Bataillon. El texto de las tres conferencias, junto con el de la presentación inicial, que corrió a cargo de Anselmo Carretero, fueron reproducidos en el número 10 de *Las Españas* (septiembre, 1948), lo cual nos permite valorar el acto en su conjunto y medir la significación que habría tenido para los promotores de la revista.

En un texto de una lucidez implacable, pero finalmente (como todo lo suyo) lleno de esperanza, Gallegos Rocafull cuestionó varias de las presuposiciones que caracterizaban la idea que muchos de los intelectuales republicanos tenían de su papel como tales. En primer lugar, puso en entredicho la idea misma de "defender" o salvar la cultura española. ¿Está ésta en peligro?, se pregunta. "Y si lo está ¿cómo puede salvarla o defenderla lo que aquí se diga, aunque sea tan valioso y justo como lo que han de decirnos los señores Castro Leal y Bataillon? Al lado de los casi treinta millones de hombres que viven, piensan y sufren en España, el esfuerzo, por muy bien intencionado que se le suponga,

---

[6] Redacción, "Actividades de 'Los amigos de *Las Españas*'", *LE*, 11 (enero, 1949), p. 13.

de esta familia de desterrados que aquí nos congregamos, ha de tener una eficacia muy relativa." Se trataba de una verdad dura, que (como hemos visto) muchos intelectuales se resistirían todavía varios años en aceptar, pero que los redactores de *Las Españas* ya llevaban algún tiempo defendiendo.

En consonancia con esta propuesta de renunciar al protagonismo en cuanto a la salvación de la cultura nacional, Gallegos recuerda a sus colegas republicanos algo que tampoco suelen querer tener presente: a saber, que no todos los españoles radicados en España están necesariamente a favor de Franco. Gallegos reconoce "la imposibilidad de que la cultura pueda desenvolverse en un régimen que la priva de libertad". Pero, con todo, se niega a creer "que los millones de españoles que viven bajo el régimen imperante en la patria estén solidarizados con él. Tienen que pasar, al sufrirlo y prever sus naturales consecuencias, aquellos compatriotas por momentos tan dolorosos como los nuestros, en los que habrán hecho también ese examen de conciencia, esa mirada al pasado con proyección hacia el porvenir, en que se aquilata y vigoriza la cultura; yo creo que, por una exigencia imperiosa de la vida que no hay manera de eludir, en el alma de aquellos españoles se está fraguando un proceso decisivo para la nación y para la cultura españolas, y que un día saldrán a la luz, rompiendo todos los obstáculos de la hora presente, las consecuencias de esa gestión que ya se está verificando en las oscuridades del alma española". Afirmación que, sobre todo por la energía con se expresa, nuevamente habría sorprendido a no pocos de los colegas republicanos del conferenciante.

En tercer lugar, Gallegos se niega a aceptar la idea, repetida por muchos exiliados, de que la experiencia misma del exilio sea nociva para la creación cultural. Apoyándose en Kierkegaard y en Unamuno, mantiene, al contrario, que la angustia que puede sentir el exiliado al encontrarse sin apoyo y sin arraigo alguno puede resultar muy productiva: a fin de cuentas es un momento en que, espiritualmente hablando, el hombre se enfrenta cara a cara con la verdad de su existencia. Y según Gallegos, "es pre-

cisamente ese momento, ese instante, cuando nos encaramos con la realidad auténtica del mundo, cuando luchamos por librarnos del anonadamiento, el momento más propicio para crear, para hacer, para vivir auténtica cultura". Así, lejos de ser perjudicial para la vida cultural, el destierro "determina precisamente el ambiente más propicio, el momento más adecuado para que salga fuera de cada cual lo más puro y valioso de su pensamiento y de su alma".

Por otra parte, haciendo una observación que pocas veces se asoma a las páginas de *Las Españas,* Gallegos recuerda a su público que, entre otras experiencias, el exilio les ha deparado aquélla incomensurable de conocer América, de compenetrarse con su cultura, de comparar experiencias y descubrir raíces comunes. "Yo sé hasta qué punto ha abusado la propaganda franquista de la hispanidad y de todo lo que ella supone; pero si una hispanidad basada en el imperialismo político de España es un absurdo que no hay siquiera por qué recoger, sentir hondamente la fraternidad con estas naciones hispanoamericanas de nuestra misma cultura, que hablan nuestra lengua y que son manifestaciones de un espíritu que también es el nuestro, constituye una necesidad ineludible, que nosotros ahora sentimos intensamente."

El sentimiento de comunión, de confraternidad hispanoamericana, como se ve, cobra gran importancia para Gallegos; pero, su pensamiento no se detiene ahí, sino que lo lleva a señalar cómo, a raíz de esta experiencia americana, el exiliado republicano ha podido superar las limitaciones de un nacionalismo a menudo muy estrecho: "El destierro, además de compenetrarnos con América, ha hecho vitalmente presente el mundo a los desterrados españoles, que nos sentimos hoy, por la falta del ejercicio de nuestra ciudadanía española, ciudadanos del mundo." Y no es que el intelectual exiliado deba renunciar a su propia cultura, sino simplemente, según Gallegos, que la experiencia nueva que el exilio le ha deparado le permite apreciar mejor toda la significación que los valores de la cultura española (valores asociados por Gallegos con

el humanismo renacentista) pueden tener para el mundo en general, que, al igual que España, se encuentra en trance agónico. "Estamos viviendo horas agónicas; estamos viendo cómo un mundo se hunde para siempre en la sima de la nada, y estamos queriendo crear algo nuevo que venga a reemplazar y sustituir a esto que, de puro caduco y viejo, se está cayendo. ¿Es que España no tiene nada que decir a la humanidad? ¿Es que la voz española no podría decir mucho y bueno sobre la dignidad del hombre, sobre su destino en la tierra, sobre su visión del mundo?"[7] Preguntas que tienen todas ellas respuestas positivas en el sentir de Gallegos, quien así invita al intelectual republicano a participar en la salvación del mundo después de haberle quitado el protagonismo que el exiliado solía atribuirse en la tarea de salvar la tradición cultural de su país.

El discurso de Castro Leal, de índole muy distinta a la de Gallegos, tiene el indudable interés de enfocar la cuestión de la cultura española desde la óptica de un intelectual hispanoamericano. Dicho esto, hay que reconocer que las ideas expresadas por el crítico y ex diplomático mexicano resultan bastante convencionales. Se apoyan sobre todo en la creencia de que fue con el advenimiento de la Segunda República cuando España dejó de ser una mera extensión deformada de Europa; cuando, después de largos años de enajenación colectiva, terminó por recuperar su verdadera fisonomía espiritual: "la República fue el fondo esperado de libertad sobre el que iba a destacarse la nueva vida española, la nueva cultura española que, ya desde fines del siglo XIX –superando todos los desastres–, había alcanzado, lo mismo en el arte que en la ciencia, un brillo y una calidad que dieron de nuevo a España un lugar de honor en el mundo intelectual europeo". Si bien México, como las demás repúblicas hispanoamericanas, había acogido la noticia con júbilo ("En América sentimos como si una de nuestras repúblicas –la de más rica y noble tradición– se hubiera ido de viaje y, después de cruzar el

---

[7] J. M. Gallegos Rocafull, "Acto en defensa de la cultura española", *LE*, 10 (septiembre, 1948), pp. 2-3.

océano, una mañana luminosa de abril, hubiera anclado en las costas del Continente europeo"), el mexicano no puede dejar de formular un discreto regaño a los líderes republicanos por haber permitido que la República se les fuera de las manos: "¡Cómo nos sorprendía que la República no se afirmara más reciamente en la realidad política, encajando, si hubiera sido necesario, las garras!" Regaño que llevaba implícita la defensa de cierta actitud pragmática, la reivindicación de una especie de *realpolitik*, con la cual, desde luego, varios de los exiliados (y entre ellos, los redactores de *Las Españas*) difícilmente habrían estado de acuerdo. Por lo demás, Castro Leal lamenta la interrupción que el régimen franquista ha representado para la vida cultural española, pero augura que éste algún día encontrará su fin: "tarde o temprano ese régimen pasará, porque la historia puede hacer sufrir a un pueblo, pero no condenarlo eternamente".[8] Afirmación bienintencionada, pero finalmente algo vaporosa, que habría sido de poco consuelo para quienes ya llevaban más de nueve años de dura espera. Por otra parte, al vincular la posibilidad de una vida cultural tan estrechamente con la existencia o no de un régimen republicano, Castro Leal parecía condenar a los intelectuales exiliados a la inacción mientras no cayera Franco, propuesta que tampoco habría resultado muy estimulante para todos aquellos que le escuchaban.

Con el elegante discurso de Marcel Bataillon, volvemos a encontrarnos con una defensa de esa misma tradición humanista que defendiera Gallegos Rocafull en el suyo. Partiendo de unos recuerdos de su primer contacto con la obra de Miguel de Unamuno, y sobre todo del grito suyo famoso de "¡Venceréis, pero no convenceréis!", Bataillon identifica lo mejor de la cultura española con una voluntad de diálogo, con un espíritu de convivencia. De ahí el entusiasmo con que dice haber reaccionado ante la iniciativa tomada por los redactores de *Las Españas*: "en nuestra

---

[8] Antonio Castro Leal, "Acto en defensa de la cultura española", *LE*, 10 (septiembre, 1948), pp. 3-4.

época atosigada por todas las formas de totalitarismo, es un alivio arrimarse a una gran realidad histórica y espiritual pluralista". Pero como luego explica, si admira y ama esta tradición española, no es por ser ésta española, sino porque defiende valores humanos universales que él considera imprescindibles en cualquier sociedad. Es decir, al igual que Gallegos, Bataillon finalmente coloca la defensa de la cultura española dentro de un marco mucho más amplio: "Es, pues, una gran tradición española aquella que don Miguel de Unamuno me enseñó a amar desde mi primer contacto con sus escritos. Ésta es la cultura española que me siento dispuesto a defender, no por específicamente española, sino por humana, e ilustrada por los más altos ejemplares de humanidad que salieron de España. Pero ¡cuidado con el fariseísmo de creer que nosotros y nuestros amigos somos los defensores natos de la cultura y los de enfrente sus eternos enemigos!"[9] Matización esta última que nuevamente advertía a los republicanos del peligro de creerse los herederos únicos de la gran tradición cultural española.

Tal vez no sea del todo fortuito el que en este debate le haya tocado a Castro Leal, es decir, a un portavoz del nacionalismo "revolucionario" mexicano, el papel de defender una cultura "republicana". La ideología de *Las Españas*, desde luego, se encuentra más afín a las posturas adoptadas tanto por Gallegos Rocafull como por Bataillon, aunque es posible que no todos los redactores de la revista hayan tenido tampoco la misma disposición a subordinar sus preocupaciones nacionales a una finalidad humanista de dimensiones universales. Sea como sea, lo importante era el diálogo mismo. Así, de este primer acto de "Los amigos de *Las Españas*", cabe decir lo que los redactores de la revista afirmarían, con justificado orgullo, de las reuniones en general de los "Viernes de *Las Españas*": que había sido "una prueba –frente al escepticismo y la apatía ambientes– de que no

[9] Marcel Bataillon, "Acto en defensa de la cultura española", *LE*, 10 (septiembre, 1948), p. 4.

sólo se debía, sino que era, es y será posible realizar una tarea creadora, hondamente civil, al margen de banderías".[10]

2. Del imperio azul a la hispanidad

Como acabamos de ver, entre otras muchas actividades organizadas por "Los Amigos de *Las Españas*", se celebró el 6 de octubre de 1948 una conferencia de Jesús Ruiz del Río sobre la "Significación política del Instituto de Cultura Hispánica", un tema que había ido despertando una creciente preocupación entre los exiliados desde que el gobierno franquista desencadenara su nueva campaña de proselitismo político-cultural en América Latina en el verano de aquel año.

En los primeros años de la posguerra, la visión de la hispanidad que defendía el régimen de Franco estaba basada en las ideas que Ramiro de Maeztu expresara al respecto en su *Defensa de la hispanidad.* Tal deuda se hace evidente en el preámbulo de la ley promulgada en noviembre de 1940 con el fin de crear el Consejo de la Hispanidad. Ahí la voluntad de imperio se hacía perfectamente explícita: "La desunión de espíritus de los pueblos hispánicos hace que el mundo por ellos constituido viva sin un ideal de valor y trascendencia. Y, sin embargo, la Hispanidad, como concepto político que ha de germinar en frutos indudables e imperecederos, posee y detenta esa idea absoluta y salvadora. El espíritu de la Hispanidad, que no es el de una tierra sola, ni el de una raza determinada, radica en la identidad entre su ser y su fin, en la conciencia plena de su unidad; condición de vida inexcusable, ya que para vivir los pueblos han de unirse siempre, no en la libertad, sino en la comunidad." Es decir, para salvarse, para alcanzar la trascendencia necesaria, los pueblos del mundo hispánico tienen que hacer suyos "el ideal de valor" y "la idea

---

[10] Redacción, "Actividades de 'Los amigos de *Las Españas*'", *LE*, 11 (enero, 1949), p. 13.

absoluta" que les ofrece la España de Franco, aun cuando sea a costa de su propia libertad. Más adelante, como queriendo curarse en salud, el redactor del preámbulo insiste que, con esta actitud, a España no le mueven "apetencias de tierras y riquezas"; que su interés es puramente fraternal: "sólo desea devolver a la Hispanidad su conciencia unitaria y estar presente en América, con viva presencia de inteligencia y amor".[11] Pero, sea como sea, el texto, como se puede apreciar, da fe de un paternalismo bastante autoritario.

En 1945, ante el aislamiento en que el desenlace de la segunda Guerra Mundial lo había dejado, Franco decidió liquidar el Consejo de la Hispanidad y crear un instrumento nuevo, mucho más modesto en sus aspiraciones, pero destinado a ganarle más adeptos en América Latina: el Instituto de Cultura Hispánica. En el texto escrito para definir los propósitos de dicho instituto, la nota paternalista se ha disminuido: ahora se habla tan sólo de mantener "los vínculos espirituales entre todos los pueblos que componen la comunidad cultural de la Hispanidad".[12] Con todo, el nuevo organismo tardó algo en entrar en acción; de tal modo que corrió el riesgo de ver sus funciones usurpadas por otras iniciativas. Entre ellas habría que mencionar, sobre todo, la que surgió a raíz de la celebración en el verano de 1946, en Salamanca y en El Escorial, del XIX Congreso Mundial de Pax Romana, la organización católica internacional de universitarios que entonces estaba presidida por el español Joaquín Ruiz Giménez.

Asistieron al Congreso un buen número de estudiantes latinoamericanos quienes, por lo visto, se sintieron identificados con los valores de la España de Franco, de modo que, bajo el liderazgo del joven poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, promo-

---

[11] *Apud* José Luis Rubio Cordón, "El oficialismo institucional. El Instituto de Cultura Hispánica", en José Luis Abellán y Antonio Monclús (eds.), *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*, vol. 1, Anthropos, Barcelona, 1989, p. 130. La lectura de este artículo ha sido imprescindible para la redacción del presente capítulo.

[12] *Loc. cit.*

vieron la creación de un Instituto Cultural Iberoamericano. La iniciativa no sólo aceleró la puesta en marcha del Instituto de Cultura Hispánica, sino que también influyó en el perfil católico que éste en seguida asumiría (confirmando así la decisión de Franco de usar la Iglesia para ir quitando fuerza política a la Falange). De hecho, el primer director del Instituto de Cultura Hispánica fue el ya mencionado Ruiz Giménez.

Las actividades del Instituto consistieron, por un lado, en llevar a España a estudiantes (y escritores) hispanoamericanos, a familiarizarse con los valores tradicionales de la Madre Patria; y por otro, propagar en los pueblos hispánicos una imagen más amable del régimen franquista, si bien no legitimándolo así, al menos ganándole adeptos para su causa. Esta segunda actividad cobró más fuerza en 1948, con la creación de *Mundo Hispánico*, una fastuosa "revista de 23 países", como anunciaba el subtítulo, y sobre todo, con la creación en varios de estos países de sucursales del propio Instituto. En México la sucursal fue creada en el verano de 1948. Según Ricardo Pérez Montfort, la tarea de dirigirlo "recayó en la persona de Julio Sesto, escritor, publicista y librero, que llevaba aproximadamente cincuenta años de ser residente en México y a quien, además del nombramiento de delegado cultural del mencionado Instituto, también se le asignó la representación en México de la Real Academia de la Lengua, el Instituto de Investigación Científica, la Real Academia de Historia y de las Universidades Españolas".[13] Al crear este instituto, Ruiz Giménez insistió en que se trataba de un organismo inde-

[13] Véase Ricardo Pérez Montfort, *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, p. 176. Según el mismo Pérez Montfort, la situación era algo confusa dado el número de propuestas paralelas: también en el verano de 1948, y con un patronato presidido por José Vasconcelos, se creó en México el Instituto Cultural Iberoamericano promovido por Cuadra. Por otra parte, como agrega el mismo investigador (*loc. cit.*), "para entonces otro humanista de clara filiación hispanista, José Ignacio Rubio Mañé, ya había fundado en la ciudad de México, con la anuencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, el Instituto Mexicano de Investigaciones Científicas, que parecía competir con el Instituto de Quadra [*sic*] y Vasconcelos."

pendiente del gobierno franquista; pero, desde luego, los españoles del exilio no se dejaron engañar.

Las protestas del grupo de *Las Españas* se hicieron sentir a partir del número 10 de la revista, correspondiente al mes de septiembre de 1948. Tras referirse a un memorándum, presentado a la UNESCO por la Unión de Intelectuales Españoles en México, en el que se denunciaban los verdaderos designios de los Institutos de Cultura, Mariano Ruiz Funes resumió escuetamente su propia opinión al respecto: "Se trata de una penetración falangista, católica e imperialista en las democracias americanas, a las que incumbe exclusivamente tomar las precauciones de policía inherentes al caso"; aunque dicho esto, insistió que los intelectuales republicanos tampoco deberían permanecer con los brazos cruzados: "hay que responder a cada acto del falangismo intelectual importado con otro de la inteligencia libre española".[14] En una nota de redacción dedicada al mismo tema, se subraya el carácter "jesuítico" de esta nueva iniciativa, denunciando la apatía con que la noticia ha sido recibida en ciertos sectores del exilio:

> El Sr. Ruiz Giménez ha desovado aquí. Pocos han visto, tras sus finas maneras, el peligro; peligro no sólo para España, sino para la libertad de los pueblos, que *su* Hispanidad considera maduros ya para el futuro coloniaje ideológico, premisa indispensable al coloniaje total. Ha dejado sus crías al abrigo de un sector de la vieja colonia, embaucada con cintajos que simbolizan "espirituales" encomiendas; ha cobrado doscientos mil pesos de un solo "encomendero", y todo en marcha ya, ha vuelto a España en busca de las momias intelectuales que están con el franquismo, futuros misioneros de una cultura venenosa, asalariada, mortal para los hombres y los pueblos.[15]

---

[14] Mariano Ruiz Funes, "Encuesta sobre la penetración franquista en América: Don Mariano Ruiz Funes opina", *LE*, 10 (septiembre, 1948), p. 12.

[15] Redacción, "Un Instituto Hispánico A.M.D.G.", *LE*, 10 (septiembre, 1948), p. 12.

Finalmente, en un tercer trabajo, nuevamente de la redacción, se insiste una vez más sobre la necesidad de una acción *conjunta* para contrarrestar los efectos de la propaganda franquista. "Para acometer la tarea de previsión y reparación, para vencer el evidente peligro de que por esta táctica el franquismo nos arrebate incluso la posibilidad de una amplia acción espiritual en América –uno de los más importantes de nuestros actuales cometidos–, es indispensable señalar que el presente y deplorable estado de cosas responde, en buena porción, a nuestras propias culpas." Algo se ha hecho (se reconoce), de manera individual. "Sin embargo, en los nueve años transcurridos –¡que es un largo plazo!– los intelectuales españoles en el destierro de América no han realizado el trabajo cultural y patriótico que únicamente de forma colectiva, organizada y sistemática cabía desarrollar. En los distintos países en que se refugiaron, han incurrido en divisiones, en aislamientos y enconos que no es pertinente historiar. Y de nación a nación, igual incomunicación entre estos núcleos, la misma lamentable insolidaridad de actitud y móviles."[16] Es decir, la penetración cultural franquista ponía en evidencia las deficiencias de la labor cultural de los exiliados; deficiencias debidas a ese espíritu sectario que *Las Españas* luchaba por vencer.

Fue en este contexto en el que, en octubre de 1948, Jesús Ruiz del Río dio su conferencia sobre la "Significación política del Instituto de Cultura Hispánica". A raíz de este y otros actos similares, "Los amigos de *Las Españas*" presentó una propuesta sumamente ambiciosa, cuyo perfil fue puntualmente resumido en el siguiente número de la revista: se trataba de "publicar un documento, firmado por los intelectuales desterrados e hispanistas de mayor prestigio en el mundo, recabando la cooperación de todas las personas interesadas en la continuidad y desarrollo de la cultura española para editar una gran revista de artes, ciencias y literatura, que sea el más alto exponente del espíritu español

[16] Redacción, "El ser o no ser de la emigración", *LE*, 10 (septiembre, 1948), p. 12.

democrático. Constituiría el preludio de una tarea de mayor empeño: la Universidad Española de América".[17] Como tantas otras iniciativas republicanas, esta propuesta no parece haber dado fruto alguno; ni siquiera parece haberse publicado el documento. Pero, con todo, es curioso ver la importancia que se asigna a la necesidad de editar una revista de gran relieve internacional; la preocupación sería motivada, sin duda, por la amplia difusión (y los considerables recursos) de que gozaba entonces la revista *Mundo Hispánico*, una publicación, por cierto, que el grupo de *Las Españas* no perdería oportunidad de satirizar.[18]

Hacia finales de 1948, la preocupación que despertara el Instituto de Cultura Hispánica entre los colaboradores de *Las Españas*, lo mismo que entre "Los amigos de *Las Españas*", fue muy viva. Sin embargo, en el transcurso del siguiente año, el tema poco a poco iría perdiendo actualidad para ellos. El Instituto, en efecto, no llegó a tener las nefastas consecuencias que muchos temían; cosa que algunos interpretaban como consecuencia directa de la campaña de protesta iniciada por ellos. Así, en octubre de 1949, una nota de redacción de *Las Españas* afirma lo

---

[17] Redacción, "Actividades de 'Los Amigos de *Las Españas*'", *LE*, 11 (enero, 1949), p. 13.

[18] En abril de 1949, por ejemplo, darían la bienvenida al nuevo número de *Mundo Hispánico* con la siguiente nota: "Sigue la Secretaría de Propaganda vaticano-franquista derrochando dinero en el 'anzuelo gráfico' de la moderna Hispanidad. En este número hay más tintas —si cabe— que en los anteriores, pero no tantas que basten a enturbiar el agua. Así, por todo lado asoma el calamar fascista, pese a su empeño en ocultarse, y pese, también, a la sotana blanca en que se embute.

"Sin embargo, es imposible negar su aportación a la cultura. En este número, por ejemplo, hay un trabajo histórico sobre cómo 'El toro de lidia fue llevado a América por colonizadores y misioneros'. Le sigue otro titulado 'Así fue la temporada taurina', y, por si fuera poco, encontramos aún un estudio crítico-dogmático sobre 'Ganaderías españolas'. Es de gran importancia también una muy puntual información nombrada 'Lo que comen los españoles'. Lo que comen los españoles, según los grabados que lo ilustran, es: pavos, capones, corderos, jabalíes, trufas, mortadelas, ricas morcillas, espléndidos salchichones, coliflores blanquísimas, mazapanes, guirlaches, etc., etc. De beber, no digamos, pero indaguemos, preguntémonos, quiénes son españoles para *Mundo Hispánico*, para ese coloreado *Mundo* donde el cinismo halló cómodo asiento, y policromado lugar la podredumbre". Redacción, "*Los libros*. Revistas, *Mundo Hispánico*", *LE*, 12 (abril, 1949), p. 6.

siguiente: "Hace aproximadamente un año, cuando se pretendió dar carta de naturaleza en México al Instituto de Cultura Hispánica, la intentona fracasó, en parte principalísima por la campaña efectuada por *Las Españas* y sus amigos, que desenmascaró la verdadera fisonomía del organismo y sus reales objetivos de penetración franquista bajo la flamante tónica clerical. Hasta el extremo de que algunos intelectuales mexicanos, embarcados ingenuamente en la aventura, y el grueso de la vieja colonia rehuyeron participar, o lo hicieron con tal desgana que a la vista están los resultados."[19]

Desde luego, las verdaderas causas del fracaso del Instituto resultan bastante más complejas y obedecen más bien a las estrategias geopolíticas del propio régimen franquista. Como ya se señaló en otro capítulo, con el fin de salirse del aislamiento internacional vivido hasta entonces, hacia 1949 Franco empezó a acercarse a Estados Unidos en busca de apoyo económico y político; lo cual desembocaría en la admisión de España a las Naciones Unidas en noviembre de 1950. Como ha explicado José Luis Rubio Cordón, este cambio, efectivamente, puso fin a la política "hispánica", y junto con ella, a los fines culturales por los cuales los Institutos de Cultura Hispánica habían sido creados: "Nacidos en un momento de oposición, por razones 'hispánicas', a Estados Unidos, acaban, por razones económico-sociales, alineados con las posturas norteamericanas más conservadoras. La afirmación de Hispanidad como un proyecto humano distinto del capitalista anglosajón y opuesto al marxista, tal como se decía en un principio, se identificaba de hecho con el proyecto económico-social capitalista, y consecuentemente acababa entregándose al proyecto histórico anglosajón, aunque la retórica siguiera manejando las viejas frases."[20]

Pero, más que cuestionar la eficacia de las protestas en contra del Instituto publicadas en *Las Españas*, nos interesa señalar

---

[19] Redacción, "Otra vez el Instituto", *LE*, 13 (octubre, 1949), p. 5.
[20] José Luis Rubio Cordón, *op. cit.*, p. 136.

que fue, en parte, como respuesta a la acción llevada a cabo por dicho organismo franquista que, en 1949, se creó el Ateneo Español de México, otra fundación debida en gran medida al grupo de *Las Españas*.

3. El Ateneo Español de México

La idea de fundar el "Ateneo Español de México" surgió en parte como respuesta ante estas campañas franquistas por (re)conquistar a América. Para el grupo que hacía *Las Españas*, al menos, era evidente, ya para finales de 1948, que hacía falta una organización mucho más sólida, más institucionalizada, que uniera con aún mayor eficacia los esfuerzos de los distintos intelectuales que conformaban la emigración, a la vez que asegurara todavía mayor permanencia y difusión a los actos culturales que hasta entonces venía realizando la asociación de "Amigos de *Las Españas*". El "Ateneo Español de México" fue concebido así, por los partidarios de *Las Españas*, como un arma con que resistir y rebatir los esfuerzos de penetración cultural emprendidos entonces por los Institutos de Cultura Hispánica.

Conviene recordar, sin embargo, que los redactores de *Las Españas*, si bien desempeñaron un papel fundamental, no fueron los únicos en participar en la fundación del Ateneo. Como señalaron Teresa Miaja y Alfonso Maya Nava, dicho propósito ya existía desde hacía tiempo en el espíritu de un buen número de los republicanos refugiados en México: "Tan pronto como vaciaron sus equipajes, en 1940, lo intentaron. En la Sala Ponce de Bellas Artes se reunieron con esa intención; Álvaro de Albornoz entre los más entusiastas. Pero aquello no pasó de un intercambio de ideas. Fue un asunto al que desembocaron muchas charlas, particularmente si entre los asistentes estaba algún ateneísta del de Madrid, de Asturias o de algún otro, lo que no era nada difícil. Pensaban en crear aquí una célula que en los órdenes sentimental, moral y afectivo, continuara la cultura interrumpida; querían

reproducir ese caldo de inquietudes y transformaciones que había sido el ateneísmo en España, desde la Generación del 98 y con peculiar énfasis en la República."[21]

Según parece, la iniciativa de 1949 procedió de ambos grupos: de la asociación de "Amigos de *Las Españas*" y de los antiguos ateneístas; aunque, claro está, entre estos últimos, también había algunos partidarios de *Las Españas*. Entre unos y otros se celebraron unas primeras reuniones en diciembre de 1948; asistieron unas cincuenta personas, que incluían a Ceferino Palencia, Arturo Souto, Joaquín D'Harcourt, José Puche, José Moreno Villa, Adolfo Salazar, Antonio Rodríguez Luna, José María Giménez Botey, Luis Santullano, Arturo Sáenz de la Calzada, Eduardo Robles, Mariano Granados, José Ramón Arana, Francisco Pina y Manuel Andújar. Muy poco después, el 4 de enero de 1949, en el local de la Editorial Séneca, se aprobaron los estatutos de la asociación propuesta, de la que Joaquín D'Harcourt, Ceferino Palencia y José Luis de la Loma fueron elegidos presidente, vice-presidente y secretario, respectivamente.[22]

Los propósitos perseguidos al fundar el Ateneo fueron dados a conocer por su Junta Directiva en un texto publicado en *Las Españas*. Al leer este documento, salta a la vista la afinidad de dichos propósitos con los perseguidos tanto por la revista misma como por los "Amigos de *Las Españas*". Se trataba, desde luego, de una institución creada con el fin de "defender la cultura española, divulgándola y poniendo de manifiesto su verdadera significación"; labores que ayudarían, a su vez, "a la liberación del pueblo español y al establecimiento de un régimen republicano en su territorio, basado en la libertad y la democracia". Pero, como antes, lo que distingue este esfuerzo cultural es el marco ecuménico en que se ubica: "la labor que el 'Ateneo Español de

---

[21] Teresa Miaja de Liscy y Alfonso Maya Nava, "Creación de organismos, mutualidades, centros de reunión, instituciones académicas", en Autores varios, *El exilio español en México. 1939-1982*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. 119.

[22] *Ibid.*, p. 120.

México' ha de desarrollar discurrirá por cauces absolutamente independientes de toda política partidista específica. Las personas agrupadas en este empeño consideran que el porvenir de España está muy por encima de los intereses de grupo e incluso de las ideologías particulares de unos u otros sectores de opinión". Y de hecho, según avanza esta declaración, la deuda para con los principios que regían a "Los Amigos de *Las Españas*" se hace explícita:

> El "Ateneo Español de México" se propone agrupar a cuantos anhelan una España verdaderamente libre, cualquiera que sea su particular ideología política o social, para laborar, al amparo de la difusión de las tradiciones culturales españolas y sobre la base firme del diálogo y de la mutua comprensión, por una España mejor. Recoge así el naciente Ateneo las ideas y propósitos del grupo denominado "Los Amigos de *Las Españas*", que ha sido el cristal inicial de esta ya frondosa cristalización, a la que sirvió de base y con la que está fundido, desapareciendo en su seno.[23]

La inauguración del Ateneo ocurrió el 16 de marzo de 1949, en un acto en que intervinieron, además del presidente y vicepresidente de la institución, el antiguo miembro del Ateneo de Madrid Alfonso Reyes, así como el Embajador de la República Española en México, Luis Nicolau D'Olwer. Los textos de los cuatro discursos fueron recogidos en el siguiente número (abril de 1949) de *Las Españas*, que en adelante dedicaría bastante espacio a reseñar los diversos y numerosos actos que se llevarían a cabo en el Ateneo.

Según José Luis de la Loma, quien escribió un importante ensayo sobre esta institución, a cuyo servicio habría de dedicar tantos años de su vida, no resultó fácil arrancar. A su juicio, fueron dos los problemas u obstáculos principales:

---

[23] La Junta Directiva del Ateneo, "El Ateneo Español de México", *LE*, 11 (enero, 1949), p. 6.

> Los españoles refugiados en México, procedentes de todas las regiones españolas y de todas las clases sociales, eran en gran proporción ajenos a las actividades propias de un Ateneo; abiertas todavía las heridas de la guerra y del exilio forzado, no estaba pronto su espíritu para la elucubración sobre temas filosóficos o sociales, o para entregarse a la disquisición literaria o científica; la imperiosa necesidad de ganarse el pan de cada día quitaba tiempo para dedicar parte de la diaria actividad a menesteres menos urgentes, como son los de la cultura. Pero había otro obstáculo de mucho más peso, la pasión política, que creaba una honda e incomprensible división entre los republicanos españoles, distribuidos en múltiples fracciones irreconciliables, separadas por abismos que esa pasión no permitía cegar; esto hizo que cada grupo atribuyera el propósito del Ateneo a uno de los de enfrente y se pusiera en guardia.[24]

Sin embargo, poco a poco, el Ateneo fue venciendo los obstáculos. El primer logro fue conseguir un amplio y céntrico local, en la calle Morelos, donde celebraban sus reuniones las diferentes secciones en que dividía sus actividades el Ateneo: Artes Plásticas, Ciencias, Filosofía, Economía e Historia, Literatura, y Música, Cine y Radio. El local, sin duda alguna, sirvió para dar continuidad y consistencia a dichas actividades. Permitió, por otra parte, que se creara una biblioteca, que, con el tiempo, sería otro motivo de comunicación y diálogo entre los exiliados. Así, lo que en principio fue iniciativa de unos cuantos, se fue convirtiendo en una labor compartida por muchos. En febrero de 1950, al hacer el resumen de las actividades realizadas por el Ateneo en su primer año, se anunció haber celebrado "más de cien conferencias, veladas artísticas, reuniones científicas y actos conmemorativos".[25] Y el fervor de actividades parece haber ido *in cres-*

---

[24] José Luis de la Loma, "El Ateneo Español de México", en José Luis Abellán (comp.), *El exilio español de 1939. Vol. 3. Revistas, pensamiento, educación,* Taurus, Madrid, 1976, p. 287.

[25] Redacción, "Noticias", *LE,* 14 (febrero, 1950), p. 12.

cendo en los años que siguieron. Según Teresa Miaja de Liscy y Alfonso Maya Nava: "Vencidas las reticencias, granjeadas las voluntades, la membresía llegó a 900 familias en los años 50."[26]

Sería difícil exagerar la importancia del Ateneo en la difusión y la promoción de la obra cultural de los exiliados. Sin embargo, es curioso notar cómo dicho organismo poco a poco se va alejando del ámbito de *Las Españas*, que tanto tuvo que ver en su creación. Si bien en los dos primeros años es precisamente en esta revista donde se dan a conocer las diversas actividades del Ateneo, bien entrados los años 50 las noticias al respecto sólo se dan de vez en cuando; significativamente, *Diálogo de Las Españas* no se ocupa en absoluto del Ateneo: a partir de 1956, es el *Boletín Informativo de la Unión de Intelectuales Españoles en México* el que se dedica a reseñar sus reuniones. Esto, a su vez, parece indicar cierto alejamiento por parte del Ateneo, si bien no de los ideales democráticos y suprapartidistas defendidos por *Las Españas*, sí, al menos, del radicalismo político que se expresa en muchos de los editoriales de la revista. En este sentido, resulta oportuno recoger el testimonio de Simón Otaola, quien habría de recordar la profunda decepción que sufriera José Ramón Arana al ver convertida en otra cosa muy distinta la institución que tanto había ayudado a crear:

> En su boca no entran moscas, pero tiene una mirada que dice fríamente las cosas de piel adentro. No. No está conforme con el cariz que va tomando el Ateneo. El Ateneo nació --lo dicen sus ojos-- para dar un sentido combativo a la cultura desterrada.
>
> Le molesta ese espíritu filisteo, esa frivolidad y esa farsantería que como el yeso está agarrado, dormido en sus paredes.
>
> No puede soportar a esas señoras emperifolladas que sólo acuden con revuelo cacareante cuando hay espectáculo de lucimiento y bote para chupar.

---

[26] Teresa Miaja de Liscy y Alfonso Maya Nava, "Creación de organismos, mutualidades, centros de reunión, instituciones académicas" en *El exilio español de México 1939-1982*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. 120.

> Le da náuseas la nata cortada de la intelectualidad. Esos caballeros de alto plumero. ¡Demasiada compostura![27]

Desde luego, sería un error identificar la reacción de Arana con la del grupo de *Las Españas* en general. Por otra parte, es evidentemente una distorsión de los hechos (o una caricatura, si se prefiere) imaginar al público del Ateneo conformado únicamente por "señoras emperifolladas". Pero, de lo que sí da fe el texto de Otaola es que, al margen de sus propósitos estrictamente culturales, el Ateneo se convirtió muy pronto (y es muy natural que haya ocurrido así) en un centro de reunión *social*. En este sentido, se hizo heredero fiel de los ateneos españoles del siglo pasado, cuyo recuerdo fue, en efecto, lo que llevó a muchos de los exiliados republicanos a promover la creación de este Ateneo Español de México. Sobre la genealogía de este organismo nuevo, escribió Daniel Tapia, por cierto, una crónica que, al relacionar el organismo nuevo con el Ateneo de Madrid, en efecto evoca una atmósfera de paz y recogimiento, de sosegada tradición cultural, muy alejada de los dramáticos aires combativos anhelados, por lo visto, por Arana: "Por lo que hace al Ateneo Español de México, lo encontraréis entre las calles de Bucareli y Balderas. No tiene pérdida, ni se perderá o condenará ninguno de los que a él se dirijan. La fachada es de piedra, y en sus ventanas, unos toldos curvos y rayados, plegadizos, le dan cierto aire de casino matritense. Dentro hallaréis limpio acomodo, reparadora penumbra de hogar. En una de las habitaciones, entre otros de Machado y Unamuno, fijaos en un retrato de Galdós. Está don Benito sentado en una butaca, la cabeza hacia atrás, los ojos entrecerrados, la mano de escribir tantas novelas curvada, por virtud del hábito, como si aún se sujetase la pluma, igual en un todo a la estatua que de él hay en el Retiro."[28]

---

[27] Simón Otaola, *La librería de Arana. Historia y fantasía*, Aquelarre, México, 1952, pp. 143-144.

[28] Daniel Tapia, "Galdós en el Ateneo", *LE*, 12 (abril, 1949), p. 1.

Pero fuese cual fuese el espíritu que se buscara (o que se creyera haber encontrado) en el Ateneo, el hecho es que el grupo de *Las Españas* tuvo mucho que ver con su fundación, lo cual es otro logro más (y un logro de indudable trascendencia histórica) en su larga trayectoria de creación cultural.

VI. DOS MENTORES LITERARIOS

A lo largo de su vida, *Las Españas* fue creando su propia tradición literaria. Así como al fijar su orientación política los redactores de la revista tomaron como símbolos a escritores que se insertaban en la tradición de pensamiento con la cual se identificaban, algo parecido intentaron hacer a la hora de definir su orientación literaria. En *Las Españas* figuran un número reducido de autores que, por la frecuencia con que se les menciona (no sólo se les estudia y comenta, sino que también, en algunos casos, se reproducen fragmentos de su obra), pueden considerarse emblemáticos. Tal es el caso de Cajal, Costa, Unamuno y, sobre todo, Cervantes y Machado. Si bien para los redactores de la revista los cinco representaban grandes ejemplos a seguir en el campo ideológico y moral, no cabe duda de que las dos figuras literarias que más hondamente influyeron en este sentido en la orientación de *Las Españas* fueron el autor de *Don Quijote* y el poeta de *Campos de Castilla*. Como veremos en seguida, los dos fueron objeto de homenajes que, además de ejemplificar muy bien la política cultural de la revista, constituyeron de por sí hitos importantes en su larga historia.

1. EN EL CENTENARIO DE CERVANTES

Como muchos otros de sus colegas republicanos, a lo largo de 1947 los redactores de *Las Españas* tuvieron muy presente el cuarto centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes. En el mes de julio se editó un número extraordinario de la revista, el número 5, dedicado íntegramente a la conmemoración de tal aniversario. Sin embargo, y como es lógico, los preparativos para

la celebración empezaron mucho antes. En el número 3 de *Las Españas* los directores convocaron a personalidades y publicaciones del exilio a unirse a dicho esfuerzo. Además de la auténtica admiración que sentían por Cervantes, les movía la necesidad de combatir y denunciar los recientes intentos franquistas de apropiarse del prestigio universal del gran escritor manchego. En un recuadro del número 4 de la revista se señaló lo siguiente:

> El régimen franquista prepara una serie de actos –franquistas también– para conmemorar el cuarto centenario de don Miguel de Cervantes. La piara va a pasar sobre los huesos del hidalgo, y en ella, no formarán únicamente los de ¡abajo la inteligencia! Un grupo de "intelectuales" asalariados hará el juego a los peores enemigos de España y de nuestra cultura. Son, quienes se sumaron a la Revolución de los Fracasados, encabezada por la Falange, los que traicionaron a su pueblo y el pueblo no olvidará mañana.[1]

Si en este recuadro se expresa la indignación de los exiliados republicanos ante lo que consideraban un insulto para el homenajeado, Ramón J. Sender, en este mismo número de la revista, fundamenta la imposibilidad del franquismo de hacer suya la figura de Cervantes. En un ensayo titulado "Hace cuatro siglos que nació Cervantes", explica que el centenario de su nacimiento no puede ser celebrado en la España franquista porque en las obras de este autor se manifiesta una libertad que atenta contra la tiranía establecida. Según Sender, los fascistas niegan la obra cumbre de Cervantes porque creen –y quieren– negar todo el Renacimiento, refugiándose más bien en la Edad Media. Lo cual, para él, es evidentemente un error: "porque del fermento de sus libertades sale el humanismo renacentista, y de éste, don Quijote. En eso como en tantas otras cosas los fascistas andan mal en información." Para Sender don Quijote es el español eterno. Por otra parte, puesto que la cultura de la que procede la novela está

---

[1] Redacción [Recuadro], *LE*, 4 (marzo, 1947), p. 5.

proscrita en la España franquista, "*El Quijote* es un libro exiliado". Y, por ello mismo, "no es raro que el centenario del nacimiento de Cervantes sea celebrado sólo por los españoles en el exilio. Los que traicionaron a la democracia española no podían ser leales a su cultura."[2]

En fin, el ensayo de Sender resume muy bien la convicción de la gran mayoría de los exiliados republicanos de que cualquier celebración franquista del cuarto centenario de Cervantes entrañaría una mutilación de su obra. Para ellos no había nada más alejado de la visión expresada en dicha obra que la ideología falangista. Sin embargo, en España sí se intentó conmemorar este aniversario, con el consecuente disgusto, entre muchos otros, de quienes hacían *Las Españas*. En el número de julio de 1947, en una nota de la redacción titulada "Allá y aquí", la revista se indigna ante los recientes esfuerzos realizados en España por convertir al *Quijote* en "espantajo de museo". Refiriéndose a esta "solapada aberración", el autor de la nota se queja de "la ojeriza que inspira Cervantes a los escritorzuelos más... sintomáticos de la falange". Pero, con todo, confía que la grandeza de Cervantes sabrá resistir a estos y otros embates parecidos:

> La saña con que [la falange] ha venido atacándolo, demuestra la indestructible presencia de su creación, su virtualidad popular y patriótica, que no se puede espigar en sus ideas y sentimientos sin que aparezcan incitaciones espléndidas de libertad, de justicia, de honda estima por la dignidad del hombre.[3]

Como vemos, así como oponerse a la usurpación franquista de un escritor que consideraban propio o, al menos, ajeno a quienes habían acabado con la cultura peninsular, los promotores de *Las Españas* intentaron también exaltar la actualidad de la obra cervantina. En el texto de presentación del número conmemorati-

---

[2] Ramón J. Sender, "Hace cuatro siglos que nació Cervantes", *LE*, 4 (marzo, 1947), p. 3.

[3] Redacción, "Allá y aquí", *LE*, 5 (julio, 1947), p. 20.

vo del centenario, que hace las veces de ensayo editorial, los responsables celebran a Cervantes sobre todo como un escritor actual, argumentando que el español contemporáneo, al igual que el autor del *Quijote*, se está reconociendo "parte de un pueblo, el suyo, por un rebrote de la conciencia histórica, perdida o saturada desde finales del siglo XVII". Y abundan:

> Cervantes es actual en nosotros porque supo vivirse en el vivir del pueblo, de su pueblo; porque se entendió entendiéndolo; porque se soñó soñándolo. De ahí su presencia inconmovible en cuanto sigue vivo, y su eterno lanzazo a esas sombras de odio y muerte que flotan sobre España. Cervantes sigue en pie de lucha, sigue atacando, y el franquismo vomita su odio acusándole de ser [y aquí citan a Giménez Caballero] "el primer gran heterodoxo de la hispanidad".[4]

El homenaje en sí reúne colaboraciones de numerosos escritores. Las calas que éstos hacen en la obra de Cervantes son a la vez muy diversas; pero, con mayor o menor énfasis, todos concuerdan en destacar su actualidad. Resaltan su humanismo, por ejemplo, Julio Luelmo ("Los valores renacentistas en la obra de Cervantes") y José Enrique Rebolledo ("Sobre el quijotismo de Sancho Panza"). Luis A. Santullano, quien en el siguiente número de la revista se ocuparía de "Mateo Alemán, Cervantes y los pícaros", aquí intenta determinar "El día más feliz de don Quijote". A Juan Gil-Albert le intriga la condición de "bueno" que le daba el pueblo a Alonso Quijano, emparentando la bondad con la locura ("Alonso Quijano el bueno. Lección"). J.M. Gallegos Rocafull piensa que en la obra de Cervantes se encuentra una ontología de la esperanza, valor humano de especial relevancia para el exiliado ("Aún hay sol en las bardas. El mensaje de esperanza de Cervantes"). Luis Nicolau D'Olwer destaca la capacidad de comprensión y tolerancia que se descubre en las

---

[4] Redacción, "Cuarto centenario de don Miguel de Cervantes", *LE*, 5 (julio, 1947), p. 1.

obras de Cervantes ("Cervantes o la comprensión"). Benjamín Jarnés considera al *Quijote* como un libro poblado de soledades ("Soledad de Cardenio. Soledades cervantinas"). Ramón Gaya encuentra en el *Quijote* un ejemplo de arte total ("Diario de un pintor. Portalón de par en par"). Mientras que a Daniel Tapia le gusta imaginar a Don Quijote y a Sancho como otros republicanos más, compartiendo con todos ellos las vicisitudes del destierro mexicano: "algún singular y malintencionado enemigo parece haber hecho de ellos sus víctimas, y tras de haberles derrotado con malas artes ha sido su voluntad depositarlos a este otro lado del mar".[5] Juan José Domenchina, por último, y también en este mismo sentido, después de "apostillar" aquí y allá en la obra de Cervantes, la relaciona con la situación particular del exiliado: "Angustia pensar que a los desarraigados españoles no nos queda ya más recurso que el desplante quijotesco: la jactanciosa intención ideal con que se peralta quien no pisa tierra firme."[6]

Finalmente, cabe destacar, por su carácter excepcional, la participación en el homenaje de un escritor mexicano: Enrique González Martínez. Para el decano de los poetas mexicanos, Cervantes era el escritor más importante de la lengua castellana, superior incluso a Góngora, Garcilaso y San Juan de la Cruz. Sin embargo, al leer su ensayo, titulado "La España de Cervantes", lo que más llama la atención es, de nuevo, la importancia asignada al espíritu humanista del autor del *Quijote*, así como la relevancia que se atribuye a estos mismos valores para la situación actual que vive España. Así, al hacer el recuento tanto de los fracasos sufridos por Cervantes en vida como de los triunfos alcanzados por su obra después de su muerte, González Martínez no duda en sacar de ello una moraleja para el futuro de España. Como asiduo lector de Cervantes, pero también como el

---

[5] Daniel Tapia, "Ver para vivir. Don Quijote desterrado", *LE*, 5 (julio, 1947), p. 5.

[6] Juan José Domenchina, "Apostillas (con motivo del Cuarto Centenario de Don Miguel de Cervantes Saavedra)", *LE*, 5 (julio, 1947), p. 15.

amigo americano que es de la España liberal y democrática, se pregunta:

> ¿por qué esta vida fracasada y esta gloria tardía no han de ser el símbolo de la España de hoy, de esta España empobrecida y deshonrada, sumida en el más ignominioso de los cautiverios, víctima de la envidia y de la traición, mutilada en su brazo sustentador de hazañas seculares, esta España que, como el héroe cervantino, sufre la pedrea de los galeotes, la agresión de los yangüeses y la andanada frailuna en la mesa de los duques? ¿Por qué España no ha de sentarse en breve plazo a la mesa de la paz, en su papel de civilizadora del viejo mundo y de hermana espiritual de los pueblos de América, en noble y santa misión, en ejemplar cruzada contra los imperialismos insaciables y dictaduras grotescas?[7]

En fin, si a este imponente conjunto de ensayos agregamos la "Contribución a la bibliografía biográfica del autor del *Quijote*" debida a Agustín Millares Carlo; una "Carta abierta de Pedro Salinas", en que el autor de *El defensor* señala la necesidad de contar con una edición nueva y fiable de la obra maestra de Cervantes; una nota del musicólogo Jesús Bal y Gay sobre *El retablo de Maese Pedro*, de Falla; dos cuentos de inspiración cervantina, de Jean Camp y Paulita Brook; ilustraciones cervantinas de Manuela Ballester, Rosa García Ascot y José Renau; así como la reproducción de cuatro sonetos de Cervantes, junto con fragmentos de *Los habladores* y *El cerco de Numancia*; entonces se puede apreciar el notable esfuerzo que este número de la revista representaba. Por medio del homenaje se había logrado, efectivamente, demostrar la actualidad de Cervantes para la emigración española, a la vez que crear un importante contrapeso a las esfuerzos de expropiación ideológica realizados en la península por los intelectuales al servicio de Franco. No por nada dos de las viñetas que con más frecuencia ilustraban las páginas de *Las Españas* tenían a

[7] Enrique González Martínez, "La España de Cervantes", *LE*, 5 (julio, 1947), p. 3.

don Quijote como motivo. Los republicanos podrían quedar derrotados en batalla, pero su sentido de superioridad moral y espiritual, como el de don Quijote al quedar derrotado por "las malas artes" de los encantadores, se mantendría incólume.

2. EN RECUERDO DE ANTONIO MACHADO

La única figura literaria que podía rivalizar con Cervantes en el espíritu de los exiliados republicanos era Antonio Machado. Aún más que García Lorca y Miguel Hernández, muertos ambos a manos de los franquistas, Machado era para ellos la auténtica voz del pueblo español y, como tal, símbolo de la cultura que había que defender frente al fascismo internacional. Pero más todavía que su obra, pesaba en la conciencia de todos el temple moral del hombre: la integridad con que Machado había asumido su compromiso con la causa republicana, evidente, por ejemplo, en su insistencia en permanecer al lado de los combatientes hasta el último momento de la guerra. Y si bien su muerte, ocurrida en febrero de 1939, en el pequeño pueblo francés de Colliure, confirmaba esta trayectoria de rectitud moral, su sacrificio también ofrecía un ejemplo de fortaleza y dignidad que les servía igualmente de consuelo y de inspiración a los demás republicanos que habían seguido el mismo camino hacia el exilio. De este modo Machado se convirtió en seguida en una figura sagrada para una parte importante de la emigración republicana, tal y como lo atestiguan los numerosos homenajes, individuales y colectivos, que se le rindieron a lo largo de los años.[8]

---

[8] Para una primera aproximación al tema, véase el trabajo de Teresa Fèrriz, "Ejemplaridad y tradición inmediata: A. Machado y F. García Lorca en el exilio español de 1939", *Scriptura* (Lérida), 6-7 (1991), pp. 189-196. Por desgracia, el libro de José Olivio Jiménez, *La presencia de Antonio Machado en la poesía española de posguerra* (Society of Spanish and Spanish-American Studies, Nebraska, 1983), sólo se ocupa de la poesía española de posguerra escrita en la península.

Las Españas no fue ninguna excepción a la regla. A principios de 1947, con motivo del octavo aniversario de la muerte del poeta, la revista organizó, en colaboración con la editorial Séneca, un "Acto en recuerdo de don Antonio Machado". En este acto participaron destacados intelectuales del exilio (y entre ellos, varios colaboradores asiduos de la revista): José María Gallegos Rocafull, Juan José Domenchina, Manuel Altolaguirre, Adolfo Sánchez Vázquez, Juan Gil-Albert, Concha Méndez y José Moreno Villa. También se leyeron unas cuartillas escritas por los editores de *Las Españas*. Algunos de los textos leídos fueron dados a conocer en marzo de 1947, en el número 4 de la revista. Los acompañan la reproducción de un texto autógrafo del propio Machado (*Esta luz de Sevilla*...), así como un breve texto introductorio a cargo de la Redacción.

Las opiniones expresadas en el homenaje reflejaban perspectivas muy distintas entre sí, como se puede ver al revisar el texto de las intervenciones más sustanciales. El punto de vista más ortodoxo fue el que expresó Sánchez Vázquez. A su juicio: "Es Machado el poeta auténticamente español de nuestro tiempo y es, a la vez, la cima ejemplar de la lírica de nuestros días." Es decir, el crítico insiste en subrayar la estrecha interrelación que se dio entre la vida del poeta y su obra. Así defiende a Machado de "los puros que hablan venenosamente de su poesía política o de su propaganda rimada de los años de guerra"; porque, según esta interpretación, a la obra del poeta "le habría faltado algo, si Machado no hubiera podido cumplir con su vida dolorida, con su muerte, callada en el destierro injusto, esa palabra que había derramado por su obra". Sánchez Vázquez, que entonces preparaba una tesis de doctorado sobre el tema, termina por señalar las cuatro esferas temáticas (o límites) dentro de las cuales se desarrolla, según él, la obra del sevillano: el tiempo, el hombre, el pueblo y la muerte. Sin embargo, lo que prevalece en la interpretación de este crítico es sobre todo el deseo de fundir vida y obra en una misma imagen de eticidad que la muerte en el exilio habría venido a consagrar: "Por encima de cualquier otro valor, ponga-

mos hoy el de ese ejemplo maravilloso de fusión de vida y poesía ante la muerte."[9]

Curiosamente, la mayoría de los demás participantes en el acto diferían, si no en su valoración de la poesía de Machado, al menos en la necesidad o conveniencia de ver esta fusión entre vida y obra. El breve texto de Gil-Albert difícilmente podría haber sido más explícito al respecto. Para el escritor levantino, la poesía es de inspiración no sólo anónima, sino también involuntaria; procede de una fuerza misteriosa que trasciende al hombre y su tiempo. Por ello mismo, no conviene confundir las cosas; en el caso de Machado, como en el de todo poeta auténtico, la vida de un poeta no puede servir para explicar su obra: "No buceemos en su vida si no queremos desconcertarnos en un laberinto; de pronto, vemos cómo es posible, que cuando un poeta toma, en la vida como hombre, una actitud pundonorosa, su numen decae y su pluma flaquea, y por contraste, ¡cuánto pilluelo y hasta tramposo y mal jugador sabe seguir derramando sobre la cabeza de la humanidad un fresco rocío!" Para Gil-Albert la poesía de Machado no es expresión de un tiempo histórico determinado, sino de una experiencia estética del tiempo en su puro devenir. Así, después de realizar una lectura del famoso poema "A José María Palacio", concluye: "Me quedo escuchando: no es nada, belleza, tiempo que pasa. ¿Qué nos dice? ¿Qué nos añade? Nada. Viene de lejos, pasa hacia la lejanía... Nos continúa, eso es todo."[10]

El tono de la intervención de Gil-Albert debe de haber desconcertado a muchos. Sin embargo, no fue el único en querer romper con ciertos esquemas establecidos. A Moreno Villa, por ejemplo, le interesa evocar a la figura humana del poeta a quien había tratado con cierta frecuencia; pero al hacerlo, busca desmitificarla, al hurgar por debajo de los tópicos ya acuñados por la

---

[9] Adolfo Sánchez Vázquez, "Acto en recuerdo de don Antonio Machado", *LE*, 4 (marzo, 1947), pp. 8, 10.

[10] Juan Gil-Albert, "Acto en recuerdo de don Antonio Machado", *LE*, 4 (marzo, 1947), pp. 8-9.

hagiografía republicana. "No sé si fue mujeriego, antes de casarse –señala en algún momento–, pero tengo la certeza de que viudo no lo enredó nadie amorosamente, entre otras razones materiales porque envejeció. Desde entonces, viejo-niño, se le ve apegado a su madre y a sus hermanos, que sin duda veían en él al niño grande y al gran niño; al gran poeta y al hombre incapaz de anudarse la corbata o de cepillarse la ropa manchada de ceniza y de barro." Por otra parte, aunque consciente de la autenticidad de la identificación del poeta con el pueblo, el malagueño insiste en subrayar el humilde desdén con que Machado se alejaba de todo espacio de poder político. Su actitud, según Moreno Villa, era la de un escéptico, desengañado en cuanto a las posibilidades de que la poesía y la política convivan en armonía: "Si la vida está montada sobre obstáculos, violencias y atropellos, dejad que, en mi pobreza, estire esta pequeña rama en busca de aire mejor; hacia acá o hacia allá, por entre los resquicios que dejen vuestro poder, vuestro mando arbitrario; yo no pretendo mandar, yo no sé sino vivir para la libertad y para recrearme en muchas cosas que no tienen valor para ustedes."[11]

Domenchina dedica una buena parte de su conferencia a celebrar la benéfica influencia que, según él, la obra de Machado ha estado ejerciendo en la nueva promoción de poetas surgida en España después de la guerra; tema que nuevamente debe de haber sorprendido a muchos, ya que en 1947 todavía eran muy pocos los que estaban dispuestos a reconocer que algo positivo podría estarse gestando en el mundo cultural regido por Franco. Por otra parte, al igual que Moreno Villa y basándose a su vez en su trato con el poeta sevillano, Domenchina denuncia los intentos de ciertos sectores republicanos de darle a la postura política de Machado una interpretación excesivamente radical. Según el antiguo secretario de Azaña, Machado "no se avino a los usos en

---

[11] José Moreno Villa, "Acto en recuerdo de don Antonio Machado", *LE*, 4 (marzo, 1947), pp. 9, 12. El trabajo fue recogido por su autor en *Los autores como actores y otros intereses literarios de acá y allá*, Fondo de Cultura Económica, México, 1951.

boga ni se dio a usar por el prójimo como acostumbran las conciencias alquiladizas y livianas. Se tuvo y se atuvo a sí mismo, aun en las azarosas jornadas de la Guerra Civil, y hasta donde esto fue posible durante aquel inefable período de frenesí, disgregación, coacción, enajenamiento y colapso que nos tocó sufrir a los españoles. Tampoco se dejó a la merced de su más o menos poética teoría demagógica." Y más adelante remata: "Con todo, y a despecho de su andadura irreprochable, no rehuyó, tal cual vez, la malandanza fortuita. Por entonces –durante la Guerra Civil– un equívoco y equivocado concepto de lo patriótico forzó muchas voluntades incorruptibles".[12]

Frente a la diversidad de las opiniones expresadas, podría haber resultado poco verídico el resumen del acto que se ofrece en la nota introductoria que encabeza el homenaje y en la que se recalca, sobre todo, la influencia "unificadora" que ejerce la figura de Machado en las filas republicanas. Ahí se citan ciertas palabras de Gallegos Rocafull al respecto (por razones que no se explican, no se reproduce el texto completo de su intervención):

> Es aleccionador cómo el honrar a esta gran figura de nuestras letras, cuya vida estuvo tan de acuerdo con la viril pureza de su lírica, nos une fervorosamente, eliminando los distingos artificiosos: tiene un profundo valor para nosotros, que el tiempo no disminuye sino robustece.[13]

Después de leer las intervenciones que hemos comentado, el lector tal vez discreparía, concluyendo que, al contrario, la figura de Machado ha servido más bien como pretexto para airear uno de los temas candentes del momento: el de la conducta ética de un hombre como criterio (o no) para valorar su obra. Pero, en todo caso, es importante observar que los redactores de *Las Es-*

[12] Juan José Domenchina, "Acto en recuerdo de don Antonio Machado", *LE*, 4 (marzo, 1947), p. 9.

[13] Redacción, "Acto en recuerdo de don Antonio Machado", *LE*, 4 (marzo, 1947), p. 8.

pañas no vacilan en identificar a Machado con uno de sus propósitos fundamentales: el de lograr la unidad republicana, ahora tan maltrecha.

Las palabras que se leyeron en el acto en nombre de la revista, confirman esta lectura, a la vez que adelantan otra interpretación que de nuevo vincula a Machado con sus propósitos. Si bien en este texto se celebran las virtudes humanas del poeta (Machado fue "un hombre que supo serlo sencilla y verdaderamente"), y si bien se destaca asimismo su estrecha vinculación con la causa del pueblo español ("es hombre que habla a su pueblo y que espera de él un renacer de España"), los redactores de la revista no pueden dejar de ver en él, asimismo, un punto de coincidencia fundamental en cuanto a su determinación de indagar las causas de la tragedia nacional. Es decir, lejos de estar anclado en el pasado (como otros republicanos), la obra del poeta sevillano, lo mismo que su figura humana, ofrecen un cauce por donde se puede llegar a un mañana diferente. Según esta interpretación, "Antonio Machado no era, no es, únicamente poeta de dulzura y serenidades, no sólo canta su pena vieja"; era, y es, un poeta con la mirada vuelta hacia el futuro, y por eso mismo, un verdadero mentor para todo español que, tras la Guerra Civil, se preguntara "el porqué y el para qué de tanto dolor y tanta muerte".[14] Preocupación ésta, como hemos visto, que se volvería cada vez más importante para los redactores de *Las Españas*.

El hecho de que Machado estuviera constantemente presente en los ánimos de quienes hacían *Las Españas* es algo que se ve confirmado por las repetidas veces en que se le menciona y se le recuerda. En 1948, Machado cumplió nueve años de muerto; acontecimiento que nuevamente fue motivo de un homenaje organizado conjuntamente por la Editorial Séneca y por *Las Españas*. En esta ocasión los textos de los trabajos leídos en el acto fueron recogidos, no en la revista misma, sino, como ya se ha dicho, en

---

[14] Redacción, "Acto en recuerdo de don Antonio Machado", *LE*, 4 (marzo, 1947), p. 8.

un suplemento especialmente editado para tal fin. El cuaderno está compuesto por cuatro ensayos firmados por otros tantos colaboradores de *Las Españas* (Manuel Andújar, Daniel Tapia, Mariano Granados y Luis Santullano), así como por una selección de la prosa del propio Machado, breve antología en la que predominan, por cierto, las páginas provenientes de *Juan de Mairena*. Encabezan el conjunto unos versos de Machado, que años más tarde servirán como epígrafe de los cinco números de *Diálogo de Las Españas*:

Para dialogar,
preguntad, primero;
después... escuchad.[15]

Los cuatro ensayos no brindan el mismo panorama conflictivo que el homenaje del año anterior. Los trabajos de Granados ("Evocación sentimental de Antonio Machado") y Santullano ("El poeta y el hombre") ofrecen interesantes testimonios del trato que cada uno tuvo con Machado: Granados como alumno suyo en Soria y, después, como director de *La voz de Soria*, periódico republicano en que colaboró Machado, brevemente, hacia 1923; Santullano, como miembro ocasional de las tertulias que celebraban los hermanos Machado en diversos cafés madrileños poco antes de la guerra. Granados subraya el estoicismo del poeta; Santullano, sus deudas para con la Institución Libre de Enseñanza; ninguno de los dos comenta las implicaciones políticas de la obra de Machado. En "Manuel y Antonio. Antonio y Manuel", Daniel Tapia, en cambio, sí realza la significación política de la muerte del poeta, apoyándose para hacerlo en la relación "cainita" que creía ver entre Antonio y su hermano Manuel.

Frente a estas aportaciones, que se inscriben más o menos dentro de la visión ortodoxa que los republicanos tenían del poe-

---

[15] Es el segundo poema de "Proverbios y cantares", correspondiente a la serie CLXI de las *Poesías Completas* de Machado. Al figurar como epígrafe de *Diálogo de Las Españas*, el poema, seguramente citado de memoria, aparece como sigue: "Para dialogar, / escuchar primero / luego meditar."

ta, el texto de Andújar ("Actualidad de Machado") ofrece puntos de convergencia, pero también un énfasis distinto que, de nuevo, refleja los propósitos perseguidos por *Las Españas*. Andújar concuerda con los tres participantes del homenaje en celebrar la fusión de vida y obra que se da, según él, en el caso de Machado, de esta manera respondiendo, tácitamente al menos, a las críticas que Gil-Albert, Moreno Villa y Domenchina habían formulado a tal criterio en el homenaje del año anterior. Según Andújar:

> No es un hecho casual, sino fruto de la suprema lógica que asiste a los pueblos en sus etapas de dramática crisis, que la figura de Antonio Machado [que] se afincara en el alma de los combatientes de la República, se afirme en los años obscuros del exilio. Adquirió mayor y mejor resonancia su palabra poética, se nos adentró en la conciencia, como un bien común, su conducta pura, su paso limpio por la vida, al borde de la muerte.

Hasta aquí su valoración sigue fiel a los tópicos del momento. Sin embargo, al seguir adelante en su discurso, empezamos a sentir la presencia de una preocupación muy particular:

> Cuando [al final de la guerra] se produjo el general desmoronamiento de tinglados, personajillos y danzantes, y el español necesitó encontrar sólidos asideros espirituales, su instinto lo identificó, entre otros pocos sobrevivientes para su estima del ayer y del hoy –Larra, Galdós, Unamuno...–, con Antonio Machado, que aparecía cual exponente fiel de "aquello", todavía brumoso, en que debíamos inspirarnos para una nueva construcción.

Aquí vemos claramente expuesto el propósito del cofundador de *Las Españas* de identificar a Machado con el acta de defunción que la revista ya había extendido a la Segunda República. Más que un símbolo de la República caída, de todos aquellos "tinglados, personajillos y danzantes" venidos a menos, Machado debería considerarse un guía para la construcción de otra España distinta y mejor. De ahí las duras palabras con las que

Andújar finaliza su texto. Para él (y diríamos que para *Las Españas* también), Machado encarna "nuestro sueño de una Patria donde se forje la libertad completa de sus hijos, curados de las culpas y taras que los han conducido allá a la tiranía y posiblemente, en nuestro medio, a un marasmo que debe cortarse".[16] En la medida en que siguen empantanados en la misma polarización de siempre, opuestos a cualquier tipo de "diálogo civil", ambos bandos permanecen sordos a la gran enseñanza que el ejemplo de Machado representa para el futuro de los españoles.

La faceta singular de la interpretación que en *Las Españas* se daba a la figura de Machado volvió a quedar patente con la publicación en 1957 de un volumen titulado *Cartas de Antonio Machado a Miguel de Unamuno.* Libro editado por José Ramón Arana, se trataba de algo más que una simple recopilación de la correspondencia anunciada en el título (recién dada a conocer, por cierto, por el profesor Manuel García Blanco en las páginas de la *Revista Hispánica Moderna*). Junto con ella figuraban seis poemas inéditos de Machado, así como una amplia selección de la prosa del poeta, proveniente, sobre todo, de *Los complementarios* y *Juan de Mairena.* Además de responsabilizarse de la selección, Arana incluye, como obra propia, un "Esbozo biográfico" del poeta y una "Introducción", en la que, entre otras cosas, señala que la antología, vista en su conjunto, constituye, a su juicio, "el ideario del poeta".[17]

En su "Introducción" Arana resume lo que para él representa lo más esencial del pensamiento de Machado; y, como ya adelantamos, es aquí donde vemos de nuevo las resonancias de la línea política de *Las Españas.* Porque, desde el primer renglón, Arana

---

[16] Manuel Andújar, "Actualidad de Antonio Machado", *En el IX aniversario de la muerte de Antonio Machado,* Primer suplemento de *Las Españas*, México, 1948, s.p.

[17] José Ramón Arana, "Introducción", en *Cartas de Antonio Machado a Miguel de Unamuno,* s.e., México, 1957, p. 7. Aunque carece de pie de imprenta, por la tipografía, las viñetas y, desde luego, por las ideas que expresa el editor de estas cartas, el libro es atribuible a *Las Españas.*

se apoya en Machado para justificar una postura muy distante de la ortodoxia republicana. Denunciando el "anexionismo político" que, según él, fue practicado por muchos sectores de la emigración durante los primeros años del destierro, Arana defiende a un Machado opuesto a todo pragmatismo partidista inmovilizador:

> Como acontece siempre con los verdaderos grandes de España, Antonio Machado fue expropiado por un bando, catalogado sin escrúpulo y comprimido con vendajes retóricos para reducir su talla al límite de una tendencia y de un momento enfebrecido. Como siempre, también, fue empeño vano. Don Antonio es una de esas fibras o tendones que resisten al tajo desmenuzador de quienes pretenden partir definitivamente a España en dos mitades.

Como se puede apreciar al leer las últimas palabras de este párrafo, Arana propone hacer de Machado un aliado no sólo en su lucha por enterrar los viejos esquemas anquilosados de la Segunda República, sino también en su afán por promover, ya avanzada la década de los 50, una reconciliación nacional de los dos bandos que se habían enfrentado durante la guerra. Interpretación valiente, que seguramente habría molestado a más de uno de sus compañeros del exilio. Pero la actitud de Arana era firme al respecto. En el siguiente párrafo, vuelve sobre lo mismo: "Si [Machado] forma con la víctima tradicional, si está en contra del bando en que se solapan las escorias de todo ayer, su manera de entender el drama español y el acto que presencia rebasa mucho en altura y profundidad a las de los banderizos que chocan en contrapuestos oleajes."[18] Los mismos principios de concordia y convivencia nacional defendidos en *Diálogo de las Españas* se perciben aquí claramente.

En su "Introducción" Arana pone el enfásis en el "anexionismo" que sufrió Machado de manos de ciertos republicanos.

---

[18] *Ibid.*, pp. 5-6

Como se sabe, los franquistas también quisieron apropiarse de él, y desde muy temprana fecha, como demuestra, por ejemplo, la edición que se preparó en España, en 1940 y con prólogo de Dionisio Ridruejo, de sus *Poesías completas*; edición que en seguida entró en combate con aquella otra que preparó José Bergamín de sus *Obras* para la Editorial Séneca, en México, también en 1940.[19] Pero, desde luego, con el paso del tiempo, y como lo señaló en su momento Juan José Domenchina, no fueron sólo los franquistas en España quienes se interesaron por el poeta. En los años 50 fue surgiendo una nueva generación de poetas disidentes, que encontraban en Machado un estímulo y un ejemplo a seguir, en el campo político no menos que en la esfera de la creación literaria. Fue tal su identificación con la figura de Machado que, de hecho, el homenaje que en 1959 le rindieron al poeta con motivo del vigésimo aniversario de su muerte se convirtiría, con el tiempo, en uno de los acontecimientos determinantes en la formación de la generación como tal. Los detalles del homenaje fueron relatados en *Diálogo de Las Españas* por un cronista anónimo que firmó su texto con el seudónimo de "Juan de Juanes". Dado el interés con que esta celebración fue seguida desde México por los directores de la revista, conviene cerrar nuestros comentarios con una breve referencia a ella.

En realidad, fueron varios los actos que se organizaron en 1959 con motivo del aniversario de la muerte de Machado: uno en Colliure, la pequeña aldea francesa, al pie de los Pirineos, donde murió Machado poco después de abandonar su país; y tres más en otros tantos lugares de España donde el poeta había pasado una parte de su vida: Segovia, Soria y Madrid. El homenaje en Segovia fue convocado por las autoridades franquistas;

---

[19] Véase al respecto el artículo de Nigel Dennis, "Cultura y exilio: Bergamín y la primera edición de las *Obras completas* de Antonio Machado", *Revista de Occidente* (Madrid), núm. 166 (marzo, 1995), pp. 100-112. Aunque menos documentado, también versa sobre el mismo tema el trabajo de Gonzalo Santonja, "Dos contrapuntos", *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), núm. 541-542 (julio-agosto, 1995), pp. 105-127.

los demás, por los distintos sectores del movimiento antifranquista. Todos fueron reseñados por Juan de Juanes, quien, en su crónica, subrayó sobre todo "las diversas maniobras que los medios oficiales han realizado para obstaculizar los homenajes" que los escritores y artistas disidentes de España querían rendirle al poeta.

Juan de Juanes parece haber asistido personalmente al homenaje celebrado en Colliure. Convocado por Picasso, Casals y por una lista de destacados escritores franceses (Sartre, Mauriac, Aragon y Cassou, entre otros), dicho homenaje sirvió como punto de encuentro entre los republicanos del exilio y los representantes del antifranquismo del interior. En palabras del cronista, "allí, junto a muchos emigrados, pudo verse a Castellet, Blas de Otero, los Goytisolo, Caballero Bonald, Costafreda, Valente, Barral, Gil de Biedma, etc." Para todos ellos, según Juan de Juanes, el homenaje se convirtió:

> a la vez que en un emocionante recuerdo del más grande de los poetas españoles del siglo, en una reivindicación de lo que este hombre entrañado en el pueblo, digno y a la vez pacífico, encarnaba en nuestras preocupaciones actuales, y de nuestra necesidad de manifestarnos contra el clima de guerra civil en que quiere mantenernos el franquismo.

Juan de Juanes se refiere también a los actos realizados en Segovia, en Soria y en el Paraninfo de Madrid. El de Segovia, convocado a espaldas del franquismo y con invitaciones "de boca a boca", fue un éxito a pesar de las amenazas del régimen. No así el de Soria, organizado por el franquismo con el preciso fin de contrarrestar el de Segovia y apropiarse así de la figura de Machado. "En Segovia –dice Juan de Juanes–, la verdad de España y el corazón popular de Machado redivivo. En Soria, la mentira y el fracaso de una maniobra con la que se pretendió desfigurar lo que en verdad había que decir y realmente dijeron los intelectuales españoles".

El acto del Paraninfo de Madrid fue organizado por estudiantes que habían acudido a Segovia. Dicho acto, cuya convocatoria venía firmada, entre otros, por Ramón Menéndez Pidal, Gregorio Marañon, Gabriel Celaya, José Hierro y Ángela Figuera Aymerich, corrió el riesgo de ser cancelado por iniciativa del régimen; pero la presión de los asistentes finalmente impidió que esto se hiciera. Si bien, en un principio, el acto resultaba algo deslucido, todo cambió, según el cronista, a partir de la intervención de Gabriel Celaya, quien "dijo lo que todo el mundo estaba esperando que se dijera y nadie decía por cobardía". Así el acto recuperó su significación "y se entendió por qué razones las autoridades [lo] habían querido suspender".[20]

Lo que llama la atención al propio Juan de Juanes al reflexionar sobre estos acontecimientos, es sobre todo la comprobación que ofrecen de la forma en que ha ido cambiando la correlación de fuerzas entre el régimen franquista y el movimiento de oposición del interior. Dicho sesgo no coincidió del todo con el énfasis dado a estas noticias por los directores de la revista en que su crónica apareció. José Ramón Arana, por ejemplo, sin dejar de reconocer la importancia de este reajuste de fuerzas, se fijó más bien en lo que las celebraciones machadianas (y las circunstancias en que se dieron) confirmaban en cuanto a la política defendida por *Las Españas*. Porque, como acabamos de constatar, la crónica de Juan de Juanes también deja ver cómo la figura de Machado estaba sirviendo para conseguir dos de las metas principales propuestas por la revista: por un lado, establecer un diálogo entre los antifranquistas del interior y los republicanos del exilio, y, por otro, acabar con "el clima de guerra civil" que impedía que España avanzara hacia un régimen más democrático y tolerante. Ambos puntos fueron subrayados por Arana en el ensayo que escribió para comentar el tema. Para él, los homenajes que se le acababan de rendir a Machado eran otra confirmación

---

[20] "Juan de Juanes", "España por dentro. El XX aniversario de Machado", *DLE*, 3 (julio, 1959), pp. 19-20.

de que el poeta se había convertido, en efecto, en un elemento decisivo para la reintegración nacional:

> Para cuantos formamos en el grupo de *Las Españas*, esta integración de los intelectuales españoles en torno a don Antonio y que su nombre haya servido de bandera para reunirse a mirar cara a cara, serena, severamente, a los jerarcas del franquismo, es causa de satisfacción profunda.

En fin, las celebraciones parecían darle la razón al grupo de *Las Españas* en su determinación, tomada casi desde un principio, de relacionar al poeta sevillano con sus propias propuestas con respecto al problema nacional. "Entrañable para nosotros –concluye Arana–, su pensamiento y su espíritu han estado presentes en cada número de *Las Españas* y su *Diálogo*, que si en aquél tienen nuestras ideas su raíz más esclarecida, de éste hemos tomado fuerza para seguir creyendo."[21]

En vista de esta orgullosa (y justificada) afirmación, tal vez no sea casual el que la portada del último número de *Diálogo de Las Españas* lleve precisamente un hermoso ensayo de Enrique Rioja sobre los últimos días de Antonio Machado. Además del testimonio invaluable de alguien que acompañó al poeta en su marcha hacia el exilio, el ensayo nos recuerda que, al lado (o por encima) de la interpretación precisa que los redactores de la revista hayan querido darle a la vida y obra de Machado, lo que seguía imperando en la mente y en el corazón de la mayoría de los republicanos era el ejemplo de rectitud moral y de dignidad personal frente a las adversidades que todos habían compartido.

---

[21] José Ramón Arana, "Lección de Antonio Machado", *DLE*, 3 (julio, 1959), p. 22. El artículo fue recopilado, junto con la crónica de Juan de Juanes y una muestra bastante amplia de lo mucho publicado en uno y otro lado del Atlántico, en el libro colectivo *A Don Antonio Machado al cumplirse los veinte años de su muerte*, prólogo de Francisco Giner de los Ríos, s.e., México, 1961. Aunque el libro no lleva pie de imprenta, cabe señalar que la edición fue auspiciada (y financiada) por la Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución del Instituto-Escuela y de la Residencia de Estudiantes de Madrid.

Una rectitud y una dignidad que, no por nada, Rioja, al iniciar su relato del éxodo, relaciona con Cervantes:

> Entonces, como ahora, las aguas corren hacia el Caballero de la Blanca Luna: atuendo de oropel, títere resplandeciente que con armadura, adarga y lanza no logrará empañar los claros destellos alcanzados, por singular paradoja, ayer, hoy y siempre, por los españoles en derrota. De ellos es símbolo y paradigma el de la Triste Figura que cinceló con su brazo peregrina e imperecedera historia, a prueba de bachilleres y barberos.[22]

Así se funden en una (al menos para Enrique Rioja) las dos figuras que hemos señalado como más ejemplares para el grupo de *Las Españas*; fusión que deja ver, de nuevo, que más que valores estrictamente literarios, eran las cualidades éticas y morales asociadas con Cervantes y Machado las que finalmente les confirieron a éstos su ejemplaridad.

---

[22] Enrique Rioja, "Último sol en España", *DLE,* 4-5 (octubre, 1963), p. 1. La crónica de Rioja cobra un interés sólo comparable con el del relato que ofrece otro compañero de Machado en sus últimos días: Joaquín Xirau, "Por una senda clara", *Diálogos* (México), núm. 112 (julio-agosto, 1983), pp. 58-64. El texto de Xirau, escrito en París en marzo de 1939, fue destinado a un homenaje que se organizó en 1940, en La Casa de España en México. El homenaje, que se fustró, incluía, además, textos de Juan Ramón Jiménez, Enrique González Martínez, José Moreno Villa, Roberto Castrovido, Ernestina de Champourcin, Benjamín Jarnés, Paulino Masip y Daniel Tapia (la contribución de este último constituye una versión primitiva, pero más extensa, del texto incluido en el primer suplemento de *Las Españas).* Todos los textos fueron dados a conocer por Ramón Xirau en el mencionado número de *Diálogos.*

VII. LA EXPRESIÓN LITERARIA

Como revista literaria, *Las Españas* buscó promover e impulsar los diferentes aspectos de la literatura exiliada, pretendiendo incluir dentro de este amplio espectro a los jóvenes intelectuales del exilio. Por otra parte, y con cada vez mayor empeño según pasaba el tiempo, también quisieron dar difusión a las nuevas promociones disidentes surgidas en España durante la posguerra. Como ya se señaló al principio del presente estudio, en ambos casos estos esfuerzos de difusión cultural se concebían dentro del marco federalista que inspiraba la política de *Las Españas* en general. Es decir, desde el primer número de la revista se buscó que las literaturas de las distintas naciones de España estuvieran dignamente representadas en sus páginas:

> Todos los pueblos de España, todas las Españas son para nosotros igualmente entrañables. Consideramos voz tan española la de Maragall o la de Rosalía de Castro, la de Miguel de Elzo o Domingo de Aguirre, como la de Fernando Villalón, la de Federico, la de Galdós o la de Antonio Machado.[1]

Esta propuesta, desde luego, era más fácil de enunciar que de cumplir, puesto que, a fin de cuentas, su cumplimiento dependía de algo tan azaroso como la procedencia de los colaboradores con los que la revista contaba, lo que, en gran medida, rebasaba la simple voluntad de los directores de la revista. Tal vez conscientes de esta limitación, en un principio, éstos propusieron una política de difusión antológica: es decir, en las páginas de *Las*

[1] Redacción, Recuadro sin título, *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 7.

Españas reproducían muestras más o menos canónicas de la literatura de las diferentes naciones españolas, entresacadas de la obra de autores del pasado. Tal fue el caso, por ejemplo, de los textos incluidos en la sección "Poetas ibéricos" publicada en el primer número de la revista. En ella aparecen, como poetas de lengua castellana, Antonio Machado y Fernando Villalón; como poeta vasco, el anónimo autor de "Mendigoixaliarena"; como poeta de lengua gallega, Rosalía de Castro; como poeta de lengua portuguesa (Portugal, como ya vimos, fue concebida por la revista como parte del conjunto de las naciones españolas), Luis de Camoens; y como poeta de lengua catalana, Joan Maragall.

Después de este primer número, la propuesta antológica, que (tal vez por razones de espacio) se limitó casi exclusivamente al campo de la poesía, fue transformada para abarcar, preferentemente, la obra de los poetas exiliados. Esta segunda propuesta tampoco duró mucho, siendo sustituida por una política más flexible, destinada a recoger las propuestas espontáneas de los distintos colaboradores; aunque siempre se buscó que, en la medida de lo posible, hubiera representantes de las diferentes lenguas nacionales. En la práctica, esto dio como resultado el que, al lado de ensayos, cuentos y poemas escritos en castellano, hubiera una buena selección de poemas y cuentos escritos en catalán; por lo visto, la revista no llegó a contar con colaboradores estrechos de lengua vasca o gallega. En la sección de crítica literaria la propuesta federalista también tuvo resultados importantes para la literatura catalana, pero no tanto para las otras literaturas minoritarias.

El espacio dedicado a promover la lengua catalana constituye uno de los rasgos más sobresalientes de la política cultural llevada a cabo por la revista. En *Las Españas* encontramos un ensayo de Luis Nicolau D'Olwer, "Enyorament de Mallorca"; relatos de Pere Calders ("La fi del cap"), de Ana Murià ("La muralla blanca"), de Antoni Ribera ("El soldat"), y de Eulalia Romaní ("Les papallones de la bona nit. Conte per a infants"); poemas de J. Amat-Piniella ("Pelegrinatge"), Agustí Bartra ("Oda Atlànti-

ca", "Elegies d'Atzingo II", "Sota els astres estranys..."), Xavier Casp ("Sonata en blau major"), Salvador Espriu ("Cementiri de Sinera"), Joan Fuster ("Una precisió"), Manuel de Pedrolo ("Finestra líquida"), Carles Riba ("Elegies de Bierville" y "Més"); así como muestras antológicas de la obra poética de Màrius Torres ("La pedra antiga"), de Bartomeu Roselló-Porcel ("A Mallorca, durant la guerra civil") y del ya mencionado Joan Maragall ("La sardana [fragmento]", y "Oda a Espanya [fragmentos]"). En contraste con esta impresionante lista de colaboraciones escritas en catalán, en *Las Españas* sólo se registra la presencia, en gallego, de poemas de Rosalía de Castro ("Follas novas"), Luis Pimentel ("Canzon pra que un neno non durma", "Cruceiro", "Nai de Galiza") y de dos poetas anónimos ("Santa compaña dos castiñeiros" y "Pandeirada"). En vasco, figuran el ya mencionado texto de tradición popular "Mendigoixaliarena", junto con poemas de N. Ormaechea "Orixe" ("Iankoagan bat") y de tar'Jokin Ganboa ("Oñazez"); aunque también se publicó, recreada del vasco por María Dolores Arana, la leyenda popular "Kresala".[2]

Si bien muchos catalanes veían con buenos ojos el federalismo propuesto por *Las Españas*, resulta evidente que los directores de la revista, a su vez, tenían un interés especial por la cultura catalana. Esto último se comprueba sobre todo en el caso de Manuel Andújar, quien, en 1949, dictó una conferencia en el Ateneo Español de México precisamente sobre *La literatura catalana en el destierro*, abogando a favor de un diálogo más sostenido entre la cultura catalana y la de lengua castellana: "Yo no soy, al modo quietista y socarrón, un imparcial frente al llamado problema de Cataluña. Partidario fervoroso de una solución federal para la estructura fecunda de nuestro país, para la armonía creadora de los pueblos peninsulares, para su unión real y pro-

[2] Para evitar una proliferación de notas de pie de página, en este y el siguiente capítulos sólo se identificarán las citas textuales. Para las referencias bibliográficas de los numerosos trabajos que aquí se mencionan, se remite al lector a los índices publicados al final de nuestro estudio.

funda, la manera de ser del antiguo principado, en la compleja gama de sus dimensiones, me importa apasionadamente, y creo que mientras no nos interesemos de verdad los unos por los otros, sin miedo escurridizo de que las aristas nos puncen, sin remilgos hostiles a las diferencias no sólo existentes sino deseables, resultará quimera una efectiva inteligencia." Aunque, como luego agrega, dicho federalismo lo lleva a revindicar por igual a las diversas culturas de todas las nacionalidades españolas: "Línea de conducta –de sensibilidad y de concepto asimismo– que cabe aplicar a Vasconia, a Galicia y, como perspectiva tesonera de una acción y de un ideal, a Portugal."[3]

Cabe señalar, por otra parte, que Andújar ya había formulado una postura muy parecida en un artículo escrito en 1946 para el primer número de *Las Españas*. Titulado "Tres novelistas catalanes. Derrota, familia y recuerdo", el artículo ofrecía un lúcido comentario sobre *Xavola*, de Agustí Bartra, *La novela del besavi*, de August Pi i Sunyer, y *L'últim dels Tubaus*, de Jaume Roig. Sin embargo, el ensayo iba más allá de esta finalidad inmediata, subrayando la conveniencia de que los hablantes de las diversas lenguas españolas no sólo cultivaran su propia lengua, sino que, además, se interesasen por las demás literaturas de España. Postulado que llevó a Andújar a proponer, entre otras cosas, la publicación (en traducción) de antologías de estas literaturas. Es decir, a la vez que reivindicaba el apego a la lengua materna, reconocía la importancia de las traducciones para la difusión oportuna de las obras escritas en dicha lengua: "Que no bastan las publicaciones exclusivamente destinadas a los coterráneos, sino que las obras de valor pueden y deben verterse al castellano, y así despertarían un mayor eco, oportunidad de conocimento, premisa de intercambio, pues ideas y sensaciones, conceptos y mentalidad, precisan airearse, confrontarse."[4] Dicha propuesta parece haber

---

[3] Manuel Andújar, *La literatura catalana en el destierro*, El Ateneo Español de México, México, 1949, pp. 7-8.

[4] Manuel Andújar, "Tres novelistas catalanes. Derrota, familia y recuerdo", *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 7.

sido compartida por muchos de los colaboradores catalanes de *Las Españas*, quienes se encontraban lejos de defender un purismo lingüístico a ultranza. Al contrario, sobre todo al cultivar el ensayo, muchos de los catalanes que publicaron en *Las Españas* prefirieron hacerlo en castellano; como ejemplo de ello se podrían citar, entre otros, los casos de Pedro Bosch-Gimpera, Luis Nicolau D'Olwer, Pere Calders y Ramón Xirau.

En fin, si bien no consiguió todo lo que se propuso en este campo, *Las Españas* sí realizó una importante labor a favor de las literaturas nacionales; hecho que conviene dejar bien asentado desde un principio, puesto que, como ahora veremos, la mayor parte de la literatura dada a conocer en la revista, en los campos del ensayo, del cuento, del teatro y de la poesía, fue escrita en lengua castellana.

1. EL ENSAYO

Si resulta ser cierto, como sugiere José-Carlos Mainer, que el ensayismo se distingue, muchas veces, por ser "la avanzadilla inquisitiva de épocas críticas y abiertas a lo nuevo",[5] ningún momento más crítico y más abierto a lo desconocido que aquel que vivieron los republicanos españoles, sobre todo durante el lapso que va de 1946 a 1950. Destruidas todas las esperanzas de una vuelta rápida al país, y a la normalidad, a raíz del nuevo orden geopolítico creado al final de la segunda Guerra Mundial, de repente se hizo acuciante la explicación de una realidad sin brújula.

---

[5] José-Carlos Mainer, "Sobre el ensayo: una encuesta de 1944", en José Manuel López de Abiada (ed.), *Entre la cruz y la espada: En torno a la España de posguerra. Homenaje a Eugenio G. de Nora*, Gredos, Madrid, 1984, p. 256. En el mismo texto- (p. 255), Mainer ofrece un resumen muy útil de lo que considera los principales rasgos del género: "la relación del ensayo con la divulgación (y, por ende, su referencia a públicos no especializados), el tono personal y aun subjetivo de la exposición, la ausencia de demostraciones explícitas de lo argumentado, la falta de conclusividad en sus tesis, la renuncia a una disposición lógica del razonamiento, la importancia concedida a la motivación accesoria como estímulo o a la digresión como método de trabajo."

¿Qué hacer? ¿A qué se debió el fracaso? ¿Qué propuestas hacer para salir adelante? ¿Cómo explicarse el pasado? ¿Cómo inventarse un futuro? Ningún género se prestaba mejor que el ensayo a los tanteos que muchos de los intelectuales exiliados se sentían obligados a emprender.

Para explicar el notable auge que gozó el ensayismo en el exilio, hay que recordar, por otra parte, la circunstancia material de que el ensayo era la vía de más fácil acceso a la actividad periodística, profesión que para muchos de los españoles que llegaron exiliados a América resultó ser la única forma de ir resolviendo, día a día, su precaria situación económica. Asimismo, entre los que entraron a engrosar las filas del periodismo había, desde luego, muchos profesionistas con una especialización en alguna rama específica del saber que, si no hubiesen visto truncada su labor por la guerra, habrían seguido trabajando en dicha profesión. Orillados por la nueva circunstancia del exilio a escribir sin el respaldo de las instituciones que antes los apoyaran y, en algunos casos, sin los documentos de que se valían en España, terminaron por alejarse del estudio monográfico y gravitar cada vez más hacia el espacio más informal del ensayo. Los resultados fueron trabajos que, si bien no lo suficientemente documentados como para considerarse trabajos científicos, muchas veces poseen un grado mayor de espontaneidad y de atrevimiento intelectual que los justifica. Y fueron principalmente las revistas y los periódicos de circulación masiva quienes se beneficiaron de este cambio de estilo y de orientación.

Al recorrer los diversos números de *Las Españas* salta a la vista el predominio del ensayo como forma literaria. Haciendo un cálculo somero, descubrimos que alrededor del 80% de sus páginas está dedicada al ensayo, que a veces asume la forma de editorial; otras, la de un comentario sobre los acontecimientos actuales, y otras más, la de un trabajo especializado. Hay que reconocer que, al margen del auge que el género en sí gozó durante el exilio, las características mismas de la revista influyeron también en consolidar esta predilección. Aunque se denominaba "re-

vista literaria", *Las Españas* mantuvo a lo largo de sus casi veinte años de vida unos propósitos políticos muy definidos, así como una concepción combatiente (si bien no muy ideologizada) de la cultura, que encontraban en el ensayo su natural vehículo de expresión.

A través de los ensayos publicados en sus páginas, *Las Españas* intentó conseguir dos metas principales: por un lado, explicar (y explicarse) la realidad nacional, sobre todo en su aspecto político e histórico, y, por otro, reavivar y promover el movimiento cultural que la Guerra Civil había interrumpido de manera tan violenta. Al emprender su larga y ardua reflexión sobre el problema nacional, los exiliados se incorporaron, claro está, a una rica tradición literaria que había iniciado con la Generación del 98. Desde Unamuno, Ganivet y Azorín, pasando sobre todo por Ortega y Gasset, el ensayo había sido la forma predilecta de los intelectuales que querían contestar lo que ellos también planteaban como la pregunta fundamental de los españoles: ¿qué es España? Es decir, los ensayistas exiliados contaban con una larga tradición con la cual nutrirse y en la cual inspirarse; oportunidad que no desperdiciaron.[6] Como consecuencia de ello, muchas de las discusiones que se llevan a cabo en *Las Españas* parecen una especie de coda o reelaboración, ya en un contexto muy distinto, de las discusiones sobre el problema nacional que habían llenado los periódicos y revistas españoles de principios de siglo. Los ensayos escritos en el exilio no siempre versan explícitamente sobre cuestiones políticas, desde luego;

---

[6] El comentario de Arturo Souto sobre este punto resulta muy pertinente: "Nunca, en la historia literaria de España, había tenido el ensayo un florecimiento tan intenso y abundante como en los treinta y tantos años que preceden la guerra civil de 1936. El secular conflicto ideológico entre las llamadas dos Españas y el desarrollo del periodismo fueron causas concomitantes del proceso. El ensayismo había llegado a ser, a partir de los escritores del 98, un género literario de primer plano, reflejo indudable de la inquietud que removió la conciencia intelectual de España durante aquella época. La guerra dislocó muy brevemente este desarrollo, y a la postre lo impulsó." En Arturo Souto Alabarce, "Letras", *El exilio español en México 1939-1982,* Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. 389.

pero, al igual que en el caso de los escritores del 98, la problemática nacional influye, como ahora veremos, aun en ensayos que tratan sobre temas que podrían parecer ajenos a la política, como son la filosofía, la poesía o la pintura.

La temática de la mayor parte de los ensayos políticos ya la hemos comentado al definir la posición ideológica de *Las Españas*. Dichos ensayos van dirigidos, principalmente, a explicar la situación que se vivía entonces en España lo mismo que en el exilio. Como a los escritores de la generación del 98, de quienes se descubren influencias importantes, a los ensayistas de la revista también les "duele España", pero de manera diferente. Los ensayos expresan en general una especie de nostalgia por un futuro que se canceló con la guerra civil y que los ensayistas se esfuerzan por reencontrar. Por otra parte, al interpretar la cambiante realidad nacional, también buscan explicarse a sí mismos como exiliados, definir el papel histórico-político que les ha tocado desempeñar; siempre desde una postura que, en términos generales, podríamos resumir como antifranquista, republicana y federalista.

Si bien es cierto que los ensayos políticos se orientan, en general, en una sola dirección, las diferencias de tono y de matiz –de acuerdo con los intereses e inclinaciones de cada escritor– son importantes. José Ramón Arana, por ejemplo, insiste en la caracterización del franquismo como un régimen incubado siglos atrás, cuya consecuencia más inmediata sería Franco; es decir, más que una simple realidad histórica inmediata, el franquismo, en cuanto mentalidad, constituye para él un mal secular de España. También es la pluma de Arana la encargada, a través de los editoriales, de situar políticamente la actividad exiliada, tarea en la que demuestra tener una sensibilidad muy alerta ante las diversas vicisitudes sufridas, así como una agudeza analítica muy poco convencional (por no decir nada de sus indudables dotes como polemista).

Anselmo Carretero y Pedro Bosch-Gimpera dan una fundamentación histórica al federalismo y, en general, a la posición

política propugnada por la revista. Carretero, como hemos visto, defiende la posición democrática y tolerante de la revista, identificándola históricamente con la democracia y la tolerancia que, según él, eran intrínsecas a las comunidades castellanas medievales. Según Carretero: "la vida del pueblo castellano [desde su independencia en tiempos de Fernán González] es en esencia la historia de sus comunidades, de la lucha secular contra los magnates, la Iglesia y los reyes por defender sus libertades y la propiedad comunera en que sólidamente se asentaban".[7] Y fiel a esta intuición, el historiador aporta todos los datos que puede reunir para comprobar su hipótesis. Es decir, en contraste con Arana, Carretero resulta un ensayista con espíritu bastante sistemático; más que combatir, propone comprobar y persuadir.

A su llegada a México, Bosch-Gimpera ya era un antropólogo ampliamente reconocido en el medio intelectual español y, aun cuando no siempre parte de esta perspectiva, es precisamente con base en sus investigaciones como antropólogo que intenta sustentar la propuesta de una España concebida como una nación de naciones. Por otra parte, al igual que los demás promotores de *Las Españas*, Bosch es un defensor de los valores democráticos. En "La lección del pasado", por ejemplo, después de estudiar la diversidad de los pueblos españoles a lo largo de la historia, llega a la conclusión de que no pueden unificarse artificialmente sino por su libre consentimiento. Prueba de ello es que los diferentes pueblos, al iniciarse la Guerra Civil, en lugar de pugnar por la secesión –posible, según él, en aquellos momentos–, apoyaron al gobierno republicano en contra de Franco. La unidad que intenta imponerse por la fuerza le parece ajena al espíritu español. La unidad por la que se debe luchar es aquella que respete e integre la diversidad.[8] Su estilo como ensayista finalmente se define por la feliz confluencia de estos dos factores; es decir, los conoci-

---

[7] Anselmo Carretero, "Felipe II y el alcalde de Galapagar. Tradición de nuestro pueblo", *LE*, 8 (abril,1948), p. 8.

[8] Cf. Pedro Bosch-Gimpera, "La lección del pasado", *LE*, 8 (abril, 1948), p. 13.

mientos del científico se ponen al servicio de un espíritu liberal, dedicado, como en el caso de Carretero, a convencer a su lector con argumentos bien fundados.

Aparte de estos tres ensayistas, en cuyos hombros recayó la mayor parte de la responsabilidad de definir la posición política de *Las Españas*, es necesario mencionar a otro, quien, aun cuando no se ocupara de temas políticos con la misma asiduidad que éstos, con sus ensayos sí dio una orientación decisiva al rumbo político seguido por la revista. Nos referimos a Daniel Tapia, de quien ya hemos comentado dos ensayos importantes: "Las castañas en el fuego" y "La otra mujer de Lot". Tapia, que había participado ya en algunas otras revistas del exilio, fue uno de los más constantes colaboradores de *Las Españas*, en la que participó como ensayista, crítico de arte, reseñista de libros e incluso como dramaturgo. Para definir el estilo particular del ensayismo de Tapia tal vez convendría recordar algunas palabras escritas por Arana en un editorial de abril de 1948. Refiriéndose a la tarea que debe asumir el intelectual exiliado, Arana afirmó lo siguiente: "Lo primero es barrer dentro y fuera de nosotros mismos: barrer ilusiones, ruinas, cansancios, resentimientos; barrer los ecos que zumban en nosotros tapando nuestra propia voz."[9] Y, en efecto, en estas palabras encontramos muy bien resumido el propósito que Tapia parece haber seguido a la hora de escribir sus ensayos políticos: desengañar a sus colegas del exilio con respecto a las muchas ilusiones y espejismos que les impedían ver la nueva realidad en la que se encontraban inmersos. Implacable en sus críticas, Tapia fue, después de Arana, el otro gran polemista con que contó *Las Españas*.[10]

Si bien el ensayo histórico fue practicado sobre todo por Carretero y Bosch-Gimpera, hubo, desde luego, otras colabora-

---

[9] Redacción, "Editorial", *LE*, 8 (abril, 1948), p. 2.

[10] Además de los citados, véanse también los ensayos "Ver para vivir. El otro paisaje", *LE*, 4 (marzo, 1947), p. 5; y "Ver para vivir. Don Quijote desterrado", *LE*, 5 (julio, 1947), pp. 5, 14.

ciones en este campo. Como suele ocurrir, si en ellas se acude al pasado es casi siempre en busca de una explicación del presente, o cuando menos, de una justificación moral de la conducta asumida. Así, por ejemplo, el ensayo de José Luis de la Loma sobre "Mariano La Gasca. Emigrado político del siglo XIX", que intenta establecer paralelismos entre el exilio español de principios del siglo XIX y el exilio español del siglo XX. O también el ensayo de Manuel Andújar sobre "Hernán Cortés", que, al evocar la figura del conquistador, intenta diferenciar entre el hispanismo de *Las Españas* y la hispanidad promulgada por los intelectuales de Franco. Dadas las circunstancias, ese procedimiento era de esperarse. Lo que sí resulta curioso notar es la influencia del pensamiento historiográfico de Carretero en las opiniones de Andújar, quien, al referirse a la oposición a la esclavitud de los indios expresada por los comuneros, se apoya explícitamente en un ensayo de Carretero escrito para promover una España federalista ("Tradición de nuestro pueblo. Don Quijote, los indios de la Nueva España y la Junta Santa de Ávila").

Lo que tal vez se eche de menos en la revista es la confrontación de la visión historiográfica de Carretero y Bosch-Gimpera con la de otros historiadores del exilio. En este sentido, resulta indispensable referirnos brevemente a la figura distinguida de Américo Castro, de quien la revista publica un ensayo titulado "Irradiaciones del vivir hispánico". Sobre todo a partir de la publicación en 1948 de su libro *España en su historia*, Castro se destacó, durante el exilio, por su interpretación "castista" de la historia nacional; es decir, por querer interpretarla, sobre todo, en términos de la convivencia durante la Edad Media de cristianos, moros y judíos. De acuerdo con esta tesis, las vicisitudes en la historia nacional se debieron a la compleja psicología nacional que se fue formando a raíz de esa larga confluencia cultural. Tal interpretación, aunque obedece a una metodología historicista muy parecida, llega, con todo, a resultados muy distintos a los que llega Carretero. Y sin duda es por eso que en *Las Españas* la obra de Castro asume un perfil más

que discreto. En todo caso, no puede considerarse enteramente casual el que su ensayo publicado en la revista resuma las ideas de Castro sobre la oposición entre las tradiciones culturales sajonas e hispánicas, más que sobre el origen mismo del ser-en-su historia de la madre patria. "Para entender la significación de un pueblo –leemos ahí– ha de olvidarse la superficial clasificación de las naciones en progresivas (fuertes, creadoras de cosas objetivables) y retardatarias (débiles e importadoras de cosas tecnificadas). La realidad del vivir humano posee dimensiones ideales no agotadas en la noción del progreso, en las ventajas del conocimiento teórico y del bienestar de la vida de cada día."[11] Pero en ningún momento se nos explica, en este ensayo, de dónde provienen dichas "dimensiones ideales". En su reseña de *España en su historia*, Mariano Granados tampoco enfrenta la evidente contradicción que plantea la obra de Castro con respecto a la visión histórica de España defendida por *Las Españas*.[12]

Los ensayos filosóficos publicados en la revista corresponden a algunas de las figuras exiliadas más prominentes en este campo. Eduardo Nicol colabora con un lúcido ensayo sobre los conceptos de propiedad y comunidad en la obra del padre Francisco Suárez. Eugenio Ímaz publica el ya comentado ensayo "Angeología y humanismo", en que con gran precisión opone sus ideas sobre el humanismo a las de Sartre y de Heidegger. Ramón J. Sender se ocupa de Jorge Santayana ("Santayana, español del 98"), al que considera, de todos sus contemporáneos en España, el que "representa mejor el escepticismo filosófico doblado de intenciones estéticas".[13] El más asiduo de los colaboradores en este campo es Juan David García Bacca, quien escribe cuatro ensayos, todos ellos inspirados directa o indirectamente en

---

[11] Américo Castro, "Irradiaciones del vivir hispánico", *LE*, 7 (noviembre, 1947), p. 11.

[12] Mariano Granados, "*Los libros*. Américo Castro, *España en su historia: cristianos, moros y judíos*", *LE*, 11 (enero, 1949), p. 4.

[13] Ramón J. Sender, "Santayana, español del 98", *LE*, 23-25 (abril, 1953), p. 3.

"la conciencia agónica" en Unamuno. Finalmente, se destaca la honda reflexión de María Zambrano sobre "El problema de la filosofía española".

Cada uno de estos pensadores persigue inquietudes muy particulares, adoptando, además, modos de reflexionar que son enteramente suyos. Aun así, cabe hacer un par de observaciones generales sobre estos ensayos. En primer lugar, resulta evidente la importancia que el humanismo reviste para ellos; es el valor fundamental defendido no sólo por Ímaz y Nicol (que parecen inspirarse sobre todo en la cultura del Renacimiento), sino también en las reflexiones de García Bacca, quien ve en Unamuno un paladín de un nuevo humanismo, reivindicador del "hombre íntegro" frente a las pálidas abstracciones a las que la filosofía moderna en general ha tendido a reducirlo. "De ahí que Unamuno [en *El sentimiento trágico de la vida*] asiente como afirmación fundamental suya, contra toda la filosofía anterior: '*Este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda la filosofía, quiéranlo o no ciertos sedicentes filósofos*'."[14] Partiendo de esta premisa, y siempre en nombre del humanismo, García Bacca plantea la necesidad de una nueva forma de pensamiento que evite las abstracciones que, según él, rompen y falsifican la unidad real del hombre.

Esta última observación se relaciona con el otro rasgo que distingue estos ensayos filósoficos, y es la resistencia que oponen (por lo menos en el caso de García Bacca y María Zambrano) a la exigencia de sistematicidad que suele asociarse con los trabajos filosóficos convencionales. Zambrano es muy explícita al respecto. Según ella, el pensamiento español se caracteriza casi siempre por su falta de sistema: "sucede que el pensamiento español, y sobre todo la metafísica española, anda dispersa en novela, poesía, cuentos y hasta refranes... que la encontramos en los lugares más insólitos y alejados del sistema". Y de ahí, sobre

[14] Juan David García Bacca, "El problema filosófico de la conciencia agónica según Miguel de Unamuno I", *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 6.

todo, la duda que muchos tienen en cuanto a la existencia o no de una auténtica tradición filosófica en España. Miguel de Unamuno, según la autora, encarna este problema cuando opone el "sentimiento trágico de la vida" español a la filosofía según su acepción tradicional. Al negar la filosofía con filosofía, Unamuno estaría haciendo filosofía española, entendida ésta como expresión poética o trágica, más que como conocimiento conceptual. Es decir, al igual que García Bacca, Zambrano pone como ejemplo a seguir al autor de *El sentimiento trágico de la vida*: "el intento de Unamuno necesita y llama a ser continuado y sin duda lo será en una tragedia que no tema a la filosofía y en una filosofía que no desdeñe a la poesía". Ruptura de las fronteras discursivas que, implícitamente al menos, abogaría a favor de la flexibilidad formal del *ensayo* frente al riguroso esquematismo del *estudio* científico. Sea como sea, Zambrano termina formulando un cálido elogio del pensamiento en lengua española: "Pero sistemática o no, y quizá que afortunadamente nunca pueda serlo del todo, la filosofía española prosigue en su empeño de rescatar, de dar libertad al espíritu encerrado en el laberinto de nuestra vida."[15]

El ensayo literario asume un relieve muy especial en la revista. En la sección en que estudiamos la presencia de Cervantes y de Machado en *Las Españas*, nos ocupamos de un buen número de los ensayos dedicados a la vida y obra de estos dos

---

[15] María Zambrano, "El problema de la filosofía española", *LE*, 8 (abril, 1948), pp. 3, 13. Resulta interesante cotejar las ideas expresadas aquí por María Zambrano con el punto de vista al respecto de otro exiliado, José Ferrater Mora, quien habría dicho que "un pensamiento es, ante todo, su forma de expresión". Según Juan Marichal, quien lo cita, "Ferrater (siguiendo, en cierto grado, a Eugenio D'Ors), contestaba así a los europeos transpirenaicos que habían identificado 'pensamiento' y 'sistema'. Y como los españoles e hispanoamericanos no habían construido sistemas similares a los germánicos, no habían pensado verdaderamente. [...] Hay muchas formas de pensar con coherencia interna, con rigor sistemático. Una de ellas, en la historia intelectual hispánica, es justamente el ensayo, o como D'Ors decía, 'pensar por ensayos'. La coherencia interna no es, en este caso, observa Ferrater Mora, la objetiva conceptual sino la individual integridad del autor..." Véase Juan Marichal, "El auge del ensayo en la España transterrada", en Nicolás Sánchez-Albornoz (ed.), *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Sociedad Estatal Quinto Centenario/Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1991, p. 33.

escritores. Desde luego, no todos los ensayos literarios versan sobre dichos autores; ni siquiera se restringen al campo de la literatura española. Con una economía y una precisión de expresión admirables, Alfonso Reyes, por ejemplo, se ocupa de la "Longevidad de Goethe". José Ramón Arana medita sobre la significación de la obra del escritor ruso Máximo Gorki. Bajo el seudónimo de "A. de la Sierra", Carretero escribe unos párrafos sobre el poeta cubano José Martí ("En el centenario de Martí"). Juan Rejano, por su parte, se ocupa del autor de *Cantos de vida y esperanza* en sus comentarios sobre "Darío, Unamuno y Machado". Mientras, José Moreno Villa, con su característica informalidad y espontaneidad, recuerda un encuentro con dos escritores latinoamericanos: "Con Gabriela Mistral y Germán Arciniegas. Apuntes de un cuaderno que nunca fue diario".

En algunos de los textos citados, el autor tratado, más que constituir el objeto de comentario en sí, sirve como un pretexto para llegar a otro tema más general, como en el caso del ensayo de Arana sobre Gorki, que da pie a reflexiones ideológicas sobre temas universales (el hombre y el medio); o también en el caso de los comentarios de Carretero sobre Martí, que, a la vez que como homenaje al libertador cubano, se proyectan como un lamento por la falta de una política federalista en España. Y, como es natural, vemos el mismo rasgo divagatorio, tan característico del ensayo, en los textos que versan sobre literatura o escritores españoles. Así, por ejemplo, el ensayo de Manuel Andújar titulado "Mariano José de Larra. Acusación que perdura", que relega a un segundo plano la obra del escritor romántico, para así poder subrayar mejor la vergonzosa continuidad en España de los males contra los cuales éste dirigía sus feroces críticas. Y así también el ya citado ensayo de Daniel Tapia titulado "Galdós en el Ateneo", que fija su atención en el Ateneo de Madrid, y en su descendiente mexicano, mucho más que en el autor de *Doña Perfecta.*

Después de Cervantes, el autor de los siglos de oro que más atención atrae es Quevedo, quien es el tema de ensayos de Ben-

jamín Jarnés ("Quevedo, figura actual") y de Antonio Espina ("Quevedo y las mujeres"). Los dos críticos expresan puntos de vista, en cierta medida, encontrados; porque, si para Espina Quevedo es sobre todo el autor de excesivos y desagradables ataques a las mujeres, para Jarnés es el creador de un estilo, por muy grotesco que sea, inconfundiblemente actual. Según Jarnés: "Quevedo –como Goya– traza sus magníficos desfiles de monstruos con tal vivacidad, con tal vigor descriptivo, que su mera aparición equivale a una sentencia. Dominan ambos las formas artísticas de la agresión como nadie alcanzó a dominarlas en España. Y hoy que vivimos en estado de agresión permanente, sería muy útil detenernos a contemplar las caricaturas de Goya, tanto como leer o releer las sátiras de Quevedo."[16] En fin, el legado que los dos exiliados creen haber recibido de Quevedo, aunque valorado de distinta manera por uno y por otro, difícilmente podría haber sido más opuesto al legado, tan celebrado por todos, de Cervantes.

Otros ensayos sobre la literatura clásica española incluyen "Sol y sombra de Don Juan Manuel", de Florentino M. Torner, que ofrece un hermoso resumen de la vida y obra de dicho escritor, a quien se celebra por la elegancia, claridad y concisión de su prosa (cualidades que caracterizan asimismo la prosa del propio Torner); "El óceano. La más sorprendente conquista de Alejandro", de Enrique Rioja, que se ocupa de las distintas versiones de la leyenda de Alejandro, incluida entre ellas *El poema de Alexandre*; el ya comentado texto de Ramón J. Sender sobre Santa Teresa y San Juan de la Cruz, "La Doncella y el Doncel de Ávila o los Castellanos Interiores"; y el ensayo de Luis Santullano "En el centenario de Tirso. Don Juan, español universal", que coloca *El burlador de Sevilla* dentro de la larga y rica tradición de donjuanes que ha dado la literatura. Trabajos más bien panorámicos incluyen "El teatro español en la Edad de Oro", de Manuel Andújar, que intenta definir las virtudes de dicho teatro

[16] Benjamín Jarnés, "Quevedo, figura actual", *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 8.

que pueden servir para fundar un teatro popular contemporáneo; "Siglo de Oro", de Karl Vossler, que atribuye al supuesto quijotismo racial de los españoles el enigmático divorcio, tan evidente en dicha época, entre decadencia política y florecimiento cultural; y "La poesía y el pueblo", una introducción al tema de la poesía popular, de Luis Santullano, que incluye ejemplos del género provenientes no sólo de España sino también del Nuevo Mundo.

En el campo de la literatura moderna se mueven el ensayo de Santullano sobre Leopoldo Alas ("En el centenario de 'Clarín': *La regenta* y su autor en la picota"), que es, en realidad, una larga reseña de un libro crítico publicado sobre el autor asturiano; "Semblanzas españolas. Don Miguel de Unamuno", de Juan José Domenchina, que contribuye a la devoción compartida por otros colaboradores de la revista por el autor de *El sentimiento trágico de la vida*; y el ensayo de Antonio Espina sobre "El género chico", que ofrece una sencilla introducción a este tipo de teatro, considerado "genuinamente español", ajeno, por otra parte, al vodevil, a la opereta, a la vez que a la farsa cómica.[17] Finalmente, se destaca un notable ensayo del joven crítico Juan Marichal que intenta trazar la evolución de la literatura española entre 1868 y 1936, colocando sus expresiones más representativas bajo el signo del liberalismo ("La españolización de España. La edad de oro liberal").

Un resumen exhaustivo de los campos visitados por los ensayistas de *Las Españas* tendría que abarcar las artes plásticas, el cine, la música, la danza, la lingüística, la ciencia, la pedagogía e incluso la jurisprudencia.[18] Sin embargo, para terminar este bre-

---

[17] Antonio Espina, "El género chico", *LE*, 11 (enero, 1949), p. 6.

[18] En cuanto a las artes plásticas, en *Las Españas* predominan los ensayos sobre los artistas exiliados, tema que, por el especial interés que cobra en el panorama de la cultura española de posguerra, será tratado en el siguiente capítulo. En cuanto a los demás campos, cabe destacar (además de los textos ya comentados en otros capítulos) los siguientes ensayos: Francisco Pina, "El sueño de Barba Azul", *LE*, 19-20 (mayo, 1951); José de la Colina, "El último maestro de la ternura. A propósito de *Candilejas*", *LE*, 23-25 (abril, 1953); Adolfo Salazar, "Pablo Casals y el arte del violoncello", *LE*, 9

ve recorrido del género, vamos a referirnos más bien a los textos de corte autobiográfico, y sobre todo a la sección de "España en el recuerdo", que tal vez constituye el espacio de la revista en donde los ensayistas se sintieran con más libertad de movimiento y de improvisación. Esta sección fue, asimismo, una de las que se sostuvieron con más regularidad a lo largo de la revista, reuniendo a unos dieciséis colaboradores provenientes de una amplia gama de las distintas regiones nacionales. Cada uno evoca a su manera ese lugar de España con el cual se siente más identificado, que normalmente es el lugar donde pasó su niñez o juventud.

El riesgo implícito en este tipo de escritura es que el autor caiga en una nostalgia sentimental enteramente autocomplaciente; es decir, que confunda el lugar en sí con los sentimientos (unívocos a fuerza de convencionales) que su recuerdo despierta en él. Si bien algunos de los autores caen, en efecto, en este escollo, uno de los rasgos más interesantes de los ensayos publicados en esta sección es, más bien, al contrario, la conciencia que sus autores tienen de los espejismos a los que la añoranza y la nostalgia invitan. Así, mientras que María Enciso, por ejemplo, se consuela con una Almería eternamente fija en el tiempo, dueña de una utópica felicidad, tal y como la concibe su imaginación ("El hombre almeriense es jovial y bondadoso; soñador, mira la vida con despreocupación, quizás porque en su tierra todo es fácil y risueño..."),[19] y mientras que Jesús Ruiz del Río exalta el eterno heroísmo de La Rioja, como lección permanente

(julio, 1948); Baltasar Samper, "Chopin en Mallorca", *LE*, 13 (octubre, 1949); Carlos Jiménez, "Manuel de Falla. La danza española moderna", *LE*, 1 (octubre, 1946); A. Folch Pi, "Comentarios acerca del lenguaje", *LE*, 3 (enero, 1947); Mariano Granados, "La unidad en el idioma español", *LE*, 8 (abril, 1948), y 9 (julio, 1948); José Luis de la Loma, "Ideas nuevas sobre la evolución y la herencia", *LE*, 12 (abril, 1949), 13 (octubre, 1949), 14 (febrero, 1950), y 19-20 (mayo, 1951); Juan Cuatrecasas, "Pedagogía y democracia", *LE*, 11 (enero, 1949), y 13 (octubre, 1949); Aurora Arnáiz, "La libertad y el ámbito jurídico", *LE*, 14 (febrero, 1950).

[19] María Enciso, *"España en el recuerdo.* Almería, ciudad arábigo-andaluza", *LE*, 3 (enero, 1947), p. 5.

"para buena parte de la actual juventud española, que sestea cómodamente en un conformista escepticismo",[20] Vicente Lascuráin, a la hora de evocar la "Invicta villa de Bilbao", se confiesa vacilante ante una realidad que se resiste a ser englobada en una sola percepción (o creación) monolítica: "Siempre que trato de evocar la figura un tanto desvaída de ese lugar donde el aldeano se hace cosmopolita o el hombre de mundo se pone blusa negra y boina, el recuerdo se desdibuja en imágenes distintas, como si en lugar de una existiesen varias villas de Bilbao."[21]

Además de la falta de contacto inmediato con la realidad histórica de los lugares evocados, lo que fomenta la mitificación es el filtro literario que muchas veces se interpone entre el memorioso y su pasado. Francisco Pina, desde el título mismo de su texto ("Orihuela y Gabriel Miró"), demuestra tener plena conciencia de esta mediación cultural: "Siempre que recuerdo a Orihuela –lo que me ocurre con frecuencia– se funde en mi recuerdo el lugar físico, real, en que transcurrieron los primeros años de mi vida y el sugestivo panorama recreado por Miró en dos de sus mejores obras. Orihuela... Oleza... Las dos se entrecruzan estrechamente, las dos se funden como una sola imagen en la pantalla de mi imaginación. Y de este modo, cuando evoco el río, cuyo sordo murmullo me adormeció en tantas noches infantiles, ¿es el Segura o el Segral el que acude a mi memoria?"[22]

El filtro puede funcionar, a veces, de manera sumamente reduccionista, como en el caso del ensayo de Luis Tobío, quien define Santiago de Compostela, su ciudad natal, en los siguientes términos: "Libertad sin desborde, orden orgánico, tolerancia, comprensión, humanidad, en suma: Feijoo".[23] Claro, casi todas

---

[20] Jesús Ruiz del Río, "*España en el recuerdo.* La Rioja violenta y acogedora", *LE*, 13 (octubre, 1949), p. 16.

[21] Vicente Lascuráin, "*España en el recuerdo.* Invicta villa de Bilbao", *LE*, 11 (enero, 1949), p. 16.

[22] Francisco Pina, "*España en el recuerdo.* Orihuela y Gabriel Miró", *LE*, 21-22 (abril, 1952), p. 40.

[23] Luis Tobío, "*España en el recuerdo.* Santiago de Compostela", *LE*, 12 (abril, 1949), p. 16.

las ciudades o regiones tienen más de un cronista o pintor literario, hecho que debería poner en entredicho este tipo de reduccionismo; sin embargo, en el caso de Mariano Granados lleva, al contrario, a afirmaciones tajantes sobre cuál versión es la "verdadera": "Hay una visión literaria de Castilla y del paisaje castellano, la más popularizada, la que culmina en el maestro Azorín, que es del todo inexacta. La Castilla de Azorín no es Castilla, es la Mancha. [...] La visión de Azorín está, por fortuna, compensada con la de Antonio Machado."[24] Desde luego, la discusión resulta algo baladí: en todo caso, la verdad de Azorín, o de Machado, sería una verdad estética y no una verdad de hecho.

Sin embargo, el filtro literario puede abrir un horizonte más amplio (y múltiple), como en el caso de José Bergamín, quien al evocar la capital española lo hace a través del lente que le proporciona, no éste o aquel otro autor, sino la tradición teatral madrileña en toda su larga y variada trayectoria. "A través de las peripecias escénicas interminables que forman en apretada haz el luminoso laberinto de nuestro teatro clásico, encontraremos siempre aquel aire que es su animador permanente, aire familiar madrileño: que arranca de Lope, culmina en Calderón y prolonga su aliento con más o menos ímpetus de ventolera, hasta los saineteros de los siguientes siglos (Cruz, Vega, Arniches, López-Silva), con ínfulas de clara conciencia popular de españolidad no menos poéticas que las que les dieron sus originales creadores."[25]

Para abrir un horizonte amplio y múltiple, hay que tomar distancia, cosa, desde luego, nada fácil para el desterrado, que suele buscar, al contrario, acercarse imaginativamente lo más posible a la patria perdida. Sin embargo, como señala Luis Santullano, por paradójico que parezca, es esta capacidad de distanciamiento lo que confiere interés y consistencia literarios a las evocaciones: "Para

---

[24] Mariano Granados, "*España en el recuerdo.* Soria", *LE*, 6 (septiembre, 1947), p. 16.

[25] José Bergamín, "*España en el recuerdo.* El Madrid de los Madriles", *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 1.

hablar equilibradamente de Asturias estorba un poco ser asturiano. Si Bergamín escribió, aquí mismo, garbosamente del Madrid de los Madriles, no es porque sea nacido madrileño –'Clarín' decía 'me nacieron', al hablar de su muy pasajera Zamora–, sino porque lleva dentro Bergamín la tierra andaluza, puede considerar a Madrid en la perspectiva del espacio y discurrir sin exaltación, ayudándole el cielo de Castilla, malagueño a sus horas."[26]

A nuestro juicio, los mejores ensayos recogidos en la sección de "España en el recuerdo" son precisamente aquellos que intentan tomar distancia frente a los lugares evocados, lo mismo que frente a los tópicos que se ofrecen para su evocación, tal y como propone aquí Santullano. Dicha actitud la encontramos, por ejemplo, en Agustín Millares Carlo, quien, al recordar las islas Canarias, contrasta con la visión idílica que ofrecen sus poetas (Alonso de Quesada y Tomás Morales) la realidad de un mundo sujeto a la modernización: "Es cosa bien sabida que la existencia y prosperidad económica del archipiélago se concentra en torno a sus dos grandes puertos: el de Santa Cruz de Tenerife y el de Las Palmas, uno de los mejores de España. De grandes reformas materiales, ensanches, muelles nuevos, desaparición de viejas calles, obras de saneamiento llevadas a cabo en tiempos recientes tenemos noticia. Pero a nosotros plácenos recordar el puerto de la Luz de nuestra infancia y adolescencia, el que suscitaba nuestros ensueños juveniles de más amplios horizontes, y que ahora, de vuelta de tantos desengaños, parece llamarnos con amoroso gesto."[27] La preferencia del autor se inclina claramente a favor de la imagen mítica de las islas, pero es precisamente la presencia en el texto de la conciencia de la otra realidad lo que confiere fuerza e interés a dicha imagen.

El esfuerzo por vencer las tentaciones de la "estampa romántica" encuentra su mejor expresión en los textos de Francisco

---

[26] Luis Santullano, "*España en el recuerdo.* Mi Asturias", *LE*, 2 (noviembre, 1946), p. 9.

[27] Agustín Millares Carlo, "*España en el recuerdo.* Las islas Canarias", *LE*, 14 (febrero, 1950), p. 14.

Rivero Gil y Manuel Andújar. Con una ironía deliciosa, el primero recuerda los días terriblemente grises y aburridos de su niñez en Santander: "Cuando me reúno con los amigos en asamblea de nostalgias –que se resumen siempre en canciones populares de las regiones donde nacimos– los recuerdos más lejanos vienen a mi mente con claridad de presencia y alejan por unos momentos el pesimismo de esta hora brutal y seca en que el lobo del materialismo devora, insaciable, las ovejas líricas del sueño. Vuelvo a los días infantiles, grises y lluviosos, inconcretos y desvaídos, pueriles, iguales, monótonos...: días del agrio maestro de la vieja escuela, oscura y antipática; del repiquetear de los tarugos de las abarcas sobre las losas de las aceras resbaladizas." Al arrancar, con mucha malicia Rivero Gil da a entender al lector que le va a propinar una historia idílica de su niñez con la cual consolarlo en "esta hora brutal y seca", para luego decepcionar la expectativa así creada, obligándole por fin a reconocer que su niñez tal vez fue otra hora "brutal" a su manera. Conforme avanza su evocación, el tono se vuelve cada vez más cáustico; la crítica, cada vez más eficaz: "La lluvia ejerce una dictadura implacable en Santander. Ella regula la vida y las costumbres de los santanderinos, imponiéndoles una existencia de reminiscencias lacustres, encerrados en los hogares, en las tabernas, en los cafés o en los centros de recreo, después del trabajo, para que se dediquen a la meditación sobre la conveniencia del cierre a blancas o a seises, la imprudencia de arrastrar de sota... o al piadoso y edificante ejercicio de la murmuración..."[28]

La evocación que ofrece Andújar de Málaga sigue un camino muy parecido, si bien con menos ironía. Rechazando, de entrada, la típica visión romántica de la ciudad andaluza, Andújar va en busca de "los sucesos que determinan su conciencia", sucesos de violencia relacionados, según él, con la miseria y el retraso cultural en que vivía la mayor parte de la población por los años (la dé-

---

[28] Francisco Rivero Gil, "*España en el recuerdo.* Santander", *LE,* 19-20 (mayo, 1951), p. 36.

cada de los 20) en que él habitaba la ciudad. De ahí que su mirada se fije, sobre todo, en los "patios de vecindad, fétidos y roñosos", por un lado, y, por otro, en el "desfile cursi por el Parque en la lironda mañana del domingo, después de la misa de una, para lucir arreos y cuchichear...". En algún momento su memoria lo lleva a subir hasta el castillo del Gibralfaro, donde "Málaga se aparta de sus rincones siniestros, de su trajín anacrónico, de su tañir de hipérbole y locura, y se convierte en un estremecido conjunto de vegetación, de montecillos pardos, de infinitos azules, de purísimos penachos de nube". Pero el refugio en el *locus amenus* de la naturaleza es brevísimo. En seguida, en transición más que abrupta, el autor nos hunde otra vez en la fealdad de la ciudad actual: "Las 'catetas' se mojan nalgas y canillas en los baños de Apolo y de la Estrella, pudorosamente resguardadas por esteras. En la calle de Trinidad Grund, los hundidos portales de los almacenistas parecen crujir de huesos cuando los carros del puerto pasan con enorme estrépito de ruedas y varales..."[29]

En fin, la sección de "España en el recuerdo" parece haber despertado críticas desde el primer número de la revista, sobre todo por parte de quienes vieron en ella una simple propuesta de escapar de la realidad hacia una visión idealizada e irreal del pasado.[30] Como acabamos de ver, la sección dio resultados muy variados, que de ninguna manera pueden despacharse de forma tan sencilla. Si bien hubo textos que no pretendieron otra cosa que consolarse con una imagen tópica (y utópica) de la España perdi-

---

29 Manuel Andújar, "*España en el recuerdo.* Málaga", *LE*, 4 (marzo, 1947), p. 16.

30 Al comentar la aparición del primer número de *Las Españas*, Emilio G. Nadal, escribiendo desde París, censuró lo que le pareció "una naciente desorientación histórica entre los españoles que en 1939 se fijaron en tierras americanas y siguen prisioneros de sus recuerdos, cuando de lo que se trata es de vivir la vida de hoy, como base de partida para el porvenir, y no de soñar con el pasado". Luego agregó: "a la vuelta de la esquina acecha, como sanción implacable, lo que ya le aconteció una vez a la mujer de Lot". Véase Emilio G. Nadal, "*Las Españas*", *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles* (París), núm. 27 (febrero, 1947), p. 9. Nadal parece haber exagerado la importancia dada en la revista a la sección de "España en el recuerdo", tal vez porque en ese primer número apareciera en primera plana. En todo caso, la crítica tuvo su respuesta (directa o indirecta) en el artículo de Daniel Tapia, "La otra mujer de Lot", *LE*, 9 (julio, 1948), p. 11.

da, hubo otros que quisieron subrayar al contrario las razones por las cuales habían luchado en la guerra civil y por las cuales seguían luchando (aunque ya de otra manera) en el exilio. En este sentido, no estaría de más terminar esta sección reproduciendo la pequeña estampa angustiante de la Santander franquista con la cual Rivero Gil contrasta sus recuerdos (de todos modos tristes) de la Santander de su niñez: "Ahora me imagino una estampa dramática: la de una anciana en soledad definitiva (el compañero de su vida ancló en la rada postrera y fatal, y sus hijos, víctimas de la galerna cainita, arribaron, náufragos, a las costas de América) que, en la noche de su miseria, cuenta y recuenta sus escasas monedas, angustiada porque, al día siguiente, tiene una cita clandestina con un kilo de arroz..."[31] La nostalgia por la España presente en el recuerdo no podía desligarse de la preocupación por la España actual.

2. CUENTO

En comparación con el ensayo, el cuento ocupa en *Las Españas* un espacio más bien modesto. Por razones prácticas la revista sólo podía acoger a los cuentos más cortos; pero, aun así, el hecho no deja de ser paradójico, si recordamos que los editores de la revista figuran entre los más importantes narradores del exilio.[32] En el exilio la narrativa en general no tuvo el auge que, por

---

[31] Francisco Rivero Gil, art. cit., p. 28.

[32] Tanto Manuel Andújar como José Ramón Arana son mencionados en el libro de José R. Marra-López, *Narrativa española fuera de España (1939-1961)*, Guadarrama, Madrid, 1963, lo mismo que en el estudio de Marielena Zelaya Kolker, *Testimonios americanos de los escritores españoles transterrados de 1939*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1985. Sobre la obra de Manuel Andújar, puede consultarse, además, el número monográfico de la revista *Anthropos* (Barcelona), núm. 72 (mayo, 1987). En comparación, la obra de Arana ha sido muy poco estudiada; para una primera aproximación, véanse el estudio de Santos Sanz Villanueva, "La narrativa de José Ramón Arana", en José Manuel López de Abiada (ed.), *Entre la cruz y la espada: En torno a la España de posguerra. Homenaje a Eugenio G. de Nora*, Gredos, Madrid, 1984, pp. 313-325, así como el ensayo de Manuel Andújar, "José Ramón Arana", *Signos de admiración*, Diputación Provincial, Jaén, 1986, pp. 66-73.

otra parte, hubiera sido de esperarse si se toman en cuenta las dramáticas experiencias por las cuales todos los exiliados habían pasado, primero con la Guerra Civil, y después a raíz de la diáspora misma. Algunos colaboradores de la propia revista, perplejos ante este fenómeno, quisieron atribuirlo a la influencia que tuvieron en la formación de los escritores republicanos las ideas de Ortega y Gasset sobre la deshumanización del arte. Así, por ejemplo, Isidoro Enríquez Calleja, quien acusa al autor de *Ideas sobre la novela* de haber contagiado a los jóvenes con su gusto por "lo narciso" y "lo abstracto".[33] La verdad se antoja un poco más compleja. En primer lugar, conviene recordar que, en tiempos de la Segunda República, la novela "deshumanizada", si bien presente en la obra de un Benjamín Jarnés o de una Rosa Chacel, se encontraba en plena desventaja ya frente al éxito que iba obteniendo la nueva novela social practicada, entre otros, por César M. Arconada, José Díaz Fernández y Ramón J. Sender. Es decir, las razones profundas habría que buscarlas más bien en la experiencia misma vivida por los escritores republicanos tanto en el transcurso de la guerra como después, durante el exilio. Generalizando tal vez en exceso, se podría decir que en 1946 existían razones muy válidas para que los novelistas y cuentistas del exilio no se inspiraran en dichas experiencias. La Guerra Civil fue, desde luego, el escenario de muchas acciones heroicas (y también de otras muchas trágicas) realizadas por los republicanos que se prestaban como pocas a un tratamiento novelesco. Sin embargo, la contienda también dio motivo a muchísimos conflictos políticos dentro del campo republicano; conflictos de los cuales el escritor también tendría que hablar si buscara reflejar las vicisitudes de la guerra de manera fiel. Pero hablar de dichas realidades desde el exilio tal vez sólo habría servido para prolon-

---

[33] Isidoro Enríquez Calleja, "*Figuras de España*. Emilia Pardo Bazán", *LE*, 2 (noviembre, 1946), p. 9. Ortega fue muy atacado por diferentes sectores de la emigración republicana (y no sólo por sus ideas estéticas). El ataque más violento a la influencia de Ortega en la narrativa española fue, sin duda, el que escribió Max Aub, *Discurso de la novela española contemporánea*, El Colegio de México, México, 1945.

gar las agrias discusiones; en todo caso, habría ayudado muy poco a la causa republicana, que dependía en gran medida de la capacidad de los republicanos de ofrecer una imagen de unidad ante el mundo.

Por otra parte, la experiencia del exilio (en el caso de los republicanos refugiados en México) fue la historia del encuentro con un mundo nuevo que no dejaba de desconcertar y (en algunos casos) de decepcionar. Los republicanos españoles exiliados en México sentían un profundo y auténtico agradecimiento al pueblo mexicano por la generosa ayuda prestada, que les permitió no sólo rehacer sus vidas, sino en muchos casos incluso salvarlas; pero no por eso dejó de haber problemas de convivencia y de integración. Introducir el exilio como tema de sus narraciones hubiera significado que los escritores exiliados hablaran también de estos roces, recelos y malentendidos. Como nos recuerda Carlos Blanco Aguinaga, la narrativa es precisamente el género que puede representar "no sólo las ambigüedades y contradicciones del interior de una 'tribu' sino las ambigüedades y contradicciones que surgen inevitablemente en las relaciones de esa 'tribu' con otras".[34] Pero, precisamente a raíz del agradecimiento que se les tenía a los mexicanos, los escritores españoles prefirieron, en general, soslayar el tema. Lo cual es muy natural: cualquier cosa antes de herir las susceptibilidades de sus anfitriones.

Hubo casos de novelistas y cuentistas quienes, con inteligencia, supieron resistir ambas presiones. El mejor ejemplo sería Max Aub, tanto en su capacidad de novelista de la guerra y de los campos de concentración (el *Laberinto mágico*), como en su papel de cuentista del exilio (*La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco*). Sin embargo, no cabe duda de que ambas presiones sí existían y de que influyeron de alguna manera en el

---

[34] Carlos Blanco Aguinaga, "Otros tiempos, otros espacios en la narrativa española", en Nicolás Sánchez-Albornoz (ed.), *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Sociedad Estatal Quinto Centenario/Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1991, p. 31.

ánimo de muchos de los novelistas y cuentistas republicanos, restringiendo así su natural campo de acción.

Finalmente, habría que tomar en cuenta también el problema del público. Aun cuando los escritores exiliados decidieran ocuparse de los temas mencionados, que eran los que tenían más a la mano, de todos modos se enfrentaban con un obstáculo muy grande: la ausencia de un público a quien dirigirse. Era un problema que los cuentistas y novelistas compartían, claro está, con los demás intelectuales del exilio; pero, dadas las características inherentes al género narrativo, para ellos el problema tal vez cobrara dimensiones superiores que para los poetas o los ensayistas. Acostumbrados a alimentarse de aspectos del movimiento social en que se encontraban inmersos, sólo contaban con el apoyo y el diálogo de aquellos (escasos) lectores que compartían con ellos esa misma realidad; a saber, los demás exiliados. El ensayista o el poeta, en cambio, siempre podían ocuparse directamente de temas de orden más universal, abriéndose así a un público más amplio. Si el cuento no se destacó de manera más evidente en las páginas de *Las Españas*, fue seguramente a raíz de este conflicto, que tan bien describiera Francisco Ayala en un ensayo titulado, precisamente, "¿Para quién escribimos nosotros?"[35] Ajenos, en mayor o menor medida, a los lectores de los países a los que llegaron y alejados de las nuevas realidades surgidas después de la guerra en su tierra natal, los novelistas y cuentistas exiliados escribieron a veces para los demás exiliados; a veces, sólo para sí mismos. En realidad, no es de sorprenderse el que no hayan escrito más.

La gran mayoría de los cuentos publicados en *Las Españas* son obra de republicanos españoles exiliados en México. A diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, en el caso de la poesía, los escritores disidentes de la España de Franco apenas son representados. Figura un solo relato proveniente de la península: "Ali-

[35] Francisco Ayala, "¿Para quién escribimos nosotros?", *Cuadernos Americanos* (México), año VIII, vol. XLIII, núm. 1 (enero-febrero, 1949), pp. 36-58.

cante", de autor anónimo, ganador del "Premio Benito Pérez Galdós" que organizara la propia revista. El relato, algo inverosímil (hay que decirlo), cuenta las últimas horas de un republicano, condenado a muerte por las autoridades franquistas. El criterio defendido por el jurado del premio parece haber sido político más que estrictamente literario.

Como ganadores (o finalistas) de premios organizados en el exilio, se publican también dos cuentos escritos por mexicanos. "Pepa Martínez" es el título del texto con el que Alfredo Granguillhome ganó el concurso de cuento organizado por El Ateneo Español de México. Más que un cuento, se trata de una leyenda que versa sobre un hombre, un tigre y una mujer; aunque escrito con gran soltura, presenta un mundo de costumbres indígenas que contrasta vivamente con los demás cuentos recogidos en la revista. El otro cuento mexicano, "¡Terrible noche!", se debe a la pluma de José Mancisidor y fue "Recomendado por el Jurado" del mismo Premio Benito Pérez Galdós que ganara el autor anónimo de "Alicante". La historia es muy elemental: un barco mexicano es hundido por un submarino alemán durante la segunda Guerra Mundial. El protagonista, el fogonero Froylán Domínguez, está a punto de ahogarse, pero de pronto se acuerda de unas palabras de exhortación que le había dirigido el general Líster, cuando, como voluntario mexicano, había luchado en la Guerra Civil española del lado de los republicanos. Animado por estas palabras, el fogonero no se deja vencer por el mar y finalmente es salvado... En fin, el interés del cuento parece limitarse al afán del autor por comunicar un mensaje de solidaridad con la causa republicana.

De entre los cuentos de los autores exiliados cabe destacar, en primer lugar, "Los mulos enamorados", una sátira de la España franquista debida a José Herrera Petere. La historia que se nos cuenta es la de un guardia civil de provincia quien, en la mejor tradición valleinclanesca, quiere acostarse con la esposa de un superior suyo, un comandante de las fuerzas de Franco que, en esos momentos, se encuentra en el frente: la corrupción de va-

lores personales se proyecta como correlato de la corrupción de valores públicos. Otra figura consagrada es Max Aub, quien colabora con "Gato por liebre", un relato que versa sobre la quema de imágenes religiosas tanto en España como en México. Contado como conversación en una cantina mexicana, el texto da fe de la gran sensibilidad que tenía Aub para captar el habla y carácter de los mexicanos, virtudes que tal vez encontrarían su máxima expresión en sus *Cuentos mexicanos (con pilón)* (1959). Aunque de autor menos conocido, "El encuentro", de Pablo de la Fuente, reviste indudable interés temático. Se trata de un cuento en que se expresa la angustia y el miedo que causa la idea de regresar a una España ya extraña para los exiliados. El protagonista del cuento, al volver a su país, reconoce con dificultad a su madre, que ha permanecido en España, y no se atreve a presentarse ante ella; se limita a mirarla de lejos, escuchando las fantasías que ella va tejiendo acerca del hijo ausente.

Varios de los relatos tuvieron como tema el mundo de Cervantes, hecho que, si bien pudo haberse debido a una circunstancia casual –la celebración en 1947 del cuarto centenario del nacimiento del autor manchego–, de todos modos confirma la enorme (y benéfica) influencia que la obra de Cervantes ejerció en casi todos los colaboradores de la revista. De tema cervantino aparecieron cuatro relatos: "La desenvuelta Altisidora", de Benjamín Jarnés; "'Sancho Panza'; la cruzada de Sancho el idealista", de Jean Camp; "Aldonza y el viento", de Paulita Brook y "Dulcinea no está en el Toboso" de José Luis Sánchez Trincado. Los tres primeros tienen en común un aspecto que podríamos situar en la génesis de su impulso narrativo: parecen escritos como si fueran capítulos que Cervantes hubiera dejado de lado en la redacción final de su obra cumbre. El de Sánchez Trincado se lee, en cambio, no como una continuación del mundo cervantino, sino como una simple proyección sobre los personajes cervantinos de los problemas que los españoles vivían en ese momento.

"La desenvuelta Altisidora", de Benjamín Jarnés, es un cuento en el que el autor combina sus capacidades narrativas con sus

preocupaciones críticas: se presenta a una febril Altisidora que, tras la visita de don Quijote, aparece contagiada por el "quijotismo" y que sueña en convertirse en la imposible rival de Dulcinea. Altisidora, según el cuento, se enamora de don Quijote con un amor similar al que éste profesa a Dulcinea. En un momento en que parece salirse de la circunstancia narrativa para exteriorizar sus preocupaciones críticas acerca de la obra, el narrador del cuento –una especie de metanarrador a quien cabe identificar con el propio Jarnés– reflexiona de esta manera:

> No sabemos si Altisidora llega ya a amar a don Alonso Quijano; pero, desde luego, ama a don Miguel de Cervantes. ¿O es Altisidora el mismo espíritu de Cervantes? Tal vez don Miguel haya querido arrancarse de una costilla de sí mismo una mujer que sirva de contrapartida a la princesa del Toboso. Y esta mujer bien podría llamarse "ironía", aunque él la llame "Altisidora".[36]

"'Sancho Panza'; la cruzada de Sancho el idealista", de Jean Camp, se sitúa en un ambiente en que el sueño y la realidad no dejan de entrecruzarse. La acción se desarrolla después de la muerte de Alonso Quijano. El escritor francés ve a Sancho como un cruzado que, en peregrinación, se dirige hacia un oasis en que se encuentra Dulcinea. Ella es vista –en una reminiscencia del amor cortés, muy acorde con el fervor quijotesco por su amada– como una especie de santa o de virgen, objeto de veneración. La religión que Sancho defiende es, no podía ser otra, la quijotesca. Sancho guía a todos los desvalidos de España pero, tras un largo y penoso peregrinar, todos mueren, él incluido. Sólo en su último delirio –quizá después de su muerte– es capaz de llegar Sancho, en compañía de don Quijote, hasta el ser que ambos veneran: Dulcinea.

Paulita Brook, en "Aldonza y el viento", muestra la perspectiva de Aldonza –que no Dulcinea– en el momento en que don

---

[36] Benjamín Jarnés, "*El cuento del mes.* La desenvuelta Altisidora", *LE*, 3 (enero, 1947), p. 7.

Quijote y Sancho se encuentran con las campesinas en un paraje cercano al Toboso. Según este relato, las obsesiones de don Quijote son compartidas –en sueños, en su intuición, por medio de las voces que el aire produce en sus cántaros– por Aldonza. Ella aparece como mudo testigo del encuentro entre don Quijote y Sancho con las tres arrieras. El contraste que marca Cervantes entre Aldonza y Dulcinea es recogido aquí como el choque entre Aldonza (una Aldonza que en sueños se acerca a Dulcinea) y la áspera realidad que la circunda.

"Dulcinea no está en el Toboso" de José Luis Sánchez Trincado es un relato difícil de juzgar, más que nada por el hecho de que, al parecer, no se publicó completo en la revista. Al final se anuncia una segunda parte que nunca apareció. Este relato está escrito en forma de diálogo entre varias voces, ninguna de ellas correspondiente a un personaje muy definido. Aunque la plática versa sobre diferentes temas, en todos los dialogantes subyace la preocupación de lo que ha sido España para la gente de pueblos como el Toboso. En el diálogo se contraponen dos puntos de vista acerca de España, basados en las figuras de Alonso Quijano y don Quijote, quienes representan, uno, la pasividad, otro, la actividad; uno, las letras, otro, las armas, etc. El relato no parece muy prometedor, como tampoco resultan muy afortunados los otros dos cuentos de Sánchez Trincado que aparecen en la revista, "El farol" y "La muerte vegetal", textos en los que el autor juega, sobre todo, con la animación de objetos inanimados.

Si bien en las páginas de la revista aparecieron varios cuentos, el principal impulso a la narrativa se dio directamente en abril de 1949, con la publicación del "Tercer Suplemento de *Las Españas*", que llevó el título de *Once cuentos*. La declaración de propósitos que encabeza el cuaderno es muy explícita.

> Reunir en la expresión literaria del cuento, de tan rica ejecutoria española, las diversas generaciones que componen nuestra emigración, los distintos estilos que la interpretan, presentar junto a las firmas de sólido prestigio, de indudable categoría, las de más em-

peño y porvenir de nuestra juventud, en comunidad de afanes y esfuerzos, es la finalidad que perseguimos.

Es decir, el suplemento pretende dar testimonio de dos cosas: el interés de la revista por la prosa narrativa en sí, que desde este medio se impulsa, y el interés más específico de los directores de la revista por promover la obra de los jóvenes escritores exiliados. Pero, junto con este afán de difusión y de promoción culturales, se expresa también un deseo de ayudar a los narradores exiliados a superar las dificultades con que se enfrentan a causa del desarraigo:

> Consideramos esta primera serie de cuentos como la iniciación de una tarea en la que nos proponemos recoger, a todo lo largo y ancho de nuestro exilio, en su máxima dimensión de intensidad y espacio, las manifestaciones de un espíritu colectivo que no ha perdido, sino acendrado, su histórica condición creadora, pese a los graves obstáculos de ambiente y desarraigamiento con que suele tropezar, no obstante los factores de anacronismo, desmoralización y podredumbre que vanamente lo amenazan en sus mejores esencias.[37]

Este primer suplemento de *Once cuentos*, que no tendría continuación, reunió obras de José Ramón Arana, Rosa Ballester, Álvaro Custodio, Isidoro Enríquez Calleja, Mariano Granados, Ramón J. Sender, Paulino Masip, Andrés Nerja (seudónimo de Manuel Andújar), Mercedes Rodoreda, Tomás Segovia y Arturo Souto Alabarce. Si bien la calidad de estos cuentos es irregular (las alambicadas disquisisiones sobre el amor de Granados y Ballester, por ejemplo, tienen escaso mérito literario), el conjunto es interesante por varios motivos: en primer lugar por el logro de reunir modos y temas propios de escritores de tres momentos diferentes del exilio: los que ya publicaban antes de la guerra (como Sender y Masip), los que lo comenzaron a hacer a partir

---

[37] *Once cuentos*. Suplementos de *Las Españas* 3, México, 1949, s.p.

del exilio (como Arana, Custodio, Andújar y Rodoreda) y los escritores completamente formados en el ambiente exiliado (como Segovia y Souto). Por otra parte, es en este Suplemento en donde vemos representados varios de los temas más característicos de los exiliados.

El cuento de José Ramón Arana presenta un rasgo que, según José R. Marra-Lopez, fue una de las constantes de los narradores exiliados: la influencia de Miguel de Unamuno. Aunque para el crítico este interés se debió a su "visión agónica del mundo en lucha, del hombre en lucha con el mundo sin esperanzas de victoria",[38] Arana nos muestra que también las preocupaciones narrativas unamunianas resultaron instructivas para los narradores exiliados. Arana nos presenta en este relato –un poco al estilo de *Niebla*, aunque también con semejanzas con Pirandello– a un "personaje" que narra la vida de su autor, intentando explicarse qué fue lo que le llevó a su vocación literaria.[39] Aunque el cuento ofrece algunas propuestas interesantes, al interpretar la vida como un constante proceso de sustitución de mitos (lo cual lo lleva, a su vez, a presentar la vocación literaria del autor como un deseo de conservar su mitología particular), finalmente no parece existir una correspondencia suficiente entre el recurso narrativo y el tema que el cuento desarrolla. El juego del "personaje" que narra la vida del autor parece un elemento ajeno, incrustado en el argumento del relato, pero no incorporado a su estructura.

---

[38] José R. Marra-López, *op. cit.*, p. 72.

[39] Estas preocupaciones temáticas encuentran eco en un ensayo de Arana sobre Gorki, en donde, partiendo de una lectura de la obra del escritor ruso, el español se pregunta sobre la naturaleza última de la realidad: "¿Qué es realidad para Gorki? ¿Es sólo el mundo físico y nuestro choque con él para seguir viviendo, o es también la disconformidad con el ser que se es y el ansia de otra vida más noble y más humana?" Y más adelante, agrega: "Vivir por vivir no interesa al hombre. Le interesa vivir para ser. ¿Para ser qué? Eternidad, diría yo. Eternidad en Dios o eternidad en los hombres, que tanto monta. Y no se venga con la monserga de que este sentimiento religioso de la vida nace del miedo a la muerte. Nace de algo mucho más hondo e inteligente que el terror a morir, nace del terror a no ser." En José Ramón Arana, "El hombre y el medio. Comentarios a un artículo de Máximo Gorki", *LE*, 8 (abril, 1948), pp. 11-12.

Los cuentos de Álvaro Custodio y de Paulino Masip tienen alguna semejanza entre sí en cuanto ejemplifican el deseo de los exiliados por explicarse y valorar lo sucedido en la guerra civil. Masip sitúa la acción del relato en la España anterior a la guerra civil. Un acontecimiento, al parecer sin importancia, permite al autor prefigurar la destrucción irracional de la guerra civil: un grupo de muchachos, alentados por el alcohol y "poseídos por el espíritu de la violencia", compran todos los cacharros a un alfarero con el solo propósito de destruirlos a pedradas. El hombre se entristece y se indigna, recogiendo los restos de la primera andanada de pedradas. Para los jóvenes, el gesto del anciano alfarero significa únicamente el fin de la diversión. El cuento termina con un epílogo que anima al lector a realizar una lectura alegórica muy específica: "No mucho tiempo después, el alfar del señor Bautista y de su hijo ardió en llamas. Fue la rotura grande. Era la guerra civil."

Álvaro Custodio, por su parte, elabora en "El juicio del Escorial" una especie de fantasía política. Una vez muerto, Franco es enjuiciado por Carlos I, Felipe II y Carlos III cuando intenta ocupar un lugar entre los muertos del Escorial. Los reyes lo enjuician desde los parámetros de la historia de la España que él mismo reivindica: como resultado lo culpan de arribismo y oportunismo; no es absuelto ni siquiera desde el punto de vista de la hispanidad que propugnó. Es un juicio diferente al que le harían la mayoría de los exiliados, pero igualmente negativo. En este cuento, que se desarrolla en su mayor parte en forma dialogada (no por nada Custodio se convertiría, con el tiempo, en distinguido dramaturgo), es también interesante el contraste que establece el autor entre el lenguaje insípido de Franco y la grandilocuencia de sus jueces.

Los relatos de Manuel Andújar y Mercedes Rodoreda también presentan cierto parecido entre sí. Ambos tratan de un momento muy específico que determina la vida de sus personajes. En "José continúa su camino", el relato de Andújar, el protagonista, al dejar el trabajo, siente una especie de laxitud que lo con-

duce –no por costumbre, porque nunca va, sino por una especie de fatalismo no libre de remordimientos– a la taberna del lugar. Este momento, y algunas copas que se toma, llevan a José a abandonar todo lo que hasta ese momento ha constituido su vida: su mujer, su hija, su pasado. El interés del cuento radica en la transformación de José, de un ser sumiso y tímido, en alguien capaz de abandonar todo por buscar un nuevo camino, una nueva vida, borrando de su mente, en un momento, todo lo que le oprimía. Cambio total de vida con que más de un exiliado habría soñado.

El interés del relato de Rodoreda, "El espejo", se centra en los diferentes registros narrativos (la anécdota en sí es banal). El momento decisivo para la protagonista de la historia se da cuando le diagnostican diabetes. En el camino a su casa, como un acto de rebeldía, compra galletas y dulces y, al llegar a su habitación, en casa de su hijo, se los come mientras se mira en el espejo. Hasta este momento la narración es convencional: se desarrolla principalmente en tercera persona, con un narrador omnisciente. La contemplación en el espejo y quizá el placer de la transgresión en contra de su propia salud, le incitan el recuerdo. A partir de este momento el relato alterna trozos de descripción con rasgos de algo que quiere parecerse a monólogo interior. El interés de este último recurso, aun cuando no está del todo logrado, consiste en la superposición de los recuerdos con el presente, e incluso la superposición de personajes: su marido y su amante. Por este medio, la protagonista nos permite saber de su relación con su amante; de su despecho y de la decisión de casarse con un hombre que eligió sólo como víctima; del odio que guarda a su hijo por ser hijo también de su amante, etc. Hacia el final, la protagonista llega a la conclusión de que la persona que ve en el espejo no es ella misma, sino otra que fue, que ahora sólo vive en el desván de los recuerdos. Una reflexión, en fin, sobre el individuo y la falta de una identidad fija en la vida.

El cuento de Segovia, "Otoño", trata otro de los temas privilegiados por los exiliados, la infancia, aunque en este caso, si el

autor invoca esta edad, no es para añorarla, sino más bien con el fin de explicarse un momento preciso de su experiencia como niño refugiado en Francia: reunido un día con su padre y su hermano en un parque, de repente, durante un instante, el niño siente por primera vez lo que es la soledad. De acuerdo con el relato, en adelante el niño se convertirá en un ser marcado por la soledad, por muy acompañado que esté por los seres que lo aman. Asimismo, a partir de este instante en que la soledad se apodera de él, el sentimiento de separación también lo invade: "Desde aquel momento, estaba separado de todo lo demás, y eso precisamente porque tenía intereses, porque amaba algo, porque aspiraba a algo." Una vocación poética había nacido.

Los cuentos de Sender y Souto, aunque muy diferentes entre sí, tienen en común el hecho de que ambos se refieren al lugar que los acogió (permanentemente) como refugiados: Estados Unidos en el caso del primero, México en el caso del segundo. En una narración repleta de ironía, Sender nos cuenta la historia de Miss Slingsby, una señorita de la más pura cepa puritana de Nueva Inglaterra. El relato trata, sobre todo, de la muerte de Miss Slingsby, de su testamento y de la relajación de la disciplina que se produce entre sus sirvientes y sus animales cuando sus restos –cremados– salen de su hogar. Sender se divierte. Aprovecha todo este ambiente puritano para adoptar una perspectiva irónica, distanciada, que en varios casos llega a la ridiculización de las motivaciones de sus personajes: por ejemplo, Miss Slingsby "quiso dar la impresión de que sólo se moría ligeramente, pero –quién iba a pensarlo– se murió del todo y para siempre". Así, aunque la acción en sí es bastante trivial, el relato constituye una muestra muy lograda de construcción irónica de ambientes y personajes; una construcción seguramente facilitada, en parte, por la falta de compenetración del autor exiliado con la sociedad estadounidense en que vivía.[40]

---

[40] Sobre este punto de la compenetración o no del exiliado con su lugar de destino y las consecuencias que pueda traer para la escritura, véanse las observaciones de Marra-López, *op. cit.*, p. 115.

El relato de Souto tampoco está exento de ironía; pero, tal vez porque el autor, por más joven, había logrado adaptarse mejor a su lugar de destino, los resultados de esta ironía son muy distintos. El cuento –convencional, pero bien logrado– se desarrolla en un ambiente rural mexicano y trata del conflicto tácito que se entabla entre el cura del lugar y el médico recién llegado. La beligerancia del cura en contra del médico –en esto Souto se inclina por la explicación de un poder que se siente minado– es castigada inopinadamente, cuando el propio cura recibe la golpiza que había mandado dar al médico. Éste, al percatarse de que el cura está herido, también advierte que, además de golpeado, ha sido picado mortalmente por un escorpión. El escritor recurre a coincidencias y casualidades un tanto forzadas, pero que se ven matizadas por la presencia del sacristán. Contrapunto de la figura del cura, éste lo oye y obedece sin oponérsele; sin embargo, su conducta contrasta con la frenética negativa del cura a ver aminorada su influencia en la estructura social del pueblo. Es decir, la ironía sirve claramente para poner al lector del lado del progreso y del libre pensamiento y en contra de fuerzas políticamente reaccionarias.

Vistos en su conjunto, los relatos, tanto los de la revista como los del suplemento, conforman una especie de mosaico de los temas que la crítica ya viene señalando como característicos de los relatos escritos en el exilio: el recuerdo de la patria –muchas veces, de la patria chica– anterior a la guerra; recuerdos de la guerra; elucubraciones sobre la realidad actual de la patria perdida; la presencia (algo difuminada) de los paisajes nuevos; la identificación (o falta de identificación) con el mundo nuevo; el sueño del regreso; la falta de perspectiva con respecto al futuro; el cuestionamiento de la propia personalidad, etc. Así, aunque muy desiguales en cuanto a la calidad literaria alcanzada, son materiales de indudable interés para quien quiera estudiar las vicisitudes de este género en el exilio.

3. TEATRO

Si la falta de un público era un problema serio para los narradores del exilio, para los dramaturgos era un obstáculo casi insuperable. Una obra de teatro sólo existe plenamente en el momento de su puesta en escena, pero si no se cuenta con un público adecuado, ¿cómo conseguir que se monte? ¿Quién va a costear la producción? Fue un problema tan grave que, de hecho, en el exilio mexicano, ni siquiera un dramaturgo de la importancia de Max Aub pudo ver representada la mayoría de sus obras.[41] Los dramaturgos podían publicar el texto de sus obras, pero, desde luego, no eran muchas las personas interesadas tan sólo en leerlas. Es decir, el teatro fue, por mucho, el género literario más castigado por las consecuencias del exilio.

Hay que señalar, por otra parte, que el teatro mismo (en México, como en muchas partes del mundo) pasaba por un momento muy difícil, viéndose rebasado, en el gusto del público mayoritario, por el cine. Esto provocó la protesta de no pocos. En *Las Españas* figura, por ejemplo, un artículo de María Martínez Sierra, quien hizo una defensa apasionada del teatro frente al cine, al que ni siquiera consideraba como arte, sino simplemente como un milagro de la tecnología moderna.[42] El gusto del público, desde luego, terminó por imponerse; pero más que llevar a la desaparición total del teatro, como Martínez Sierra parecía temer, determinó su transformación. En muchas partes del mundo el teatro se fue convirtiendo, por estas fechas, en un arte "experimental", que si bien se desarrollaba al margen de los gustos predominantes, no por ello resultaba menos importante su función social.

En México, y concretamente en *Las Españas*, este cambio fue observado con mucho interés por Manuel Andújar, quien alu-

---

[41] Sobre este punto, véase el trabajo de Domingo Adame, "Max Aub en México: Teatro y crítica", en Cecilio Alonso (ed.), *Actas del Congreso Internacional "Max Aub y el laberinto español"*, Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 1996, pp. 788-804.

[42] María Martínez Sierra, "Arte y milagro. El teatro y el cine", *LE*, 11 (enero, 1949), p. 5.

dió al tema en un ensayo publicado en 1950. Sus comentarios partieron de una preocupación muy parecida a aquélla expresada por Martínez Sierra: "Fenómeno altamente significativo de los últimos años es la inquietud –artística, mental– que el teatro polariza. En pleno imperio de las falsas imágenes, del alma mecánica que el cinema graba en las multitudes pasivas, avezadas a recibir sus alegrías, emociones e ideas de la muda sombra, del primitivio reflector mágico donde prevalece hoy la técnica que sólo tiende a una finalidad utilitaria, surge la disconformidad del hombre, el afán escaldado de encontrar una expresión cabal, el retorno –pletórico en experiencias, rico en dolor e ilusiones– a los valores esenciales de la palabra. Y la tesis calderoniana ('es representación la humana vida') adquiere plena actualidad, en dramática simbiosis del sujeto y del tiempo, del accidente histórico y de la persona nuda, sencilla o compleja, en soledad o en compañía." La lucha era dura, pero, según explica después, la causa del teatro de ninguna manera estaba perdida:

> Por doquier nacen y actúan grupos acuciados por esta discrepancia, los guerrilleros del teatro nuevo. El empaque profesional les parece el peor absurdo, la fealdad suma. Son disidentes, herejes. Su lucha se endereza, por lo pronto, a revolucionar el gusto estragado y manso; bucean a sus anchas si el texto interpretado sacude con repique escandaloso los oídos apacibles, irrita las opiniones inertes e inermes. Alienta en ellos una secreta y fervorosa voluntad de zaherir todos los prejuicios. Y cuando aguardan la reacción airada del medio, descubren, embriagados de sorpresa, que su audacia suscita ecos de vaga simpatía, resonancias de una elemental comunión. Perciben, en fin, que no están aislados, que sus esfuerzos reflejan una aspiración general, difusa y amorfa. La sed de raíz y elevación que les reconcome es gruesamente compartida.[43]

El comentario (si bien muy optimista en su diagnóstico) resulta instructivo en cuanto a la paulatina evolución por la cual el

---

[43] Manuel Andújar, "El teatro español en la edad de oro", *LE*, 15-18 (agosto, 1950), pp. 94-95.

teatro en México, en efecto, estaba pasando entonces; pero, cabe insistir que, incluso en este ámbito incipiente de teatro "experimental", había muy poco lugar para el teatro del exilio español; la orientación de los "guerrilleros del teatro nuevo", según la frase de Andújar, se definía más bien, como era natural, en función de las realidades mexicanas.

En vista de estas circunstancias no debe sorprender el que en *Las Españas* se dedique poco espacio a dicho género. Por medio de un concurso que organizan, anunciado como el "Premio Federico García Lorca", los directores de la revista intentan estimular interés en este campo de creación literaria (así como, con otros premios paralelos, promueven la creación en otros géneros). El resultado de este esfuerzo es bastante modesto, dando como único resultado digno una farsa de Daniel Tapia, cuyo texto se reproduce (ilustrado por Ramón Gaya) en el número 10 de la revista.[44] Se trata de una breve obra alegórica en la que el "enfermo" del título resulta ser un demócrata que cree en la justicia y, por lo tanto, en la posibilidad de un camino político alejado tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda. Su médico de cabecera le aconseja una actitud pragmática: "Si os empeñáis en conservaros demócrata puro, las dos fuerzas contrarias acabarán por aplastaros. No tenéis un sitio en el mundo, un lugar sólo para vos."[45] Pero, animado por la figura ale-

---

[44] La decepción de los miembros del jurado queda reflejada en el texto de su fallo. Éste, firmado por Rodolfo Usigli, Ceferino Palencia y Max Aub, reza como sigue: "En México, a 2 de julio 1948. Reunidos en el domicilio de Rodolfo Usigli los abajo firmantes como miembros del jurado calificador de las obras teatrales en el concurso abierto por la revista *Las Españas*, estiman que ninguno de los ocho trabajos presentados es merecedor del premio. Ahora bien, teniendo en cuenta las cualidades de algunas de las obras presentadas, aconsejan a la dirección de la revista que, para estímulo de sus autores, sea dividida la cantidad asignada al premio en tres sumas: la una de trescientos pesos y de cien pesos las otras dos; aplicada la primera a la farsa titulada 'El enfermo curado y el médico difunto' de don Daniel Tapia, y las demás a 'Sigue la tormenta' de don Angel Martín y Martín y a 'La dudosa utilidad' de don Enrique F. Gual." Véase "Fallo del Jurado", *LE*, 10 (septiembre, 1948), p. 6.

[45] Daniel Tapia, "El enfermo curado y el médico difunto", *LE*, 10 (septiembre, 1948), p. 8.

górica de la Justicia, el enfermo sigue firme en sus convicciones, a tal grado que, finalmente, es el médico el que se muere y el enfermo quien se salva. La pieza está escrita con cierta gracia, pero, con todo, se trata sin duda de una obra menor, apoyada en muy escasos recursos dramáticos.

Por lo demás, las textos teatrales publicados en *Las Españas* se limitan a unos fragmentos de dos obras de Cervantes, *Los habladores* y *El cerco de Numancia*, que se reproducen, junto con cuatro sonetos suyos, en el número organizado en su homenaje.

4. POESÍA

Muestras de la rica y variada obra poética escrita en el exilio figuran en casi todos los números de *Las Españas.* Al principio, se reunían bajo el rubro de "Poesía en el destierro": título indicativo, tal vez, de cierta conciencia por parte de los directores de la revista de la diferencia entre un poeta *en* el destierro y un poeta *del* destierro (un poeta *del* destierro suele ser, desde luego, un poeta *en* el destierro; pero no todos los poetas desterrados se convierten, por ello mismo, en poetas que tematicen dicha experiencia). Esta sección desapareció después del número 9 de *Las Españas*, momento a partir del cual los poemas solían publicarse sueltos, en distintas páginas de la revista. A partir del número 21-22 (abril, 1952) aparece una nueva sección dedicada a la poesía peninsular: "Balcón a la poesía actual en España". En julio de 1956, en el último número de *Las Españas*, ésta se transformaría en otra que llevó el nombre de "Balcón a la poesía española actual", en la que, de acuerdo con la nueva política cultural de la revista, se presentaban muestras de la poesía escrita en el exilio al lado de poemas redactados por los nuevos poetas españoles de la península.

La nómina de los poetas exiliados representados en la revista es muy amplia. Entre los que se habían dado a conocer antes de la guerra figuran: José Moreno Villa, Rafael Alberti, Arturo Serrano Plaja, Manuel Altolaguirre, José Bergamín, Luis Cernuda,

León Felipe, Juan José Domenchina, Pedro Garfias, Max Aub, Ernestina de Champourcin, Concha Méndez, María Enciso, José Herrera Petere, Antonio Espina, Jorge Guillén, Pedro Salinas y Ramón J. Sender. Mientras que el grupo que había empezado a publicar en el exilio es representado por Agustí Bartra, Luis Rius, José Pascual Buxó, Manuel Durán y Alberto Gironella. Es decir, al lado de figuras consagradas (aunque su prestigio no siempre se haya logrado en el campo de la poesía) se encuentran varios poetas todavía en ciernes.

La mayoría de los poemas publicados en *Las Españas* son inéditos, pero no siempre ocurre así, tal y como señalan los directores de la revista en una nota que acompaña la reproducción (en versión modificada) de "Ya no hay feria en Medina, buhoneros...", un poema originalmente dado a conocer por León Felipe en 1939, en su libro *Español del éxodo y del llanto*: "Es norma de *Las Españas* no publicar sino trabajos rigurosamente inéditos. La publicación de este poema de León Felipe no significa que nos hayamos decidido a quebrantarla, pues si hay en él de 'otro' poema publicado en 1939 cuanto el poeta considera válido, distinto espíritu y diferente visión lo configuran en algunos de sus motivos esenciales; no es por ello ni una refundición ni una recreación; es *otro momento* de un poema que permanece arraigado, vivo, fluyendo aún de la misma ansiedad y de la misma herida."[46]

La nota es interesante (y no sólo, claro está, por lo que señala en cuanto a la política editorial de la revista). Pero lo curioso es que el caso de León Felipe no es el único en que se publica un poema que ya pertenecía al dominio público. Resulta evidente que, en un principio, los directores de *Las Españas* habían elaborado una propuesta antológica, que si bien en el primer número de la revista se limitaba a poetas del pasado (nos referimos a aquéllos reunidos en la sección "Poetas ibéricos": Antonio Machado, Fernando Villalón, Rosalía de Castro, Joan Maragall, Luis

[46] Nota editorial sin título, *LE*, 11 (enero, 1949), pp. 8-9.

de Camoens, etc.), en números posteriores fue abriendo su horizonte hasta abarcar también, y sobre todo, la obra de los poetas exiliados. Cabe señalar, por ejemplo, que los cuatro poemas que conforman la sección de "Poesía en el destierro" del segundo número de *Las Españas* –a saber: "¡Pueblos libres! ¿Y España?", de Rafael Alberti; "Un español habla de su tierra", de Luis Cernuda; "Raposa", de León Felipe, y "Aquí no llora nadie", de Arturo Serrano Plaja– ya habían sido publicados con anterioridad.[47] Una nota editorial señala, incluso, la procedencia del fragmento de León Felipe: *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña* (1938). Más adelante, en el cuarto número de la revista, en la sección "Poesía en el destierro", entre otros textos se publican los siguientes: un poema de Bergamín publicado durante la guerra civil ("A Cristo crucificado ante el mar"); dos secciones de *Primavera en Eaton Hastings*, libro de Pedro Garfias que data de 1941; un fragmento de un poema de José Herrera Petere publicado el año anterior en su libro *Rimado de Madrid* ("Límites de Madrid"); más un poema que escribiera Max Aub mucho antes de que empezara la guerra ("Alta calandria fija")... Con esto no queremos criticar la política editorial de la revista (a fin de cuentas, la propuesta antológica resulta en sí sumamente sugerente en cuanto al sentido de continuidad que los directores querían darle a la poesía del exilio), sino tan sólo ejemplificar la variedad de las estrategias emprendidas.

Entre los poemas inéditos, que son la gran mayoría, cabe destacar, por su importancia dentro de la trayectoria de sus auto-

---

[47] No deja de ser curioso notar que los dos primeros poemas mencionados, los de Alberti y Cernuda, figuran también en el primer número de la *Antología de España en el recuerdo,* revista "antológica" que editara Manuel Altolaguirre en México en el verano de 1946 y cuyo ejemplo parece haber cundido en el espíritu de los directores de *Las Españas.* Sobre esta publicación, véase James Valender, "*Antología de España en el recuerdo:* la última revista de Manuel Altolaguirre (1946)", en Gabriele Morelli (ed.), *Manuel Altolaguirre e la reviste letterarie dell'epoca*, Universidad de Bérgamo, en prensa. En cuanto al poema de Serrano Plaja, que los directores de *Las Españas* señalan les fue proporcionado por Pituka de Foronda, pertenece al libro *El hombre y el trabajo,* Ediciones Españolas, Valencia, 1938. Al igual que Alberti, Serrano Plaja vivía exiliado entonces en Buenos Aires; Cernuda, en Inglaterra.

res, "La ventana", de León Felipe; "El árbol", de Luis Cernuda (uno de los grandes poemas de exilio del poeta sevillano); unas "Décimas", de Ernestina de Champourcin; "La sombra desterrada", de Juan José Domenchina, un largo ciclo poemático que se publica entero en *Las Españas* antes de su publicación en forma de libro; o los poemas que se publican con motivo de la muerte de Moreno Villa: "Canto fino (poema inédito)", del propio Moreno Villa, y "En tu selva fervorosa ('A Pepe Moreno, en mi memoria de siempre')", de Emilio Prados. Los "Poemas para el último *Cántico*", de Jorge Guillén, se publicaron poco después de la aparición, en 1950, de la cuarta y definitiva edición de la obra que anuncian; pero no por ello debería pasarse por alto la importancia que cobra la presencia de dichos poemas en la revista. En 1951, con motivo de la muerte de Pedro Salinas, se reproducen algunos de sus poemas; pero, curiosamente, no datan de la posguerra, sino que remontan a los inicios de la carrera del poeta, a sus primeros libros, *Presagios* (1923) y *Seguro azar* (1929).

Los poemas reunidos en la revista apuntan en múltiples direcciones, que sería difícil resumir de manera exhaustiva. Baste señalar la forma en que estos textos reflejan algunos de los hitos más importantes en la evolución intelectual de la emigración republicana. De la indignación que causara la política de no-intervención mantenida por Francia e Inglaterra durante la guerra, da fiel expresión, por ejemplo, el poema "Raposa" de León Felipe:

Inglaterra,
eres la vieja raposa avarienta,
que tiene parada la Historia de Occidente hace más de tres
siglos,
y encadenado a don Quijote.
Cuando acabe tu vida
y vengas ante la Historia grande
donde te aguardo yo,
¿qué vas a decir?

¿Qué astucia nueva vas a inventar entonces para engañar a
Dios?
¡Raposa!
¡Hija de raposos![48]

El poema fue reproducido en noviembre de 1946, en el segundo número de la revista. Con el evidente propósito de demostrar que esta traición cometida en contra de España por la comunidad internacional no sólo no había cambiado, sino que incluso se había reforzado con el tiempo, en la misma página figura el poema de Rafael Alberti, "¡Pueblos libres! ¿Y España?", que encierra una amarga protesta ante la indiferencia con que los demás países del mundo respondían a la causa de la República española, desde su lugar en el nuevo orden geopolítico creado al final de la segunda Guerra Mundial. En los últimos versos del poema la indignación se vuelve demanda apasionada:

¡Pueblos del mundo, pueblos! El poeta
hoy no canta, grita enfurecido.
No hay paz, no hay paz, no hay paz en el planeta
si el corazón lo tiene ensordecido.
¡Pueblos libres! España no está muda.
Sangra ardiendo en mi voz. ¡Prestadle ayuda![49]

Como sabemos, los pueblos del mundo, con contadas excepciones, no le prestaron ayuda a la España republicana, de modo que los exiliados tuvieron que irse adaptando a la idea de un destierro, si no permanente, al menos muy prolongado. Aunque no tan generalizada como algunos críticos han querido dar a entender, la nostalgia de la patria perdida sí se impuso como tema en la obra de algunos de los poetas, notablemente en la de Domenchina. La larga serie de sonetos publicada en abril de 1949

[48] León Felipe, "¡Raposa!", *LE*, 2 (noviembre, 1946), p. 5.
[49] Rafael Alberti, "¡Pueblos libres! ¿Y España?", *LE*, 2 (noviembre, 1946), p. 5.

bajo el título de *La sombra desterrada* constituye sin duda uno de los grandes monumentos inspirados en dicha temática. Como vemos en el siguiente soneto, para Domenchina vivir sin pisar tierra española es vivir fuera de sí, vivir enajenado:

> Sin alma –tierra madre–, sin el suelo
> de roca que me tuvo, noto al filo
> de tanta aberración, que no hay asilo
> para quien vive de querencia en celo.
>
> De tanto errar tan sin querer me duelo.
> Saltó de mí mi sombra, rompió el hilo
> que la ataba a mi cuerpo y a mi estilo,
> y, revolando, me remeda el vuelo.
>
> ...Allá, tierra entrañable, donde suelo
> vivir tan a distancia, mi sigilo
> va cavando una fosa, cara al cielo.
>
> Para que muera a mi sabor, tranquilo,
> ponedme en mi lugar, dadme mi suelo,
> ¡no me dejéis también la muerte en vilo![50]

Una vida en vilo. Así se presenta el exilio en varios de los poemas publicados en *Las Españas*, como en los de Moreno Villa que inauguran el primer número de la revista ("Aquí estoy" y "A veces oigo..."). Es asimismo uno de los temas que introduce Cernuda en su poema "El árbol", aunque en este caso el desarrollo del tema resulta algo más complejo. El exiliado vive fuera de la Historia, pero no por eso fuera del tiempo: en su reloj biológico no deja de sonar la hora. El tiempo es estéril, pero pasa: el hombre, de todos modos, envejece. Así al exilio en el espacio se agrega otro: el exilio en el tiempo: "Y el mozo iluso es viejo, él mismo ignora cómo / Entre sueños fue el tiempo malgastado; /

---

[50] Juan José Domenchina, "La sombra desterrada", *LE*, 12 (abril, 1949), p. 8.

Ya su faz reflejada extraña le aparece, / Más que su faz extraña su conciencia, / De donde huyó el fervor trocado por disgusto, / Tal pájaro extranjero en nido que otro hizo."[51]

Pero no todo es sufrimiento y dolor. Frente al fracaso de la Historia, el poeta busca alivio en la Naturaleza, que le ofrece la promesa de un renacer continuo que rebasa los reveses sufridos por el hombre en su vida individual. El ejemplo de la Naturaleza puede proporcionarle no sólo consuelo moral, sino también estímulo para su propia creatividad. De hecho, como en el caso de Emilio Prados, la poesía puede convertirse en un "jardín cerrado" en que el poeta va cultivando (buscando y creando) el constante renacer de su verso, en un intento por suplir el vacío en que la guerra y el exilio lo han dejado. Veamos, por ejemplo, estos versos del poema que Prados escribió con motivo de la muerte de Moreno Villa:

> ¡Descanso! ¡Duermo!... (Un bosque de silencio
> –¡mi soledad! ¡mi sombra!– cae al suelo.)
>
> ¿La yerba es la que canta?... (Está dormida
> mi salud, libertándose a sí misma.)
>
> ¿La que canta es la yerba?... (Lo infinito,
> limita con mi sombra en el rocío.)
>
> ¡La que canta es la yerba!... (Sobre un bosque
> de ternura mi sombra se recoge.)[52]

Como se puede apreciar al leer estos versos, el poeta no sólo acude a la naturaleza, sino que incluso intenta adentrarse en ella, en busca de algún absoluto que lo nutra y lo libere: alimento y

[51] Luis Cernuda, "El árbol", *LE*, 26-28 (julio, 1956), p. 5.

[52] Emilio Prados, "En tu selva fervorosa. A Pepe Moreno, en mi memoria de siempre", *LE*, 26-28 (julio, 1956), p. 9.

liberación espirituales que el poema intenta, a su vez, compartir con el homenajeado y con los lectores. En fin, el poema es otro ejemplo más de ese proceso de interiorización de la mirada que Carlos Blanco, en un estudio seminal sobre el tema, ha identificado como uno de los rasgos principales de la poesía escrita en el exilio.[53]

Es más bien escasa la poesía publicada en *Las Españas* que corresponde a los jóvenes poetas del exilio (es decir, a aquellos que se educaron enteramente en México). De los ejemplos publicados –poemas de José Pascual Buxó, Manuel Durán, Alberto Gironella y Luis Rius– sería difícil sacar conclusiones firmes. Sin embargo, sí llama la atención la forma muy particular en que Luis Rius, en el fragmento que da a conocer de su poema "Destierro", conceptualiza su relación con su patria. Dirigiéndose a España, escribe:

> ¡Qué dentro estoy de ti!,
> y mi polvo y tu polvo, ¡qué lejanos!
> Tuyo soy aunque el tiempo
> tu perfil de mi frente haya borrado.
> No conozco tus mares,
> ni conozco tus manos.
> Pero soy tuyo, España,
> porque nací de ti y fui dotado
> de tus mismas virtudes y tus vicios,
> de tu pobre alegría y rico llanto.[54]

Vemos conceptualizado aquí uno de los temas principales que iban a distinguir a esta generación de jóvenes poetas de sus mayores: la idea de defender una causa que no era estrictamente

---

[53] Carlos Blanco Aguinaga, "La primavera (perdida) y la Historia", en Rose Corral, Arturo Souto Alabarce y James Valender (eds.), *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*, El Colegio de México, México, 1995, pp. 29-36. Este ensayo ha resultado de suma utilidad en la redacción de las presentes páginas.

[54] Luis Rius Azcoita, "Destierro (Fragmento)", *LE*, 13 (octubre, 1949), p. 15.

suya, así como de amar a una patria que tampoco habían tenido la oportunidad de conocer bien. Ambos ideales les eran heredados por sus padres, quienes veían en ellos la única posibilidad de que se mantuvieran vivos los valores republicanos que ellos mismos defendían. Esta herencia ideológica les ponía a los jóvenes en una situación difícil, que algunos llegaron finalmente a rechazar. Otros, como Rius, se sentían, al contrario, orgullosos de asumir su destino, de amar un país cuyo recuerdo se les hubiera borrado.[55]

En fin, la combinación de colaboraciones voluntarias con otras "involuntarias" deja una imagen bastante fiel de la variedad y evolución que la obra de los poetas exiliados en América fue registrando durante los primeros quince años que duró el exilio. Desde luego, en la revista no están todos los poetas; ni siquiera están todos los poetas reconocidos del momento. Entre los poetas activos en México durante esos años, faltan, por ejemplo, Juan Rejano, Francisco Giner de los Ríos, Juan Gil-Albert y Ramón Gaya. Entre los poetas de la generación más joven las ausencias son también numerosas: Tomás Segovia, Ramón Xirau, Jomí García Ascot, César Rodríguez Chicharro, Nuria Parés... El gran ausente, sin embargo, es Juan Ramón Jiménez, un poeta a quien los directores de la revista (y, sobre todo, José Ramón Arana) tenían en gran estima: si en *Las Españas* no figura ningún texto suyo, esto seguramente se debe a la renuencia del propio poeta a enviarles alguna colaboración, así como al temor de los directores de la revista a reproducir algún poema suyo sin su autorización.[56] Hay que señalar, en todo caso, que la obra de Juan

---

[55] El tema ha sido muy bien estudiado por José Pascual Buxó, "Las alas de Ícaro", en Rose Corral, Arturo Souto Alabarce y James Valender (eds.), *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*, El Colegio de México, México, 1995, pp. 391-397. Véase también en el mismo volumen los trabajos de Susana Rivera, "La experiencia del exilio en la obra de los poetas hispanomexicanos" (pp. 423-435) y Gabriel Rojo, "Luis Rius y el arte de extranjería" (pp. 451-459).

[56] Hay indicios de que Juan Ramón Jiménez apoyó algunas de las iniciativas políticas de *Las Españas*, lo cual daría a entender, a su vez, que hubo relación epistolar entre el poeta y los directores de la revista.

Ramón Jiménez sí fue objeto de algunos comentarios elogiosos: Paulita Brook se ocupó de la edición mexicana de su prosa lírica *El Zaratán*;[57] Ramón Gaya escribió un artículo importante, en forma de carta, sobre *Animal de fondo*;[58] mientras que José Ramón Arana redactó una airada respuesta al virulento artículo sobre "Los dos Juan Ramón Jiménez: El Doctor Jekyll y Mister Hyde" que publicara Luis Cernuda tras la muerte del poeta mayor.[59]

Desde el número 21-22, la sección de la revista destinada a la poesía tomó el nombre de "Balcón a la poesía actual en España". Esta sección, bellamente ilustrada con dibujos de Ramón Gaya y de Elvira Gascón, intentó dar un panorama de la producción poética reciente que se desarrollaba dentro de la península. Aunque aparece sólo en las tres últimas entregas (convertida, en la última, en "Balcón a la poesía española actual"), la sección reunía un buen número de poemas, cuyos autores incluían, entre otros, a Carles Riba, Joan Fuster, Vicente Carrasco, Manuel de Pedrolo, J. Amat-Piniella, Gabriel Celaya, Luis Pimentel, Eugenio de Nora, Salvador Espriu, Xavier Casp y Manuel Gondell. Además de la presencia significativa de dos poetas catalanes de primera línea (Carles Riba y Salvador Espriu), cabe destacar la amplia participación de la poesía social de lengua castellana, representada aquí por Nora y Celaya. En el último número de *Diálogo de Las Españas*, en lo que resultaría ser un brevísimo renacimiento de la sección "Balcón a la poesía española actual", se incluirían versos de José Hierro, confirmando así el interés especial con que la revista seguía la evolución de este movimiento poético. El sentido "social" de esta poesía se ejemplifica espe-

---

[57] Paulita Brook, "Juan Ramón Jiménez, *El Zaratán*", *LE*, 2 (noviembre, 1946), p. 4.

[58] Ramón Gaya, "*Animal de fondo* de Juan Ramón Jiménez (Carta de R. G. a R. H.)", *LE*, 14 (febrero, 1950), pp. 1, 12.

[59] Véanse Luis Cernuda, "Los dos Juan Ramón Jiménez: El Doctor Jekyll y Mister Hyde", *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades* (México), núm. 482 (8-VI-58) y José Ramón Arana, "Poesía y basura", *DLE*, 2 (julio, 1958), pp. 36, 34-35.

cialmente bien en el poema de Celaya, del que extraemos los siguientes versos:

No sé qué me avergüenza cuando un niño me mira,
y un obrero se ríe, y una pobre criada
pavonea dichosa su traje de domingo.
Una inmensa ternura me arrasa y me deslíe.
Quiero ser en los otros. Quiero morir por algo,
perderme con provecho, descansar del que he sido,
pensar que mis problemas personales son nada
junto a esos tan pequeños, tan terribles, vulgares,
del pan, de los zapatos o de las medicinas
que a otros hombres les faltan mientras yo filosofo...[60]

Una poesía directa, casi prosaica en su sencillez, mediante la cual el poeta, dejando de lado los problemas personales que vive como pequeñoburgués, se solidariza con los problemas sociales que sufre la inmensa mayoría. Como veremos en el capítulo que sigue, si el grupo de *Las Españas*, al igual que muchos otros intelectuales del exilio, se interesaron por esta poesía, es porque creían ver en ella la mejor prueba de que la vida cultural en la España de Franco no estaba completamente asfixiada; de que en la década de los cincuenta sí había surgido una nueva generación, disidente y combativa, de quien cabía esperar cambios importantes, sin duda positivos para la vida nacional.

---

[60] Gabriel Celaya, "Lo demás es silencio (Fragmento)", *LE*, 23-25 (abril, 1953), p. 27.

VIII. VISIONES CRÍTICAS DE LA CULTURA ESPAÑOLA DE POSGUERRA

Uno de los aspectos históricamente más interesantes de *Las Españas* es la atención crítica prestada en sus páginas a la cultura española de posguerra. Esta actividad a veces tomaba la forma de un artículo o de un ensayo, pero, con más frecuencia, se expresaba por medio de notas y reseñas, la mayoría de ellas publicadas en la sección "Los libros", que fue de hecho una de las pocas secciones fijas de la revista en sus dos primeras épocas. (Como se señaló en su momento, a partir de la transformación de *Las Españas* en *Diálogo de las Españas* el espacio dedicado a la literatura y a las artes quedó notablemente reducido, y en consonancia con ello, las reseñas, dedicadas exclusivamente a obras de tema político, fueron también escasas.)

Enumerar los libros reseñados, o incluso los reseñistas, sería muy largo: baste decir que en la sección "Los libros" aparecieron casi 110 reseñas, firmadas por más de veinte nombres diferentes, aparte de las pequeñas notas de redacción que se localizaban en los apartados nominados "Bibliografía" y "Revistas". No todos los libros reseñados son de autores españoles (excepcionalmente, se deja sentir un tímido interés por autores –o temas– hispanoamericanos);[1] pero la gran mayoría sí lo son. Cabe señalar, por otra parte, que la lectura de esta sección nos permite ir descubriendo quiénes conformaban la plantilla de redactores de *Las*

[1] Los libros reseñados sobre cultura hispanoamericana incluyen los siguientes: *Lo mexicano en las artes plásticas* (1948), de José Moreno Villa; *100 dibujos de Diego Rivera* (1949), de Enrique F. Gual; *Catálogo de obras escritas en lenguas indígenas de México o que tratan de ellas* (1949), de Salvador Ugarte; *Hispanoamérica contra el coloniaje* (1949), de Víctor Sáenz; y *Pláticas Hispanoamericanas* (1951), de Andrés Iduarte.

Españas: aparte de sus principales impulsores –Arana, Andújar y Carretero, que también escribieron reseñas–, otros exiliados colaboraron en esta sección de manera asidua. Deben mencionarse, entre otros, a Paulita Brook, María Dolores Arana, Isidoro Enríquez Calleja (quien también firmaba sus reseñas con el seudónimo "Cei de Lara"), Luis Santullano, Daniel Tapia, Mariano Granados, Arturo Sáenz de la Calzada, Francisco Pina, Manuel Bonilla Baggetto y José de la Colina.

El propósito de estos artículos y notas críticas fue doble: por un lado, difundir y valorar la obra cultural realizada por los republicanos exiliados y, por otro, reflexionar y responder ante las primeras expresiones culturales provenientes de la península: tareas que, en ambos casos, difícilmente podían deslindarse de los prejuicios políticos e ideológicos que marcaron la evolución en general de la revista.

1. La España peregrina

Fueron numerosos los aspectos de la vida cultural de los exiliados de los que se ocuparon los redactores de *Las Españas*. Además de comentar las obras estrictamente literarias, los reseñistas también se interesaron por las revistas editadas en el exilio (*Lletres. Revista Literaria Catalana* [1946-1947], *Sala de Espera* [1948-1951], *Clavileño* [1948], *Presencia* [1948-1950], *Hoja* [1948-1950], etc.), por obras históricas y filosóficas, y hasta por manuales científicos y tecnológicos. Fueron asimismo numerosos e importantes los textos dedicados a reseñar la obra de los artistas (pintores y escultores) exiliados; textos que muchas veces iban acompañados por reproducciones de las obras comentadas.

En el campo del ensayo, se prestó especial atención, como es natural, a aquellas obras que, de una u otra manera, coincidían o respaldaban sus preocupaciones políticas e historiográficas. A veces se trataba, incluso, de obras escritas por redactores de la

propia revista, como en el caso de *España y las Españas* (1950) de Mariano Granados; a veces, simplemente de obras que trataban temas directamente relacionados con la orientación ideológica de la revista, como en el caso de *Democracia sin partidos* (1952) de Manuel Estrada, de *El fin de la esperanza* de "Juan Hermanos" (1953), y del *Homenaje a Cajal en el primer centenario de su nacimiento* que editó *Cuadernos Americanos* en 1952. Obras históricas que llamaron la atención de los reseñistas incluyen el *Manual de historia de España* (1944) de Rafael Altamira; *Miquel Servet* de Jaime Aiguader Miró (1945); *La monarquía española en los siglos XVI y XVII* (1946) de Leopold von Ranke; el ya comentado libro de Américo Castro, *España en su historia* (1948); *La Rioja en el reinado de Alfonso VI* (1950) de Jesús de Leza; y *Al borde del desastre. Economía y finanzas de España (1930-1951)* (1952) de Félix Gordón Ordás. Fueron pocos, pero todos de autores prestigiosos, los ensayos literarios comentados: *La epopeya castellana a través de la literatura española*, de Ramón Menéndez Pidal; *Leyendo a...* (1946) de José Moreno Villa; *Crónicas de "Gerardo Rivera"* (1946), una reedición del polémico libro de Juan José Domenchina; *Jorge Manrique o tradición y originalidad* (1947) de Pedro Salinas; y *Las mejores páginas del "Quijote"* (1948) de Luis Santullano. En el ámbito de la filosofía y del pensamiento, cabe destacar, por fin, la atención prestada a *El hombre y el mundo de los teólogos españoles de los siglos de oro* (1946) de Gallegos Rocafull, así como la reseña publicada sobre *El hombre y lo divino* (1955) de María Zambrano.

Lo que caracteriza a la mayoría de las reseñas dedicadas a estos libros es la preocupación "española" que se expresa en ellos: el reiterado deseo de encontrar en la cultura y en la historia nacionales algún valor trascendente que dé consuelo o que sirva como motivo de esperanza. Aunque hay muy poca reflexión sobre el ensayo mismo como género, a la hora de hacer sus comentarios los reseñistas sí tienden a defender una misma jerarquía de valores estilísticos, exigiendo sobre todo una exposición clara y

precisa. De ahí, por ejemplo, María Dolores Arana, quien elogia el estilo literario de Gallegos Rocafull precisamente por encontrar en él una "prosa serena, equilibrada, perfecta, ya que sin esfuerzo, sencillamente, hace brotar las palabras que nos van diciendo las cosas".[2]

Desde luego, la sencillez y naturalidad de expresión a las que alude aquí la reseñista suelen ser más aparentes que reales; es decir, si se logran, suele ser a raíz de mucho trabajo y esfuerzo. Lo cual es un punto que desarrolla Isidoro Enríquez Calleja en su reseña de las *Crónicas de "Gerardo Rivera"* de Domenchina. Dialogando con uno de los ensayos del propio Domenchina titulado "Andanzas y malandanzas del idioma", el crítico parte de la siguiente observación del escritor madrileño: "Habla y escribe precisamente, exactamente, quien de manera exacta y precisa concibe su pensamiento." A juicio del reseñista, para lograr la adecuación entre pensamiento y lenguaje, todo escritor debe dejarse orientar por la gramática: "Ésta sólo puede desdeñarse si está apilongada o cuando limita excesivamente las formas de expresión. Si ello sucede, el escritor ha de buscar obsesionadamente su remozamiento y noble superación; mas frente a la gramática y no de espaldas a ella. Dando gritos por los altavoces de una estética sin rigor ni lógica –sin reglas de lenguaje– se colaron en el templo del arte muchos tontitos que no saben escribir."[3]

Sería imposible decir en qué medida los demás críticos de *Las Españas* coincidían con Enríquez Calleja en esta propuesta estilística; pero, en todo caso, no creemos que haya sido el único en opinar así. Lo mismo que en el citado ensayo de Domenchina, se observa en la reseña de Enríquez Calleja un rechazo del irracionalismo que marcó una parte importante de la literatura de la preguerra (la predilección por la metáfora y las

---

[2] María Dolores Arana, "*Los libros.* J. M. Gallegos Rocafull, *El hombre y el mundo de los teólogos españoles de los siglos de oro*", *LE*, 4 (marzo,1947), p. 4.

[3] Isidoro Enríquez Calleja, "*Los libros.* Juan José Domenchina, *Crónicas de 'Gerardo Rivera'*", *LE*, 4 (marzo, 1947), p. 4.

demás técnicas del arte deshumanizado preconizado por Ortega), así como una vuelta a la norma lingüística que, además de encarnar una búsqueda de las raíces tradicionales del ser español, sirve (consciente o inconscientemente) como un baluarte de pureza frente a las posibles contaminaciones del español hablado en el medio mexicano. En los ensayos escritos por los exiliados, lo mismo que en las reseñas que versan sobre ellos, se suele observar, en efecto, un intento por preservar un español de clásico abolengo, gramaticalmente puro en su precisión, equilibrio y claridad.

Las numerosas reseñas dedicadas a la narrativa española escrita en el exilio confirman algunas de las expectativas que podría tener el lector actual y desmienten otras. La nota elogiosa que José Herrera Petere dedicó a la novela *Llanura* (1947) de Manuel Andújar coincide con lo que uno tal vez esperaría encontrar en un crítico republicano condenado al destierro: la celebración de una obra arraigada en los valores del pueblo español: "Entre *Cristal herido* [1945] –su penúltimo libro– y *Llanura*, noto en Manuel Andújar un largo proceso, fruto de su entusiasmo y de su vocación de buena ley. Creo que Andújar está llegando a ser, es un buen novelista a la española, es decir: a lo anti-Ortega y Gasset, poético y moral, humano, cargado de precisión y de fluidez, de sobriedad, de ética y de ligereza rotunda y elegante. Pienso también que *Llanura* constituye un nuevo banderín de fe y españolidad en la marcha penetrante de la actual literatura española hacia las entrañas del pueblo y de la patria."[4]

A decir verdad, muy pocos de los reseñistas de *Las Españas* siguieron a Herrera Petere por ese camino. Aunque en este rubro, cabe recordar la valoración que nos ofrece Isidoro Enríquez Calleja a la hora de escribir su reseña de *El cura de Almuniaced* (1950) de José Ramón Arana, novela en la que el crítico descubre la expresión de una intensa pasión patriótica: "España...

---

[4] José Herrera Petere, "*Los libros.* Manuel Andújar, *Llanura*", *LE*, 3 (enero, 1947), p. 4.

Ahí, en ese grito que sube de la raíz a los labios, está la trama del libro que, con un temblor emocionado, estamos comentando. Entrañable amor a la España máter, que se va desprendiendo de los deliquios repetidos de un retorno singular al azul de la infancia en los ojos de casi todos los personajes certeros que desfilan por la prosa transparente de esta novela." Sin embargo, entre la valoración de Herrera Petere y la de Enríquez Calleja hay una importante diferencia de criterio: si bien el primero defiende la novela de Andújar en cuanto "banderín de fe" en el futuro del pueblo, el segundo celebra la novela de Arana en cuanto celebración de una España perdida, pero presente en el recuerdo. Y de ahí la contundente conclusión a la que finalmente llega Calleja: "Mas, por encima de toda esta aventura literaria afortunada, se vislumbra un prosista que ha aparecido en el mundo de las letras con el exclusivo empeño de cantar a España y decirnos que se puede estar muy lejos de ella físicamente pero que se debe seguir pensando y escribiendo como si estuviéramos allí."[5]

La nostalgia, en efecto, ejerció una influencia considerable en los novelistas y cuentistas (lo mismo que en sus críticos), dando como resultado, entre otras cosas, el que muchos de los textos narrativos se caracterizaran por su lirismo. Esto fue algo que los reseñistas, a su vez, no dejaron de comentar. Calleja, por ejemplo, en su ya citada nota sobre *El cura de Almuniaced*, no vacila en clasificar la novela de "novela poemática" y de "poema total". *Ciudades y días* (1949) de Diego de Mesa es otro relato en que lo predominante resulta ser precisamente la evocación lírica de la tierra perdida. "No es *Ciudades y días*, de Diego de Mesa, un libro de versos –comenta Daniel Tapia–; sí, en toda su extensión, obra poética, quehacer ilusionado de quien parece asistir al fenómeno bélico, que describe limpio de toda pasión ajena, aferrado a la suya, la que le hace aproximarse al suceso en que participa con el ánimo virgen del des-

---

[5] Isidoro Enríquez Calleja, "*Los libros*. José Ramón Arana, *El cura de Almuniaced*", *LE*, 19-20 (mayo, 1951), p. 24.

cubridor."[6] Asimismo, en sus comentarios sobre *Xabola* (1943), de Agustí Bartra, lo que subraya Manuel Andújar es, sobre todo, "un predominio lógico y avasallador de la tierra, cuya física lejanía enciende el verbo, puebla el fantasear". Y de ahí la mezcla híbrida de lo narrativo con lo lírico: "Ello hace que Agustí Bartra en *Xabola* se enfrasque alrededor del sufrimiento inmediato, de la nostalgia en agraz, sin mucha sujeción a los predicados del género novelístico, propenso a la insistente suavidad lírica, a la evocación, agudísima, tierna, temblorosa, del ambiente perdido."[7]

Daniel Tapia, en su reseña del libro de cuentos de Paulino Masip, *De quince llevo una* (1949), intenta formular algunas teorías sobre el cuento como género (ideas basadas, curiosamente, en ciertas teorías literarias de Juan Valera): "Se requiere, ante todo, que el estilo sea sencillo y llano. [...] El narrador ha de tener, además, algo que decir –no importa menos el cómo lo diga– y deberá poseer candidez o acertar a fingirla. Por si ello fuera poco, se le exige que sea puro y castizo... y que divierta a sus lectores. Si cuenta cosas increíbles hará que no lo parezcan merced a la buena maña, primor y hechizo con que las refiera. O lo que es igual: el escritor de cuentos deberá ser un dechado de virtudes y perfecciones..."[8] Curiosamente, cuanto más avanza en su exposición, menos peso parece tener ésta como receta o manual de adiestramiento; y de hecho, para Tapia, todo parece reducirse finalmente a algo tan imprevisible e inexplicable como la gracia misma para contar una historia. En todo caso, lo que salta a la vista es la ausencia de cualquier consideración política o histórica en los planteamientos de Tapia. Para él, se deduce, el cuentista debería ser libre para tratar el tema que quiera: la

---

[6] D[aniel] T[apia], "*Los libros*. Diego de Mesa, *Ciudades y días*", *LE*, 12 (abril, 1949), p. 6.

[7] Manuel Andújar, "Tres novelistas catalanes. Derrota, familia y recuerdo", *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 7.

[8] D[aniel] T[apia], "*Los libros*. Paulino Masip, *De quince llevo una*", *LE*, 13 (octubre, 1949), pp. 4, 14.

situación que vive el exiliado no debe imponer ningún contenido.

Los demás reseñistas, hay que decirlo, prefieren soslayar toda teorización sistemática. Así, por ejemplo, Florentino M. Torner, quien, al comentar la novela *El vencido* (1949), de Andújar, se siente tentado a hacerle algunas recomendaciones estilísticas, pero casi en seguida se detiene: "Quizá en determinadas situaciones hubiera sentado bien mayor energía o concreción expresiva, con la cual quizá habrían ganado en fuerza y precisión de contornos los personajes y las cosas. Pero el estilo es cosa tan personal, brota tan naturalmente de la idiosincrasia del autor, que lo mejor, o más bien lo único que puede desearse es que cada escritor cultive el suyo, el que le es peculiar como cosa propia, sin atender a supuestos patrones que de servir para algo sería solamente para destruir las posibilidades de originalidad que lleva en sí todo artista."[9] Una actitud parecida queda reflejada también en la reseña que escribe Enríquez Calleja de la novela *Sueños de grandeza* (1946) de Antonio Sánchez Barbudo. Después de señalar que se trata de la gran novela que se esperaba ver surgir de entre las nuevas promociones españolas, Calleja termina por reconocer que la obra tal vez resulte demasiado bien escrita: "Casi todo está en su punto en este dechado del novelar. Ahora bien: el paladar capta cierto desabrimiento: falta una poquita de sal." Y luego se explica: "La disciplina voluntaria a que está sometido el joven autor de *Una pregunta sobre España*, nos promete un día en que, a boca de jarro, se tope con su genuino duende. Será en seguida que dé mucha más importancia al torrente creador que a la obsesión del perfecto escribir."[10] Nuevamente, las reglas y las recetas son puestas en entredicho.

Pero su recelo ante la teorización no impide que los reseñistas, cuando lo consideran necesario, señalen algún descuido o

[9] Florentino M. Torner, "*Los libros.* Manuel Andújar, o sobre el horizonte, un novelista", *LE*, 13 (octubre, 1949), p. 4.

[10] Isidoro Enríquez Calleja, "*Los libros.* Antonio Sánchez Barbudo, *Sueños de grandeza*", *LE*, 6 (septiembre, 1947), p. 4.

error en la construcción de tal o cual novela. Así ocurre en el caso de *El rey y la reina* (1949), novela de Ramón J. Sender que a Manuel Andújar (escribiendo bajo el seudónimo de Andrés Nerja) le parece fallida en su conjunto, a pesar de sus indudables cualidades literarias aisladas: "Su obra constituye un hecho literario de primera magnitud, dentro de su producción y también en el conjunto de las españolas en el destierro. En estilo y técnica, en concepción inicial, en la nuda hondura del conflicto abordado, Sender demuestra el grado notable de su maestría. Y sin embargo –más en la línea cerebral de *La esfera mágica* que en la sencillez y tersura de *Crónica del alba*– se nota aquí una chirriante discordancia, un penoso desajuste entre la expresión verbal del máximo personaje y la psicología que en puridad –de tierras y raíces– le corresponde". Nota negativa que luego sería mitigada por la reseña sumamente entusiasta que publicara Francisco Pina de otra novela posterior de Sender, *Mosén Millán* (1953).[11]

Finalmente, cabe señalar cierta evolución temática en la esfera de la narrativa exiliada, evidente en las obras escogidas para reseñar en la revista. Si bien en los primeros años España, vista ya sea como tierra perdida o bien como causa por la cual luchar, era el tema predominante, con el paso de los años empiezan a incorporarse otros horizontes. Por un lado, el exilio mismo surge como escenario de los relatos. Esto lo vemos sobre todo en la obra de Simón Otaola, cuyos libros *Unos hombres* (1950) y *La librería de Arana* (1953) son celebrados en *Las Españas* como obras sumamente actuales. Así lo hace Francisco Pina, al dar la bienvenida a *Unos hombres*: "Basta leer unas pocas páginas de este libro para confirmarnos en la idea de que su autor es un hombre perfectamente equipado con diversas y eficaces armas en el complejo menester de crear una literatura ágil y al mismo tiempo profunda, irónica y sagaz, humana y burlona, seria y

---

[11] Andrés Nerja, "*Los libros*. Ramón J. Sender, *El rey y la reina*", *LE*, 13 (octubre, 1949), p. 4; Francisco Pina, "*Los libros*. Ramón J. Sender, *Mosén Millán*", *LE*, 23-25 (abril, 1953), pp. 33-34,

arlequinesca, siempre sugestiva para un lector que viva en su tiempo, o sea el nuestro, el de estos años de *desgracia* que corren entre rumores de guerra y próximos estallidos de bomba atómica. Porque Otaola es un hijo de su época, a la que pretende y logra ser fiel, escribiendo con un estilo de hoy, muy personal además."[12]

Otro novelista preocupado por asumir los grandes problemas de la actualidad, aunque con estilo notoriamente distinto, es Pedro Salinas, cuya "fabulación" *La bomba increíble* (1950) es reseñada por Enríquez Calleja. Como señala el crítico, con este texto ("que supera en algunos matices a la novela [*Mundo feliz*] de Huxley", considerada como antecedente suyo), Salinas nos ubica, de repente, fuera de los problemas inmediatos de los republicanos españoles y dentro del angustiante escenario –el de la Guerra Fría– en que se debatía entonces la humanidad entera: "El fino humor de esta maravillosa 'fabulación' radica en ese hallazgo feliz, afortunado, de la 'paz dinámica', –que se apliquen el cuento UNOS y OTROS–, tremenda y maquiavélica evasiva para 'hacerse migas' todos los imperios que luchan por una hegemonía política o económica. Así como de refilón presenta el libro sesiones de Cortes, hueros discursos de jefes de Estado, que hablan de una paz de engañifa para desvanecer la inquietud de los inocentes que, de verdad, sueñan con una vida mejor, lograda por el amor y la fe."[13] De la lucha por resolver los problemas sociopolíticos de la patria se ha pasado a la protesta ante la amenaza de una guerra atómica desencadenada por el cinismo de las grandes potencias.

Los reseñistas de la poesía escrita en el exilio también descubren una amplia gama de posibilidades temáticas, que va desde la nota combativa en defensa de la causa republicana hasta la búsqueda de un más allá del espíritu universal pasando por una

---

[12] Francisco Pina, "*Los libros.* Simón Otaola, *Unos hombres*", *LE*, 19-20 (mayo, 1951), pp. 23-24.

[13] Isidoro Enríquez Calleja, "*Los libros.* Pedro Salinas, *La bomba increíble*", *LE*, 23-25 (abril, 1953), p. 33.

intensa nostalgia por la patria perdida. José Herrera Petere y Pedro Garfias serían los casos más evidentes de una continuación del mismo compromiso ideológico asumido durante la guerra. Como señala María Dolores Arana, en *Rimado de Madrid. Primera parte* (1946), Petere "evoca, haciendo suyo, aquel espléndido Madrid que durante más de tres años fue luz y llama",[14] mientras que Garfias, al decir de Isidoro Enríquez Calleja, en sus *Nuevos y viejos poemas* (1951), demuestra ser el "poeta esencial y definitivo de la hora más española de todas las horas. Nada de preciosismo, en fuerza de lograr la más preciosa poesía, sino hombre con la presencia de la tragedia de España, que plasma en sus versos mejores". Ya para 1951, la nota heroica y combativa se había vuelto más bien la excepción que la regla en la poesía exiliada y es significativo observar que, en su reseña, Calleja se siente obligado a defender a Garfias en contra de sus potenciales detractores ("no valen desdenes de gesto aristocrático trasnochado ni silenciamientos peligrosos"), insistiendo que una poesía de circunstancias, como la del autor de *Nuevos y viejos poemas*, puede ser una poesía que trascienda y permanezca, precisamente por "buscar la actualidad con la misma obsesión estética con que se buscan los problemas de siempre".[15]

Poetas de profunda nostalgia patriótica son José María Quiroga Plá, autor de unos de los poquísimos libros de poesía editados en Francia por los exiliados, *Morir al día* (1945), y, sobre todo, Juan José Domenchina. Los reseñistas de *Las Españas* se ocupan de nada menos que tres libros sucesivos de este último, confirmando así la importancia que su obra había llegado a alcanzar para la revista. Daniel Tapia comenta la aparición de *Exul umbra* (1949), mientras que María Dolores Arana se ocupa de *Perpetuo arraigo* (1949) e Isidoro Enríquez Calleja, de *La sombra desterrada* (1950). Todos están de acuerdo en subrayar la

---

[14] María Dolores Arana, "*Los libros*. José Herrera Petere, *Rimado de Madrid. Primera parte*", *LE*, 3 (enero, 1947), p. 4.

[15] Cei de Lara, "*Los libros*. Pedro Garfias, *Viejos y nuevos poemas* ", *LE*, 19-20 (mayo, 1951), p. 26.

auténtica obsesión con que el poeta madrileño llora su ciudad natal y protesta ante una existencia, como la del destierro, vivida en vilo. Por lo visto, el lenguaje utilizado por el poeta –un lenguaje caracterizado por un léxico muy rebuscado y por recursos sintácticos también muy cultos– no representa ningún problema, y eso, a pesar del hecho de que, en general, los reseñistas de la revista tienden más bien a recomendar a sus poetas un estilo sencillo y transparente. Así, María Dolores Arana insiste en ver en *Perpetuo arraigo* "una sobriedad tan densa como eficaz. Es decir, que pese a la elevación del lenguaje, el autor no se deja vencer por efectos verbales, atavíos retóricos ni argumentos verbosos".[16] Asimismo, el conceptismo de *La sombra desterrada* le parece perfectamente legítimo a Calleja, aunque deja entrever que hubiera preferido otro estilo más llano: "*La sombra desterrada* realiza plenamente la poesía, a pesar del barroquismo y del rigor lingüístico empleados siempre por Juan José Domenchina. Pero ¿cuándo no es barroca la mejor poesía española, sobre todo si está escrita en perfecto castellano?"[17]

Con *Jardín cerrado* (1946), de Emilio Prados, que es uno de los grandes libros poéticos escritos en el exilio, la poesía entra en nuevos terrenos, cuya verdadera razón de ser quizá no resultó muy fácil de percibir para sus lectores. Es decir, el libro no se deja encerrar dentro de las dos categorías –la combativa y la nostálgica– con que la crítica entonces buscaba explicar la poesía escrita por los exiliados. La tarea de reseñar el libro le correspondió a María Dolores Arana. Para ella, *Jardín cerrado* es un libro muy personal, caracterizado por "esa amargura subjetiva por la cual Prados vive, respira y... hasta lucha". Hay nostalgia y combatividad, pero lo que motiva la acción del libro no es España, sino la angustiante relación del poeta con las raíces mismas de la vida. Relación que se traduce, a la vez, en

---

[16] María Dolores Arana, "*Los libros.* Juan José Domenchina, *Perpetuo arraigo*", *LE*, 14, (febrero, 1950). p. 4.

[17] Cei de Lara, "*Los libros.* Juan José Domenchina, *La sombra desterrada*", *LE*, 19-20 (mayo, 1951), p. 26.

una búsqueda de la muerte: "Y la Muerte. He aquí la musa permanente del poeta, 'jardín cerrado' según él, y motivo de su canto. Diríase que es una especie de coqueteo con ella, pues que la siente, la llama, la desea o le muestra indiferencia." *Jardín cerrado* le parece un gran libro, pero a la vez, la reseñista se da cuenta de su heterodoxia frente a la mayor parte de la poesía escrita entonces por los españoles exiliados en México. Así, para defender al poeta de posibles críticas de otra índole, al terminar su nota insiste en resaltar los rasgos más bien "ortodoxos" de la obra de Prados: el acento finalmente afirmativo de su canto, así como la presencia, *malgré tout*, de la tierra perdida: "Claro que en *Jardín cerrado* no hay una renuncia entera a todo lo que no sea la línea fundamental fijada por la inspiración, ni tampoco se resigna a ese lirismo pesimista o a ese afán voluptuoso de descubrirse a sí mismo con angustia y bienestar a un tiempo, sino que su sensibilidad reacciona con fervor, y arde, se apasiona, entre su 'campo y más campo', arboledas, playas u olivares... como si siguiera aún bañándose en aquel tibio sol de la primavera de España."[18]

El que la propuesta de Prados no convenciera, ni mucho menos, a todos sus lectores quedó reflejado en una nota que escribió Isidoro Enríquez Calleja en el siguiente número de *Las Españas*. Al ocuparse del libro *Màrsias (poemes)* (1946) de Agustí Bartra (un maravilloso canto "a la alegría de vivir"), el crítico no puede resistir la tentación de contrastar dicha obra "con los poetas de la España franquista –y algunos de la nuestra– que andan perdidos en una noche obscura del alma, sin esperanzas de un amanecer". Y luego agrega, refiriéndose sin duda a Emilio Prados (entre otros), aunque sin mencionar su nombre: "Que no olviden los poetas: el tema de la muerte ha pasado a ser ya un lugar común de paranoia irritable, y a nadie hace llorar. Además, niega el refrán útil hoy de que al mal tiempo, buena cara. ¡Si de verdad

---

[18] María Dolores Arana, "*Los libros*. Emilio Prados, *Jardín cerrado*", *LE*, 2 (noviembre, 1946), p. 4.

hay ganas de morir, acabad de una vez y dejad los versos! Que es muy difícil superar lo que nuestra historia de la poesía española tiene concienzudamente clasificado."[19] El regaño tiene que haberle dolido mucho al poeta, a quien, desde luego, no le interesaba en lo más mínimo asegurarse un nicho en una historia "clasificada" de la poesía española; pero también ejemplifica las presiones que se ejercían sobre los poetas exiliados para dirigirlos hacia ciertas zonas más o menos convencionales de la expresión poética.

En cuanto a Agustí Bartra, hay que decir que su obra fue seguida con especial interés por los críticos de *Las Españas*, como se ve por la amplia selección de su obra que la revista se encargó de publicar. Pero la atención crítica prestada a su obra también fue importante. Otro libro del joven poeta catalán, *Màrsias i Adila* (1949), fue acogido por María Dolores Arana, por ejemplo, en términos sumamente favorables. Según ella, Bartra "alcanza una posesión casi carnal de los valores raigales del idioma hasta el logro de una poesía sin puntos muertos, una poesía trascendental dentro de la lírica catalana contemporánea."[20] De hecho, preocupados por la *continuidad* de la cultura española, varios veían en Bartra al gran valor poético nuevo surgido en el exilio. Así Calleja, quien empezó su elogiosísima nota sobre *Màrsias (poemes)* con las siguientes palabras: "Ya nos dimos de manos a boca con un poeta. Hasta hoy, en la emigración sólo conocíamos a los indiscutibles, siempre los mismos y algunos venidos a menos. Los nuevos, un poco cerrados por banda y un mucho presuntuosos, nos han ofrecido bonitos ejercicios de *retórica* y, los mejores, una colección de metáforas destilando sentimientos elementales y... repetidos."[21] En efecto, en *Las Españas* ningún otro poeta nuevo alcanzó el prestigio que alcanzara Bartra; la obra de poetas

---

[19] Isidoro Enríquez Calleja, "*Los libros.* Agustí Bartra, *Màrsias* (*poemes*)", *LE*, 3 (enero, 1947), p. 4.

[20] María Dolores Arana, "*Los libros.* Agustí Bartra, *Màrsias i Adila*", *LE*, 12 (abril, 1949), p. 6.

[21] Isidoro Enríquez Calleja, *loc. cit.*

como Tomás Segovia, Nuria Parés, César Rodríguez Chicharro y José Pascual Buxó, notablemente más jóvenes que Bartra, sólo motivó, en general, reseñas escuetas y evasivas, cuando no abiertamente condescendientes.[22]

Los numerosos ensayos dedicados a las artes plásticas tenían como propósito principal, como era natural, promover la obra de los artistas exiliados. Es decir, se trataba de una labor de divulgación, pero una labor que fue emprendida con seriedad y oficio, tal y como quedó demostrado tanto por la calidad de la mayoría de los ensayos como por la diversidad de los temas tratados. Por otra parte, hay que señalar que la revista también ofreció un espacio en que los propios artistas pudieron reflexionar sobre su obra, lo cual, en casos de artistas que combinaban la pluma con el pincel (pensamos sobre todo en Ramón Gaya y en José Renau) dio como resultado testimonios de sumo interés.

Es verdad que la pintura mexicana del momento también ofrecía obras muy interesantes que hubieran podido motivar ensayos por parte de los críticos exiliados. Pero, además de que *Las Españas* se proponía ocuparse preferentemente de la cultura española, hay que reconocer que las relaciones entre los pintores mexicanos y los españoles no siempre eran muy buenas; que las tradiciones europeas que condicionaban la sensibilidad de los pintores y críticos españoles los llevaban a formular juicios que a veces herían la susceptibilidad de los pintores mexicanos, entregados en ese momento, algunos de ellos, a un afán de nacionalismo artístico que a los españoles les parecía exacerbado. Fue algo que señaló entre líneas Manuel Andújar al reseñar el libro de Moreno Villa *Lo mexicano en las artes plásticas*: "se habla y escribe tanto de la pintura mexicana... Ante ella se producen dos

---

[22] Véanse, por ejemplo, Isidoro Enríquez Calleja, "*Los libros.* Tomás Segovia, *La luz provisional*", *LE*, 19-20 (mayo, 1951), p. 26; Manuel Bonilla Baggetto, "*Los libros.* Nuria Parés, *Romances de la voz sola*", *LE*, 23-25 (abril, 1953), p. 34; Cei de Lara, "*Los libros.* César Rodríguez Chicharro, *Con una mano en el ancla*", *LE*, 23-25 (abril, 1953), p. 35; y Juan Abad de la Torre, "*Los libros.* José Pascual Buxó, *Tiempo de soledad*", *LE*, 26-28 (julio, 1956), p. 24.

actitudes: la de quienes la consideran una manifestación irrebasable e independiente, sin premisas, ni Cristo que lo fundó, enraizada en una exclusiva vertiente de la sangre y quisieran exprimir su substancia con una mirada virgen, en contraste con aquellos que la desmenuzan y voltean sin otra asistencia ni más propósito que una formación europea hermética. Y de ambas versiones resulta un concepto castrado, sin rigor mental, sin temblor amante".[23] Dadas las circunstancias, era, en efecto, difícil lograr ser justo con la pintura mexicana, y en realidad, Moreno Villa fue uno de los pocos que supieron acercarse a ella con el juicio equilibrado que Andújar pedía en su nota. Pero en *Las Españas* no hubo muestra de su trabajo en este campo.

Los trabajos sobre arte publicados en la revista incluyen tres ensayos sobre la obra de Antonio Rodríguez Luna (dos de Daniel Tapia y otro de José Bergamín); dos artículos sobre Enrique Climent (uno anónimo, el otro de Juan Renau); dos textos (uno anónimo, el otro de Juan Renau) sobre la escultura de Antonio Ballester; un ensayo de Miguel Prieto sobre Arturo Souto; una nota de Pere Calders sobre el escultor Giménez Botey; un ensayo de Arturo Sáenz de la Calzada sobre Remedios Varo; un "Homenaje a Mariano Orgaz", de Ramón Gaya; una nota de Laurette Séjourné sobre Ramón Gaya; un trabajo de Manuel Andújar (firmado con el seudónimo de "Andrés Nerja") sobre Roberto Fernández Balbuena; otro trabajo suyo sobre el joven pintor José García Narezo, y dos comentarios de Margarita Nelken, uno acerca de la escultura de Eleuterio Blasco Ferrer y otro con motivo de una exposición del caricaturista "Ras".

No están tratados todos los artistas del exilio. Entre otros pintores, dibujantes y escultores del exilio que no reciben atención crítica, cabría mencionar, sobre todo, a Ramón Pontones, Miguel Prieto, Aurelio Arteta, Manuela Ballester, Elvira Gascón, José Moreno Villa, Juan Renau, Jesús Martí y Carlos Marichal, artis-

---

[23] M[anuel] A[ndújar], "*Los libros.* José Moreno Villa, *Lo mexicano en las artes plásticas* ", *LE*, 8 (abril, 1948), p. 4.

tas, todos ellos, cuya obra sirve, en algún momento, para ilustrar la revista. Sin embargo, sí es impresionante la atención prestada, en general, a la pintura y a la escultura realizada en el exilio. Y lo que hace todavía más interesante este cuerpo crítico es el hecho de que, en la mayoría de los casos, son los propios artistas quienes, asumiendo el papel de comentaristas, se ocupan de la obra de sus colegas. Para explicar este fenómeno, de por sí llamativo, habría que referirnos a la situación tan difícil en que se encontraban los artistas españoles con respecto a los medios de difusión mexicanos, controlados como estaban por una estética oficial (la de los muralistas) con la cual, como ya se ha dicho, muchos de los españoles no estaban de acuerdo. Cerradas así para ellos las esferas de difusión cultural propias del medio mexicano, como no lo estaban (por ejemplo) para los escritores exiliados, era natural que los pintores españoles quisieran aprovechar lo más posible el espacio que les brindara *Las Españas*.

Al revisar estos ensayos, vuelven a aparecer ciertos temas ya mencionados en relación con la poesía y la narrativa. La nostalgia por la patria perdida, por ejemplo. En su ensayo sobre Rodríguez Luna, Daniel Tapia relaciona la pintura de este artista con su Córdoba natal, pero con una Córdoba idealizada por los recuerdos y el deseo: como para el Lorca de la "Canción del jinete", para Rodríguez Luna "Córdoba es ya puro espejismo, huidizo, desierto andaluz hiperbólico e inasible". Para Tapia, Rodríguez Luna es también el pintor del exilio, pero no de los dramáticos y trágicos acontecimientos que todos han vivido: "Ya no hay sangre, ni roncos gritos, ni jadear. El caballo –picassiano en Luna– es acaso la última sobrevivencia de la batalla. Pero la paz está ahí con toda su desolación, pues es la paz que sigue a la derrota". De la acción exterior, la mirada del pintor pasa a fijarse en muros e interiores, en donde la luz y la sombra van sustituyendo a las figuras humanas. En estos cuadros Tapia nota cierto estatismo en los seres lo mismo que en las cosas, estatismo que, según él, parece remitirnos a otro mundo, ausente, pero intuido como inminente: "¿Ya esas flores apenas abiertas cuando ya

marchitas? Las ha traído el pintor entre las hojas de un libro y parecen haberse abierto aquí no a nueva vida sino a renovada agonía. Han venido entre las páginas de *Torquemada en la hoguera.* Cerrada la habitación, el olor a cosa marchita, a calurosa humedad, nos enervaría y acaso regresase a otras épocas e ilusiones." Siguiendo este proceso de interiorización, Tapia finalmente descubre la orientación mística que sigue el pintor. Su mirada se detiene en una botella que figura en una naturaleza muerta: "Nunca he visto una botella más española y mística –mítica–, más idealizada y verdadera. Botellas no hay dos, no puede haberlas, por más que de ellas nazca el mito de la doble visión. Hay sólo esa, y bastaría una gota de su vino –de su sangre– para obnubilar, para espiritualizar a toda una raza. Para iluminarla y mostrarle el camino de Córdoba."[24] De una idealización de la patria perdida se ha pasado así, en la valoración de Tapia, a una visión en que los propios valores abstractos del cuadro nos remiten a una concepción más bien esencial de la cultura española.

Si hemos prestado tanta atención al ensayo de Tapia no es por considerarlo necesariamente mejor que los demás que se ocupan de la obra de Rodríguez Luna, sino porque parece resumir muy bien la evolución seguida no sólo por el pintor cordobés, sino por muchos de los demás pintores exiliados.[25] Una evolución, por cierto, que fue fuertemente criticada por José Renau, sobre todo en su polémico ensayo titulado (y no por casualidad) "El color del desaliento". Ahí, al analizar la situación de la pintura en general de ese momento (y no sólo la de sus compatriotas del exilio), Renau llega a la conclusión de que la mayoría de los artistas contemporáneos viven hechizados y maniatados por su tradición:

---

[24] Daniel Tapia, "De lo vivo a lo pintado. Viaje imaginativo en torno a la pintura del cordobés Antonio Rodríguez Luna", *LE*, 6 (septiembre, 1947), p. 9.

[25] Véase, al respecto, el esclarecedor ensayo de Arturo Souto Alabarce, "Poetas y pintores del exilio", en Rose Corral, Arturo Souto Alabarce y James Valender (eds.), *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*, El Colegio de México, México, 1995, pp. 323-328.

vuelven los ojos al pasado en lugar de buscar el signo vital de la época en que viven: "La falta de audacia creadora, el miedo a los ensayos y tanteos es bien patente en la producción artística de los últimos decenios." Esto lo ve ejemplificado sobre todo en el color: en lugar de tonos vivos, buscan el color de eternidad que se encuentra en los cuadros de los museos e incluso en la pátina que los cubre, que según Renau es el color del desaliento: "En la paleta del pintor, toda la escala cromática tiende a fundirse con el color profundo y sombrío de la pátina. Este ambiguo color es considerado hoy como la cuarta dimensión de la pintura: es el color del tiempo, y, por oposición mística, el *color de la eternidad*." En fin, anticipándose en varios años a las teorías de la posmodernidad, Renau denuncia "el exceso de conciencia histórica producido por los modernos medios de difusión cultural". Así a juicio de Renau, y para volver al caso específico de los pintores del exilio español, el peso ideológico de la historia cultural española representa para los artistas españoles un peligro muy evidente que habría que esquivar: "El amor a lo antiguo, la pasión arqueológica, es un impulso natural en la plenitud espiritual de los pueblos. Pero cuando no tenemos más recurso que vivir de las rentas del pasado, por glorioso y rico que haya sido, esto ya es decrepitud."[26]

Así, para resumir, en la crítica escrita sobre los diversos aspectos de la cultura producida por los españoles exiliados se observan ciertas tensiones, que, generalizando tal vez en exceso, cabría reducir a una crisis o indecisión en cuanto a los valores que deberían sostener la producción cultural nueva. Tras la Guerra Civil y el holocausto universal que lo siguió, en la estimación de casi todos ellos, las estéticas de vanguardia (tachadas de irracionalistas y, por lo tanto, social y políticamente irresponsables), habían caído en un descrédito total. Se vivió cierto repliegue, natural en las circunstancias, hacia valores más seguros, más conocidos y, sobre todo, más racionales, que en el campo de la narra-

---

[26] José Renau, "El color del desaliento", *LE*, 6 (septiembre, 1947), p. 5.

tiva, por ejemplo, quedó reflejado en la reivindicación de cierto realismo decimonónico (como vimos, a la hora de elaborar sus teorías sobre el cuento, Tapia acude a Juan Valera, y, de hecho, en ninguna de las reseñas publicadas en *Las Españas* se ve referencia alguna a quienes podríamos considerar los maestros del cuento contemporáneo: Kafka, Joyce o Borges). Pero, más que al realismo del siglo XIX, las más de las veces el mundo de valores que se invoca, implícita o explícitamente, es el del humanismo, entendido (algo vagamente, hay que decirlo) como una corriente que alimenta y estructura la cultura de Occidente desde tiempos de los griegos hasta la actualidad.

Pero, como señala Renau, este sistema de valores está en crisis. Y está en crisis, precisamente, porque el artista moderno parece tener una conciencia excesivamente puntillosa de la importancia de ese legado. Lo que Renau dice de los artistas exiliados, también podría extenderse a los escritores y poetas. La preocupación por permanecer fieles a la tradición humanística española (una preocupación evidente en la voluntaria sumisión a convenciones estilísticas de "pura raigambre española") amenaza con sumir a los creadores en una decadencia y decrepitud paralizantes. Fue un escollo que las conciencias más lúcidas del exilio vislumbraron y quisieron evitar, aunque, como vimos en el caso de Emilio Prados, sus tentativas fueron recibidas, muchas veces, con incomprensión e incluso intolerancia por sus compatriotas.

Hemos citado, en este renglón, a José Renau. Pero sería injusto no mencionar también a Ramón Gaya, un pintor y poeta con quien Renau tuvo muchas diferencias a lo largo de su vida. Las metas finalmente perseguidas por ambos artistas, aquí también, difícilmente podrían haber sido más opuestas. Sin embargo, Gaya, lo mismo que Renau, parece haber partido de la premisa fundamental de que el humanismo era una trampa. Así lo afirma en su ensayo sobre *Animal de fondo*, libro de Juan Ramón Jiménez que para él representa el mejor ejemplo de la superación de las convenciones del momento: "pienso, como muchos, que el arte no puede ser un fin, pero me separo de todos en cuanto veo

que la salida que ellos le buscan al arte es una salida hacia abajo, que conduce a un sótano, a un sótano que precisamente no tiene salida alguna; es lo que llaman hoy un arte humanizado, un arte para el hombre". Y es que, según Gaya, "el hombre no tiende al hombre, sino a la divinidad". Y de ahí el error de los defensores de un nuevo humanismo: "En el mundo de hoy tanto se ha puesto al hombre en primer término, lo humano como se dice, que al suprimir a la divinidad, el hombre resulta un medio ser. Al suprimir las categorías supremas, es decir, al suprimir la Gracia, el hombre que precisamente se intentaba exaltar, queda incompleto. Esto sí que me parece una rebelión, 'la rebelión de las masas', o sea, no la rebelión de lo popular –porque lo popular y lo aristocrático siempre tuvieron conciencia de esa Gracia–, sino la rebelión de lo burgués, de lo mediocre, de lo intermedio."[27]

Cabe agregar, finalmente, que sin duda fue esta misma indecisión con respecto a sus propios valores éticos y estéticos la que propició que los críticos de *Las Españas* entraran también en contradicción consigo mismos a la hora de valorar la cultura producida en este mismo lapso en la España peninsular.

2. La nueva cultura peninsular

Al igual que otras revistas editadas por los republicanos españoles en los años cuarenta, *Las Españas* tomaba para sí la misión de salvar la continuidad de la cultura nacional; es decir, partía de la premisa de que, en la España de Franco, el hilo de la tradición cultural había quedado roto de forma definitiva. Al escribir el editorial del primer número de la revista, Arana quiso ser muy contundente al respecto: "España, ahí no tiene voz. No puede tenerla mientras el crimen y el desafuero suplanten a la ley; mientras el derecho y la dignidad de los hombres sean pisoteados; mientras la barbarie clerical y castrense disponga a su antojo de

---

[27] Ramón Gaya, "*Animal de fondo*, de Juan Ramón Jiménez (Carta de R.G. a R.H.)", *LE*, 14 (febrero, 1950), pp. 1, 12.

haciendas y vidas." La lógica de la argumentación resulta muy clara: no hay cultura en España *porque no la puede haber.* ¿Y si llegara a darse? Curiosamente, según avanza en su editorial, Arana empieza a hacer pequeñas concesiones:

> Da grima leer los periódicos y las revistas que llegan de España; da pena y vergüenza leer a los "poetas jóvenes", a los seudoensayistas y seudofilósofos aupados por el régimen: da náusea *–acaso con un par de excepciones–* acercarse a los novelistas de esta hora.[28]

Cierto es que, en ese momento, la prevención con respecto a lo que se producía en España era fundada. Sin embargo, es también sintomático que en ese mismo primer número de la revista se incluya, entre otras noticias, la de la aparición de *Nada*, de Carmen Laforet. También figura una reseña sobre *Esas nubes que pasan* de Camilo José Cela. Es decir, desde un principio, si bien los colaboradores de *Las Españas* tendían a desechar de antemano cualquier libro llegado de España, de todos modos lo leían y poco a poco tuvieron que ir concediendo más excepciones a la regla.

Tanto el libro de Cela como la novela de Laforet fueron tratados con sumo recelo por sus reseñistas. Para Paulita Brook: "Cela no es todavía dueño de un estilo. En vez de arma que esgrimir, es el idioma, para él, impedimento que soportar. Todavía la sintaxis le juega malas pasadas y su frase carece de la fibra, del esqueleto que la mantiene erguida. En el período, largo y poco musical, el pensamiento va abriéndose paso a duras penas, salvando difícilmente los obstáculos que el propio autor interpone en su camino, en forma de innumerables comas."[29] La reseñista sabe que Cela es también el autor de *La familia de Pascual Duarte* y de *Pabellón de reposo*, pero, de todos modos, se

---

[28] Redacción, "Editorial", *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 2. Las cursivas son nuestras.

[29] Paulita Brook, "*Los libros.* Camilo José Cela, *Esas nubes que pasan*", *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 5.

niega a reconocerle mayores virtudes como prosista. Manuel Andújar, por su parte, concede ciertos elogios a la autora de *Nada*, pero, como en el caso de Brook, se siente obligado a expresarse con reservas: "Carmen Laforet consigue una obra de cuerpo entero, articulada, de indiscutible talento, pero sin brisas –que son fenómenos a la vez íntimos y sociales– que oreen."[30] Es decir, dada la situación "social" entonces reinante en España, la novela no puede ser tan buena como tal vez podría parecer.

Aunque en las páginas de *Las Españas* se reseñarían otros ejemplos de la novela española de posguerra, fueron los poetas peninsulares a quienes se siguió con mayor asiduidad; es en la crítica formulada sobre la obra de estos poetas donde, por otra parte, se ve con mayor claridad la influencia de los prejuicios ideológicos ya mencionados.[31] Los vemos claramente expuestos, por ejemplo, en los textos que se ocupan de los dos autores peninsulares principalmente responsables del repunte que empezó a observarse en la poesía peninsular a partir de 1944. Nos referimos, desde luego, a Dámaso Alonso y a Vicente Aleixandre. El trabajo de reseñar *Sombra del paraíso*, de Aleixandre, corrió a cargo de María Dolores Arana, quien se muestra bastante reservada ante los posibles méritos del libro. Reconoce los indudables logros estéticos de la colección, pero confiesa que esperaba una poesía menos abstracta, más sensible al angustiante momento histórico en que fue creada. Es un libro, se queja la exiliada, "en el que apenas si encontramos resonancias del mundo sustantivo de las cosas vivas, ni solidaridad con el dolor común de los hombres". Por lo tanto, según ella, un libro decepcionante. "Estetismo egoísta. Creación admirable de la inteligencia. En suma, poesía intrascendente, pese a su indiscutible perfección y absoluto

---

[30] M[anuel] A[ndújar], "*Los libros. Nada*, de Carmen Laforet", *LE*, 2 (noviembre, 1946), p. 4.

[31] La historia que sigue se ubica, desde luego, en un panorama más general. Véase al respecto el artículo de James Valender, "La poesía del interior de España vista desde el exilio mexicano (1939-1959)", en Manuel Aznar Soler (ed.), *El exilio literario español de 1939*, vol. II, GEXEL/Associació d'Idees, Barcelona, 1998, pp. 409-425.

dominio de los recursos expresivos, al desarrollo de los temas, a su variedad y a su riqueza." Los méritos estéticos del libro le resultan evidentes, pero no bastan: "No olvidemos que el arte verdadero expresa el sentir de cada época y que el arte, en este caso concreto la poesía, no es simple afán de goce y de dolor subjetivos y por ende inhumano o deshumanizado... *Sombra del paraíso* nos hubiera satisfecho plenamente antes, cuando leíamos *La destrucción o el amor.* Hoy no. Exigimos y esperamos algo más trascendental de un poeta de las calidades de Vicente Aleixandre."[32] La crítica está bien formulada en sus propios términos, pero al recordar la nota muy positiva que la misma María Dolores Arana publicó sobre *Jardín cerrado*, de Emilio Prados, libro poético que tampoco constituye un ejemplo de "solidaridad con el dolor común de los hombres" (o, al menos, no en el sentido que ella quería, por lo visto, darle a esta frase), el lector no puede sino sacar la conclusión de que la reseñista aplica criterios de valor muy distintos a la poesía española escrita en una y en otra orilla del Atlántico.

Sobre *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso, no se publicó ninguna reseña en *Las Españas.* Sin embargo, sí aparecieron varias notas relacionadas con el poeta que dejaron en evidencia el rechazo que muchos intelectuales sentían por una figura, como la suya, abiertamente identificada con el régimen de Franco. José Ramón Arana, por ejemplo, no pierde la oportunidad de criticar la actitud (según él, servil) que demostrara Alonso al escribir un prólogo elogiosísimo para el libro *Arpa fiel*, de Adriano del Valle (ganador, en 1941, del Premio Nacional de Literatura "José Antonio Primo de Rivera" y, en 1942, del Premio Fastenrath de la Real Academia de la Lengua Española): "¡Hasta dónde ha caído

[32] María Dolores Arana, "*Los libros.* Vicente Aleixandre, *Sombra del paraíso*", *LE*, 6 (septiembre, 1947), p. 4. Resulta curioso contrastar esta reseña con la nota sumamente elogiosa que firmara Manuel Altolaguirre, "Sombra del paraíso", *Tiras de colores* (México), núm. 59 (enero, 1948); recogida en Manuel Altolaguirre, *Obras completas I,* edición de James Valender, Istmo, Madrid, 1986, pp. 370-371.

España! ¡Hasta dónde han empujado a España! Porque no está sola, aislada, la turba de los fracasados. Junto a ellos se arrastra la voz cobarde de los vencidos, de los que aceptaron vencimiento y espulgan su miseria en un precario carasol: de los que han dicho, o piensan, que Madrid es una ciudad de un millón de muertos, y que en toda España no queda sino muerte: de los que miran a su pueblo en el espejo sucio de su acabamiento y de su miedo." Palabras duras, si las hay, que el crítico luego remata con lo siguiente: "Leer este libro produce náuseas y tristeza; porque no es en él, sólo, la ramplonería y el vacío del señor del arpa: como zaguán engañoso encontramos trece páginas escritas por un auténtico poeta: Dámaso Alonso."[33] A continuación Arana reproduce algunos fragmentos del prólogo, que, en efecto, no parecen dignos del eximio editor de Góngora.

La visita que Alonso realizó a México hacia finales de 1948 fue motivo de otro ataque a su persona. Aunque, durante su estancia, el poeta español intentó distanciarse del recién inaugurado Instituto de Cultura Hispánica, para la mayoría de los exiliados no cabía duda de que el poeta y crítico llegaba en visita "oficial", en representación del régimen de Franco. Dada la fuerte preocupación que la penetración franquista en América había despertado entre la emigración republicana en general, es entendible que las críticas hayan sido especialmente virulentas. En *Las Españas*, en una anónima nota de redacción, escrita (con toda probabilidad) por José Ramón Arana, se lee la siguiente alusión al tema: "Una nueva empresa –el Instituto de Cultura Hispánica– necesita agentes cuyo nombre cubra la mercancía averiada. Ha roto el fuego Dámaso, el pobrecito Dámaso, tan cándido siempre, tan inefable, que sólo habló de poesía y de poetas: de poesía imperial (?) claro, y de poetas que se han quedado sin imperio. Por pura inocencia, o por un afán de equidistancia, no habló en la sucursal del Instituto en México. Lo hizo en el Casino Español, donde la inquietud política es patente y el afán

---

[33] J. R. A[rana], "*Los libros.* Adriano del Valle. *Arpa fiel*", *LE*, 9 (julio, 1948), p. 12.

por oírlo estuvo a punto de producir tumultos. De política no dijo ni una sola palabra. ¿Para qué? Su mensaje oficial, el pagado, se expresaba por su sola presencia."[34] De nuevo, lo que se pide a un escritor peninsular es la correcta actitud ideológica; sin ese prerrequisito, nada que escriba puede tener valor para el crítico exiliado.

Desde luego, Aleixandre y Alonso no eran los únicos en escribir poesía en España durante esos años. Bajo la protección de revistas como *Garcilaso* y *Escorial* había surgido una nueva promoción de poetas. En México no era fácil enterarse de lo que representaba dicha promoción (los libros y las revistas circulaban poco fuera de España) y de ahí la importancia que llegó a tener la *Antología de poetas españoles contemporáneos* (1946) de César González Ruano, que, al llegar a México, ofreció a los exiliados un panorama muy amplio de los nuevos valores poéticos peninsulares. La impresión creada por la antología, como era tal vez de esperarse (a fin de cuentas, la vida cultural en España dejaba mucho que desear), confirmó las peores suposiciones de la gran mayoría. De Paulita Brook, por ejemplo, quien reseñó el libro en el primer número de *Las Españas*. En casi todos los poetas que habían comenzado su obra bajo el régimen de Franco, comentó esta reseñista, se observa "un afán inmoderado de escapar a las influencias 'indeseables' volviendo los ojos a los modos clásicos.

---

[34] Redacción, "*Disparadero de las Españas.* Dámaso y la realidad", *LE*, 11 (enero, 1949), p. 15. Al final del texto figura la siguiente anécdota: "En cierta casa a donde [Dámaso Alonso] fue invitado, topó con un grupo de jovenes escritores españoles: alguien mostró deseos de conocer algún poema inédito de Dámaso y éste leyó, o recitó, uno dedicado a Federico. –¿Qué les parece? La contestación fue como un trallazo. –Bien, muy bien... pero a juzgar por su poema se diría que García Lorca había muerto de sarampión o de viruelas..." Otras fuertes censuras formuladas desde el exilio mexicano incluyen: Juan Rejano, "Los poetas en la cárcel. *Tres poetas en desamparo*, de Dámaso Alonso", *Letras de México*, núm. 119 (1-I-46), p. 205; Gabriel García Narezo, "Carta abierta a Dámaso Alonso", *El Nacional* (México), 17-XI-48, p. 5; y Max Aub, "Carta abierta a Dámaso Alonso", *Sala de Espera* (México), núm. 23 (julio, 1950), pp. 1-7. Otro intelectual franquista fuertemente criticado a raíz de una visita suya a México, fue Agustín de Foxá. Véase, al respecto, la nota de redacción, "Los muertos mandan o la 'Foxa' común", *LE*, 14 (febrero, 1950), p. 7.

En casi todos, poesía sin alas que renuncia a la audacia del vuelo. Es natural: es un intento de poesía entre rejas, enjaulada, o con las alas de las plumas cortadas, para que no pueda volar muy lejos, ni muy alto".[35]

En su artículo "Voces, ecos, sombras" Arana se ocupa de una antología de poesía española contemporánea que, aun cuando no identificada por su título ni por su autor, parece haber sido la de González Ruano. Su conclusión al respecto es todavía más tajante, si cabe, que la de Brook. Para él, se trata de "una especie de pudridero, de fosa común, donde conmueren voces y ecos, con una cauda o coletazo de sombras, remedo de otras sombras". Para Arana la antología sólo sirve, en fin, para darle la razón a León Felipe quien, en unos famosos versos escritos en 1939, afirmó que los exiliados habían traído con ellos la canción, dejando muda a la España franquista. Arana concluye: "Muerta, asesinada aquella gran voz de España que fue Miguel Hernández, allí ninguna queda, ninguna ha surgido con acento propio, con hondura, con sangre, con verdad de hombre enfurecido. Allí no hay más que ecos de ecos, sombras de sombras chorreando lágrimas, bisbiseando responsos y elegías en una media luz de sucia ceniza."[36]

Basten estos ejemplos para demostrar que en un principio, más que reservas, los colaboradores de *Las Españas* sentían un fuerte rechazo por la producción poética de la península. Sin embargo, hacia 1949 empieza a notarse un cambio de criterio. Este cambio se debió, en parte, a la lenta consolidación de una vida cultural disidente en España, pero también, y sobre todo, a los dramáticos reveses sufridos por la República en el ámbito internacional, reveses que a su vez obligaron a los exiliados a asumir

---

[35] Paulita Brook, "*Los libros.* César González Ruano, *Antología de poetas españoles contemporáneos*", *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 5.

[36] José Ramón Arana, "Voces, ecos, sombras", *LE*, 3 (enero, 1947), pp. 10-11. Aunque Arana no proporciona ni el título de la antología, ni el nombre del antólogo, todo parece indicar que se trata de la misma comentada por Paulita Brook.

un notable cambio de perspectiva con respecto a su protagonismo en la lucha antifranquista. Así como los exiliados empezaron a conceder cada vez mayor importancia a los disidentes políticos radicados en la península, también empezaron a reconocer la presencia (y la importancia) de una actividad cultural, asimismo de signo disidente, en el interior del país.

Así como *Las Españas* fue una de las primeras agrupaciones de exiliados en asumir las implicaciones políticas de los reveses sufridos, también se contaron entre los primeros en reivindicar ejemplos de esta nueva cultura disidente. Aunque se pueden rastrear afirmaciones en este mismo sentido en trabajos publicados con anterioridad por Gallegos Rocafull, Juan José Domenchina y Daniel Tapia, encontramos una clara confirmación de este cambio de sentido en una nota publicada en abril de 1949 que, aun cuando está firmada por un tal "José Español", cabe atribuirla a la redacción misma de la revista: "No creemos que España –o las Españas– estén solamente donde se halla físicamente la emigración republicana. Sabemos que el núcleo más numeroso de nuestra España eterna, vive sobre su suelo, aunque sea en las cárceles, en la clandestinidad o bajo la mordaza de este Estado-policía que nunca podrá ser aceptado por los verdaderos españoles, aunque la 'necesidad de vivir' les obligue a una aparente adaptación. Con todos ellos estamos unidos en la distancia y sus sufrimientos, miserias y persecuciones materiales o morales son acicate para nuestra acción."[37] Es decir, a partir de esta fecha, para el grupo de *Las Españas* era cada vez más importante distinguir entre lo que en otro momento llaman "los intelectuales rentistas de la traición, usufructuarios de prebendas, maestros en picardías, técnicos en silencios prudentes y en abstenciones", por un lado, y, por otro, "los intelectuales, singularmente los jóvenes, que existen y laboran, en múltiples sentidos, al margen del franquismo, ajenos a su culpa histórica, a la corrupción ambiente".[38]

---

[37] José Español, "A diestro y siniestro", *LE*, 12 (abril, 1949), p. 11.
[38] Redacción, "Farsa y verdad", *LE*, 14 (febrero, 1950), p. 13.

La novela española de posguerra empieza a ser tratada con más generosidad. La obra de Cela, sobre todo, es leída con más cuidado. En un extenso ensayo sobre "El hambre en Camilo José Cela", por ejemplo, Francisco Pina no vacila en relacionar al escritor gallego con Cervantes, Baroja y Machado; su preferencia como lector se orienta hacia la veta picaresca del novelista, que encuentra mejor ejemplificada en obras como *La familia de Pascual Duarte* y, sobre todo, *Viaje a la Alcarria*. Con todo, confiesa que su valoración de Cela ha sufrido un cambio importante: "Camilo José Cela, de quien no sé por qué tenía yo la falsa idea de que era un señorito metido a escritor, es en realidad el polo opuesto a ese señoritismo nefasto que tanto daño ha hecho a España. Y esa es seguramente la causa, entre otras, de que Cela no pueda encontrarse a gusto respirando la irrespirable atmósfera falangista."[39]

Otro novelista bien recibido por *Las Españas* fue el autor de *Los hijos de Máximo Judas*, Luis Landínez, en quien Isidoro Enríquez Calleja, escribiendo bajo el seudónimo de Cei de Lara, creyó descubrir otro novelista más que confirmaba el surgimiento en España de una auténtica cultura disidente: "Con el amable permiso de ciertos demagogos que involucran la verdad literaria con el prejuicio político, queremos afirmar que en España, entre los treinta millones de españoles, están surgiendo escritores de todas clases y tendencias –incluso de verdadera talla–, y que algunas de estas novelas desgarradas, aunque sea por excepción –pero ya es algo–, constituyen el más terrible alegato en contra del actual régimen que la oprime y la esclaviza."[40] Y la obra de Landínez sería precisamente una de esas "novelas desgarradas".

Los dos textos citados son indicativos del cambio de actitud; pero es sobre todo en el campo de la poesía donde se observan mejor las consecuencias de la nueva predisposición ideológica.

---

[39] Francisco Pina, "El hambre de Camilo José Cela", *LE*, 13 (octubre, 1949), pp. 11-12.

[40] Cei de Lara, "*Los libros*. Luis Landínez, *Los hijos de Máximo Judas*", *LE*, 23-25 (abril, 1953), p. 34.

Para Isidoro Enríquez Calleja, por ejemplo, un primer indicio de que España comenzaba a salir de su aridez intelectual y artística era la aparición en 1949 de *La espada y la pared*, de Victoriano Crémer. Según el exiliado, el libro era síntoma de que "realmente no todo es desierto en la entraña poética de la Península Ibérica bajo su actual régimen político". Aunque nuevamente se siente obligado a insistir sobre el carácter excepcional que cobrara entonces la aparición de dicho libro: "Este magnífico poeta es un oasis, lo repetimos, en el espectáculo desértico y timorato de la nueva poesía española."[41]

Con el paso del tiempo se volvió más evidente para todos que la postura disidente que asumiera Crémer no era un caso tan aislado; que éste, al contrario, formaba parte de una nueva promoción de poetas impulsados, muchos de ellos, por las mismas preocupaciones éticas y estéticas. Sirvió para comprobar este hecho la aparición en Valencia, en 1952, de la conocida *Antología consultada de la joven poesía española* que preparó Francisco Ribes. Conviene detenernos en las reacciones ante dicha antología, puesto que el libro, que reunió muestras de la obra de nueve de los más prestigiados poetas nuevos de la península (Carlos Bousoño, Gabriel Celaya, José María Valverde, Blas de Otero, Eugenio de Nora, Vicente Gaos, José Hierro, Rafael Morales y Victoriano Crémer), fue ampliamente comentado en las páginas de *Las Españas*.

En un ensayo publicado en el número 23-25 de la revista (abril, 1953), Manuel Bonilla Baggetto, siguiendo el ejemplo de Calleja, critica las actitudes, aún muy frecuentes entre los exiliados, de "poner en cuarentena todo lo que desde España nos llega" y de "identificar a todo el pueblo español con el mundo oficial". Partiendo de estas críticas, y afirmando que en España se produce un "movimiento literario interesante", hace una reseña elogiosa de la *Antología*, subrayando el carácter profundamente

---

[41] Isidoro Enríquez Calleja, "*Los libros.* Victoriano Crémer, *La espada y la pared*", *LE*, 19-20 (mayo, 1951), p. 23.

humano de la poesía recogida en ella, actitud que encuentra confirmada, por otra parte, en las poéticas escritas por cada uno de los poetas: en ellas se nota, a su juicio, "un afán humano, una ternura y un deseo de comunicación entrañable que no puede ser decadencia sino más bien un gesto de rebeldía contra el medio". Reconoce, además, entre los antecedentes de esta poesía, calificada por sí misma como social, no sólo a Antonio Machado, evidente en "el tono entrañable, la ternura, la claridad, la sencillez y el alto sentido humano", sino también a Vicente Aleixandre, al referirse a la "amplitud de léxico poético que trajo este poeta renovador y por esa concepción cósmica que posee".[42]

En la siguiente entrega de la revista, que no se editó hasta julio de 1956, apareció otro ensayo sobre la nueva poesía española. Publicado bajo la firma de "Felipe San Miguel" (seudónimo de Rafael Múgica, mejor conocido como "Gabriel Celaya"), se trataba del intento por parte de un miembro del nuevo movimiento poético de exponer la razón de ser del movimiento al que pertenece, refiriéndose, para ello, a la *Antología consultada*. El ensayo confirma muchas de las valoraciones de Bonilla, a la vez que insiste todavía más sobre el sentido social de la poesía que él y sus colegas escribían. Así, después de fustigar el escapismo tanto de los poetas neoclásicos del "garcilasismo" como de los neosurrealistas del "tremendismo", Celaya reivindica la aparición en España de una nueva poesía en la que "se apela al hombre, al hombre concreto y existencial", agregando luego que, al hacerlo, "la insoslayable circunstancia histórica y social de ese hombre [...] surge como tema de primera importancia en la lírica". El autor considera que el nuevo movimiento poético encarna un renacimiento de la poesía auténticamente popular y reconoce como sus maestros a Unamuno y a Machado, porque ellos "nunca desencarnaron su

---

[42] Manuel Bonilla Baggetto, "La joven generación poética española. Comentario a una antología", *LE*, 23-25 (abril, 1953), pp. 39-40. Redactor de *Las Españas* desde 1949, Bonilla había sido uno de los primeros exiliados en reivindicar la poesía española de posguerra. Véase, por ejemplo, su ensayo "José Luis Hidalgo y las dos tendencias de la poesía actual española", *Clavileño* (México), núm. 1 (mayo, 1948), p. 6.

canto, ni temieron comprometerse". Finalmente, como una justificación, más social que literaria, de esta corriente, asevera que "ha llegado a convertirse en un fenómeno colectivo de subversión que merece atención, no sólo como síntoma de la descomposición del franquismo, sino también como apunte de una voluntad regeneradora".[43]

Éste sería el punto de vista expresado en el mismo número de *Las Españas* por Isidoro Enríquez Calleja al reseñar dos libros paradigmáticos de esta nueva poesía social: *Libro de Santiago*, de Victoriano Crémer, y *Cantos iberos*, de Gabriel Celaya. Si bien la obra de Crémer le parece "un hito en la más auténtica poesía española de los últimos años", la de Celaya conforma, a su juicio, "un ramo de asombrosas elegías, donde se lloran las tristezas de España en versos de suavidad y sentimiento, y se protesta airadamente contra toda opresión". Para el crítico ambos poetas son ejemplos a seguir, porque son poetas populares. Y es que, a su juicio: "Lo popular, con sus romances de cascabel y las elegías a la patria dolida, es obligación del momento para el poeta auténtico si es que escribe desde sus raíces y oyendo la voz más sólida de su virilidad."[44]

Es decir, después de largos años de desconocimiento y rechazo, las propuestas de los poetas peninsulares finalmente parecen haber coincidido con los criterios y las exigencias de los críticos del exilio. Hecho que no sólo se vería reflejado, claro está, en *Las Españas*, sino también en las demás revistas literarias editadas en el exilio, y que encontraría su expresión más pura en la famosa retractación que escribió León Felipe al prologar el libro *Belleza cruel* de otra poeta social del momento, Ángela Figuera: "Yo no me llevé la canción. *Nosotros* no nos llevamos la *canción*. Tal vez era lo único que no nos podríamos llevar: la canción,

---

[43] "Felipe San Miguel", "La España de hoy en su poesía real", *LE*, 26-28 (julio, 1956), pp. 17-18.

[44] Isidoro Enríquez Calleja, "*Los libros*. Victoriano Crémer, *Libro de Santiago*" y "*Los libros*. Gabriel Celaya, *Cantos iberos*", *LE*, 26-28 (julio, 1956), pp. 21 y 23-24, respectivamente.

la canción *de la tierra*, la canción que nace *de la tierra*, la canción inalienable de la tierra." La responsabilidad de mantener la tradición poética nacional había recaído, al contrario, sobre los que seguían en España: "Dámaso, Otero, Celaya, Leopoldo de Luis, Eugenio de Nora, Hierro, Crémer, Ángela Figuera Aymerich... los que os quedasteis en la casa paterna, en la vieja heredad acorralada... vuestros son el psalmo y la canción."[45]

Como ahora podemos apreciar, aunque políticamente oportuno, este entendimiento entre los poetas del interior y los escritores exiliados condenó a la marginalidad (cuando no al olvido total) a un buen número de los poetas exiliados, quienes de ninguna manera comulgaban con los principios implícitos en la obra de los poetas sociales. Por otra parte, también tuvo el efecto de formar una nueva ortodoxia estética en España, incluso una nueva capilla (la de la poesía social), que también tendía a marginar a todo aquel que no compartiera los mismos valores. Dada la amplia aceptación de que, a pesar de todo, gozó dicho acuerdo, sorprende ver que, en abril de 1953, en el número 23-25 de *Las Españas*, apareciera una ácida crónica, enviada desde España, denunciando las tristes realidades que se escondían bajo la aparente bondad política del nuevo movimiento de poesía social. El autor del texto, quien firmó con el seudónimo de "Miguel Manrique", evidentemente conocía muy de cerca el mundillo político literario en el que se desenvolvía la nueva literatura peninsular. Lo que se anunció fue una serie de crónicas sobre dicha literatura, de la que la presente, dedicada a la poesía, sería sólo la primera; en realidad, sería la primera y la única en publicarse (en *Las Españas*, al menos, no tuvo continuación).

Los comentarios de "Manrique" versaban tanto sobre la poesía en sí como sobre la política cultural del momento. Frente al panorama de servilismo y mediocridad que a su juicio caracte-

---

[45] León Felipe, "Palabras...", prólogo a Ángela Figuera Aymerich, *Belleza cruel*, Premio de Poesía "Nueva España", 1958, de la Unión de Intelectuales Españoles en México, Compañía General de Ediciones, S.A., México, 1958, pp. 10-11.

rizó la poesía peninsular durante los diez primeros años de la posguerra, la *Antología consultada* le parecía ofrecer algunos (escasos) motivos de esperanza. Es decir, su juicio en general resultó bastante menos favorable que el de Bonilla y de Celaya. A Carlos Bousoño, por ejemplo, lo califica de flojo, insulso y radicalmente insincero, y a José María Valverde, de pesado, difuso y gazmoño. De los nueve poetas que conforman la antología, sólo considera voces auténticas las de Nora, Celaya, Hierro y Crémer. Y aún así, no deja de expresar ciertas reservas. Al referirse a *Lo demás es silencio*, por ejemplo, opina que su autor, Gabriel Celaya, "intenta presentar la tragedia del hombre pensante y sensible al dolor de las masas, en el mundo dolorido de hoy. Aunque en él hay hondos atisbos y resueltos aciertos, en el fondo no hace más que chapotear en su propia angustia, pisar los escombros de una metafísica deprimente y malsana, sin vigencia ni porvenir". La poesía social se presenta, en fin, como un movimiento insuficientemente radical en cuanto a sus propuestas estéticas y morales. Esta crítica, sarcástica y mordaz como pocas, se vuelve todavía más polémica, si cabe, en las páginas que Manrique dedica a retratar en general a la sociedad literaria contemporánea: una comunidad, según él, regida por el caciquismo de Vicente Aleixandre y de Dámaso Alonso, quienes, con el fin de "controlar a una juventud que se le[s] escapa", se esforzaban por suprimir cualquier propuesta que pudiera hacer sombra a la suya.[46]

---

[46] "Miguel Manrique", "Breve esquema de la literatura en la España franquista", *LE*, 23-25 (abril, 1953), pp. 11-12. Las ideas expresadas por este corresponsal fueron rebatidas con firmeza por los editores de la revista *Ínsula*: "el trabajo de 'Miguel Manrique' es un modelo de crítica sucia y hecha de mala fe, un torpe ataque fruto de la envidia y del partidismo político. El autor no excluye de su ataque ni siquiera a los grandes maestros actuales de nuestra poesía. La bajeza de este burdo artículo es tanto más odiosa cuanto que el autor –que, naturalmente, escribe desde Madrid y con el resentimiento típico del poeta fracasado– escuda en el anónimo sus chismes e insidias". Anónimo, "*La flecha en el tiempo. Las Españas* y la poesía", *Ínsula* (Madrid), núm. 93 (septiembre, 1953), p. 2. Es la única referencia a *Las Españas* que se encuentra en *Ínsula*, lo cual no deja de ser curioso en una revista peninsular como ésta, preocupada por abrir sus páginas a los escritores del exilio.

Si bien este ensayo de "Manrique" no tuvo la continuación anunciada, seguramente fue por encerrar un comentario demasiado heterodoxo en un momento en que la revista buscaba, más bien, celebrar la importancia de los nuevos valores literarios peninsulares. Sea como sea, el texto sigue ofreciendo hoy en día un cuestionamiento a fondo del mundo literario del momento y es de lamentar el que no hayan aparecido después las otras crónicas anunciadas, presumiblemente dedicadas a la prosa y al teatro españoles de posguerra.

Con todo, es de notar que la misma actitud desmitificadora encontrará expresión más tarde, en las páginas de *Diálogo de Las Españas*. En otra crónica anónima enviada desde España, se habla, entre otras cosas, de las falsas expectativas que se habían creado alrededor del movimiento político de disidencia en general y acerca de la poesía social en particular: "El disgusto no llega a desesperación y está muy mezclado con el miedo y, por otra parte, se vive como en una espera mesiánica, pasivamente. Ahí está el ejemplo de la vida intelectual: oprimida hasta la asfixia y sin que rompa de entre ella una sola protesta de extensión apreciable. Todo se va en charlas de café, bulos, chistes y escapatorias tímidas en forma de 'poemas sociales'."[47] La poesía social vista, en fin, como desahogo individual, pero no como el "arma cargada de futuro" que decía Celaya.

Finalmente, cabe destacar las duras palabras que, en octubre de 1963, escribiera algún miembro de la redacción de *Diálogo* (tal vez el propio Arana), censurando un movimiento poético que ya para entonces se habría convertido, según él, en otra forma de señoritismo, de evasión: "El señoritismo andaluz –parasitario, jaquetón, vacío– no es sino la variedad más estridente del señoritismo peninsular. Nuestra guerra sacó a luz otra variedad insospechada: la del *proletario* señorito. En los embalses de 'la paz

---

[47] XYZ, "España por dentro. Disgusto, insuficiencia, división", *DLE*, 2 (julio, 1958), pp. 23-24.

franquista', el señoritismo intelectual ha proliferado mucho. Hay *economistas*, *sociólogos* y noveladores en los que la falta de rigor, el facilismo, lo deleznable de su actitud vital, en suma, denuncian que el señorito anda por dentro; pero lo que más abunda es el señorito versolari, ese que llama poesía social a irregulares hileras de palabras gordas o violentas, en todo caso azuzadoras".[48] Según esta interpretación, la poesía social no sólo no habría conseguido nada en la esfera política, sino que, además, con su ejemplo de "albañilería verbal", habría desviado la poesía de lo que era su verdadero camino. La nota es muy breve, pero suficientemente clara para sugerir que, ya al final de la trayectoria de *Las Españas*, una fisura entre el discurso crítico del exilio y la cultura de la península se había vuelto a abrir.

En fin, como en el caso de la poesía española producida en México, los críticos exiliados vacilan en sus criterios, dudando si dar preferencia a una obra que se mantenga fiel a ciertos valores sociales consabidos o si más bien respetar la necesidad artística de una expresión abierta a lo nuevo y desconocido. La crisis de valores que se refleja en sus contradictorias apreciaciones de la cultura producida en el exilio es la que da pie también a los vaivenes en sus aproximaciones a la cultura peninsular.

---

[48] Redacción, nota, *DLE*, 4-5 (octubre, 1963), p. 43.

IX. BALANCE FINAL

Si bien en un principio *Las Españas* contó con una acogida favorable entre las distintas facciones que conformaban el campo republicano, la revista no tardó en ser criticada, y no por su notable labor cultural (según parece, muy bien vista por casi todos), sino más bien por las ideas políticas que defendía. Y es que, con el paso del tiempo, *Las Españas* dejó de ser un simple foro de discusión libre, para convertirse en la plataforma de un grupo con unas preocupaciones muy concretas. Las críticas provinieron, principalmente, del órgano del Partido Comunista Español en México, *Nuestro Tiempo* (1949-1953). Fueron dos los ataques publicados en esta revista, ambos muy violentos. El segundo, firmado por Jorge Cuenca, se limita en general a insultar a los redactores de *Las Españas*, a quienes tacha de "tipos turbios, agentes del imperialismo y la reacción, al servicio de los fascistas de Belgrado tales como José R. Arana".[1] Para encontrar argumentos más sólidos, hay que acudir al primero, que fue por mucho el más extenso, y que firmara un antiguo colaborador de *Las Españas*, el pintor José Renau.

Como indica el título de su ensayo, "La causa de España y los especuladores del derrotismo", para Renau la influencia ejercida por *Las Españas* en la emigración era perniciosa, y eso, precisamente, porque según él el grupo de *Las Españas* quería transformarse en un movimiento político que cuestionara la República; lo cual, a su entender, era tanto como movilizar a la

[1] Jorge Cuenca, "*Las Españas*, de espaldas a España", en *Nuestro Tiempo. Revista Española de Cultura* (México), año 3, núm. 2 (octubre, 1951), p. 38. Curiosamente, la cuestión de Tito y su conflictiva relación con la Unión Soviética nunca encontró eco en las páginas de *Las Españas*.

emigración a favor de la causa de Franco. Esta influencia política, paradójicamente, la estaría ejerciendo la revista por medio de un "obsesivo rencor, casi patológico, hacia todo lo que es *política*, hacia todo lo que de concreto y dinámico existe fuera de sus propios albedríos subjetivos".[2]

Y como si todo esto no bastara, Renau llega incluso a emparentar a *Las Españas* con la ideología nazi por las ideas de predestinación nacional que, según él, orientan la revista; ideas, por cierto, que atribuye a la influencia en dicha publicación de la obra de autores del 98 como Costa y Ganivet. De este modo, refiriéndose ahora a la concepción histórica que defendiera la revista, Renau llega a la conclusión de que, al igual que Hitler fijaba su estrella "en el filo de la espada con que Sigfrido mataba dragones abstractos", *Las España*s fijaba la suya en el "pendón foral que levantaran los comuneros de Castilla" (p. 24).

Las Españas estaba muy alejada, claro está, de la postura ideológica de un comunista como Renau; pero aún así, éste parece sobrepasarse en sus críticas. Antes que nada, habría que recordar que los redactores de *Las Españas* no creían ser dueños de la verdad, ni siquiera creían tener las soluciones, ni mucho menos, para todos los problemas que aquejaban a su país. A eso se refieren en una de sus respuestas a sus críticos: "*Las Españas* no tienen ningún dogma, ni sus hombres llevan ningún Corán en el bolsillo. Quiere esto decir, que no tienen ya 'todos los problemas resueltos', ni se consideran infalibles."[3] Manuel Tuñón de Lara, que desde Francia seguía la trayectoria de la revista con admiración, seguramente tenía razón cuando, años más tarde, afirmó que *Las Españas* "fue testimonio de las muchas dudas y angustias de los intelectuales exiliados, de sus esfuerzos, a veces fructuosos y otras fallidos, así como también de la 'ausencia de brújula' que, en ocasiones, podía el exilio conllevar. Sin embar-

---

[2] José Renau, "La causa de España y los especuladores del derrotismo", *Nuestro Tiempo. Revista Española de Cultura* (México), año I, núm. 2 (septiembre, 1949), p. 19. En adelante, las citas tomadas de este ensayo se identifican en el cuerpo del texto.

[3] Redacción, "Tiempo perdido", *LE*, 13 (octubre, 1949), p. 5.

go, en ningún caso cayeron en el desespero; muy al contrario, quedaron grabadas en mí aquellas palabras impresas en el número dedicado al centenario del 'manco de Lepanto': 'Aún hay sol en las bardas'".[4]

Puestos a caracterizar políticamente a *Las Españas*, y al contrario de lo que afirma Renau, diríamos que fue una revista antifranquista, de espíritu republicano y liberal (aun cuando desde muy temprano dejó de apoyar a las instituciones creadas por la Segunda República), que pretendió la unión, primero entre los exiliados y después entre éstos y los antifranquistas radicados en la península, con el fin último de colaborar en la reconstrucción de España. Es entendible que para un comunista la decisión de cuestionar las instituciones republicanas existentes podría interpretarse como una acción a favor de Franco (a fin de cuentas era considerable la influencia que el Partido se había forjado para sí dentro de dichas instituciones y, como siempre, convenía defender los intereses creados); pero, desde luego, al tomar este camino, lo que le interesaba al grupo de *Las Españas* no era entrar en complicidad con los franquistas, sino, al contrario, crear un movimiento capaz de instaurar un sistema auténticamente democrático y federal una vez que cayera Franco; un sistema, además, libre de los rasgos estructurales que habían empujado a la Segunda República hacia el cataclismo de una sangrienta guerra civil.

Es cierto que sus propuestas estaban teñidas de cierto regeneracionismo, y esto en varios sentidos: por la importancia que se asignaba a lo técnico y lo organizativo frente a lo político; por el papel predominante que se concedía a la educación; por la prioridad que se daba a la necesidad de modificar la conciencia colectiva de la sociedad, antes incluso de modificar las estructuras políticas del país; y también por la insistencia en querer dar

---

[4] Manuel Tuñón de Lara, "Prólogo" a Francisco Caudet, *El exilio republicano en México; las revistas literarias, 1939-1971*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1992, p. 10.

soluciones concretas a problemas concretos. Estas políticas ubican su pensamiento dentro de cierta tradición ideológica, liberal o incluso conservadora, del siglo XIX; pero desde luego, dicho pensamiento, aun cuando inspirado en una interpretación nacionalista de los problemas del país, estaba lejos de merecer la ignominia de ser tachado de hitleriano.

Habría que reconocer, por otra parte, que la actitud del grupo de *Las Españas* hacia la actividad política se prestaba a ciertos malentendidos. Sí atacaba a los partidos políticos, cuyas pugnas constantes tanto contribuían, según la revista, a la atomización política del exilio. Asimismo, en consonancia con esta postura, y al igual que las organizaciones que impulsó Joaquín Costa, el grupo de *Las Españas* se abstuvo de convertirse en una fuerza política organizada. Pero desde luego, nunca tuvo animadversión hacia la política en sí. De hecho, *Las Españas* fue modificando y afinando su propia posición política a lo largo de su historia. Basta con recordar los editoriales que aparecían en todos los números de la revista y, más tarde, como respuesta a esta misma crítica de Renau, el folleto *Por un movimiento de reconstrucción nacional*: todos estos textos acusan, sin duda alguna, un cariz netamente político.

Para entender las diferencias entre *Las Españas* y *Nuestro Tiempo* es indispensable recordar el marco histórico (la Guerra Fría) en que este conflicto se dio. La Guerra Fría dividió el mundo en dos bloques, que se pelearon entre sí por apropiarse de los países que no quisieron alinearse con uno o con otro. Fue el "error" de *Las Españas* el pretender abrir un tercer camino entre estas zonas de poder.[5] Esto se ve claramente en otra de las críticas que Renau formula en contra de la revista al repudiar la tendencia de *Las Españas* a condenar por igual el capitalismo y el marxismo, ideologías que, de acuerdo con la costumbre de la

[5] Otro que buscó un tercer camino entre las injusticias económicas del mundo capitalista y las represiones políticas del bloque socialista fue Max Aub. Véase, sobre todo, su artículo "El falso dilema", *Sala de Espera* (México), núm. 28 (enero, 1951), pp. 3-9. Huelga decir que Aub también fue duramente censurado por los colaboradores de *Nuestro Tiempo*.

época, Renau identificaba con el idealismo y el materialismo, respectivamente. Según Renau:

> El antimarxismo de *Las Españas* se esconde, como en todos los casos típicos de las *terceras fuerzas*, en una condenación simultánea del idealismo y del materialismo como tendencias filosóficas unilaterales, y en el plano político, se expresa negando la validez histórica de esta contradicción, colocando los dos extremos en que se manifiesta socialmente –capitalismo y socialismo– en un mismo terreno valorativo (p. 20).

Para un marxista como Renau, se trataba de una mixtificación imperdonable. Así, para desacreditar la postura de *Las Españas*, sugiere que el declarado distanciamiento frente a los dos bloques ideológicos era más aparente que real; que en la práctica, la revista, por idealista, estaba secretamente a favor del capitalismo: "Como sucede en todas estas *elevadas* posiciones, el grueso de la artillería crítica se dirige, invariablemente, hacia uno de los dos frentes. Hacia el idealismo –capitalismo–, una crítica discreta, más bien una fraterna reconvención que a nada compromete y que deja a salvo los *entrañables* principios de la religiosidad y del espiritualismo intelectual; contra el materialismo –socialismo–, todo el menosprecio, los denuestos, las falsificaciones ideológicas..." (p. 20). En fin, es indicativo de la polarización a que llevó la Guerra Fría el que Renau no pudiera aceptar la posibilidad de que algunos quisieran, en efecto, seguir un camino propio, libre de la imposición dogmática de una u otra potencia.

Al responder a los ataques de Renau y de Cuenca, la redacción de *Las Españas* adoptaba, en general, una actitud serena y ecuánime, intentando en la medida de lo posible evitar entrar en otro conflicto más que dividiera a la emigración. Da fe de haber leído los dos textos, pero ni siquiera menciona sus autores por sus nombres: jugando con el título de la revista comunista, simplemente afirma que las críticas constituyen "Tiempo perdido".

Implícitos en las palabras que siguen están los valores mismos –de diálogo y convivencia– que el grupo de *Las Españas* defiende: "Pierden su tiempo, pues, los cultivadores de la insidia, quienes en vez de dialogar calumnian, cuantos odian la crítica serena y razonada porque están perdiendo la razón. Su coincidencia con la prensa franquista en atacar a *Las Españas* demuestra que están en mal camino."[6] Al contestar al ataque de Cuenca abundan más sobre el mismo tema:

> Los ataques contra *Las Españas* –ya convertidos en el pan nuestro de cada día– son un extraño concierto de voces radicalmente antagónicas, pero acordadas en un odio común: el odio al espíritu civil y popular, humano, verdaderamente renovador, que ha acertado a encarnar nuestra revista. Desde el sectarismo de izquierda a la demagogia de la Falange, todas las baterías del encono apuntan contra *Las Españas*. De vez en cuando, junto a quienes torpemente se empeñan en la enemistad y junto a nuestros naturales enemigos, se alza la voz grasa y pedante, decrépita antes de llegar a la madurez, de quienes dormitan y digieren en un limbo de escalafones polvorientos, ciegos y sordos ante el dolor de España.[7]

A pesar de la ecuanimidad que se propone, finalmente la redacción de *Las Españas* no puede resistir la tentación de devolver algunos de los golpes recibidos.

Si bien las censuras formuladas por los colaboradores de *Nuestro Tiempo* resultan comprensibles cuando se toma en cuenta el momento en que fueron escritas, resulta algo insólito encontrar las mismas críticas repetidas muchos años después por los historiadores del exilio. Es el caso de Patricia W. Fagen, por ejemplo, quien en su libro *Transterrados y ciudadanos* no sólo presenta *Las Españas* como una agrupación que pugnara por dis-

---

6 Redacción, "Tiempo perdido", *LE*, 13 (octubre, 1949), p. 5.

7 Redacción, "Tiempo perdido", *LE*, 21-22 (abril, 1952), p. 25. Por desgracia, no hemos podido localizar ninguno de los ataques dirigidos a *Las Españas* en la prensa franquista.

minuir la hostilidad hacia Franco, sino que incluso afirma que *Diálogo de Las Españas* promovía "un diálogo que incluyera a los partidarios de Franco"; aseveración que, evidentemente, no corresponde en absoluto a la realidad de los hechos.[8] Más recientemente, Francisco Caudet, en un libro pionero sobre el tema de las revistas literarias en el exilio mexicano, simplemente hace suyas las interpretaciones de Renau, lo cual, desde luego, lo lleva a ofrecer una imagen totalmente caricaturizada de *Las Españas*.[9] En el caso de Patricia Fagen, el error parece deberse a una falta de información; en el caso de Francisco Caudet, en cambio, todo parecería indicar que el investigador simplemente quiere revivir y reavivar los antiguos conflictos: es decir, reabrir las trincheras (comunistas) de 1950 como si los últimos cuarenta años no hubieran pasado. Aunque más breve, resulta en comparación mucho más equilibrado e instructivo el artículo que publicó Alicia Alted en 1991 en donde la historiadora destaca el importante papel desempeñado por *Las Españas*, no sólo en la tarea de lograr la integración nacional, sino también en la lucha por asegurar la continuidad de la cultura española.[10]

Entre muchas otras cosas, la crítica suele pasar por alto la importancia del diálogo que, sobre todo a partir de 1950, la revista fue entablando entre el exilio y el interior. En efecto, en lugar de ser un foro de discusión para los españoles del exilio, *Las Españas* se fue convirtiendo, como hemos visto, en un espacio

---

[8] Patricia W. Fagen, *Transterrados y ciudadanos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975. Ver sobre todo pp. 91-93.

[9] Francisco Caudet, *El exilio republiano en México. Las revistas literarias (1939-1971)*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1992. En un apéndice de dicho libro (p. 347) se reproduce un texto de Anselmo Carretero en que éste intenta señalar los errores de la interpretación de Patricia Fagen; texto, por cierto, que no parece haber influido mucho en el ánimo de Caudet a la hora de escribir sobre la revista.

[10] Alicia Alted Vigil, "*Las Españas* y *Diálogo de las Españas*: Integración nacional y recuperación de la cultura en el exilio (1946-1963)", en Nicolás Sánchez-Albornoz (comp.), *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Sociedad Estatal Quinto Centenario/Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1991, pp. 219-233.

en que los exiliados y los antifranquistas del interior del país podían intercambiar experiencias e ideas. Si bien se suele identificar el inicio de este diálogo con la publicación en 1953 de un texto de José Luis Aranguren, en que desde Madrid el filósofo español invitaba a los exiliados a renunciar a sus viejos prejuicios ideológicos y reconocer que no todo estaba perdido en España,[11] el hecho es que *Las Españas* ya había iniciado este diálogo por lo menos unos dos años antes. Ya desde el segundo número de *Noticias,* aparecido en enero de 1951, se habían empezado a publicar crónicas y noticias de corresponsales radicados en España. El boletín sólo llegaría a tener cuatro números, pero la misma política tendría múltiples resonancias en la revista propiamente dicha, donde se prestaría cada vez más atención no sólo a las noticias provenientes de la península, sino también a la obra literaria y artística realizada por los intelectuales antifranquistas más destacados del interior. Fuertemente criticada en su momento por otras agrupaciones del exilio, esta política de diálogo con las fuerzas disidentes del interior (una política que encontraría su mayor expresión en las páginas de *Diálogo de Las Españas*), se convertiría poco tiempo después en la postura oficial de casi todos los sectores del exilio republicano. Aquí, como en otros aspectos de su trayectoria, *Las Españas* tuvo que pagar el precio de ser el primero en señalar el camino.

En cuanto a la propuesta federalista defendida por la revista, la nueva Constitución promulgada en España poco después de la restauración de la democracia recabó en gran medida todo lo que

---

[11] José Luis Aranguren, "La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración", *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), núm. 38 (febrero, 1953), pp. 123-157. Sobre la polémica suscitada acerca de las posibilidades de un diálogo entre los españoles del interior y los exiliados, ver también: Robert G. Mead Jr., "Meditación sobre la libertad intelectual en el mundo hispánico", *Cuadernos Americanos* (México), vol. 74, núm. 2 (marzo-abril, 1954), pp. 46-54 y Clemente Cimorra, Alejandro Casona, Eduardo Zamacois *et al.*, "Respuesta de intelectuales españoles en la emigración a José Luis Aranguren", *Cuadernos Americanos*, vol. 76, núm. 4 (julio-agosto, 1954), pp. 79-85.

Las Españas (en conjunción con otras agrupaciones) había estado promoviendo en este sentido desde 1946. Desde luego, su implementación no es ninguna garantía en sí de la validez de la propuesta, cuya eficacia está todavía por comprobarse. Hay quienes se oponen a la federación, como es natural. En palabras de Fernando Savater: "Las autonomías son demasiado poco para quienes todavía no se han repuesto del trauma antiespañol y demasiado para quienes se han visto de la noche a la mañana compelidos a inventárselo."[12] Pero el que la propuesta federalista de *Las Españas* no era tan estrafalaria como algunos de sus críticos señalaron, es algo que la realidad política actual de España confirma.

En el transcurso de nuestro estudio introductorio intentamos señalar algunos de los rasgos más salientes de la amplia labor cultural realizada por la revista, sobre todo en sus dos primeras épocas (1946-1956). En otra sección de este libro los lectores tendrán la oportunidad de juzgar por sí mismos el valor de una parte importante de lo logrado por la revista en este rubro. Iría sobrando, por lo tanto, cualquier otro comentario sobre la calidad y la variedad de las contribuciones literarias y artísticas, que provienen de más de 200 intelectuales y artistas de las más variadas corrientes ideológicas dentro del campo republicano.

Para terminar, quisiéramos simplemente subrayar algún aspecto importante de la revista que afecta el carácter tanto de su labor cultural como de su propuesta política. Nos referimos a un tema que hasta ahora hemos tocado sólo de manera tangencial: la relación crítica que se va dando en la revista con respecto a cierta tradición humanística.

Las alusiones al humanismo como base de los valores defendidos por *Las Españas* se reiteran una y otra vez en la revista, como si éste sirviera mejor que cualquier otro valor para distin-

---

[12] Fernando Savater, "Las Españas de España", *Contra las patrias*, 2a. edición ampliada y revisada, Tusquets, Barcelona, 1996, p. 77.

guir su nacionalismo del nacionalismo del bando contrario. En efecto, se ve que, para *Las Españas*, el humanismo constituye un aspecto esencial del modo de ser de los españoles. En uno de los editoriales, la afirmación es contundente: "lo esencial español es el sentido profundamente humano de la vida, y la misión de España demostrar que sí es posible vivir humanamente".[13] En otro momento insisten sobre lo mismo: "somos práctica demostración de una labor tenaz de convivencia legítima, afirmamos una convicción humanista –ni ideal a secas, vagorosamente, sino basada en la realidad, en el análisis del complejo entrelazamiento de las realidades sociales".[14] Y tampoco es raro que los redactores de la revista califiquen al régimen de Franco como un alejamiento de lo humano y un regreso a la animalidad: "Dejar pasar al franquismo no es sólo una injusticia histórica: es aceptar que los valores morales han sido un sueño de los hombres, que sólo el imperativo animal existe verdaderamente, que 'liberados' de la verticalidad humana, 'todo está permitido'. Pero aceptar esto es avenirse con la selva, regresar a una vida fundamentada en el terror, el odio y la matanza."[15]

Recordemos que la Guerra Mundial destruyó, entre muchas otras cosas, la fe ciega que mucha gente tenía en los valores tradicionales del humanismo. A fin de cuentas el triunfo de los Aliados no se debió a que se dejaran llevar por los intereses de la humanidad en general, sino al hecho de que fueron superiores bélica y tecnológicamente a las fuerzas del Eje. Sobre todo después de Hiroshima y Nagasaki, era imposible seguir creyendo, como antes, en la bondad de la racionalidad humana. El hombre se veía empequeñecido ante el poder tecnológico, e indefenso ante la amenaza de una conflagración mundial. Los últimos avances de la ciencia, en lugar de beneficiar a la humanidad (como hubiera querido el humanismo), sólo habían servido para

---

[13] Redacción, "Editorial", *LE*, 9 (julio, 1948), p. 2.

[14] Redacción, "El imperativo del momento español", *LE*, 13 (octubre, 1949), p. 15.

[15] Redacción, "Editorial", *LE*, 14 (febrero, 1950), p. 2.

amenazarla con la destrucción total. Como escribió Francisco Ayala en su libro *Razón del mundo*: "en la crisis presente, lo que peligra y zozobra no son ya estos o aquellos valores creados sino los principios mismos de nuestra civilización, la esencia de nuestra cultura, donde arraiga y recibe orientación nuestra vida".[16]

Los republicanos exiliados no estaban insensibles, ni mucho menos, a esta nueva situación que la Guerra Mundial había traído. Preocupados al ver cómo en la posguerra los valores espirituales habían quedado subordinados a los intereses económicos, tecnológicos y bélicos, los redactores de *Las Españas* acudieron, casi instintivamente, al humanismo, en busca de alguna *terra firme* en que sostenerse. Es decir, a ese mismo humanismo que la guerra mundial, primero, y la Guerra Fría después, parecían haber hecho trizas.

Lo que el grupo de *Las Españas* entiende por humanismo, no lo logra definir claramente, hay que reconocerlo. Sus intentos por restaurarlo como valor fundamental toman diversas formas: en ocasiones se trata de una simple afirmación de los valores espirituales o racionales del hombre; otras, se invoca el ejemplo del Renacimiento o incluso el de la cultura clásica; otras más, la preocupación se canaliza por la disciplina filosófica; pero la mayoría de las veces se apela al humanismo como punto de referencia ineludible en cuestiones de conducta ética y moral.

En el campo del arte y de la literatura creativa, como hemos visto, este intento de recuperar valores tradicionales resulta ser un cuchillo de dos filos: si bien, por un lado, le proporciona a muchos artistas y escritores el modelo (es decir, la seguridad) sobre la cual ir construyendo su propia obra, por otro tiende a constreñir la obra artística a ciertos lugares comunes, a condenar al artista a repetir lo ya consagrado. Situación ante la cual protestaron, cada uno a su manera, conciencias tan lúcidas como las de Ramón Gaya y José Renau. Sin querer quitarle méritos en absoluto a la obra realizada por la revista en este renglón, podríamos

---

[16] Francisco Ayala, *Razón del mundo. Un examen de conciencia intelectual*, Losada, Buenos Aires, 1944, p. 8.

señalar que, en efecto, las contribuciones literarias y artísticas que llenan sus páginas cierran toda una época cultural en la historia de España, más que abrir otra nueva.

Pero si la propuesta humanista resultó ser, a la larga, una limitante para los escritores y artistas, podemos decir que en el desenvolvimiento político de la revista el contenido ético del humanismo surtió resultados admirables. Para el grupo de *Las Españas* no había nada más lejano a su espíritu que el intento de imponer por la fuerza una determinada forma de gobierno, así se tratase de una forma democrática. Ellos mantuvieron siempre, frente a la política, una postura ética muy particular, parecida a la que había adoptado también Costa, quien afirmaba que "las revoluciones se hacen... revolucionariamente o no se hacen de ningún modo".[17]

En alguna ocasión, al contestar alguna crítica que les habían hecho los comunistas, los redactores de *Las Españas* aprovecharon la oportunidad para fijar su posición al respecto. Defendiendo su propia conducta, señalan que "sacan a discusión sus ideas y están dispuestos al diálogo con cuantos –dentro de los límites de la democracia española– no hayan retrocedido a los linderos de la selva, y entiendan que la lealtad, el mutuo respeto, la dignidad propia y la dignidad ajena, son superiores y anteriores a cualquier conflicto circunstancial, y nunca supeditables a este fetiche monstruoso de la eficacia 'maquiavélica'".[18] Anselmo Carretero, por su parte, en un artículo en el que evocaba su trayectoria como miembro del partido socialista, decía: "no admito ningún camino para llegar al socialismo que contradiga sus nobles fines. Los procedimientos sucios o brutales, los ardides viles son impropios de socialistas".[19]

Hacia fines de la década de los cincuenta, las implicaciones de su defensa del humanismo empiezan a perfilarse con más claridad. Su situación se vuelve cada vez más contradictoria, y es

---

[17] Redacción, "Del ideario de Costa", *LE*, 1 (octubre, 1946), p. 4.

[18] Redacción, "Tiempo perdido", *LE*, 13 (octubre, 1949), p. 5.

[19] Anselmo Carretero, "*Motivos de diálogo*. España, Europa y los caminos hacia el socialismo", *DLE*, 4-5 (octubre, 1963), p. 20.

que, por un lado, defendían el derecho de las nuevas generaciones disidentes en España a definir su propio futuro; pero, por otro, se iban dando cuenta de que el futuro que éstas querían para sí era el de Europa, cuyos valores no estaban tan alejados, como el grupo de *Las Españas* hubiera querido, del tecnicismo y practicismo modernos. Anselmo Carretero confiaba que la integración del Mercado Común traería a su vez una consolidación de los valores humanistas:

> La Europa unida a que desde el primer momento se aspira no es solamente un mercado común. Éste ha sido el comienzo más eficaz y hacedero que se ha encontrado para llegar a algo de mucho mayor trascendencia económica y moral. El propósito de sus fundadores ha sido sentar las bases de una gran Europa que, sin perder su puesto de vanguardia en la técnica, responda en lo posible a sus ideales humanistas, y pueda irradiarlos de manera pacífica a los otros continentes.[20]

José Ramón Arana, sin embargo, como hemos visto, no estaba tan seguro. En el editorial escrito para el último número de *Diálogo de Las Españas* expresaba su temor más bien de que la cultura española se viera arrasada por el practicismo europeo y junto con ella los tan estimados valores humanistas: "Es demasiado pronto para tener idea de si los cambios mentales que se observan en las nuevas generaciones españolas implican una dimisión en profundidad, una entrega absoluta al practicismo europeo y a cuanto ese practicismo sin contrapeso ni contraste entraña, o [si] van a permitir la necesaria síntesis que lo español, vuelto a su ser, podría dar."[21]

Defender ideales humanistas en tiempos de globalización económica es una cuestión que sigue tan candente hoy como entonces (y desde luego, no sólo en España) y sería sin duda impertinente pretender decidir quién tenía la razón. En todo caso, aquí

---

[20] Anselmo Carretero, art. cit., p. 24.
[21] Redacción, "Editorial", *DLE*, 4-5 (octubre, 1963), p. 2.

como en tantos otros aspectos, los redactores se mostraron sumamente sensibles a todo lo que pasaba en su país. Y no sólo eso, sino que, además, mostraron un respeto absoluto por la voz de la mayoría. Mantener en alto así, hasta el final, los valores éticos del humanismo, aun cuando pareciera a muchos una actitud quijotesca, tal vez no sea el menos importante de los muchos legados que el grupo de *Las Españas* nos ha dejado.

BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA

Abarca, Pedro. *Carta a las nuevas generaciones españolas*, Finisterre, México, 1968 (Colección Perspectivas españolas, núm. 2).

Adame, Domingo. "Max Aub en México: teatro y crítica", en Cecilio Alonso (ed.), *Actas del Congreso Internacional "Max Aub y el laberinto español"*, Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 1996, pp. 788-804.

Alted Vigil, Alicia. "*Las Españas* y *Diálogo de Las Españas*: integración nacional y recuperación de la cultura en el exilio (1946-1963)", en Nicolás Sánchez-Albornoz (comp.), *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Sociedad Estatal Quinto Centenario/Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1991, pp. 219-233.

Altolaguirre, Manuel. "Sombra del paraíso", *Tiras de colores* (México), núm. 59 (enero, 1948); recogida en Manuel Altolaguirre, *Obras completas I,* edición de James Valender, Istmo, Madrid, 1986, pp. 370-371.

Andújar, Manuel. *La literatura catalana en el destierro*, El Ateneo Español de México, México, 1949.

——. "Las revistas culturales y literarias del exilio en Hispanoamérica", en José Luis Abellán (comp.), *El exilio español de 1939. 3: Revistas, pensamiento, educación*, Taurus, Madrid, 1976, pp. 21-92.

——. *Signos de admiración*, prólogo de Santos Sanz Villanueva, Instituto de Cultura/Diputación Provincial de Jaén, Jaén, 1986.

Anónimo. "Editorial", *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles* (París), año 1, núm. 1 (diciembre, 1944), p. 3.

——. "Editorial", *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles* (París), año 2, núm. 2-3 (enero-febrero, 1945), p. 2.

——. "La flecha en el tiempo. *Las Españas* y la poesía", *Ínsula* (Madrid), núm. 93 (septiembre, 1953), p. 2.

Aragón. Edición facsimilar. Introducción de Eloy Fernández Clemente y José-Carlos Mainer Baqué. Institución Fernando el Católico/ Fundación Pública de la Diputación de Zaragoza, [Zaragoza], s.f.

Aranguren, José Luis. "La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración", *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), núm. 38 (febrero, 1953), pp. 123-157.

Aub, Max. *Discurso de la novela española contemporánea*, El Colegio de México, México, 1945.

——. "Carta abierta a Dámaso Alonso", *Sala de Espera* (México), núm. 23 (julio, 1950), pp. 1-7.

——. "El falso dilema", *Sala de Espera* (México), núm. 28 (enero, 1951), pp. 3-9.

Autores varios. *A don Antonio Machado al cumplirse los veinte años de su muerte*, prólogo de Francisco Giner de los Ríos, [s.e.], México, 1961.

Ayala, Francisco. *Razón del mundo. Un examen de conciencia intelectual*, Losada, Buenos Aires, 1944.

——. "¿Para quién escribimos nosotros?", *Cuadernos Americanos* (México), año 8, vol. 43, núm. 1 (enero-febrero, 1949), pp. 36-58.

Balcells, Albert. *Cataluña contemporánea, t. 2 (1900-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1974 (Estudios de Historia Contemporánea).

Barga, Corpus, "La reconquista de la inteligencia española", *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles* (París), año 3, núm. 17 (abril, 1946), pp. 1-2.

Blanco Aguinaga, Carlos. "Otros tiempos, otros espacios en la narrativa española", en Nicolás Sánchez-Albornoz (comp.), *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Sociedad Estatal Quinto Centenario/Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1991, pp. 23-32.

——. "La primavera (perdida) y la Historia", en Rose Corral, Arturo Souto Alabarce y James Valender (eds.), *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*, El Colegio de México, México, 1995, pp. 29-36.

Bonilla Baggetto, Manuel. "José Luis Hidalgo y las dos tendencias de la poesía actual española", *Clavileño* (México), núm.1 (mayo, 1948), p. 6.

Bosch-Gimpera, Pedro. *El problema de las Españas*, estudio preliminar de Carlos Bosh García. 'España': Prólogo de Miguel Tarradel. 'La España de todos': Prólogo de Anselmo Carretero. UNAM, México, 1981.

Carretero y Jiménez, Anselmo. *La personalidad de Castilla en el conjunto de los pueblos hispánicos*. Tercera edición ampliada, Fomento de Cultura de Ediciones, Valencia, 1968.

——. *Los pueblos de España (Introducción al estudio de la nación española)*, prólogo de Miguel León Portilla. ENEP Acatlán-UNAM, México, 1980.

——. *Los pueblos de España*. Edición renovada, prólogos de Miguel León Portilla y Jordi Solé Tura. Editorial Hacer, Fundación Rafael Campalans, Barcelona, 1992 (Colección Federalismo).

——. *El antiguo Reino de León (País Leonés). Sus raíces históricas, su presente, su porvenir nacional*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1994 (Historia de la Sociedad Política).

Caudet, Francisco. *El exilio republicano en México; las revistas literarias, 1939-1971*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1992 (Colección de Investigaciones).

Cernuda, Luis. "Los dos Juan Ramón Jiménez: El Doctor Jekyll y Mister Hyde", *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades* (México), núm. 482, 8-VI-58.

Cimorra, Clemente, Alejandro Casona, Eduardo Zamacois *et al.* "Respuesta de intelectuales españoles en la emigración a José Luis Aranguren", *Cuadernos Americanos* (México), vol. 76, núm. 4 (julio-agosto, 1954), pp. 79-85.

Costa, Joaquín. *Oligarquía y caciquismo, Colectivismo agrario y otros escritos*, Alianza, Madrid, 1967.

Cuenca, Jorge. "*Las Españas*, de espaldas a España", *Nuestro Tiempo. Revista Española de Cultura* (México), año 3, núm. 2 (octubre, 1951), pp. 37-41.

Dennis, Nigel. "Cultura y exilio: Bergamín y la primera edición de las *Obras Completas* de Antonio Machado", *Revista de Occidente* (Madrid), núm. 166 (marzo, 1995), pp. 100-112.

Eisenberg, Daniel. "Las publicaciones de la editorial Séneca", en *Homenaje a Pedro Sainz Rodríguez*, tomo I, Fundación Universitaria, Madrid, 1986, pp. 225-233.

Fagen, Patricia W. *Transterrados y ciudadanos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975.

Fèrriz, Teresa. "Ejemplaridad y tradición inmediata: A[ntonio] Machado y F[ederico] García Lorca en el exilio español de 1939", *Scriptura* (Lérida), núm. 6-7 (1991), pp. 189-196.

García Narezo, Gabriel. "Carta abierta a Dámaso Alonso", *El Nacional* (México), 17-XI-48, p. 5.

Giral, Francisco. "Actividades de los gobiernos y de los partidos republicanos (1939-1976)", en José Luis Abellán (comp.), *El exilio español de 1939. 2: Guerra y política*, Taurus, Madrid, 1976, pp. 179-225.

Granados, Mariano. *España y las Españas*, Almendros, México, 1950.

Hernández de León Portilla, Ascensión. *España desde México. Vida y testimonios de transterrados*, UNAM, México, 1978.

Jiménez, José Olivio. *La presencia de Antonio Machado en la poesía española de posguerra*, Society of Spanish-American Studies, Nebraska, s.f. [c. 1983]

León Felipe, "Palabras...", prólogo a Ángela Figuera Aymerich, *Belleza cruel*, Premio de Poesía "Nueva España", 1958, de la Unión de Intelectuales Españoles en México, Compañía General de Ediciones, S.A., México, 1958, pp. 10-11.

Loma, José Luis de la. "El Ateneo Español de México", en José Luis Abellán (comp.), *El exilio español de 1939. 3: Revistas, pensamiento, educación*, Taurus, Madrid, 1976, pp. 284-291.

Maestro, Jaime. "Una aproximación al pensamiento crítico de Manuel Andújar", *Anthropos. Manuel Andújar: La cultura como creación y mestizaje*, (Barcelona), núm. 72 (mayo, 1987), pp. 32-38.

Mainer, José-Carlos. "Sobre el ensayo: una encuesta de 1944", en José Manuel López de Abiada (ed.), *Entre la cruz y la espada: En torno a la España de posguerra. Homenaje a Eugenio G. de Nora*, Gredos, Madrid, 1984, pp. 255-263

Marichal, Juan. "El auge del ensayo en la España transterrada" en Nicolás Sánchez-Albornoz (comp.), *El destierrro español en América, Un trasvase cultural*, Sociedad Estatal Quinto centenario/Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1991, pp. 33-36.

Marra-López, José R. *Narrativa española fuera de España (1939-1961)*, Guadarrama, Madrid, 1963.

Martínez, Carlos. *Crónica de una emigración. [La de los republicanos Españoles en 1939].* Dibujos de A. Souto. Libro Mex Editores, México, 1959.

Martos Eliche, Fermín. "Semiótica de la cultura y revistas literarias. *Las Españas. Revista Literaria* (1946-1956)" en *Actas del IV Simposio Internacional de Semiótica*, vol. 2, Visor, Madrid, 1992, pp. 685-690.

Martul Tobío, Luis. "Las revistas del exilio gallego en México", en J.M. Naharro Calderón (coord.), *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: "¿Adónde fue la canción?"*, Anthropos, Barcelona, 1991, pp. 301-339.

Mead Jr., Robert G. "Meditación sobre la libertad intelectual en el mundo hispánico", *Cuadernos Americanos* (México), vol. 74, núm. 2 (marzo-abril, 1954), pp. 46-54.

Miaja de Liscy, Teresa y Alfonso Maya Nava. "Creación de organismos, mutualidades, centros de reunión, instituciones académicas", en *El exilio español en México 1939-1982*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, pp. 101-122.

Nadal, Emilio G. "*Las Españas*", *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles* (París), núm. 27 (febrero, 1947), p. 9.

Otaola, Simón. *La librería de Arana. Historia y fantasía*, Aquelarre, México, 1952.

Pascual Buxó, José. "Las alas de Ícaro", en Rose Corral, Arturo Souto Alabarce y James Valender (eds.), *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*, El Colegio de México, México, 1995, pp. 391-397.

Pérez de la Dehesa, Rafael. *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1966.

Pérez Montfort, Ricardo. *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

Porras, Antonio. "Reconquista de la inteligencia", *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles* (París), año 3, núm. 22 (septiembre, 1946), pp. 1-3.

Quiroga Pla, José María. "La inteligencia española. Reconquista y creación", *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles* (París), año 3, núm 19 (junio, 1946), pp. 1-2.

Ramsden, Herbert. "El problema de España", en José-Carlos Mainer (ed.), *Historia crítica de la literatura española, t. 6: Modernismo y 98*, Editorial Crítica, Barcelona, 1980, pp. 20-26.

Rejano, Juan. "Los poetas en la cárcel. *Tres poetas en desamparo*, de Dámaso Alonso", *Letras de México* (México), núm. 119 (1-I-46), p. 205.

Renau, José. "La causa de España y los especuladores del derrotismo", *Nuestro Tiempo. Revista Española de Cultura* (México), año 1, núm. 2 (septiembre, 1949), pp. 18-29.

Risco, Antonio. "Las revistas culturales y literarias de los exiliados españoles en Francia", en José Luis Abellán (comp.), *El exilio español de 1939. 3: Revistas, pensamiento, educación*, Taurus, Madrid, 1976, pp. 106-117.

Rivera, Susana. "La experiencia del exilio en la obra de los poetas hispanomexicanos", en Rose Corral, Arturo Souto Alabarce y James Valender (eds.), *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*, El Colegio de México, México, 1995, pp. 423-435.

Rojo, Gabriel. "Luis Rius y el arte de extranjería", en Rose Corral, Arturo Souto Alabarce y James Valender (eds.), *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*, El Colegio de México, México, 1995, pp. 391-397.

——. *"Ruedo Ibérico* (septiembre, 1944): Una revista del exilio" en Yvette Jiménez de Báez (ed.), *Varia lingüística y literaria. 50 años del CELL, t. 3: Literatura: siglos XIX y XX*, El Colegio de México, México, 1997, pp. 67-79.

Rubio Cordón, José Luis. "El oficialismo institucional. El Instituto de Cultura Hispánica", en José Luis Abellán y Antonio Monclús (eds.), *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*, vol. 1, Anthropos, Barcelona, 1989, pp. 117-206.

Santonja, Gonzalo. "Dos contrapuntos", *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), núm. 541-542 (julio-agosto, 1995), pp. 105-127.

——. *Al otro lado del mar. Bergamín y la Editorial Séneca (México 1939-1949)*, Galaxia de Gutemberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 1997.

Sanz Villanueva, Santos. "La narrativa de José Ramón Arana", en José Manuel López de Abiada (ed.), *Entre la cruz y la espada: En torno a la España de posguerra. Homenaje a Eugenio G. de Nora*, Gredos, Madrid, 1984, pp. 313-325.

Savater, Fernando. "Las Españas de España", *Contra las patrias*, 2a. edición ampliada y revisada, Tusquets, Barcelona, 1996.

Semprún y Gurrea, José María. "La reconquista del castillo interior (comentario a Corpus Barga)", *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles* (París), año 3, núm. 18 (mayo, 1946), pp. 1-4.

Soler, Martí. "Las revistas del exilio catalán en México", en Rose Corral, Arturo Souto Alabarce y James Valender (eds.), *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*, El Colegio de México, México, 1995, pp. 281-285.

Souto Alabarce, Arturo. "Letras", en *El exilio español en México 1939-1982*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, pp. 363-408.

——. "Poetas y pintores del exilio", en Rose Corral, Arturo Souto Alabarce y James Valender (eds.), *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*, El Colegio de México, México, 1995, pp. 323-328.

Tuñón de Lara, Manuel. "Prólogo" a Francisco Caudet, *El exilio republicano en México; las revistas literarias, 1939-1971*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1992, pp. 7-14.

Ultramar. Revista mensual de cultura. Edición facsimilar, con estudio introductorio de James Valender, El Colegio de México, México, 1993.

Unamuno, Miguel de. *En torno al casticismo*, en *Ensayos*, Aguilar, Madrid, 1942.

Valender, James. "*Antología de España en el recuerdo:* la última revista de Manuel Altolaguirre (1946)", en Gabriele Morelli (ed.), *Manuel Altolaguirre e la reviste letterarie dell'epoca*, Universidad de Bergamo, en prensa.

——. "La poesía del interior de España vista desde el exilio mexicano (1939-1959)", en Manuel Aznar Soler (ed.), *El exilio literario español de 1939*, vol. II, GEXEL/Associació d'Idees, Barcelona, 1998, pp. 409-425.

Xirau, Joaquín. "Por una senda clara", *Diálogos* (México), núm. 112 (julio-agosto, 1983), pp. 58-64.

Zelaya Kolker, Marielena. *Testimonios americanos de los escritores españoles transterrados de 1939*, Ediciones Cultura Hispánica/Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1985.

Apéndice

Testimonios y entrevistas

TESTIMONIOS Y ENTREVISTAS

Reproducimos a continuación una serie de testimonios que pudimos reunir en el transcurso de nuestra investigación gracias a la generosa disposición y colaboración de algunos de los protagonistas de la historia de *Las Españas*, así como de sus familiares. Manuel Andújar tuvo la amabilidad, pese a su ya precaria salud, de respondernos epistolarmente las preguntas con que lo importunamos; por desgracia, su muerte impidió que este interesante diálogo continuara. Anselmo Carretero y Juan Ramón y Federico Arana, nos concedieron entrevistas. Nuestro agradecimiento a ellos por el tiempo que nos dedicaron, así como por la paciencia con que revisaron la transcripción y edición de estas conversaciones. Finalmente, contamos con una declàración conjunta de Anselmo Carretero y José Puche Planás, leída en el Ateneo Español de Mé xico con motivo del 50 aniversario del nacimiento de la revista, el 29 de octubre de 1996. Agradecemos –tanto a los autores como al Ateneo– su autorización de reproducir el texto en el presente volumen.

1. UN TESTIMONIO DE MANUEL ANDÚJAR

Hacia finales de 1992 le enviamos un cuestionario a Manuel Andújar en el que le comunicamos algunas de las muchas dudas que entonces se nos habían presentado en relación con nuestra investigación. A continuación, reproducimos el cuestionario, seguido por la respuesta que Andújar tuvo la gentileza de enviarnos.

Hemos leído con sumo interés los 28 números de *Las Españas*, sus cuatro suplementos, así como los cinco números de la otra revista que en cierta forma representaba una continuación del mismo esfuerzo, *Diálogo de Las Españas*. Muchas de las dudas que surgieron durante esta lectura son de detalle y para no cansarle más de lo necesario, propongo dejarlas de lado y concentrarme más bien en consideraciones de carácter general. Éstas, por el momento, pueden resumirse en las siguientes preguntas:

1. ¿Cómo y cuándo conoció usted a José Ramón Arana? ¿Fue durante la guerra? ¿Cree usted que las afinidades que existían entre sus respectivas posturas políticas e ideológicas pueden explicarse en términos de su adscripción a una misma generación, aquella del 29 (o del 36), cuyo desarrollo "normal" se vio tan violentamente interrumpido por la guerra?

2. Cuando decidieron editar *Las Españas*, ¿tuvieron presente el ejemplo de otra revista (como *Romance*, por ejemplo)? En ese momento, Arana ya había editado dos revistas en México: *Aragón* y *Ruedo Ibérico*. La primera parece haber correspondido al deseo de promover la cultura de un grupo regional muy específico (los aragoneses). La segunda, en cambio, parece haber partido de una preocupación más amplia, muy parecida a la que inspira *Las Españas*. ¿Por qué consideraron necesario hacer una revista nueva, y no simplemente seguir editando *Ruedo Ibérico*?

3. ¿Cómo se repartía el trabajo de la revista? ¿Los miembros del consejo editorial se reunían con frecuencia? ¿Con qué criterios se decidía si tal o cual texto podría publicarse o no? ¿Alguna vez encargaban trabajos a otros colegas?

4. ¿Cómo lograron que la revista circulara en España? ¿Mantenían contacto con algún movimiento de resistencia? ¿Recibían muchas cartas de la península? ¿De individuos o de grupos? ¿Se

sentían bien informados con respecto a lo que pasaba ahí? Las cartas que recibían de España, ¿influían de alguna manera en la política de la revista?

5. ¿Qué relaciones tenía la revista con otros grupos de intelectuales en el exilio? Pienso sobre todo en la Unión de Intelectuales, tanto la de París como la de México. ¿Cree usted que la postura política de su revista coincidió, en términos generales, con la postura promovida por estas dos agrupaciones? ¿O hubo importantes diferencias? ¿Tuvieron presente el ejemplo del *Boletín* de la Unión de Intelectuales de París a la hora de lanzar *Las Españas*? ¿Se carteaban con los directivos del *Boletín*?

6. Una de las cosas más llamativas de *Las Españas* es la atención prestada a las artes plásticas, sea a través de reseñas y artículos de fondo, sea a través de los materiales gráficos que ilustran la revista. ¿Quién se ocupó de este aspecto de la revista? Al ilustrar *Las Españas* con reproducciones de obras tomadas de la gran tradición española (grabados medievales, Velázquez, Goya, etc.), ¿buscaban reforzar el sentido ideológico y cultural de la revista?

7. En su trabajo sobre "Las revistas culturales y literarias del exilio en Hispanoamérica" (que se recoge en la obra que coordina José Luis Abellán), usted alude brevemente a las razones que lo llevaron a alejarse de la revista. ¿Podría usted abundar un poco más sobre el tema? ¿En qué consistieron, más específicamente, sus diferencias con respecto a la orientación que se daría a la revista? ¿En qué sentido cree usted que las circunstancias políticas internacionales llevaron a Arana y a sus demás colegas a cambiar el carácter de la revista a partir del número 15-18?

8. La tercera fase de la revista comienza, como usted lo indica en su artículo, al iniciarse la publicación de *Diálogo de Las Españas*. ¿Cómo definiría usted la nueva orientación de esta tercera etapa? ¿Cuáles fueron los acontecimientos que llevaron al consejo editorial a abandonar en ese momento la orientación literaria y cultural establecida para poner más énfasis en lo político? ¿Hasta qué punto el grupo formado alrededor de *Las Españas* permaneció unido? ¿Cómo fueron sus relaciones con los que entonces colaboraban en el *Boletín de Información* de la Unión de Intelectuales Españoles de México?

CARTA DE MANUEL ANDÚJAR

San Lorenzo de El Escorial, 11-1-93

Manuel Andújar
c/ Juan de Leyva, 12-1° B
28200 San Lorenzo de El Escorial

James Valender
El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco n° 20
01000 México D.F.
MEXICO

Distinguido amigo:

Debemos a la gentil mediación de la señora Navarro Alcalá-Zamora el tener yo específico y autorizado conocimiento de su carta-encuesta, fechada el 4 de octubre y que, en los últimos días, ha llegado a mi poder.

Sus planteamientos ofrecen vivo interés y voy a procurar que mi respuesta de hoy corresponda, en lo posible actualmente, al estudio que ustedes amablemente realizan y que la gratitud obliga.

Preciso, en primer término, que mi "memoria" de la etapa de la revista *Las Españas* se inspiró en un deseo básicamente expositivo y que soslayó, entera la voluntad, determinados aspectos que, hoy todavía y más aún después del retorno personal a España, considero válidos. Trascienden lo anecdótico o dogmático de las posiciones sustentadas y se esfuerzan en superar fisuras que, al cabo de los años, muestran cierta unidad.

Mi separación de la revista obedecería –después del número extraordinario "Dedicado a la ONU" y que creo constituye, en conjunto, una visión globalizadora de la cultura española, la democrática se entiende– a mi criterio, absolutamente respetuoso de los no homologables, de que las arteras heridas inferidas por la dictadura franquista al pensamiento y a la sensibilidad histórica "hispánica" corría el peligro de invalidarse con una visión y acción de orden meramente político. Desde este prisma, y animado por el deseo de no esgrimir ninguna bandería, no me parecía lícito

airear en público la discrepancia. Opté por el alejamiento y el silencio, es decir fiel a la voluntad de discreción que he intentado mantener, a lo largo y ancho de estos agitados años. Otra poderosa razón cabe radicarla en mi profundo respeto por los móviles en que se apoyaban, ya entonces, los que fueron mis colegas en la publicación.

1. Mi relación, literaria e individualizada con José Ramón Arana, parte de los primeros tiempos de la República, años antes de que estallara la sublevación "castrense" (para decirlo con indulgencia suma). Los vínculos y el intercambio de opiniones y cotejo de actitudes se cifrarían en nuestro común ugetismo, a la sazón. Se me escapan hoy importantes detalles anecdóticos, ilustrativos, pero lo que conviene resaltar es que, en diversas circunstancias, coincidimos, tras oportuna defensa de valoraciones, en una voluntad anticaciquil, entroncada generacionalmente con los movimientos y personalidades que interpretaron la tendencia, muy extendida y profunda, de reivindicar todas las tentativas de crear, en los diversos ámbitos, una conciencia nacional que no sólo reivindicase los factores más positivos de nuestra tradición sino que, parejamente, nos situara en un mundo que evolucionaba a grandes zancadas. La solidaridad apuntada se intensificó con los vaivenes que la guerra imponía. Por sus experiencias, el libro de *Can Girona* aclara y fija una premisa, fuertemente catalana de su formación. En lo que a mí respecta, la amistad coadyuvante con Dieste y otras conexiones, además de mis viajes desde Lérida, me habían puesto en contacto con Aragón y los aragoneses de nuestro estilo. Hay en este capítulo elementos que un futuro biógrafo considerará, confío.

2. La circustancia era muy distinta a la que propició la edición de *Ruedo Ibérico*. Intervenía el factor, muy influyente, del exilio republicano en América Latina. O del trastierro, término inventado y acuñado por nuestro José Gaos, a cuya sombra resulta indispensable acogerse cada vez más.

3. Son una suma de preguntas para una resta de contestaciones. Prácticamente, la elección de temas y adecuados colaboradores, la efectuábamos al alimón, Arana y yo. Solíamos requerir las opiniones y ayudas de José Puche Planás y de Anselmo Ca-

rretero. Recurríamos, a efectos de consejo y conexión, a los amigos de la revista que nos inspiraban mayor crédito. Solíamos reunirnos, básicamente Arana y yo, una vez por semana. No se dio el caso de no emplear algún texto solicitado a persona concreta de nuestro entorno, al menos que yo me vea precisado a recordar ahora. En el trabajo de realización de la revista, en ocasiones, algunas contadas, se encargaba nuestro colega Anselmo Carretero. Por lo común, y salvo en oportunidades específicas, encomendábamos ese tipo de tareas a Arana. Pero el grueso de la correspondencia lo despachaba yo (así todo lo relacionado con el número extra que cursamos para la reunión de la ONU, que amenazaba, ya entonces, reconocer como portavoz de España a la dictadura del sublevado general Franco). El criterio general, que observamos mientras yo formé parte, como fundador también, de la dirección de la revista, se atenía a un predicado de amplia representación cultural, democrática, confederal; de ahí el propio título, plural, de la publicación.

4. Evidentemente, nuestra preocupación por la manera de pensar y de sentir de las nuevas generaciones españolas, realzaba el valor de cualquier comunicación que de España nos llegara. No se había establecido, que yo sepa, ninguna vinculación orgánica con grupos organizados de lo que llamábamos "interior". Los nexos mostraban un origen profesional y, a mi juicio, eran individualizables. Fue la táctica, a veces arriesgada para los destinatarios, que se verificó con algunas secciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, donde como es comprensible se habían refugiado numerosos y calificados correligionarios tan pronto empezó a decrecer la ola de las persecuciones y de la represalia.

5. En estos puntos se invalidan las confusiones que después fueron propaladas. El movimiento orgánico de los intelectuales españoles, republicanos, fue sólo, en los inicios, un motivo de referencia; lo anterior rige, sobre todo, en lo que concierne a Francia. Por su carácter (reflejado en los editoriales y editorialillos), *Las Españas* se ajustaron en el transcurso entero de sus tres primeras etapas, a unos principios que buena parte del exilio, beligerantemente político, no se había atrevido a plantear en público. Así, los temas cardinales, no maniqueos, de la culpabilidad en el desencadenamiento de la contienda, en la necesidad de crear,

fundamentada en raíces tradicionales y de perspectiva hacia el futuro, una conciencia nacional, el rechazo tajante de las diversas demagogias y de la inquietud que ya suscitaba el trabajo silenciador del régimen castrense y dogmático (en religión, etcétera).

6. Notoriamente, con la apelación a los grandes maestros de nuestra excepcional plástica, procurábamos reforzar lo que, desde sus inicios, fue nervio y alma de *Las Españas*. En este aspecto, coincidíamos plenamente Arana y yo. Dispusimos de los valiosos asesoramientos del malogrado dibujante-escultor barcelonés, José María Giménez Botey y del que dirigió (arquitecto de mucho mérito) la Unión Federal de Estudiantes Hispanos que agrupaba a las asociaciones estudiantiles de los diversos distritos universitarios, Arturo Sáenz de la Calzada. Vale la pena subrayar la historia particularísima de Giménez Botey. Fue el único escultor transterrado que se adentró en los móviles temáticos de la cultura prehispánica de México, lo que no se le reconoció cumplidamente al reintegrarse en 1967 a su natal Barcelona. Es un caso de miopía o de "envidia ibérica", que debería inducirnos a reflexionar y que acaba de agudizárseme a raíz de la muerte, fulminada, del extraordinario novelista Juan Benet. Parece una tónica nacional, obstinarse en estas garrafales ignorancias o veladuras.

7. Aunque creo que esta pregunta la he contestado ya al principio, hay un aspecto de las discrepancias sustentadas con ánimo pacífico y civil que naturalmente sufrieron las improntas de la "guerra fría" y de la peste macartista. Se registró un doble fenómeno, de impaciencia pronosticadora en mis compañeros de publicación y de colmada paciencia en lo que me concierne.

Considero que la historia, no pocas veces humoral y anecdótica de *Las Españas* no cabe separarla de la fundación e implantación del Ateneo Español de México, fenómeno intelectual, social y político de histórico alcance que fue posibilitado por la actitud y la acción de la "Asociación de Amigos de *Las Españas*". En este terreno apuntaron ya unas diferencias que sobrenadarían en todo el curso de los acontecimientos del trastierro, sin que ello intente significar un olvido de las tendencias conservadoras y estáticas en que incurren nuestras instituciones, aquende y allende.

8. Creo que dejo claramente establecido que no es lícito homologar la tarea de *Las Españas* (como revista), en función y mi-

sión aglutinante, con las entidades que, a despecho de haber nacido, de haberse creado con un signo reivindicador, se prestaron, por una serie de inercias, a que determinados partidismos las instrumentaran. He aquí un capítulo, por demás sensible, en el que falta una explicación documental y que, dado el caso, acarrearía una sentencia indeseable, hoy más que nunca.

Tomo cabal nota de su petición final. Quizá no encuentre, ahora, margen de tiempo y de energías para la complementación bibliográfica que le interesa. De todas las maneras, el rejón está clavado, si usted permite la metáfora.

Aguardo sus noticias e impresiones con obligada expectación.

Le mando un cordial abrazo.

MANUEL ANDÚJAR

2. NOTAS SOBRE *LAS ESPAÑAS*

Nuestra presidenta del Ateneo, Leonor Sarmiento, nos pide que en pocas líneas expongamos nuestra visión de la labor que llevó a cabo la revista *Las Españas*. Ésta es nuestra respuesta.

Sus fundadores, el andaluz Manuel Andújar y el aragonés José Ramón Arana, le dieron un nombre profundamente significativo que por sí solo denota una concepción de España como entidad plural y varia que siempre hemos defendido. El título nos llevó a la revista y a la amistad con los fundadores que duró lo que la vida de éstos. Aunque grandes amigos, Andújar y Arana tenían caracteres muy diferentes. Andújar era una persona muy conciliadora, reacia a toda pelea; Arana, hombre bronco en la respuesta a un injusto ataque.

El aglutinante principal del grupo de *Las Españas* era su apertura a todos los españoles de buena voluntad dispuestos a luchar por una nueva España tolerante, democrática y respetuosa con la personalidad de todos los pueblos que la componen. *Las Españas* luchaba contra la tiranía franquista en principio con la pluma y con la labor cultural, pero también políticamente. A esta actividad política nos sumamos desde nuestra incorporación al grupo.

El primer objetivo de *Las Españas* era ayudar a librar a España del franquismo, pero no para reinstaurar la República de 1931, sino para establecer un nuevo régimen democrático más acorde con la naturaleza de la nación española. Ésta no vuelta al pasado fue característica fundamental del grupo.

La condición plural de la nación española (España, comunidad de pueblos, integradora de varias nacionalidades) fue expuesta en la revista principalmente por Pedro Bosch-Gimpera y Luis Carretero y Nieva; y defendida también desde Londres y Nueva York por Salvador de Madariaga y el grupo de la revista *Ibérica.*

La solidaridad de *Las Españas* con la lucha por la democracia en todos los frentes se puso de manifiesto en muy diversas ocasiones.

Así cuando Dionisio Ridruejo rompió noble y valientemente con el franquismo, su actitud fue vista con recelo por algunos sectores de la emigración republicana. *Las Españas* la apoyó con firmeza difundiendo ampliamente sus declaraciones.

También apoyó con un manifiesto especial la lucha de los estudiantes de Barcelona por una universidad democrática y bilingüe.

Inequívocamente democrático fue el manifiesto ("Contra todos los imperialismos") que con motivo de la invasión de Checoslovaquia por la URSS publicó el grupo de *Las Españas* que provocó algunas insultantes embestidas del cerrilismo dogmático.

Cuando en 1946 se fundó la revista, el pueblo español se hallaba cruelmente oprimido, amordazado y sin más información que la impuesta por los medios de comunicación gubernamentales. México, hospitalario y generoso, brindaba facilidades para enviar a España información verídica y ofrecer al exilio interior una tribuna democrática abierta a toda opinión sinceramente expresada.

Dada su tolerancia con la diversidad de opiniones y su calidad literaria puede decirse que en las páginas de *Las Españas* colaboraron la mayoría de los escritores del exilio republicano y algunos del interior con seudónimo (entre ellos Gabriel Celaya).

Como nota curiosa señalamos que los seudónimos "El Celtiberión", "Juan de Monegros", "Abenámar" y "Pedro Abarca" co-

rresponden a José Ramón Arana. Anselmo Carretero firmó algunas veces con el de "A. de la Sierra".

Tan importante, seria y vital fue la contribución de *Las Españas* al estudio de la condición histórica, varia y plural de la nación española que los conceptos de comunidad de pueblos o nación de nacionalidades en ella presentados figuran hoy en el texto de la vigente Constitución española de 1978.

Algunos de los libros editados por *Las Españas* en México sobre la cuestión de las nacionalidades y el federalismo nacional han sido reeditados o tenido continuación en España después de restablecidas en ella las libertades democráticas.

México, octubre de 1996

ANSELMO CARRETERO JOSÉ PUCHE

3. ENTREVISTA CON ANSELMO CARRETERO
6 de septiembre de 1994

Aunque usted fue, junto con José Ramón Arana y Manuel Andújar, uno de los grandes promotores de Las Españas, *parece que no estuvo en el momento mismo de la creación de la revista. ¿Cómo se integró al grupo?*

La revista se titulaba *Las Españas, Revista Literaria.* Yo vi el nombre, y éste me cautivó inmediatamente porque, por tradición familiar y por mi propio pensamiento, siempre he creído que España es una nación plural. "Las Españas" es un nombre que se usaba en España durante la Edad Media, así que, cuando vi una revista que se llamaba así, me di cuenta de que ese nombre lo habían puesto con mucha intención. Entonces me acerqué al grupo y no me equivoqué. José Ramón Arana y Andújar habían lanzado la revista con esta idea de nación plural. Y tan es así que en *Las Españas*, en casi todos sus números –simbólicamente, porque la revista estaba escrita en castellano– aparecía algo en catalán, algo en gallego, e incluso algo en vascuence (que nos costó mucho trabajo encontrar...). Es decir, las ideas de esta gente respondían a las mías y me encontré ahí muy a gusto.

Entonces, ¿no fue atraído por el aspecto literario de la revista?

Mi circunstancia personal fue, efectivamente, algo anormal. A mí no me llevó a *Las Españas* el subtítulo de "Revista Literaria". Yo he tenido siempre mucha inquietud intelectual, pero no ha sido precisamente por la literatura (he leído mucho historia, mucho ensayo); el carácter plural de la revista, en cambio, sí llegó a mí. Encajé perfectamente y me encontré muy a gusto con el grupo de Arana y Andújar.

Los otros dos, en cambio, sí tenían intereses literarios...

Arana tenía una gran vocación literaria. Y Andújar también, tal vez mayor. Arana era un autodidacta, era un hombre que apenas tenía la primaria (trabajó de obrero mucho tiempo), pero tenía madera para ser escritor. Tenía, además, una gran inquietud política. Andújar era un gran republicano, un gran luchador, pero, en lo político, era menos combativo que Arana. A él le llegaba más la literatura, la literatura de izquierda, la literatura española... Entonces estábamos así: yo tenía gran interés por la cultura y por España, aunque no precisamente por la literatura. Lo que me atraía al grupo eran sus ideas políticas y sociales (ideas liberales y progresistas) y sobre todo la concepción plural de España.

Esa concepción plural de España implicaba un rechazo a la concepción centralista y monolítica del Estado moderno, ¿no es cierto?

El concepto de la nación que ha dominado en el mundo casi de manera absoluta es el de los jacobinos franceses, un concepto que no vale para España. Rotundamente. Definir a España con la idea de la nación que en general tienen los franceses no vale. Ya desde la época de la monarquía, los franceses insistían en confundir el Estado con la nación. Para el Rey Sol: "El estado soy yo, y la nación soy yo". Pero vino la revolución francesa y acabó con la monarquía, con el concepto familiar de la monarquía, con el concepto dictatorial o tiránico de la monarquía, y sustituyeron "El Estado y la nación soy yo", por "La nación es el Estado, y el Estado es la República, una e indivisible". Para la mente francesa, y sobre todo si se trata de un abogado, el concepto de la nación coincide con el del Estado: una nación, un Estado, y un Estado es un terri-

torio, una ley, una lengua, un gobierno... Después de la Revolución Francesa este concepto, monolítico, se extendió por el mundo.

Entre otros países, a España...

Todos los que han estudiado este problema (como Ortega y Gasset, Salvador de Madariaga y otros) afirman que España, junto con Inglaterra y Francia, es una de las tres grandes naciones del mundo. Sin embargo, el concepto de nación en España no ha sido homogéneo hasta tiempos relativamente recientes. Cataluña, León, Castilla, Asturias, son anteriores a España. La bandera catalana, la castellana, la leonesa, también son muy anteriores a la española. En tiempos de los Reyes Católicos y Carlos V, en pleno imperio, el idioma en Cataluña era el catalán, y en Galicia el pueblo hablaba gallego... y por lo tanto ese concepto que tenían los franceses de la nación no valía para España.

Este interés suyo por la historia de España, ¿fue algo que empezó a raíz de la guerra o ya lo tenía desde antes?

Ya venía de familia. Además, yo soy castellano, de Segovia. No sé si la conocen ustedes: una ciudad pequeña, con una historia extraordinaria. La historia de la comunidad de Segovia se parece a la de muchas repúblicas italianas. Los segovianos, al menos una minoría de los segovianos, tenemos una idea de Castilla que yo creo que es acertada pero que no coincide con la que tiene por lo menos el 99% de la gente. Yo me atrevo a decirles a ustedes que, después del nombre mismo de *España*, el nombre que más se emplea para referirse a España y su historia es el de *Castilla.* Y yo les digo a ustedes que de cien veces que se pronuncia el nombre de Castilla, noventa no se usa correctamente. Se confunde, primero, a Castilla con España, que son cosas muy distintas: Castilla es una parte de España. Y también se confunde a Castilla con León, que también son cosas distintas; de hecho, no sólo son distintas entre sí, sino en algunos aspectos antagónicas. Si el reino de León representa la continuación visigótica, Castilla representa lo contrario, hasta el punto de que Castilla pasa a la historia luchando contra León y declarándose independiente de él. *Hasta ese punto.* Distinta de Castilla es Andalucía, distinta es Extremadura, creación de León es Nueva Castilla.

Otra cosa curiosa: se habla de la labor de los castellanos en América. A América la conquistaron las coronas unidas de Castilla y León. Por una casualidad, el nombre de Castilla iba por delante. Por una casualidad: se murió el Rey de León y heredó la corona su pariente de Castilla. Entonces, se puso el nombre de Castilla primero: Castilla y León, en lugar de León y Castilla. Y como León comprendía Asturias, Galicia, León, Portugal (hasta su separación) y Extremadura; y Castilla era Castilla y el País Vasco: los Reyes de Castilla y León eran reyes de todos estos reinos y todos estos títulos se usaban... En fin, aunque la gente se crea otra cosa, de todo el conjunto de naciones que conforman España, la que ha tenido mayor influencia en la España que llega a nuestros días es León, no Castilla. Lo que pasa es que Castilla aporta el idioma, que no es creación sólo de Castilla sino de los castellanos y de los vascos...

Esa visión de la historia oficial le sirvió muy bien al franquismo...

Esa concepción de la historia la exaltó Franco, pero ya venía de antes. Ya llevaba tiempo arrastrándose, aunque sí, esa visión unitaria y centralista, condensada en una supuesta Castilla, tal vez encontró su expresión máxima con Onésimo Redondo, "Caudillo de Castilla" (que en realidad no era castellano sino leonés, porque era de Valladolid).

¿Por eso tanta insistencia por parte de los que hacían la revista en aclarar la situación histórica y explicársela a los españoles?

Todo va junto. Las nacionalidades son un producto de la historia.

¿Qué historiadores fueron los que nutrieron su pensamiento?

Son varios los grupos de castellanos que han estudiado Castilla, y entre ellos estaba mi padre. Luego seguí yo. Llevo muchísimos años (desde 1945) dedicado al tema. Me pasa un poco lo que a Marañón –guardando las distancias–. Marañón era médico desde las siete de la mañana hasta las siete de la noche; y desde las siete de la noche hasta la madrugada (porque dormía muy poco), se dedicaba a estudiar y escribir; yo creo, sin ofenderle, que no va a pasar a la historia de la medicina; pero de que fue uno de los

grandes escritores del siglo XX, de ello no hay duda... A mí me ha ocurrido eso en cierto modo: me he ganado la vida como ingeniero, que es una profesión que estimo, una profesión creadora, pero el tiempo que he tenido libre lo he dedicado en gran parte al estudio de la historia.

Después de mis lecturas de la historia de España, he encontrado que, a mi juicio, el 90 por ciento de lo que en España se escribe como ensayo histórico es literatura. Todo eso de Unamuno y todo eso de Ortega sobre "el espíritu inmenso de Castilla, tan inmenso como la llanura"... es literatura. Es otra cosa... Hubo un hombre conservador, pero liberal, que sí estudió la historia de España, fue don Ramón Menéndez Pidal. Él se dio cuenta, por ejemplo, de que el castellano es posterior a los demás idiomas peninsulares.

Pero me encuentro en desacuerdo, por ejemplo, con Sánchez Albornoz (don Claudio), que sabe muchísimo, pero que con frecuencia es incongruente en su saber; es de los que acumulan una erudición enorme y luego hacen una exégesis muy poco rigurosa. En *Orígenes de la nación española. El reino de Asturias* (una obra en varios tomos), Sánchez Albornoz dice que la reconquista de España empieza en Covadonga. Y eso se lo oirán ustedes de cada cien españoles a 90 (hoy puede que 85), y no es verdad. La reconquista catalana no empieza en Covadonga, ni mucho menos. Y, o los catalanes no son españoles y les damos la razón a los separatistas, o ya hay dos reconquistas: la de los asturianos y la de los catalanes, que se reúnen en el condado de Barcelona y luego conquistan Valencia y las Baleares; la reconquista de todo ese pedazo muy grande de España que habla un dialecto del romance visigodo que es el catalán, pues no empieza en Covadonga. Y Aragón no empieza en Covadonga, y Navarra no empieza en Covadonga, y Castilla no sólo no empieza en Covadonga sino que surge, con el conde Fernán González luchando contra León, porque los castellanos no están de acuerdo con el espíritu unitario de la corona española. Castilla nace contra Covadonga, ésa es la realidad.

Esta revisión a fondo de la historia oficial de España (una historia basada en una concepción mítica y milenaria de Castilla), ob-

viamente fue de importancia fundamental para justificar la postura política de Las Españas. *¿Arana y Andújar también estaban muy familiarizados con esta interpretación de la historia de su país?*

No, pero Arana me la escuchó con mucho interés.

¿Más que Andújar?

Más que Andújar... Arana era un aragonés que tenía un aspecto bronco, un poco basto. Pero era un hombre de espíritu finísimo. Es decir, había un fuerte contraste entre su aspecto físico y su finura espiritual. Un contraste muy agradable. Porque a la gente, generalmente, cuando se le rasca, es menos de lo que parece, y con Arana pasaba al revés: no se cuidaba mucho del vestir, no tenía modales exquisitos, pero era un hombre de una gran finura. Yo me hice muy amigo de los dos... Pero esto del pasado nacional de España que les cuento a ustedes, yo se lo contaba a ellos en la tertulia del café y a Arana le interesó mucho y me dijo: "Hombre, eso que dice usted, ¿por qué no lo escribe?" (Nos hablábamos de usted en un principio.) "Mire usted, yo soy ingeniero. No soy escritor." "Pues tiene usted que escribirlo." Y me animaba a escribirlo.

Además de la revista en sí, el grupo de Las Españas *también fue editando numerosos suplementos, folletos y libros...*

Sí. Un folleto que resultó importantísimo en la historia de *Las Españas* fue éste... [*Nos muestra un ejemplar de* Las nacionalidades españolas, de *Luis Carretero y Nieva*]. Este folleto está hecho sobre unas conferencias que dio mi padre en el año cuarenta y tres, aquí en México, a los catalanes. Dio también tres conferencias a los vascos y con los apuntes de esas conferencias yo escribí este folleto, pero mi padre lo vio antes de morir. Se publicó con su nombre, claro. Las ideas son cien por ciento de él; la prosa es un noventa por ciento de él, pero está todo arreglado por mí. Yo después fui escribiendo mis propios libros [*Nos muestra ediciones y reediciones de sus libros:* La integración nacional de las Españas, Las nacionalidades españolas, Los pueblos de España, El antiguo reino de León (País Leonés), *etc.*] A ver, libros... [*Sigue revisando los libros que ha reunido para mostrarnos.*] Éste no sé si lo tienen

anotado: [*Dicta*] Juan Bizcaíno, *Proyecto español. Escrito en el destierro.* Juan Bizcaíno es el seudónimo de Alfredo Lagunilla, un economista que era buen amigo nuestro.

Otra cosa importante son los seudónimos que usaba Arana, que parece que fueron varios. Su hijo Juan Ramón recuerda que firmaba "Juan de Monegros", "Pedro Abarca", "El Celtiberión", "Abenámar"...

Sí, cuatro o cinco. Y "Aquél de la Sierra" soy yo, Carretero.

Sospechamos que otro seudónimo, "Daniel Aipat", era de Daniel Tapia...

Eso es...

¿Cómo definiría usted la postura política de Las Españas?

La historia de *Las Españas* la recoge bastante bien Alicia Alted... *Las Españas* tuvo un doble carácter: primero una personalidad ética, liberal, tolerante, de izquierda, de lucha en contra de la injusticia. Pero, por otra parte, fue la primera agrupación en el exilio que dio por muerta la República. *Las Españas* dijo: "Han pasado cosas tan graves, tan importantes en tantos años que no pensemos que vamos a volver a la República del 31."

¿Ésta fue su actitud desde un principio o se trata de una postura que se fue perfilando poco a poco?

Fue en parte desde un principio, pero con lo de la ONU, esto ya se fue definiendo cada vez más. Porque, contra lo que [indican] muchos de los [críticos], con unas exposiciones incompletas, *Las Españas* fue una revista de tanteo. Eran todos tanteos para salir del atolladero. ¡Quién iba a tener entonces una idea clara del porvenir! Ni pensar en volver a la misma República. Estábamos tanteando salidas para España y lo primero que mostrábamos era disconformidad con Franco, disconformidad con un pasado que no queríamos que volviera. Si cae Franco tiene que venir una nueva España, no podemos volver al 31 y cometer los mismos errores.

Y todo esto creaba divisiones: partidarios y enemigos...

Sí. Además, hubo un momento que fue especialmente duro. Fue cuando vino la escisión de Tito. *Las Españas* siempre fue muy de izquierda, pero, al mismo tiempo, siempre fuimos enemigos de la prepotencia y, sobre todo, del dogmatismo del Partido Comunista. Era cuando en Occidente los intelectuales estaban divididos en dos grandes grupos, que casi los podríamos personificar en dos escritores: Sartre, por un lado, y Camus, por otro. Los que creían que la Revolución Rusa estaba haciendo lo que había que hacer y que no había más remedio que usar la violencia, la dictadura y el terror, y los que creían que la mentira, la dictadura y el terror no son el camino de llegar a la democracia.

¿Entonces el grupo de Las Españas *se enfrentó al Partido Comunista?*

En aquel momento *Las Españas* tenía una presencia bastante importante. Pero el Partido Comunista en la emigración tenía mucha fuerza, sobre todo su postura de identificar el antifascismo con el stalinismo. Según esto: "Todo el que esté con la República Española tiene que estar con la URSS. Estar en contra de la URSS es estar en contra de España". Y claro, mucha gente se atemorizaba. Cuando vino la escisión de Tito, Arana y yo –y el conjunto de *Las Españas*– la recibimos con simpatía. Dijimos: "Este señor tiene razón." Pero vino entonces un ataque del Partido Comunista. Un ataque feroz, feroz...

¿En la revista Nuestro Tiempo*?*

En la revista *Nuestro Tiempo.* Aquí hay dos artículos... [*Los busca entre sus papeles.*] Uno de José Renau... Cuando salió *Las Españas* y vieron que era una buena revista los comunistas nos ayudaron. Renau, Rejano... todos colaboraron con entusiasmo. Pero cuando se dieron cuenta de que no podían apoderarse de ella, entonces hicieron lo que por órdenes superiores hacían siempre... (Ayudaban a todo aquello que podían dominar, pero como hubiera una corriente independiente de ellos...) De repente, al llegar la revista a determinado número, se ve que los dirigentes del Partido se reunieron y dijeron: "A éstos hay que acabarlos." Y Renau, que nos había estado ayudando hasta entonces, salió de re-

pente con el artículo, "La causa de España y los especuladores del derrotismo". Y después, en la misma revista salió este otro... [*Se refiere al artículo de Jorge Cuenca titulado* "Las Españas, *de espaldas a España"*] Éste es el número dos de la primera época de *Nuestro Tiempo,* y éste es el número dos de la segunda [*Nos muestra ejemplares de los dos números*]...

¿Este conflicto tuvo algo que ver con la decisión de Andújar de salir de la revista?

Andújar era un hombre muy bueno; no era hombre de peleas, era más hombre de amistades. Le gustaba que en la revista colaborara todo el mundo, pero cuando vino este tremendo ataque, pues ya no se sintió a gusto. No era el hombre adecuado. Arana sí, era un hombre bravo. En ese momento Andújar salió para Chile y yo me hice cargo... Los comunistas, con mucha habilidad, centraron sus ataques en Arana (a mí no me atacaron nunca). Atacaban a Arana. Arana es el que hacía los editoriales: todos los editoriales de la revista están hechos por él. Se discutían generalmente. Nos reuníamos en grupo y se discutían.

¿Pero retomaron la amistad cuando Andújar volvió de Chile?

Seguimos todos adelante. Volvió Andújar, siguieron los números y entre Andújar, Arana y yo, como con todos los demás compañeros, siempre siguió la amistad. Yo a Andújar le debo muchísimo. A Arana le debo el que me empujara a escribir, pero a Andújar, que era un hombre muy generoso, le debo mucha ayuda también. Cuando yo regresé a España –y no regresé hasta después de la muerte de Franco, no porque tuviera esa actitud dogmática de condenar a los que iban, sencillamente porque no me era cómodo–, estaba ahí Andújar, ya conocido, bien situado y me ayudó mucho. Me presentó gente y empecé a publicar libros en España.

En el año 49 se publica el folleto Por un movimiento de reconstrucción nacional, *al parecer por la acusación que Renau les había hecho de falta de definición política un mes antes en la revista* Nuestro Tiempo...

Es un documento importantísimo en la historia de *Las Españas.* Fue otro tanteo que hizo Arana, aunque lo discutimos todos...

Se estaba tanteando. Algunas cabezas como la de Sartre se hallaban completamente desorientadas, grandes cabezas. No es posible decir que teníamos todo sistemáticamente resuelto. Estábamos tanteando, buscando. Buscábamos, con rumbo hacia una España federal, una España que no volviera al pasado.

¿Lo escribió Arana?

Todo, de arriba abajo. Pero se discutió, cediendo a veces unos a otros. No se buscó unanimidad puntual.

Nos dice que se juntaban para discutir los editoriales y también para discutir este tipo de folletos. ¿Entonces se puede considerar a Las Españas, *efectivamente, como la revista de un grupo...?*

Sí claro, de un grupo de opinión, sin duda alguna. Un grupo ampliamente abierto.

¿Un grupo preocupado principalmente por el problema de España?

Las Españas tiene una característica fundamental que la separa de todas las demás revistas de la emigración. En México la emigración hizo muchas revistas. La más notable fue *Romance,* pero vivió un año nada más. Luego salió *Ultramar,* de la que sólo salió un número. Apareció *Ciencia...* Todas estas revistas eran revistas hispanoamericanas. Dijeron: "Estamos en México, nuestra nueva patria es México, vamos a aportar a la cultura mexicana." *Las Españas* no fue una revista hispanomexicana. *Las Españas* obedeció a una reflexión muy distinta. España estaba entonces dominada por Franco; los españoles carecían de información imparcial y carecían de voz. Estaban incomunicados y estaban amordazados. Cuando salió la revista, la mayor parte de la emigración intelectual española estaba aquí. Los dirigentes políticos que habían estado en Europa vinieron a México. Aquí estuvo Negrín, aquí estuvo Prieto, todos... Aquí se reunieron las Cortes. Entonces dijimos que, en esas condiciones, los españoles que estábamos en México, que éramos los únicos que teníamos voz, que podíamos hablar en un país libre, teníamos la obligación de ser la voz de España, porque España estaba amordazada. De modo que *Las Españas* fue una revista de los españoles que estaban en la emigración, como españoles desterrados que hablaban en nombre

de España porque España no podía hablar. Aunque sí pedíamos colaboración a los españoles [*de la Península*], que colaboraban con seudónimo: aquí escribió Gabriel Celaya, aquí escribió mucha gente con seudónimo. Esto era *Las Españas*.

¿En Las Españas *nunca se preocuparon por lo que tuviera que ver con Hispanoamérica?*

Sí, en cierto modo, porque la mayoría de los colaboradores extranjeros eran mexicanos. Estaba Malraux, estaba Einstein, pero los extranjeros eran fundamentalmente mexicanos. Además, hicimos aquí algunos actos importantes; el más importante fue el que presidió Marcel Bataillon y el primero que habló fue el crítico mexicano Antonio Castro Leal... Por otra parte, ya existían revistas que se ocupaban de Hispanoamérica. Para eso estaba *Romance*, no íbamos a hacer lo mismo. Ya estaba hecho y magníficamente. Los escritores mexicanos se volcaron generosamente ahí en seguida. Nuestra intención era otra: dirigirnos a España. Éramos una revista de tanteo en pensamiento político, estábamos buscándole alguna salida al futuro de España, ni había Constitución, ni había nada. Lo único que afirmábamos es que no queríamos el franquismo y no queríamos volver al 31, que tenía que salir una nueva España y esa España tenía que ser plural y democrática; pero de ahí en adelante estaba todo en tanteo. En la economía, en la religión...

¿La revista se dirigía entonces a los españoles de la península más que a los que estaban en el exilio?

La revista se hacía para España, fundamentalmente. Sí. Claro. Pero de esa España la única parte viva éramos los exiliados; los demás estaban escondidos o encarcelados, y por eso les pedíamos colaboración, y nos la mandaban.

¿Cómo hacían para introducir Las Españas *a la península?*

Muy sencillo. (De la distribución me encargaba yo.) El correo entonces era muy barato. Un kilo costaba centavos. Entonces hacíamos paquetes con *Las Españas*, bien enrollados y cerrados. Los mandábamos a sitios en donde pensábamos que podía haber buena acogida sin comprometer a nadie: Biblioteca de la Facultad

de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, Biblioteca Provincial de Guipúzcoa, San Sebastián, Biblioteca del Colegio de Abogados, Madrid... Así los mandábamos y de vez en cuando los bibliotecarios, sin comprometerse, acusaban recibo. Luego salía gente al extranjero y nos mandaban cartas, todo esto era muy interesante.

¿No había censura que interceptara los envíos?

Sí, cuando los cogían. Pero, paquete por paquete, carta por carta, llegaban. Llegaban. A los que no contestaban no les mandábamos más, pero a los que contestaban, seguíamos mandándoles. Y así circularon *Las Españas* clandestinamente: casi la mitad de la edición.

Debe de haber sido muy difícil reunir el dinero necesario para mantener la revista...

Vivíamos como podíamos. Por ejemplo, Mariano Granados nos pagó una vez un número entero. Uno de los suplementos. El número mayor de suscriptores fue de catalanes. Hubo gallegos, asturianos, aragoneses, andaluces, leoneses, asturianos... Aquí buscábamos el dinero y buscábamos colaboradores, que en general eran muy buenos.

Los textos que publicaban de autores residentes en España, ¿eran textos originales o ya se habían publicado antes?

Generalmente eran originales.

¿También enviaban libros a España?

Este libro [*refiriéndose al suyo, con prólogo de Manuel de Irujo, titulado* La integración nacional de las Españas] se mandó a España y ahí circuló clandestinamente con un interés enorme. Me escribió Gabriel Celaya, que entonces era un poeta desconocido. Yo no sabía quién era. "Mi querido amigo: No sé si te acuerdas de mí. Yo soy Rafael Múgica." Era compañero mío de la Residencia de Estudiantes. Íntimo amigo de mi hermano. Era de la generación de éste. Entonces nos descubrimos mutuamente. Y me dijo: "Tu libro está circulando aquí. Se está discutiendo. Circuló por Cataluña".

Su acercamiento a los intelectuales de la España franquista fue también motivo de fuertes críticas. Pienso, por ejemplo, en el caso de Dionisio Ridruejo...

Las declaraciones de Ridruejo fueron muy valientes, pero, en general, fueron muy mal recibidas aquí por la emigración, porque, claro, la gente decía: "Y ahora resulta que éste se entera de lo que es el franquismo..." Pero era un muchacho, como tantos otros, que debió de ser franquista de buena fe y dejó de serlo. La gente cambia. A nosotros nos pareció que merecía apoyo. Aquí se le atacó mucho, pero nosotros le dimos apoyo. Lo apoyamos tanto que hicimos una tirada de sus declaraciones. Constituye un documento histórico.

El libro de usted sobre Las nacionalidades españolas *se publicó en la Colección Aquelarre. En* Las Españas *hemos visto reseñados por lo menos quince títulos de esta colección. ¿Aquelarre fue otra propuesta del grupo de* Las Españas*?*

No. Aquelarre era una cosa completamente distinta a *Las Españas,* aunque la mayoría de los autores (Arana, Andújar, Mariano Granados, yo) éramos miembros del grupo de *Las Españas.*

El prólogo de uno de sus libros lo escribió Pedro Bosch-Gimpera...

Sí, en toda esta historia don Pedro Bosch-Gimpera tuvo un papel muy importante. Fue, además, una persona a quien yo le debo mucho, uno de los hombres más destacados de *Las Españas*, no sólo en hacer la revista, sino también en darle prestigio y contenido. Colaboró muchísimo y con mucha categoría.

Parece que el grupo de Las Españas *tuvo mucho contacto con los catalanes...*

Como aquí llegamos españoles de todas partes, en el Ateneo, o en la Universidad, en los cafés convivíamos todos. Por ejemplo, el Centro Vasco, que era de los nacionalistas, nos recibió y en los primeros días íbamos muchos al Centro Vasco. El Orfeó Catalán, que había estado del lado de la República por la autonomía, también nos recibió. Empezamos a convivir, y en *Las Españas* había gentes de todas partes; había un grupo muy bueno de catalanes,

que fueron Bosch-Gimpera, Luis Nicolau D'Olwer... y otros excelentes amigos. Estaban como en su casa, y todos ellos eran de tendencias federalistas; si no hubiera sido por *Las Españas*, yo no habría acudido a aquella tertulia. En la redacción nos reuníamos: hubo un contacto extraordinario con estas gentes. A dos o tres de los colaboradores más antiguos de *Las Españas*, les dimos el título cariñoso de decano. El primer decano, un asturiano, fue Luis Santullano, pero el segundo fue un catalán, Luis Nicolau D'Olwer, y el tercero otro catalán, Pedro Bosch-Gimpera, quien en uno de los últimos actos de *Las Españas*, pronunció unas palabras muy hermosas. Bosch-Gimpera era un hombre con gran autoridad: intelectual y moral.

Otra cosa que salió de Las Españas, *directa o indirectamente, fue el Ateneo Español. ¿Usted se acuerda cómo fue?*

Perfectamente. Para ayudar a *Las Españas* se hizo un grupo –conservo por ahí propaganda– que se llamaba "Amigos de *Las Españas*". *Las Españas* no tenía dinero, no queríamos recibirlo de los partidos, no queríamos recibirlo del gobierno, porque en algunos aspectos, decíamos con todo respeto que no estábamos de acuerdo... Entonces nos defendíamos como podíamos, yo fui el administrador mucho tiempo...

En muchas de las cosas que propusieron desde las páginas de Las Españas, *la historia parece haberles dado la razón.*

Cien por ciento. De una manera asombrosa... Sobre todo a partir de la nueva Constitución Española de 1978. Puede decirse que la Constitución de 1978 nace en cierto modo en *Las Españas*, 20 años antes. Esto lo tengo escrito en libros. Les voy a enseñar un artículo que se publicó en la revista *Cuadernos 90*, que salió en Barcelona. Los socialistas catalanes me pidieron un artículo. (Yo soy miembro del Partido Socialista, como lo fue Arana.) En este artículo está la historia: "España, 'Nación de Naciones'". Esta expresión se usaba ya aquí en el año sesenta y tantos... Esta idea de España como "nación de naciones" que hoy recoge la Constitución Española surgió en *Las Españas*. Por ejemplo, en el preámbulo (que se debió a Tierno Galván), encontramos lo siguiente [*Busca el texto y lee*]: "La nación española proclama su

voluntad de proteger a todos los españoles y pueblos de España en el ejercicio de los derechos humanos, sus culturas, y tradiciones, lenguas e instituciones."

Y esto fue lo que Las Españas *siempre promovió...*

Esto son *Las Españas*. Pero luego aquí viene algo muy importante [*Lee de la Constitución Española*]: "La Constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la nación española, patria común e indivisible de todos los españoles, y reconoce y garantiza el derecho a la autonomía de las nacionalidades que la integran." España es pues una nación integrada por nacionalidades... Éste es un artículo que, cuando se publicó, se discutió mucho y causó sensación en Francia. Para los racionalistas franceses las naciones pueden estar en contacto, pero son mónadas de fronteras impenetrables. Todo esto responde a lo siguiente: se ha tratado de definir a la nación, pero todavía no se ha dado una definición en la que todos estén de acuerdo.

En la época del stalinismo, Stalin elaboró una definición de la nación que circuló en un librito famoso que, como la Biblia, fue traducido a todos los idiomas del mundo. Según Stalin, para que una nación existiera, tenía que tener unidad: unidad de lengua, unidad de territorio, unidad de economía, unidad psicológica... Sus seguidores quedaban pasmados. Era la última palabra. Y tuvo tanta fuerza esta definición que muchos terminaron por tomarla como una definición matemática. Es decir, acudían a la definición de Stalin, y si el conjunto considerado cumplía con la definición de Stalin, le daban el visto bueno como nación. En lugar de usar la definición para explicar los hechos, querían encajar los hechos en la definición.

¿Cuál es su definición de la nación?

A mi juicio, la nación no se puede definir por ningún elemento objetivo, esa es mi opinión. Ni la lengua, ni el territorio ni nada material define la nación. Hay casos rotundos. La primera condición que ponía Stalin era que el conjunto tuviera una lengua. Entonces, según esto todos los que tienen la misma lengua deben formar una misma nación. Pero no es así. Si no, Inglaterra, los Estados Unidos, Australia, serían una nación. Esa definición no es

recíproca. No. Podría haber distintas naciones con la misma lengua; pero Stalin sí ponía como condición que toda nación tuviera una lengua. Según la definición de Stalin, Nicaragua, el Salvador, Costa Rica eran naciones, pero España no era una nación. En España había una nación catalana, otra vasca (se callaba sobre los valencianos que, a pesar de ser de lengua catalana, no son catalanes ni quieren serlo, y se callaba sobre los mallorquines) y decían que en España había una nación en Cataluña, otra en Galicia, otra en el País Vasco... En fin, negaban la existencia de España como nación, así como negaban la existencia de la India como nación. La India es una gran nación, que se escindió por motivos religiosos, como todos sabemos. Porque a veces la religión decide.

¿Cómo interviene la religión?

Por ejemplo, Bélgica existe por razones religiosas. Los holandeses, que hablaban holandés, eran protestantes y los flamencos, que hablan también holandés, eran católicos. Entonces los flamencos que hablan holandés prefirieron unirse a los valones, que hablan francés; es decir, que fue la religión, y no la lengua, lo que los unió en una nación.

El caso de los judíos es un ejemplo muy ilustrativo. Stalin decía, con un rasgo de humorismo que no le iba bien: "¿Qué nación fantasmagórica es esa de los judíos, que ni siquiera tiene territorio?" Para el materialismo de Stalin, por lo menos había que tener un territorio. Pero en mil novecientos cuarenta y tantos, un buen día los judíos se reúnen en Israel y proclaman el Estado judío y la nación judía... ¿Qué materialismo histórico es éste que permite a una nación nacer en 24 horas? [*Se ríe.*] Claro que la nación judía ya existía: la formaban todos los judíos que estaban dispersos por el mundo y tenían conciencia de ser judíos y andaban buscando un sitio para establecer el Estado (no la nación).

Donde está la nación es en la conciencia de los ciudadanos y en donde hay una conciencia nacional hay una nación. Y si los mexicanos mañana perdieran la conciencia de ser mexicanos y les diera igual ser gringos, o se hicieran gringos porque les duplicaran el sueldo, pues México desaparecería en 24 horas. Si aquí hay una conciencia y aunque se pase hambre, aunque vengan

invasiones, esto se aguanta es porque hay una conciencia nacional. He llegado a la conclusión que la nación está en la conciencia de los ciudadanos y por lo tanto es un producto de la historia porque no se crea en 24 horas. La nación es un producto social y cultural de la historia, y como no hay dos historias iguales, no hay dos naciones iguales.

¿Desde el punto de vista de Las Españas, *el concepto de estado es opuesto al de nación?*

La concepción de estado es anterior a la de nación. Por ejemplo, los estados antiguos, los estados feudales, los estados imperiales, los estados católicos... pero el concepto de estado pueblo surge más bien con la Revolución francesa. Pero la idea de reino ya empieza con el Renacimiento, ya los españoles comienzan a sentirse españoles. Antes eran súbditos. Los reyes conquistaban, los reyes dividían, los reyes daban: a éste le daban un reino, al hijo le creaban otro. Antes había el Príncipe y los súbditos. El concepto de nación empieza con el Renacimiento, y a usarse el nombre, y se la define ya con la Revolución francesa, pero se la define con la particularidad jacobina, y deja afuera la idea de naciones complejas. Entonces todos los que tenían una nación compleja, para hacerse modernos, tenían que convertirse en unitarios, y es lo que hace España con la Constitución de las Cortes de Cádiz. Suprimir los antiguos reinos y dividirlos en provincias, a imitación de los departamentos franceses. Y como toda nación tiene que tener una lengua oficial, declararon al castellano la lengua oficial, y la llamaron "española". Cuando vino la República la llaman "castellano". Franco la vuelve a llamar "española". En 1978 se vuelve a llamar "castellana".

Y todo esto tiene fuertes implicaciones políticas...

Esto tiene mucha importancia, porque si el idioma oficial de España es el castellano y se le llama "el español", se les da la razón a los separatistas vascos y catalanes, que dicen "Pues si yo ni siquiera hablo el español". Entonces los federales tienen que decir: "Todas las lenguas de España son igualmente españolas, y la oficial para todos va a ser el castellano, pero todas son españolas. Y la más antigua, el vascuence (para que no haya duda)". [*Se ríe*].

Entonces, ésta es mi manera de ver las cosas, que a mí me parece muy sencilla y muy importante, pero en este momento sigue la lucha y en muchos lugares el embrollo.

¿En qué sentido sigue la lucha?

¿Saben ustedes cuándo se inventó el idioma español oficialmente? Pues en 1925. Miren [*nos muestra fotocopias de dos portadas de libros*]: *Diccionario de la lengua castellana de la Real Academia Española.* Fecha: 1914. Y miren lo que aparece aquí: Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española.* Fecha: 1925. Ahí fue cuando inventaron la lengua española. La sacaron de la manga en la época de la dictadura de Primo de Rivera. Cuando vino la República, volvió a llamarse "la lengua castellana". La Academia sí es española, porque es de toda España, pero la lengua tiene que llamarse "el castellano". Porque si la lengua se llama "el español", entonces el catalán no es español. O es un español de segunda, lo que es peor todavía... Luego Franco volvió a imponer el término de "lengua española" y como los académicos son en general muy unitaristas, siguen llamándola así. *Diccionario de la lengua española*: así sigue apareciendo en las últimas ediciones. Porque el gobierno no les ha llamado la atención.

Veo que el prólogo de otro de sus libros lo escribió Miguel León Portilla. ¿Ve usted alguna relación entre el trabajo de León Portilla por estudiar y salvar las lenguas indígenas de México y la preocupación de Las Españas *porque se respeten las distintas lenguas de España?*

Miguel León Portilla es un buen amigo mío. Es [uno] de los pocos mexicanos cultos, muy cultos, que leen y hablan el náhuatl perfectamente. De vez en cuando yo asisto a sus conferencias, porque está haciendo una labor extraordinaria. Está organizando congresos y cuantas cosas hay para que el náhuatl no muera. Y está tomando como ejemplo (le animó mucho) lo que se hizo en España con la Constitución, es decir, la decisión de declarar oficiales el gallego, el vascuence y el catalán. Eso es lo que tenemos que hacer nosotros en México: mantener un idioma común a todos los mexicanos (que ya lo tenemos, que es el castellano), y en

los municipios donde haya un porcentaje grande de indígenas, hacer que sus lenguas también sean consideradas oficiales. Esto León Portilla lo ha conseguido. No sé si eso prosperará. Yo he asistido a muchas conferencias suyas, aquí y en España, y lo he oído decir: "lo que ellos han hecho con sus lenguas, eso es lo que tenemos que hacer nosotros". La revolución mexicana hizo la labor de enviar a los indígenas maestros bilingües para enseñarles el castellano. Aquellos maestros bilingües no iban a salvar las lenguas indígenas, sino todo lo contrario, y de lo que se debe tratar, es de salvarlas.

¿Cómo resumiría usted finalmente la aportación de Las Españas"*?*

Con la Constitución de 1978 se consiguió en España que la gente aceptara lo que era más difícil de aceptar: que España, siendo una nación, es una nación de naciones. Este concepto lo maneja ahora con gran altura Tomás y Valiente, el Presidente del Tribunal Constitucional. "Comparto plenamente la idea de España como nación de naciones", afirma en el prólogo que escribió para *El antiguo reino de León.*

Toda esta conversación es para decirles que *Las Españas* hizo una gran obra y que si bien es conocida su labor literaria y cultural, en cambio no su importante influencia política. Sobre todo, no es suficientemente conocido el hecho de que el plural y vario pensamiento encarnado en la nueva Constitución de España germinó en México en torno de *Las Españas.*

4. ENTREVISTA CON JUAN RAMÓN Y FEDERICO ARANA

He estado leyendo El desván de los recuerdos. *Aunque se trata del primer tomo de las memorias de su padre, el relato empieza cuando el autor ya está en la edad adulta, trabajando en Barcelona. Nació en Aragón ¿verdad?*

[Juan Ramón:] En los Monegros. Tal vez en un lugar llamado Monegrillos.

[Federico:] Incluso no sé si te has fijado que alguna vez usa como seudónimo el de "Juan de Monegros".

[Juan Ramón:] Era una zona virtualmente desértica en la que, me parece, se construyó una gran presa a finales del franquismo, para convertirla en un importante centro de cultivo triguero. En todo caso, cuando él nació, debió de ser un ámbito de tremenda estrechez económica y cultural.

[Federico:] Era una tierra de secano, y el paisaje económico debía de ser atroz. Un lugar muy pobre, donde era menester trabajar mucho para subsistir.

[Juan Ramón:] Mi padre fue hijo de un maestro pueblerino al que —según me contó una vez— conocían como "el socialista", lo que probablemente significaba que era el único socialista de su poblado. (Claro, estamos hablando de los primeros años del siglo.) No sé si como maestro dependía de asignaciones regionales o municipales, pero ciertamente al morir –cuando José Ramón tenía unos siete años– la viuda y el hijo quedaron en un desamparo total o casi total.

Seguramente esto marcó mucho la personalidad de tu padre...

[Juan Ramón:] Lo marcó a fuego...

El pensamiento de tu abuelo seguramente habría influido en el carácter de tu padre, que también tenía un fuerte temperamento didáctico.

[Juan Ramón:] No estoy muy seguro. Él era muy pequeño al quedar huérfano y, según contaba, apenas hizo un grado de educación elemental donde aprendió a leer, escribir y hacer cuentas. Yo creo que su temperamento didáctico más bien provenía de la influencia de la madre y de un ambiente permeado de formalismos morales que se asumían en forma de "lecciones" colectivas. Yo imagino esa vocación "didáctica" inserta en el estilo de los "explicadores" que, todavía a principios del siglo, recorrían los pueblos llevando secuencias de estampas que mostraban noticias o sucesos en los que toda trasgresión recibía un castigo. Mi padre tenía muy vivo el recuerdo infantil de aquellos "explicadores", que epilogaron la tradición del romance y que, no dudo, debieron de formar parte de una didáctica colectiva y popular. En todo

caso, lo que es evidente es que su temperamento didáctico, poco o nada tenía que ver con preceptivas académicas dada la escasa, y tal vez inexplicable, escolaridad de la que disfrutó como hijo de maestro.

Sin embargo, tengo la sospecha de que él abandonó la escuela porque a la muerte de mi abuelo no soportaba estar separado de la madre. Esto podría tener que ver, a su vez, con otra causal muy concreta: mi padre debió de tener por lo menos cuatro hermanos, y los cuatro murieron de algo que pudo ser meningitis en el curso de una epidemia. Creo que esto exacerbó el lazo con la madre y que de esta relación especialmente intensa surgió ese temperamento didáctico, con marcada proclividad a las enseñanzas morales...

¿Se quedó como hijo único?

[Juan Ramón:] Se quedó como hijo único y con la madre, tal vez, como único dique ante la presencia de la muerte. Ella debió de ser una persona toda luto...

[Federico:] Si desertó de la escuela, más bien sería por la necesidad de ponerse a trabajar. Recuerdo que contaba que su madre se dedicaba a coser los capotes de los soldados, que era un trabajo muy duro. Era una tela muy basta...

¿Como de paño?

[Juan Ramón:] Como una loneta o una franela gorda...

[Federico:] Sí, y era una ocupación tremendamente mal pagada, lo mismo que sus primeros trabajos. Solía hablar de las penurias de su infancia, con unas jornadas verdaderamente aplastantes: 12 horas diarias de trabajo. Incluso el domingo, que era el único día en que acortaban la jornada.

¿En qué trabajaba?

[Juan Ramón:] No creo que empezara a trabajar a los siete años, cuando murió su padre. Si mal no recuerdo, él decía haber empezado a trabajar a los once y pudo ser en el almacén de un tío suyo, que, por cierto, debió de ser el padre de José Luis Borau, el cineasta. (Borau ha hecho al menos tres películas. No conozco el *western* que fue su primera cinta, ni la que filmó en la frontera

mexicana, que fue la tercera, pero con *Furtivos* hizo una película excelente.) Volviendo al tío, que mi padre consideró siempre hombre de muy buen corazón, no queda clara la razón por la que abandonó el almacén, ni cuándo lo abandonó...

¿Era tío de él?

[Juan Ramón:] Tío de él. El verdadero apellido de mi padre era Ruiz Borau, por lo que supongo que Borau era primo de la madre. El caso es que mi padre siempre nos ocultó su verdadero nombre y que las referencias a su pasado juvenil eran casi siempre elípticas. Me parece imaginarlo como un mocito de almacén, un pequeño ayudante familiar, escasamente asalariado, en la tienda del tío. Él nos contaba que llegó a pasar hambre y que su madre cuidaba los cabos de las velas al grado que, incluso, se veía obligado a tratar de leer a la luz de la luna.

Estas pinceladas de infancia contadas a nosotros tenían una intención que él suponía ejemplar y, seguramente, conformaban una buena parte de verdad, sobre la vida en algunas zonas rurales españolas durante la primera Guerra Mundial y los efectos económicos de la posguerra. Sin embargo, por otros indicios, yo dudo que él haya pasado hambre en la niñez y, aunque es evidente que vivió en penuria extrema, prefiero pensar que a hurtadillas le hurtaba al tío el chocolate del almacén, como lo hubiese hecho cualquier niño normal (y como alguien me contó). En cuanto a su dicho sobre lecturas sin velas y a la luz de la luna, no pretendo desmentirlo, pero me parece que, como práctica habitual, resulta un esfuerzo en exceso ejemplarizante. No sé en qué consistían sus primeras lecturas, pero evidentemente comenzó a leer tempranamente y, ciertamente, nunca abandonó el hábito.

[Federico:] Pero eso de leer ya debe haber sido a raíz de la influencia que tuvo sobre él un amigo del que hablaba mucho, un pastor amante de los libros.

[Juan Ramón:] Miguel... Sí, ése fue su amigo entrañable.

[Federico:] Era pastor de ovejas. Y empezó a prestarle libros.

¿Un poco al estilo de Miguel Hernández?

[Juan Ramón:] Algo parecido... Pero además te voy a decir una cosa, mi padre admiró mucho a Nikita Kruschev, como lo ad-

miró tanta gente de su tiempo. Una de las cosas que le fascinaban de Kruschev era que, en su origen campesino, había aprendido a leer con un pastor; había aprendido leyendo la Biblia. Yo no sé lo que leía mi padre, pero sospecho que le atraía fundamentalmente la poesía. En este sentido había un cierto paralelismo con Hernández, al que evidentemente admiró, aunque sin considerarlo un poeta mayor. Él mismo parece haber intentado la poesía, aunque –tal vez por fortuna– le cortó las alas, gracias a la capacidad autocrítica, que fue su gala.

[Federico:] Pero hay una anécdota relacionada quizá con su pensamiento político. Estando con su padre ante un cuadro de Alfonso XIII (debían de encontrarse en algún edificio público, algún museo), su padre le dijo: –"Ves todo eso?" –y le señalaba las medallas, los sables... –"Todo eso es robado." La actitud antimonárquica de mi padre seguramente tuvo su origen en esta humorada didáctica. Porque se supone que para un aragonés, la honradez es algo así como la ley suprema.

¿Los aragoneses son muy honrados?

[Juan Ramón:] En esos pueblos lo eran. No sé ahora...

[Federico:] Lo peor que le puedes decir a un aragonés es que es ladrón, falto de palabra o poco hombre...

[Juan Ramón:] Lo dicho por mi abuelo encaja bien en el pensamiento de un socialista, o al menos es coherente con las utopías de la época.

[Federico:] Sí, según la consigna anarquista, toda propiedad es un robo.

Entonces, ya que no podía sostenerse económicamente en Aragón, ¿se fue a Barcelona?

[Juan Ramón:] Eso ya lo hizo de adulto. Él al parecer se casó con alguna chica en Aragón y tuvo cuatro o cinco hijos. La relación, sobre todo con la familia de la mujer, de alguna manera debió de ser muy mala y decidió buscar otro horizonte. No sé si esta decisión coincidió, además, con la muerte de Miguel.

¿Del pastor?

[Juan Ramón:] Era su amigo entrañable... Era alguien de su edad que era su amigo.

[Federico:] Yo creo que había dos amigos: el pastor y Miguel.

[Juan Ramón:] De dos generaciones distintas, yo creo. Sí, es posible. Con ese Miguel, hacían poesía los dos. Yo recuerdo una anécdota curiosa. Alguna vez alguien hizo alarde de tener algo nuevo ("una mínima gala", como se decía entonces para referirse por ejemplo a una chaqueta nueva), mientras que él llevaba un poema en el bolsillo (me imagino que de alguna zamarra desgastada, usadísima). Entonces él para sí mismo dijo: "Sí, sí, tú tienes chaqueta nueva, pero yo tengo un poema."

[Federico:] La amistad que tenía con este hombre era muy intensa. Una vez en la calle Amsterdam, mi padre estaba enfermo, deliraba y empezó a hablar del pastor éste. Tenía una fiebre altísima y, según recuerdo, se refería continuamente a la solidez de aquella amistad a pesar de tantos años transcurridos sin verse. Cosa rara, además, porque mi padre era un hombre muy saludable y era fuerte como un toro.

[Juan Ramón:] Bueno, él tuvo una especie de neurosis de guerra durante varios años...

[Federico:] No, esto era una infección broncopulmonar. La única vez que recuerdo haberlo visto enfermo.

Y este ejemplo de austeridad como base de la autenticidad que tenía el pastor, supongo que habrá influido mucho en la personalidad de tu padre.

[Federico:] Claro, él siempre guardó esa actitud. Se preocupó por infundirnos la idea de que eran mucho más importantes la amistad y los valores morales que los intereses y los valores materiales. Era, además, un ideal que se respiraba en la emigración, aunque muchos refugíberos no fueran muy consecuentes con la idea. Pero digamos que era una especie de bandera.

Pero venía desde antes, del Partido Socialista ¿no?... Y también de la tradición de la Institución Libre, que siempre veía al trabajo del maestro como una vocación ejemplar, como un sacrificio material a favor de valores espirituales...

[Federico:] Pero no sólo del maestro. Los valores espirituales eran considerados más importantes en todos los aspectos de la vida; por muy comunistas, socialistas o anarquistas que fueran,

aquellos españoles llevaban un fondo de cristiandad notable. Seguramente, además, luchaban por contrarrestar los valores que poco a poco estaban ganando terreno: la modernidad, el aquí y ahora, el *American way of life*.

[Juan Ramón:] Bueno, creo que había una cierta ambivalencia en la actitud de mi padre. Para él, sí tenían prioridad los valores morales, pero no por eso despreciaba la picaresca. Es decir, para él existía en el español una especie de dualidad entre la moralidad y la picaresca. Él veía la picaresca de una manera bastante natural; incluso, quizá, la practicó de alguna manera en el campo de concentración. No en el sentido de trasgresiones cuanto de astucias. Creía que había un modo de moverse a veces en la vida que es útil para sobrevivir y que es muy español. Parte de ese pensamiento ético lo tiene claramente expresada en un cuento sobre don Quijote y Sancho. Según él, a la hora de la muerte de don Quijote se ve como una dualidad: una dualidad que es el alma española. Por un lado, está Sancho, que es una combinación de la picaresca –que no es la picaresca propiamente, aunque sí tiene mucho de picaresco– y algunas otras cosas: lo material, la pasión, el mandato de la naturaleza y todo eso; y por otro, está don Quijote: los ideales, el artificio y la locura. En el fondo éste es un resumen de lo que vale la pena en el español, según mi padre, o sea, la moral llevada al extremo de la locura en combinación con una sensatez muy asentada en la tierra, muy del hombre sencillo que sabe que un burro, si tiene aquí paja y ahí no la tiene, va a ir a la paja.

Este equilibrio quizá se le vino con la madurez. Tal vez, cuando todavía joven, estaría más marcado por lo quijotesco, por la juventud, por lo ideal...

[Juan Ramón:] Sí, aparece mucho de ideal en él, aunque no sé si hay mucho de quijotesco. Hay una diferencia. En ese sentido no creo que él ejerciera la locura de don Quijote, sino más bien la intención moral. Yo no lo vi como un hombre desatado nunca. He conocido españoles más desatados.

Dices que en el campo de concentración practicó la picaresca.

[Juan Ramón:] Era algo necesario para sobrevivir. O sea, era necesario tomar ciertas medidas que permiten mantenerte al mar-

gen de los conflictos. No era un hombre tan poco práctico como podía parecer en otros terrenos. En el terreno de la vida diaria parecía un hombre terriblemente impráctico, pero en su comportamiento en el campo –al decidir cerca de quién se ponía, en su manera de arbitrar, más que entrar en los conflictos– mostró una gran capacidad de sobrevivir. Era muy hábil. Por ejemplo, se dio cuenta de que en Francia se respetaba mucho a los bebés, y para que no lo pescara la Gestapo, salía a la calle con un bebé en los brazos. Aquí hay una habilidad legítima que sí corresponde a la picaresca: "Si salgo, salgo con un bebé", o "salgo disfrazado de tenista"... Que creo es otra cosa que hacía: se ponía un disfraz de tenista e iba con una raqueta por la calle. La Gestapo nunca pensaba que un tenista fuera un prófugo político que estaba huyendo.

¿Cuánto tiempo estuvo en el campo?

[Juan Ramón:] Debieron de ser unos meses, no sé cuántos. Él estuvo en Gurs y Gurs fue un campo suave.

[Federico:] Hay otra anécdota que contaba para ilustrar su sentido picaresco. Tenía que pasar por un lugar donde estaban revisando la documentación, cazando enemigos –no sé si sería algún fascista o un miliciano anarquista– entonces, en lugar de escabullirse por el lugar más oscuro, iba directamente a este hombre a preguntarle algo. ¡Cómo iba alguien a meterse en la boca del lobo!

[Juan Ramón]: Él tenía una gran percepción de la psicología humana. Yo creo que en ese aspecto, era un verdadero intuitivo. Sabía exactamente cómo iba a reaccionar la persona con quien iba a tratar. Era algo típico de él.

Esto es algo que se ve en su obra narrativa: su capacidad de captar psicológicamente al otro.

[Juan Ramón:] Sí. Por ejemplo, a mí me contó que los de la FAI admiraban el valor. Entonces, alguna vez que la FAI lo detuvo, él adoptó una actitud casi suicida, porque sabía que a un hombre valiente la FAI no lo mataba.

¿Casi suicida?

[Juan Ramón:] No en tanto que acción sino en tanto calculada actuación. Tú puedes ir lanzando manotazos e insultando al enemigo, y el otro, al ver que tienes valor, te identifica con una cierta categoría y por ese simple hecho no te mata. Es como jugar, pero entendiendo las reglas del juego.

¿Su acercamiento a los partidos políticos empezó un poco antes de la guerra? ¿En Barcelona?

[Juan Ramón:] Yo creo que sí. Aunque, por la manera como él decía que a su padre le llamaban "el socialista", pareciera que aceptaba la existencia de una impronta marcada genéticamente. Ahora bien, creo que existe un factor adicional y que en su tránsito de la sociedad pueblerina a Zaragoza, primero y, posteriormente, a Barcelona, tuvo veleidades de torerillo e incluso de actor teatral. El sueño de incorporarse a la gran urbe requería insertarse con un sentido de pertenencia a alguna organización. En aquel tiempo, sindicatos y partidos políticos eran las organizaciones a las que de manera más natural podía acceder un joven prospecto a formar parte del proletariado urbano. Por otra parte, es improbable que un joven obrero pudiese sustraerse a la turbulencia política de la época. Su experiencia como obrero, en Zaragoza, fue en una imprentilla, manejando una máquina de mano (algo como una Chandler o una Heilderberg de pedal, palanca y plato de entintado) y en Barcelona como obrero de fundición.

Sin embargo, hasta donde sé, la guerra lo sorprendió como empleado de banco, gracias, nuevamente, a la ayuda del tío Borau (que supongo abandonó el comercio para trabajar en la banca) y que le pagó una vieja maestra, a fin de que hiciese los aprendizajes necesarios.

¿Qué hizo tu padre durante la Guerra Civil?

[Federico:] Entiendo que estuvo trabajando para el Partido en Barcelona y luego en labores de información –y quizá hasta de espionaje– en el país vasco. Pero nunca estuvo en el frente.

[Juan Ramón:] Sí estuvo en el frente, pero por poco tiempo. Es difícil imaginarlo como soldado. Alguna vez me contó alguna anécdota sobre cierta experiencia desagradable que tuvo con algún ofi-

cial bestia en el frente. Alguien que tomaba a los reclutas novatos y los obligaba a jugarse la pelleja para proporcionarse tabaco. Sé que también participó en algunas brigadas que llevaban entretenimiento cultural (e indoctrinación, supongo) a los soldados en el frente.

¿Estuvo afiliado entonces a algún partido?

[Federico:] Al Partido Socialista. De hecho, por haber tenido una cierta jerarquía, formó parte de la delegación que visitó la URSS.

[Juan Ramón:] Sí, pertenecía al Partido Socialista Obrero Español, aunque en algún punto del exilio, relegó la importancia de las pertenencias partidistas. Creo que, en ese sentido, siempre mantuvo una distancia crítica con los liderazgos y que, para él, ser socialista era una posición fundamentalmente moral ante la vida.

Admiraba a los viejos militantes de Pablo Iglesias, el socialismo escandinavo (incluido el Rey de Suecia) o la calidad ética de un Willy Brandt; pero creo que nunca le escuché nada laudatorio sobre el liderazgo de un Indalecio Prieto, por ejemplo.

¿Qué les contó de su viaje a la Unión Soviética? ¿Cómo influyó este viaje en su pensamiento político?

[Federico:] Contaba cosas más bien fuertes y hasta tremendistas: las mujeres entregándose a quienquiera que pudiera sacarlas de ahí, el miedo, la consabida gira propagandística y los españoles desmadrados, buscando la manera de escabullirse para saber lo que realmente ocurría. El resultado fue el desengaño total y, por tanto, el inicio de hostilidades por parte de los comunistas fundamentalistas, que eran casi todos.

[Juan Ramón:] Fue a la URSS con un grupo que negociaría armamento soviético para los republicanos. En ese viaje, incluso, conoció a Stalin (un hombre de mirada agobiada, según me contó después) y padeció a los infaltables "periboches" y sus visitas guiadas de turismo ideológico... Creo que lo único que le impresionó favorablemente de la URSS era la manera como el sistema cuidaba de los escolapios (parece que allí hizo íntima amistad con una maestra rusa que le sirvió de traductora y que debió impresionarlo con su idealismo). Por lo demás, el viaje lo convenció de que aquello no era socialismo sino capitalismo de Estado, mono-

polio de poder o lo que haya sido. De cualquier manera, su liberalismo político, en lo mejor de la tradición española, era incompatible con cualquier sistema que hiciera nugatoria la democracia.

¿Cómo logró escapar a Francia al final de la guerra?

[Federico:] Me parece que, por encontrarse en el país vasco, no tendría mayores problemas. Lo que sé es que recibió una cantidad importante por ser empleado de Banca y la empleó en una revista de lucha antifascista, pero por lo visto sus compañeros de proyecto le dejaron colgado de la brocha y perdió todo. El billete del "Ipanema" lo pagaron con el producto de la venta de un libro autografiado por García Lorca que tenía mi madre.

[Juan Ramón:] Estoy casi seguro de que la caída final de la República lo atrapó en Bayona, donde lo apostó el SIM. Fue allí donde lo pescaron para internarlo en el campo de concentración. La falsa identidad que adquirió como Arana, seguramente le fue útil para que, de atraparlo los nazis, no lo remitieran de vuelta con Franco, ya que Ruiz Borau seguramente estaba en las listas de la muerte. Del campo de concentración salió por la puerta principal cuando Francia fue invadida por los alemanes. Luego debió de andar a salto de mata hasta que mi madre consiguió dinero para embarcarse.

¿La madre ya se había muerto?

[Juan Ramón:] La madre murió cuando nosotros debíamos de tener alrededor de quince años; ya estábamos viviendo en el 355 de la calle Amsterdam.

¿O sea que tu padre la deja ahí? ¿La deja en España?

[Juan Ramón:] Eso hizo.

Tiene que haber sido horrible para él dejarla.

[Juan Ramón:] Sí, fue horrible. Pero, al mismo tiempo, acuérdate de que la madre se queda vinculada a los hijos de mi padre. Entonces aquí se crea una situación que debió de ser complejísima. Es decir, mi padre debió de sufrir un tremendo remordimiento por haber dejado allí a su madre y a sus hijos. Esto, independientemente de su relación con la mujer, que debió de ser atroz.

¿Pero la abuela sí tuvo contacto con ustedes, sus nietos?

[Juan Ramón:] Ninguna. Ni siquiera creo que supiera de nuestra existencia. Era una relación de él con su madre; y el día que murió la madre, pasó unas depresiones espantosas.

[Federico:] Yo recuerdo haberlo visto llorando mientras se rasuraba. "¿Qué le pasa?", le pregunté a mi madre. Y así es cómo me enteré, pero ella no tenía correspondencia con nosotros, ni siquiera recuerdo haber visto fotos suyas.

[Juan Ramón:] Yo sí vi una fotografía. Era una anciana enlutada, huesuda y de facciones afiladas. Cuando murió, él puso la foto sobre un librero, pero no nos dijo nada a nosotros. Mi madre fue quien nos informó. Creo que la madre fue una presencia y un remordimiento.

Pero tu padre parece haber sido una persona bastante comunicativa...

[Juan Ramón:] Muy por el contrario. Lo poco que sé sobre la vida de mi padre es en buena medida indirecto. Él hablaba solamente de lo que le interesaba y, particularmente con nosotros, parecía recurrir a aquellos temas que traían consigo una especie de lección moral. Incluso, te relataba ciertos trozos aislados de su vida como si no hubiese sido el protagonista, como si tal o cual le hubiese sucedido a un tercero... No estaba contento con su vida y aunque no te puedo decir que fuese un hombre sombrío, creo que, en muchos sentidos, era un desencantado y un pesimista irredimible.

[Federico:] Sobre todo, le interesaba la conversación trascendente. Por ejemplo, normalmente, cuando nos llevaba a pasear por el parque, parecía que tenía un proyecto de conversación. Y de hecho nos planteaba a nosotros temas que yo creo que eran excesivos; por ejemplo, la cuestión de si valía la pena vivir o no.

¿Y a qué conclusión llegaba?

[Federico:] Que no. Yo recuerdo con gran escándalo que una vez me dijo: "Yo preferiría no haber nacido".

¿Y por qué? ¿Qué es lo que le mortificaba?

[Juan Ramón:] Todo.

¿Era muy moralista?

[Juan Ramón:] Casi un catequista ateo.

[Federico:] Eran ideas muy del tiempo. Se encontraban en todos los escritores que devoraba.

[Juan Ramón:] Él tenía devoción por el sentido moral de los clásicos españoles.

¿No se debería al remordimiento o al sentimiento de culpa por su primer matrimonio?

[Juan Ramón:] No lo sé. Mira, ahí es difícil, porque seguramente él se casó a instancias de mi abuela. Hubo ahí una cosa forzada, quizás al estilo de las cuestiones de honor de los pueblos. Lo poco que supimos fue por medio de anécdotas indirectas. Era una historia desagradable que parecía que le había pasado a terceros, pero no a él; en realidad, él no nos contó nada de eso.

[Federico:] No creo que se tratara de culpas, sino de incapacidad para aceptar fatalidades como el envejecimiento, la muerte, la nada...

En realidad, es difícil para nosotros reconstruir su pasado; lo poco que contaba era fragmentario.

Al conocer a tu madre, tu padre empezó una vida nueva. ¿Eso fue en Barcelona?

[Juan Ramón:] Sí, en Barcelona. Aunque no creo que al conocerla se forjara un nuevo proyecto de vida. Tengo para mí que su vida fueron circunstancias más que proyectos. Lo que contaba era la circunstancia...

¿Tu madre trabajaba en aduanas?

[Juan Ramón:] Mi madre trabajaba en aduanas y, también, como voluntaria en alguna cosa que tenía que ver con comités de cultura popular. Fue a través de alguna oficina que tenía que ver con esto que se conocieron; esto sí es evidente. Y después, de alguna manera, yo pienso que en el momento en que se perdía la guerra fue cuando se hizo una relación interdependiente. Entonces

huyeron... Con los años la relación se deterioró y terminaron separándose...

¿Estuvieron juntos en Gurs, en el campo?

[Juan Ramón:] No, las mujeres no entraban, sólo los hombres. Mi madre nunca estuvo en ningún campo. Vivió aterrada la invasión alemana en un cuartucho de la "Rue des Vasques" en Bayona...

¿Seguía trabajando en las aduanas hasta el final?

[Juan Ramón:] No. Ella renuncia a aduanas y se va a refugiar al sur de Francia, donde tenía parientes del país vasco-francés... Y mi padre fue a Gurs. Era diferente: las mujeres no entraban a los campos en Francia.

Y después tomaron el barco, el "Ipanema". ¿Iba directamente a México?

[Juan Ramón:] El barco pasa por Martinica. Pasa por Santo Domingo y alguna otra isla (yo guardo todavía algunos billetes de esos países), después, por Cuba, y llega a México.

¿Y no fue hasta venir a México cuando empieza la carrera literaria de tu padre?

[Juan Ramón:] En realidad, él empezó a publicar o tal vez se dio a conocer –ya durante la guerra civil– relatando su viaje a la URSS (gracias al cual, como ya dije, en su fuero interno, abandonó cualquier posible veleidad procomunista). Sus primeros textos publicados fueron, pues, políticos, y más que políticos, propagandísticos y de circunstancia (lo que no deja de ser paradójico en un hombre que no podía disociar la política de la moral en el sentido de la tradición romana de un Séneca o de un Cicerón).

[Federico:] Además, tiene algo por ahí, una especie de libro hecho a mano, y *Ancla*, publicado en Santo Domingo en 1941.

[Juan Ramón:] De su poesía yo no tengo rastros. Me parece lógico que hubiese intentado, pero creo que él se dio cuenta de que no era poeta (aunque la poesía para él fuera cosa de gran peso) y se dedicó a la prosa. Era un hombre que trabajaba mucho lo que escribía, y tenía un lenguaje muy apretado, tanto que, para mi gusto, acababa careciendo de soltura...

[Federico:] Yo vi la edición de poesía hecha a mano y encuadernada como con un listón. Escribió ese libro en Francia. Y luego *Ancla*, en la Dominicana...

[Juan Ramón:] Debió de ser una vocación juvenil. Me da la impresión de que ya maduro no hizo intento alguno de hacer poesía.

Se ve que tenía mucha amistad con Manuel Andújar. ¿Sería uno de los mejores amigos de tus padres cuando llegaron aquí como refugiados?

[Federico:] Sí, porque estuvieron viviendo en su casa. Lo que es curioso es que en aquellos tiempos Andújar debía de tener alguna vocación literaria pero no escribía; porque mi padre solía contar que, al ver que tenía tanta vocación literaria, él fue quien incitó a Manolo a escribir.

¿Era dueño de una zapatería?

[Juan Ramón:] La mujer. Andújar se casó la primera vez con una mujer muy práctica, que, de alguna manera, tenía asegurada una fuente de ingresos. La idea de mi padre de dedicarse a vender libros pudo estar vinculada con ese trato práctico, aunque su interés era principalmente el de un lector. Recuerdo que siempre nos recomendaba –que obviamente no lo haces, porque es recomendación de tu padre– que leyéramos a los clásicos; tenía una idea clara de los clásicos. Y después tenía un sistema un poco desordenado de lecturas, muy autodidacta; yo creo que también tenía sus prejuicios, porque con ciertas cosas, de entrada, ciertos temas no le interesaban en absoluto.

¿Su librería realmente era ambulante o se estableció en algún café y la gente sabía que a tal hora iba?

[Juan Ramón:] Hubo varias etapas. En el tiempo de la revista *Aragón*, tenía la "Librería Pérez Galdós", que era un despacho en la calle Tacuba. Quiero decir, tenía una especie de agujero con una puerta donde guardaba libros que después salía a la calle a vender.

[Federico:] Y además, cuando había ferias de libro, tenía un puesto...

[Juan Ramón:] Sí, yo guardo alguna fotografía.

[Federico:] A modo de mostrador construyó un caballo de madera, un Rocinante, que luego tuvimos en casa durante mucho tiempo. A fuerza de empellones se fue deteriorando y terminó convertido en leña.

[Juan Ramón:] Sí, era una mesa con una cabeza de caballo, muy en el ánimo del caballo de madera que monta Don Quijote. Era librero, pero con una cierta vocación intelectual.

[Federico:] Obviamente, a mi padre, como a muchos refugiados, el exilio les facilitó muchísimo el trato con gente de otra formación intelectual y literaria. Es decir que, de haber tenido que vivir en España, le hubiera costado mucho más trabajo tener acceso a ese mundillo intelectual.

[Juan Ramón:] Claro. En cambio, él aquí era amigo de Gallegos Rocafull, de Bergamín, de García Bacca...

[Federico:] Como era un hombre inteligente, aunque se le notara lo autodidacta, había gente que lo estimaba muchísimo, como Gallegos Rocafull. Del mismo Bergamín fue muy amigo, hasta que se distanciaron.

¿Se distanciaron o simplemente fue que Bergamín decidió irse de México?

[Juan Ramón:] Bueno, Bergamín nunca perdió sus ímpetus de izquierda profesional o de comunista incondicional (no sé cómo llamarlo). En ese sentido era un hombre excesivamente activo. Ahora, mi padre toda la vida lo respetó y lo quiso. Se refería a él como a uno de los hombres más inteligentes que había conocido en su vida.

[Federico:] Opinaba de él que era un poco pícaro, que manejaba el supuesto comunismo como una conveniencia, como algo que le allanaba el camino.

Bergamín era de otra clase social, ¿verdad?

[Juan Ramón:] Sí, era hijo de un abogado muy prominente. Tenía, incluso, un aliñado porte aristocrático.

Después de Aragón *nace* Ruedo Ibérico, *y después,* Las Españas, *con un planteamiento ideológico muy claro. ¿En qué medida piensas que estas publicaciones son una continuación lógica de*

los cuestionamientos ideológicos que surgen durante la guerra civil, sobre todo del cuestionamiento del comunismo y de los partidos de izquierda?

[Juan Ramón:] Hay una cosa que para mí está clara en eso. Por un lado, desde *Aragón*, se ve un intento de hacer ver que el partido es un elemento insuficiente, que hace falta algo más que los partidos. Creo que de la guerra viene una frustración con lo que son los grandes santones de los partidos. Esto sí es muy claro: él no tenía respeto por los santones y menos por los santones fratricidas. Ve que la mayoría de los partidos tienen una estructura estrecha para lo que él quiere (independientemente de que no siempre está claro lo que quiere). En este sentido hay en su actitud un poco de utopía y quizás un sobrante de deber ser. Todo se le queda corto, y creo que esto cuaja más en *Las Españas*, donde parece decir: "al demonio los partidos".

Hay que empezar desde cero.

[Juan Ramón:] Hay que empezar desde cero, porque la izquierda tuvo su propia guerra civil dentro de la guerra civil. Porque España no estaba madura para la tolerancia y mucho menos para la democracia...

[Federico:] Era claro que si cada quien se aferraba a su línea ideológica, nunca iba a alcanzarse la reconciliación... Entonces la guerra podría prolongarse hasta el infinito. En el fondo le repugnaba la guerra; alguna vez lo dijo. Contó que él tuvo en sus manos la vida de algún fascista y dijo: "no, ni hablar". A él le horrorizaba la violencia y el fratricidio. Le fastidiaba que la gente se matara. Eso iba de entrada, y además, no era partidario de la negación o descalificación absoluta del interlocutor. Es curioso porque además, enfrentado al comunismo durante la guerra fría, fue tachado de proyanqui y no lo era.

Aunque estaba en contra de las distintas organizaciones partidistas que entonces existían, seguía teniendo ideales de tipo socialista. ¿No entraba así en contradicción consigo mismo?

[Juan Ramón:] No tanto. A él le interesaban más las ideas que las ideologías. El socialismo como idea impone cosas que ningún partido puede abarcar en el tiempo.

[Federico:] Más bien, debía de haber contradicción entre ese espíritu socialista y su nacionalismo.

[Juan Ramón:] Era un nacionalista que, curiosamente, tenía un algo de anarquista y un mucho de socialista. Pero su nacionalismo era acusado. Él se dio cuenta de la importancia de los nacionalismos como un fenómeno que no era necesariamente deseable, pero que tenía un enorme peso real. En ese sentido, creo que tuvo una premonición de muchas cosas que han pasado después. La fuerza del nacionalismo seguía siendo capital en las cuestiones políticas, mucho más que las ideologías en abstracto o la democracia en abstracto. Él mostraba un nacionalismo acusado, pero era muy crítico cuando suscribía continuamente la frase aquella: "España es un gran país, pero da cada hijo de puta..."

Era nacionalista, pero (quizás como resultado en parte de su experiencia en Barcelona, con los catalanes) era un nacionalista que veía la importancia de respetar las autonomías regionales.

[Juan Ramón:] Así es. Creo que esa visión de la nación como una sola entidad, pero a la vez como una pluralidad de naciones, era muy clara para él; esto era indudable. Su respeto por las regiones era muy marcado; incluso, decía que el único verdadero problema de España era el país vasco, porque sus raíces y su lengua eran otras. Él no veía tanto problema con los catalanes, pero, al referirse a los vascos decía: "Ésos sí son los difíciles..." Y es verdad. Además de que sentía una simpatía especial por los vascos y los catalanes...

[Federico:] Consideraba a Cataluña como una región muy industrializada, independiente de España en gran medida. En cambio, veía en el país vasco menos posibilidades de independencia real.

Volviendo a la librería ambulante. ¿Iba con un carrito?

[Federico:] No. Llevaba tres paquetes. En el libro de Otaola, *La librería de Arana,* apareció una foto de él tomada desde abajo. Era impresionante, sobre todo para nosotros, porque esa imagen poderosa era lo que veíamos de niños. Veías a un tío con un paquete de libros que le llegaba casi al suelo, atados con un mecate –el mecate iba debajo del dedo medio, que es con el que cargaba

todo ese peso–, luego en la otra mano llevaba otro montón de libros y entre brazos y costillas aquí otro más pequeño y así iba de casa en casa. Y no es que él fuera al café sólo a vender, sino que andaba por los cafés matando dos pájaros de un tiro: por un lado, vendía los libros, pero lo que le interesaba era estar en tantas tertulias de tipo político.

¿Y así es como él conocía a todas esas personas o las conocía de antes?

[Juan Ramón:] No, ya los conocía. En realidad, la emigración era un hormiguero pequeño...

[Federico:] En seguida empezaron reuniones más formales: el Aquelarre, el Ateneo, Séneca...

[Juan Ramón:] Séneca fue antes.

[Federico:] Ahí es donde conocía a toda esa gente.

¿Y qué llevaba, libros de novedad o clásicos?

[Federico:] De todo. Algunas veces él editaba las cosas. Recuerdo una edición en la que Juan Ramón hizo la portada –una portada horrible– de la *Historia de la Verdadera Conquista*, en dos tomos. Y bueno, eso: vendía clásicos, novedades, de todo.

¿Eran libros que había recibido de encargo, o los ofrecía?

[Juan Ramón:] Los ofrecía y, peor, los fiaba... siempre terminó arruinado...

[Federico:] Cuando a alguien le interesa la literatura, es fácil saber más o menos qué le puedes ofrecer...

[Juan Ramón:] Además, las bibliotecas de los españoles estaban por hacerse, nadie emigraba con libros.

¿Y a qué cafés iba regularmente?

[Juan Ramón:] Yo sé que iba al café París en aquella época, pero debía de haber más.

[Federico:] Por supuesto, a los de los refugiados, que eran el Tupinamba, el Papagayo. En el Tupi había tertulias a donde iban muchos refugiados. Me acuerdo de una anécdota del doctor Solares, que era un hombre rico pero muy avaro y que para no gastar se tomaba los culitos de los demás. "Ya que no vas a tomar

esto...", le decía a alguno que había pedido un Tehuacán y le sobraba un poquito. Él era el doctor Solares, que era usurero y comunista, es curioso ¿no? Usurero y comunista, y, por consigna, enemigo de mi padre.

Supongo que otro de los lugares de reunión fue la editorial Séneca. Por cierto, desde el primer número de Las Españas, *se ve muy clara cierta vinculación de la revista con el grupo de Séneca, sobre todo con Gallegos Rocafull.*

[Juan Ramón:] Gallegos de alguna manera ofrecía una síntesis de lo que propugnaba mi padre. Porque mi padre, con el socialismo y todo, no era un hombre que estuviera en contra de la iglesia; él no abominaba de los católicos, como hicieron muchos, unos por convicción y otros por pose. Gallegos era un poco una síntesis, era un cura refugiado que estaba del lado de las buenas ideas; es decir, podía ver al socialismo como una continuación histórica o cultural del cristianismo.

[Federico:] Es muy significativo que mi padre le quisiera poner como título a su última novela *¡Viva Cristo Ray!* Era el título más anticomercial que se podría poner a un libro en España entonces. Era condenarlo al fracaso.

¿Entonces por qué ese título?

[Federico:] Porque esa era la anécdota fundamental del libro. Se trata de un cura que, cuando lo van a fusilar los anarquistas, grita "¡Viva Cristo Ray!" Hasta el último momento se mantiene la idea cristiana... Esto muestra un poco cómo era mi padre. Era un hombre absolutamente impráctico; ningún editor hubiera publicado algo llamado *¡Viva Cristo Ray!,* porque el lector pensaría que era un libro escrito por un santurrón decimonónico.

¿Cuál era la actitud de su padre hacia México, hacia América Latina? La revista Las Españas *demuestra una pasión por España, por el problema de España, pero ningún interés por el hecho de estar radicado aquí.*

[Juan Ramón:] Ninguno. Alguna vez yo lo acompañé de niño, cuando era muy pequeño. Él desfilaba –como buen representante que se sentía de la clase obrera– con una bandera republicana –o algo así– en el desfile del primero de mayo. Entonces yo estaba

muy acalorado y él llevaba un sombrero de paja que me puso, y me quejé porque hacía un calor inmundo. Y le dije que qué hacía uno ahí, y me dijo: "éste es el último año que vengo; esta gente no cree en nada de esto". Él naturalmente desfilaba como contingente de la CTM, como un español más, y recuerdo que iba muy serio con su bandera y su sombrero de paja. "Es que esta gente no cree en esto que está haciendo", me dijo. Vivía una suerte de decepción con el sistema político mexicano, que no creía absolutamente en lo que predicaba...

[Federico:] Además, se entienden los motivos. Porque, ante cualquier emigración de tales proporciones, se desata una reacción xenofóbica impresionante, por mucho que se diga lo contrario. Hubo una gran hostilidad en medio de raras y contadas muestras de simpatía. Claro, habría que distinguir entre la generosidad del gobierno, concretamente de Lázaro Cárdenas, o de los intelectuales, y la actitud del pueblo, saturada de rencillas históricas, religiosas y territoriales. Cuando llegaban los barcos a Veracruz, mucha gente iba a gritarles: "Váyanse a su tierra, comunistas, anticristos, gachupines"... Cantinflas llamaba "refugachos" a los refugiados. Eso es muy significativo. Pero yo creo que la anécdota definitiva es una que me contó Carlos Serrano. Fue a una sesión del Partido Comunista Mexicano y pidió la palabra. Empezó a hablar y cuando notaron que era español, los internacionalistas proletarios dijeron: "Momento, momento. Moción. Yo creo que este señor que está hablando es extranjero y por lo tanto...". Y lo expulsaron de la reunión. Es una cosa totalmente surrealista, pero ilustra cuál era el clima hacia los refugiados.

[Juan Ramón:] Mi padre fue un hombre muy distante en este país. Su vida, de hecho, transcurrió en el centro de la ciudad; no tenía curiosidad más que por Veracruz, que era un lugar que él amaba... Pero creo que vale la pena contar que un día lo vi hablando con un hombre viejo, con un campesino, y me dijo: "con esta gente sí me entiendo, es el mismo lenguaje que el del campesino de mi tierra".

¿No resistía el sistema mexicano?

[Juan Ramón:] Había quienes tenían la capacidad de integrarse con mucha mayor velocidad, aunque esto dependía tam-

bién de los amigos mexicanos que tú tenías. Mi padre tuvo, que yo sepa, dos amigos mexicanos. Uno de ellos era un político sinvergüenza (no tiene caso dar nombres, pero era un bandido). Y mi padre, cuando se enteró diez años después, de que era un bandido, le retiró el saludo... Y había otro, un dependiente de la librería Porrúa, al que mi padre quiso muchísimo, como si fuera un hermano. Y era mexicano. Pero decía: "Es que Julio es distinto". Y es que había una transparencia en el trato. A él le escamaba mucho la manera sesgada, no encontraba el idioma, la cosa meliflua del mestizo no le gustaba. Y, sin embargo, te digo, con campesinos indígenas podía estar hablando, "que el tiempo, que va a venir la lluvia, que la cosecha...", y se entendía bien. Lo que no soportaba era la estructura de la sociedad urbana, que le parecía una especie de doblez.

¿A tu padre le gustaba la comida mexicana?

[Federico:] No, ni la probó nunca. Es más, cuando decíamos que le gustaba mucho Veracruz, no sólo era porque vino por ahí, sino porque ahí se sentía más cerca de España. Se pasó cuarenta años anhelando volver a España. La más grande sorpresa me la dio cuando fui a verlo a España en el 72: encontró una España irreconocible y suspiraba por México; lo cual demuestra que había un desfasamiento entre lo que pensaba y lo que realmente sentía, entre lo que (digamos) era su pensamiento general y lo que se le había ido metiendo por ósmosis. Y, además, cuarenta años de vivir en un lugar pesan, por muchos conflictos que tengas. Y los conflictos eran inevitables. No sólo se crean porque aquella gente venía a trabajar y por tanto a quitar posibilidades a los mexicanos. Es que, además, no era raro que los refugiados mostraran sentimientos de superioridad. Aunque quizá las fricciones de más peso eran por razones históricas. Es decir, el conflicto de la conquista lo vivimos todos en carne propia. Resumiendo, el discurso de la gente del pueblo era: "pinches gachupines, váyanse a su tierra porque ustedes le quemaron los pies a Cuauhtémoc...", del mismo modo que rechazaban a los judíos con el secular argumento de que habían matado a Cristo.

[Juan Ramón:] Yo no veo tan radical el asunto. Creo que en esos términos a él le faltó cierto acercamiento a la realidad, por-

que a veces es más coherente vivir de ilusiones. Por ejemplo, él jugaba lotería y disfrutaba toda la ilusión de poderse sacar un premio, independientemente de que sabía racionalmente que un premio era una posibilidad sumamente remota; pero había un disfrute en ese juego de imaginación. Es decir, era un hombre que vivió también de su imaginación, y esto es literal. Nunca pudo superar el horror que le inspiraba la Coatlicue porque no quiso acercarse a la cultura mexicana; prefirió mantener un punto de vista de español puro.

[Federico:] Sí, pero entonces se ve que de alguna manera se había impuesto esa meta de mantenerse puro, de no mezclarse. Y posiblemente, si desde el primer momento hubiera aceptado la eventualidad de no volver a España, hubiera estado en posibilidad de integrarse más de lo que se integró y no hubiera tratado de impedir nuestra integración.

[Juan Ramón:] Es posible, pero aun así no entiendo cómo en el "Saturno devorando a su hijo" puedes ver sólo arte y en Coatlicue, sólo horror...

[Federico:] Yo recuerdo que cuando él llega sin ningún papel a la Representación de España en México, porque necesitaba un pasaporte, le dicen: "Pero ¿cómo sabemos nosotros que usted es español?" Y le dijo a Álvarez de Toledo: "Pues no hay más que oírme hablar". Y hasta cierto punto se empeñó en ser castizo, no sólo en la manera de hablar, sino en todo.

[Juan Ramón:] Él era fundamentalmente un hombre tímido y yo creo que eso le impidió mucho el acercamiento a México, porque en realidad él mismo no propiciaba la ocasión. Yo emparenté con una familia mexicana y él no tuvo ninguna especial dificultad de comunicación con ellos; realmente era una comunicación normal. El asunto es que allí era casi obligado que tuviera un cierto trato. Y él era un hombre muy inhibido, muy tímido; provenía de su carácter creer que era mejor disfrutar de la imaginación que de la vida práctica. La vida práctica era mucho más dura y mucho más cruel que la que uno podía imaginar. En parte, incluso en su actitud política, creo que, como era un hombre que se aferraba a valores, eso fue una de las cosas por las cuales se pudo incorporar rápidamente a la idea de Europa. Desde el momento en que se funda el mercado de hierro y el acero en Europa, él empieza a ser muy claramente eu-

ropeo en términos de valores, de concepción de la cultura occidental, o como quieras llamarle. Encuentra ahí una identidad, es evidente. Fue un promotor decidido de todo esto, en su momento. Quiero decir que para él el españolismo no le era suficiente: buscaba mucho más en términos de la cultura, algo más que era un debe y haber entre España y el resto de Europa. Era un hombre muy europeísta. Creía incluso –es a la primera persona que se lo escuché– que Rusia debía incorporarse a Europa. Pero a América siempre la vio como una especie de desgracia histórica.

¿Su europeísmo encontraba confirmación en el pensamiento de Carretero?

[Juan Ramón:] Sí, por supuesto. Ahí había una empatía completa. Además, Carretero tenía una formación alemana, en parte; vivió en Alemania y habla alemán. Y es un hombre que en muchos sentidos admira la cultura alemana.

¿Fue Carretero quien formuló la concepción federalista de España que defendía la revista?

[Juan Ramón:] También creo que ahí hubo una complementariedad; son de esos encuentros entre personas que, ya adultos, se hacen muy amigos porque encuentran que se encajan bien en el terreno de las ideas y que de alguna manera se enriquecen mutuamente.

¿Cuál sería entonces el papel de Andújar en la revista? ¿Figuraba por su amistad con Arana y Carretero, o hacía alguna aportación particular?

[Juan Ramón:] Andújar era un hombre generoso y bueno que, seguramente, compartía muchísimas cosas con los otros dos. Pero en la parte política yo creo que había mucha más empatía entre Carretero y mi padre. Andújar tuvo mucha más capacidad de vincularse con México y en general con América Latina. Mi padre, en cambio, era refractario a estas geografías políticas.

[Federico:] Yo creo que se complementaban bien porque mi padre, por esa timidez de la que hablábamos, y por cierta arrogancia que tenía, era un hombre incapaz de pedir dinero para *Las Españas*. Me imagino que Andújar se ocupaba de las relaciones sociales.

[Juan Ramón:] También Anselmo. A Anselmo no le importaba pedir ayuda, mientras que a mi padre le costaba muchísimo. Era incapaz.

A raíz de la salida de Andújar, la revista empezó a publicarse con menos regularidad.

[Juan Ramón:] Sí, yo creo que hubo un cierto desorden... quizá un deliberado desorden. La revista salía cuando había algo importante que decir; algún suceso que ameritara que saliera algún número de la revista. Yo recuerdo conversaciones de café en que decían: "Yo creo que es importante que salga un número"; entonces empezaba la tarea. Anselmo se dedicaba a recolectar el dinero y mi padre empezaba a teclear ideas que tenía en mente. En realidad, él hacía una gran parte de la revista a base de seudónimos, e incluso de anónimos.

¿Era porque no contaban con suficientes originales?

[Juan Ramón:] Más bien un exceso de depuración... Sí había gente, pero también yo creo que debía de haber un sistema de cedazo.

[Federico:] Además, es normal que el editor evite poner su nombre por todos lados. Si tú ves que el editor es fulanito y el artículo que ocupa la primera página es de fulanito, piensas: "Bueno, este tipo es una vedette..."

Esto de los seudónimos corresponde sobre todo a la época de Diálogo de Las Españas *¿no es cierto?*

[Juan Ramón:] Sí, es en *Diálogo*.

¿Y por qué se salió Andújar de la revista?

[Juan Ramón:] Hay varias cosas. Una de ellas es que Andújar se va de México a Chile y por muchos años no está aquí. Pero de todos modos, la amistad entre ellos se mantuvo siempre. Toda la vida. Quizás el matiz que hubo de diferencia es ése: Andújar pensaba en una publicación muy integrada con Iberoamérica, y a mi padre eso no parecía convencerle. No veía la relación orgánica. Veía a España como puente, como puente de Europa hacia América, pero no pasaba de ahí. Para él no había una situación común que permitiera un tipo de evolución común.

[Federico:] Por otra parte, hay que tomar en cuenta que Andújar, además de tener muchos amigos comunistas, se casó con una mujer que yo tengo idea que era bastante stalinista... Y entonces mi padre era anatema para esa gente. No dudo que Andújar lo veía con simpatía, pero por una capacidad de despegarse de las consignas, de los chismes...

Supongo que no era stalinista...

[Ambos:] Claro que no.

[Juan Ramón:] No era hombre de enfrentamientos y tenía una naturaleza conciliadora, pero no inconsecuente...

[Federico:] El tal anatema venía no sólo de sus críticas a los stalinistas, sino porque estaba en la línea socialista, e históricamente, la intolerancia de los comunistas ha estado dirigida hacia otras facciones o partidos de izquierda. Ellos mostraron más capacidad para asociarse con la derecha que con una izquierda menos dogmática.

¿Llegó realmente a haber mucho odio entre los stalinistas y tu padre?

[Ambos:] Sí.

[Federico:] Me da la impresión que él los despreciaba un poco. Él los veía como energúmenos. Era un hombre arrogante, insisto. Estaba muy satisfecho de sus logros, a pesar de la adversidad.

Pero en Las Españas *nunca contestó con violencia a los ataques. Simplemente decía que sus contrincantes estaban perdiendo su tiempo...*

[Juan Ramón:] Además, yo tengo entendido que mi padre veía la cosa de los comunistas como un sistema de creencias; eso del cientificismo social le repelía bastante. Él tenía dos o tres paradigmas del cientificismo elevado a díctum de comportamiento: Freud le parecía un papanatas y Marx algo casi por el estilo; porque no tomó nunca muy en serio las discusiones del marxismo. Le parecía que era una verdad parcial. "Bueno, sí," decía, "pero esto no tiene nada de científico."

[Federico:] Pesaba la experiencia personal. Porque una cosa es lo que opines tú de Marx, y otra cosa es que te topes con una

serie de energúmenos marxistas o marxianos que no salen del catecismo y te condenan por la más mínima heterodoxia. Eso era el pan nuestro de cada día entre la emigración española. Los comunistas eran, por regla general, como mochos poblanos o sinarquistas, muy reaccionarios.

¿Y esa condena se extendió a ustedes también?

[Juan Ramón:] Yo no la percibía de manera significativa...

[Federico:] Sí, sí. Yo recuerdo, por ejemplo, que un amigo, el ahijado de este señor del que hablaba antes, del doctor Solares, decía que mi padre era un renegado, y seguramente cosas peores... En el Colegio Luis Vives se veía muy claramente. Por ejemplo: la maestra de historia, por mal nombre "La Vaca", como buena "compañera de viaje" que era, no se comprometía demasiado –y además hubiera sido una contradicción, porque era de las familias más prósperas, era gente que vivía muy bien, en San Ángel, en una casa solariega–; sin embargo, era muy fiel a esas consignas del Partido Comunista. A mi padre lo había declarado "enemigo del pueblo español, vendido al oro de los yanquis..." (y muchos calificativos más). Lo menos que decían es que era un renegado, lo cual, en el fondo, era una fórmula difamatoria, porque él nunca había sido comunista.

¿Le retiraron el saludo?

[Federico:] Sí, sí... Él siempre manifestó mucho cariño por dos o tres personas. Una fue Carlos Serrano padre, que lo siguió saludando. Una vez se encontraron por El Caballito y se quedaron mirando, y mi padre le dijo: "¿qué?"; y el otro: "¿qué?". Y entonces ya empezaron a hablar. Otra era el arquitecto Ribaud y la tercera era Pedro Antón.

[Juan Ramón:] Sin embargo, él no veía con odio a los comunistas. Él no estaba de acuerdo con sus posiciones, pero no les tenía odio. Más bien era un poco de conmiseración la que sentía por algunos de ellos. Yo creo que acabó viéndolos como beatas de pueblo...

[Federico:] Tenía la experiencia de la guerra donde los más sanguinarios habían sido los anarquistas y los comunistas. A ésos no los veía con ninguna simpatía; le aterraba esa mentalidad tan

cerrada. Además, había leído a los escritores franceses de la posguerra que jugaron un papel muy importante y que originalmente estuvieron muy comprometidos con el partido. Y prácticamente todos empezaron siendo comunistas.

[Juan Ramón:] Creo que hay que separar: una cosa fueron los sanguinarios y otra que veía valores apreciables en los anarquistas, como en su momento los vio en los comunistas. A los sanguinarios nadie los podía ver con simpatía, pero no todos lo eran. Además, él simpatizaba con toda aquella cosa de la libertad de la cultura. Estaba Camus, estaba Koestler, estaba un montón de gentes. Él tenía franca simpatía por eso, que en un momento dado se escindió del *Deus ex machina* político...

Estaba en contra de la literatura dirigida, el arte dirigido...

[Juan Ramón:] Uno de los libros que consideraba fundamentales era de Koestler (uno que me dio a leer muy joven, me acuerdo): *Oscuridad al amanecer...*

[Federico:] Koestler le sirvió no sólo a él sino a muchísimos intelectuales o gente interesada en cuestiones políticas europeas. Incluso se ha dicho que *El cero y el infinito* marcó el destino de Francia, en cuanto hasta su aparición los comunistas tuvieron muchas posibilidades de ganar las elecciones. El libro causó un escándalo tan grande que no se sabía realmente lo que pasaba allí ... Había muchos intelectuales, como Sartre, que eran incapaces de aceptar las atrocidades que se estaban cometiendo en la URSS: simplemente se hacían eco de la propaganda oficial. En ese sentido, Koestler fue un disidente que, además, había sido militante de tiempo completo, dedicado al Partido Comunista en cuerpo y alma.

[Juan Ramón:] Así es, y fue una circunstancia. Pero él no era un anticomunista profesional o cosa por el estilo...

Entre los mentores literarios españoles de tu padre, se destaca la figura de Costa, aunque se ve que también admiraba mucho a Machado y Unamuno.

[Juan Ramón:] Yo diría que Machado era la pieza maestra. Incluso, el tono al que aspiraba mi padre era el tono machadiano. Era una admiración ostensible y Machado era objeto de continuas

citas. Admiraba a Unamuno tremendamente, pero había una empatía especial con Machado. Lo de Costa le parecía una recopilación de cierta línea de legitimidad en el pensamiento español; era un poco en oposición al krausismo, una estructura, quizá, para él repelente por artificiosa. En cambio, en Costa estaba la legitimidad de un pensamiento. Aparte, obviamente, él decía que los grandes políticos españoles eran aragoneses.

[Federico:] Sentía, además, una admiración desmedida por Santiago Ramón y Cajal, por Goya...

[Juan Ramón:] Sí. Por Picasso. Las admiraciones nacionalistas, ¿no? Velázquez era otro de sus favoritos. Galdós.

¿Tenía mucho interés por las artes plásticas? El diseño de la revista, así como el interés muy evidente que hay en la revista por las artes plásticas, conforman uno de los aspectos más llamativos de la publicación. ¿Este interés provenía de tu padre?

[Juan Ramón:] Sí, venía de él, eso era muy típico. Porque, además, se ven en *Aragón*. Allí, los clichés de los grabados de arte son muy parecidos a los de *Las Españas*. Incluso, no dudaría que fueran los mismos, porque él los guardaba todos en cajones, nunca tiraba un cliché. En la parte estética de la revista, el que más significó, yo creo que fue Gaya; era un dibujante excepcional. Y quizá alguna vez Bartolozzi, Elvira Gascón.

En cuanto a la circulación de la revista, se ve la creciente importancia que asignaban a la distribución dentro de España. ¿Cómo conseguían que circulara en España?

[Juan Ramón:] Quizá el responsable era Anselmo. Mandaban paquetes por correo que iban a dar a lugares insospechados. No sólo la recibían opositores conspicuos o gente de las universidades. Curiosamente, muchos destinatarios de estos paquetes eran gente de la iglesia, y hasta de la tradición carlista... La verdad es que, aunque *Las Españas* nominalmente era una revista del destierro, a la dirección le importaba poco ya si llegaba o no al destierro. Lo que le importaba es que llegara a España.

Se consideraba una revista española que, por distintas circunstancias, se hacía en el destierro.

[Juan Ramón:] Sí, en eso acabó. Y, al final de cuentas, el que se encargaba de enviar los paquetes era Anselmo, quien debía tener alguna serie de astucias en el correo, cierto modo de envolver las revistas...

Llegaba entonces a través de individuos, no a través de organizaciones. ¿Eran personas sin ninguna filiación, totalmente independientes?

[Juan Ramón:] Al menos relativamente independientes. O sea, había un grupo que eran como simpatizantes, y estas gentes de alguna manera se encargaban de distribuir las revistas.

[Federico:] Es que, además, para esto se debía necesitar una organización que sí tenían, por ejemplo, los comunistas. Hubo el caso famoso de uno que se llamaba Grimau, que lo mataron allá. Entonces había gente que se colaba, no sé si entraba por los Pirineos para hacer una lucha clandestina. Pero para eso se requiere una infraestructura que sólo tenían los comunistas y quizá los anarquistas.

[Juan Ramón:] Pero en el grupo de los simpatizantes dudosamente existían esas filiaciones...

[Federico:] Bueno, pero eso no podía dar para más de lo que hacían, que era mandar *Las Españas* por correo... disimuladamente envuelta con alguna otra revista. Al principio sería difícil, pero luego bajaron la guardia y metieron las uñas, las garras, más bien.

[Juan Ramón:] Sí, envuelta en otro material. Que era como se mandaban las cosas a España, normalmente: tenías una revista, le hacías un agujero, y metías otra cosa adentro. Y lo que se veía eran los cabos de una revista que ni le iba ni le venía a la gente de Franco. Ahora, sí sé que entre la gente de Franco, parece que *Las Españas* causó irritación. Es decir, había gente que jugaba a la polaridad. Por un lado, estaban los franquistas –ese franquismo "neto" que mi padre decía– y, por otro, la gente que estaba muy involucrada con los partidos, quizá los comunistas: a todos ellos les interesaba que la posición siguiera polarizada. Mientras que a la gente de *Las Españas* le interesaba una cosa enteramente distinta. Lo que querían era recuperar cierto temario de carácter esencial para la organización democrática.

A partir de los años cincuenta se fue creando en España una disidencia, incluso entre algunos ex franquistas (Ridruejo, por ejemplo). Supongo que fue con ellos, con la oposición interna a Franco, con los que Las Españas, *sobre todo, quería dialogar...*

[Juan Ramón:] Así es. Creían que los líderes tradicionales eran gente liquidada, que ya no tenían nada que decir. Habían llegado nuevas generaciones, a las que les correspondía tomar el destino de España; pero lo deseable era que lo hicieran democráticamente, en un contexto europeo y, en lo posible, respetando los valores de carácter socialdemócrata que sustentaba el grupo de *Las Españas.*

Como hijos de exiliados, ¿cómo se sentían ustedes con respecto a la discusión sobre España? ¿Estaban de acuerdo con lo que se planteaba en la revista?

[Juan Ramón:] Bueno, mira, yo participé algunos años con el grupo que contribuía o ayudaba de alguna manera al *Diálogo de Las Españas.* (Los domingos acompañaba a mi padre a las reuniones.) Eran gente que simpatizaba con la revista, entre ellos algunos catalanes. Yo lo que veo es que era una posición razonable. Lo que no veía, en aquella época, es que esto constituyera algo más que un tendido básico para una salida política; es decir, no había nada que fuera de carácter práctico en el sentido en que uno está acostumbrado a ver la política; no había nada que fuera maniobra, no había nada que fuera pacto, no había nada que fuera arreglo, nada por el estilo. Era sentar una base, y esto, en términos de política, suena pretencioso; suena pretencioso hablar de una base filosófica y de actitud, pero no se me ocurre tampoco otro término. Era un problema de principios. Se señalaban claramente unos principios. Lo que no se veía en aquel tiempo era una salida práctica. Creo que, además, nadie la veía. Digo, podías oír disparates, en las conversaciones de españoles normalmente, como esperar a que muriera Franco y todo se resolviera o cosas de ese tipo, pero ésa no era una salida política; en todo caso era un punto de partida para llegar a un estadio intermedio que te permitía transitar a otro punto. Sin embargo, nunca se habló de política práctica, nunca se habló de alianzas prácticas; era algo que pretendía de alguna manera permear a gente de buena voluntad, pero no pasa-

ba de ahí. Nunca hubo la idea de constituir aquí un partido o una organización, ni cosa por el estilo.

O sea, este folleto Por un movimiento de reconstrucción nacional, *que salió a finales de los cuarenta, en el que se plantean una serie de medidas más o menos prácticas para permitir una transición política, ¿fue lo más cercano a que llegaron a una propuesta política concreta?*

[Juan Ramón:] Fueron momentos distintos. A finales de los cuarenta –fíjate lo que duró esto–, había una situación en España que después ya no podía sostenerse sobre las mismas bases. Todavía *Las Españas* salía cuando España era superavitario ya en materia de divisas, gracias al turismo, a la migración de los trabajadores a Alemania, etc. Mi padre tenía una clara conciencia, igual que Anselmo, de que España estaba tomando aire gracias a Europa y que por ejemplo la migración de trabajadores iba a modificar la situación española e iba a ser intolerable la cerrazón del franquismo. En ese sentido fue gente que vio a futuro, vio con claridad, pero no propuso esquemas de carácter práctico. Pensar en *Las Españas* como una revista política, creo que es dejarla corta; por lo menos como entienda cada uno la política. Aquí era un problema de sentar bases y principios y en ese sentido funcionó bien. En la época que mencionas, de los años cuarenta, tiene cierta lógica: todavía había esperanzas de que –vía cómo se hubiera resuelto la segunda guerra, etc.– Franco hubiera caído y cosas de ésas. Pero creo que después se genera una situación diferente, porque lo que sí tenía muy claro la gente de *Las Españas* era que había nuevas generaciones que empezaban a intervenir en España y que los que estaban aquí ya no tenían nada que decir. O sea, no había un discurso que aportar, era el viejo discurso, historia pasada que no era útil más que para provocar más violencia, más desquiciamiento, y eso era lo que evidentemente los españoles no querían.

[Federico:] Si volvemos al origen de la pregunta, te diría que yo, al principio, lo que me tocaba de todo este asunto era muy poco. Yo no me involucraba tanto como Juan Ramón en las tertulias y eso, sino que empecé tardíamente a ir a las peñas, un poco con el ánimo de aprender de la gente que sabía cosas que yo ni

imaginaba. Aparte de estar un rato con mi padre, porque ya no vivíamos juntos. La verdad es que a mí de niño me resultaba muy difícil entender todo el asunto... Es más, creo que incluso sentía una especie de aversión por todo ello. Me acuerdo que, de niño, Anselmo iba a mi casa todos los domingos. Tenían una tertulia antes de la comida y me pasaba todo el tiempo tratando de entender algo y pensaba: "pero ¿de qué habla esta gente?"

[Juan Ramón:] Sí, ellos le quitaban muchos de los tonos heroicos al discurso de la emigración, que quedaba al margen, aunque se contaran anécdotas de fulano o zutano. Pero aquella tendencia al autoensalzamiento no era frecuente en ellos. Es gente que ejerció la crítica sobre su propio bando, no únicamente sobre el bando ajeno y esto les permitía un mejor equilibrio. Por otra parte, hay que recordar que no era gente empeñada en intervenir en política; mi padre era muy refractario a las tribunas, los estrados y los discursos –quizá por timidez, o quizás porque pensaba que era vanidad inútil.

[Federico:] Además, el trabajo y la disciplina del político le resultaría una esclavitud espantosa. Él en realidad aspiraba a tener mucho tiempo libre para hacer las cosas que le interesaban. Pero nunca se mostró decidido a dar mucho de su tiempo para el trabajo político. No tenía vocación de político.

[Federico:] Sin embargo, esta actividad teórica consiguió alejarlo de su vocación literaria, porque en realidad escribió poco. O tal vez es que tenía pocos temas.

[Juan Ramón:] Eso en parte y luego, además, el modo como él escribía... Yo no puedo calificarlo, porque es muy difícil para mí... Hace poco leí en una crónica sobre él que se le considera prácticamente como una especie de amateur. Puede que tengan razón, aunque no se trata de decir si hacía literatura o no la hacía: lo que a él le interesaban eran cosas de carácter muy vivencial. En todo caso, lo que sí es cierto es que le debía de costar mucho trabajo escribir. Era un hombre que trabajaba mucho todo lo que hacía, tratando de que no sobrara nada y de atar una palabra con otra de tal manera que no tuviera un pero. Claro, de ahí a que te guste cómo escribía o no, es otra cosa. A mí, la verdad es que me costaba asimilarlo, me parecía demasiado trabajo el estar buscando una forma y una autenticidad verbal que a veces me resultaban enga-

rrotadas, pero ésa es una opinión personal. Sé que le costaba gran esfuerzo y que no era una gente que pudiera producir cuartillas así como así; que era muy cuidadoso, era como si alguien más lo estuviera viendo, no sé, quizá alguna especie de Machado o de Unamuno, diciéndole: "No, espera". Era muy cuidadoso con las cosas del lenguaje. A mí me hubiera gustado más soltura. Me acuerdo, cuando estaba escribiendo *Can Girona*, me dijo: "¿Cómo le dicen en las cosas de ingeniería a tal cosa?" Entonces le dije cómo y todavía se pasó algunos meses masticando la palabra que no le acababa de gustar... me acuerdo que la palabra era "canjilones". Lo tomaba muy en serio, lo que fuera. Lo tomaba a lo mejor demasiado en serio, no sé. No puedo decirte si él le daba importancia realmente a lo que escribía o no. Pero para él sí era vital escribir y estoy seguro de que lo que él hubiera querido ser era escritor.

[Federico:] Sí, de hecho, me acuerdo, en esa etapa de la infancia en que te preguntan en la escuela: "Y tu padre, ¿qué es?", cuando se lo pregunté a él, me dijo que era escritor... Él obviamente le tenía mucho respeto a la palabra "escritor". Pero si hubiera tenido la oportunidad de trabajar en un periódico, de ejercer más el oficio, seguramente hubiera sido más productivo. Ten en cuenta que, aparte de que no era un hombre excesivamente trabajador, siempre tuvo que ganarse la vida haciendo cosas que no eran exactamente escribir.

[Juan Ramón:] Y es posible que fuera un hombre, en ese sentido, poco prolífico. Yo recuerdo, cuando llegabas a algún lugar donde te había citado a verlo, siempre lo encontrabas escribiendo; escribía a mano y en apariencia mucho, pero la producción que tuvo fue bien escasa.

Además de los cuentos, publicó un gran número de ensayos de todo tipo en las revistas de la época. Tengo entendido que también publicaba en el diario El Popular *cuando apenas acababa de llegar de España...*

[Juan Ramón:] Sí. Publicaba artículos, de tipo político.

[Federico:] Era una especie de francotirador. Cuando surgía alguna cosa, se armaba de coraje y escribía. Una vez escribió algo, creo que era contra Hemingway, por algún comentario que le irritó.

[Juan Ramón:] Fue en una época en que estuvo más cerca de todas esas cosas, una etapa en que hizo una revista llamada *Crisol.* Aquí en México.

[Federico:] *Crisol* no tenía relación con sus intereses. Era una revista para ganar dinero.

¿En qué fecha se hizo Crisol*?*

[Juan Ramón:] Debió estarla haciendo alrededor del año 52 o 53, quizá, hasta 1960. Apenas le daba para malvivir.

¿Qué tipo de revista era?

[Federico:] Era una revista comercial, donde publicaban artículos de interés general, sobre todo traducciones de revistas francesas que podían publicarse sin pagar derechos de autor. No tenía ambición... era una especie de *Reader's Digest*, pero con un punto de vista más universal.

[Juan Ramón:] Luego, cuando reventó *Crisol*, hizo una revista sobre cosas de cine que estaba asociada a la publicidad de películas mexicanas. Se llamaba *Selecciones Cinematográficas.*

[Federico:] Era una revista orientada al consumo. O sea, no tenía nada que ver con valores estéticos ni con sus ideales.

¿Pero sí le permitieron ir sobreviviendo?

[Juan Ramón:] Bueno, *Crisol* lo financiaba Mariano Granados, que formaba parte de *Las Españas.* Y a través de Granados mi padre entró ahí, pues no sé, a encargarse de la revista.

[Federico:] Era una revista, en realidad, chapucera, para entretener a secretarias y vendedores de aspiradoras.

[Juan Ramón:] Bueno, tenía una cierta clientela... En un tiempo trabajé en una compañía de cine de dibujos animados y resultó que una de las gentes con las que yo trabajé había coleccionado todos los números de la revista. *Crisol* era un poco una especie de *Selecciones*, pero sin esa cosa relamida. Tampoco difundía ninguna ideología, más que la de las matrices francesas.

¿No publicaban textos originales?

[Federico:] No. Todo era tijera. Tenía una cierta calidad si la comparabas con las revistas que circulaban en México. Casi todas

traían artículos sensacionalistas o de exaltación, que era algo muy de la época.

[Juan Ramón:] Es una revista que salió en el decenio de los cincuenta y que duró varios años –no me acuerdo cuántos, no sé si cinco u ocho–, y que algún día dejó de funcionar, sin pena ni gloria.

[Federico:] Había artículos, para que te des una idea, del tipo de que médicos soviéticos habían descubierto las propiedades medicinales de la cebolla, la biografía de fulano de tal, cosas de divulgación con una relativa altura, pero obviamente con intención absolutamente comercial. Como lo que hacía con el almanaque: era para ganar un poco de dinero. Se lo vendía a los libreros para que los regalaran a sus clientes a principio de año.

[Juan Ramón:] Todavía hizo algún engendro llamado *El almanaque del hogar.*

Ustedes acaban de mencionar a Granados. Otro amigo de su padre era Daniel Tapia. ¿Ustedes lo conocieron?

[Juan Ramón:] Sí.

[Federico:] Escribía muy bien. Aparte de que era una familia muy conocida en la emigración. En realidad, eran un poco como la aristocracia de la emigración.

[Juan Ramón:] Yo tuve muy buena impresión de Daniel Tapia. La última vez que lo vi, trabajaba para Alianza Editorial en México; estaba a cargo de la distribución. Un hombre excelente. Granados era otra cosa. Combinaba la apariencia de un personaje de Arniches con cierta práctica abogadil y algo grandilocuente. Creo que en España, en tiempos de la República, había tenido algún alto puesto en el Tribunal Superior de Justicia.

[Federico:] También habría que decir que Granados había sido editor de Machado.

Una última pregunta. Ustedes nos han dicho que Las Españas *no hizo ninguna propuesta política concreta. Sin embargo, en vista de todo lo que ha pasado en España desde la muerte de Franco, es difícil creer que no haya ejercido una influencia muy importante en el país. Muchas de las ideas que la revista defendía (como la de España como una nación de naciones) se han con-*

vertido en realidad. La historia en este sentido parece haberle dado la razón... aunque no sé qué hubiera pensado tu padre, por ejemplo, de la restauración de la monarquía.

[Juan Ramón:] Bueno, mira, lo que *Las Españas* puede haber tenido en todo caso fue cierta capacidad para interpretar una realidad que no era la realidad de los refugiados: es decir, en cierta medida supieron aproximarse a la realidad que vivía la gente en España. En ese sentido, creo que *Las Españas* fue una revista que tenía lucidez; interpretaba correctamente la realidad. En cuanto a la cuestión de la monarquía: si no recuerdo mal, los ataques publicados en *Las Españas* en contra de la monarquía, van en contra de la vieja monarquía, o sea, en contra de lo que todavía representaba Juan de Estoril, el padre de Juan Carlos. En un artículo mi padre lo dice muy claramente: "Monarquía o República con los viejos líderes, no". No es que estuviera cerrado a la posibilidad de una monarquía democrática; en realidad, una de las cosas que creo eran claras es que, si la monarquía cumplía funciones de carácter simbólico, nacional y democrático, como en Inglaterra, no había ningún rechazo. Yo recuerdo expresiones verdaderamente laudatorias sobre lo que había significado la monarquía inglesa en la segunda Guerra Mundial. Y también recuerdo conversaciones entre mi padre y Carretero sobre quiénes habían sido los primeros sacrificados; o sea, en Inglaterra era la gente de la nobleza la que encabezaba las listas de los muertos porque eran los primeros que estaban al frente de la batalla. Contra ese tipo de monarquía, representativa, democrática, no tenía ningún reparo; lo que rechazaba era la vieja monarquía, una serie de vejestorios superpuestos...

[Federico:] No es que fueran los primeros, sino que cuando les tocaba no escamoteaban su responsabilidad.

[Juan Ramón:] La realidad española apenas si se percibía desde aquí, pero el grupo de *Las Españas* intuía lo que debía de estar sucediendo de alguna manera en España. Por otra parte, era gente que se carteaba con los españoles de allá. Esto sí es evidente, no estaban viviendo en babia. Tenían una noción de lo que estaba sucediendo allí. No es que lleguen unos señores y hagan premoniciones sobre el futuro, sino que las ideas que expresaban, sus previsiones del futuro, era su modo de percibir lo que estaban viendo. Y en ese sentido sí eran oídos alertas. En cambio, no lo era mi

padre en caso de algunas cosas de carácter tecnológico, que las veía como una cifra de cosas incomprensibles; por eso creo que a mi padre no le llamaban mucho la atención, pero sí lo que podía hacer el progreso humano...

Las Españas sí influyó seguramente, pero influyó porque también sabían escuchar lo que sucedía y estaban viendo: qué pasaba con las generaciones que iban a Alemania, y cómo se modificaba la mentalidad cuando volvían a España y ponían una semilla distinta. Y también estaban atentos a qué pasaba cuando entraba toda la ola turística y de alguna manera cambiaba la realidad española tradicional. Es decir, si hubo algo como una especie de premonición cumplida fue porque también tenían la capacidad de escuchar lo que sucedía allí. Y lo que estaba sucediendo en los distintos países era muy claro. O sea, sí fueron fieles intérpretes de que ese mundo estaba moviéndose en cierta dirección. Ahora, yo no sé, con estos análisis del neoliberalismo, cómo verían ahora las cosas. No sé, incluso, cómo verían ahora parte de lo que ha sucedido; hay muchos lugares comunes sobre la corrupción de los socialistas y todas estas cosas, pero evidentemente, en aquel momento sí fueron buenos escuchas. Gente atenta a lo que sucedía.

No permitían que sus prejuicios ideológicos les cegaran en cuanto a lo que estaba pasando.

[Juan Ramón:] Exactamente. Eran intérpretes acuciosos y mantenían un juego de ideales y de posturas que parecían ciertamente deseables: sobre todo el descarte de lo viejo, de lo viejo acartonado, de lo que ya no funcionaba ni tenía por qué funcionar. De lo que ya había fracasado y no merecía una nueva oportunidad en la historia.

Índices

ÍNDICE GENERAL

A continuación ofrecemos una descripción detallada de los 28 números de *Las Españas*, de los cuatro números de *Noticias de Las Españas* y de los cinco números de *Diálogo de Las Españas*. Con el fin de completar la historia de este proyecto, encabeza el conjunto una descripción de las dos revistas promovidas por Arana con anterioridad a *Las Españas*: *Aragón* y *Ruedo Ibérico*; mientras que el índice se cierra con una lista de las ediciones (suplementos, folletos y libros varios) llevadas a cabo de forma paralela.

A la hora de elaborar este índice general, que ofrecemos en conjunción con un índice onomástico, establecimos algunas convenciones:

1. Las entradas aparecen numeradas.
2. Los títulos que anuncian secciones van en tipo cursivo.
3. En el caso de un trabajo anónimo, simplemente prescindimos de cualquier indicación sobre el autor.
4. En el caso de las fotografías o ilustraciones, mantuvimos, en lo posible, el pie con el que aparecen. Cuando se trata de una obra gráfica que no ilustra un artículo en especial, ésta se describe con una entrada independiente. Cuando la obra ilustra un artículo o sección, la descripción aparece ligada a aquéllos. Junto al título de la revista aparece la descripción de la "oreja", que va variando de número en número.
5. Sólo se hace explícita la identificación del tipo de material cuando no se trata de artículos.
6. Los textos que se publican sin título en las revistas son identificados mediante un breve resumen puesto entre corchetes.

ARAGÓN
Gaceta Mensual de los Aragoneses en México
No. 1 (octubre, 1943)

LIBROS VIEJOS Y NUEVOS

ARAGÓN
Gaceta Mensual de los Aragoneses en México
No. 2 (enero, 1944)

LIBROS VIEJOS Y NUEVOS

*

ARAGÓN
Gaceta Mensual de los Aragoneses en México
No. 3 (junio, 1944)

LIBROS VIEJOS Y NUEVOS

ARAGÓN
Gaceta Mensual de los Aragoneses en México
No. 4 (octubre, 1944)

LIBROS VIEJOS Y NUEVOS

*

POEMAS Y DIBUJOS DE FEDERICO GARCÍA LORCA

ARAGÓN
Gaceta Mensual de los Aragoneses en México
No. 5 (marzo, 1945)

PÁGINA LITERARIA

*

FALANGE SOBRE ESPAÑA.
HAMBRE, MISERIA, DUELO, SANGRE...
[Fotografías: "¡Guerrilleros!", "Niños de España
ante el paredón de fusilamientos"]

LIBROS VIEJOS Y NUEVOS

*

TRES FRAGMENTOS DE "LA NIÑA GUERRILLERA"
POR JOSÉ BERGAMÍN

*

RUEDO IBÉRICO
Núm. 1 (septiembre, 1944)

PROBLEMAS FUNDAMENTALES DE ESPAÑA.
ENCUESTAS DE "RUEDO IBÉRICO"

*

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 1 (octubre, 1946)

Viñeta: "Autor del siglo XV"

LOS LIBROS

*

POETAS IBÉRICOS

*

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 2 (noviembre, 1946)

Viñeta: "Facsímil de *La barca del infierno*, Lisboa, 1562"

LOS LIBROS
[Ilustraciones: "*Actas del Concilio de Jaca*, Catedral, Huesca"; "*Biblia*, Biblioteca Provincial, Burgos"; "*Décadas de Tito Livio*, Biblioteca Nacional, Madrid"; "*Tratado Canónico*, Museo, Vich"]

POESÍA EN EL DESTIERRO

JÓVENES ESCRITORES

*

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 3 (enero, 1947)

Viñeta: "Jaca. Actas del Concilio de Jaca"

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 4 (marzo, 1947)

Viñeta: "Bandeja de plata labrada
—tema cervantino—"

LOS LIBROS

*

POESÍA EN EL DESTIERRO
(328) [Viñetas de Carlos Marichal]

*

ACTO EN RECUERDO DE DON ANTONIO MACHADO
ORGANIZADO POR "LAS ESPAÑAS"
(337) [Ilustraciones: fotografías de Antonio Machado, José María Gallegos Rocafull, Paulino Masip y Luis Nicolau D'Olwer]

*

JÓVENES ESCRITORES
(350) [Ilustración de
Vicente González Groz: "Bodegón"]

*

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 5 Extraordinario (julio, 1947)
Viñeta: "Plato de Manises
–tema cervantino–"

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 6 (septiembre, 1947)

LOS LIBROS
[Ilustración:
"Carta de la Mesta, año de 1525"]

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 8 (abril, 1948)

Viñeta: "Huesca: Retablo de la Catedral"

LOS LIBROS
[Ilustración: portada del *Sumario de la serenissima vida, y heroycos hechos de los cathólicos reyes...*]

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 9 (julio, 1948)

Viñeta: "Toledo: viejos de Lagartera"

LOS LIBROS
[Ilustración: portada del libro:
Con privilegio. Coloquios o diálogos nueuamente conpuestos por el magnífico cauallero Pero Meria...]

*

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 10 (septiembre, 1948)

ACTO EN DEFENSA DE LA CULTURA ESPAÑOLA

*

CONCURSOS LITERARIOS DE "LAS ESPAÑAS"

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 11 (enero, 1949)

Viñeta: "San Jerónimo: Anónimo español"

LOS LIBROS

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 12 (abril, 1949)

Viñeta: "Retrofrontal de Santo Domingo de Silos"

LOS LIBROS
[Ilustraciones: portadas de los libros
Exul umbra, Màrsias i Adila y
Hombre de México]

*

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 13 (octubre, 1949)

Viñeta: "Mallorquina con traje típico"

LOS LIBROS
[Ilustraciones: portadas de los libros *De quince llevo una*, *El vencido*, *Hystoria del noble cauallero el Conde Fernán Gonçález...* y *Los Lvsiadas*]

ATENEO ESPAÑOL DE MÉXICO

*

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 14 (febrero, 1950)

Viñeta: "Anónimo español"

LOS LIBROS

TERCER ANIVERSARIO DE *LAS ESPAÑAS*
[Ilustraciones: portadas de cinco números de *Las Españas*]

*

NOTICIAS DE LAS ESPAÑAS
No. 1 (junio, 1950)

Viñeta

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 15-18. Número especial (agosto, 1950)

Viñeta: "Oceanica classis"

LOS INTELECTUALES DEL MUNDO
EN DEFENSA DEL PUEBLO ESPAÑOL

APORTACIONES DE ESPAÑA
A LA CULTURA UNIVERSAL

NOTICIAS DE LAS ESPAÑAS
No. 2 (enero, 1951)

Viñeta

LAS NOTICIAS DENTRO Y FUERA DE ESPAÑA
No. 3 (mayo, 1951)

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 19-20 (mayo, 1951)

Viñeta: "Talavera, siglo XVI"
(820) [Número ilustrado con viñetas de Ramón Gaya]

LAS NOTICIAS DENTRO Y FUERA DE ESPAÑA
No. 4 (agosto, 1951)

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 21-22 (abril, 1952)

Viñeta: "Hispano-árabe, siglo XV"

*

LOS LIBROS

*

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 23-25 (abril, 1953)

Viñeta

ARTE

*

BALCÓN A LA POESÍA ACTUAL EN ESPAÑA

*

LOS LIBROS

LAS ESPAÑAS. REVISTA LITERARIA
No. 26-28 (julio, 1956)
Viñeta

ARTE

LOS LIBROS

DIÁLOGO DE LAS ESPAÑAS
No. 1 (julio, 1957)

DOS HOJAS SUELTAS FUERA DE PAGINACIÓN

DIÁLOGO DE LAS ESPAÑAS
No. 2 (julio, 1958)

DIÁLOGO DE LAS ESPAÑAS
No. 3 (julio, 1959)

EN EL FRENTE DE LA VERDAD.
TRES LIBROS SOBRE ESPAÑA

*

DIÁLOGO DE LAS ESPAÑAS
No. 4-5 (octubre, 1963)

BALCÓN A LA POESÍA ESPAÑOLA ACTUAL

EDICIONES DE *LAS ESPAÑAS*

SUPLEMENTOS

Suplementos de Las Españas Núm. 1
(1145) *En el IX aniversario de la muerte de Antonio Machado*
(Las Españas, México, 1948)

Suplementos de Las Españas Núm. 2

Suplementos de Las Españas Núm. 3
Once cuentos
(1154) Dibujos de Ramón Gaya
Las Españas, México, 1949

Suplementos de Las Españas Núm. 4

(1167) DÍAZ MARTA, Manuel, *La laboriosidad de los españoles en su lucha por su elevación económica y cultural,* Las Españas, México, 1952.

OTRAS PUBLICACIONES

(1168) *Por un movimiento de reconstrucción nacional*, México, Las Españas, 1949.

(1169) LÓPEZ MARICHAL, Juan, *La españolización de España. La Edad de oro liberal*, Publicaciones de *Las Españas*, México, 1952.

(1170) MACHADO, Antonio, *Cartas de Antonio Machado a Miguel de Unamuno*, introducción, selección y esbozo biográfico de José Ramón Arana, s.e. [Ediciones de *Las Españas*], México, 1957.

(1171) ARANA, José Ramón, *Esta hora de España. Contestación a una encuesta de "Ibérica"*, Publicaciones de *Las Españas*, México, 1957

(1172) CARRETERO Y JIMÉNEZ, Anselmo, *La integración nacional de Las Españas*, prólogo de Manuel de Irujo, Ediciones de *Las Españas*, México, 1957.

(1173) GRANADOS, Mariano, *La cuestión religiosa en España*, introducción de A. Carretero, Ediciones de *Las Españas* [1959].

(1174) CARRETERO Y JIMÉNEZ, Anselmo, *La personalidad de Castilla en el conjunto de los pueblos hispánicos*, prólogo de José Ramón Arana; epílogo de Pedro Bosch-Gimpera: "Cataluña, Castilla, España", Ediciones de *Las Españas*, México, 1960.

(1175) CARRETERO Y JIMÉNEZ, Anselmo, *Las nacionalidades ibéricas. Hacia una federación democrática de los pueblos hispánicos*, prólogo de José Ramón Arana, Ediciones de *Las Españas*, México, 1962.

(1176) CARRETERO Y JIMÉNEZ, Anselmo, *España, Europa y los caminos hacia el socialismo*, Ediciones de *Las Españas*, México, 1963.

(1177) CARRETERO, Anselmo; Pedro BOSCH-GIMPERA y Arturo SÁENZ DE LA CALZADA, *Acto de afirmación de Las Españas* [folleto], s.e. [Ediciones de *Las Españas*], México, 1963.

(1178) BIZCAÍNO, Juan, *Proyecto español escrito en el destierro,* Ediciones de *Las Españas*, México, 1965.

(1179) ABARCA, Pedro, *De pereza mental*, s.e. [Ediciones de *Las Españas*], México, 1967.

(1180) *Diálogo!, divisa nacional de liberación* [hoja volante], s.e. [Ediciones de *Las Españas*], México, 1967.

(1181) *Contra todos los imperialismos* [panfleto], s.e. [*Las Españas*], México, 1968 [Firman: Pedro BOSCH-GIMPERA, Anselmo CARRETERO, José Ramón ARANA, Félix CANDELA, Fidel MIRÓ, Enrique LÓPEZ SEVILLA, Víctor RIVERA TOVAR, Manuel ORTUÑO, Carlos SÁENZ DE LA CALZADA, Francisco RIVERO GIL, Manuel BONILLA BAGGETTO, Antonio M. SBERT, Juan Pablo GARCÍA ÁLVAREZ, José SERRANO ROMERO, Arturo MAESO RODRÍGUEZ, Francisco DURÁN ROSELL, Bernardo GINER DE LOS RÍOS, Arturo SÁENZ DE LA CALZADA, Juan RIVAUD, Lorenzo ALCARAZ, JOSÉ VILA CUENCA, Juan GREDIAGA VILLA, Juan GIL-ALBERT, Jaime FERNÁNDEZ GIL DE TERRADILLOS, Vicente RIERA LLORCA, Sebastián ORTIZ, Pere FOIX, Santiago GARCÉS, Adolfo HERNÁNDEZ, Francisco ROMERO, José MORENO BARRANCO, Feliciano SUBERO, B[artomeu] COSTA-AMIC, Joaquín AUSIRÓ, Joaquín VALERO, Antonio VILLANUEVA].

ÍNDICE ONOMÁSTICO

En éste índice seguimos las siguientes convenciones:

1. Los números que aparecen después de cada nombre remiten a la numeración del Índice General.

2. Hemos diferenciado tipográficamente los números de referencia. Hemos usado redondas para identificar todos los trabajos que han sido firmados por el escritor, el artista o la institución listados; hemos usado cursivas, en cambio, para identificar aquellos otros trabajos que sólo encierran referencias a dicha persona o entidad o a su obra. Cuando se dan los dos casos anteriores en una sola entrada, únicamente se señala el número de referencia con redondas.

3. Las editoriales aparecen tipográficamente con versalitas; las revistas, en cursivas; las instituciones, como cualquier otro nombre, simplemente en redondas.

4. Los seudónimos son listados de una de dos maneras. Cuando hemos logrado establecer la verdadera identidad del autor o cuando ésta es del dominio público (como en el caso de Azorín, por ejemplo), el seudónimo aparece listado de la misma manera que los demás nombres: figura primero el apellido, y después el nombre (por ejemplo: Monegros, Juan de). Cuando no es así, se registra el seudónimo tal y como figura en la revista, agregando únicamente comillas para identificarlo como tal (por ejemplo: "Bachiller L.").

5. Este índice no incluye ni los artículos editoriales ni los trabajos anónimos.

A

G

H

I

J

K

L

M

Q

R

S

T

U

V

ANTOLOGÍA

NOTA A LA ANTOLOGÍA

En la elaboración de esta Antología, procuramos, en lo posible, ser fieles al espíritu de la revista. Así, buscamos que hubiese representatividad en cuanto a los temas y a las inquietudes que hallan expresión en ella. Del mismo modo, intentamos que los principales redactores y colaboradores estuvieran representados de manera adecuada.

La Antología está dividida en apartados, de acuerdo con las preocupaciones temáticas de la misma revista. En la mayoría de ellos, los textos se presentan en el orden cronológico de su publicación. Son dos las excepciones: en el capítulo "Dos mentores literarios", aparecen primero los ensayos que se refieren a Cervantes y después los que se ocupan de Machado. En el apartado de "Ensayos literarios" se sigue el orden cronológico de los temas tratados; de este modo los ensayos que versan sobre literatura medieval y renacentista preceden a los que se ocupan de autores modernos y contemporáneos.

Hacia las Españas

EDITORIAL

Sale nuestra revista, cuando las voces más hondas, más humanas y verdaderas de España, se agostan y sucumben bajo la atroz tiranía de un grupo de militares fascistas, al servicio, hoy como ayer, de determinadas potencias extranjeras y de las oligarquías "españolas" tradicionales.

Toda España es un inmenso presidio donde el hombre ha de emplear a diario todas su potencias para ganar un día a la muerte. Pensar es un delito, como sentir, como soñar vida. El pueblo, en su acepción más amplia, se sostiene cercado de miseria y de fusiles, esperando siempre, con desesperación española ya, una justicia cien veces torcida y escamoteada.

Lleva diez años de sufrimiento indecible, diez años con las venas abiertas, y cerca de ocho de silencio, de agonizar y morir en forzado silencio. Allí no tienen voz sino los lacayos y los héroes. Éstos, un borbotón de voz que se estrella indefectiblemente contra el paredón de fusilamientos. Aquéllos, una voz opaca, arrodillada, comida de miseria.

Toda la vida española está en suspenso. Sus hombres de trabajo encarcelados, escarnecidos, sufriendo la explotación más desaforada: sus riquezas en manos extranjeras, sus intelectuales amordazados o peregrinando por el mundo; su juventud deformada, o pudriendo tierra, o deshaciéndose en el destierro...

La cultura española ha sufrido solución de continuidad. Detrás de los viejos maestros, y de los que ya empiezan a envejecer, no se ve nada. Da grima leer los periódicos y las revistas que llegan de España; da pena y vergüenza leer a los "poetas jóvenes", a los seudoensayistas y seudofilósofos aupados por el régimen: da náusea –acaso con un par de excepciones– acercarse a los novelistas de esta hora.

España, allí no tiene voz. No puede tenerla mientras el crimen y el desafuero suplanten a la ley; mientras el derecho y la dignidad de los hombres sean pisoteados; mientras la barbarie clerical y castrense

disponga a su antojo de haciendas y de vidas. Pero España, puede y debe tener voz más allá de sus fronteras; donde quiera que haya un núcleo de españoles viviendo en libertad.

En el orden puramente político, a falta de una sola que pudo ser respetable y atronadora, no le faltan voces y vocecillas desperdigadas; pero a excepción de la revista editada por los intelectuales españoles en Francia, no conocemos, en este momento, ninguna publicación al servicio de nuestra cultura, donde puedan laborar los valores consagrados que aún nos quedan, y encontrar los jóvenes clima propicio a su inquietud y su esperanza.

Las Españas aspira a ser eso en lo posible; es un pequeño instrumento de trabajo, una aportación a la gran tarea que es menester emprender y que deben de encabezar nuestros más destacados intelectuales, pensando únicamente en España, para entre todos, pensar la España nuestra, popular, tradicional, y por verdaderamente tradicional, revolucionaria.

Las Españas es una revista literaria, pero literaria de esta hora dramática, decisiva, de esta hora española; en que todo puede y debe ser un arma contra los verdugos de la patria.

LE, 1 (10, 1946)

"DOS ESPAÑAS"

PEDRO BOSCH-GIMPERA

Ahora, como siempre, hay dos Españas. Desgraciadamente el mundo ha conocido a menudo sólo una y muchos españoles han sufrido su contagio. Nos preguntaríamos a veces: ¿En dónde está la auténtica España? ¿Es que se ha escrito su verdadera historia?

En la España "oficial" ante la que tienen embajadores muchos pueblos democráticos, se clama por una continuidad histórica y se pretende restaurar la "verdadera" tradición española, depurada de desviaciones. España es la que se supone hecha por los Reyes Católicos "restauradores del orden", artífices de su "unidad nacional" y de su "unidad religiosa", perseguidores de judíos y de musulmanes; por Carlos V –un alemán–; por Felipe II encendedor de hogueras contra erasmistas, protestantes y flamencos, perfeccionador del absolutismo de

los Reyes Católicos y del estado burocrático, en lucha contra toda Europa para mantener un imperio imposible y una unidad católica ya rota definitivamente; por Felipe III aniquilador de la industria y la agricultura de los moriscos y por el Conde Duque perseguidor de portugueses, andaluces y catalanes para reducirlos todos a una uniformidad de la que tomaba como símbolo las "leyes de Castilla"; de Felipe V realizador de la uniformidad a sangre y fuego, alegando el derecho de conquista como fundamento jurídico del Decreto de Nueva Planta. Su España imperial, menguado su poderío por la envidia de las potencias, corroída por la "nefasta influencia extranjera", introducida por Carlos III y sus ministros, por la Enciclopedia y la Revolución, por el liberalismo del siglo XIX, por la Institución libre de enseñanza y por la Segunda República, sólo tiene como momentos luminosos restauradores Fernando VII, la "epopeya" carlista y finalmente José Antonio Primo de Rivera y Franco. El ideal es volver al siglo XVI y, a ser posible, restaurar el Imperio, por lo menos en la dirección espiritual de América.

Los precedentes de esa España los encuentran algunos en los reyes de León, continuadores de la monarquía visigótica –de origen germánico– y en el Imperio romano, considerado a veces como prefiguración del español del siglo XVI. Efectivamente, los romanos prefiguraron los modernos métodos imperiales, con las matanzas en masa –Estepa, Coca– y con asesinatos políticos –Viriato. Los reyes visigodos intentaron la unidad católica por la fuerza obligando a convertirse a los judíos, confiscándoles sus bienes. Ya hubo minúsculos emperadores de las Españas entre los reyes de Asturias-León, acosados en sus montañas por los ejércitos musulmanes. Alfonso VI ostentaba el mismo título, a la vez que desterraba al Cid –un refugiado castellano en tierras de moros. Aniquilado el pueblo castellano en Villalar, en su última rebeldía libertaria, se logró identificarlo aparentemente con España, se contagió esta idea a algunas de sus mejores mentes y Quevedo llamaba a los catalanes que defendían sus libertades "aborto monstruoso de la política" y "provincia apestada". Consecuentes con su concepción de España se abomina hasta de Cánovas y de la Restauración alfonsina que se contagió del "morbo liberal" y no hay que decir que de la política autonómica de la República que llevaba a la "España rota" de Calvo Sotelo.

Voces desconocidas u olvidadas, hoy consideradas por ellos como "antipatrióticas", de los que lucharon en el pasado contra tal concep-

ción de España –recordemos sólo a Pi y Margall– o que han sido fusilados o que lo hubieran sido de caer en las garras de los "imperiales" –pensemos en Companys, en Azaña y en nosotros mismos– han dado otra interpretación de España y de su historia. La "heterodoxa", en realidad la verdadera.

Azaña reconoció la diversidad de pueblos que integraban a España con igual dignidad, declaraba que la unidad de España no la habían hecho los Reyes Católicos ni la monarquía de los Austrias y Borbones y que la iba a realizar por primera vez la República en 1931 y protestaba en un discurso memorable de que Castilla hubiese intentado jamás esclavizar a los pueblos españoles y de que hubiera existido la pretendida hegemonía castellana. Castilla, como toda España, como América, había sido víctima del despotismo de sus monarcas. Su pueblo terminaba su historia colectiva en Villalar. Sus valores póstumos y tan gloriosos no los engendró el Imperio ni la política despótica. Tenían raíces más hondas en el subsuelo de la historia peninsular, en donde se entrelazan fraternalmente con las de los demás pueblos que, en sus deseos de alcanzar una mayor libertad y de realizar su personalidad, no hay que considerar como réprobos, sino como fautores en conjunto de una tradición de la que no debe renegarse. La nueva España que quería crear la República había de ser la continuadora de esa "tradición corregida por la razón", que no era la del Imperio, que no representaba a la verdadera España, sino a la política de las casas extranjeras, a remolque de intereses no españoles.

¿Dónde está, pues, la verdadera España y su verdadera tradición, en la que pueden hermanarse todos, castellanos, andaluces, gallegos, vascos y catalanes? ¿Dónde está la España en que las naciones libres de América –crisol de pueblos– pueden reconocer y amar la madre de una parte de su ascendencia y de su civilización? La sangre de los antepasados de Bolívar, de Hidalgo, de Sucre y de San Martín no puede ser la misma que la de Torquemada o de los verdugos de su propia patria.

Esa España hay que buscarla debajo de la superestructura que la ha ahogado secularmente. La superestructura –el Imperio romano-visigodo-leonés-trastamara-habsburgo-borbónico-falangista– no es España y, lo mismo que con él los pueblos de América no pueden dialogar, los auténticos españoles tampoco.

España es la variedad de sus pueblos con raíces prehistóricas y que, a pesar de todos los dominios o de todos los intentos de unifi-

cación violenta, resurge cada vez más vigorosa. Es la formadora de altos valores humanos y de una cultura fecunda. Es espíritu y libertad, personalidad celosamente mantenida y, a la vez, sentido de universalidad. España es la de San Isidoro amonestador de los reyes que querían imponer el Catolicismo –religión de amor– por la fuerza, la de Oliva de Ripoll iniciador de la Paz y Tregua, la de los Arzobispos creadores de la Escuela de Toledo, en que musulmanes, judíos y cristianos daban a conocer al mundo la filosofía de Aristóteles restaurada, la del fuero de Tudela regulador de los derechos de las tres confesiones y de su administración autónoma dentro de la ciudad; la de Juan I de Aragón que castigaba los desmanes de la persecución de los judíos. Es muy especialmente la España de los fueros municipales y de la democracia ciudadana de las Cortes de todos los reinos y muy especialmente de las catalanas que legislaban por derecho propio y de las que sale un gobierno popular –la Generalidad– practicando la doctrina de la soberanía de la nación. Es la de los juristas y los escritores políticos que formulan en Cataluña la teoría de la democracia –Eiximenis, Gualbes, Cáncer– o de los de los siglos XVI y XVII en Castilla que se esfuerzan en limitar el absolutismo y en mantener que el rey debe el poder a la "república", crean el derecho internacional y defienden a los indios –Vitoria, Fox Morcillo, Menchaca, Suárez, Mariana, Saavedra Fajardo. Es la de los artistas y escritores, la de Cervantes y de Lope de Vega, inmortalizador de la rebelión de Fuente Ovejuna contra el despotismo militar, la de los Comuneros, de las Germanías y de la defensa de las libertades catalanas por Pablo Claris o por los barceloneses de 1714. La de los pueblos renacientes creadores de nuevas literaturas –Rosalía de Castro en Galicia y los catalanes, entre los que Maragall canta la España múltiple. La de Prim y Pi y Margall que saben comprender las ansias de libertad del pueblo cubano. La de la República que iba a organizar la verdadera España y la que supo luchar varios años por defenderla, abandonada de casi todo el mundo. En fin, es la de García Lorca, fusilado por la guardia civil franquista, y de Machado, fallecido en su éxodo doloroso, acompañado por otros poetas, artistas y profesores, en medio de las masas del pueblo republicano que prefirió las penalidades del exilio a vivir sin dignidad en España o la que gime en las mazmorras de Franco.

Esta es la España perenne y gloriosa. Ella se ha visto repetidas veces arrojada de su patria o ha salido de ella cuando el ambiente de sus

dominadores se hacía irrespirable. En el siglo XVI, Servet, Valera y Luis Vives; a principios del XVIII, los emigrados de la guerra de Sucesión; los liberales de 1814, de 1823, de fines del período isabelino o los de ahora. Al volver los de la emigración fernandina o los que huían de las persecuciones de la reacción "moderada", realizaron el renacimiento de la España moderna. Un día volverá la actual emigración y se continuará la auténtica historia de España.

LE, 2 (11, 1946)

CASTILLA, EN EL PANORAMA DE LAS ESPAÑAS

ANSELMO CARRETERO Y JIMÉNEZ

> "Nadie es más que nadie" reza un adagio de Castilla. ¡Expresión perfecta de modestia y de orgullo! Sí, "nadie es más que nadie"..., porque –y éste es el más hondo sentido de la frase–, por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre.
>
> ANTONIO MACHADO
> *Los milicianos de 1936*

I

La España, una, católica e imperial, es antiespañola y extranjera; de godos; Austrias, Borbones y falangistas. La española, y desde luego la de los viejos castellanos, es democrática.

Porque nada más anticastellano que la idea imperial y unitaria de España, la intolerancia religiosa y el dominio de unos hombres sobre otros, sea por medio de privilegios aristocráticos o mediante el abuso de la propiedad.

Hace mil años nace Castilla en Cantabria, entre el mar y el Ebro, en la antigua Montaña de Burgos, hoy (desde la división de España en provincias, al estilo francés, en 1833) provincia de Santander o La Montaña por antonomasia. Y no porque los cántabros (y vascones), pacíficos montañeses, que le dieron vida política tuvieran el designio de fundar la España, una y grande de Franco, como éste dijo en 1943, con motivo de las fiestas del milenario, y como desde hace siglos quiere hacernos creer a los españoles –y en gran parte lo ha consegui-

do– la España oficial de la monarquía; sino todo lo contrario. Castilla proclama su independencia por un movimiento separatista triunfante, porque los castellanos no están conformes con la España imperial de los reyes astur-leoneses; que, descendientes de los godos de Covadonga, tratan de reconquistar –y ésta es la palabra exacta– España y restaurar el imperio visigodo de Toledo, para explotar a los españoles, propiamente dichos, en beneficio de las oligarquías godas dominantes: monarquía, iglesia y ejército.

Los castellanos, dice la tradición y confirma la historia, no aceptan las leyes imperiales que quieren imponerles los reyes neogóticos de León (León, Asturias y Galicia), proclaman la independencia de Castilla, eligen a sus famosos jueces para que juzguen con arreglo a las costumbres locales, recogen cuantos ejemplares encuentran del código romano-visigótico llamado Fuero de los jueces de León o Fuero juzgo y los queman públicamente en hoguera simbólica.

No fue, pues, Castilla, sino León, el primer foco de la idea unitaria después de la ruina de la España goda, dice don Ramón Menéndez Pidal. El título imperial tiene su sentido en España: es el título solemne del rey de León, continuador de los reyes godos. Esta supremacía del reino astur-leonés –añade el sabio gallego– es un hecho no tenido en cuenta y que importa hacer notar.

Aquellos primitivos castellanos son objeto de mofa en la corte de León porque, en lugar del bable leonés más culto y latino –hoy casi totalmente perdido–, hablan su propio romance castellano, duro y tosco para los oídos de los cortesanos leoneses. Nada, pues, más ajeno a la esencia castellana y contrario al espíritu tolerante de Castilla que el privar a cualquier pueblo de España del derecho a hablar su propia lengua, tan española como la castellana, aunque no haya alcanzado la amplitud literaria y geográfica de ésta.

Protegidos por montes y castillos pueden los castellanos defender su independencia y consolidarla. El nuevo Estado, desde las fuentes cantábricas del Ebro –la Castilla montañesa y cantábrica– se extiende, a través de las numerosas sierras de las actuales provincias de Burgos, Logroño y Soria, hasta las numantinas del Duero –la Castilla serrana y celtibérica– y más al sur, por Segovia y Guadalajara, hasta las serranías de Ávila y Cuenca.

En toda la tierra castellana se desarrollan vigorosas en la Edad Media las instituciones populares. Los habitantes de Castilla, donde

"nadie es más que nadie" (¡qué bien comenta este adagio nuestro Machado!), están protegidos contra el despotismo por sus "buenos fueros", que los reyes castellanos, para ser tales reyes, deben acatar. Y es tanto el celo con que en la vieja Castilla se guardan las libertades forales que la palabra "desafuero" es todavía, en lenguaje llano, sinónima de acto injusto o arbitrario, contrario a la razón y a las buenas costumbres. La propia jura de Santa Gadea tiene todo el aspecto de un juramento foral, probablemente con alguna cláusula, especial en este caso, referente a la no culpabilidad del rey en la muerte de su hermano.

Es tan notoria la naturaleza popular y democrática del Estado castellano, y ésta goza de tanto prestigio por ello, que los vascos recelosos del carácter feudal de la monarquía navarra, influenciada por el feudalismo francés, se incorporan voluntariamente a Castilla –cuando es independiente de León– y dentro de ella –verdadera confederación vasco-castellana– conviven durante siglos en plena cordialidad. Castilla no tiene que hacer nada especial para recibir en el reino a los vascos: los reyes deben respetar sus instituciones democráticas; ni más ni menos como tienen que respetar las de los castellanos, muy semejantes a aquéllas. Por otra parte, así como el Sur del reino de León se repuebla con colonos gallegos, asturianos y mozárabes, el Sur de Castilla se repuebla sobre todo con vascones, por lo que entre castellanos y vascos existe además especial afinidad étnica que oportunamente señala Menéndez Pidal.

En la Montaña y la Rioja tienen su asiento las merindades. Desde la Rioja hasta Cuenca y Ávila se encuentran otras instituciones semejantes, pero más vigorosas, desarrolladas y perfectas, castizamente castellanas, que los condes y reyes de Castilla hallan ya formadas y que, según Costa, tienen origen celtibérico; son las comunidades de Castilla que, juntamente con sus hermanas de Aragón no tienen igual en el mundo de aquellos tiempos. Estas comunidades o universidades son en la actualidad desconocidas para la mayoría de los españoles, incluso para muchos castellanos, a pesar de que, con las merindades montañesas, ocupaban casi totalmente el territorio de la vieja Castilla, como se deduce de la simple enumeración de unas cuantas: la de Nájera, las de Miranda, Belorado, Burgos y Roa; las de Soria, Gormaz, Ayllón y Almazán; las de Sepúlveda, Cuéllar, Coca, Pedraza y Segovia; las de Arévalo y Ávila; la pequeña comunidad de Madrid –cuando Madrid era un pueblecito castellano–; las de Guadalajara y Atienza-Jadraque; la de Cuenca.

Son repúblicas dentro del reino de Castilla, en las que los habitantes de la ciudad y del campo –Comunidad de Ciudad y Tierra– gozan de todas las garantías personales contra posibles abusos de los reyes, los magnates o la Iglesia; se gobiernan democráticamente y disfrutan de la propiedad colectiva de los medios de producción: tierras con bosques y pastos, aguas, minas, molinos, etc. Las más importantes por su extensión eran las de Soria, Segovia, Cuenca y Ávila. Comunidad prepotente de Castilla –dice el historiador aragonés Vicente de la Fuente– era la de Segovia, con vasto y bien organizado territorio, cuyo concejo podía poner en campaña 5 000 peones y 400 caballeros que tenían que seguir el pendón concejil. Famosa por su legislación, la de Sepúlveda, cuyo fuero se extiende por el Aragón comunero.

Verdaderas repúblicas –no simples asociaciones de municipios, como a veces se dice–, con todas las características de una república cabal aunque federada: un territorio extenso que gobiernan, con funciones muy superiores a las puramente municipales, sin intervención de ningún poder señorial; con fuero y jurisdicción única; autoridad sobre los municipios del territorio; ejercicio democrático del poder por emanación del pueblo; capital permanente y derecho de los ciudadanos a la posesión y uso comunal de las fuentes de producción; ejército, pendón y capitanes propios. Aquí es oportuno destacar el hecho, que contrasta con las frecuentes discordias entre señores feudales, de que jamás las comunidades recurrieron a las armas para resolver pleitos entre ellas.

Este tema de las comunidades, castellanas y aragonesas, es muy interesante y, como dice Costa, está aún por estudiar. Nuestros historiadores y cronistas antiguos, ocupados en cantar las hazañas de los grandes personajes y las glorias de los reyes, tanto más alabados cuanto más enérgicos y hábiles eran en aumentar el poder real y ensanchar los dominios de la corona, daban de lado las cosas que afectaban a la vida del hombre común, del pueblo castellano, cuya historia, es decir, la verdadera historia de Castilla, está en gran parte por escribir.

El poder del rey era en Castilla limitadísimo, verdadero poder federal, pues según el Fuero viejo se reduce a las siguientes facultades y tributos:

La facultad de hacer justicia (en suprema alzada y siempre con arreglo a fuero); y la de dirigir la guerra (como capitán general, pues las tropas comuneras van mandadas por sus propios capitanes, nombra-

dos por el concejo de la comunidad, y siguen el pendón concejil); el tributo de la moneda; el de la fonsadera (pagos y servicios para la guerra); y el de los yantares reales, es decir, el mantenimiento del rey (al cual debe contribuir todo territorio de la federación cuando se encuentra en él).

El rey no tiene autoridad directa sobre la comunidad, ni sobre los municipios, que dependen de ella; ni sobre los ciudadanos, que obedecen a los concejos por ellos elegidos, ni es dueño de la tierra que es propiedad comunal.

Es característico de Castilla el espíritu democrático, evidente en su forma de gobierno, y que se manifiesta en todo lo castellano, incluso en la epopeya.

El gobierno tradicional de Castilla es sumamente democrático. Se ejerce en todas las instituciones: comunidades, municipios, hermandades, etc., por medio de juntas o concejos de carácter popular. La palabra castellana concejo significa, exactamente, lo mismo que la rusa "soviet"; concejil es, pues, equivalente a "soviético". No designa el territorio sobre el cual tiene jurisdicción una institución pública, como con imprecisión se emplea frecuentemente, sino el órgano que la gobierna. La tradición democrática de Castilla, política y administrativa, es la del gobierno de los concejos.

Los concejos castellanos se elegían democráticamente. En Segovia los vecinos se reunían por grupos en los atrios de las iglesias, característicos de esta parte de Castilla, que son exteriores para desempeñar su función civil. Tenían derecho a voto todos los vecinos con casa puesta, sin distinciones, pues en Castilla, como dicen el refrán y los fueros, nadie es más que nadie, y el de Sepúlveda recalca que "ni por riqueza, ni por linaje, ni por creencia". No se puede decir más en menos palabras, ni con más precisión, ni con mayor llaneza.

Esta declaración se adelanta en muchos siglos a la francesa de los Derechos del hombre, que proclama a los ciudadanos iguales ante la ley, pero deja a los pobres bajo el yugo de los ricos; pues, como decía nuestro socarrón arcipreste, "el que non ha dineros, non es de sí señor". Y aquí volvemos a recordar a Machado, el andaluz enamorado de Castilla, cuando dice que ésta es un pueblo de señores –señores de sí mismos, aclara–, que siempre ha despreciado al señorito. El fuero castellano no admite diferencias por riquezas, y para que esto no sea una mera declaración, los medios de producción son propiedad comu-

nal. Han de pasar mil años para que esto mismo se proclame en otro país de Europa.

En la tierra comunera no hay diferencias por linajes. En la vieja Castilla no existe prácticamente la nobleza. Las noblezas más antiguas y poderosas de España eran la catalana, la aragonesa y, sobre todas, la leonesa. Esta es la sangre de los godos, y el linaje, y la nobleza tan "crescida" a que alude Jorge Manrique en sus bellísimas y famosas coplas –el mismo poeta nacido de noble familia en los antiguos Campos góticos–. Incluso la caballería, que en todo el mundo medieval es esencialmente aristocrática, tiene en Castilla carácter popular: caballero era, sencillamente, el que tenía caballo, aunque no fuera noble por linaje.

La epopeya, tan propensa en todas partes a exaltar las cualidades aristocráticas de los héroes, presenta también en Castilla profundo sentido democrático. Mientras en las literaturas medievales francesas y germánicas los héroes son príncipes o caballeros de alta alcurnia, autores de fantásticas hazañas, el héroe máximo de la epopeya castellana es un simple infanzón que, en nombre del pueblo castellano, toma juramento al rey antes de darle la corona; y es bien significativo del carácter castellano –dice Menéndez Pidal– este rango social de su héroe y la burla que de la alta nobleza se hace en el poema del Cid. Nuestro héroe representa, según palabras de Costa reproducidas en el primer número de *Las Españas*, la lucha política contra los reyes, la lucha nacional contra el imperio.

Es igualmente tradicional en los castellanos, y en general en todos los españoles, la repugnancia a encumbrar y adular caudillos. Muestra de ello es que siempre se ha considerado del peor gusto en nuestra patria levantar a alguien una estatua en vida. Esta resistencia a elevar a nadie por encima de los demás ciudadanos se observa claramente en la Comunidad de la Ciudad y Tierra de Segovia, donde los acuerdos o decretos no eran promulgados por ninguna autoridad o persona, sino que la costumbre era, sencillamente, que un notario y dos vecinos como testigos dieran fe de que el Concejo había tomado tales acuerdos.

II

Otro rasgo del carácter castellano era la tolerancia. Sabido es que en las ciudades de la vieja Castilla convivían judíos, moros y cristianos; cosa inconcebible en la Europa de aquellos tiempos. Los fueros castellanos son en este aspecto terminantes. En el de Miranda de Ebro, por ejemplo, del que hace poco hemos hojeado una reciente edición, hay un párrafo que dice que se acogerán a él, por igual, caballeros y peones, cristianos, moros y judíos; y otros muchos contienen leyes análogas. No cabe mayor tolerancia en materia religiosa.

Es también interesante señalar que los viejos castellanos sabían compaginar su fe católica con un agudo instinto político que vedaba a los clérigos el asiento en los concejos. Aquellas gentes sencillas veían claramente el peligro de que los ministros de la religión mangonearan en el gobierno de la república. Como también el de que la Iglesia concentrara en sus manos un gran poder económico, por lo que el Fuero de Sepúlveda prohíbe sabiamente a sus vecinos dar o vender bienes raíces a "cogullados" u hombres de orden.

El portugués Oliveira Martins –español de Portugal, como él mismo se considera– nos habla en su *Historia de la civilización ibérica* de la irrupción de aventureros de origen germánico que vinieron a auxiliar en la guerra y a compartir el botín de la reconquista con los descendientes de los visigodos españoles; aventureros que favorecían también la definición de un dominio aristocrático o feudal, generalizado en aquel tiempo en Europa. Estos extranjeros son los que traen a España la crueldad en las luchas religiosas. Así los nobles franceses que por instigación del papa Alejandro II y capitaneados por el normando Guillermo de Montreuil, gonfalonero papal, vienen a combatir a los moros y, contrariando la lealtad tradicional de los españoles en el cumplimiento de lo pactado, asesinan a los habitantes de Barbastro, que se rinden por capitulación, después de violar a las mujeres y torturar a los prisioneros para arrancarles los últimos tesoros. Estos guerreros, los monjes de Cluny y los intrigantes y azuzadores enviados desde Roma son los que trajeron a España, más que la cultura, que tenían que aprender ellos de los moros andaluces, la intransigencia religiosa.

Típica también de Castilla es su condición federal, en lo que se refiere a defender, dentro de España, su personalidad, que mantiene durante siglos. Aun después de la unión de las coronas de los reinos, que

no de los pueblos ni de instituciones, Castilla se distingue de León por no regir en ella el Fuero juzgo. Las cortes o se reúnen por separado o legislan por separado si se reúnen juntas, y hasta por separado se corona a veces el mismo rey como de León y de Castilla. Así, cuando con el Ordenamiento de Alcalá se intenta unificar la legislación, haciendo obligatorias las famosas Partidas, éstas fueron válidas para Castilla solamente en lo que no se opusieran a los fueros y costumbres; lo que equivale a decir que Castilla siguió con su legislación foral y derecho consuetudinario. Y cuando, más de cinco siglos después de la independencia de Castilla, hecha ya la llamada –no muy justamente– unidad española, Carlos V de Alemania viene con su mentalidad germánica a sentarse en el trono de España como en cosa que indiscutiblemente le pertenece, no puede hacerlo sin antes jurar guardar y mantener los fueros, usos y libertades de Castilla; y tiene que prestar el juramento por dos veces, porque al procurador burgalés que lo exigió no le pareció suficientemente clara la primera respuesta.

Pero no sólo en relación con los demás pueblos españoles, sino también en su propia estructura, Castilla era, lo hemos visto, eminentemente federal, cosa que ya señala Colmeiro al decir que "parecía Castilla una confederación de estados libres regidos por un superior común"; y algo parecido dice el erudito marqués de Pidal. En esto la vieja Castilla se asemeja una vez más al antiguo País vascongado –cuya historia corre paralela–; se diferencia en cambio de nuestra moderna Cataluña, que mantiene una actitud federal en relación con los demás pueblos hispánicos pero centralista en la organización interna de su país, incluso con alguna tendencia absorbente hacia sus vecinos de lengua hermana.

No puede, pues, ningún español, y menos si es castellano, calificar de exótica la moderna organización de la URSS en repúblicas federativas socialistas soviéticas, porque en repúblicas federales comuneras y concejiles estaba en su mayor parte organizada la vieja Castilla, allá por los años mil. Pero cambiemos de rumbo... no vayamos a descubrir que los comuneros castellanos estaban vendidos al "oro de Moscú"; o de Moscova, como deberíamos decir si no tradujéramos del ruso pasando por el francés.

Tal era, a grandes rasgos (en detalle la cosa es más compleja por la mezcla de las instituciones comuneras con las feudales), Castilla en los tiempos en que, por ser independiente entre los demás estados es-

pañoles, podía mostrar, sin confusiones, su verdadera naturaleza y su carácter. Y esta organización castellana no era la general en España, sino peculiar de Castilla, el País vascongado y el Aragón comunero –el de las comunidades de Albarracín, Daroca, Teruel y Calatayud–, lindante con Castilla, no el señorial, más influenciado por Cataluña. En el resto de España, Cataluña al Oriente y el Imperio leonés (León, Asturias y Galicia) al Poniente, rigió el Fuero juzgo y existió un régimen más marcadamente feudal. De tal manera que –copiamos de Menéndez Pidal– "en Galicia las heredades fueron absorbidas en gran parte por los obispos, los monasterios y los magnates, quedando en ellas los campesinos con un mínimo de libertad. León ocupa un lugar intermedio. Así, viniendo de Oeste a Este, Castilla nos ofrece el máximo de hombres libres. Hacia la otra mitad de España vuelve a disminuir la cantidad de éstos. En Navarra, en Aragón y en Cataluña reaparece con más vigor la servidumbre adscripticia al terreno". Es de hacer notar que el feudalismo en España, aun en las regiones que adquirió mayor fuerza, no presentó nunca los caracteres vejatorios que para los siervos tuvo en el resto de Europa, incompatibles con el sentimiento de la dignidad humana tan arraigado en todos los pueblos de España, del uno al otro rincón. Algunos historiadores europeos, entre ellos Seignobos, señalan este hecho, particularmente cierto en Castilla, de que España no conoció el feudalismo con los caracteres comunes que tal fenómeno histórico tuvo en las demás naciones de Europa; y Oliveira Martins percibe claramente la coexistencia de un sistema feudal y un sistema comunal en la edad media española, con repúblicas concejiles de tal fuerza e importancia que los reyes se tenían que inclinar ante ellas.

El régimen leonés (astur-galaico-leonés) era diferente del castellano (vasco-castellano). Sobre esto tenemos que hacer hincapié, por ser corriente, aun entre gente culta, el considerar sinónimos los términos León y Castilla, que durante siglos representaron en España concepciones antagónicas. Y mientras se barajen, confundiéndolos, ambos nombres históricos y se tomen como iguales sus regímenes y sus instituciones lo que sobre Castilla se escriba será un galimatías.

En Castilla, el país está organizado federalmente, el poder real es limitado y el rey tiene que acatar los fueros; en León, el poder real, con título imperial, es completo, sobre un reino unitario que aspira a restaurar el Imperio visigodo. En Castilla, apenas existe nobleza y la mayor parte del país es gobernada por concejos populares en los que no inter-

viene el clero; en León, la nobleza y el clero son muy poderosos y el país es gobernado principalmente por ellos. La institución más popular e importante de Castilla es la comunidad de ciudad y tierra, verdadera república con amplias facultades políticas y económicas; en León, y en la mayor parte de España, la institución popular es el municipio, sin función política y con funciones económicas limitadas. La tierra castellana es, en su mayor parte, propiedad de las comunidades; en León, es del rey, que la da en feudo a los nobles o a la Iglesia, o la concede a los pueblos para su subsistencia. El pueblo castellano defiende durante siglos sus instituciones democráticas, de origen antiguo, que los condes y reyes de Castilla tienen que respetar y confirmar; defiende también con ellas su propiedad comunal. La tarea del pueblo leonés –que de ninguna manera hay que confundir con el Imperio neogótico leonés– es exactamente la inversa: trabaja durante siglos, con astucia y tesón, por crear instituciones populares y adquirir derechos y bienes a costa de los poderes feudales. En esta lucha le favorece la proximidad de Castilla, pues los reyes y señores al repoblar el país tienen que conceder privilegios a los pobladores, porque de lo contrario no acudirían a tal repoblación o emigrarían a tierra castellana.

La Tierra de Campos –los primitivos campos de los vacceos, famosos por su colectivismo agrario–, los campos góticos, tierra de nadie durante algún tiempo, "base geográfica del Reino de León", al que perteneció antes de la unión de las coronas, es completamente leonesa; tierra feudal de la familia de los Beni-Gómez, condes de Saldaña y de Carrión y del territorio de Zamora, a cuya cabeza estaba el conde Pedro Ansúrez, fundador de Valladolid, importante personaje de la corte de León y enemigo acérrimo del Cid castellano (a esta aristocrática familia leonesa pertenecieron también los famosos infantes de Carrión del Poema del Cid). Las instituciones castellanas no pasan el río Pisuerga, y las pocas llamadas comunidades en tierra leonesa lo son puramente de bienes, sin las amplias facultades de las repúblicas comuneras.

Tampoco se extienden las comunidades al sur de Toledo, en Tierras de la Mancha, conquistadas a los moros y entregadas en feudo a las órdenes militares –según lo atestiguan todavía los nombres de muchos de sus pueblos–, que aunque se denominaron Castilla la Nueva no tienen mayor afinidad con Castilla que las demás regiones de habla castellana. Nuestro gran don Quijote no es castellano viejo, sino manchego.

Las instituciones castellanas, salvo rarísimas excepciones, no salen de la tierra comunera repetidamente mencionada. ¡Cómo iban a extenderse si el mayor empeño de los reyes –sobre todo después de la unión de las coronas– era acabar con ellas en la propia Castilla!

La diferencia entre el municipio y la comunidad castellana tiene en la orientación de la política general del Estado una importancia grande que no podemos pasar por alto. El municipio, aunque democrático, debido a su carencia de funciones políticas y a lo reducido de las económicas, es compatible con un estado centralista de tendencias imperiales; mientras que la comunidad, con amplias funciones políticas y extenso patrimonio público, es incompatible con el centralismo y grave obstáculo para una política imperialista. Por eso no es una casualidad el que, desde los tiempos de la monarquía hasta los actuales, las derechas españolas hayan dedicado siempre alabanzas al municipio y combatido las autonomías regionales (dentro de las cuales, por otra parte, el municipio es, por lo menos, tan democrático y eficaz como en el estado unitario). La actitud de los carlistas del siglo pasado es en este punto hábil y de ella nos ocuparemos en otra oportunidad.

Las profundas diferencias entre los regímenes sociales astur-galaico-leonés y vasco-castellano (y del Aragón comunero) deben haber dejado a la larga huellas en la psicología de los respectivos pueblos. A los castellanos viejos, vascos y "baturros" se atribuye, en general, llaneza, costumbre de hablar sin rodeos; la sabiduría popular caracteriza a los hombres del Noroeste de España por su reserva, habilidad para las preguntas indirectas y respuestas evasivas. En este segundo grupo ocupan lugar señalado los leoneses de Tierra de Campos, los "pardillos", sabedores de la famosa "gramática parda". Tal vez las diferencias entre ambos grupos sean consecuencia de distintas raíces étnicas. Pero, sin meternos en el terreno de la psicología colectiva, harto resbaladizo, nos limitaremos a señalar la coincidencia del carácter del primer grupo con el derecho secular de poder decir verdad sin miedo a represalias, el hábito de sentirse protegido contra cualquier desafuero y tener seguro el pan de cada día; y la psicología del segundo con un pasado de paciente trabajo para adquirir con habilidad derechos y medios de vida a costa de los poderosos, y consolidarlos y ampliarlos con astucia.

Después de lo expuesto, ya podemos decir que Castilla, *la vieja Castilla*, que durante su independencia pudo manifestar sin deforma-

ciones su propia personalidad, *representa en el panorama de las Españas la tradición autóctona, democrática, comunera y federal.*

A partir de la unión definitiva de las coronas de León y Castilla presentan las historias gran confusión y, aunque el nombre de Castilla sea colocado en primer lugar, probablemente como habilidad política por su prestigio popular, y los reyes releguen a segundo término el antes imperial de León, comienza una labor ininterrumpida para acabar con las instituciones castellanas. Este momento, que los historiadores, incluso los que como don Ramón Menéndez Pidal han estudiado mejor el carácter de la primitiva Castilla, suelen señalar como el comienzo de la hegemonía castellana, es, en realidad, el de su decadencia, que se acentúa a partir de los Reyes Católicos. Así lo comprende Bosch-Gimpera al decir que Castilla queda ofuscada y en adelante, aunque siga hablándose de Castilla y ésta con el tiempo se convierte de nombre en el país hegemónico, se trata de una Castilla que sigue la herencia leonesa, pues la monarquía leonesa-castellana se organiza con predominio de la leonesa, de tradición visigoda, y no de acuerdo con la primitiva tradición castellana, más democrática y popular, representada por Fernán González y el Cid. Y el culto historiador catalán añade: "el Cid tomado como símbolo de la Castilla hegemónica y de su acción aglutinadora de todas las tierras españolas nos parece que debe ser interpretado como todo lo contrario".

En verdad, no sólo no hay tal hegemonía castellana, sino que, con el nombre de Castilla por delante, la monarquía realiza una política imperial de la que el pueblo castellano es la primera víctima. Pero éste de la supuesta hegemonía de Castilla es tema del que acaso nos ocupemos en otra ocasión.

LE, 3 (01, 1947)
LE, 4 (03, 1947)

EN TORNO A LA MISIÓN DE LOS INTELECTUALES

JOSÉ MARÍA GALLEGOS ROCAFULL

Santo Tomás de Aquino, que era un perspicaz observador de la naturaleza, compara en un pasaje célebre de sus obras al hombre con los demás animales para meter palpablemente por los ojos la clara verdad

de que el hombre es superior a todos ellos porque está dotado de "una razón con la que puede prepararse lo que necesita con la ayuda de sus manos". Ni sólo la razón, ni sólo las manos; sino aquélla y éstas en estrecha colaboración armónica. En su tiempo aún no se había disociado del todo este lote indivisible, en el que radica la superioridad humana. Los más nobles guerreros necesitaban musculosos brazos para manejar sus armas. Los monjes más ilustrados alternaban el estudio con los trabajos manuales. De otra parte, los menestrales más humildes suplían su falta de ciencia con una fe, que los igualaba a los sabios en el conocimiento de los misterios de la vida y de la muerte.

Pero andando el tiempo, los hombres se fueron repartiendo de manera cada vez más exclusiva la doble herencia que les legó la naturaleza. Algún día habrá que acabar para siempre con esta monstruosa aberración a que hemos llegado de que haya quienes vivan tan sólo o con sus manos o con la cabeza. Porque el que haya y tenga que haber trabajadores manuales y trabajadores intelectuales, no quiere decir que aquéllos tengan que vivir ajenos a la cultura o que éstos no sepan qué hacer de sus manos. Unos y otros, por haber extremado su división, llevándola del campo profesional al humano, andan ahora mutilados. Y todo cuanto se cimiente sobre esa multiplicación ha de ser radicalmente falso por contrario a la verdad y a la naturaleza.

Así, las relaciones entre los intelectuales y los que no lo son, debieran de ser tan íntimas y bien trabadas como las que hay entre órganos distintos de un mismo cuerpo; y son tan difíciles y mal acopladas como si unos y otros vivieran en mundos opuestos o, al menos, totalmente distintos. Por los dos lados. Porque si es verdad todo eso de la traición de los hombres de letras o del estéril aislamiento de los intelectuales, también es cierto que tan pronto se les desprecia como se les exige mucho más de lo que pueden dar de sí. Hay el recelo, el desdén, el odio al intelectual. Tan arbitrarios e injustificados en ocasiones como esa boba beatería con que muchos se pasman ante los que lo son o dicen serlo.

Mientras todo hombre no esté habituado a servirse tanto de sus manos como de su cabeza, subsistirá el equívoco. Y no habrá mejor manera de disiparlo o atenuarlo que restablecer por decisión de la conciencia o imperio de la voluntad la solidaridad que de manera tan espontánea y firme impone la naturaleza en el cuerpo humano. Lo de menos es establecer el valor o la trascendencia de la función de unos y

de otros. Lo fundamental es reconocer que las dos son igualmente necesarias y que, aparte y por encima del provecho o del gusto que proporcionen a los que las ejercen, son eminentemente sociales. "No sólo de pan vive el hombre". Tan de la sociedad es el producto elaborado por las manos de los unos, como las ideas y sentimientos que bullen en el corazón o en la cabeza de los otros. Y es traición o deslealtad o egoísmo considerarlos como estrictamente personales y no ordenarlos al servicio de toda la comunidad.

No aludo ni de cerca ni de lejos a una ordenación dirigida e impuesta desde fuera por poderes estatales o de otra clase, que sería irremediablemente la más odiosa de las tiranías. Hablo de una conducta que, aun siendo voluntaria y libre, la sugiere con tanta fuerza la naturaleza propia de su función que a ella han sido fieles los intelectuales de todos los tiempos. Nadie puede ser intérprete de los dioses, como Platón dice en el *Jon* que lo son los poetas, sin arder por los cuatro costados. Y nadie arde en espíritu sin quemar a los que se le acerquen. Ni nadie roba al Padre sus rayos para guardarlos para sí. Hölderlin, más que ningún otro, ha expresado esta atormentada conciencia, que todo auténtico poeta tiene de su misión de esta manera:

> Derecho es nuestro, de los poetas, de nosotros los poetas,
> bajo las tormentas de Dios afincarnos, desnuda la cabeza;
> para así, con nuestras manos, con nuestras propias manos,
> robar al Padre sus rayos, robárnoslo a Él, a Él mismo,
> y envuelto en cantos, entregarlo al pueblo cual celeste regalo.

El intelectual lo es en la medida en que se acerca al poeta. Y para que cumpla su misión es menester que pretenda robarle al Padre sus rayos y entregárselos al pueblo. No es un robo, creo yo, sino una dádiva. El Padre deja que se los quite para que todo un pueblo viva y sueñe. De entre muchos hombres escoge a uno para que en su alma se reflejen sus rayos y tengan los demás alguna idea de su propio espíritu. La única manera de descubrir al hombre su propia grandeza es obligándole a que se supere a sí mismo. La misión propia del intelectual es "hacer al hombre igual a Dios".

La afirmación es de Séneca, quien asigna al sabio o filósofo la misma tarea que Hölderlin al poeta: la de "fundamentar lo permanente". Nada de vistosa pirotecnia intelectual. Mucho menos, nada de

aparatosa sofistiquería para seducir al pueblo. Abrumadora conciencia de la propia responsabilidad. Acucioso afán de dar a los demás lo que la filosofía promete. "¿Qué tengo yo que ver con estos juegos? escribe indignado. No hay lugar para chanzas. Los desgraciados te reclaman. Has prometido socorrer a los náufragos, a los presos, a los enfermos, a los necesitados, a los que tendieron el cuello al hacha levantada. ¿Por dónde te escapas? ¿Qué haces? Ese con quien estás jugando, teme. Ayúdale y desata el lazo en que se va a ahorcar. Todos los que perdieron su vida o la han de perder te tienden las manos de todas partes, imploran algún auxilio, ponen en ti su esperanza y su ayuda."

El clamor es más angustioso en tiempos de crisis, como estos en que vivimos, entre un mundo que se hunde y otro que aún no ha aparecido. Ahora ya no hay que sembrar la inquietud. A todos nos roe el corazón, como un cáncer. Lo que necesitamos es que se abran en nuestras almas ventanas a la fe y a la esperanza. Buscamos desesperadamente que nos iluminen los rayos del Padre. ¿Nos negarán este celestial regalo los que los tienen o dicen tenerlos? Fue nada menos que Platón quien, temeroso de las perturbaciones que la inspiración demoniaca de los poetas podía traer al orden constituido según razón, aconsejó que se les excluyera de la administración de la república. Desde entonces quedó consagrada su función renovadora de conquistadores del porvenir. Su trabajo, "de entre todos el más inocente", es el más necesario. Sobre su palabra se ha de edificar el porvenir. Por eso se procura, con halagos o con violencias, que no la digan. Y por eso son tantos los que caen en la lucha, anonadándose con su vida sus obras.

No esperamos ningún Mesías. El que había de venir, ya vino y de Él proviene, aun en los incrédulos, el hambre y la sed de justicia que nos atormenta. Nuestra anhelante expectación es de un mundo que nos satisfaga por completo. Lo hemos de construir con nuestras propias manos. Pero necesitamos para hacerlo que nos regalen al mismo Padre, envuelto en cantos. O mejor, en su misma inefable desnudez. Que venga a nosotros su reino, el que ya como una semilla llevamos en el corazón, pidiendo, como el embrión ya formado, salir a la luz.

Y a la espera del alumbramiento, que nos conforte el estimulante ejemplo de los de arriba. Séneca también nos dejó dicho que "la filosofía no está en las palabras, sino en las obras". Más concretamente, en la lucha por la libertad. En tiempos no menos difíciles que los nuestros,

pide al sabio que contra la fortuna y contra el poder pelee por la libertad. La ruina, la cárcel o el destierro no han de callar su voz. "Mira detrás de ti cuántas amplísimas regiones y cuántos pueblos te están abiertos. Nunca se te cerrará una parte tan grande que no te quede otra mayor aún... Si la fortuna te separa de los primeros puestos de la república, permanece firme y ayuda con tus voces; si alguien te aprieta la garganta, permanece en pie y ayuda con tu silencio. Nunca es inútil el trabajo de un buen ciudadano; está aprovechando con que se le oiga y se le vea, con el rostro y con el gesto, con su obstinación callada y hasta con sus mismos pasos."

Sólo le pedimos a los intelectuales que cumplan su misión. La que ellos mismos se han atribuido.

LE, 3 (01, 1947)

Entre dos tesis

EL INTELECTUAL Y SU MISIÓN

MANUEL ANDÚJAR

El intelectual y el artista buscan a través de su obra, gracias a esa dolorosa inquietud que los singulariza, la verdad y la belleza, transparentes encarnaciones del bien. Por encima de contingencias y modas, el resultado final de sus esfuerzos, el signo permanente de su expresión tradúcese en esta riqueza espiritual en que desembocan, y que al serlo asciende y trasciende de propiedad individual en dominio colectivo, en patrimonio de la sociedad.

Cierto es que en determinadas épocas subsisten a costillas del mecenazgo –como claramente se observa en el Renacimiento–, que en más de una ocasión se uncen al pesado carro del vencedor, que vinculan su suerte al precario destino de las clases dominantes, que se revuelcan en la impureza, y en el lujo, y en la frivolidad, que no les inmutan las claudicaciones, que se taponan los oídos para no escuchar la quejumbre de la justicia atropellada. Pero incluso cuando –por acción u omisión– sustentan la tiranía, cuando se convierten en miserables cachivaches de salón, cuando se hunden en la vileza cortesana, una voz íntima y tenaz, obsesionante, les previene sordamente de su culpa. Y

de ahí que en los frutos de los corrompidos y acomodaticios se palpe un aire malsano, una angustia espesa, un reconcomio devorador que reduce a la nada, por más brillantes que sean las apariencias, la hermosura con que nos deslumbran, el ingenio con que ofuscan su conciencia e intentan sobornar nuestro dictamen.

"Muchos son los andantes –dijo Sancho.

"Muchos –respondió Don Quijote– pero pocos los que merecen el nombre de caballeros."

Quieras que no, a pelo o a contrapelo, el intelectual y el artista dependen de la Historia, contribuyen a moldearla de grado o a su pesar, necesitan del medio ambiente. Su gloria y su riesgo consisten en no aceptar pasivamente tales factores, sino en la reacción mental y sentimental, en la valiente aportación transformadora con que desempeñan –interpretan– su papel. El idioma, el total de conceptos heredados, el caudal de formas éticas y estéticas, les sirven como punto de partida, jamás en función de renta. Y su estilo, su invención, pasan a ser, en la riada del tiempo, conquista general, público disfrute, fecundo arranque de nuevas peculiaridades.

En consecuencia, no es lógico admitir las dos tesis exclusivistas, antidialécticas, que se disputan el alma del intelectual y aspiran a fijar, con trazo irrevocable, su meta. Una, que le atribuye caprichosamente, sin contrapartida, derechos a voleo, máximos privilegios, que lo empuja a la irresponsabilidad humana, que tiene siempre una derivación disolvente. Su enemiga, también de hígados teológicos, por exceso de celo le sorbe la esfera interior y lo entrega, inerme, a las órdenes de un grupo más o menos numeroso, de un credo, de un Estado, lo cambia en máquina unilateral de obligaciones, sin autonomía virtual, sin el libre juego de la capacidad crítica, atento sólo a una pasajera visión de lo actual.

Aislamiento egoísta o comunicación servil; soledad o sumisión: así nos plantean la falsa disyuntiva.

El intelectual y el artista, perjuran los de la primera facción, gozan de los más ilimitados fueros, deben encastillarse en su orgullosa y áspera reclusión, no es lícito medirles con el mismo rasero que a los demás mortales, no están sujetos a la tabla corriente de valores, pues los suyos, los de su sensibilidad, los de su pensamiento, son inaccesibles al común del prójimo y, para colmo de añadidura, no incurren en el vano delirio de aspirar a que los compartan quienes se hallan, *fatal-*

mente, fuera de su mundo encantado. Catástrofes, desgarraduras de la multitud, bajezas y pasiones ni siquiera rozan los empinados muros del jardín del silencio, donde germinan la exquisitez hermética y la seca certidumbre de los "elegidos".

Para los opositores de esta doctrina, o evasiva, los intelectuales deben seguir "absolutamente" el dictado filosófico en boga. Son voz fiel, sin distingos, y sobre todo sin heterodoxias, de la situación que predomina o apunta. Órganos miméticos de una fe concreta, o de un sistema, sin que se les permita, a la postre, calar a su espontáneo modo en la entraña del hombre. La inteligencia y el arte, gradual o bruscamente, a pecho descubierto o de refilón, tórnanse instrumentos de propaganda. La verdad, la belleza, el bien, no son ya los impulsos decisivos y legítimos. Se persigue la supremacía ideológica, el éxito material.

En ambos casos, ni el más corto margen para la discrepancia de ley, de honrada raíz; en ambos casos, el cocear de la soberbia, llámese aristocracia espiritual o infalibilidad dogmática. ¡Como si los predicados que originan estas degeneraciones no fueran, no debieran ser conciliables en una síntesis superior!

Evidente es que el intelectual y el artista precisan de hondo recogimiento para lograr sus ideaciones, pero las asfixian si no las anudan con el palpitar de su pueblo. Y la creación no es sólida sin aptitud para concentrarse, para aprehender lo humano, lo eterno, en la complejidad ruidosa de lo presente, que nos atenaza en sus anillos, en sus burbujas, en sus humos. ¡Importa el ser, la tierra, el fuego, el agua!

Sí, "el espíritu no puede existir más que en comunidad". Igualmente, "el pueblo no puede vivir sin sueños". La vida tiene una doble dimensión, una carne y unos huesos, un costado de realidad y otro de fantasía, unas etapas de ardiente tensión y fases de dulce, reparador abandono. En su labor específica, en la trama misma de su aventura, intelectuales y artistas se ven orillados a conjugar, con mayor agudeza aún que el resto de sus contemporáneos, estos elementos escurridizos, problemáticos. Pero si no lo hacen, si eluden el peligro, pierden su centro de gravedad. Y con él, su naturaleza genuina.

Surgen innumerables obstáculos para estorbar su cometido. La propia inestabilidad económica inherente al "oficio" o la posición excesivamente segura. El recelo popular –en cierto modo imaginable por los antecedentes de flaqueza ante los poderosos– y el halago perverso de los adinerados. La desviación "profesional", fenómeno muy moder-

no, o el mariposeo de aficionados, indicio de floja vocación. El único remedio es el trabajo incorruptible, la libertad penosa y no muellemente alcanzada, un raro compuesto de humildad y osadía, dedicación y desprendimiento.

Por la índole misma de sus recursos, de su educación, de los hábitos impuestos, de las consubstanciales ambiciones, el intelectual y el artista están saturados de historia, consciente o difusa, asimilada o respirada. Pertenecen a una generación, a un país, a un perfil de la cultura. Son gajos de una tradición que se cuela hasta el tuétano, que se proyecta en el ancho marco de una esperanza distintiva.

Mas estas premisas evolucionan, se pliegan a sucesos políticos considerables, que producen una alteración cuantitativa y cualitativa, direccional, sin la cual la situación es indescifrable. Por ejemplo, durante el siglo XIX, efecto del auge de la burguesía, del capitalismo joven, las corrientes culturales se impregnaban de un internacionalismo cada vez más desteñido y temblón, por monopolizarlo uno o dos Estados dirigentes. Influencia que luego revertía, pálidamente, "colonialmente", en lo autóctono.

Tras la segunda guerra mundial, contraria es la tendencia. Sólo se puede llegar –estimamos– a lo universal, afirmando nuestra fisonomía nacional, cuando en su esencia revisamos lo que se nos había transmitido como norma incuestionable, recreándola. Entonces se comprende lo que en torno nuestro ocurre, es fácil armonizar factores diversos mas no irreductibles.

A esta conclusión han coadyuvado las experiencias del destierro y de la opresión, que afectan de manera acusadísima, más enérgicamente en virtud de su prolongación, a los intelectuales españoles, a su futuro. Estas enseñanzas alumbran el recrudecido sentimiento de la Patria, un deseo de elaborar conjuntamente principios más exactos, más escuetos y fidedignos de la cultura a que nos vinculamos. Y el ansia, todavía sin formulación definida, de forjar un clima propicio para una intensa creación, que es lo que se trata de demostrar. Se impone un radical comienzo de tareas, una recapitulación de las anteriores dispersiones, de la añeja insolidaridad de intelectuales y artistas. El imperativo, en suma, de identificar la suerte del espíritu con la grandeza del pueblo, inspirados en los valores morales que son su médula... y la nuestra.

"El exilio en mi sentir –decía Franz Werfel– es un llamado del destino a favor de la renovación."

La misión de los intelectuales y artistas españoles, esclarecida por los años de lucha clandestina en la patria, por el exilio, dentro del carácter general del problema de la cultura en relación con la sociedad, estriba en limpiarse de la soledad estéril, en mantener su independencia personal y colectiva, en percibir, resueltamente, que la fuente de su fuerza, su razón de ser y de vibrar y de inquirir, está en el pueblo, en la auténtica vena nacional, conciencia que urge adquirir sobre la marcha, en la realidad viva del hombre, en su paisaje físico y anímico, en el espléndido filón de su temperamento.

Si nos salvamos, será por tales "idealismos", "abstracciones" y "sueños". Los incoloros adeptos de las bicocas de hoy en día –confort, intolerancia, técnica desalmada, acelero que se muerde la cola– pueden mofarse de las ilusiones que defendemos los "pobres diablos". Quédense ellos con su risa y su regüeldo, y nosotros pendientes de la quimera. La terca quimera del hombre, cifra, drama y gloria de lo español.

LE, 6 (09, 1947)

Ver para vivir

LA OTRA MUJER DE LOT

a Paulino Masip

DANIEL TAPIA

Miro a los republicanos españoles en el exilio y, naturalmente, me miro a mí mismo, como trasuntos fieles de aquella mujer que fue trocada en estatua de sal por el simple hecho –o no tan simple– de volver la cabeza hacia atrás. No tan simple. Toda una teoría del escorzo podría deducirse de aquel gesto, de aquel pecado. ¿Por qué vuelve la cabeza la mujer de Lot? ¿Es que alguien la sigue? ¿O la vuelve por un sentimiento de apego a la tierra que pierde? ¿Por curiosidad... o por coquetería? En cualquier caso, no es lo peor el motivo, sino el efecto: la esterilidad.

He ahí el peligro –la esterilidad– que nos amenaza a todos los republicanos españoles en el exilio. Hemos adquirido un hábito, y este

hábito, el de volver la cabeza hacia atrás, va camino de convertirnos en estatuas de sal. Seremos entonces, si se quiere, cuando la transformación se consume, la estatua o el coro de estatuas de la legitimidad, de la más salobre de las legitimidades. Pero no es a esto –a una legitimidad en sal viva o en salmuera– a lo que aspiramos. Hora es ya, por tanto, de que nos preguntemos a dónde conduce este afán nuestro de caminar a ciegas, con la cabeza vuelta a lo pasado, a esa España ingrávida que llevamos dentro, en la que vivimos sin vivir en ella, santateresitas todos, quien más quien menos. Mucho se nos habrá perdido allí y entonces –en esa época que, sin serlo, se nos antoja ya remota–, pero acaso sea éste el momento de considerar si no vale ya en nosotros más lo adquirido durante nuestra ausencia de la patria, que aquello otro que nos vimos obligados a dejar al iniciarse nuestra peregrinación. ¿Es que no somos los republicanos españoles, los exiliados españoles, capaces de otra cosa que de permanecer en pasmo, en éxtasis, liados en la mortaja de nuestros místicos –la manta a la cabeza–, sin ver ni oír, sin otro sentido que nos mueva, que nos conmueva, que ese que nos deja inmóviles, apegados a nuestra esperanza? Creo que no. Mas por si acaso conviene que cuanto antes nos desprendamos de nuestras ligaduras... y nos aprestemos a resucitar a nueva vida.

Por lo demás, quizá haya en nuestra actitud expectante –espectral– un sentimiento de índole narcisista. ¿A qué si no este reiterado gesto de volver la cabeza para ofrecernos al espectador como nos suponemos más arrogantes? Hay en este regreso, en este dolorido escorzo, un recrearse viéndonos y mostrándonos en el instante patético que determinó nuestro vivir actual. Quizá también un temor oculto, el de arrostrar la vida, la novedad de esta vida a la que nacimos hace nueve años. Y en este temor a afrontar lo que la vida nos depare reside nuestra mayor debilidad. Creemos, seguimos creyendo, que lo mejor de nuestra vida es nuestro pasado, sin darnos cabal cuenta de que no se puede resucitar para volver a hablar de lo mismo, de lo que nos hizo morir. Es como si Cristo, resucitado al tercer día –cuando aun es admisible resucitar; nadie resucita a los nueve años de haber muerto–, al toparse con sus antiguos amigos o con los caminantes extranjeros, adoptara inconscientemente el gesto lastimoso de abrir los brazos, entrecerrar los ojos y dejar que un mechón de pelo lacio obscureciera parte de su cabeza reclinada.

Hace tiempo leí algo acerca del sentido de nuestra emigración que me impresionó profundamente. Lo he vuelto a leer hoy –los republi-

canos españoles tenemos ya nuestros clásicos– y me parece que vale la pena repetirlo. Es un párrafo de aquellas *Cartas a los emigrados* que Paulino Masip escribió a poco de llegar a México. Decía así: "Criatura recién nacida, con la alegría de la piel nueva y los ojos vírgenes eres y has de ser, amigo mío, en tu avatar americano. Tu pasadc individual ha muerto. No lleves sobre los hombros su cadáver como en la condenación dantesca... Suprime de tu lenguaje los pretéritos. No digas nunca más: yo fui, yo era, yo tuve. Te harán la lengua estropajosa de hieles esterilizadoras, te trabarán los pies, te esposarán las manos, te quitarán la sonrisa y, finalmente, en pocos días, pasarás de niño a viejo. Entonces no llevarás tú, sobre los hombros, el cadáver de tus recuerdos, sino que serás tú quien vaya a hombros de tu propio cadáver."

Estimo que no estaría de más que reconsiderásemos las anteriores palabras, mucho más cuando todavía es tiempo de que echemos pie a tierra y nos libremos de tan macabra cabalgadura. Que nuestro cadáver cargue con nosotros equivale, en suma, a que nosotros llevemos a cuestas nuestra propia estatua de sal. Recuerdo haber visto a Belmonte –en el toreo tampoco es lícito volver la cara– dar la vuelta al ruedo seguido de un entusiasta que exhibía una estatua del ídolo. Fue aquélla, es claro, la última corrida que toreó Belmonte.

Volvamos, pues, la vista hacia lo que es porvenir. Atrás no queda sino el páramo y quizá la armazón, la estructura de una República que fue. Esa República sí es pretérito y por tanto la más acabada estatua de sal que pueda hallarse. Existen hombres, ya lo sé, y podrá ser meritoria su tarea, como lo fue la de las plañideras, que se han impuesto la penitencia de cargar con este cadáver insepulto. Caminan abrumados por el dolor y exhiben lo que no es sino triste osamenta de una República nacida tarde y muerta sin llegar a sazón. ¿Hasta cuándo hemos de seguir tan fúnebre comitiva? En ella van representaciones de todos los partidos políticos que fueron puras o no tan puras entelequias. ¿Es que hay algún partido de la República que no esté momificado, al que no le sepa la lengua a sal? Ninguno. Entonces, llegado es el tiempo de dar honrosa sepultura a esta República, que no es por cierto la única que puedan idear los republicanos, y de entregarnos a la noble tarea de vivir. So pena de que se admita que el hijo debe ser enterrado en la sepultura del padre y al mismo tiempo que éste.

Cierto que al principio nos quedaremos como se queda el hijo que acaba de perder a su padre, o como se quedaría Lot al contemplar a su

esposa petrificada. Pero no cabe arredrarse. Algunos sentimientos se han acendrado más, dentro de nosotros mismos, durante este tiempo. Nuestro odio a Franco, esa altiva incompatibilidad de nuestro honesto vivir con el ir viviendo de la actual podredumbre española –ellos también llevan a cuestas su cadáver, y no sólo el suyo, sino el de sus víctimas– es lo que verdaderamente perdura en nosotros y será, en definitiva, lo que nos salve, lo que nos preservará de toda contaminación.

Contribuyamos mientras, por todos los medios, como dijera Masip, a que los facciosos se pudran. Cualesquiera que sean estos medios, urge por lo pronto que no nos pudramos nosotros. Desvinculémonos, pues –ya sé que estas palabras pueden sonar a herejía, pero herejes somos, es decir heterodoxos–, de los atadijos de nuestro sudario. La ortodoxia es cualidad de difunto, de hombre tieso, inflexible. Nos estamos convirtiendo sin darnos cuenta en republicanos históricos, en piezas de museo, en estatuas de sal. Vamos, probemos a mover las piernas. Pellizquémonos, y si no estamos muertos reanudemos la marcha. Nuestro sino no es relatar la historia, sino hacerla a cada paso. Hay que olvidar un poco o un mucho la historia para atreverse a elaborar ese porvenir que pueda un día llamarse histórico. O lo que es igual, si nos obstinamos en ver nuestras huellas en la arena no aprenderemos nunca a caminar.

Escucha, pues, esto, republicano. Si te ha pasado algo, no pienses más en ello. Si no te ha sucedido nada, hora es ya de que te suceda. Acuérdate de la mujer de Lot. Pero acuérdate también de Lot. Piensa en que Lot, trocada en estatua de sal su primera mujer, pondría la vista en alguna otra. Y no olvides que, de ser alguna, sería esta otra mujer –la que le hizo volver a Lot la cabeza cuando pasó a su lado– la que le dio descendencia.

LE 9 (07, 1948)

EDITORIAL

Aparece este *Diálogo* por dos motivos que a su vez obedecen a una misma necesidad. Es el primero de ellos nuestro deseo de responder a los requerimientos que de diversos grupos de la emigración y desde el interior de España nos llegan para la periódica y más frecuente publicación de *Las Españas*. El segundo, nuestro ya antiguo convencimiento

–cada vez más profundo– de que el estrecho contacto entre quienes en 1936 ocupamos las trincheras, al impulso de un deber que pusimos por encima de nuestras propias vidas, y las generaciones que, hoy ya maduras, no pudieron entonces, en razón de su edad, ser beligerantes en la trágica contienda, es fundamental para sacar a nuestra patria de la miserable situación en que el franquismo la ha sumido. Librarse de éste para recobrar libertad y dignidad y acometer la reconstrucción material y moral de España es la gran necesidad, necesidad vital, cuestión de vida o muerte a que nos referimos.

La publicación regular de *Las Españas* con la frecuencia que el momento español requiere y nuestros lectores nos piden es imposible por falta de recursos económicos para afrontar los gastos de edición, y de tiempo para el trabajo de administración y distribución, problema éste que también se reduce a la falta de recursos con que encomendarlo de manera retribuida.

El *Diálogo*, de menor tamaño, más modesto en su calidad material y porte gráfico, no podrá dedicar páginas a temas literarios y a ensayos, ni ofrecer a sus lectores las ilustraciones que siempre han enriquecido a *Las Españas*, pero aparecerá con mayor frecuencia, tendrá más agilidad para informar y más viveza para comentar la actualidad española. Será, sobre todo, limpio instrumento para propiciar ese gran diálogo nacional cuya necesidad venimos sintiendo e indicando desde varios años, y que planteamos con toda claridad en el último número de nuestra Revista.

Diálogo entre españoles de distintos campos, condiciones y procedencias, semejantes en limpieza de intención y unidos por el común anhelo de una patria mejor. Diálogo entre españoles desterrados y desparramados por todos los rincones del Globo; entre españoles que en su propio solar no pueden expresarse libremente y recurren a publicar fuera, clandestinamente, para que sus palabras –fielmente recogidas en *Diálogo*– sean leídas dentro; entre españoles del destierro que llevan a España en su alma y compatriotas del interior que quieren escuchar la voz de estos hermanos.

Diálogo necesario, fundamental, con esos millones de españoles que nacían al mundo o aún no habían llegado a la mayoría de edad cuando nosotros fuimos a la guerra en 1936, y que hoy, en la tercera o cuarta década de su vida, constituyen la parte más vigorosa de la población española, las nuevas generaciones sobre cuyos hombros ha de

recaer principalmente en el futuro inmediato el tremendo esfuerzo material de levantar a España de su ruina. Generaciones crecidas al margen del mundo intelectual libre, sin franco acceso a las publicaciones extranjeras; en contacto constante con prensa, radio y cine que son instrumentos de propaganda del régimen o están aherrojados por la censura; educados en escuelas e institutos de mentalidad dogmática; en ambiente oficial totalitario que se esfuerza por mantener vivo el odio cainita y el espíritu de guerra civil. Con estas generaciones, envenenadas en mayor o menor grado por el franquismo –sin que en ello les quepa culpa alguna– el diálogo es urgente, e ineludible obligación nuestra. En ellas pueden cosecharse los mejores frutos para España.

Diálogo y diálogo al servicio de nuestro pueblo. No sólo con el fin de derribar al actual régimen, sino para levantar una nueva España. Para levantar, recalquémoslo, pues el derribar sólo es aquí condición previa. Por ello nos oponemos a la creación de esos grandes frentes negativos –de los que ya existe harta experiencia universal– que propugnan los apegados a la vieja política, frentes sin claro programa constructivo para después del necesario desescombro. No tendría sentido derrocar a Franco para poner en su lugar a un nuevo representante del franquismo, o bien, para restaurar modos de gobierno que pertenecen al pasado y que, más pronto o más tarde, no podrían conducirnos sino al despeñadero de otra guerra civil y, en consecuencia, a una nueva caída en cualquier forma de totalitarismo.

Es necesario derribar al dictador, pero para hacer de España una patria en que la libertad, la justicia y el trabajo creador sean auténtico patrimonio nacional.

Para lograr esto es menester el esfuerzo de todos. Nuestra nueva contribución es este *Diálogo de Las Españas*, cuyas páginas están abiertas a todos los españoles que, limpios de odio, busquen en esta hora decisiva un camino común hacia la redención y el resurgimiento de la Patria.

DLE, 1 (07, 1957)

Dos mentores

El mensaje de esperanza de Cervantes

AÚN HAY SOL EN LAS BARDAS

JOSÉ MARÍA GALLEGOS ROCAFULL

Allá, por el año 1905, cuando se cumplían los tres siglos de la aparición de la primera parte de *Don Quijote*, publicó don Miguel de Unamuno su *Vida de Don Quijote y Sancho.* En ella, poniendo el dedo en la llaga de la guerra *incivil*, latente cuando no patente en España, invitaba a los españoles a la "santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro de don Quijote del poder de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos, que lo tienen ocupado".

¿Creería de verdad don Miguel que había muerto don Quijote? ¿Le contagiaría el absurdo pesimismo antiespañol del 98? ¿O quiso más bien, para dar mayor testimonio de su fe, agrandar la hazaña que nos proponía haciendo pasar por muerte lo que no era más que pasajera postración de puro cansancio?

No cayeron en el vacío las palabras de Unamuno. Por fin hubo cruzada, aunque no como él la soñara; porque fue mahometana guerra santa, de un lado, y por el otro, esperanzado intento no de rescatar el sepulcro de don Quijote (¿cómo va a haber sepulcro si don Quijote no ha muerto?) sino de dar jugo y calor a su cuerpo amojamado.

Hay quien piensa que esa sangre que tan generosamente quiso infundir a don Quijote dejó exangüe al pueblo español. Pero tan extenuado como él ahora, estaba don Quijote cuando le trajeron a su lugar, encantado en el carro de bueyes. En su segunda salida le habían apaleado, molido, apedreado, befado y a la postre traicionado los que pasaban por sus mejores amigos. Parecía que en cuerpo tan flaco no podían caber tantas desdichas. Más que por la razón del desgraciado caballero temían por su vida el ama y la sobrina, el cura y el rapista. Todo se les volvía darle de comer "cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro" pues creían que con ellas remediarían toda su mala ventura. Poco a poco fue recobrando sus fuerzas y a la

vez el tino de su sensata locura. Al cabo de un mes pareció a los que le rodeaban que daba claras muestras de entero juicio. Y justamente porque lo tenía, volvió con más ahínco a su gloriosa locura. De lo primero que dice, todavía "sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano", es aquello de "caballero andante he de morir". Ni el desengaño, ni el cansancio, ni el halago podían apartarlo de su misión. Para realizarla había venido al mundo y mientras latieran sus pulsos, caballero andante había de ser.

No le entendían sus familiares, ni tampoco le importaba gran cosa a don Quijote que no le entendieran. Él sabía que "Dios me entiende". Dios en el cielo y Sancho Panza en la tierra. Rondaba el fiel escudero la casa y la alcoba de don Quijote, acechando la oportunidad de ver a su señor. Como tardara en presentársele hubo de forzarla, denostando al ama y a la sobrina con tan recias voces que por fin le oyó don Quijote y le hizo pasar a su aposento. No fue pura condescendencia, que necesitaba él de Sancho, tanto como Sancho de él. Juntos habían salido y peregrinado y una y la misma suerte los dos habían corrido.

Unidos otra vez amo y escudero, clara ya y firme en los dos la conciencia de que era el mismo su destino y la misma su misión, ante Sansón Carrasco, bachiller por Salamanca, pícaro y descreído, don Quijote no pudiendo ya contener por más tiempo la llama de fe que ardía en su pecho, echó afuera su esperanza con este ilusionado grito: "Aún hay sol en las bardas". Nunca es noche cerrada si hay fe. Mientras el sol alumbre, hay esperanza. Abajo las sombras van haciendo su camino, pero en lo alto todavía luce el sol. Y su esperanza, la de don Quijote y Sancho, no anda a ras de tierra; sino que es alta y resplandeciente como un sol.

El sol que don Quijote veía relucir en las bardas es el mismo que alumbraba a Cervantes cuando al publicar a los sesenta y ocho años la segunda parte de *Don Quijote*, anunciaba el *Persiles* y la segunda parte de la *Galatea*. Pobre, solo y viejo, aún se siente con alientos para ponerse a escribir un libro "el cual ha de ser el más malo o el mejor que en nuestra lengua se ha compuesto". ¿Qué es esa extraordinaria vitalidad de Cervantes, tan genialmente proyectada en don Quijote, sino la llama de una esperanza?

Se habla de la fe –de la buena y de la mala fe– del pueblo español. Y a fuerza de insistir en ella se soslaya o no se ve la esperanza, que de ella nace y por ella adquiere realidad y consistencia. Pensaba nuestro

malogrado amigo Pablo L. Landsberg, viendo más certeramente que muchos españoles, que en la literatura española estaba ya hecha en todas sus partes una ontología de la esperanza. De la esperanza y no de las esperanzas. Porque el futuro de la esperanza, decía él, es el del mundo; y el de las esperanzas, el de mi misma persona. Las esperanzas tienen su raíz en la impaciencia, y la esperanza es, tanto o más que confianza, paciencia. Ni un momento puede subsistir ningún hombre sin esperanza. La necesidad que de ella tiene es tanto mayor cuanto más firme o sólida es su personalidad, o lo que es lo mismo, cuanto más clara es su conciencia de la misión que ha venido a realizar en este mundo.

Porque el pueblo español es pueblo de fe, es pueblo de esperanza a pesar de sus desengaños. Espera y ha de esperar porque cree y creerá en sí mismo. No hay fe sin esperanza, ni esperanza sin fe. Como don Quijote en su misión de caballero andante, creía Cervantes en la suya de escritor. Y aunque sus aparentes locuras tengan al uno postrado en el lecho, y su mala suerte pobre y achacoso al otro, los dos ven todavía lucir al sol en las bardas. Más avisado Cervantes que su don Quijote tiene buen cuidado de añadir un *aún*, que es precisamente la afirmación de la esperanza sobre todo desengaño. Porque en él se cimenta y de él se nutre la verdadera esperanza. Siglos antes que Heidegger, siguiendo a Kierkegaard, encontrara en la angustia el camino para llegar a ver la pura nada de la existencia humana, el pueblo español había llegado al desengaño, el característico desengaño español, que es la muerte de las efímeras esperanzas y la afirmación rotunda de la esperanza. Salir del engaño es entrar en la esperanza, perder la confianza en las cosas o personas que nos rodean y ponerla toda entera en uno mismo, en su voluntad y en su destino.

Frisaba con los cincuenta don Quijote cuando salió por primera vez por los campos de Montiel. Estaba ya casi con un pie en la sepultura Cervantes cuando regala al mundo la segunda parte del *Quijote*. Los dos miran al porvenir y no al pasado. No le pesan los años porque no los llevan a la espalda sino a los pies. Son el terreno firme en que se apoyan para conquistar el porvenir, saltando hacia él por la esperanza. Los bien avenidos con el presente no dejan que en ellos germine la esperanza, que es planta que crece en la sequedad y entre dificultades. El bienestar seca la imaginación y no la deja salir, como don Quijote, en busca de aventuras. Pero es siempre ella, la loca de la

casa, la que nos abre de par en par las puertas del porvenir. No tenemos otra manera de apoderarnos de él que anticiparlo en un proyecto, soñándolo en plena vigilia, y darle después realidad con la sangre de nuestras venas. ¡Bienaventurados los que carecen de presente porque de ellos es el futuro!

No es grano de anís eso de esperar. Para esperar hay que tener tanta fe como Cervantes o tanta ansia de aventuras como don Quijote. En realidad no espera quien está seguro de que el futuro le ha de traer irremisiblemente lo que desea. La esperanza entraña necesariamente un riesgo y esa incertidumbre que la hace más dramática y vital, la españoliza a su vez quijotizándola. Todo el que espera se expone a convertir en gigantes los molinos de viento porque toda verdadera esperanza busca en lo particular y pasajero lo universal y eterno, como la de don Quijote. Había aún para él sol en las bardas porque esperaba realizar todavía sus empresas, las propias de su profesión de caballero andante vinculado por oficio a la universal y eterna justicia.

Porque había nacido para servirla, ya por dos veces se había echado al campo buscando acabar con todas las formas de la injusticia. Andaba ahora preparando su tercera salida y si de ella hubiera vuelto sano, otra vez hubiera salido, porque caballero andante había de morir. Sin que nadie por fuera se las dijera, resonaban en su interior voces misteriosas, que le empujaban a zafarse de los convencionalismos de la vida y buscar el que de verdad él era, que en definitiva es siempre, como decía Unamuno, el que uno quiere ser. Creía don Quijote en esas voces, que era tanto como creer en él mismo. Su esperanza era afirmación de su propio ser. Se había dado palabra de resucitar la laboriosa caballería andante de antaño y en su palabra se cimentaba su esperanza. El sol que ve relucir en las bardas es reflejo de su lealtad a sí mismo. Su esperanza es fidelidad a su misión, su empeño de ser hasta la muerte el que él es y no el que le quieren hacer sus amigos y familiares.

En el lecho, rumiando sus anteriores desgracias, con el cuerpo molido, pero con el corazón sano, mata o mueren sus esperanzas, las que en un tiempo pudo tener en las cosas o en las personas. Pero de las ruinas de estas esperanzas surge, más firme que nunca, su esperanza. Espera en sí mismo, en su ser, que es o ha de ser la realización de su destino. Anticipándose en años a Spinoza y en siglos a Schopenhauer, Cervantes sabe que toda la voluntad de ser, que es el fondo más

radical de nuestra existencia, se condensa y vierte en una sola esperanza, la de ser cada uno lo que es.

Más venturoso don Quijote que el pueblo español, vivió y murió tal como él era y quiso ser. En cambio, pesa sobre el pueblo español el triste sino de no haber podido existir casi nunca tal como él es. Siempre ha llevado el rostro lleno de costras, que lo desfiguraban por fuera, haciendo más dolorosa y trágica su voluntad de existir auténticamente. A duras penas consiguió imprimir su sello y darle algo de su espíritu a las instituciones e ideas que le imponían desde fuera. Y fue tan grande cuando creó lo suyo como desdichado cuando copió lo ajeno. La supuesta anarquía del pueblo español no es más que afán incontenible de ser fiel a sí mismo, obstinada voluntad de que le dejen vivir como le sale de los redaños del alma. Si hay un pueblo con personalidad propia y una misión intransferible, es el pueblo español. Por eso tiene y ha de tener esperanza. También para el pueblo español aún hay sol en las bardas. Volverá a ser dueño de su destino. Y en el mundo resonará otra vez la voz española, la de don Quijote, pero sobre todo la de su padre don Miguel de Cervantes, lisiado, pobre y viejo, pero tan lleno de vida que aún nos hace estremecer con su mensaje de esperanza.

LE, 5 (07, 1947)

Soledades cervantinas

SOLEDAD DE CARDENIO

BENJAMÍN JARNÉS

I

En efecto, amigo mío, Cardenio es una de las figuras "de soledad" más fértiles del *Quijote*, tan fecundo en lecciones de soledad, que alguna vez reuniré en un libro. Cardenio mira en derredor suyo y, melancólicamente, se declara "solo"...

Él no ha buscado la soledad, es la soledad quien poco a poco lo fue invadiendo. Es la soledad quien –asesina de todo goce– ha sitiado

a Cardenio. Parece envidiosa de todo cuanto a Cardenio puede producirle un deleite, de todo aquello en que Cardenio puede reposar...

Fue saliendo de sí mismo –olvidándose de sí mismo–, fue arrojando ceniza sobre los hombres, sobre los paisajes, sobre las cosas, aun sobre relumbres del pensamiento, para que todo le supiese a ceniza, para que todo lo viese gris, borroso y sin relieves, indigno, en fin, de posar allí los ojos...

Hasta que el solitario se declaró vencido y abrazó –como única amante– a la soledad. ¡Esta inexorable soledad que sólo cede sus dominios a la nada, al sueño provisional o definitivo!

¡Maquiavélica amiga, amante agotadora, que nos va lentamente cercando, estrujando entre sus brazos silenciosos hasta hacernos perder todo contacto con el tiempo, con lo fugaz y placentero de las obras!

Quiere la soledad hacer del momento que pasa, un mar sin orillas, monótono, insaciable... Quiere, en fin, vencer a sus dos grandes enemigos: el espacio y el tiempo. De ambos acaba por hacer dos cómplices. Cardenio acaba, así, por ignorar toda medida del tiempo: el antes y el después ya no existen para él. También acaba por serle indiferente todo lugar; palacio o cabaña, zoco o desierto, playa o monte.

II

Don Quijote encontró a Cardenio en lo más áspero de una sierra. Fue Cardenio alejándose de todo incidente y de todo estímulo. Hasta no quedarle sino su propio, escueto, vivir. Una vida sin choques, por tanto sin luz. La decisión de soledad, ¿fue un acto de bizarría, de coraje? ¿O fue por el contrario, signo de debilidad?

Soledad fraguada a fuerza de inhibiciones –puede argüirle el contradictor– es apócrifa soledad.

Es soledad negativa. La soledad auténtica, positiva, está, eso sí, elaborada de "recogimiento", pero no de ausencias del mundo; está fraguada con ímpetus frenados que tal vez estallen en actos decisivos.

Estar "solo", así, es vivir intensamente acuciado por todos los problemas y todos los estímulos de la vida en torno. Es un puro entretenimiento para la vida profunda, para disparar todas las energías de una vida con la máxima eficacia. Es dar vigorosamente en el blanco más difícil para el hombre...

Pero Cardenio no atiende al contradictor, y se repliega en lo más hondo de su nada, de esta nada que él desea vivamente conquistar como se conquista una amante –ya, para siempre, dominadora–. Porque la soledad, ¿no viene a convertirse en la nada? Se principia por expulsar a los hombres, por reducir a ceniza las pasiones, por desdeñar lo voluptuoso, tanto como lo histórico, lo anecdótico de la vida.

Se acaba por licenciar los pensamientos faltos de todo apoyo en ese mundo visible que sistemáticamente se desdeña...

Todo, dentro y fuera de nosotros, se va convirtiendo en "nada"...

(Lo que se ve más claro es esto: que cada personaje se compone de elementos elegidos a veces, inconscientemente, entre los que componen el resto de los hombres y mujeres que conocemos. Cada personaje es, en definitiva, una "combinación". Menos mal si no resulta un mosaico. Hay, indudablemente, una química de la novela. En ella reside el misterio del nacimiento del personaje novelesco. El mismo novelista la ignora.)

III

Cervantes, preocupado por su don Quijote, se dejó escapar, frecuentemente, astros "menores" de primera magnitud –porque la de don Quijote era una magnitud excepcional–; uno de éstos era, es, Cardenio. Y su reflejo: Dorotea. (Marcela es una "soledad" aparte: por cierto, mucho más española).

Cervantes sólo tuvo tiempo para estudiar una soledad: la suya. Que es la misma de don Quijote. Pero ocurre que todo su maravilloso libro está tan nutrido de "soledades"...

Como que está lleno de figuras extraordinariamente españolas: es decir, solitarias; es decir, soberbias. Todo en ellos es, a veces, ingenuamente, soberbia. Muy cercana al sentido del honor, enamorada tal vez de dignidad, de otras altas cosas; pero, al fin, soberbia.

Y, con ella, sobreviene el aislamiento, la soledad. El no querer saber nada del mundo, ni siquiera del mundo donde el personaje pudiera revivir...

Cardenio –o el despecho amoroso– "hace" de Robinson español por puro orgullo, padre de la soberbia. Y, a muchos lectores del libro inmortal pasará inadvertido este Cardenio: "El Roto de la mala Figura", según el propio Cervantes.

Sospecho que en el libro no se contaba con este personaje. Es uno de los que a simple vista parece "de relleno". Pero ¡qué lejos de tal "relleno"! Cardenio es otro don Quijote, de tono menor. Menos universal, más tercamente ceñido a su drama interior, de escasas dimensiones. ¿No se trata de un conflicto doméstico?

Pero Cervantes tiene buen cuidado en hacer caer en la locura a este fugitivo Cardenio.

Es tan loco, tal vez más, como don Quijote. Uno y otro sufren parecidos ataques. Sólo que a don Quijote le cuestan más caros... y tienen carácter universal. Son "de categoría", mientras los de Cardenio apenas rebasaban la anécdota.

Por eso Cardenio –como el Licenciado Vidriera– es un Quijote en tono menor. Pero, en ese tono, es admirable.

LE, 5 (07, 1947)

LOS VALORES RENACENTISTAS EN LA OBRA DE CERVANTES

JULIO LUELMO

La concepción militante de la cultura, única a la que asignamos validez quienes andamos empeñados en la tarea de reivindicar los valores positivos de aquélla, reclama, preferentemente, extraer de la obra cervantina la clave de la posición adoptada por nuestro autor genial en la contienda en que en el siglo XVI, encrucijada de nuestra Historia, el Renacimiento y la Contrarreforma decidieron el destino de España. Nosotros no entendemos de problemas abstractos. El arte y la ciencia son los ingredientes que han troquelado la realidad de nuestro mundo tangible y la riqueza creada por el hombre condensada en la calidad del hombre mismo. Pero puesto que esta creación es la resultante de las fuerzas eternamente presentes y contradictorias, del impulso generoso del progreso y la negación sórdida de la reacción regresiva, la cuestión de situar a Cervantes en uno u otro frente nos parece más importante que cualquiera otra que valga la pena tomar en consideración en esta conmemoración de su centenario.

En un trabajo que aparecerá en otro número de *Las Españas*, se presenta el cuadro de fondo de la contienda y el triunfo de la Con-

trarreforma resultante de ella, y se caracteriza la significación trascendente de la situación actual de nuestro país vencido de nuevo por las supervivencias de la malicia inquisitorial que nosotros, ilusos e ingenuos, estúpidos o torpes, creímos haber vencido hace medio siglo.

Así delimitados los contornos de ambas Españas, es notorio que la obra cervantina gravita con todo el peso de su valor universal fuera de la órbita de la influencia regresiva de la Falange y del complejo de fuerzas en que tiene sus raíces el régimen franquista.

Hasta muy recientemente el conjunto voluminoso de la literatura crítica sobre Cervantes no dio un trabajo sobre su personalidad heterodoxa que sitúa al patriarca de nuestras letras en la senda clara de nuestra tradición renacentista. En 1925 Américo Castro denunció toda una conspiración para perpetuar la penuria del trabajo científico en torno a la obra de Cervantes: "Hay una guardia celosa que vigila para que nadie pueda traspasar el límite del canon crítico permitido." Y en otra parte de su obra dice Castro: "La tendencia de la crítica ha sido suprimir la busca de problemas en Cervantes. Su consigna parece ser 'aquí no ha pasado nada' ". Ésta es la razón de que "el cervantismo no haya conocido de la vida de su autor sino aspectos insignificantes o lamentables: cobranzas de alcabalas, prisiones, cautividad, vida familiar, etc..."

Esta guardia cuidadosamente montada que ha impedido llegar al fondo de los valores renacentistas de la obra de Cervantes, ha sido vigía cuidadoso del mecanismo conspirativo que la Contrarreforma puso en marcha y que desde entonces hasta hoy orienta sin solución de continuidad el conjunto de problemas culturales que forman la trama de la historia de nuestro país. La vida efímera de la Segunda República no llegó a desentrañar el jeroglífico tejido por la Iglesia que desde el siglo XVI ha orientado la cultura nacional, y en el que aparecen tergiversadas, a merced de los peculiares designios de la ortodoxia romana, cada una de las actitudes y de los valores que forman el acervo cultural español: la tradición oficial falseada deliberadamente, subestima la aportación arábiga, hebrea, silencia la raíz popular de los valores del Siglo de Oro y la lucha tenaz del pueblo contra la resistencia de las instituciones oficiales que trataron de destruirlos; exalta la ruina a que condujo a España la política imperial de los monarcas absolutos, encubriéndola en el manto demagógico de los oropeles del imperio en ruinas; y a pesar de la visible línea ascensional de la cultura y de la economía españolas durante el siglo pasado, siguiendo un curso paralelo al

crecimiento de las fuerzas democráticas, ante nuestros ojos los voceros oficiales de la España franquista, voceros también de la tradición negativa de nuestra cultura inspirada por la Iglesia, están ya tendiendo una cortina de humo sobre aquella realidad cargando a la cuenta de ella la ruina física y moral en que el régimen sucumbe envilecido y maldito.

Esta tergiversación sistemática que invierte la significación de cada uno de los ciclos de nuestro pasado histórico, está determinada por los mismos móviles que animaron a la Contrarreforma: se trata visiblemente de asimilar al esquema de la concepción católica de la vida y del mundo, no importa a qué precio, todo acontecimiento trascendente, aun cuando ello represente la prostitución de la verdad e incluso a costa de extraer de los valores más excelsos su más fecunda significación.

La pobreza de la calidad de la literatura crítica sobre Cervantes, es uno de los más notables exponentes de la eficacia destructiva del mecanismo inquisitorial que denunciamos. A falta de un trabajo crítico que sitúe a Cervantes y a su obra en el gran marco de la cultura universal, "la crítica siguió alimentándose de las ideas que buenamente desprendía de los ecos que llegaban de tal página que a algún hombre de genio inspiró el goce estético de la lectura de aquella novela de valor internacional". La opinión de Ganivet, uno de los más preclaros valores de nuestras letras contemporáneas, es típica a este respecto: "No existe en el arte español", dice en su *Idearium*, "nada que sobrepuje al *Quijote*. Cuando Cervantes empieza a idear su obra, tiene dentro de sí un genio portentoso; pero fuera de él no hay más que figuras que se mueven como divinas intuiciones, después coge esas figuras y las arrea, pudiera decirse, hacia adelante, como un arriero arrea sus borricos, animándolos con frases desaliñadas de amor, mezcladas con palos equitativos y oportunos. No busquéis más artificio en el Quijote. Está escrito en prosa y es como esas raras poesías de los místicos, en las que igual da comenzar por el fin que por el principio, porque cada verso es una creación pura y desligada, como una idea platónica". He aquí cómo los heterodoxos de nuestra época caen en la trampa de la cultura oficial que se afana en mantener el equívoco disimulado en las envolturas de artificiosas nubes de espuma literaria. Incluso el autor de *El pensamiento de Cervantes*, que descubre la conspiración artificiosa, deja escapar los hilos de ella: "el móvil era, sin duda plausible", dice refiriéndose a

la misma y sin embargo, su obra nos ha facilitado la trama con la cual se puede construir el esquema renacentista de la obra que tratamos de caracterizar.

Don Quijote sitúa a Cervantes, junto a Rabelais, Ariosto y Shakespeare como uno de los cuatro supremos exponentes del Renacimiento, leemos en una de las últimas ediciones de la Enciclopedia Británica. Este juicio abre la vía que nos conduce a la clasificación de la obra cervantina en el concierto sistemático de la cultura de todos los pueblos y de todas las edades. Cervantes fue un producto del Renacimiento, pero creó y se inmortalizó bajo la mirada vigilante de la Inquisición.

El movimiento renacentista fue, sobre cualquier otra de sus notas peculiares, una ampliación del cauce por donde corre el caudal de las creencias humanas y un incremento consecuente del torrente de éstas, y la fuente de donde brotaron los valores aportados por el Renacimiento al acervo universal de la cultura, se alimentó de un nuevo impulso creador de la razón humana que entonces acertó a expresar en nuevas ideas las experiencias acumuladas en el curso de los siglos. Las abstracciones simbólicas que forman el conjunto sistemático de la cultura católica, arrolladas por el torbellino renacentista, dejaron paso a formas sensibles representativas de ideas comprensibles mediante el juego libre del mecanismo mental. La teología, que hasta entonces dominó en forma dogmática las realidades de la vida terrena, redujo la esfera de su acción específica a la jerarquía limitada de la vida ultraterrena, y la razón humana reivindicó su señorío autónomo sobre la realidad terrena.

La tendencia naturalista que inspira el conjunto de las ideas sobre los problemas terrenales en los que Cervantes proyecta sus personajes siempre humanos, el culto bien definido de la razón incluso para delimitar la autoridad de las cosas divinas, y la marcada influencia de los humanistas y de los clásicos, son los factores determinantes de la calidad renacentista de la obra cervantina, así como la simulación que a veces se parapeta en la locura y que se expresa siempre en la ironía, y la preocupación obsesionante por la ortodoxia formal y la revisión de tal cual pasaje de sus novelas en las que parece verse la mano protectora de sus Mecenas y editores, expresan la preocupación acaso obsesiva de Cervantes de franquear la censura del Santo Oficio que en alguna ocasión cayó, al parecer sin proceso formal, sobre alguno de sus capítulos.

De cada una de estas modalidades de la obra cervantista ha localizado Castro la comprobación precisa.

La heterodoxia renacentista de Cervantes no niega el fervor religioso que fluye a lo largo de todas sus obras, como el pensamiento objetivo del Renacimiento no condujo inmediatamente al ateísmo. Por el contrario, las grandes construcciones del pensamiento renacentista, base de la ciencia y del mundo nuevos, se hicieron bajo la recelosa mirada de Roma: Telesio, Campanella, Bruno, Galileo, Descartes. Los más altos espíritus renacentistas buscaban fórmulas para no romper abiertamente con la Iglesia. Montaigne se adhiere en conjunto a las verdades de la religión católica para poder pensar libremente, amparado en aquella fe genérica contra toda sospecha de la policía eclesiástica. Tasso dice que cree como cristiano y piensa como filósofo. Cuando Galileo expone en sus diálogos el nuevo sistema del mundo precavidamente presenta la tesis en forma hipotética, no obstante lo cual hubo de abjurar, en 1633, del sistema heliocéntrico, concebido por él, porque "el concilio prohíbe exponer las escrituras contra el común sentir de los Santos Padres"... y porque... "todos convienen en exponer *ad litteram* que el sol está en el cielo y gira en torno a la tierra con gran velocidad, y que la tierra está en el centro del mundo inmóvil".

Como hombre del Renacimiento, Cervantes fue católico, apostólico, romano, pero, paralelamente, sus ideas sobre la naturaleza y sobre la moral son heterodoxas porque nacen y se desarrollan al margen de las fuentes teológicas que durante la Edad Media impusieron su imperio a la razón a la que no dejaron margen para la iniciativa autónoma y cuya función limitaron a reflejar pasivamente el pensamiento revelado de la divinidad. "Como Montaigne, sin declararlo directamente, Cervantes maneja sus creaciones artísticas como si no existiesen penas y recompensas fuera de este mundo".

Esta concepción naturalista que acusa la huella de los humanistas en la obra de Cervantes y su consiguiente sentido crítico, llega incluso hasta revisar la arquitectura del dogma. No ataca Cervantes a las creencias fundamentales; pero no pocas veces ironiza sobre la conducta no ciertamente ejemplar de los eclesiásticos, sobre los rezos, sobre los santos, sobre los milagros y sobre todas las formas de superstición que hasta entonces formaban parte substancial del dogma medieval.

En este dominio de la razón autónoma Cervantes necesita defenderse del celo vigilante de los tribunales de la Inquisición. Esta precaución autodefensiva adopta formas diversas. La locura le sirve seguramente de escudo a don Quijote cuando por dos veces arremete contra

otros tantos cortejos religiosos que encuentra en su camino aventurero. Los alardes de ortodoxia que aparecen con frecuencia en los diálogos de sus personajes, parecen destinados igualmente a servir de escudo defensivo a los deslices irreverentes para las formas religiosas no siempre acatadas. Este alarde ortodoxo, dice Castro, es un "continuo curarse en salud, de nuestro Cervantes... La técnica consiste en dar medio paso adelante y uno hacia atrás. A veces la pluma corre indiscreta y entonces la rectificación es de violenta crudeza". No obstante, parece que la Inquisición puso manos, en 1624, en el capítulo XVII de la primera parte del *Quijote*.

En todo caso es notorio que la acción contrarreformista proyectó en las obras de Cervantes el efecto negativo que va implícito en cualquier forma de represión. La sombra siniestra de los agentes del Santo Oficio, en el caso más favorable, comprimieron la facultad creadora de los intelectuales y artistas de la época en la misma medida que la Contrarreforma redujo las posibilidades creadoras del Renacimiento.

Como cualquiera otra realidad del mismo signo, la acción represiva que los instrumentos institucionales de la Inquisición descargaron sobre los valores universales del Siglo de Oro español, es un secreto cuidadosamente guardado en los empolvados anaqueles a los que sólo los eruditos tienen acceso. Pero a través de las limitaciones que la tradición oficial ha impuesto a las investigaciones de este tipo, empieza a filtrarse algún dato de valor inestimable para la comprensión total del problema. En 1904, don Emilio Cotarelo demostró la hostilidad de que las instituciones oficiales de la monarquía absoluta y de la Iglesia romana hicieron objeto a las representaciones teatrales en España durante los siglos XVI y XVII. Contra ellas, dice Cotarelo, se levantaban los moralistas, los jesuitas, el Consejo de Castilla, la Inquisición y la voluntad real; y, sin embargo, el pueblo asistía en tropel a aquellos corrales incómodos para aplaudir y comentar con cariño las obras teatrales, en las que ve reflejados sus sentimientos y costumbres más arraigadas. Es el pueblo, sigue diciendo Cotarelo, quien acude a la autoridad real pidiendo la reapertura de aquellos locales, donde se divierte honestamente, aunque los moralistas afirmen lo contrario.

Precisados en tales términos los contornos renacentistas de la obra de Cervantes, resulta un corolario lógico que las academias falangistas repudien el valor de éstas. En esta última etapa de la vigencia del régimen franquista, las ambiciones hipertrofiadas de poderío bestial que

alimentan los sicarios de la Falange y que están causando estragos en la vida física y moral y en el decoro de nuestro país y de nuestro pueblo, se reflejan en la exacerbación correspondiente de todos los valores negativos de nuestra Historia. La España franquista justifica y exalta la leyenda negra que debemos admitir como realidad distinta de la verdad de nuestra España. La tradición cultural de nuestra España, de la que reivindican con nosotros los guerrilleros, los obreros y los campesinos, empieza en Séneca y continúa en Averroes y en Maimónides, en Berceo y en el Arcipreste, en Vives, Cervantes, Lope y Velázquez, en Goya y en Galdós, y se forma con los valores y con las corrientes que cada uno de ellos simboliza. La España negra que está sucumbiendo con el régimen franquista es la última supervivencia de la miseria física y moral de los godos, de las negruras de la Contrarreforma y de la crueldad de los carlistas.

Si Don Antonio Machado no se hubiese inmortalizado por el conjunto de su obra poética, bastarían para consagrarlo, entre los más excelsos valores de nuestra cultura, aquellos versos en que dio la clave de la patología de "la España inferior que ora y bosteza", encaramada hoy en el poder y en las academias, cuando diagnosticó a los hombres representativos de ella, como un subtipo de la especie en los que la función humana de pensar ha sido suplantada por el hábito selvático de embestir.

LE, 5 (07, 1947)

ACTO EN RECUERDO DE DON ANTONIO MACHADO ORGANIZADO POR *LAS ESPAÑAS*

[Palabras de] ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

A los ocho años de su muerte, la obra de Machado es ya un tesoro inagotable de poesía, un valor diáfano de nuestra lírica; una voz ya eterna que, por serlo, cada día se enriquece y cobra más vida; una voz entrañablemente española y popular que, después de cada relectura de sus versos, retorna a nuestra alma con la más pura luz de la poesía.

Es Machado el poeta auténticamente español de nuestro tiempo y es, a la vez, la cima ejemplar de la lírica de nuestros días. Mientras

por doquier se alzaban, en agresivo ademán invocador, nuevas voces, tumultuosas corrientes que buscaban angustiosamente nuevos suelos y subsuelos para la poesía, Machado abonaba con su canto la tierra secular, los temas eternos de la lírica y todo aquel encendido huracán de ismos, todo el viento helado de esa o aquella poética, pasaba por su lado sin estremecer en absoluto la roca firme de su poesía. Y ésta, como un árbol que se nutriera de jugos cada vez más vitales, crecía extendiendo la ancha sombra de sus gruesas ramas sobre débiles arbustos o fugitivas floraciones. Cima poética la suya conquistada a ley muchos años antes de su muerte y antes también de que Machado se convirtiera, en horas de soledad y de angustia para nuestro pueblo, en la expresión luminosa de su alma, en su clara conciencia, en su conciencia poética.

Los "puros" que hablan venenosamente de su poesía política o de su propaganda rimada de los años de guerra; los "puros" que esbozan una sonrisa compasiva o una mueca despectiva al leer su soneto a Líster, olvidan que esa poesía que tratan de escarnecer, no es más que la natural desembocadura de un ancho y sereno río lírico que arrastra las mismas aguas desde su nacimiento. Y los que fruncen los labios, en un forzado gesto de dolor por estéril sacrificio –según ellos– del poeta que compartió las amarguras de su pueblo, olvidan también que a esa poesía le habría faltado algo, si Machado no hubiera podido cumplir con su vida dolorida, con su muerte callada en el destierro injusto, esa palabra que había derramado por su obra.

De ahí que, al evocar hoy su muerte, nos haga temblar de emoción esa peregrinación de Machado con su pueblo a través del sufrimiento a la que sólo la muerte puso fin; ese ejemplo inapreciable de conjunción plena de vida y poesía, de palabra y conducta que Machado nos ofrece. Por encima de cualquier otro valor, pongamos hoy el de ese ejemplo maravilloso de fusión de vida y poesía ante la muerte. Destaquémoslo, sí, porque en estos años hemos visto también el reverso de la medalla: la traición de la vida a la poesía y, lo que no es menos grave, la traición de la poesía a la vida.

Si quisiéramos encontrar en su obra y su conducta una constante, que como una luminosa veta corriera una y otra vez, podríamos hallarla en su reconocimiento de un límite permanente que Machado se resiste a trasponer. Lo que anhela es mantenerse siempre dentro de ese límite que unas veces él mismo se ha trazado o que otras le ha sido

impuesto inexorablemente. Lo que más detesta es el afán de saltarlo, porque ello equivaldría en él a una huida, a una evasión. Fidelidad y evasión: contención y huida: he ahí los polos positivo y negativo que Machado ve en la poesía y en la vida misma.

El primer límite es el tiempo. La poesía es para Machado "diálogo del hombre con el tiempo" o "la palabra en el tiempo". Y la vida es para él un devorar tiempo. Saltar sobre el tiempo, huir de él, abrir puertas ilusorias por donde escapar, no sólo es una empresa estéril, condenada irremediablemente al fracaso, sino también una empresa sucia, de obscuro mérito, para el poeta y el hombre. De ahí que haya labrado ese postulado vital y poético que nunca ha traicionado: ser fiel al tiempo, a su tiempo. No huir, sino sumergirse en él hasta que toda la poesía rezume temporalidad, fidelidad al tiempo.

La guerra –qué mejor piedra de toque– nos mostró cómo Machado cumplió su palabra. Su poesía y su conducta jamás trataron de acogerse a muertos relojes que dieran una hora muerta, sino a la angustiosa y dramática, pero viva hora española. Machado fue fiel a su tiempo.

Poesía de límites, la suya. Ni más acá, ni más allá. En el punto exacto, en el nivel justo, en la hora de España.

Segundo límite: el hombre. Una poesía cargada de temporalidad, limitada en el tiempo, habría de ser, a la vez, una poesía profundamente humana, para la que todo lo extrahumano le fuera ajeno. Ni infrahumana, ni suprahumana. Sencillamente humana. Una poesía y una vida que reconozca también como valor supremo el de ser hombre.

De ahí que comentando el viejo adagio castellano: "Nadie es más que nadie", Machado, aguzando su fino oído de catador de las sentencias populares, lo interpretara así: "por mucho que valga un hombre nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre".

Ser hombre, así, a secas: he ahí el programa vital que Machado nos ofrece. Programa sencillo, en apariencia; programa que millones de españoles cumplieron y están cumpliendo hoy. Pero programa difícil para los Benavente, Ortega, Baroja o Azorín, que encontraron más fácil conservar ciertos valores antes que el valor supremo que Machado reconoce: el de ser hombre.

Machado, por el contrario, cumplió su palabra. La guerra española mostró en forma inequívoca su fidelidad a ese principio. Ni más acá, ni más allá del límite: nada más ni nada menos que toda ella, que cuando criminales bayonetas no le permitieron permanecer en ella y hubo de

cruzar sus límites, lo hizo tan sólo para abrazar la muerte. Tan hondamente latía su corazón con España. He ahí la lección, la ejemplar lección de su muerte. Machado murió en el momento en que se vio forzado a trasponer los límites de España.

Cuarto límite: el pueblo. Machado no puede comprender cómo es posible salir de él, huir de él. Fuera, sólo cabe el vacío espantoso del señoritismo. "En España –dice, y dice bien– casi todo lo grande es obra del pueblo." Fueron éstas palabras suyas pronunciadas en el momento en que el pueblo español demostraba que era digno de ellas. Pero años antes había dicho lo mismo: "Escribir para el pueblo ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos –claro está– de lo que él sabe."

Machado no quería pasar por encima del pueblo, encerrarse en una torre de marfil. Por ello, despreciaba a los filósofos que tratan de aterrorizarnos con fárragos de verdades muertas y "en tiempos de combate se dicen siempre *au dessus de la meléé*". Bien es verdad que "es más difícil estar a la altura de las circunstancias" que por encima de ellas. De ahí que los que hayan llamado a su poesía de guerra, poesía de circunstancias, lejos de herirle lo hubieran enorgullecido.

Toda la obra de Machado está impregnada de ese respeto, de ese amor al pueblo. Y su vida se conformó siempre a lo que había expresado su poesía. En la guerra, Machado no fue de aquellos que volvieron la espalda al pueblo, después de haber pasado toda una vida exaltándole en su obra. Machado estuvo a su lado, y de una manera viva. Nadie como él sufría con sus sufrimientos y compartía sus alegrías y esperanzas.

Recuerdo, a este propósito, una visita que le hice en Barcelona, para llevarle un obsequio de Líster y su comisario Santiago Álvarez, que hoy tras las rejas de una prisión de Alcalá de Henares justifica con su conducta ejemplar la fe y la esperanza que Machado siempre puso en nuestro pueblo. Sentíame feliz al encontrarme con la oportunidad de saludar a don Antonio y, de acercarme a él, con la timidez propia de un aprendiz de poeta. Me las prometía muy felices al poder hablar de su obra y en las horas trágicas que vivíamos imaginarme un poco en el mundo de la poesía de Machado junto a su propio creador. Pero en aquella entrevista, larga por cierto, apenas si tuve tiempo para articular palabras que no se refirieran al frente. Machado se interesaba por los aspectos, en apariencia, más insignificantes de la vida de nuestros

soldados. Como un padre que pregunta amorosamente por sus hijos, una sombra de tristeza y de rabia contenida cruzaba el rostro de don Antonio cuando le hablaba de las terribles condiciones en que luchaban nuestros hombres –acabábamos de sufrir el desastre del Este– y sus ojos brillaban con orgullo paternal cuando le exponía la decisión, la moral de nuestros soldados y las cualidades ejemplares de sus jefes, Líster y Santiago. Comprendí, entonces, cómo la voz que tantas veces había escuchado en la intimidad solitaria de la lectura de sus versos, era algo más que su voz personal: era la voz de nuestro mismo pueblo, su conciencia misma.

A nadie puede sorprender que Machado, el hombre que nunca hubiera podido vivir sordo a los dolores, amores, angustias y esperanzas de su pueblo, caminara con él paso a paso por el calvario de nuestra guerra. Y de ahí que él, que nunca hubiera podido encontrar una salida menos trágica, se incorporara a la dramática caravana que cruzó los Pirineos, fundido, como un soldado más, como un español más, con los hombres sencillos, pero fuertes de corazón, de su pueblo. Traspuso así los límites de su patria, pero sólo para toparse con el límite supremo: la muerte.

Para encararse con ella, el poeta estaba ya preparado. La muerte es cosa de hombres, había dicho antes. Saltar ese límite, no era pequeño problema. O como también dijera: "eso de saltarse la muerte a la torera no es tan fácil como parece... porque en todo salto propiamente dicho la muerte salta con nosotros". No; Machado no quería oír hablar de saltos ni de huida. Sí, él quería afrontarla cara a cara, sin narcóticos ilusorios, ni consuelos puestos más allá del tiempo, del hombre o de la muerte misma. Estoica, serenamente saludó a la muerte. Y en Colliure, al llegar ésta, se enfrentó a ella como siempre lo había previsto:

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje
casi desnudo, como los hijos de la mar.

Una vez más Machado reconocía el límite, esta vez el eterno límite de la muerte y se detenía en él, sin volver los ojos atrás, ni intentar la huida. De esta manera, en la muerte misma, su vida, por última vez, permanecía fiel a su poesía.

LE 4 (03, 1947)

ACTO EN RECUERDO DE DON ANTONIO MACHADO ORGANIZADO POR *LAS ESPAÑAS*

[Palabras de] JUAN GIL ALBERT

No es piadoso abrumar con honores al que no los quiere, ni los pide... Hay que respetar la modestia. No sabemos bien lo que hay en el fondo de todo esto. "Son decires de Juan de Mairena".

Una cosa es la poesía y otra, a veces muy distinta, los poetas. De otro modo no se comprende cómo la poesía hace decir al poeta, en tantas ocasiones, lo contrario casi de su vida, de lo que él es, dice y piensa diariamente, entre los hombres; de ahí que, cuando el poeta dedica un poema a la poesía, sea una expresión la suya, todo lo gozosa que se quiera, de queja, porque él como un hombre, se siente utilizado, seducido, arrastrado, por una voz que no es la suya y que ni siquiera le sirve para expresar, en muchas ocasiones, su pensamiento, sino que pasa por él apenas sin prestarle atención, le toma para sí el don de la palabra y huye como una extraña deidad en busca de lo suyo. El hombre queda entonces, como la ceniza que la brasa consumió, gris y helado, o como los parajes atravesados por el huracán, exhausto, ruinoso.

Del poeta, ¿para qué hablar? En muchos casos quisiera haber sido un padre de familia que apacienta a sus hijos, o un aventurero buscador de oro y de felicidad, o hasta en ocasiones, un héroe, con alas de pluma en los tobillos o en sus espaldas, según el credo que lo haya lanzado a la existencia. La realidad es bastante más modesta y hace de él, por ejemplo, un profesor de francés. No buceemos en su vida si no queremos desconcertarnos en un laberinto; de pronto, vemos cómo es posible que cuando un poeta toma en la vida, como hombre, una actitud pundonorosa, su numen decae y su pluma flaquea y, por contraste, ¡cuánto pilluelo y hasta tramposo y mal jugador sabe seguir derramando, sobre la cabeza de la humanidad, un fresco rocío! Repitamos aquí: no sabemos lo que hay en el fondo de todo esto.

A pesar de esa inspiración anónima que mueve a la poesía, le colocamos nombres, en nuestro afán de apoderarnos de las cosas, y recompensamos así con el laurel de Apolo a aquel que sintió pasar por su vida una sombra esplendente. La poesía de Antonio Machado suena a viejo, a antigüedad, aunque sea ésta una afirmación superflua tratándose de poesía, porque así como parece está presidida la vida intelectual

por una ley de renovación, para el espíritu que es la almendra de lo existente, nada hay nuevo bajo la luz de cada día y, si se derrumban los altivos sistemas y el tornasol de las modas se desvanece, ningún cambio viene a nublar el tedio sagrado de la llamada eterna. Todo está, desde el primer día, pero ¡cuidado, perezosos! desde el primer día hasta el último. Por eso en Maragall, tras tantos oleajes, sobrevive una porción de salud del alma homérica y en Rilke escuchamos estremecidos lo oracular, a Orfeo, viejo como la tentación de la muerte, y el mismo Baudelaire que abre a la poesía nuevos pastos terrenales ¿no es acaso un vestigio de la voluptuosidad asiática trepando como una yedra por el cuerpo cristiano? Nada hay en Machado, yendo y viniendo de su clase a su poesía, que no sepa, divagando por sus callejuelas, Bécquer, que no sepa ya, cabalgando entre sus castillos, Manrique.

Escritas estas palabras, leo a Machado y encuentro: "Las obras poéticas realmente bellas, decía mi maestro –habla Mairena a sus discípulos– rara vez tienen un solo autor. Dicho de otro modo: son obras que se hacen solas, a través de los siglos y de los poetas, a veces a pesar de los poetas mismos, aunque siempre, naturalmente, en ellos. Guardad en la memoria estas palabras, que mi maestro confesaba haber oído a su abuelo, el cual, a su vez, creía haberlas leído en alguna parte. Vosotros meditad sobre ellas."

Sigo hojeando y me recreo en aquello de:

Palacio, buen amigo,
¿está la primavera
vistiendo ya las ramas de los chopos
del río y los caminos? En la estepa
del alto Duero Primavera tarda,
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!
¿Tienen los viejos olmos
algunas hojas nuevas?
. . . .
Ya las abejas
libarán del tomillo y del romero.
¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?
Furtivos cazadores los reclamos
de la perdiz bajo las capas luengas
no faltarán...

Me quedo escuchando: no es nada, belleza, tiempo que pasa. ¿Qué nos dice? ¿Qué nos añade? Nada. Viene de lejos, pasa hacia la lejanía... Nos continúa, eso es todo.

LE, 4 (03, 1947)

ÚLTIMO SOL EN ESPAÑA

ENRIQUE RIOJA

El tibio sol invernal de Cataluña ilumina una triste escena.

Es mediodía. Un parque.
Invierno: Blancas sendas.
· ("Sol de invierno")

Y allí el poeta, sereno, camina al destierro; con él siguen la misma desdichada ruta otras personas, reunidas por azar del destino. En trance de abandonar sus lares, sienten la íntima desazón del próximo e inevitable desarraigo.

En los rostros el gesto de amargura de la derrota. No se sienten, sin embargo, vencidos; la vencida es su España; es ella la que les duele al igual que le doliera a aquel don Miguel de Salamanca.

La España de ellos es la vencida: la del romancero, la de San Juan, Santa Teresa y Fray Luis, la de los fueros y las cortes, la de las comunidades castellanas y aragonesas, la de la increíble hazaña americana, la del Siglo de Oro, la del Caballero de la Mancha, sometido, como ella, al engañoso arbitrio del bachiller Sansón Carrasco.

Entonces, como ahora, las aguas corren hacia el Caballero de la Blanca Luna: atuendo de oropel, títere resplandeciente que con armadura, adarga y lanza no logrará empañar los claros destellos alcanzados, por singular paradoja, ayer, hoy y siempre, por los españoles en derrota. De ellos es símbolo y paradigma el de la Triste Figura que cinceló con su brazo peregrina e imperecedera historia, a prueba de bachilleres y barberos.

De los que aparecen en esta histórica fotografía, y el que la obtuvo, que como es natural no está en ella, sólo dos sobrevivimos. Don Antonio, su hermano José, el doctor José Sacristán, neurólogo de claro

nombre, y el doctor José Royo Gómez, geólogo que dejó tras de sí una gran labor, y que fue el fotógrafo, son todos idos. El profesor Juan Roura y yo quedamos aún para contarlo; y esto es precisamente lo que me pide el amigo Anselmo Carretero, un recuerdo de aquellos días de hondas zozobras. Me pliego a su deseo ya que tiene indudable interés el evocar los momentos y las circunstancias en que se tomaron ésta y otra fotografía, ambas en el mismo día, hora y sitio. Las dos, quizás las últimas del poeta, ya que median pocas jornadas entre ellas y el final presentido en versos proféticos, tan conocidos.

Y cuando llegue el día del último viaje
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

Nunca quise relatar lo acontecido en estos últimos días en España que me tocó pasar cerca de Machado. Todo estaba impregnado de emoción, en los demás y en mí, que no me creí facultado para darla a todos los vientos. He leído varios relatos, pero ninguno desde luego exacto, y me temo que tampoco lo sea éste; los años y la lejanía han desvanecido recuerdos que se pierden o desdibujan.

La fotografía fue tomada el 25 o 26 de enero de 1939 en Cerviá de Ter, en la provincia de Gerona, en el alto que hizo una expedición de profesores y escritores organizada gracias a la atención cordial del doctor Puche. La mayor parte de los componentes de ella fuimos en unas ambulancias de Sanidad Militar. Poco antes de llegar a Cerviá se nos sumó un coche en el que venían Machado con su madre, su hermano y otros familiares. Juntos proseguimos al pueblo en el que permanecimos hasta el día 28 al anochecer, alojados en una masía. Estos días transcurrieron en torno al lugar fotografiado, en medio de tribulaciones y negros pensamientos, fáciles de imaginar. Don Antonio todavía, de vez en vez, hacía gala de un humorismo que dejaba translucir su estoicismo y la serenidad plena de su espíritu. La mayoría de nosotros estábamos despedazados. Era sin duda el que más dominio tenía sobre sí.

La noche del 27 al 28 llega uno de los doctores Trías, creo que Joaquín, con la triste y esperada nueva de que no quedaba otra opción que pasar la frontera. Venía con autorizaciones del Gobierno republicano para cada uno de nosotros y nuestros familiares, documentos visados por los representantes consulares franceses en territorio repu-

blicano. Algunos de los que todavía estábamos en situación militar recibimos autorización expresa de que podíamos salir de España. Al atardecer del día 28 nos vendrían a recoger algunas ambulancias de Sanidad Militar, como así fue.

En el momento de partir nos tocó ver cómo en las sombras del crepúsculo, y bajo la copa de añoso árbol, unos payeses procedían, prudentes, a quemar banderas republicanas y catalanas. El éxodo de gentes, los rumores, el tronar de bombardeos y nuestra presencia y marcha eran augurios inequívocos del próximo fin.

Después de unas horas de camino llegamos a una amplia y típica masía catalana, que después supe se llamaba Mas Faixat, deparada por la previsión del doctor Puche para que varias expediciones análogas a la nuestra se reunieran y pasaran en ella la última noche en la patria. En ella, catalanes y castellanos, comulgamos en el mismo y común dolor. Allí, en un viejo diván, don Antonio conversaba, pausado y sereno, con Navarro Tomás, Corpus Barga y otros. En algún otro lugar Carlos Riba hablaba, en un ambiente de tristeza, con un grupo de escritores. La luz mortecina, la desesperanza mucha y la fatiga que se apoderaba de nosotros, pese al inaudito y cordial esfuerzo de la familia Puche que se desvivía por entibiar trance tan amargo, creaban un ambiente que imagino es el de todas las retiradas ante el acoso de los vencedores que avanzan.

Al alba se emprendió la marcha, en varias ambulancias, hacia la frontera. Fue preciso rectificar varias veces la ruta ante las noticias que llegaban de ataques y evitar el paso por la congestionada Figueras. En este avanzar lento y vacilante la madre del poeta daba muestras de indudable y creciente desvarío, que dejaba al descubierto su maternal ternura. A la vista de un prado en el que quedaba algún ganado, tal vez en el momento en que el avanzar de los vehículos era más penoso y las circunstancias más apremiantes, intercedía con las señoras sentadas a su lado para que la caravana se detuviese. "¿Por qué no paramos? En aquel prado hay unas vacas. Antonio, el pobre, podría tomar un vaso de leche"; y, como éstas, otras expresiones, en las que el amor maternal perduraba en las tinieblas de la mente, surgidas al fragor de luchas, riesgos y azares.

Así prosiguió la marcha, subrayada por las incidencias habituales, según supongo, en toda retirada: unas trágicas, otras risibles y no pocas estúpidas, nacidas del miedo y el nerviosismo.

En la tarde soleada del 29 de enero llegamos a la frontera que por la parte alta de Port Bou está en una loma. Por ser más exactos a unos cientos de metros de ella. Los vehículos detenidos comenzaban ya a formar el tapón que más tarde fue extensísimo.

Royo Gómez, algún otro que no recuerdo y yo, nos dirigimos al pueblo para darnos cuenta de cuáles eran las posibilidades del paso a Francia. José y Joaquín Xirau, con Corpus Barga, se dirigieron al puesto fronterizo con igual misión.

Al regresar de la indagación infructuosa encontramos a Carlos Riba y a otros compañeros que optaban por pasar a Francia por otro lugar. Algunos incidentes con el personal de las ambulancias habían creado una situación tensa, propia del nerviosísimo ambiente, que terminó por alarmarles.

Los Xirau y Corpus Barga nos comunicaron que las autoridades francesas permitían nuestro paso y en el puesto fronterizo estaban los nombres de los expedicionarios que podíamos cruzar la frontera. Para no agravar la impaciencia de las gentes que esperaban pasar a Francia, que eran muchas, aguardamos al caer de la noche para salvar el medio kilómetro, o poco más, que nos separaba de la frontera. Llegado el momento cada uno de nosotros avanzó con sus familiares. A don Antonio y a los suyos se les hizo pasar apenas llegaron; a muchos de los demás se les fue llamando nominalmente. Recuerdo que no era nada acogedor, dado el estado de ánimo nuestro, el tener al otro lado de la cadena que separaba los dos países rostros senegaleses; es justo confesar, sin embargo, que no hubo en ninguno de ellos ni desatención ni brusquedad molesta en el cumplimiento del deber, establecido por las ordenanzas, en circunstancias tan poco habituales. Ya en Francia, después de llenar unos documentos con nuestros datos nos dirigimos al pueblo de Cerbere. Para don Antonio y los suyos se consiguió un camión de carga abierto en el que dudo hubiera asiento alguno. En tal medio de transporte no estuvieron a cubierto de la llovizna que hacía la noche desapacible y húmeda, aunque no cruda, a pesar del buen tiempo de la tarde.

Los demás, para evitar las vueltas prolongadas de la carretera, que alargaban el camino, fueron guiados hasta un atajo que se hacía más áspero de lo que era por lo desapacible de la noche y nuestra sombría situación.

En el grupo mío iban delante Navarro Tomás, que llevaba con garbo y prestancia sus años, que empezaban a pesar, y Ricardo Vinós, de-

seoso de alcanzar, como así lo hicieron, un tren que les condujo hasta donde estaban los suyos. Joaquín Xirau y Royo Gómez venían después, y en retaguardia íbamos el doctor Sacristán y su esposa y yo con la mía. Las dotes nulas de alpinistas de Sacristán y de mi esposa fueron la causa de que llegáramos los últimos a Cerbere.

Con don Pedro Carrasco, su esposa y su hijo buscamos cobijo en un cuchitril que conseguimos en una taberna las familias de Royo Gómez, Sacristán y la mía. Al día siguiente nuestro afán fue ponernos en contacto con los demás compañeros de desdichas.

Don Antonio pasó aquella noche, como las restantes de Cerbere, en una silla, frente a una mesa, en el café de la estación del ferrocarril. Nunca le vimos más al igual que como lo describiera Rubén Darío:

Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver
. . . .
la luz de sus pensamientos
casi siempre se veía arder.

Sus ojos reflejaban indecible tristeza, más honda aún que la de la noche anterior. Su porte sereno y su expresión tranquila daban a su gesto austero la típica dimensión castellana, que en él se fundía, de modo sorprendente, con su profundo espíritu andaluz.

> Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada –allí me casé; allí perdí a mi esposa, a quien adoraba– orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano.

Cambiamos pocas palabras, que es lo que acontece cuando hay mucho que decir. No me atreví siquiera a ofrecerle el chiribitil donde pasé, en compañía de otros, la primera noche de expatriado.

Mutuamente inquirimos noticias de los amigos. Supe entonces que Corpus Barga había salido para París: había ido en busca de mejor acomodo para el poeta.

Así transcurrieron un par de días. Corpus Barga regresó para conducir a don Antonio a la casita de Colliure, donde pocos días después encontraría su "barca amarrada a la otra orilla".

La despedida fue sobria y honda; a la puerta del café de la estación, que recogió su primer sentir de desterrado; pocas palabras, cargadas de emoción, y se fue apoyado en su bastón, aquél que le acompañaba en sus andanzas solitarias madrileñas. Marchó hacia el tren con los suyos y con Corpus Barga. Este momento fue de tanta emoción, y tan amargo, como el de transponer la línea fronteriza. Una estela de humo y un punto negro que desaparece en la lejanía. Esto fue todo, el recuerdo de este instante nos lleva al de aquellas disquisiciones del poeta en torno al cero integral, en las que, al alcance de su pensar sutil, y lejano, mezcla cierto tono de zumba, con lo que, tal vez, busca situar al lector en un plano, desvanecido e incierto, entre lo trágico y lo burlesco.

Toma el cero integral, la hueca esfera,
que has de mirar, si lo has de ver, erguido.
Hoy que es espalda el lomo de tu fiera,
y es el milagro del no ser cumplido,
brinda, poeta, un canto de frontera
a la muerte, al silencio, y al olvido.

(*De un cancionero apócrifo. "Al Gran Cero"*)

DLE, 4-5 (10, 1963)

Ensayos literarios

SOL Y SOMBRA DE DON JUAN MANUEL

FLORENTINO M. TORNER

En la primera mitad del siglo XIV español no hubo prosista que pueda compararse, por la variedad de la obra y el cuidado del estilo, a don Juan Manuel, cuyo centenario –el sexto de su muerte– celebramos este año de 1948, aunque no estemos absolutamente seguros de que su tránsito mortal haya ocurrido en 1348, pues los eruditos dudan entre esa fecha, los finales de 1347 y los comienzos de 1349. De cualquier modo, suele admitirse como más probable la primera de estas tres fechas, y no hay mal ninguno en que nosotros conmemoremos el centenario de la muerte de don Juan Manuel en el presente año, aun a pesar de las incertidumbres, ya que ningún mal puede haber en que se festeje todos los años, y hasta todos los días, la memoria de un escritor que lo merece tanto como el autor del *Libro de Patronio.* Infortunadamente, los manuscritos de las crónicas de Alfonso XI que siguió don Cayetano Rogeli para su edición de la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, se interrumpen en el año 1344, fecha en que, habiendo obtenido el rey de Castilla la devolución de Algeciras mediante tratos con el rey moro de Granada, recibió la villa nueva, en nombre y representación de don Alfonso, precisamente don Juan Manuel, el día 26 de marzo de 1344. Dice la crónica: "Et luego en este día todos los moros de la villa nueva pasaron a la villa vieja, et entregaron la villa nueva por mandado del Rey de Castiella a Don Joan fijo del Infante Don Manuel, que la toviese por el dicho señor Rey, entretanto que los moros de la ciubdat de Algecira se iban para Gibraltar." La villa vieja fue entregada al día siguiente. Me he detenido en este suceso porque es el último de los que refiere la *Crónica de Don Alfonso el Onceno* en que aparece como actor don Juan Manuel. Tenía el prócer escritor sesenta y dos años de edad. Hacía cincuenta que había comenzado su acción militar contra los moros del Sur de España. Habían pasado ya los días de acerba enemistad con Alfonso XI, de

quien estuvo a punto de ser suegro, y otra vez don Juan Manuel se había reintegrado al servicio de la corona.

La actividad política del ilustre escritor fue la parte sombría de su vida. Enemistades, recelos, ambiciones, intrigas, deslealtades y engaños dan a esa actividad unos tintes desapacibles e ingratos, que han sido divulgados por los manuales de historia de la literatura española, aunque no refieran con detalle los hechos en que se fundamenta la mediana opinión que don Juan Manuel merece por este lado de su personalidad. Tampoco yo voy a detenerme en reseñarlos, porque me interesa mucho más señalar la parte luminosa de aquella vida en que se compendiaron todas las contradicciones de una época violenta y complicada, piadosa y brutal a un mismo tiempo. Esa parte luminosa de su vida es la que el turbulento prócer dedicó a la creación literaria. Para conocerla contamos con documentos de un valor singular, como son los propios escritos de don Juan Manuel, pues fue hombre que se cuidó mucho de su producción literaria y frecuentemente hace a ella referencias importantes en las páginas de sus obras. Como buena parte de éstas se ha perdido, no podemos saber con absoluta certeza cuántos y cuáles libros salieron de su pluma; pero él mismo nos los da catalogados al menos en parte, en algunos textos muy conocidos. Así, por ejemplo, en el prólogo al *Libro de los exemplos del Conde Lucanor et de Patronio*, como titula su obra más conocida cuya primera parte fue escrita entre 1328 y 1332, dice, hablando en tercera persona, como lo hace con frecuencia: "Et los libros que él ha fecho fasta aquí son éstos: *La Corónica abreviada, el Libro de los Sabios, et el Libro de la Caballería, el Libro del Infante, el Libro del Caballero et del Escudero, el Libro del Conde, el Libro de la Caza, el Libro de los Engaños, el Libro de los Cantares.*" Son, pues, nueve títulos en los que se manifiesta extraordinaria variedad de intereses intelectuales: la historia, la moral, la política, la educación y conducta de reyes, caballeros, eclesiásticos y personas de otros estados, la guerra, la caza, la narración literaria en prosa, la poesía, tienen su lugar en el catálogo. Por otra parte, en el prólogo general que escribió para el códice en que hizo copiar cuidadosamente todas sus obras escritas hasta aquel momento y que depositó en el convento de dominicos que había fundado en su villa de Peñafiel, el número de títulos se eleva a trece, pues añade a los anteriores el *Tractado sobre las armas que fueron dadas a su padre el Infante Don Manuel*, el *Libro de los castigos que hizo para su fijo*, *La Corónica complida* y el *Libro de las reglas como se debe trovar*. Otra

vez la historia, la educación y la poesía habían ocupado largamente a don Juan Manuel.

No es cosa muy fácil establecer con todo rigor el catálogo de sus escritos, porque en sus mismas páginas y en las de algunos escritores posteriores varias de esas obras andan citadas con títulos diferentes. *El Libro del Infante* titulábase también *Libro de los estados*, y el de los castigos o consejos para su hijo se llama en ocasiones *Libro infinido*, es decir, libro inacabado, porque don Juan Manuel lo consideraba como una obra perpetuamente abierta a las adiciones que la experiencia le iba dictando. Es particularmente sensible la pérdida de dos de sus libros: el de los cantares y el del arte de trovar. En el primero sin duda habría recogido don Juan Manuel lo mejor de su producción poética contemporánea y puede suponerse que muy diferente en tono e inspiración de la del más grande de los poetas españoles medievales, aquel exuberante y mal disciplinado clérigo que se llamó Juan Ruiz y fue arcipreste de Hita. En el segundo tendríamos hoy, de haberse conservado, el primer tratado de versificación castellana. Sabido es que era costumbre general de los poetas castellanos de aquel tiempo versificar en lengua gallega, de lo cual había dado preclaro y estimulante ejemplo Alfonso el Sabio. Sus *Cantigas* constituían una obra que valía no sólo poéticamente, sino como muestra y modelo de innumerables combinaciones métricas y estróficas que, usuales y ya viejas en la poesía galaico-portuguesa, aún no habían sido ensayadas en la poesía castellana. Por eso, los poetas que introdujeron en esta última la variedad de metros y estrofas aprendida de aquélla solían presentar sus poemas como cosa que valía por sí misma poéticamente y además como modelos para enseñanza de sus continuadores. Según declara el propio Juan Ruiz, su gran poema misceláneo era eso, un poema, y a la vez un verdadero tratado, por ejemplos, del arte de versificar. La misma doble y simultánea tendencia poético-didáctica se advierte en don Juan Manuel, aunque más taxativamente diferenciada en sus dos direcciones: el *Libro de los Cantares* era quizás un libro de poesía pura y el *Libro de las reglas como se debe trovar* constituiría la expresión doctrinal de la estética y la versificación que el autor practicaba. El libro de versos de don Juan Manuel es anterior en pocos años al de Juan Ruiz, pues probablemente fue compuesto antes de 1330. Tuvo la gran fortuna de conocerlo ya en pleno siglo XVI Gonzalo Argote de Molina, primer editor del *Libro de Patronio*. Desapareció después y no ha vuelto a tenerse noticia de él hasta ahora mismo.

Ese *Libro de los Cantares* pudo haber sido, de habérsenos conservado, el mayor timbre de gloria de don Juan Manuel, a quien quizás habría que considerar como iniciador de la gran poesía lírica culta de la Edad Media española. La épica contaba ya con mucho tiempo de florecimiento. Que había igualmente una lírica popular castellana más antigua puede darse por averiguado después de las investigaciones de Menéndez Pidal. Pero una gran lírica culta, rica en temas, metros y combinaciones estróficas, aunque todavía impregnada de elementos populares, no existió hasta el Arcipreste de Hita. Si conociésemos la obra de don Juan Manuel, es seguro que él, y no el gran arcipreste, habría de ser considerado como iniciador y primer maestro de esta poesía.

Le basta, sin embargo, a don Juan Manuel su arte de prosista para seguir viviendo en la literatura española. La prosa literaria de alto rango era invención reciente. En realidad, nació en la corte de Alfonso el Sabio, tío de don Juan Manuel, por obra personal del monarca y de sus colaboradores. El genial instrumento llegó a las manos del ilustre sobrino cuando aún estaba en sus primeros pasos, con las coyunturas sintácticas torpes y envaradas por falta de ejercicio. De todos modos, la prosa de Alfonso el Sabio había sido una revelación maravillosa para las gentes letradas de su tiempo, las cuales sin duda pensarían: ¡De manera que con este idioma nuestro, el que usamos para entendernos en los usos cotidianos, este humilde y torpe idioma, ya se pueden lograr obras de tanto vuelo, y ello sin necesidad de acudir a los artificios sutiles del verso, sino en prosa llana! Se ha señalado muchas veces la rendida admiración que don Juan Manuel sentía por la obra de su tío el Rey Sabio. Don Juan Manuel admiraba en su insigne pariente y maestro la copia de conocimientos y de doctrina que manejaba en sus monumentales libros; pero quizás admiraba más todavía el arte raro y nuevo con que acertaba a exponer materia tan varia y dificultosa. Don Juan Manuel, en efecto, sentía admiración ilimitada por el estilo de su tío, y es seguro que aquel estilo formó su criterio estético-literario y su propio estilo de prosista. Porque el primer libro en que ensayó sus dotes de escritor fue un resumen de la *Crónica General de España*, magna obra del rey Alfonso; y en el prólogo que escribió para ese compendio expresó su admiración por el gran modelo con palabras muy significativas: "Et púsolo todo complido, et por muy apuestas razones et en las menos palabras que se podía poner". Claridad, elegancia,

concisión: éstas son las cualidades que don Juan Manuel admiraba en la prosa de Alfonso el Sabio y las que él se propuso lograr en la suya propia. Aunque el instrumento era rudo y todavía poco dócil y flexible, don Juan Manuel se esforzó de tal suerte, que logró superar al modelo, porque es cosa indudable que su prosa es ya más rica, flexible y matizada de tonos expresivos que la de su tío. Don Juan Manuel lo sabía, ciertamente, y se complació en reconocerlo y afirmarlo, aunque poniendo la ventajosa opinión en boca ajena, en el capítulo XC del *Libro de los estados*: "...et como quier que este libro fizo don Johan en manera de fabliella, sabed, señor infante, que es muy buen libro et muy aprovechoso, et todas las razones que en él se contienen son dichas por muy buenas palabras et por los más fermosos latines que yo nunca oí decir en libro que fuese fecho en romance, et poniendo declaradamente complida la razón que quiere decir, pónelo en las menos palabras que pueden seer". Advierte Menéndez Pidal que "fermosos latines" no quiere decir "latinismos", sino "expresiones elegantes". Conviene, en este punto, hacer una observación. Suelen repetir los eruditos que don Juan Manuel no sabía latín. Es cierto que en la introducción al *Libro del Caballero et del Escudero* le dice a su cuñado don Juan de Aragón, arzobispo de Toledo: "...enviovos, yo que so lego, que nunca aprendí nin leí ninguna sciencia, esta mi fabliella, porque si vos della vos pagardes que la fagades trasladar de romance en latín...", donde parece confesar su incapacidad para hacer por sí mismo una traducción latina aceptable de la obra. Pero, aunque no dominase el latín lo bastante para escribirlo con la corrección que en su tiempo se exigía, es indudable que lo conocía suficientemente para traducirlo con acierto, pues en el mismo texto que acabo de citar nos informa de que su cuñado el arzobispo le había remitido un libro suyo sobre el *Pater Noster* para que lo trasladase de latín en castellano.

Elegancia, claridad, concisión: éstas son las condiciones que repetidas veces pide don Juan Manuel para el estilo. A su hijo don Fernando le aconseja cómo ha de dar respuesta a las cartas en los siguientes términos: "guisad de la dar respondiendo a todas las partes de la carta en las menos palabras que pudierdes con verdad et derechamente". Por la elegancia se esforzó don Juan Manuel con gran empeño: "...fiz este libro –el de Patronio– compuesto de las más fermosas palabras que yo pude..." La claridad le preocupó con insistencia pareja, a fin de que lo entendiese todo el mundo, aun los no letrados, según explica en los

prólogos de las partes segunda y cuarta del mismo libro. Pero nunca falta un consejero peligroso. Don Jaime de Exérica, gran magnate aragonés y "uno de los homes del mundo que yo más amo" –dice don Juan Manuel–, le recomendó que escribiese en términos más encubiertos y revesados, para que únicamente lo entendieran las inteligencias más sutiles y penetrantes. No quiso don Juan Manuel negarse a estos requerimientos de su mejor amigo, y así escribió en estilo poco declarado las últimas partes de su libro de cuentos, que son nada más que repertorios de proverbios y máximas de conducta. Pero lo hizo contra su gusto y convicciones, por lo cual repetidamente pide disculpa: "...et los que non las entendieren non pongan culpa a mí, ca yo non lo querría facer sinon como fiz los otros libros, mas pongan la culpa a don Jaime que me lo fizo así facer, et a ellos porque lo non pueden o non quieren entender". Por donde se ve que la inclinación al hermetismo y a la obscuridad rebuscada no son cosas recientes en la literatura, y que aquel señor don Jaime de Exérica se adelantó en muchos siglos a los gongorizantes y a los entusiastas de su tocayo el irlandés James Joyce.

LE, 11 (01, 1949)

LA DONCELLA Y EL DONCEL DE ÁVILA O LOS CASTELLANOS INTERIORES

RAMÓN SENDER

Acaba de salir un libro, *L'âme des peuples* de André Siegfried, en donde se analiza más razonable que inspiradamente –a la manera francesa– el alma de diferentes pueblos europeos y anglosajones. De los españoles no dice nada, quizá por considerarnos materia candente de controversia. En este libro el autor afirma que los ingleses no creen que dos y dos sean cuatro. En eso, españoles e ingleses están de acuerdo. En España tampoco dos y dos son cuatro. Puestos a hablar por cifra se podría decir que para los españoles uno más N menos N es igual a X; una X que es el todo.

La verdad es que el único país de occidente que se ha atrevido a dramatizar la noción del todo es España y más concretamente Castilla. Con Santa Teresa y San Juan de la Cruz ha hecho Castilla un curioso

milagro sin el cual la cultura moderna estaría incompleta. El milagro al que se refería angustiosamente el platonismo ateniense y al que dirigía más tarde sus místicos esfuerzos la escuela alejandrina. Teresa de Jesús podría haber sido llamada la Rosa de Alejandría, reservando la *rosa mística* (la de la letanía de origen musulmán) para la otra Virgen, la Virgen María. La Rosa de Alejandría, encarnada de noche y blanca de día, de la canción. Santa Teresa hubiera sonreído, feliz. Le gustaba saber que agradaba físicamente. Nunca hubo una santa menos beata.

Los ingleses son tan irracionales como los españoles. Y se precian de serlo. Se precian a la manera inglesa, silenciosa y modestamente. Los españoles no nos preciamos de nuestra irracionalidad pero la cultivamos con fruición, a solas con nuestra sombra, buena o mala (por cierto que la *mala sombra* andaluza es una superstición muy anterior a la era cristiana). Como al parecer son los locos los que hacen las cosas, ingleses y españoles han hecho casi todo lo que hay de importante en la historia moderna. Los ingleses inclinaron su irracionalidad hacia el ángel de luz satánico –vendieron su alma al diablo de la *praxis*– y se hicieron los amos del mundo. Los españoles inclinaron su irracionalismo hacia los ángeles que llevan el subfijo semítico *el*: Gabriel, Rafael, Miguel, Uriel, Azrael. (Este último es el ángel moreno que separa las almas de los cuerpos de los muertos.) Santa Teresa estuvo toda su vida muy ocupada en la tarea de la discriminación. Tenía miedo a confundir las señales luminosas y cuando se le aparecía el ángel en el presbiterio, a veces en el acto mismo de la comunión, lo miraba con recelo y por consejo del confesor "le hacía la higa". Parece que el ángel satánico tenía una susceptibilidad muy castellana para ese gesto de burla que los pilluelos de Madrid prodigan tanto.

Entre bromas a lo divino y veras montañesas (de Gredos) Teresa de Jesús hizo la discriminación para siempre. Optó por Azrael y le enseñó a trabajar con cuerpos vivos que se rendían al milagro y quedaban exhaustos e inánimes mientras el alma se iba al centro de un universo único –si se puede aceptar la redundancia– que por extraño misterio no estaba entre las galaxias sino en la cámara nupcial más íntima y secreta del castillo interior. La edificación de este castillo interior es el verdadero milagro de Castilla y los místicos llegaban a la cámara más íntima desandando el camino de lo plural a lo dual y de lo dual a la unidad de origen. Lo hicieron como se ha hecho casi todo en las letras españolas: de una manera tangible y dinámica. Todo en España ha sido y es

acción. Y la acción es –no lo olvidemos si queremos estar bien con nosotros mismos– virginidad. La virginidad de la existencia en el hombre infinito, tan infinito como el universo (tan dudosamente infinito como el universo, si se prefiere la física a la metafísica). La experiencia y la conclusión empírica son signos más que de madurez, de vejez y de muerte. A pesar de su ancianidad Castilla es un mundo virgen gracias al castillo interior que la define mejor que el de la Mota o el de Segovia. La virginidad de Castilla es una virginidad definida por la acción absoluta cuyos oficiantes más conocidos en el mundo son la doncella Teresa y el doncel Juan.

Por el hecho aglutinador de Castilla toda España es en cierto modo virginidad. La rosa mística y el macho cabrío –el diablo– mezclan sus olores y la síntesis es una suerte de doncellez moral aislada, asediada y en dramática busca de sus bodas con lo real absoluto. Ese olor de España –entre macho cabrío y rosa– es un olor metafísico. De una manera fácilmente parabólica se podría decir que la influencia de Teresa y Juan fuera de España ha sido no filosófica ni lírica sino olfativa. Ese olor es el olor de la virginidad "a lo divino". Y la virginidad, cualquier forma de virginidad, es esperanza. En cada virgen está viva toda la esperanza de la *humanidad irredenta.* Es así como ven los católicos el misterio de la Virgen María, que dio a Jesús. España es por nuestra manía de la virginidad física y metafísica el país de la esperanza.

Baudelaire decía que los españoles ponen en la religión la violencia del amor. Es una de esas verdades de ida y vuelta que permiten trasponer los términos: en el amor, la violencia de la religión. El afán nos hace a veces redundantes y eso se ve en los nombres de las vírgenes de los altares: Virgen de la Esperanza (esperanza de la esperanza), Virgen del Amor Hermoso, Virgen del Consuelo, etc. Nuestras imágenes tienen labios y párpados voluptuosos y algunas el corazón descubierto y traspasado de puñales. Esos puñales no son sino el precio del derecho a la virginidad absoluta. La verdad es que toda la violencia de nuestra historia –esos ríos de sangre antigua y también, ay, reciente– no han logrado desvanecer ni desvirtuar la virginidad consubstancial de lo español. ¿Cómo podía ser de otro modo? Igual que los puñales de plata en el corazón de la esperanza, esa sangre es el precio castellano de nuestra esperanza viva. La expresión más simple y directa de esa virginidad, toda acción y anhelo, está en estos versos archiconocidos de Juan de la Cruz, que Santa Teresa parafrasea a menudo en su propia obra:

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero

Hasta en lo formal, esa manera de sentir rebosa de acción, de virginidad. En esos tres cortos versos hay cinco verbos activos.

Nuestra cultura no es una cultura de conclusiones ni experiencias –ni causabilidad ni correlatividad ni empirismo alguno– sino de asunciones y de alientos. Según dice André Siegfried en el libro antes citado la conclusión razonada queda para los franceses, la disciplina en la experimentación para los alemanes, la realización mecánica y la eficiencia para los americanos, la aventura práctica para los ingleses. A nosotros nos queda –no lo dice Siegfried, pero lo saben todos– la peripecia inefable, el hacer cosas sin nombre. En el castillo interior o en los espacios abiertos del mundo. A veces es trapisonda y locura –los locos son para nuestros tíos carnales, los musulmanes, gentes tocadas de divinidad– y a veces es prodigio, pero siempre con una esencialidad indecible. A esto se debe quizá entre otros motivos que no hayamos hecho nada perfecto y no estoy seguro de que haya que lamentarlo o no. La perfección es una conclusión a la que se llega por una cadena de limitaciones y deslindes. No hay que creer en la perfección humana. La única cosa perfecta que el hombre puede hacer es –turbadora evidencia– morirse. Una cosa sobre la cual todos carecemos de experiencia. Nuestros hechos españoles, en la realidad absoluta del castillo interior o en la relatividad de los espacios mensurables, son hechos vírgenes. Hay acción virgen como hay miel virgen y hierro virgen. Y tan viva y suficiente en sí misma es nuestra acción que a menudo carece de dirección y de propósito. Cuando esa acción va dirigida a Dios es más virgen que nunca. Se pierde nuestra alma en brazos de Azrael. Y se disuelve. Pero no es una disolución en la nada sino en el todo. No es muerte sino vida. Todavía vida. O más vida que nunca. Para entender todo esto hay que ser religiosamente enemigo de los dogmas y de las iglesias. Esa especie de anarquistas de lo absoluto que eran los místicos castellanos y su hijo aragonés Miguel de Molinos.

En lugar de "perfección" digamos otra cosa. Por ejemplo, "plenitud formal". Lo que literariamente se acerca más a la plenitud formal en Santa Teresa es su confesión, su autobiografía, pero es porque

toda ella es acción. Acción expresada también dinámicamente, con una abundancia asombrosa de verbos. La escribió al mismo tiempo que en otro lugar del mundo Bernal Díaz del Castillo escribía su aventura de Méjico y nunca se han dado dos estilos más semejantes en lo que ahora se llama el ritmo interior. La reversión reflexiva es siempre en la santa otra forma de acción. Acción interior con objetos, distancias y accidentes, superponiendo lo real absoluto al tiempo que fluye. Dice Teresa de Jesús hablando de sus obras que son irregulares, faltas de orden y "sin pies ni cabeza". Podríamos creerla, a veces, si no amáramos tanto esa cálida acción –esa virginidad– que todo lo invade por encima y por debajo y por los intersticios de las palabras. Si abrimos al azar *Las Moradas* encontraremos experiencias curiosas: "Estaba yo pensando por qué era Nuestro Señor tan amigo de la humildad y púsoseme delante, sin considerarlo, que es porque Dios es suma verdad y la humildad es andar en verdad. Que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros sino la miseria y ser nada. Y quien esto no entiende anda en mentira. Y quien más lo entienda agrada más a la suma verdad porque anda en ella." Como decía antes hasta en la forma se ve esa tensión de la acción ávida y esa prisa temerosa de que el tiempo del universo no baste a la necesidad de la entera proyección. Verbos, verbos, verbos. Véase en cambio la escasez de verbos en algunos –casi todos– de los estilistas modernos, escasez que les lleva a renunciar a la narración y a preferir la descripción inánime y estática.

Con la poesía de Santa Teresa sucede lo mismo:

Alma, buscarte has en mí
y a mí buscarte has en ti

hace decir a Dios atribuyéndole un paralelismo por trasposición. Pero donde la inconsciente pasión del verbo llega al extremo es en las cancioncillas, villancicos, coplas y otros poemas menores:

Este niño viene llorando,
mírale, Gil, que te está llamando.

El verbo activo es lo más puro y virginal de la expresión y salva a menudo la de Santa Teresa como la acción nos salvará a los españoles

en la historia si tenemos salvación. El español no se resiente de la impureza formal a cuenta de la virginidad de la acción que excluye esa dosis de muerte que hay en lo perfecto. Yo he visto en Arizona que los indios cuando dibujan sus mantas y sarapes, lo mismo que cuando tallan sus figuras en madera, hacen deliberadamente algo incorrecto: una cabeza con un solo ojo, una mano con tres dedos, etc. Los indios dicen que por esas imperfecciones sale el diablo que duerme en la materia. Yo lo entiendo dando a ese diablo la perfección mortal del ángel de la luz –el ángel de la praxis relativa– al que Santa Teresa le hacía la higa. No hay otra perfección accesible que la muerte, pero, como decía antes, esa perfección de la muerte puede ser y es todavía para los místicos acción virgen y sin conclusiones cuando es unión con Dios –vida eterna–. La influencia de los místicos españoles y en general de los españoles todos fuera de España consiste principalmente en la poderosa fuerza de proyección que da a su cultura la acción –exterior e interior– con su implícita falta de perfección, es decir, la virginidad a lo divino.

Nuestros místicos han influido en el pensamiento filosófico y poético moderno no por atributos de forma sino por ese transcender en el aire del tiempo que determina los grandes contagios. En 1906 decía Bergson a Jacques Maritain: "He leído a Santa Teresa. La verdad es que los filósofos debían ser más místicos y los místicos un poco más filosóficos." La imperfección filosófica de *Las Moradas* no ha impedido a ese libro tener una enorme repercusión en la filosofía moderna, incluso en Bergson. El que ha influido formalmente es Juan de la Cruz. En el caso de San Juan de la Cruz la forma, la incongruencia lírica –"toda incongruencia es en su base poesía", dice un místico alemán de nombre hispanizante, Novalis– anticipó en el siglo XVI la mayor parte de las formas de la poesía lírica europea del siglo pasado y como es natural muchas de las asociaciones poéticas de autores españoles como Juan Ramón Jiménez. Viene también de San Juan de la Cruz el gusto de Jorge Guillén por las antítesis líricas. Pero la desnudez de espíritu de la que habla a menudo San Juan de la Cruz es especialmente cara a los poetas ingleses desde Blake a Dylan Thomas. En cuanto a los franceses aparece mejor que en ningún otro en Paul Valéry. Simbolistas y parnasianos rehuían esa desnudez natural y preferían los disfraces angélicos o satánicos de una sensualidad medida, calculada y cartesianizante.

Durante la última guerra una bomba alemana destruyó en Kensington una iglesia de monjas carmelitas y una poetisa, Kathleen Raine, escribió:

...y aquella monja grande –la de Ávila
que amó tanto a ese Rey tan cruel con sus amigos
ha de mudar de casa otra vez– a menudo
lo hizo y siempre halló que el Señor la esperaba.

Como no se puede hablar de la virginidad a lo divino de Santa Teresa sin referirse también a San Juan de la Cruz, más adelante añade:

...Y San Juan de la Cruz siendo poeta estaba
dondequiera a su gusto y nada le importaba
tener los cedros o la noche por albergue.

La bomba alemana que despertó en algunos poetas ingleses el recuerdo de los nombres de nuestra doncella y nuestro doncel y que llevaba dentro los ángeles de luz satánicos, era una bomba del mismo origen que las que destruyeron Guernica con la bendición de una parte de la alta iglesia. Santa Teresa diría que Dios se sirve de todo para llevarnos a la verdad. A la difícil verdad. A la verdad que ciega a la mayor parte y que conduce a los menos. Santa Teresa y Fray Luis de León y San Juan de la Cruz que conocieron la persecución y la reclusión por el Amado –la Iglesia les hizo sentir ese rencor que tienen todas las instituciones dogmáticas por cualquier forma de creación– debieron sonreír desde su empíreo.

De la influencia literaria de San Juan de la Cruz fuera de España no hay todavía nada escrito, al menos que yo sepa. Al margen de cualquier intención erudita mi impresión es que hay que entender esa influencia como un contagio fuera de los intereses del tiempo. La desnudez de espíritu gusta hoy más que nunca de formas de voluptuosidad intelectual que se expresan así en San Juan de la Cruz trescientos años antes de Mallarmé y Rimbaud:

Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado...

No hay en ningún idioma una síntesis más audaz y más sugestiva de la violencia y de la majestad de la inclinación sensual. Cuando San

Juan explica esos versos a la Jerarquía romana, recelosa, dice: "Entiendo por cuevas de leones las virtudes que posee el alma en ese estado de unión. La razón es porque las cuevas de leones están muy seguras y amparadas de todos los demás animales; porque teniendo ellos la fortaleza y la osadía del león que está dentro, no sólo no se atreven a entrar, mas ni aun junto a ella osan parar". En el mismo poema habla del "toque de centella", de las emisiones del "bálsamo divino" y de

...aquel solo cabello
que en mi cuello volar consideraste.

También se refiere al "lecho de púrpura tendido", "de mil escudos coronado". No es la perífrasis retórica lo que interesa, ni el hipérbaton latinista –aunque lo encontramos en los versos últimos– ni otros recursos de estilo con los que todos los poetas de la época obtienen efectos brillantes. Nada de lo que importa está en lo formal ni en lo estilístico –disfraz o gala natural– sino en la desnudez, en la desnudez de la acción espiritual. Algunos poetas ingleses de hoy alcanzan esa desnudez y la expresan –un verbo por verso, al menos, pues nunca insistiremos bastante en la virginidad milagrosa de la acción–. Así la misma Kathleen Raine, familiarizada al parecer con San Juan de la Cruz, dice:

...y mi inquietud la paz del abismo sondea
y en mi hondura abatida, Señor, Tú te levantas;
tu gran reino de amor mide la lejanía.

El amor a lo divino rige el mundo de nuestras distancias. Desde los santos castellanos viene sucediendo así en la poesía. Blake recurre a la doncella y al doncel como hacen sus seguidores cuando en Francia o en Alemania o en Inglaterra se quiere ir al otro lado de la esfera del aire, de la gran burbuja irisada de lo real.

La poesía alemana reciente, Rilke sobre todo, y casi toda la poesía inglesa y americana, se inclinan del lado de ese mundo de lo real absoluto en el que los amantes castellanos transidos –amantes paralelos, no convergentes– eran maestros naturales. Entraban en lo real absoluto por la supresión de los intereses de temporalidad, ejercicio en el que alcanzaron una maestría que todos les reconoceremos mientras alumbre el sol. Los estados más inefables de la lírica moderna (incluso los de la

poesía francesa, a pesar de su frecuente carácter discursivo y ergotizante) se pueden referir a algunos de estos estados definidos de una manera convincente hace cuatro siglos por la doncella y el doncel del castillo interior: meditación, edificación, contemplación, arrobo, avidez, trance, deliquio, éxtasis y unión con lo eterno. Desde Eliot, por hablar del más "conservador" de los vivos hasta Dylan Thomas, a quien se considera todavía el más novedoso en la corriente que llaman neorromántica. Cuando Eliot dice: *"I have smelt them, the death-bringers"* (Yo conozco su olor, son los que traen la muerte) y habla de la salvación y escribe el Tú teológico con mayúsculas, está ya en esos espacios donde el tiempo arremansado se diluye poco a poco placenteramente en lo eterno. Valéry había blasfemado cuando dijo que el universo es un error en la perfección del no ser (la *perfección* del *no ser*, ajena a nuestros místicos y a la virginidad de la acción castellana), pero también dijo más tarde: *"Nous autres, civilisations, nous savons maintenant que nous sommes mortelles"*, reflexión que es como una puerta abierta a la perfección sensual e intelectual del morir. La parca joven de Valéry es una muerte virgen, todavía esperanza. *"L'espoir est le seul bien que le dégout respecte"*, dice Vauvenarges, otro francés. En lugar de *l'espoir* podría decir *la virginité.* Pero esta segunda forma es más bien española.

Cuando leemos poesía inglesa –los ingleses son los parientes ricos de la poesía europea y americana moderna– nos sentimos en la corriente de la vaguedad de lo inefable, tan dulce para los poetas de Castilla. Por ella se hace accesible el absoluto amor. Dice una poetisa nieta de españoles, Victoria Sackville-West:

> ...mi soledad comparte un nuevo compañero
> forastero en mi casa, solitario conmigo.

Ese compañero es una sombra, la de dios o la de la muerte afirmativa (la doncellez de lo eterno cuyas representaciones podemos decir dónde están y qué hacen pero no lo que son). La voluptuosidad de la muerte a la manera castellana está a menudo en las interlíneas de la poesía inglesa. En todos los poetas es virtud menos en Joyce –pero los teólogos aceptan que Dios prefiere el pecador al hombre estúpido. Dice e. e. cummings:

Muerte, diré que tienes riquezas no soñadas
si de ellos haces presa
y lo demás te huye
(aunque dure el amor un día y nada
sea la vida, siempre iré besando).

Hablar con la muerte dulcemente y sin el terror primitivo es considerarla vida y no sólo vida sino nupcia. Una actitud parecida, aunque menos afirmativa, es la de Edmund Blunden cuando escribe sin miedo o con un miedo de amante febril y sin noticia cierta de su propia ansiedad:

...frente a la vasta luz del día de los niños
frente a la rosa, al cielo sombrío y los tambores
enloqueciendo un día sin duda moriremos.

Y una exaltación alegre y hedonística –más allá del morir– es la del mismo poeta en otro poema:

...con ávida mirada
piensa de qué floridos laberintos mis alas
se remontaron. Mira,
también el arco iris conocerá la muerte.

Peter Quennell dice que tiene hecha una mortaja que *"los aromas de la muerte guarda como en pliegue de mármol doblada toscamente"*. Esa voluptuosidad de la muerte no es decadentismo posromántico sino virginidad a lo castellano. San Juan de la Cruz hubiera amado a esos hermanos rezagados en las nieblas del Támesis.

En Kathleen Raine hallamos a menudo el lenguaje de San Juan de la Cruz convocando las mismas esencias inexpresables. Se ha generalizado tanto ese lenguaje en nuestra cultura moderna que ha pasado a ser propiedad común. Dice K. Raine:

Los pasos en el yermo del tiempo, ¿la escalera
son que los santos suben?
¿O acaso en el olvido de Dios vamos perdidos...?

Stephen Spender –*"y de ti he despertado sólo para soñarme"*–. Dylan Thomas: "...tierno teníame el tiempo, pero moribundo –aunque,

como la mar, en mis cadenas cantase..." La diferencia de San Juan de la Cruz está en que los aventaja a todos como enamorado experto en los símbolos concretos. Con lo concreto castellano, limpio de perfil y puro en la línea parabólica del concepto:

...las flechas que recibes
de lo que del Amado en ti concibes.

Constantemente hallamos expresiones como "las profundas cavernas del sentido" –equivalente, ésta, a las "cuevas de leones" de las que hablábamos antes– o "rompe la tela deste dulce encuentro", "con llama que consume y no da pena". "Los miedos de la noche veladores", "también en soledad de amor herido...". En todas hallamos la elegante delicadeza un poco tímida y líricamente confusa de los amantes en la solemnidad de los esponsales antiguos. Pero la plenitud aparece constantemente en pequeñas estrofas de una justeza que no deja nada al azar o a la actitud receptiva del que lee:

Y todos más me llagan
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

En este último verso la relación del balbuceo con los tres qués –que, que, que– anteriores es una curiosa revelación en cuanto a la exactitud en la plenitud formal. Otro dato importante en este sentido es la ausencia de anfibologías a pesar de lo violento de los juegos sintácticos:

Mira que mi dolencia
de amor ya no se cura
sino con la presencia y la figura.

En lo idílico todo el mundo recuerda estas estrofas de la "Noche Obscura" que se distinguen de lo lírico amoroso moderno por una inmensa inocencia original. Es dulce a veces volver a aquellos tiempos en los que el hablar del amor humano o divino excluía el humor (Kathleen Raine dice de Dios: "el Rey que tan mal trata a sus amigos"...):

En mi pecho florido
que entero para él sólo se guardaba

allí quedó dormido
y yo le regalaba
y el ventalle de cedros aire daba.
El aire del almena
cuando yo sus cabellos esparcía
con su mano serena
en mi cuello hería
y todos mis sentidos suspendía.
Quedéme y olvidéme
el rostro recliné sobre el Amado
cesó todo, dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

En otras estrofas hallamos una riqueza de símbolo y de imagen siempre sorprendentes por su exactitud, por una exactitud determinada por el verbo, por la acción doncella del verbo doncel:

Después que me miraste
tu gracia y tu hermosura en mí dejaste.
. . . .
Aspira por mi huerto
y corran sus olores
y pacerá el Amado entre las flores
. . . .
y el cerco sosegaba
y la caballería
a vista de las aguas descendía

Pero entre las formas de expresión de Santa Teresa y de San Juan la de más aliento, la que ha llegado más lejos en el tiempo es la que traduce y muestra el milagro de sabiduría realizado por el solo y simple amor:

Entréme donde no supe
y quedéme no sabiendo
toda ciencia trascendiendo

Ése es el secreto de nuestra mística y el más importante hecho del trascender castellano a lo largo de la historia. La intuición amorosa en

la diafanidad de los valores eternos. El más transido de los amorosos de la unidad teísta, Leibniz, dice, según recuerda el prologuista de la edición de Aguilar, que Santa Teresa le ofrece con sus experiencias místicas la confirmación de su sistema: "Si Dios está más cercano a mí que mi mismo cuerpo, el mundo aparece como algo que no cuenta. Esencialmente: yo soy, Dios es." La plenitud formal en Santa Teresa y en San Juan de la Cruz no está sino en la acción, en la virginidad de la acción. Mucha nebulosa y alguna confusión hay en *Las Moradas* –repeticiones, faltas de orden y claridad– pero detrás de las palabras y en la misma confusión esplende el hecho del caminar, del ir a Dios, del hacer innecesarias la materia, la forma y la idea y como dice Leibniz, de hacer ocioso el universo.

Es bueno repetir aún que nuestra influencia castellana en el resto del mundo está en el contagio de nuestra acción virgen –ausencia de perfección–. En los últimos años he leído alusiones frecuentes a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz en libros ingleses, americanos, franceses, italianos. Ni los escritores católicos Tomás Merton, Maritain, Bernanos, ni los indiferentes como Bergson, Croce, Valéry, dicen nunca nada realmente definidor. Cuando quieren referirse a un género de metafísica que no es lógica, ni ética ni estética, en lugar de expresar una noción o decir un calificativo genérico, prefieren limitarse a escribir los nombres de los dos españoles indecibles cuya obra excede cualquier forma de crítica positiva. Se les considera como la expresión filosófica de lo castellano. La verdad es que para un buen español no hay nada más antifilosófico que un sistema con las limitaciones de la perfección formal y el horror del empirismo.

El ejemplo de esa influencia de lo filosófico español fuera de las vías estrechas de los sistemas lo vemos una generación después de los de Ávila en otro místico, éste aragonés: Miguel de Molinos. En relación con su doctrina quietista doblada de una acción interior poderosa pero de una simplicidad completa y de una notable falta de articulación, las repercusiones fuera de España son de una magnitud sorprendente. Una gran parte de la Iglesia de Roma difunde y practica el quietismo que no es una filosofía sino una actitud –no mental– ante lo eterno. La corte de Viena, la corte de Suecia, comenzando por sus monarcas; extensos sectores de la sociedad holandesa, belga y francesa se adhieren a esa actitud casi sin doctrina. Lo dinámico irracional de la actitud de Miguel de Molinos prima por impregnación inefable sobre

el método y todavía en el siglo pasado el quietismo era una tendencia viva entre los doctos seglares parisienses de Port Royal. Faltaba a Molinos el don de síntesis de los castellanos y su inmensa inocencia gracias a la cual ahuyentaban al ángel de luz con "la higa" o con la imaginería poética o con un milagroso don de penetración y discriminación espiritual. Todo esto procedía de aquella ignorancia "a lo teológico", de una ignorancia con "todo saber trascendiendo". La sabiduría y la solidez aristotélica de Giordano Bruno no consiguieron nada comparable.

Esta expresión de San Juan de la Cruz –*"todo saber trascendiendo"*– está justificada no sólo en el hecho del trance o del deliquio, sino también en las inclinaciones de la cultura europea moderna. Dice Maritain en *The person and the common good* –no conozco el título del original francés– que "la comunión en la cual cada entendimiento entra, de una manera personal y solitaria, con la verdad, a través del conocimiento teórico y con Dios a través de la contemplación, es mejor que los tesoros de la cultura transmisible de hombre a hombre". Y recuerda las siguientes palabras de San Juan de la Cruz en *Avisos y sentencias*: "Míos son los cielos y mía la tierra, míos son todos los hombres, los justos y los flacos; los ángeles son míos y también la madre de Dios. Todo es mío, Dios mismo es mío y para mí. ¿Qué es entonces lo que pides y lo que vas buscando, oh alma mía?" Esa plenitud en la cual el presente se hace eternidad (es decir, presente absoluto) es un hecho que abarca diferentes fenómenos, todos los fenómenos del pensamiento moderno en los cuales se pone al tiempo en cuarentena, comenzando por la "*durée*" de Bergson. Pero todos parecen entrar de puntillas en el mundo de los castellanos interiores cuando tratan de reducir a medidas determinables alguna parte de la inmensidad. Pascal dice que "*le coeur a des raisons que la raison ne comprend pas*". Pero Santa Teresa y San Juan de la Cruz habían dicho que los sentidos –la "*cueva de leones*"–, el corazón y la razón tienen sinrazones que se orientan a lo absoluto "*todo saber trascendiendo*".

Podemos ser tan racionalistas como queramos, pero nunca lo seremos si no comprendemos que es en el milagro donde se basa la ley natural y que los dos extremos de la experiencia se cierran sobre él. Esta actitud ha ido generalizándose en los tiempos modernos y en cada uno de los pasos en esa dirección tenemos viva –directa o indirectamente– la virgen presencia de Castilla. Spinoza, Royce, Hegel, Bergson,-

Bradley, levantan hermosas estructuras en la dirección de lo absoluto. La definición en sí misma es, naturalmente, imposible, pero la manera de acercarnos a él tiene la aspereza mortal del conocimiento por la experiencia –la muerte– si no vamos de la mano de la poesía, trance sin temporalidad, arrobo sin meta, avidez sin objeto, lúcido deliquio y éxtasis activo. Con Dios o sin él –uno de los generosos misterios de lo absoluto es que Dios no existe sino para quien lo necesita– seamos, en la medida que le sea posible a cada cual, alcaides más del castillo interior que de las Castillas. Es por esa virtud mínima y secreta por la que se alcanza alguna forma de unión con el todo, es decir de verdadera universalidad.

LE, 15-18 (08, 1950)

EN EL CENTENARIO DE TIRSO. DON JUAN, ESPAÑOL UNIVERSAL

LUIS SANTULLANO

Sería más que pretencioso, de mi lado, resumir la obra considerada de Tirso en esta ocasión conmemorativa; pero si he de señalar algo en ella –sin entrar en el examen del discutido y trascendente *Confiado por desconfiado* y de su gran arte de comediógrafo, que sabe mover, como pocos, las figuras en las tablas– he de preferir alguna consideración, sea leve, sobre el personaje que Tirso acertó a crear, si no de la nada, de algo que era leyenda, que es tanto como decir verdad y sueño combinados; pues doy por seguro que ese personaje, don Juan, y ningún otro de los suyos más notables, es quien ganó para el dramaturgo la admiración nacional.

Ni don Juan, ni don Quijote existieron nunca, ni pudieron existir tales como Tirso y Cervantes los pusieron en pie en el ancho campo de la literatura universal, y sin embargo, su realidad personal acusa una plenitud tan viva que, sin necesidad de asomarse a las respectivas y gloriosas páginas, el pueblo de España y de otros lugares los siente y los ve en proximidad, circulando en la sociedad de cada siglo, ello sencillamente porque con sus características buenas y malas, hasta perversas en don Juan, son hombres, muestran una clara condición humana.

Si parece lógico que el poder imaginativo de Cervantes, estimulado por una experiencia infeliz, le llevara a concebir la magnífica figura del ingenioso hidalgo como personificación de lo que acaso él hubiera querido ser en su vida sin ventura, sorprende algo que un buen fraile se encariñara con la leyenda del Burlador y se atreviera a recrearla, valorarla y darla a la eternidad de las letras. Tirso se diferencia de Lope de Vega, por ejemplo, en muchas cosas, y notablemente en haber llevado una existencia recoleta, a lo que sabemos. Pero no lo sabemos, y hay siete u ocho años ignorados en la vida de Tirso –como hay unos cinco en la de Cervantes– que dan lugar a interrogantes varios. ¿Fue casado en ese tiempo? ¿Asentó plaza de soldado y corrió mundo y algo más, antes de entrar en la profesión religiosa? ¿Le vino del confesionario, ya dentro de la Orden de la Merced, la experiencia necesaria para mover a don Juan tan atrevida y jacarandosamente en las tablas?

Por otra parte, también extraña que a todo un reverendo le consintieran en España mover la pluma con tal despreocupación y mostrar tanta afición a los temas amorosos, según declara la mayoría de sus obras, algunas de ellas desde el mismo título: *Amar por arte mayor*, *Amor por razón de estado*, *Amar por señas*, *El amor médico*, *Amor y celos discretos*, *El amor y la amistad*, sin olvidar *Los amantes de Teruel.*

Pero a esto nos responde cumplidamente Américo Castro: Entonces "la teocracia se satisfacía con prácticas solemnes y exteriores, con ejercer el dominio político o intelectual y con la seguridad de no ser atacada. Su inmutabilidad imperturbable se afirmaba absteniéndose de intervenir en aquello que no afectaba en su política. La extraña escisión entre creencia y conducta, que se daba en la vida social descendía hasta el fondo de los individuos, y así era posible teologizar por un lado y deleitarse". Sin embargo de que el padre Téllez parecía tener bula como escritor, llega un día en que los sectores pacatos y preocupados de la Orden mercedaria y ciertos literatoides de fuera de ella se manifiestan escandalizados –también envidiosos– y actúan de modo que Tirso decide colgar su péñola de una espetera, y allí la deja en quietud durante casi diez años. Si nos situamos, con un esfuerzo imaginativo, en aquel ambiente religioso y social, sin apoyar demasiado en lo político de la Iglesia, siempre sabia y oportuna en lo que le interesa, quizá disculpemos la oposición de los frailes de claustro y de calle, de cogulla y de ropilla, a uno de los suyos, que tanto los honraba. Porque fray Gabriel Téllez se las traía a veces al escribir. Consideremos este

ejemplito, entre otros, tomado de sus deleitosos *Cigarrales*: "¡Alto, señores!, dijo don Melchor. En empresas amorosas no hay cosa de más estorbo que los vestidos. Desnuda anda su deidad. Imitémosla; que los aceros que piden las estocadas de Cupido son diversos en todo de los de Marte". No impiden estos atrevidos conceptos la aprobación eclesiástica del libro "en el cual no hay cosa contra la Fe y buenas costumbres, sino muchas dignas del delicado ingenio de su autor".

En la misma obra sabe Tirso enfrentar, con predilección clara, los gustos y los disgustos de la vida:

Uno. –Al Bosque, de amor esfera.
Solamente podrá entrar
el placer que el gusto espera.
Todos. –¡Y el pesar!
Uno. –¡No ha lugar!

Sería insensatez censurar a Tirso por esta dulce preferencia, ni tampoco cuando escribe, siguiendo a Gutierre de Cetina:

¿De qué sirve, ojos serenos,
que no me miréis jamás?
¡De que yo padezca más;
mas no de que os quiera menos!

Leopoldo Alas "Clarín", que calaba agudamente y hondo, tenía a Tirso por un espíritu satírico, humanista a la española, burlón y escéptico, y lo juntaba a la buena compañía de Juan Ruiz, Swift y Rabelais. Quizás esas cualidades, sobre todas ellas el escepticismo profundo –compatible con una perfecta vida religiosa, pues el escéptico puede tener sus dudas y, si es temeroso del infierno, acogerse a una conducta reglada, por si acaso– pudieran explicarnos de algún modo el tono desenfadado de una parte principal de la obra tirsiana. En todo caso, ahí está su *Burlador de Sevilla y convidado de piedra*, para que admiremos a este fraile cumplidor y escritor magnífico. No nos detengamos ahora en buscarle los antecedentes a ese Burlador, que en el nombre declara lo que quiere y hace audazmente. Said-Armesto –aquel malogrado y talentoso gallego, cuya nerviosidad impaciente le permitía decir tres o cuatro palabras a la vez– dejó bien examinada la cuestión, y por él

sabemos –y también por otros estudios– que si lo del Convidado llegaba de bastante atrás en la tradición popular, lo del Burlador donjuanesco, con sus características esenciales, vino a ser creación maravillosa de Tirso; lo que hace pensar si en aquellos años desconocidos de su vida habría él gustado de hacer algunas gozadoras burlas... ¡Tanta realidad hay en las que cuenta!.

Si los unos dicen que don Juan era andaluz y los otros gallego, y si nosotros dejamos para que lo investiguen los averiguadores de archivo este problema menudo de procedencia, llegaremos a convenir fácilmente en que don Juan es español, tal y como lo conocemos literariamente. E igual que uno de los personajes cervantinos de *La Gran Sultaná*, a quien le dicen: "Español sois sin duda", podría contestar resueltamente:

> ¡Y soilo, y soilo,
> lo he sido y lo seré mientras viva,
> y aún después de ser muerto ochenta siglos!

Por eso sigue con nosotros, *et nunc et semper*, mientras exista lo español, allá, en Europa, y acá, en la progenie hispana. Pero, ¿qué es lo español, representado por don Juan? Si fuéramos a buscarlo en aquel siglo XVII, vivido por Tirso, habríamos de acudir a Hume, buen catador de psicologías colectivas y de la nuestra peninsular, y nos encontraríamos un poco desorientados y fastidiados al advertir que los españoles de entonces, coetáneos del Tenorio tirsiano, tenían algunos de sus defectos... y otros más. De hecho, las coincidencias se darían en la proclividad al ocio, en el amor al placer, en la dureza de corazón, en lo altanero y lo bravo. Mas Hume, en otro lugar de su *The Spanish people*, establece cierta relación fundada entre el español y el berberisco, quien, "como su lejano pariente el ibero, era hombre de fuerte individualidad, con una obstinada resistencia a obedecer a otro". Aquí sí que la coincidencia viene a ser total, pues clara es la rebeldía del Tenorio a toda imposición sentimental, social y religiosa, como es manifiesta la resistencia del español auténtico al mandato que pueda cohibir su santísima voluntad, la llamada "real gana" española. Característica de don Juan que aparece oscurecida por la otra de burlador de honras femeninas, sin que ésta más popularizada condición sea bien entendida, ni pudiera alcanzar realidad efectiva, cuando prescindiéramos de la que es su fundamento, ello en el esencial grado donjuanesco.

¿Dónde está esa esencialidad de la conducta sexual, más que amorosa, del personaje? Pérez de Ayala se ha complacido en analizarla para llegar, con fina interpretación, a la que habremos de llamar virtud de enhechizo, que hace a don Juan irresistible para la fémina. El caso de Tisbea, en Tirso, como el de doña Inés en Zorrilla, lo prueba convencedoramente, según todos sabemos. Gran atrevimiento el de Tirso, presentándonos a don Juan sacado del agua por Catilinón y hecho un perro de lanas. Pero Tisbea queda al punto prendada y prendida, deslumbrada:

Y si mojado abrasáis,
estando enjuto, ¿qué haréis?
Mucho fuego prometéis;
¡plega a Dios que no mintáis!

¡Que no mintáis! La mentira es el arma del Burlador, sin la cual hubiera fracasado en sus conquistas. Promete inclinarse a la coyunda del matrimonio, sin intención de cumplir. En otras ocasiones la nocturnidad es su cómplice para el engaño de la suplantación atrevida. Pero, en algún caso, si la huida no le ayuda, afronta la situación con actitud y palabra seguras, así cuando la aventura con Isabel:

Rey. –¿Quién es?
Don Juan. –¿Quién ha de ser?
Un hombre y una mujer.

Su presencia en las sombras o la luz del sol, hasta su proximidad, marcan apasionadamente a la mujer y la llevan ciega a sus brazos:

Tisbea. –El rato que sin ti estoy
estoy ajena de mí.

¿Qué mujeres eran éstas que tan ligeramente se fiaban de don Juan? Ninguna parece ser la Jerónima –el nombre no es muy feliz– de Lubicz Milosz en su *Miguel de Mañara*, cuando dice al conquistador: "Bien sé que sois mala persona, don Miguel; que habéis hecho llorar a muchas mujeres. Mas todas ellas sabían que hacían mal en amaros y aun en permitir que las amaseis. Porque ninguna mujer de ellas recibió

de vos la promesa, la gran promesa para la eternidad, don Miguel; porque ninguna de ellas recibió de vos el anillo, el anillo que une para siempre alma con alma, don Miguel. ¡Ah, bien sabían lo que hacían todas ellas, sí, todas!" ¿Lo sabían? No es tan fácil la respuesta, ni ha de ser positiva en las mejores aventuras del mejor don Juan, como el de Tirso, superado en lo esencial por Zorrilla, con ripios y todo:

Doña Inés. –No sé qué fascinación
en mis sentidos ejerce
que siempre hacia él me tuerce
la mente y el corazón...

El doctor Marañón, interesado en el caso clínico de don Juan, viene a coincidir con Lubicz Milosz, pues estima a las conquistadas de Tenorio mujeres afectas de alguna anormalidad, que hacía de ellas presas fáciles. Y llega a descubrir ciertos caracteres del sexo débil en la que parece naturaleza muy viril: "La misma atracción activa que el don Juan ejerce sobre la mujer es un rasgo de sexualidad femenina, pues biológicamente el macho normal es el atraído por la hembra." Bien que sea esto lo corriente, y aunque en el personaje creado por Tirso haya algo más que pura e influyente biología, el Romancero contiene un poema que, si no refuerza del todo la teoría de Marañón, muestra cómo el pueblo, antes que los sabios, habían percibido algo extraño y confuso en el famoso personaje. Así, en un poco divulgado poema de la Montaña santanderina, vemos que el don Juan del caso se disfraza tranquilamente de mujer para su conquista:

Tengo apostadito, madre
con el rey de Portugal
de dormir con Marianita
antes del gallo cantar.
–¡Para qué apuestas tú, hijo,
lo que no puedes ganar!
–Para lo apostado, madre,
algún remedio hay que dar.
Déme usted una enagua blanca
y un vestido de percal;
a la calle de Mariana

me he de ir a pasear.
Ya le vio la Marianita
del balcón donde ella está.
¿Quién es esa señorita
tan linda en el pasear?
–soy una tejedorcita
recién salida del mar,
que traigo una tela urdida
la trama vengo a buscar.
–Esta noche, tejedora,
aquí te puedes quedar.
. . . .
¿Qué traes tú, la infantita,
que no cesas de llorar?
–¿Qué tengo de tener, padre,
qué tengo de tener ya?
La tejedora de anoche
tejedor se volvió ya...

Otros antecedentes, más cercanos que éste, ofrece el Romancero al estudio del "Burlador", como es bien sabido, principalmente en relación con la parte segunda del título tirsiano, el *Convidado de Piedra*, de viejísima tradición, como todo cuanto habla de la muerte y el más allá, que ha preocupado al hombre desde hora muy temprana. Recuérdese en apoyo de esto el conocido romance leonés "El galán y la calavera".

A las características del conquistador legendario, Tirso vino a unir la muy grave entonces de la impiedad, que halla su castigo y su moral también superados en algunas interpretaciones del Tenorio, sobresalientemente en la de Zorrilla, al salvar a don Juan por el amor de doña Inés. El personaje resulta igualmente aquí muy de la tierra, donde impera una religión laica, en la que el pueblo concede análoga importancia a las ceremonias del templo y a los regocijos de fuera: romerías, verbenas de la Virgen de la Paloma y de la Cara de Dios, saetas profanas a la Macarena y al Cristo del Cachorro, ruido de campanas y de cohetes, para no hablar de aquel santo a quien durante la guerra dieron ingenuamente su buena cartilla sindical para salvarle de la quema... Don Juan cree más en la tierra que en el cielo, y de ahí su frase escéptica,

cuando las bellas pretenden asegurárselo por el miedo a la condenación eterna: "¡Qué largo me lo fiáis!"

Sobre todo, don Juan es español porque fue concebido y creado en España, dentro de una concepción y en términos que no han sabido superar los grandes escritores de afuera, aun cuando alguna de las obras –la de Byron, por ejemplo– pueda ser superior a la de Tirso. Molière pone en boca del criado Sganarel este retrato de don Juan, que no lo hace simpático: "el más grande canalla que haya soportado nunca la tierra, un rabioso, un perro, un demonio, un turco, un hereje, que no cree ni en el cielo, ni en el infierno, ni en los fantasmas; que se pasa esta vida como una verdadera bestia, un cerdo de Epicuro, un verdadero Sardanápalo, que cierra los oídos a todos los consejos que se le puedan dar y trata de tonterías todo aquello que nos merece fe". ¡Pobre don Juan! Después de esto, de llamarle turco y todo, habríamos de cogerle con pinzas. Alejandro Dumas hace que don Juan haya de recurrir a regalos, a la tentación del lujo y al boato, para ganarse a Teresa: "Cada día de la semana tendréis un aderezo distinto; tendréis criados, pajes, vasallos, carruajes con escudos de armas. Os traigo la felicidad, Teresa, ¿la rechazaréis?". ¡Qué gran vergüenza, don Juan! Pero mucho más vergonzoso es el caso del don Juan de Goldoni, pues unos bandoleros encueradores le dejan en pelota, a él tan valiente: "¡Ayme, infeliz! Sólo despojado de vestidos y de mis cosas; dónde me refugiaré". En tan poca lucida situación le acoge Elisa, nueva y aún más despreocupada Tisbea. Corramos un velo. Porque ahora viene lo más feo. Don Juan, en otra ocasión, pretende someter a doña Ana por la fuerza y con un lenguaje ridículo: "Os aconsejo darme por las buenas lo que arrebataros podría un corazón más resuelto". Doña Ana: "¿Y a este mandato obedece vuestra temeraria pasión?" Para remachar la absurda actitud, don Juan le grita a doña Ana: "Os resistís en vano. Anhelo de vos el don de vuestra mano. (*Empuñando la espada*) ¡Y si no cedéis, os dará muerte este acero!" ¡Toma hechizo! ¿A qué seguir con Goldoni? Bernard Shaw, en *Man and Superman*, siempre humorista, hace que su Juan Tanner sea el conquistador conquistado; lo que ciertamente suele ocurrir. Y en fin –para terminar esta muy sucinta relación de los don Juan– Pirandello viene a titular su caso literario: *Ma non é una cosa seria*. ¿Cómo no va a ser algo serio, muy serio, don Juan y sus cosas?

Lo es tanto don Juan que ahí está, en las letras universales, alternando con los más elevados personajes, pisando fuerte y gallardamente en las tablas más eminentes y ante públicos que saben ver, oír y juzgar. Y el juicio, si le es adverso como persona en una sociedad en la que él se burla de todo lo que ella respeta, le resulta favorable en lo íntimo de los espíritus, como perdón a una rebeldía auténtica, que los más quisieran hacer suya, en querencia de una franca libertad individual, grata al hombre. Esta querencia es tan profunda y singular que, siendo Tenorio un estupendísimo calavera, le damos un rango igual al del hidalgo ingenioso de la Mancha. Nadie osará jamás nombrarlos sin el significativo "don", porque en el mundo puede haber muchos "quijotes", y muchos "tenorios", con minúscula y sin trabamiento; pero sólo hay en las mentes y en los corazones un don Quijote y un don Juan, nacidos ambos en el suelo español.

LE, 9 (07, 1948)

Derrota, familia y recuerdo

TRES NOVELISTAS CATALANES

MANUEL ANDÚJAR

Es de justicia elogiar el tesonero cariño con que, laborando su lengua, superando mil impedimentos materiales y no chicas suspicacias, han mantenido los catalanes en el exilio la continuidad de su cultura, el vivo aliento perdurable que la determina. Y en estos años, plagados de oscilantes ilusiones, de crudos reveses, nos brindan un ejemplo de fecunda tarea en que se armonizan el tono individual y la realización colectiva.

Con más evidencia que nunca, al leer sus libros y revistas editados en América, comprendemos su acierto al apegarse al idioma materno, que significa una poderosa variedad ibérica, el medio principal de afirmar y desarrollar una personalidad de recio perfil y que ofrece posibilidades peculiares –riquísimas– de expresión artística y humana.

Pero esta tarea, de alta jerarquía espiritual, se ha verificado, por razones que merecerían comentario aparte, con tendencia peligrosa a no

transcender a los otros sectores hispánicos, lo que acarrea una reclusión a todas luces nociva. Que no bastan las publicaciones exclusivamente destinadas a los coterráneos, sino que las obras de valor pueden y deben verterse al castellano, y así despertarían un mayor eco, oportunidad de conocimiento, premisa de intercambio, pues ideas y sensaciones, conceptos y mentalidad, precisan airearse, confrontarse. En tal aspecto échanse a faltar antologías –de cuentos, poéticas, etc.– y una preocupación por las corrientes literarias nacionales que a su vera bullen.

Semejante actitud encuentra su infortunado espejo en el despego –que calificaríamos de vegetativo– con que entre los escritores de habla española se siguen, generalmente, estos brotes. Los unos, prendidos con alfileres a su ombligo; aquéllos, con su excesivo recelo, con sus pujos afrancesados. Ambos errores parten de la torpe directriz de nuestra Historia, carcomida de centralismo, desde los Austrias, lo que equivale a dispersión de los ánimos.

Hora es ya de que intentemos, sistemáticamente, entendernos y complementarnos, de que prendamos el diálogo.

Para catar algunas manifestaciones, sintomáticas y enlazadas por su misma espontaneidad, de la literatura catalana en el destierro, cuando participamos, quieras que no, en una suerte indivisible, no es el método eficaz la impertinente "conllevancia", forma hipocritona del fatalismo. Menos aún, el criterio absurdamente tutelar o la doctrina empalagosa del "amén" adulatorio. Ni la vieja evasiva a lo Ortega y Gasset; ni el contoneo petulante de "hermano mayor"; tampoco el palustre a guisa de moneda que a nada compromete, a nadie liga y es tan estéril en este orden como cualquier apaño mercantil.

La simpatía se muestra con verdad. Señalar lo que nos agrada, exponer los reparos cordiales que se nos ocurran, marcar –aunque sea con flacas fuerzas y para abrir boca– lo que constituye un proceso orgánico.

Bajo el común denominador del culto al idioma, la repercusión moral de la caída de la República y la expatriación, el rescoldo de la experiencia familiar, propia y ajena, el mundo de los recuerdos, con su sangre de campiña y lugar y su palabra castiza, integran hoy la temática de los novelistas catalanes.

No se trata, como en Guimerà y más todavía en Víctor Català, de la escueta "actualidad de las pasiones", mecidas por olas posrománti-

cas, a veces declamatorias o con exagerado sabor realista. Se pasa de la violencia en la pintura de los tipos, de una intuición más precisa de la imagen, de la rudeza expositiva, características de esa escuela, a un predominio lógico y avasallador de la tierra, cuya física lejanía enciende el verbo, puebla el fantasear.

Ello hace que Agustín Bartra en *Xavola* se enfrasque alrededor del sufrimiento inmediato, de la nostalgia en agraz, sin mucha sujeción a los predicados del género novelístico, propenso a la insistente suavidad lírica, a la evocación, agudísima, tierna, temblorosa, del ambiente perdido. Y en un campo de concentración, que sólo le suministra el telón de fondo, detiénese su mirada, lentamente, en cuatro seres de exacerbada autonomía, sin nexos palpables y plausibles con el vasto prójimo. Y así, las pequeñas cosas de la dura existencia cotidiana se transforman en símbolos volantes: de la barbarie, de la astucia, del compañerismo, de la añoranza. Pero con tan digno arranque de piedad viril, con tal desprecio de lo gacetillero, de la propaganda matalona, que borra de un plumazo las divagaciones de la "bestia intelectual" y su adiposo retoque de los hechos culminantes, que merman de energía si no los dejamos en su desnudez. A pesar de lo enfático, apreciable ahora, en frío, con un lustro de perspectiva, Bartra nos muestra el margen ilimitado que posee para reflejar las poéticas sacudidas del alma. Si padece y se exalta, si se quema.

Augusto Pi y Sunyer, que no pretende aparecer sino como un observador discreto y conmovido, que no es tan puntilloso en el estilo, reproduce, en una crónica cuyo interés no mengua, la historia de un linaje y de una larga época. *La novela del bisabuelo* sitúa la acción en Rosas, en una parentela, entre el Convenio de Vergara y los albores del siglo. Esmerado en la reconstrucción, algo artificioso en las conversaciones, muy reflexivas y con una terminología que no encaja absolutamente en la singular retórica de sus personajes ochocentistas, analiza, con gracejo externo las criaturas y la sociedad de entonces y nos depara, en primer término, una visión política del movimiento democrático en relación con Cataluña y a través de un prisma local. Mas lo que se antoja relleno es en él virtud descollante: ciertas enjundiosas locuciones de la gente, las costumbres, el ritmo cansino de los pensamientos, la influencia psicológica de una profesión. Y una enseñanza siempre aplicable: los períodos reaccionarios provocan, transcurrido el marasmo inicial, una fermentación cultural que acaba traduciéndose en renovadora acción pública. Inexorablemente.

Hábil, efectista, ágil en la explanación de su trama, con un irónico y amable diseño de los muñecos de su retablo, claramente inspirados en personas de carne y hueso, Jaime Roig también elige para su novelada remembranza las desiguales ramas de una frondosa dinastía familiar. Los sucesos de nuestra guerra antifascista figuran como melancólico remate, abordados oblicuamente. Lo importante aquí es el rasgo esencial y definidor de los hombres, el cruce de sus deseos y prejuicios, metidos en el molde de un tiempo inequívocamente pueblerino y catalán. ¡Lástima que las múltiples biografías no se hayan podado de un prurito ensayístico o discursivo que las desafina! *El último de los Tubaus*, y es una derivación bien levantina, paraliza sus abundantes chasquidos dramáticos con un propósito de variedad y transición que nos distraen de lo fundamental. Sin embargo, la tesis agridulce que de los infortunios se desgaja –¡noble humo!– y la particularidad, poco norteamericana por ventura, de que los protagonistas no se enrolen en las burdas categorías teológicas de "inocentes" o "malvados", infunden a su creación encomiable atractivo de autenticidad.

Jaime Roig estudia la "clase" de los comerciantes; Augusto Pi y Sunyer a una hornada de médicos republicanos y catalanistas; Bartra, la resonancia de lo campesino. Pero, en el recuerdo se da un fuero más amplio y en Cataluña un haz espléndido de dimensiones y profundidades. Ciudades obreras como Tarrasa, Sabadell y Manresa, la savia joven de los Ateneos de barriada en la capital, el colorido fascinante de su puerto mediterráneo, el llano y las montañas de Lérida en sus fricciones con Aragón, la complejidad casi inexplorada de los distritos proletarios de Barcelona, la desbordante vida de las comarcas tarraconenses, aguardan a sus intérpretes literarios.

En cuanto a los reparos de estilo y género ¿no son fruto de las circunstancias anormales? Pero la incomunicación es el peor obstáculo. De ahí proviene el pasajero pecado de la exquisitez, los argumentos de restringido alcance, el deliquio purista del idioma, que coarta su auge, basado en la chispeante y entrañable aportación de todo el pueblo.

Pero estos defectos se eliminarán, si no desmayan voluntad y lucidez.

Con empeño y esperanza, "saliendo de sus casillas", con ambición ibérica, que es decir universal.

LE, 1 (10, 1946)

VOCES, ECOS, SOMBRAS

JOSÉ RAMÓN ARANA

> En todas las épocas de retroceso o disolución, las almas se ocupan de ellas mismas, y en todas las épocas de progreso se ocupan del mundo exterior. En todo esfuerzo serio y sólido hay un movimiento del alma hacia el mundo.
>
> GOETHE

Acabo de leer una antología poética recién llegada de España. Es una especie de pudridero, de fosa común, donde conmueren voces y ecos, con una cauda o coletazo de sombras, remedo de otras sombras.

Del "antólogo" es mejor no hablar. Se ha limitado al acarreo, a traer carretadas de versos y apilarlos como ataúdes –sin olvidar sus "poesías" completas–; pero al cabo, poco importa su obra y poco importa él. Importa, la última parte de su libro que dice compuesta a su pesar. Y nos importa como documento, como ventana abierta sobre el paisaje humano más reciente, incógnito para nosotros, arrancados de ella y siempre en ella y por ella con los ojos llenos de sed.

Entrar en esa parte es tener ante los ojos un documento mucho más veraz, más directo, más trágico que cuantos nos llegan atiborrados de cifras y palabras. Vemos al hombre, al "joven" hombre recién llegado a la vida, tiritando en medio de la muerte, o en lindero de la muerte; de una muerte vacía como un cero tremendo, y la sangre en él, helada y corroída de tristeza. Tenemos, entre las manos el pulso de la España que va a ser, que será indefectiblemente, si cuanto queda y cuanto nace vivo, aquí y allá, dentro y fuera de España, permanece disperso, sin una fe común que abrase y funda todos estos hielos amargos, toda esta melancolía radical de carne enferma, y en ocasiones agusanada y cobarde.

Es el resultado de la monstruosa tiranía que impera en España, se dirá; pero no es la verdad, o al menos, no es toda la verdad. Como el franquismo no es causa, sino efecto de un largo proceso histórico que culmina en él, que en él tiene remate, esta poesía que tenemos ante los ojos es punto final de otro proceso que corre paralelamente, pero que arranca de un manadero común. Algo así como un río que se abriera en dos brazos a poco de nacido, para juntarse a orilla de su muerte.

No hay relación estricta entre la decadencia o el auge de un régimen político –cuando éste no es expresión exacta del alma y de la vitalidad de su pueblo– y la producción, no sólo literaria y artística, sino del pensamiento humano en sus más altas expresiones. Esto ya lo registra Vossler en su estudio de la literatura del Siglo de Oro español, pero lo registra sólo. Hay un poco –o un mucho– de estupefacción en él cuando señala que "España sostuvo su papel literario y artístico dos siglos continuados que pueden y deben llamarse de oro, y uno sólo su predominio político. Es una proporción muy rara –dice– peculiar y característica de España". Y luego se pregunta: ¿Cómo explicar tanta extensión del florecimiento artístico *ultra* el poder político?

A continuación nos dará una respuesta que en vez de esclarecer enturbia, una respuesta metafísico-poética donde se advierte que Vossler no ha entendido nada. Se le ve detenido en la epidermis de aquello que comenta, valorando, eso sí, magistralmente sus calidades estéticas, pero sin llegar al fondo humano, al nervio y a la sangre que encierra la palabra.

Vossler se para a contemplar la flor, y se maravilla y estremece ante tanta y tan vigorosa hermosura, pero de la raíz, de la savia, de la tierra misma, de nuestra historia, nada sabe, nada intenta saber, y se pone a "soñar" ante la puerta del "misterio"...

De ese desconcierto suyo, brotan párrafos como el siguiente: "No se encuentra sombra de duda o desaliento político, ni en la obra dramática de Lope ni en la de Calderón. Sólo los espíritus críticos, prudentes y avisados de aquella época, Mariana, Quevedo, Gracián, y algunos otros, se enteraron a tiempo de los peligros y daños que amenazaban a España." Y más adelante: "Lo que les sugestionaba y unía a todos en brioso y bizarro entusiasmo general era la tan poderosa y popular tradición de su poesía épico-lírica, eran sus romances, los que brotaban y florecieron en la transición desde la reconquista continental a la conquista de ultramar, o de la Edad Media al Siglo de Oro."

En primer lugar, la confusión de Vossler tiene origen en identificar tácitamente la decadencia de España, como Estado, con una presunta decadencia del pueblo español. "Lo que les sugestionaba y unía a todos en brioso y bizarro entusiasmo general", *no era solamente* "la tan poderosa y popular tradición de su poesía épico-lírica", sino en primer término, su enraizamiento en el pueblo –consciente o inadvertido, que tanto importa–, en su pueblo, vivo y desbordante de fe.

No podía, pues, haber duda o desaliento en ellos, no lo hay, siquiera, en los que llama espíritus críticos, porque el desaliento se compadece mal con la acción. Se critica apoyándose en algo que creemos sólido y vivo, noble y verdadero. Su apoyo era el pueblo, él era quien les "sugestionaba y unía" y no esa extrambótica, si hermosa teoría, de lavas y volcanes que acaba en el socorrido portillo "quijotesco".

Nada tiene de común la crítica con la maledicencia cobarde de quienes buscan escabullirse por la puerta falsa. Quien critica poniéndolo todo en el envite (Quevedo), no está desalentado, no duda. Puede, eso sí, sentir amargura y rabia, indignación, asco; pero siempre es hombre de fe, hombre que espera y cree en las ideas y en los hombres.

Por otra parte, Vossler no incluye entre los espíritus críticos de aquel tiempo a Miguel de Cervantes, y, sin embargo, es el *Quijote* la crítica más aguda, más hondamente humana que se haya escrito en nuestro idioma. Un modo de crítica que no parte de la moral religiosa o política de un individuo, sino de los estratos más profundos del alma de todo un pueblo, de su concepción de la vida, de su ambición de ser, afirmando su sobrehumana voluntad por encima de todo sufrimiento, de toda flaqueza, hasta de la misma muerte.

Los escritores del Siglo de Oro *son*, seguirán *siendo*, por responder fielmente a esa grandeza. No fueron glorioso apéndice de nada pretérito o que empezara a extinguirse, sino expresión exacta de lo que es aún bajo la aniquiladora superestructura de la Casa de Austria.

Aquella monstruosa ortopedia hace crujir ya toda la fábrica de la grandeza española, pero el pueblo sigue teniendo fe en sí mismo, continúa creyendo en la razón y en la justicia, tiene un ideal nacional que es lo que le une y entusiasma antes y más que "la tradición de su poesía épico-lírica", como quiere Vossler.

Todas las grandes figuras del Siglo de Oro tienen conciencia más o menos clara de los "peligros y daños que amenzaban a España", y esto es tan verdad, que basta asomarse a sus obras para advertir las dos vertientes que se acusan en el alma española cada vez que su vida normal es reprimida, o que se intenta torcerla y desfigurarla. La abstención, el encastillamiento interior en busca de la libertad subjetiva, y la enfurecida acción, la crítica implacable, ese blando martilleo de la ironía popular, que descarna y pulveriza a los tiranos.

Junto a los que se *evaden* por la chimenea de la mística, están los que luchan. Y es justamente en la obra dramática de Lope y de

Calderón donde se advierte el espíritu popular, no adormecido ni petrificado en lava resfriada, sino vivo, ardiente, batallando por la justicia y por su dignidad.

El Comendador de Ocaña, Fuente Ovejuna, El Alcalde de Zalamea, no son cenizas voladoras, sino soluciones al problema fundamental que tiene planteado entonces nuestro pueblo. Soluciones revolucionarias, es decir, populares, y por ello, tan sencillas como es levantar una horca para cada conculcador de la ley.

No hay decadencia popular aún, sino asfixia progresiva, yugulación sistemática de lo español. Los Austrias reprimen a sangre y fuego; rompen, cercenan, dilapidan; abren las venas de España en una serie de guerras catastróficas; pisotean y deshonran la obra gigantesca de nuestro pueblo en América, lo aíslan del mundo europeo justamente cuando inicia su carrera gloriosa la ciencia experimental.

De esta contradicción tremenda entre Gobierno y pueblo, surge esa aparente paradoja que señala Vossler, pero que no acierta, siendo tan sencillo, a desentrañar.

Y este recóndito vivir bajo costras de muerte, este insospechado renacer en los linderos de la nada, se irá repitiendo desde entonces, causando estupefacción en quienes pretenden medir a España con el seboso metro de su lógica.

Así ocurre –por no señalar sino las fechas culminantes– en 1808 y en nuestra última guerra civil y de intervención.

Aquella serie nefasta de Carlos y Felipes, acabará con la riqueza, con el prestigio, con el poder político de España; reduce al mínimo los focos de saber que hicieron posible el renacimiento cultural de Europa; liquida su industria; arranca del pueblo la fe en su propio destino, pulveriza sus impulsos, persigue y destroza, al fin, todos sus órganos de vida colectiva, pero no logra acabar con él.

El hombre español ha ido metiéndose carne adentro, en ese refugio, inasaltable para golillas y cuadrilleros de "La Santa Hermandad", donde su vida sigue, aminorada, empobrecida, pero incorruptible, esperando siempre una segura primavera en que volver a la luz y al viento de su España.

Visto desde arriba, desde donde no es posible sentir su enterrado latido, parece muerto, como sus campos y ciudades.

De esta aparente muerte suya vendrá la decadencia del arte y de la literatura, petrificados en academicismos y retóricas a lo largo del siglo

XVIII. No hay aliento, no hay espontaneidad; no hay fuego, ni sangre, ni nada verdadero. Gramática y Preceptiva a todo pasto: erudición, remedo simiesco; algo así como mascarilla fúnebre copiando y recopiando la materia sin ánima, la sombra turbia de lo que fuera vida.

En las postrimerías de este siglo, surge –no a la vida, sino a la plenitud de su ser– la figura de Goya. Es como un volcán que anuncia el fuego recóndito; un borbotón de luces y sombras, de entrañas torturadas, de alaridos y sangres: es vida pura, elemental, áspera y fuerte, recatando su sólida ternura íntima bajo las formas abrasadas, picudas, retorcidas, que brotan de aquel cráter tremendo. Goya parece un gigante solitario en aquella desolación espantosa, pero pronto ha de verse que no hay tal soledad. Es el primer chorro de pueblo saliendo a superficie, la primera bocanada de vida comprimida triturando mentiras y fantasmas. Luego vendrá el desbordamiento. Vendrán "Empecinados" y Minas, Cerezos, Lasys, Chapalangarros; todos aquellos ríos de sangre vigorosa y limpia que expulsan al francés y que luchan luego a lo largo de casi todo un siglo por un anhelo secular de libertad y de justicia.

(Este levantamiento, o renacimiento popular, tiene características de una significación profunda. No sólo se produce al margen del poder central, sino a pesar de él. El pueblo se organiza instintivamente, de acuerdo con su manera de entender España; en Juntas regionales primero que recuerdan la antigua geografía política peninsular, y que van integrándose federalmente hasta constituir la Junta Suprema.)

De esta presencia popular brotan las primeras voces auténticas que suenan en España desde el Siglo de Oro. Larra es una cantárida, o mejor aún, un pequeño bisturí que va sajando podredumbres. De Francia tiene el acento, pero su amargura, su desesperación, su acidez y su apasionamiento son absolutamente españoles. Luego vendrán Bécquer, Balmes, Espronceda, y en seguida Rosalía, Curros, Costa, Giner, Menéndez y Pelayo, "Clarín", Galdós.

Tres cuartos de siglo luchando sin tregua y sin fruto dejan al pueblo arruinado y exangüe. Se extiende el escepticismo, el asco por una situación falsificadora de todo lo nacional, pero el pueblo no se borra, no desaparece como en el siglo XVIII. De cuando en cuando da un coletazo como aquel de la Asamblea de Zaragoza, de donde nace la Liga de Contribuyentes y luego la Unión Nacional. En los centros industriales empieza a surgir una clase social más dinámica, más firme, con un nuevo concepto de la vida y de la relación entre los hombres.

A este estado de cosas responde la generación del noventa y ocho. Hay en ella toda la gama del espíritu nacional en aquella hora. Desde la serena confianza de Antonio Machado en lo que siente germinar, hasta el gruñido de la España decrépita –podrida antes de llegar a madurez– que va dejando como un reguero de yelos y crujidos a lo largo de las novelas de Baroja. En medio está Unamuno. Es un gigante semisolitario, un gigante ciego, escarbando con los dedos del alma entre cascotes y pedruscos, por encontrar la de su pueblo. Éstas son las tres figuras más significativas.

Azorín, hermano en cobardía de Baroja, pero más cobarde, menos representativo de una clase social, sin ímpetu y sin fuego para elevarse sobre ellas, se evade por la ventana lírica que da sobre el pasado. Sus pueblos, sus hombres, son de una exactitud formal que asombra, pero están al margen de la vida, vacíos de ella, como en un encanto que no ha de acabar nunca. La lima del tiempo pierde su dramatismo, apenas existe fuera de su irremediable tristeza personal, de su sentirse pasar mientras todo permanece inmutable. Y es que Azorín no siente, no cree sino en su pequeña vida, en su diminuto sufrir, y así sus hombres son como figuras de linterna mágica vistas cuando la infancia. Su hombre del balcón es una sombra que reemplaza otra sombra, y otra y otra, por los siglos de los siglos, porque sus ojos no penetran más allá del traje y la postura, no ven el hervor íntimo que ha de explotar un día en cataratas de vida acumulada.

Valle Inclán es un eco siempre o casi siempre. Al principio un eco danunziano (*Sonatas*, *Comedias bárbaras*, etc.), después hay en sus obras un débil reflejo galdosiano, casi perdido en barroquismos de tierra caliente (*Los Cruzados de la Causa*, *El Resplandor de la Hoguera*, *La Corte de los Milagros*, *Viva mi Dueño*, etc.) y al fin, un eco genial de los *Caprichos* de Goya, en los Esperpentos y en las mejores estampas de *Tirano Banderas*.

Maeztu, Cajal, Eugenio D'Ors, toda aquella serie de figuras grandes y medianas que forman la llamada generación del noventa y ocho, dan la visión más acabada, más exacta, de la España que asiste al hundimiento definitivo del "Estado Imperial", y que siente, al mismo tiempo, en sus entrañas, un renacimiento de lo popular, de lo eternamente joven, fuerte, revolucionario.

En aquella España todo es confusión y descontento, amargura y escepticismo, y, al mismo tiempo, afirmación, rabia, desesperación

española; desesperación que es esperanza apasionada, ansia incontenible de creer y de crear creyendo, aun a costa de deshacerse y de abrasarse.

Después, años después, se dará otra paradoja, en cierto modo semejante a la que señala Vossler, pero a la inversa: es decir, un renacimiento político cada vez más extenso y más sólido, sin consecuencias literarias ni artísticas.

La nueva promoción vive una época de progreso y, sin embargo, tiene el alma ocupándose de sí misma, vuelta hacia adentro, en contradicción con el alma de su pueblo. Ésta vive hacia afuera; se desborda y arde llena de sueños, rezuma vida, cree, se siente grande y fuerte y creadora.

¿Cómo explicar esta contradicción? España se siente, pero no se sabe. Se siente viva, pero ha olvidado cómo es; ha olvidado –le han hecho olvidar– su acento, su manera, su carácter más hondo. Le han puesto un traje que no es suyo, acaso, "para que no acierte la mano con la herida"... Sus políticos viven de ideas prestadas, de conceptos importados, gastados ya, en decadencia más allá del Pirineo. Otro tanto puede decirse de sus intelectuales.

Hay, sin embargo, tres hombres que perciben esta terrible y trágica verdad –Costa primero, luego Ganivet y Unamuno–, pero ninguno la señala categóricamente como problema fundamental de España, como causa de vida o muerte, de ser o no ser; como razón capital de nuestra decadencia y de dos siglos de ruinas y desastres.

Porque no se trata de abrir o cerrar puertas, sino de cavar hondo; y no en soledad, no cada uno por su cuenta, sino colectivamente, que es la sola manera de encontrar, no la verdad abstracta, cargada siempre de hermosas "impurezas" líricas, sino nuestra sencilla humana verdad.

En este olvido, o ignorancia, de lo español, está la clave de nuestro drama político, la razón de que nuestro pueblo haya hecho más esfuerzos y haya derramado más sangre que ningún otro para no cosechar más que derrotas.

Se ha dicho del pueblo español que sabe lo que no quiere, pero que ignora lo que quiere, y es verdad. Y lo ignora porque se ignora, porque se siente, pero no se sabe.

En los últimos ciento cincuenta años de su historia se le ve juntarse una y otra vez y avanzar en oleadas contra algo que aborrece, pero nunca por algo, nunca impulsado por una idea afirmativa, de amplitud nacional. Y no es que carezca de ansia y de capacidad

creadora, es que los algos que tiene ante los ojos le son extraños, los siente defectuosamente traducidos; ni siquiera acoplados a su peculiar manera; a la realidad humana, geográfica e histórica que es España.

Para crear es menester creer, y ni políticos ni intelectuales –salvo las excepciones señaladas– creen entonces en su pueblo. Miran lo que fue España, y comparan con lo que es, con lo que le han forzado a ser –o a dejar de ser–, y de esta comparación fría, de este mirarla *desde fuera* nace su pesimismo.

Al pueblo se le entiende *desde dentro*, desde su entraña, que es donde está lo que hay en él de eterno, y no desde el cómodo balconcillo doctoral, a donde no llegan las salpicaduras de su sangre, y desde donde no se ve sino el confuso y diminuto panorama de unos segundos de su historia.

Esta falta de fe por desconocimiento lleva a buscar fuera de España el "remedio" que sólo en ella puede encontrarse; encontrándola, encontrándonos, volviendo a nuestro ser. ¿Pero cómo ha de encontrarse lo que no se busca, y cómo ha de buscarse aquello en cuya existencia no se cree?

Durante muchos años vive el pueblo español entre dos corrientes de "patriotismo" igualmente nocivo, igualmente envenenador, como nacidas que son de una incomprensión idéntica de España, siquiera las intenciones últimas difieran hasta parecer corrientes antagónicas.

El "patriotismo" cerril se llena la boca de Otumbas y Lepantos, de San Quintines y Pavías, de místicos y capitanes. Todo lo nuestro es grande. Victorias y derrotas se mezclan en borbotones de gloria, y el rufián, y el tirano, el mentecato y el granuja, campan por las páginas falsificadas de su historia como nobles figuras de la "raza".

El otro "patriotismo", el "ilustrado", se acomoda en el extremo opuesto. Todo en España es decaído y triste; todo es entre nosotros atraso, crueldad, miseria: nuestra historia, desde los tiempos de Cisneros, una serie de hogueras inquisitoriales, de latrocinios y vergüenzas que es menester enterrar.

Los primeros toman el opio de su mentira para acallarse la conciencia, y se lo dan al pueblo para que no se sienta la carne aniquilada; los segundos se arrancan la raíz creyendo arrancarse una pústula, y se convierten en portavoces sin sueldo de la "leyenda negra".

Los primeros quieren cerrar la casa a piedra y lodo, estancar la vida, momificarla; los otros salirse de ella, o sacarla de sí, por un montoncillo de viejas quincallas extranjeras.

Así se explica esa generación que llega inmediatamente después de la del noventa y ocho, y, que, tan cerca en el tiempo de la que le antecede, se diría separada por todo un siglo de acelerada decadencia.

Ya no hay en ella ni nervio ni amargura, ni desasosiego ni rabia, sino un trasplantado sueño, un soñar que se sueña más allá de la vida, por cielos tan puros, que el pulmón del hombre se ahoga asfixiado de nadas, de "líricos" vacíos, de palabras bellísimas sin una sola gota de zumos humanos, frías, pulidas, laminadas hasta quedar sin eco ni recuerdo de la sangre en que tomaron vida.

Todo son ángeles y almohadas, oros y violetas, "misterios" dulcísimos, plumas y una Muerte de nube y porcelana donde reclinar la cabeza en el transporte "lírico", para alzarla luego lánguidamente, mintiéndose y mintiendo pena y fatiga de este vivir entre los hombres.

Esta generación, excepcionalmente dotada, tan rica, en abstracto, de valores poéticos, no responde al pulso de su pueblo. Es un eco soberbio, igual y aún superior en calidades estéticas a la misma voz que lo produce, pero eco al fin, o quizás mejor, reflejo de la decadencia francesa, con ciertas vetas o hilillos muy tenues, muy escondidos, de la podredumbre alemana.

Siendo como es la expresión más acabada de nuestra decadencia, la máxima depresión no está en sus límites, sino en un grupo de hombres (hay alguna excepción: León Felipe, Moreno Villa...), que no encajan cronológicamente en el noventa y ocho, pero que llegan a la vida literaria y artística muy cercanos a él. Sus figuras más representantivas son Ortega y Gasset y Juan Ramón Jiménez.

La nueva generación –exceptuando a Sender, y más tarde a Rafael Alberti y a Pedro Garfias– gira en torno a estos hombres; y no tanto por su manera de expresarse, como por hacer de lo estético un fin en sí, teóricamente al menos, porque en verdad es medio, pretexto para gozarse en la contemplación de presuntas bellezas recónditas, metidas en los hondones del alma –del alma individual– por extraño designio y caprichosa merced de la voluntad divina.

Tanta soberbia, tan inconfesable narcisismo, nacen de una concepción falsa del propio ser. El desubstanciamiento humano (la deshumanización del arte, el arte por el arte) trae por consecuencia la suplantación del sentido religioso de la vida –profundo, verdadero– por supersticiones pueriles y un "vivir" en búcaro, un lánguido *estar* de rosa cortada, lejos del viento y de este hondo, áspero y dulce, resuello de la tierra.

Son, Ortega y Gasset y Juan Ramón Jiménez, hombres de muy distinta condición, de muy diferente calidad humana, pero que coinciden en un momento histórico en una misma posición ante la vida. La diferencia esencial se hará patente al evolucionar –en planos estrictamente morales– Juan Ramón Jiménez cuando sus ojos topan con la insospechada grandeza de su pueblo.

Y es que, mientras Ortega responde a una clase social, y la interpreta, y la sirve a su manera –torciendo, deformando lo popular español, es decir, la conciencia y el impulso revolucionario de España–; mientras el "filósofo" es el último gran deformador de nuestra Patria, el poeta es una víctima más, uno de los muchos españoles que andan buscándose fuera de sí cuando más creen estar en sus adentros. Y es que los adentros están debajo de la carne, tras el alma, allí donde ésta mete su raíz y chupa y se nutre de substancia de siglos.

Esta generación desubstanciada de españolidad, deformada hasta el tuétano, no es como es por desamor a España ni por desdén hacia su pueblo; simplemente los ignora. Ha crecido en un fanal de ideas que la aíslan de las fuentes puras, verdaderas, donde podía templarse el alma.

Ni siquiera el "choque" con los clásicos mueve en ella inquietud. En aquellas páginas de tanta y tan intensa vida, se adormece sobre el pulmón de la palabra; saborea el ingenio, la belleza palpable para el oído y la pupila, pero su fuego íntimo, su enjundia, su esqueleto, quedan inadvertidos en aquella hora delirante de *calidades* estéticas.

Y es que las cosas guardan su secreto cuando no se les interroga con agonía, con ansia de llegarles hondo; cuando no somos capaces de hacernos suyos por hacerlas nuestras; cuando se siente y se piensa en espectador, y el diario padecer, el heroísmo, la alegría, la muerte misma de los hombres, se mira y se entiende como "material" poético para el "elegido", que lo "depura" y estiliza hasta convertirlo en "belleza".

Los clásicos no le conturban el alma. Quedan en modelos de buen decir, en "academia", en mina fabulosa de donde ir sacando furtivamente giros, imágenes, cristalillos de ingenio, todo lo que, sin carne detrás, para en barroca filigrana.

Otro tanto le ocurre con el pueblo. En ocasiones se acerca hasta rozarle la piel, y de ahí ese aromilla popular, esa graciosa rebolera que nace, tiembla y desaparece rematada en tirabuzón gongorino; de ahí los tornasoles y abalorios, y esa pena sonámbula, hermana de otras tristezas metafísicas que del pueblo no tiene sino el ritmo con que se

canta, el tono de media "soleá", tan estremecedor, tan hondo, con tanta *calidad* de sangre.

Es un coqueteo estéril, un quedarse en el dintel de la efusión amorosa por sobra de sensualidad y falta de pasión verdadera. Sin embargo, este zigzaguear en su torno no es un simple capricho; es necesidad de oxígeno, de sales, de latido bronco, luego de tanto revoloteo más allá de las nubes, por un cielo de espejos infinitos que reproducen, hasta el tedio, su adolecida y vigorosa figura; es, intuición oscura, vago presentimiento de que la verdad está allí, allí el eterno manadero de vida y de belleza.

Galdós es aún "el garbancero": Unamuno sigue solitario como un pequeño huracán que brama tras los muros y del que no nos llega sino su música tremenda: Antonio Machado, también en soledad, va sacando su verso claro y profundo, su palabra enjuta, serena, con temperatura de carne soleada bajo el temblorcillo de los chopos. Tres acentos distintos y una sola verdad, la que estalla y se hace visible para todos entre torbellinos de metralla y de sangre.

Entonces, costras, búcaros, fanales, saltan hechos astillas, todo incendiado y removido, arrastrado todo por esa gran riada que el pueblo saca de sus venas, mientras va contándonos, casi sin palabras, su sencilla humana verdad.

En aquellos días en que el mundo parece muerto y sólo España viva, va descubriéndose, descubriéndonos, y hasta en los ojos de más muerte hay resplandores de su llama; y todo se crispa, y yergue, y reverdece; todo respira a pleno pulmón, embriagado de aquella juventud recién nacida que sale a chorros de la tierra.

Manuel Altolaguirre lo dirá más tarde: "¿Quién no ha despertado con el llanto de España?"

Aquella generación, despierta, yo no sé si con el llanto de España, o al encontrarse a sí misma cuando se encuentra con su pueblo. Quizás haya habido en ella dos maneras de despertar. Porque mientras unos al abrir los ojos se sumergen en aquel mar de vida recién descubierto, otros se tumban en la orilla misma, junto a su espuma, a mirar su flaqueza, su pulmón podrido para el gran aire, y dicen que sí, que van a seguir; y quieren hacerlo, pero es tarde ya, porque el mal les ha calado hondo y se les desfallece el alma.

Todos, o casi todos, los que la componen son fieles a su pueblo. Con él están en las horas en que el hombre más sencillo se tutea con la

gloria y anda en requiebros con la muerte; le siguen por las carreteras acribilladas, se hacen voz suya, apasionada y áspera, improvisadamente "fusilera", en la que queda aún, en ocasiones, como un humillo de nostalgia por la "belleza pura" de otro tiempo...

Quienes gozaban paz de muerte, paz de mentira, se encuentran con la guerra en las entrañas: con esa guerra que nos hacemos al hacernos, según Don Miguel: y se encarnizan en ella cada día más, ahora soñándose y soñando sueño de vida (sueño ya sin almohada, sin aquella almohada de Cernuda –"La almohada nos abre / los espacios risueños"– donde sólo hay letargo), que empuja fuera de España por llevarla dentro; que desgarra al hombre de su tierra por sentirse suyo, suyo y fundido en ella como nunca, que abre nuevos espacios, no risueños, duros, amargos de destierro y de insalvable soledad.

Salen con su pueblo a la gran aventura –la más descomunal e inaudita que pueda soñarse–, y salen desnudos, con sólo la canción entre sus manos. León Felipe lo ha dicho certera, desgarradamente:

Tú te quedas con todo
y me dejas desnudo y errante por el mundo...
mas yo te dejo mudo... ¡Mudo!
¿Y cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?

Ahora, con esta antología ante los ojos, vemos que el poeta decía verdad. Muerto, asesinada aquella gran voz de España que fue Miguel Hernández, allí ninguna queda, ninguna ha surgido con acento propio, con hondura, con sangre, con verdad de hombre enfurecido. Allí no hay más que ecos de ecos, sombras de sombras chorreando lágrimas, bisbiseando responsos y elegías en una media luz de sucia ceniza.

Al doblar la primera página de las dedicadas a esta generación, llega como un vaho de muerte. Se diría traspasado un dintel de catacumba, dejada atrás una frontera, la del hombre, para adentrarse en un submundo de fantasmas.

Pero escuchemos al "antólogo". Para él no existe entre 1939 y 1946 "sino tanteos, vaguedades, fórmulas duras, influencias inexorables, cerebralismo, *hipertrofias angustiosas*, falta de musicalidad impresionista; y más que una sensibilidad lírica desnuda, una desnudez lírica insensibilizada".

Mal se compadecen las "hipertrofias angustiosas" con la "desnudez lírica insensibilizada", pero allá él. Pudo expresar su juicio más sencillamente, con una sola palabra, ¡nada!... pero siente terror ante la cifra de sí mismo.

Por otra parte, en toda esa retahila de palabras no hay sombra de inquietud por lo que tiene ante los ojos. ¡Y es una generación que llega con la muerte dentro, o agobiada de muerte; un mensaje terrible –sólo presencia, mudo– de una España que nace sin ni siquiera aliento para decirnos su espantosa agonía!

No se pregunta el porqué de esa nada poética luego de una guerra en que el resorte más íntimo del hombre era esencialmente poético; ni la razón de ese cero que intenta evadirse de sí mismo y no lo consigue nunca; que se derrumba indefectiblemente en llanto sordo, como un montón de carne deshuesada.

Y, sin embargo, hay un misterio en que esos estados de alma no cuajen en palabras desgarradoras, broncas, intensas como alaridos; en que se les sienta moverse en chapoteos de pantano bajo un idioma creado para el monólogo por los "espacios risueños", cuando el monólogo era posible, y parecía posible *estar* fuera del hombre.

Porque no es la ausencia total, cuando cuaja la muerte. Envuelta en esa nada poética, en ese cero humano, hay un grumo de sangre que quiere huir, que se asoma por momentos al ventanal que da sobre la vida, y que sintiéndola imposible, desfallece y se hunde otra vez en el vacío.

¿Qué está pasando en España? ¿A qué responde esta generación sin vértebras, sin nervio, donde resuena, como en una gran oquedad, todo lo que gime y se deshace, y ni siquiera un rumor de nuestra furia, un eco de blasfemia, de grito, que denuncien vida sublevada?

Decíamos antes, que para algunos la explicación es sencilla: el régimen de Franco, el terror, el hambre que imperan en España; pero, a nuestro juicio, eso no es todo. Hay algo más; algo más hondo y más terrible aún. Franco no es una calamidad llovida del cielo. Surge de España misma, de una veta podrida que hay en ella y que envenena desde hace siglos nuestra historia.

Este foco de muerte, no está estrictamente circunscrito a una clase social determinada, no dimana únicamente de una mentalidad de clase en pugna ya con nuestro tiempo, sino, también y en muchos casos antes, de una concepción inhumana –o deshumanizada– de la vida.

Este concebirla fuera del hombre –y la de él como destierro camino de la muerte, en soledad arrodillada y pedigüeña de otra vida– viene arrastrándose desde los tiempos de furor teológico, cuando el dios vivo y amoroso, ¡tan cercano!, se hace remoto, inabarcable, terrible de venganzas.

La salvación no está ya en el amor, está en el odio; no está en la agonía del alma por descubrirse descubriéndolo, sino en la sumisión, en el abandono de sí, en una idea abstracta.

En ese dios que no es hijo y padre del hombre, que se confunde con el Estado, que fulmina sin misericordia y en cuyo nombre se persigue, se achicharra, se descuartiza, no cree nadie con verdad de alma; ni los que están seguros de creer.

Sólo se llega a su presencia a fuerza de aborrecer el goce y la alegría de sentirse vivo, viendo en la carne causa de pecado, fuente de polvo y gusanera, engaño y muerte irremediable. Hay que apartarse del hombre que se es, y odiar el propio cuerpo: hay que desasirse de todo, es menester hundirse en un terror apocalíptico que seca y descoyunta el alma, hay que inhumanizarse o deshumanizarse, en suma.

Pero sólo ama el que se ama, serena y verdaderamente y nada existe fuera de la comprensión amorosa: ni Dios, ni los hombres, ni la propia vida.

De ahí nace ese ateísmo tan profundo, o mejor aún, esa falta de sentido religioso de la vida, ese insospechado no creer ni en Dios ni en los hombres, ese no encontrar razón al propio ser, ese cínico "materialismo" entrapajado en relicarios y supersticiones que tiende a la quietud, al estatismo azoriniano, a parar la vida por no pasar, a matarla con ilusión de que el presente se haga horrible eternidad momificada.

Vivir no es estar, es ser, y no se es sino creando, creándose, es decir, creyendo. La creencia nace del conocimiento, del amoroso conocer que nos conmueve y nos confunde, que nos impulsa a desbordarnos, que nos salva de la espantosa soledad en la nada.

"Lleva quien deja y vive el que ha vivido", dice Antonio Machado en la muerte de don Francisco Giner, y pensando en la otra, en esa muerte incrustada en el cuerpo vivo de España, compone el "Llanto de las Virtudes y Coplas por la Muerte de Dn. Guido".

El acá
y el allá

caballero,
se ve en tu rostro marchito,
lo infinito;
cero, cero.

España crea mientras cree. Cuando le arrancan la fe se paraliza, y es como un gigante de piedra calcinada, deshaciéndose al sol en polvo amarillento.

Acaso esta generación responda a que ese morbo ha crecido, se ha desbordado sobre España y tapa cuanto hay de vivo en ella. Acaso es mal más hondo, y responde a desaliento nacional, a un infinito cansancio, a mirarse las venas vacías, y en las manos, a cuenta de su sangre, un viento de palabras.

Es menester aventarlas, palparnos la carne, el alma nuestra, nuestro ser, hasta creer para crear de nuevo, hasta que todo se incendie y se levante en pasión de vida, hecho sueño y fuego de eternidad humana y verdadera.

LE, 3 (01, 1947)

EL HAMBRE DE CAMILO J. CELA

FRANCISCO PINA

Confieso que la primera obra que leí de Camilo José Cela me decepcionó bastante. Era una novela –creo que la segunda suya– titulada *Pabellón de reposo*, en la que no acerté a ver otra cosa que una serie de viñetas literarias muy elaboradas, escritas en una prosa tersa y agradable, entretejidas en el cañamazo de una fábula lenta, algo artificiosa y con observaciones pueriles e incluso cursilonas acerca de la vida lánguida que arrastran en los sanatorios las personas enfermas del pecho.

Se trataba de un relato contado con buen estilo, pero de corto aliento –como cualquiera de los tuberculosos que pululaban por sus páginas– y en el que se advertía una emotividad forzada y falsa, así como la ausencia de la fuerza y la intensidad necesarias para afrontar un tema tan hondamente humano. Es muy probable que mi decepción se produjera también, más que por los méritos intrínsecos de la obra,

por el hecho de haber oído hablar de Cela como de un escritor muy joven, pero dotado de excepcionales condiciones para el cultivo de la novela. Por si esto fuera poco, los editores del volumen que cayó en mis manos aseguraban en las solapas del mismo que *Pabellón de reposo* era una especie de *Montaña mágica* en lengua castellana.

No fue preciso leer muchas páginas de la obra de Cela para comprobar que semejante comparación era a todas luces excesiva, inoportuna y desafortunada. Porque es cierto que Thomas Mann y Camilo J. Cela utilizan en las dos novelas un asunto parecido... pero la cosa no pasa de ahí. Para mí, *La montaña mágica* es una verdadera obra maestra de la literatura universal, donde el lector puede encontrar –enfocadas con acucioso rigor analítico– las raíces de todos los movimientos ideológicos y de todas las inquietudes espirituales que se gestaron en Europa al comenzar el presente siglo. Parece que Mann concibió la primera idea de lo que luego habría de ser una obra literaria genial, en contacto con los enfermos de diversas nacionalidades que acuden en busca de salud a un famoso sanatorio de Davos, en Suiza. En el año 1911, y en compañía de su esposa que se hallaba enferma, el escritor se estableció en aquella naturaleza montañosa y salvaje, de impresionante belleza. La gestación de esta novela, muy copiosa en ideas y páginas, fue larga. El autor comenzó a escribirla en 1912 y la acabó en 1923, empleando casi doce años en esta gigantesca labor.

En los densos y jugosos capítulos en que polemizan el jesuita Naphta, representante genuino de las teorías que habrían de conocerse más tarde con el nombre de fascismo, y el liberal Settembrini, espíritu claro y armonioso, henchido de diáfana y madura latinidad, está bosquejada de un modo apasionante la terrible lucha de estas dos tendencias que, no obstante el resultado de la última guerra, todavía siguen librando en el mundo un combate enconado y feroz.

Mann no vacila en defender la causa de la libertad ni oculta tampoco su honda simpatía por la figura de Settembrini, personaje de perfiles románticos y eternos, símbolo luminoso de los anhelos progresivos que lleva en su entraña la humanidad. Y así como Naphta representa el pensamiento tortuoso y capcioso, capaz de envolver sus sofismas y sus paradojas, sus turbios y perversos designios, en un ropaje verbal sugestivo y ampuloso, Settembrini es el pensamiento rectilíneo y agudo, amplio y generoso, la voz emocionada y emocionante del hombre que desea con pasión elevar la vida de su prójimo y de sí

mismo en todos los aspectos. Debido a ello, *La montaña mágica* no es solamente una novela extraordinaria, sino también un vasto código moral, un apretado conjunto de justas y certeras ideas políticas y sociales que se oponen como un muro indestructible a la desatada barbarie de las fuerzas negras, obstinadas actualmente, por una inconcebible paradoja, en "salvar" de la catástrofe a la civilización occidental...

En *Pabellón de reposo* no pude ver nada de esto; es una obra de proporciones y alcance mucho más modestos, que, sin embargo, podía señalar la presencia de un escritor realmente estimable. Y por este motivo, no renuncié completamente a la lectura de otras obras de Cela. Leí después dos o tres cuentos de este autor que me parecieron bastante buenos, especialmente uno de ellos, publicado en una antología de cuentistas españoles de hoy, que era para mi gusto el mejor de todos los que figuraban en el volumen y que, de verme en la necesidad de elegir, no vacilaría en preferirlo, no obstante su brevedad, a todas las páginas que componen el *Pabellón de reposo.*

La lectura de estos cuentos me llevó a la conclusión de que Cela era un escritor saturado de ese realismo descarnado y audaz que campea y se impone con fuerte garra en todos los relatos de nuestra novela picaresca. Esta primera apreciación debería verla confirmada plenamente al conocer después otras obras del joven escritor. Me refiero a *La familia de Pascual Duarte* y a uno de sus libros más recientes: el *Viaje a la Alcarria.*

Así como *Pabellón de reposo*, no obstante el patetismo –a mi juicio frustrado– de su asunto, me dejó frío e indiferente, debo confesar en cambio que *La familia de Pascual Duarte* me produjo una profunda impresión. Lo primero que se advierte en esta novela son los hábiles esfuerzos del autor para no mermar ni en un ápice su terrible crudeza y para que, a pesar de ello, pudiera circular sin gran escándalo en un ambiente tan gazmoño como el de la España franquista. Porque se trata de un relato áspero, amargo y duro, escrito en una prosa sencilla y tensa, perfectamente adecuada a la siniestra y sórdida fábula.

Podría decirse de esta novela que es como uno de esos cartelones que los ciegos llevaban por los mercados de España, en los que se representaba gráficamente, con una pintura burda, la historia de algún crimen famoso. Un cartelón de ciego, desde luego; pero pintado por Solana. *La familia de Pascual Duarte* es la obra de un novelista vigoroso y arriesgado que no retrocede ni se asusta al elegir un tema

ingrato, erizado de peligrosos escollos, pero con entresijos vivos y una fuerte palpitación de humanidad. También de un novelista que rechaza enérgicamente los aspectos frívolos de la existencia y quiere hundir el escalpelo de su análisis en la carne más mísera y dolorida. Lo hace con pulcritud y limpieza, conservando una aparente frialdad, pero sin dejar de sentirse en ningún momento como parte integrante de esa carne y copartícipe de su mismo destino.

Lo más reciente que he leído de Cela es su *Viaje a la Alcarria.* Lo primero en que piensa uno al terminar este libro es en el hambre del autor. Se ve que Cela tiene hambre atrasada, cosa que les ocurre hoy a todos los españoles que no tienen el privilegio de ser obispos, generales, grandes terratenientes, capitanes de industria, especuladores en alta escala o sicarios beneméritos del régimen franquista.

Acaso con la excepción de Cervantes, no he advertido jamás en la obra de ningún autor español, como se advierte en el *Viaje a la Alcarria*, la presencia constante y reiterada del hambre. Es un hecho tan palmario, y al mismo tiempo tan deprimente, que llega a veces a empañar el diáfano encanto de estas páginas de viaje.

Cela no para en ninguna posada del camino donde no nos cuente inmediatamente lo que ha yantado. En una parte son unos huevos y un cuenco de leche, en otra un trozo de carne de cabra dura y desabrida, en otra –y esto le parece al viajero el colmo de la abundancia– "una ternerita muy buena, unas truchas, algo de la matanza y unas patatas para adornar"...

Pero no solamente lleva el escrupuloso registro de la pitanza encontrada en los mesones y paradores, sino que también hace lo mismo cuando se sienta al borde del camino y saca el morral de las provisiones. Es una verdadera obsesión. Una obsesión que nos resulta sumamente penosa, porque, al verla padecida por un hombre de la sensibilidad y la finura espiritual de Cela –que no debe ser un tragaldabas precisamente– pone ante nuestros ojos de un modo brutal las grandes fatigas materiales y la penuria extrema por que atraviesa actualmente el pueblo español. Y esta hambre física e imperiosa de un joven y muy destacado escritor, se nos aparece como un símbolo del hambre colectiva que padecen los mejores de nuestra tierra.

Camilo José Cela no sólo se parece a Cervantes en eso de llevar con harta frecuencia la tripa medio vacía. Las páginas de *Viaje a la Alcarria* están saturadas de un regusto cervantino, y las cosas y los hombres que

observa el viajero están vistos bajo esa luz templada y suave, ese impulso generoso de ternura y amor, ese desbordante sentimiento de comprensión y solidaridad humana que singularizan al autor del *Quijote* en medio de la sequedad y la aspereza de casi todos sus contemporáneos.

Se muestra Cela en este libro como un observador agudo y comprensivo que sabe captar los contrastes y que es capaz de ver en el hombre la luz y la sombra con perfecta serenidad, sin entregarse jamás a los inútiles y grotescos aspavientos del fariseo. Por eso hay en sus páginas destellos felices de un humorismo auténtico.

Se advierte también en este libro que los maestros de Cela, en lo que se refiere al estilo, son Azorín y Baroja. Una prosa hecha de párrafos breves, sucosos y altamente expresivos; una prosa menos atildada que la de Azorín y menos desaliñada que la de Baroja, pero que muestra las mejores características de estos dos grandes escritores: concisión, claridad, armonía entre la forma y el fondo. Tal es uno de los motivos, entre otros, por los que el *Viaje a la Alcarria* se lee gustosamente, de un tirón, sin asomo de fatiga y participando de la misma sensación placentera –y contagiosa– que experimenta este buen caminante por las tierras alcarreñas.

Creo que la influencia de Baroja y Azorín sobre Cela es meramente formal y externa; no es un temperamento pesimista, y se ve con claridad en sus escritos un fondo dionisiaco. Es cierto que en muchas de sus ideas podría verse el marchamo, no sólo de Azorín y de Baroja, sino de algunos otros escritores de la generación del 98. Pero en lo que atañe a su dimensión humana, a su actitud frente al hombre, yo le veo más cerca de don Antonio Machado, "el hombre de cuerpo más sucio y alma más limpia que, según alguien dijo ya, jamás existió", como asegura el propio Cela en las primeras páginas de su libro. En efecto, ni Azorín ni Baroja, en sus andanzas por los campos de Castilla, se han hecho nunca amigos, que yo sepa, de un viejo vagabundo astroso y pobre, ni han compartido con él la caminata, el humilde refrigerio y hasta ese mágico sueño que se apodera del caminante en la orilla del camino. Veamos cómo lo cuenta Cela: "Los dos amigos echan un trago de la cantimplora, y se levantan. El burro 'Gorrión' lleva la mochila del viajero. Caminan hasta la noche, poco ya, comen un bocado y buscan, con las últimas temblonas luces de la tarde, un sitio para dormir. Sobre la hierba, al pie de las tapias de adobe de una Harinera –la manta gris de algodón del viajero, debajo, la gruesa manta de lana a cuadros del

viejo, por encima– los amigos se echan boca arriba, hombro con hombro, con la boina puesta y las cabezas reclinadas sobre el morral y la alforja. El viejo tiene un olor que alimenta, un olor tibio, pastoso, que hace propicio el sueño."

Camilo José Cela, de quien no sé por qué tenía yo la falsa idea de que era un señorito metido a escritor, es en realidad el polo opuesto de ese señoritismo nefasto que tanto daño ha hecho a España. Y esa es seguramente la causa, entre otras, de que Cela no pueda encontrarse a gusto respirando la irrespirable atmósfera falangista.

No obstante ser, como hemos dicho antes, un hombre de natural alegre y optimista, cuando el viajero sale en la madrugada de Madrid para dirigirse a Guadalajara no siente esa alegría espontánea de todo el que emprende, por su gusto, un viaje de esta clase; escribe unas páginas llenas de tristeza que reflejan una vida sin objetivo, monótona y hasta desolada. Después de dar unas pinceladas sombrías, encontrándose cerca de la estación, nos cuenta: "A las verjas del Jardín Botánico, el viajero siente –a veces le pasa– un repentino escalofrío. Enciende un pitillo y procura alejar de su cabeza los malos pensamientos. Dos tranviarios pasan con las manos en los bolsillos, la colilla entre los labios, sin decir ni palabra. Un niño harapiento hoza con un palito en un montón de basura. Al paso del viajero levanta la frente y se echa a un lado, como disimulando. El niño ignora que las apariencias engañan, que debajo de una mala capa puede esconderse un buen bebedor; que en el pecho del viajero, de extraño, quizás temeroso aspecto, encontraría un corazón de par en par abierto, como las puertas del campo. El niño, que mira receloso como un perro castigado, tampoco sabe hasta qué punto el viajero siente una ternura infinita hacia los niños abandonados, hacia los niños nómadas, que, rompiendo ya el día, hurgan con un palito en los frescos, en los tibios, en los aromáticos montones de basura."

Luego viene esta escena, que no suena a falsa ni mucho menos, para fustigar la estúpida crueldad de una gente insensibilizada por el terror y la miseria: "Por el andén pasa un mendigo barbudo recogiendo colillas. Se llama León y lleva unas alpargatas color azul celeste. Un hombre le dice: 'Ven, León, que te tengo mucho cariño. ¿Quieres un pitillo?' Cuando León se le acerca, le da una bofetada que suena como un trallazo. Todos se ríen mientras León, que no ha dicho ni una palabra y que lleva los ojos llenos de lágrimas, como un niño, se marcha silencioso, mirando para el suelo, agachándose de trecho en trecho

para recoger una colilla. Desde el final del andén, León vuelve la cabeza. En sus ojos no hay ni cariño ni odio; parecen los ojos de un ciervo disecado, de un buey viejo y sin ilusión. Va sangrando por la nariz".

En Brihuega se encuentra con un anciano que le dice inesperadamente: "Aquí fue donde empezaron a correr los italianos, ¿no sabe usted?

"–Sí; ya sé –responde el viajero.

"–¡Fue buena aquélla! –comenta el viejo."

En el pueblo de Casasana visita la escuela, "una escuela impresionante, misérrima, con los viejos bancos llenos de parches y remiendos, las paredes y el techo con grandes manchas de humedad, y el suelo de losetas movedizas, mal pegadas". La maestra llama a una niña y le pregunta: "¿Cuál fue la mejor reina de España?

"–Isabel la Católica.

"–¿Por qué?

"–Porque luchó contra el feudalismo y el Islam, realizó la unidad de nuestra patria y llevó nuestra religión y nuestra cultura allende los mares.

"La maestra, complacida le explica al viajero:

"–Es mi mejor alumna.

"La chiquita está muy seria, muy poseída de su papel de número uno. El viajero le da una pastilla de café con leche, la lleva un poco aparte y le pregunta:

"–¿Cómo te llamas?

"–Rosario González, para servir a Dios y a usted.

"–Bien. Vamos a ver, Rosario, ¿tú sabes lo que es el feudalismo?

"–No, señor.

"–¿Y el Islam?

"–No, señor. Eso no viene.

"La chica está azorada y el viajero suspende el interrogatorio."

En las últimas páginas del libro, cuando el viaje toca a su fin, el autor tiene este grato recuerdo: "Enfrente de Zorita, al otro lado del río, se ven los restos de la ciudad visigoda de Recópolis, y en sentido contrario, sobre la carretera que va a Albalate, se adivina Almonacid de Zorita, el pueblo donde, hace ya un cuarto de siglo, estuvo de boticario el poeta León Felipe".

En efecto, nuestro querido y admirado León Felipe fue boticario en ese pueblo –¡qué boticario tan extraño!– antes de sentir la venturosa

inquietud que le llevó más tarde a crear sus maravillosos poemas, esos poemas de los que alguien ha dicho recientemente que no están escritos por un verdadero poeta sino por un simple periodista. ¡Ay! ¡Ojalá que a todos los poetas del mundo les picara la divina comezón de ese "periodismo" y escribieran versos tan altos y definitivos como los que nos da León Felipe!

Volviendo a Cela, tampoco parece que éste participe de esos sueños ridículos que constituyen lo que la parva mentalidad franquista llama pomposamente hispanidad. Veamos un párrafo muy significativo: "Pastrana, sin vigías, ni aires marciales, ni espíritu guerrero, ni Edad Media, es una ciudad como todas las ciudades, bella como pocas, y que sube y baja, crece o se depaupera, según los hados se le muestren propicios o se le vuelvan de espaldas. En Pastrana podría encontrarse quizás la clave de algo que sucede en España con más frecuencia de la necesaria. El pasado esplendor agobia y, para colmo, agosta las voluntades; y sin voluntad, a lo que se ve, y dedicándose a contemplar las pretéritas grandezas, mal se atiende al problema de todos los días. Con la panza vacía y la cabeza poblada de dorados recuerdos, los dorados recuerdos se van cada vez más lejos al final, y sin que nadie llegue a confesárselo, ya se duda hasta de que hayan sido ciertos alguna vez, ya son como un caritativo e inútil valor entendido."

Cela prefiere no decirnos cuál fue el pueblo en donde el alcalde, "un albino borracho y medio tartamudo", mandó detenerle y lo encerró en un calabozo nauseabundo, sin darle apenas alimento. Tampoco nos dice el motivo de este arresto. Es de suponer que el monterilla, con su mentalidad cavernaria, pensó que un hombre que viajaba y tomaba notas para escribir un libro, debía ser un sujeto peligroso.

Después de terminada la lectura del *Viaje a la Alcarria*, pienso que el hambre de Camilo J. Cela no es solamente un hambre de pan. Es también un hambre –seguramente más apremiante que la otra– de libertad y de justicia.

LE, 13 (10, 1949)

Crónicas de España

BREVE ESQUEMA DE LA LITERATURA EN LA ESPAÑA FRANQUISTA

"MIGUEL MANRIQUE"

El advenimiento del régimen franquista vino a tronchar en flor uno de los períodos más densos, profundos y varios de la literatura española. Las cuatro décadas escasas que corren desde 1898, fecha simbólica, a 1936, que será más simbólica aún, pueden calificarse y han sido reiteradamente calificadas de nueva Edad de Oro en nuestras letras.

¿Qué viene a suceder, a partir de la sublevación antirrepublicana, en el campo de la poesía, de la novela, del teatro? Todos lo sabéis, más o menos: asesinato de Federico García Lorca; muerte en pura agonía, en total repudio a la violencia y a la mentira que le rodeaban en Salamanca, de Unamuno; más tarde, en el destierro, es Antonio Machado; poco más tarde aún, Miguel Hernández, como águila cautiva, quien estalla de ahogo, allá en la cárcel de Alicante. Exilio de los más, que en este caso son también los mejores.

La victoria de falangistas y requetés, de fascistas y nazis, de moros y milicias de Salazar, hace caer una losa sobre el corazón y la fantasía de nuestra pobre España desangrada. ¿Quién piensa en cantar, ni tiene tiempo de escribir, allá por 1939 y 1940, cuando el que no está entre barrotes, en espera del pelotón de fusilamiento, ha de atender penosamente a la supervivencia, suya y de los suyos, convertido, no ya en español de tercera, sino casi en harapo físico?

Mas como la naturaleza –dicen– tiene horror al vacío, se asiste entonces a un curioso espectáculo literario: las figuras de cuarta y sexta fila, aprovechando el gran claro en la nómina, ascienden y bullen. Y así hemos visto, por ejemplo, a un Mourlane Michelena haciendo casi de filósofo; a Eugenio Montes, de gran ensayista; a Fernández Flórez, de novelista número uno.

Ha llegado el momento, tan esperado por algunos, de la simulación, de la cuquería, del *saber vivir*, del gran estraperlo, en las letras lo mismo que con las patatas y el aceite.

Por otra parte, al nuevo Estado que, además de salvar a España, dice defender la cultura, le interesa presentar nombres, meter ruido.

Después de haber deshecho bibliotecas y masacrado a maestros y profesores –sólo de la Universidad de Granada fueron asesinados siete– hay que sacarse de la manga nuevos valores. Es el momento de uno de los más ridículos y retorcidos personajes del régimen: Juan Aparicio, director de Prensa entonces y, tras unos años de ostracismo, también ahora. Aparicio, víctima de un complejo de mimetismo napoleónico, ex admirador de los nazis y siempre admirador de sí mismo, convierte los periódicos españoles en lo más aburrido y servil que jamás se vio, desde los años paralelos de Fernando VII. Y monta, de paso, con el dinero del erario, una nueva revista para cada uno de sus numerosos hermanos: *El Español*, *Fantasía*, *La estafeta literaria*, etc., etc. A ellas llama no solamente a los *valores* del falangismo, sino también a aquellos enemigos que quieran colaborar, siempre que sean lo suficientemente dóciles y manejables. Había un buen precedente: *Redención*, semanario redactado y confeccionado en las cárceles, donde vertían sus lágrimas y arrepentimientos unas docenas de pobres diablos.

I. LA POESÍA

Una de las más infelices ocurrencias de Aparicio fue el movimiento y la revista *Garcilaso*, que subtitulaban *Juventud creadora*. Para dirigirla encontró a un joven, ya que no creador, poeta inédito: José García Nieto. Como en España jamás les ha sido posible acallar la vena popular y satírica, he aquí el mejor retrato de García Nieto, según una décima que corría, más o menos anónima, por Madrid:

> Pulcro, peinado, pulido,
> eje de algo que no gira;
> retórico con la lira,
> retórico en el vestido.
> Completa coplas cumplido
> –para eso es el director–,
> aunque habla siempre en doctor
> con sus versos plexiglás:
> transparentes por demás,
> pero con poco sabor.

La llamada poesía de los garcilasistas, exclusivamente formal y de *plexiglás*, no ha dejado ni podía dejar huella alguna, aunque se sobreviva tristemente en otra revista similar, titulada *Poesía española.*

Quedaban los supervivientes, y a la cabeza de ellos Gerardo García Diego y Vicente Aleixandre. Diego, siempre en el filo de la navaja, oscilante, a tono con la situación, entre su educación jesuítica y sus veleidades y sinecuras republicanas, es, según le conviene, místico o surrealista, lopesco o gongoriano, cantor de César Vallejo, del general Aranda o del Inmaculado Corazón de María. Y se repite, se repite sin pena ni gloria, enjaulado ya en la Academia, una Real Academia cada vez más de cartón piedra.

Aleixandre es un caso muy otro. Aislado, enfermo, señorial, *lejos de la multitud delirante*, se vio convertido de pronto, ante la falta de compañeros y primates de generación –Lorca, Alberti, Salinas, Cernuda, Guillén– en figura central y señera. Y hay que reconocer que aprovechó bien esta situación inesperada. Los jóvenes vates, huérfanos por la ausencia de Juan Ramón, acudieron a él en busca de consignas poéticas. Lo grave es que estas consignas consistían en tigres, águilas y elefantes más o menos cósmicos, y también en una melancolía, al parecer de muy buen tono, sobre lo efímero del placer en el mundo. ¡Qué lástima que todo eso que el poeta de *Sombra del paraíso* imagina y desea, cueste tanto trabajo lograrlo, y, además, no dure!

La influencia de Aleixandre, como no podía menos de ser, lo que ganaba en extensión, lo perdía en hondura, y ha sido más de conciliábulo y capilla que de obra hecha. Hoy está en plena quiebra.

En cuanto a los poetas más jóvenes, los surgidos después del 39, para conocerlos en su intrincado laberinto de nombres y voces, es imprescindible acudir a la publicación *Adonais* y al sinnúmero de revistas, por lo general muy iguales y efímeras, que han ido surgiendo y desapareciendo en estos años, sobre todo en provincias.

Adonais nació de la generosa iniciativa de Juan Guerrero, *cónsul general de la poesía*, como le llamó Lorca. Pronto empezó a intervenir en ella el aguado liberalismo, con fuertes resabios caciquiles, de Aleixandre, Dámaso Alonso, un si es no es José María de Cossío, y Gerardo Diego, a través del secretario de la publicación, José Luis Cano. Cano, endeble poeta, pero hombre sumamente activo y mimético, especie –guardando las distancias– de Eckermann de Vicente Aleixandre, es el secretario nato de cuantas revistas, concursos y colecciones de

joven poesía quieran utilizar sus servicios. Pero todo el tinglado más reaccionario (*Opus Dei*, Instituto de Cultura Hispánica, etc., etc.) vigilaba. Y pronto adquirió en propiedad *Adonais*. Allí sigue con el nuevo equipo, Cano de secretario, en tanto Aleixandre, más allá del bien y del mal, acecha e intenta controlar a una juventud que se le escapa. Las anécdotas son numerosas y sabrosas, alguna de puro sabor policiaco:

–¿Sabes? Parece que en el grupo de Córdoba comienza a notarse una cierta influencia de Cernuda.

Y empiezan cartas y cabildeos, con el fin de localizar y eliminar, naturalmente, esta filtración subversiva.

Pero en España, a pesar de todos los pesares, la poesía auténtica no muere. Surgen voces, una tras otra, aunque no pocas veces, en lucha desigual contra el ambiente podrido, gangrenado hasta la raíz, se cansan, se rinden. Acaba de publicarse, ahora precisamente, una selección de poesía, *Antología consultada*; consultada porque se ha hecho pidiendo consejo a cerca de setenta nombres, más o menos prestigiosos, entre poetas, críticos y directores de revistas. Este libro, imaginado y realizado sin compromisos ni sometimientos a clanes, puede ser nuestro mejor guía. Los nombres elegidos son nueve: Bousoño, Celaya, Crémer, Gaos (Vicente), Hierro, Morales (Rafael), Nora, Otero y Valverde. Que pueden dividirse fácilmente en dos grupos: conformistas e inconformistas. Los primeros: Bousoño, Morales, Valverde son, y no precisamente por casualidad, de un valor poético inferior.

Bousoño, discípulo predilecto de Aleixandre, *la voz más pura de su generación*, según palabras del maestro, es, de hecho, flojo, insulso y radicalmente insincero, tanto en sus poemas religiosos como en unos cantos de amor, embebidos de la más lamentable autocomplacencia.

Rafael Morales, siguiendo también la corriente, ha echado a perder una fibra débil, pero, sin duda, más auténtica, en una serie de poemas que pudiéramos decir apriorísticos, como ejercicios de colegial: *Los ecos*, *Los ciegos*, *Los leprosos*, *Los niños muertos*, *Los idiotas*...

A Valverde, pesado, difuso y gazmoño, se le ha querido presentar como el gran poeta católico que el momento estaba pidiendo y que postulaba Luis Rosales, cuyo papel cobarde y pasivo en el asesinato de Lorca es bien conocido. Pero el pobre Valverde, más víctima que victimario, no es precisamente un Eliot, ni siquiera un Claudel mediano. Véase, por ejemplo, uno de sus mejores poemas:

Y hoy, que vamos creyendo en otros días,
juntando más amor para mañana,
y ponemos despacio en una hucha
los besos ahorrados, le decimos
a Cristo, que es la hora de que llegue...

En cuanto a los *no conformistas*, las voces mayores son, sin duda ninguna, las de Nora, Celaya, Hierro y Crémer, debiéndose añadir alguno no antologizado, como Ramón de Garciasol, hondo, meditativo y extraordinariamente humano, y Pascual Plá y Beltrán, ya formado antes de la guerra, dolorido y vibrante, más universal cada vez.

Celaya cuenta con una obra ya importante, que va ganando calidad de libro en libro. Caudaloso, revuelto, con unas coordenadas, sin embargo, muy claras, acaba de publicar un poema filosófico y social de cierta extensión, *Lo demás es silencio*. En él intenta presentar la tragedia del hombre pensante y sensible al dolor de las masas, en el mundo dolorido de hoy. Aunque en él hay hondos atisbos y resueltos aciertos, en el fondo no hace más que chapotear en su propia angustia, pisar los escombros de una metafísica deprimente y malsana, sin vigencia ni porvenir.

Nora y Crémer provienen, o mejor dirigían el grupo de León, aglutinado en torno a la revista *Espadaña* (una de las pocas, con *Manantial*, de Melilla, y *Bernia*, de Alicante, que respondían a una necesidad verdadera, manteniendo, hasta donde esto era posible, independencia). Hay entre ellos, no obstante, grandes diferencias: Nora es un universitario que va al pueblo, en tanto Crémer es un hombre del pueblo, que apunta, naturalmente, a la cultura. Uno y otro, de honda vena social; Crémer, más espectacular, desigual y tremendista, acierta cuando se serena. Nora, consciente, pero con un fuego romántico y una inquietud, casi agonía, honda y generosa, que le eleva en todo momento, es el poeta más auténtico y vivo de toda esta generación.

José Hierro empezó provocando casi una revolución. Sus poemas de *Tierra sin nosotros* y *Alegría* tenían, en general, hondura, verdad, y una sentimentalidad inmediata, más quejumbrosa que esperanzada, de biografía cordial, que les hicieron conocidos y gustados desde muy pronto. Hay en él el peligro, que se advierte en su último libro publicado, de una cierta reiteración y amaneramiento, algo como un artificial jadeo y una artificiosa musicalidad.

También fue Blas de Otero una revelación a contrapelo. Viril, desgarrado, siempre a vueltas con Dios y con sus dudas, tiene sobrado nervio y sobrada autenticidad para no poder esperar de él, el día que remanse, grandes cosas.

Vicente Gaos es universitario, como Nora, pero muy superficial y mimético. Su gran preocupación poética parece ser la exposición de una perpetua duda religiosa, de *lucha con el ángel*. Poesía que más que a experiencia vivida sabe a ecos de ecos: de Shelley, a quien ha traducido, de Unamuno, y de Antonio Machado.

LE, 23-25 (04, 1953)

Crónicas de España

LA ESPAÑA DE HOY EN SU POESÍA REAL

"FELIPE SAN MIGUEL"

La evolución de la poesía española en el curso de los últimos quince años es sumamente curiosa en muchos aspectos, pero sobre todo en cuanto refleja –primero indirectamente, y después, de un modo cada vez más atrevidamente directo– la situación nacional.

Resulta a primera vista un poco paradójico que sean los poetas, a los que un viejo tópico da por hombres que viven al margen del mundo cotidiano, quienes mejor retratan la España de su momento. Pero esto tiene su explicación. Ocurre en efecto que la lírica, bien sea debido a que, por su escasa difusión, se ha salvado de una más rigurosa vigilancia de la Censura, o bien porque su lenguaje se presta más que ninguno otro al necesario equívoco, o bien porque los poetas, a diferencia de otros escritores con intereses comerciales, no tienen nada que perder, salvo la libertad, se ha convertido en expresión de esa *vox populi*, que el periodismo oficial se esfuerza en ocultar, y que el teatro, la novela y demás géneros literarios de gran difusión no han logrado hacer explícita.

Para llegar a ese "realismo", que constituye la característica más acusada y más prometedora de la nueva poesía española, como Vicente Aleixandre señaló en el valiente discurso que pronunció hace poco en la Real Academia ante un escandalizado y atónito público de jerifaltes, ha habido que recorrer un largo camino: largo y trabajoso como la

recuperación de la conciencia después de un trauma. Pero todas las etapas, aun las que hoy nos parecen más primitivas, son significativas y merecen ser recordadas, como momento dialéctico si no como otra cosa.

Reflejo indirecto o realismo al revés puede llamarse a la poesía que surge en los años inmediatos a la catástrofe nacional, cuando los "garcilacistas" tratan de crear "un nuevo clasicismo" y "una poesía oficial", pero, por muy afectos que sean al régimen imperante, no encuentran en su entraña voz para cantarlo. ¿Cómo seguir por el camino, estéticamente grotesco y españolamente odioso, de la división sin perdones que Pemán apuntó con su *Poema de la Bestia y el Ángel*? Nadie lo intenta. Nadie, en el fondo, siente como suyas las consignas estatales. Y entonces esos poetas, los poetas que en aquel momento podían permitirse el lujo de hablar en voz alta, se vuelven de espalda a una realidad que no pueden aceptar, pero que tampoco se atreven a combatir, y buscan en "los temas eternos" y en una formulística perfección formal típicamente seudoclásica, el que su poesía no sea ni nueva ni vieja, ni de hoy ni de ayer, sino de siempre. Es decir, irresponsable. Porque, a fin de cuentas, lo que ellos tratan de hacer es lavarse las manos como Pilatos.

Esta poesía "garcilacista" y la que muy pronto surge como reacción, diciéndose escrita "desde la acera de enfrente", constituyen por igual una evasión. Porque es así, el "tremendismo" de los curas, los militares y los jonsistas que forman el equipo de *Espadaña*, aunque se da muchos aires de rebelde, toma en seguida carta de naturaleza en el panorama literario del franquismo como falsa válvula de escape y bienvenido ingrediente. Lo que se fomenta de un modo u otro es la fuga de la realidad: bien sea con el "garcilasismo", lanzándose hacia el reino intemporal del arte puro; o bien con el "tremendismo", lanzándose hacia el reino de la anarquía libre-lírica y de la rebeldía sólo literaria.

Hoy, esta poesía que imperó entre 1939 y 1946, nos parece terriblemente falsa. Pero conviene hacerle justicia y advertir cómo, aun cuando se vuelve de espaldas a la realidad concreta y, sin comprometerse, juega al juego del arte "libre", refleja ya de un modo indirecto la situación de España en aquellos momentos, y es una primera, aunque todavía inconsciente, manifestación del divorcio que entre el franquismo y la poesía, como entre el franquismo y todos los demás aspectos de la vida nacional, se produce en seguida y va haciéndose, aún dentro de esa etapa, cada vez más patente.

Es justamente en este mundo-mundillo de la poesía, quizás antes

que en ningún otro, en donde la disconformidad toma cauce. Vagamente primero, porque las circunstancias no permiten otra cosa, empieza a hablarse de "poesía humana" y de "poesía social". ¿Qué quiere decirse con esto? Nadie parece saberlo. Nadie por lo menos llega a explicarlo claramente. Pero, a medias palabras, todo el mundo parece entenderse. Se apela al hombre, al hombre concreto y existencial, y en tanto que se hace esto, la insoslayable circunstancia histórica y social de ese hombre –es decir, la España traicionada que está doliéndole y la miseria pública en que se siente sumido– surge como tema de primera importancia en la lírica. Y entonces, Unamuno y Machado se imponen a todas las conciencias como grandes maestros, no sólo de poesía, sino también de verdad, de hombría y de valor español. Porque Unamuno y Machado, a diferencia de otros, nunca desencarnaron su canto, ni temieron comprometerse, ni trataron de flotar angélicamente por encima del pueblo que gime y llama.

Al margen de todas las diferencias de personalidad, de tendencia estética e incluso de convicciones, un cambio que en su raíz es algo más que literario, aflora inconteniblemente con cien rostros y una sola conciencia común. Estamos en 1947, en 1949, en 1951. Ahora los poetas ya no se van por las ramas. Derriban los falsos ídolos estéticos y sintiendo que lo importante es decir lo que hay que decir para todos, apean su lenguaje y hasta recurren al prosaísmo. Tienen conciencia de su responsabilidad. Se sienten tácita o expresamente comprometidos. Se exigen mucho a sí mismos. Y si renuncian hacer sonetos como quien hace solitarios, no por eso se abandonan a la informe, vacua y retórica facilidad tremendista. Saben que algo pueden o que por lo menos algo deben. Y nada por eso les repele tanto como el aspaviento, si no es el todavía peor malabarismo del arte gratuito.

Basta comparar la poesía española del 50, tal como insuficiente pero agudamente aparece reflejada en la *Antología consultada*, con la antología de Alfonso Moreno *Poesía española actual*, publicada sólo seis años antes (en 1946), para advertir este decisivo y revolucionario cambio de clima. ¿Qué ha pasado en realidad? Ha pasado sencillamente que la juventud de la posguerra, pese a la educación deformadora y la propaganda sistemática de que ha sido objeto, ve con sus ojos y siente con su corazón: Con su corazón independiente e irreductiblemente español. Y así surgen esos libros, cuyos títulos, leídos *cum grano salis*, no pueden ser más expresivos: *La espada y la pared*, *Quinta del 42*, *Del*

mal, el menos, La muerte o la vida, Pido la paz y la palabra, etc...; y con un carácter de reivindicación española cada vez más acentuado: *España, pasión de vida, Tierras de España, Cantos iberos,* etc...

Si esta poesía sólo fuera la manifestación de unos hombres independientes, quizás nobles por su gesto y quizás dignos de encomio por la calidad de su obra, no merecería pese a todo el interés que ahora le presto. Pero esta poesía ha prendido, demostrando con ello ser auténticamente popular, y ha llegado a convertirse en un fenómeno colectivo de subversión que merece atención, no sólo como síntoma de la descomposición del franquismo, sino también como apunte de una voluntad regeneradora. Adviértase por ejemplo, cómo, por la fuerza de las circunstancias o por la presión de una incontenible opinión pública, las revistas y periódicos españoles, aun cuando son de declarado signo falangista, prestan eco a las voces de esos poetas, sintiendo por encima de cualquiera distinción de partido, aun del que teóricamente se da por único, hasta qué punto ponen el dedo en la llaga y son, como eufemísticamente se dice, "interesantes", por no decir, insoslayables. Y adviértase también cómo esos poetas se echan cada vez más adelante, con una decisión y una osadía que no serían ciertamente posibles, si ellos no se sintieran respaldados y apoyados por esa "inmensa mayoría" que muchos de ellos no se cansan de invocar.

Esta actitud desafiante de la nueva poesía, tan furiosamente hermosa y tan típica e inconteniblemente española, llega a tal extremo que Juan Aparicio, Director General de Prensa y Propaganda, declara: "A los poetas no puede tomárseles en serio. Si se les tomara en serio, habría que fusilarlos a todos." Pero si por un momento creyó poder salvar la situación con una burla en la que iba mal disfrazada una cínica amenaza, pronto cambiará de actitud. Y así, recurriendo a ese espantajo del comunismo al que se recurre siempre ante todo síntoma de puro y simple antifranquismo, leemos en la prensa con grandes titulares: "La poesía como instrumento de la Agit-Prop". Y pasando a los hechos, se prohíben las revistas *Ínsula, Índice, Objetivo* y otras, a tiempo que se recrudecen los métodos de la Censura. Pero, ¿cómo poner puertas al mar? Muy pronto, los nuevos poetas de España cantarán con su pueblo la alegría de la resurrección.

España, abril de 1956.

LE, 26-28 (07, 1956)

Ensayos filosóficos e históricos

EL PROBLEMA FILOSÓFICO DE LA CONCIENCIA AGÓNICA SEGÚN MIGUEL DE UNAMUNO

JUAN DAVID GARCÍA BACCA

Las Españas se honra publicando este fragmento del libro del doctor Juan D. García Bacca, próximo a publicarse, *Nueve filósofos contemporáneos, con sus temas.*

I

Por una tradición de la filosofía occidental, venerable por lo que de tradición tiene, unilateral por lo que se refiere a su procedencia, filosofar ha sido, predominantemente, *conocer*, *intuir*, hacer que las cosas se presenten ante un entendimiento cuyo único oficio consiste y ha de limitarse a ser puro lugar de presentación para ellas, sin que empañe éste su oficio presentador con actividades suyas, con intervenciones de potencias activas o bocanadas turbias de ese aliento que es la vida.

Es claro que para este oficio presentador neutral del entendimiento, y en general de las potencias conocedoras –puestas a hacerse lo otro en cuanto lo otro–, casi no hacía falta *conciencia*: caer en cuenta explícita de lo que se está haciendo.

Cuando con Descartes se cae en cuenta explícita de *que se piensa*, de que *yo soy quien piensa –cogito–*, se cuela por ahí la afirmación de *yo soy quien existe –ergo sum–*, y esta invasión de la *individualidad* de mi existencia hará que, ensanchando el orificio, se cuele por él todo lo del sujeto, o mejor, que todo lo externo, todos los seres, se cuelen en el sujeto, llegándose a un subjetivismo más o menos extremado, según sea la provisión de valentía interior y exterior del filósofo.

Lo cual viene a decirnos y advertirnos que cuando en la *ciencia* se aparece expresamente la *conciencia*, se abre un sumidero por el que se hundirá la ciencia en la conciencia. El remedio provisorio ha consistido –que, en verdad, fuera muy desagradable ser rico sin caer en cuenta de que se lo es, y ser sabio sin poder saber para sí que uno lo es, y

ser santo sin poderse gozar de manera, más o menos disimulada, en que efectiva y realmente se lo es– en limitar, un poco forzadamente, la conciencia al papel de *puro lugar de presentación*, evitando que en ella hagan acto de presencia, mientras estamos conociendo o en plan de conocer, *todo lo del sujeto*, por muy real y aun identificadamente que esté unido con el acto y potencias de conocer. Y así se evitará que en la conciencia intelectiva hagan acto de presencia, durante las sesiones puramente científicas que queremos nos den de sí los objetos, nuestros afectos, nuestros dolores, nuestros presentimientos, nuestro carácter, nuestros anhelos, nuestras angustias íntimas, nuestros deseos... La filosofía ha hallado la manera sutil de eliminarlos, no sólo *de hecho* y por una especie de *violencia interior* que uno se hace a sí mismo, sino por *razones* que justifiquen tal violencia: a saber, porque todo ello pertenece al yo individual, al yo empírico, al dominio de lo sensible. ¡Cómo si la unión *realísima* entre todo lo que yo tengo no tuviera derechos metafísicos de ninguna clase!

Pues bien: éste es un primer punto que, no de manera explícita y en forma de tesis filosófica, discute, y aun niega Unamuno, sino lo que en forma operante, en "*actu exercito*", como decían los escolásticos, en todos los actos que *ejercita*, implicado y actuante en ellos, sostiene Unamuno. Y ¡con qué decisión!

Una conciencia *puramente presentacional*, simple pantalla neutral en que todo puede hacer acto de presencia, es una *abstracción* en el peor sentido de la palabra, porque encierra una *mutilación real*, una *violencia real* hecha a mi misma realidad por mí mismo.

No se hace violencia alguna real al dos cuando, en lugar de considerar sus dos unidades y su colocación dentro de la sucesión natural de los números, considero nada más que es par, que es entero, que es número. Estas abstracciones lo son de *razón*, por eso no hacen violencia real al objeto. Empero en virtud o a causa de la *unidad real* del hombre, querer o intentar pensar, cayendo en cuenta de que se piensa, y con todo intentar o atentar o tender a que en el pensamiento del hombre íntegro y unido que es el pensante no intervengan sus sentimientos, sus deseos, sus inquietudes..., tan suyas y tan unidas con el pensar como están, es no solamente una abstracción *de razón*, sino una *abstracción real*, un intento o atentado de mutilación. Y lo peor, según como se mire, del caso es que tal intento o atentado no puede llegar a ser consumado, porque no se consigue con él romper realmente la

unidad del hombre, quedarse con un puro entendimiento pensante y con una conciencia en que sólo se presenten el objeto y del yo ese aspecto "*yo soy quien está pensando*". Lo peor, respecto de un plan puramente científico de pensamientos; no tan malo, para la vida y unidad real del hombre.

De aquí que Unamuno asiente como afirmación fundamental suya, contra toda la filosofía anterior: "*Este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda filosofía, quiéranlo o no ciertos sedicentes filósofos*" (*El sentimiento trágico de la vida*, pág. 653, vol. II; edic. Aguilar).

Afirmación que encierra implícitamente: *a*) al filosofar, y por el filosofar, no se puede *realmente* romper la unidad *real* del hombre concreto, del individuo. Luego, *si no se puede realmente*, no se debe ni intentar, so pena de falsear radical y *realmente* la filosofía y sus deducciones. *b*) El método de abstracción conceptual, el plan de conciencia meramente presentacional de lo externo, con represión ultrafreudiana de lo interno del hombre real individual no tiene valor filosófico ni *racional* –porque es imposible abstraer *realmente*, separar *realmente* pensamiento y conciencia intelectiva, por una parte, y por otra todo lo demás del hombre concreto de carne y hueso–, ni *real* porque una simple abstracción *de razón* falsea las cosas cuando las cosas a dividir resisten *realmente* la división, cuando están *realmente* unidas. Sólo respecto de seres ideales, cuyos constitutivos están sólo idealmente unidos, la abstracción conceptual se halla en su terreno y no falsea.

II

"*Abstrahentium non est mendaciam*", decían y dicen en su mal latín los escolásticos: "quien abstrae no miente ni falsea". Depende de qué objetos sean los pacientes de la abstracción. Y por de pronto quien piensa que la abstracción de razón puede darnos verdad alguna sobre el hombre real, que real y verdaderamente es uno y defiende así su unidad, no sólo miente con vulgar mentira, sino que falsea por su raíz misma el filosofar, y se miente a sí mismo, y tanto se puede mentir a sí mismo que llegue a sugestionarse y creerse lo que dice.

Ahora bien: toda la filosofía intelectual racionalista, clásica –griega, escolástica, cartesiana, kantiana, husserliana–, ha sostenido pertinazmente que filosofar es propiamente un *conocer*, y el progreso en esta dirección ha consistido en añadir "*caer en cuenta de que se conoce*". Pero todos ellos, con no menor pertinacia y airada repulsa, han tratado de impedir que en el resquicio de la conciencia se colara todo el hombre interior a reclamar sus derechos, y sobre todo que los reclamara el sentimiento.

¿Qué ventajas filosóficas aporta introducir todo el hombre y en especial el sentimiento en la filosofía misma? Veremos que muchas, e insospechadas; pero sobre todo la de que plantearnos con él los problemas de la filosofía sobre una base *real*, real de verdad o en realidad de verdad.

Óigase a Unamuno: "*La filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella. Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma. Y ésta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes tal vez*" (*ibid.* pág. 654).

Empero todas estas afirmaciones son ya más o menos, y eran en tiempos en que Unamuno escribía sus obras, patrimonio común, si no de los filósofos sistemáticos, sí del ambiente o de lo que el ambiente de la época exigía a los filósofos.

Lo original, hasta el límite en que es posible la originalidad después de veinticinco siglos de pensamiento occidental, consiste y se cifra en lo siguiente: en señalar el "*sentimiento trágico*" de la vida como raíz y principio propio del filosofar. "*Hay algo que, a falta de otro nombre, llamaremos sentimiento trágico de la vida, que lleva tras sí toda una concepción de la vida misma y del universo, toda una filosofía más o menos formulada, más o menos consciente*" (*ibid.* pág. 668).

¿Qué es eso de conciencia agónica? ¿Qué, sentimiento trágico de la vida? ¿Cuál su valor filosófico? ¿A qué problemas filosóficos se puede aplicar y con qué resultados *reales*?

Veamos ante todo qué es eso de *conciencia agónica*, y cómo la conciencia agónica llega a sentimiento *trágico*, con la grandeza de *real* tragedia.

Para llegar a tener conciencia aguda, *realísima*, segurísima de que un miembro del cuerpo nos pertenece y continúa perteneciéndonos y hasta qué momento es nuestro, no hay mejor medio, aunque sea violento y brutal, que someterlo a la tortura del potro, estirarlo con creciente tensión, duela lo que doliere. Crucificarse íntegramente, de modo que de cada parte de cuerpo y alma cuelgue dolorosamente el cuerpo y alma enteros; y aguantar conscientemente tal tormento, es llegar a tener conciencia *sumamente real* de lo que a uno real y verdaderamente le pertenece y está perteneciendo.

El dolor de la separación, en *estado de atentado*, es el criterio más seguro de unión actual.

Pues bien, por algo esa devoción de nuestro Unamuno hacia el Cristo de Velázquez y hacia los Cristos agonizantes en general. "*La más alta expresión artística católica, por lo menos española, es, en el arte más material, tangible y permanente –pues a los sonidos se los lleva el aire–, de la escultura y la pintura, el Cristo de Velázquez, ¡en ese Cristo que está siempre muriéndose, sin acabar nunca de morirse, para darnos la vida!*" (*ibid.* pág. 718).

Transportemos este plan al hombre íntegro, de cuerpo y alma, y preguntémonos: ¿qué nos revelaría el programa de ponernos a que nos *duela* todo nuestro ser? Y como espontáneamente y de ordinario no nos duelen muchas partes del alma, como entendimiento y voluntad, ¿cómo conseguir que efectiva y realmente lleguen ellas a tener conciencia *doliente* de sí, conciencia que nos revele no simplemente que "*soy*", mientras y porque *pienso*, ni que "*existo*" simplemente mientras y porque *pienso*, sino que por el grado del dolor pueda saber de tinta real y en realidad hasta qué punto soy? Sé que mis dedos me pertenecen, porque si por un sadismo, que ahora toma matices filosóficos y en especial ontológicos, me pongo a estirármelos sin compasión y tiento, el dolor creciente me *revelará* el grado de unión real y viviente que conmigo tienen. Pues ¿por qué no ponernos en sadismo ontológico *general*, hacer que nos duela todo el ser y así descubriremos lo que nos pertenece realmente, el grado de su unión y el de nuestra unidad interior, qué cosas nos pertenecen real y verdaderamente y qué otras sólo como objetos presentes en nuestra conciencia presentacional pura y simple, qué problemas nos son reales y cuáles otros fingidos? Si, por ejemplo, pudiéramos hallar un medio para ponernos a que nos duela ser *mortales*, ¿qué significaría tal conciencia doliente de nuestra

mortalidad para el problema de la inmortalidad? Y si es posible llegar a que nos duela Dios, ¿qué valor teológico tendrá tal dolor nuestro, para resolver si existe o no existe, su naturaleza, el grado de distinción entre Él y nosotros?

Hacer que a uno le duela su *ser entero* es llegar a conciencia agónica, estar en trance de muerte integral, estado en que uno notará lo que real y verdaderamente es él, y hasta qué punto lo es. La conciencia agónica es la "*hora de la verdad*".

Frente a esta conciencia agónica de todo el ser, y de todo lo que de verdad se halle con nosotros unido, la puramente presentacional o fenomenológica es cosa de juego y sin consecuencias *reales*, sin *revelación*, cuando más con *aparición* de ideas y cosas.

"*El combate es el padre de todas las cosas*", decía Heráclito. La guerra interior, intestina, entrañable, es el padre de toda la filosofía. Ordinariamente no nos duelen ni la fe ni la razón, ni sabemos hasta qué punto son las dos nuestras y hasta qué grado las dos forman una unidad, y hasta se ha llegado a inventar teologías para que no nos duelan, ni le duela a la razón la fe ni a la fe la razón. Y hay quienes proclaman que razón y fe no pueden *contradecirse* jamás, es decir *dolerle* al hombre; y al no dolerle en firme, ha dejado de saber realmente qué es fe y qué es razón, y ha perdido el poder ser crucificado en ellas y por ellas, dejando de parecerse al Cristo que, sabiéndose Dios, se lo sabía con conciencia viviente mortal y agónica al exclamar crucificado por dentro, más que por fuera: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

LE, 1 (10, 1946)
LE, 2 (11, 1946)

IRRADIACIONES DEL VIVIR HISPÁNICO

AMÉRICO CASTRO

El estilo español de vida –sin nada en verdad análogo en Oriente y Occidente– hizo posibles magníficas personalidades, acciones resonantes y obras de valor único que trascienden el mundo hispánico. España ha estado presente en la vida-historia de Europa no meramente como

poder admirado y temido en la época de su máxima energía. Su estilo de vida afectó al de otros pueblos; la actitud personal del español hizo patente a otros el conflicto inevitable entre el ser de la persona y su estar existiendo, entre lo que se quiere y lo que se debe, entre aspirar y realizar, pues el español se ocupó menos con las dificultades halladas fuera de sí que con las ofrecidas por la propia persona. El Cid del *Romancero* y de Guillén de Castro expresaba la pugna entre su amor y su hidalguía, entre el "más acá" de sus sentimientos y el "más allá" de su dimensión social como caballero. No se trataba de un conflicto genérico entre sensibilidad y razón, teóricamente concebido, y fue por lo mismo posible para el arte literario de España abrir vías insospechadas al teatro europeo a través de la imitación de Corneille. Éste se inspiró en el caso *vivo* español, y no en tratados morales que, desde milenios, analizaban el choque trivial entre pasiones y deberes.

Antes de Corneille, Montaigne, el personalísimo autor de los *Essais*, aprendió en Antonio de Guevara (moralista ni serio ni original en cuanto a la doctrina) cómo el hombre genérico se personaliza al revolverse inquieto entre las vivencias de la propia conducta. Una cosa es moralizar, y otra preocuparse de sí mismo, en absoluto –ni siquiera en diálogo con Dios como San Agustín. El estrafalario y divertido Guevara nos brinda las ansias de su querer ser alguien por entre las filigranas de unos artificiosos y rítmicos períodos. Montaigne desdeñaba *racionalmente* las *Epístolas* de Guevara, dirigidas a ficticios destinatarios y carentes de fuertes y estimables ideas. Mas lo no ficticio era que una persona basase su conciencia de persona en aquel descosido sermoneo que, al fin y al cabo, le dio perennidad como tal Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo. Gracias a eso existe ahora para el lector y para mí que hablo de él, cuatrocientos años más tarde. Los ataques de los contemporáneos contra aquel falsario divertido, forjador del *Libro áureo de Marco Aurelio*, iban dirigidos contra su persona, no contra sus ingenuas e incoherentes doctrinas. El padre de Montaigne hablaba de Guevara, con gran entusiasmo; Michel de Montaigne desestimaba las *Épîtres dorées* por la invalidez de sus contenidos objetivables. Lo que no dijo, porque no podía darse cuenta de ello, es cómo aprendió allí a sentirse existiendo mientras se debatía consigo mismo al pretender hallar un sentido a los vaivenes de su ser interior. No invalida mi idea el que los resultados conseguidos por Montaigne nada tengan que hacer con el pensamiento del fachendoso cronista de

Carlos V, cuyas obras, sin embargo, fueran leídas en la Europa del siglo XVI tanto como la Biblia, a juicio de Casaubon.

Se ve así cuán difícil sea revelar la huella de España en Europa, una huella no visible en objetos lógicamente aislables (ideas, invenciones), sino en aspectos y perspectivas de la forma misma del vivir. Montaigne debe a Guevara un desvío en la forma francesa de su existir, muy poco inclinada al autobiografismo y a la confesión: en la confesión se expresa la totalidad de la persona, y no simplemente su facultad discursiva.

Por si el vivo ejemplo de Guevara fuera poco, la madre de Montaigne, Antonia López, pertenecía a la segunda generación de judíos salidos de España, ya muy bautizados y cristianizados, pero siempre muy hispano-judíos en su forma esencial de vida. Esa familia López procedía de Aragón, y se había enriquecido en Toulouse comerciando con plantas tintóreas. El padre de Montaigne tenía en alta estima a su mujer, y en su testamento la juzga capaz de administrar toda su hacienda. La acción de Antonia López en Montaigne debió ser muy efectiva, y junto a ella aprendería a conceder importancia a vivir sintiéndose y expresándose a sí mismo, porque eso es lo español. Lo decía ya tajantemente en el siglo XIV el infante don Juan Manuel:

> Don Fray Remón Masquefa: Yo Don Juan, vuestro amigo, vos fago saber que seyendo yo una vegada en Valencia con el rey Don Jayme, mío suegro, fablando sobre algunas cosas de nuestras faziendas, que acaesció el fecho assí, que me ovo a dezir, que una de las peores cosas que el omne podía aver en sí, *era non se sentir.* Et díxome que por esta razón la peor dolencia del mundo era la gafedat (la lepra), porque assí amortigua aquel logar do llega la gafedat, que fazia perder el sentimiento. Et por ende el omne que non se sintía que era hascas (casi) como gafo.

El rey don Jayme había sido educado por un sabio judío, como muchos otros grandes en la Edad Media.

Otro aspecto de la presencia de España en Europa se revela en el tipo del conquistador y colonizador de tierras lejanas. Las Cruzadas habían sido empresas religiosas, con fines políticos muy definidos, muy distintos de los que inspiraron la expansión de castellanos y portugueses por el mundo. Salieron aquéllos de sus pobres tierras a tomar posesión de regiones remotas, y de mares nunca antes surcados por una quilla. Los portugueses amojonaron las costas de África y del Brasil como quien demarca una heredad. Tuvo todo ello aire de faena domés-

tica. La conquista del Perú le incumbió a Pizarro por resultar ser el mejor postor en una contrata; Alfonso de Alburquerque y Hernán Cortés procedieron como particulares que ofrendaran a sus reyes, a modo de quiméricos presentes, las costas de la India, Malaca y el imperio mexicano. Partían de España los conquistadores, llevándosela literalmente a cuestas; colocaban en lugares increíbles ciudades, templos y palacios, engastados en la lengua, las instituciones, las creencias y los usos de su tierra. A la Europa no hispánica le faltaban marcos en donde encajar tan insólitas tareas; durante largos años, franceses, ingleses y holandeses se contentaron con arrebatar las riquezas transportadas por los navíos españoles y portugueses. Los intentos de Francia para establecerse en el Brasil durante el siglo XVI no tuvieron mejor éxito que los de los holandeses en el XVII. Lenta, modestamente y después de más de un siglo de titubeos, comenzaron a afincarse en el Nuevo Mundo y en Asia colonizadores no españoles ni portugueses. La manera en que lo hicieron, sus fines y sus resultados, en poco semejan a los de Iberia. La lengua y la literatura de Sumatra y de Java no son holandesas. Mas no es menos evidente que la inflexión vital que hizo posible el nuevo rumbo de la vida europea fue sugerida e impuesta por el prestigio de la forma hispánica de vida. Sin ella, Europa hubiera seguido ocupada en sus "cosas", en sus pensamientos y en su comercio, tal como desde hacía siglos venía aconteciendo en Venecia y en las ciudades de la Liga Hanseática. La sacudida de las actitudes tradicionales procedió de España y de Portugal, desdeñados y hasta odiados, pero imitados en lo que de fecundo traían para el nuevo horizonte de Europa. El europeo experimentó, a su modo, los efectos del vivir hispano, fundado en creencia y personalismo.

Por lo mismo hubo de ser insignificante la aportación española en cuanto al cultivo de los temas del pensamiento –por fuerza extrapersonales– y en cuanto al trato con la realidad inmediata (producción de nuevos objetos, de "cosas"). No cabían en aquella forma de vida descubrir ideas, practicar técnicas, comerciar, interesarse en la industria, el comercio o las empresas bancarias. Siempre se dio cuenta el español del drama de su vida, y sobre tan angustiado existir fue labrando lo mejor de su historia, una historia cuyo norte no fue la apetencia de plácidas felicidades. Mas como el éxito y el poderío cayeron a la larga del lado de las formas de vida no hispánicas, se pensó pragmáticamente que sólo éstas poseen sentido para el hombre. Quien hace medio siglo

se arriesgaba a poner en tela de juicio la justeza de tal juicio, quedaba sin más excluido del gremio de las gentes civilizadas. Hoy, sin embargo, a mediados del siglo XX, heredero del siglo de las luces, uno se pregunta si es legítimo reducir a una sola las vías de lo humano. Carecería, sin duda, tanto de decencia como de utilidad, el propósito de justificar lo hispánico como resultado de la crisis radical de la Europa racionalizada, entre otras razones porque esa crisis puede ser un rumor agorero de la total ruina del planeta. Ni tampoco sería lícito exaltar la divergencia hispánica, como si ésta encerrara reservas o soluciones en trance tan apretado. Pensarlo no más sería tan ingenuo como ridículo. No pretendemos ninguna finalidad práctica o panaceica. Simplemente aspiramos a hacer entendible un problema que rebasa el ámbito de las pugnas y rivalidades entre los pueblos, y que flota por encima del dolor que a todos nos angustia. Para entender la significación de un pueblo ha de olvidarse la superficial clasificación de las naciones en progresivas (fuertes, creadoras de cosas objetivables) y retardatarias (débiles e importadoras de cosas tecnificadas). La realidad del vivir humano posee dimensiones ideales no agotadas en la noción del progreso, en las ventajas del conocimiento teórico y del bienestar de la vida de cada día. Caeríamos en otro caso en la pregunta de Sancho: qué vale más, ¿resucitar a un muerto, o matar a un gigante? Qué vale más, ¿Goya o la bomba atómica? Donde hubo lo uno, no pudo haber lo otro. La tarea del historiador consistiría –si le es dable– en hacer vivible, convivible, la auténtica realidad de la historia, de ese drama rebelde a toda regla aristotélico-neoclásica.

LE, 7 (11, 1947)

EL PROBLEMA DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA

MARÍA ZAMBRANO

De todos los problemas que nos plantea la vida española y su singular historia, ninguno tan decisivo como el de su problemático pensamiento. ¿Ha existido en verdad Filosofía en España? es la pregunta que surge imponiéndose en cualquier ánimo frente a la espléndida riqueza

de nuestra Literatura. Y tal pregunta produce una perplejidad de la que no podemos salir por una simple negación apresurada, ni tampoco vencer por una afirmación inspirada por el entusiasmo.

Sabido es que la Filosofía constituye la más profunda originalidad de la cultura de Occidente. En el inmenso mundo del Oriente no hay propiamente Filosofía, es decir, un saber constituido con las notas de lo que entendemos como tal. No cabe la ingenua explicación de que nosotros, los occidentales, hayamos avanzado más en el camino de un hipotético "progreso"; si ellos, los orientales, no llegaron a constituir una Filosofía en la forma en que ha encontrado su esplendor en Occidente es, sin duda, porque desde su actitud frente a la realidad, no les era posible llegar a ella, más aún, porque no la han necesitado. Ya que la Filosofía occidental con su diversidad de doctrinas y de "sistemas" responde a una honda necesidad de la mente y más allá de la mente, de la vida que dirige y guía a la mente.

La condición de la existencia de la Filosofía está dada por alguna necesidad vital inaplazable, pues no emprende el hombre trabajos tan duros si no le mueve a ello la necesidad. Pero la necesidad que es tan amplia que pudiera definir la condición misma del ser humano, llega a tomar una forma, la más alta, la más noble entre todas: el amor. Y así, si acudimos a los orígenes de la Filosofía en Grecia bien pronto encontramos que es el amor, lo que reside en su fondo primero y en su meta última. Y aún más: nació el Amor en su forma occidental también, al mismo tiempo que la Filosofía y en ella, hasta tal punto de ser el Amor una creación filosófica.

Y así en la vida oriental donde no existe propiamente Filosofía, el Amor tal como ha vivido desde Platón –más o menos platónicamente– no parece haber existido tampoco. El alma humana vive sumergida en algo más absorbente: la adoración. La adoración nacida de la esclavitud, de la entera entrega del ser a un objeto que no le deja ni le permite resquicio alguno, que no le permite "existir". Mientras que el Amor nacido en la Filosofía es el afortunado pacto entre la entrega total del ser en esclavitud y su existencia en libertad. Dios mediador, el Amor permite la adhesión del ser humano a un objeto que lejos de absorberle por entero, le hace ser, le exige que alcance –él también–, su ser, vale tanto su libertad.

¿Qué significará, pues, mirada desde tales consideraciones –expresadas de un modo un tanto apresurado por la limitación del espacio– en

la vida española, en cualquier vida, la carencia de Filosofía? No más iniciada la cuestión hemos visto enseguida aparecer esa otra idea y más que idea suprema esperanza del espíritu occidental: la libertad. ¿Estarán íntimamente ligadas la forma de pensamiento que llamamos Filosofía con la aspiración suprema que llamamos libertad?

Un hecho parece corroborarlo. Y es no sólo la idea del Estado típicamente occidental sino la agitada historia, el sinnúmero de padeceres de todos los pueblos de Occidente por realizar un Estado que encarne a esa deidad perseguida, pues la Historia de Occidente podría escribirse como la serie infinita de los esfuerzos, tribulaciones y martirios por alcanzar la libertad, como los padeceres, glorias y caídas de la Libertad misma.

Y ahora, después de habernos percatado de las graves implicaciones de la cuestión, volvemos a planteárnosla preguntando ¿ha existido en verdad Filosofía en España?

No somos ciertamente los primeros en dirigirnos tal pregunta. Debemos a su existencia uno de los más apasionantes y bellos libros de don Marcelino Menéndez y Pelayo: *La ciencia española*, que era, entre todos los que integran su copiosa producción, el preferido; ese libro que todo autor elige como el depositario de sus más firmes creencias, de su fe misma. Y así es: *La ciencia española* es una profesión de fe, la más apasionada y ardiente de este hombre de fe que fue don Marcelino. Un acto de fe apasionada, un voto que desearíamos ver cumplido, pero que no podemos aceptar en principio, sino como un voto, justamente y no como la plena demostración de la tesis que tan obstinadamente defiende.

Conocida es la tesis de Menéndez y Pelayo y su forma de probarla: hace una enumeración, especie de Deuteronomio de los filósofos y científicos españoles. El procedimiento de la prueba es sustancialmente el de la "cantidad" de autores y obras filosóficas y científicas a lo largo de nuestra Historia. Y hay que observar algo sumamente curioso: poseemos una gran riqueza de precursores, de hombres sin duda geniales, que se anticiparon y pensaron "casi" algunas de las ideas más innovadoras y revolucionarias del pensamiento occidental, tal por ejemplo la que inaugura la Época Moderna desde el *Discurso del método* de Descartes.

Se suceden, en la enumeración de don Marcelino, los nombres ilustres, "Inéditos", las semiignoradas obras de preclaros autores no

todos precursores... pero la tal riqueza enumerativa no sólo no aplaca nuestras dudas, sino que tiene la virtud de precisarlas en una pregunta: ¿cómo habiendo existido tantos filósofos no ha existido Filosofía en España?

Pues no basta para la plena existencia de la Filosofía, la existencia de los filósofos; hace falta algo más; eso que hubo ya desde Grecia y que no podríamos denominar de modo más acertado que con el término de Ortega, de "ideas vigentes" o de "vigencia". Pues si la Filosofía no ha llegado, no ha nacido con vocación y aptitud filosófica, si no se ha derramado vivificando la vida toda de nuestro pueblo, a pesar de que hayan existido brillantes filósofos no habrá existido en verdad y en plenitud de derecho Filosofía en España.

Hemos tomado de primera intención esta nota de la "vigencia" que no parece pertenecer intrínsecamente a la Filosofía sino que se refiere a su acción, a sus consecuencias, para señalar ahora otro aspecto que concierne a la vida misma de la Filosofía, es decir, su continuidad. Salta a la vista en la enumeración de Menéndez y Pelayo pero todavía más en una mirada directa, por rápida que sea, la falta de continuidad del pensamiento filosófico en España. Los ejemplares de filósofos resaltan en un espléndido aislamiento en todos sentidos. Con excepción de los teólogos que dejaron su huella indeleble en el Concilio de Trento, apenas se esboza un grupo y lo que resulta más grave y decisivo, no tienen continuadores. Y es de notar, por otra parte, que la tradición más arraigada de Filosofía sea la Estoica cuya vida arraiga en lo más hondo y secreto de la tradición popular de España, especialmente de la región andaluza.

Pero al hablar de "continuidad" nos hemos acercado a la llaga de nuestra historia, de nuestra cultura toda. ¿Es que ha existido acaso continuidad en la vida del Estado español, el primero de los modernos? ¿La ha habido en algo tan próximo al soplo de la vida como es la Poesía? Es extraño, pero solamente la Pintura, nuestra espléndida y entrañable pintura, parece habernos acompañado en cualquier momento de nuestra vida, índice fiel de nuestro más hondo destino.

¿Cuál será la relación entre la discontinuidad del Estado español, la de nuestra misma vida, cuyas formas tanto parecen haber variado y la discontinuidad del Pensamiento Filosófico? ¿A qué honda desgana, a qué ausencia de una fe adecuada, o a qué otra fe desconocida obedecerá esta interrupción, esta "retirada" que adviene tras de todo

esplendor, la caída que sigue a todo ímpetu? Si toda la Historia es como la vida un fluir constante, la nuestra más bien semeja al movimiento de las aguas marinas; más que fluir saltan y se revuelven para retirarse luego, durmiéndose sobre un hondo abismo, como si el reposo último, la nada, estuviera siempre en acecho como una madre que no quiere perdernos. Y ¿por qué, sin embargo, tenemos en la Pintura el ejemplo de una continuidad, de una fidelidad que prosigue su camino sin dejarse hechizar por la nada?

Pero todavía tenemos más, algo que se refiere a la norma del Pensamiento Filosófico y es su casi general falta de sistema. Con la gloriosa excepción de Suárez, ínsito en la tradición escolástica, la Filosofía española brota asistemática, lo cual no deja de tener relación con lo apuntado por Menéndez y Pelayo, con ese su casi constante carácter precursor. Pues parece ser que sea la forma sistemática la propia de la plenitud de la Filosofía.

Y esta consideración nos lleva ya a más allá de los límites del libro de don Marcelino, que no alude –que recuerde, pues como es natural en un refugiado, no tengo el texto a la vista– al asistematismo de la Filosofía española. Y no podría tampoco haberse detenido mucho en ello por la razón de que considera el pensamiento filosófico en su texto de estricta Filosofía donde aun de modo incompleto ha de apuntar siempre el carácter sistemático. Pero sucede que el pensamiento español, y sobre todo la Metafísica española, anda dispersa en novela, poesía, cuentos y hasta refranes... que la encontramos en los lugares más insólitos y alejados del Sistema, que anda errante y casi disuelta y de esta manera, sí, alcanza lo que a los textos estrictamente filosóficos les falta: "vigencia" y "continuidad".

Parece, por tanto, residir en este último punto: sistematismo-asistematismo lo más problemático de la Filosofía española, por tanto se enlaza con la cuestión general de la Filosofía, con la que hoy está planteada en un primer plano: si es esencial al pensamiento filosófico la forma sistemática.

Sistema es unidad, el género de unidad más íntimo. ¿Es propio del conocimiento filosófico? ¿o es una condición que le ha sido impuesta por una actitud previa a la Filosofía, por la violencia del hombre occidental enamorado de la unidad a causa del poder que dimana de ella? ¿La forma sistemática no responde acaso a un amor violento que llega a ser "voluntad de poderío"?

Mas, claro está, que no todos los Sistemas filosóficos responden a un amor violento hacia la unidad, a un escondido afán de poderío. Hay otro amor a la unidad que es propiamente "el Amor", de quien ya señalamos al comienzo de estas líneas que nació dentro de la Filosofía misma. A este amor por la unidad –y solamente la unidad lo inspira– corresponden sistemas filosóficos como las *Enéadas* de Plotino o la *Ética* de Spinoza, por citar los de transparencia más perfecta. ¿De qué manera el espíritu español se ha dirigido a la unidad, de qué forma ha vivido el amor para que haya permanecido ajeno a la creación de un Sistema de esta especie? ¿Cómo se ha abordado el Poder, en España, cuál ha sido la íntima esencia de nuestra voluntad de poderío para que no se haya tampoco producido ningún Sistema de los que parecen destinados a conquistar el dominio sobre todas las cosas del mundo?

Y vemos así que la pregunta acerca de la existencia de la Filosofía en España nos adentra en los más íntimos pliegues de su existencia. Porque no es un lujo la Filosofía para los pueblos de Occidente, sino como dijera Plotino "lo que más importa", es decir, lo más necesario.

No era por azar que en el último período de la vida española, en el que podríamos llamar "renacimiento" o quizá mejor –tratándose de España– resurrección, la Filosofía hubiera tomado uno de los primeros planos de nuestra vida. Se había hecho visible, a través de desastres reales y de claros pensamientos, el ser último de España, su realidad más profunda que había permanecido encerrada en el más tremendo hermetismo durante tres siglos; el Laberinto español comenzaba a desenrollar su intrincado camino, dejándose penetrar por la luz del pensamiento. España tenía que ser rescatada en lo más verdadero de su espíritu, y sólo la verdad libera. Este rescate había sido abordado de dos modos al parecer contradictorios, el de Ortega y el de Unamuno. Don Miguel depositaba su fe en la fe, en una fe voluntariosa; no buscaba conocimiento, sino expresión, poética expresión de la tragedia de España, que se identifica en él con la tragedia de ser hombre. Su espléndido libro *El sentimiento trágico de la vida* fue su escollo pues en él volcó su pensamiento antifilosófico, su sentir trágico; y quien siente así no debe dejarse hechizar por la llamada de la Filosofía y detenerse a mirarla y a discutir con ella, pues todo aquel que hace antifilosofía hace Filosofía en realidad, Filosofía que niega a la Filosofía, que se niega a sí misma. Unamuno hubiera podido darnos la Tragedia que nuestra trágica realidad necesita ver representada, ver frente a sí, para

en la visión purificarse y liberarse. La Tragedia poética es también verdad que libera y en cierto sentido precede y aun cimienta a la Filosofía lejos de contradecirla. Hoy que la Filosofía se mueve en el intento de comprender de raíz la vida, la "existencia" humana, nos aparece bien claro la no contradicción entre Tragedia y Filosofía. Pero el intento de Unamuno necesita y llama a ser continuado y sin duda lo será en una Tragedia que no tema a la Filosofía y en una Filosofía que no desdeñe la Poesía.

Ortega desde lo más intrincado de nuestro laberinto nos llama para situarnos en la claridad, en la luz "diáfana" del pensamiento. "Salvaciones", "razones de amor" son lo que nos ofrece a los españoles en su primer libro importante *Las meditaciones del Quijote*; salvación en la luz del conocimiento. La razón de las "razones de amor" llegaron a pretender la modificación de la Razón misma, su Reforma, proponiéndonos la "Razón Vital" en que la vida y razón quedarían salvadas solidaria e indisolublemente; su logro será no el comienzo, sino la plenitud de una Filosofía española, es decir, realizada universalmente desde los supuestos y circunstancias de la intrincada vida española, del centro mismo de nuestro laberinto.

El pensamiento de Ortega plantea el problema de la forma sistemática o asistemática que, hemos visto, está en el centro del problema del pensamiento español. Recuerdo que con ocasión de cumplirse el veinticinco aniversario del magisterio universitario de Ortega, el profesor Gaos dedicó tres espléndidas conferencias al estudio del maestro y si mi memoria no me es infiel era esta cuestión de la forma sistemática o asistemática la que ocupaba el centro de ellas. "¿La literatura filosófica de Ortega es o no Filosofía?" preguntaba el profesor Gaos para concluir inequívocamente que sí lo era a través de la discusión de si la forma sistemática es o no esencial a la Filosofía más auténtica. Pero sistemática o no, y quizá que afortunadamente nunca pueda serlo del todo, la Filosofía española prosigue en su empeño de rescatar, de dar libertad al espíritu encerrado en el laberinto de nuestra vida.

LE, 8 (04, 1948)

En el centenario de Francisco Suárez

PROPIEDAD Y COMUNIDAD

EDUARDO NICOL

"En aquellas cosas que dependen de la opinión y arbitrio de los hombres no suelen convenir todas las naciones; pero ésta es la condición humana, que donde haya tantas cabezas haya otros tantos pareceres y opiniones." Estas palabras de Suárez pueden servir para prueba de que el teórico no es ingenuo. Su misión es la unidad, precisamente porque los hombres la escinden con sus antagonismos; es la norma de unos principios claros, porque el desorden y la confusión se mezclan en las acciones. La firmeza de una doctrina no le ha cerrado a Suárez las puertas de la experiencia. Tiene un sentido realista, y hasta un poco desengañado, de la condición humana. Pero las reservas que mantenga sobre la capacidad efectiva de concordia que haya en el hombre no anulan, antes avivan, su anhelo de evitar que la confusión impere además en las ideas.

Hay que atreverse a decir que la confusión, incluso la de intención honesta, puede causar efectos peores que la maldad. Pues ésta deslinda los campos, y sabe uno ante ella a qué atenerse; mientras que la confusión arruina la posible eficacia de un pensamiento bueno, y deja a los hombres sin guía ni criterio. ¿Qué tiene de extraño, entonces, si cada uno atiende en esta situación a su solo bien privado? La confusión es hermana de la desintegración. Las fuerzas que componen una comunidad se desintegran cuando cada una busca sólo su bien propio y aspira a su predominancia, confundiendo el bien privado con el bien común. Pero cuando se produce esta confusión entre el interés y el bien, no deja de producirse además la confusión entre las ideas y los intereses. El gran valor de la filosofía jurídica de Suárez es el que resulta de sus claras, firmes, sutiles distinciones. Cabrá frente a ellas la discrepancia, que es fecunda; pero no caben los equívocos, que son estériles y perturbadores. El pensamiento político de Suárez aspira al bien común, porque éste es justamente el fin primario del Estado. Pero cuando Suárez habla del bien, no se refiere a los bienes. Este bien común es de índole moral, no de índole económica. Si el bien es el principio de la concordia, los bienes son objeto de disputa y fuente de

toda discordia. Esta confusión es característica de nuestros tiempos, pero proviene de otros. Se produce en el momento mismo en que se funda el nuevo Estado moderno, en la teoría y en la práctica. En teoría, acaso todos los filósofos –menos los maquiavélicos– coincidieran en que el fin de la república sea el bien común. Pero este bien resulta, para unos, de la prosperidad de los bienes particulares; para Suárez, en cambio, el bien común es algo específico de la comunidad, superior en cuanto tal a cualquiera de sus miembros individuales, y en todo caso extraño por completo a los bienes de carácter económico. Éstas son sus palabras: "Cada miembro privado atiende a su comodidad privada, la cual es muchas veces contraria al bien común, y frecuentemente hay muchas cosas necesarias para el bien común, que no lo son para los particulares; y aunque lo sean a veces, no las procuran como comunes, sino como propias." Ante la anarquía de los intereses en pugna, dentro del Estado, y la consiguiente disputa de los Estados por la supremacía del poder, el pensador y el hombre de bien en general están inermes y se ven impotentes. Esta condición natural de impotencia no invalida, sin embargo, sino que más bien da pleno sentido a su misión de rescatar las ideas y evitar que sean maltraídas. No debemos sorprendernos si los hombres llegan por codicia y ambición de dominio a extremos de odio y de ferocidad. Pero puede impedirse que justifiquen con teorías sus simples malas pasiones. Acaso esta misión depuradora no logre jamás, aunque cumplida, impedir una catástrofe; pero el pensamiento puede compensar su ineficacia inmediata manteniendo su pureza. Y como dice el pueblo, que nunca es completamente cínico, allá cada cual con sus responsabilidades.

El odio y el temor que perturban la paz de nuestro tiempo los fomenta una lucha de poderes. Naturalmente, no es la primera vez en la historia que se produce un antagonismo de esta naturaleza. Pero la gente piensa que la situación actual se encona y agrava por el hecho de que los dos poderes preeminentes se presentan como representantes de dos ideas del Estado distintas, e incluso opuestas. El poder toma formas eminentemente económicas; la lucha por la supremacía económica sería, pues, tanto más inevitable y áspera, cuanto más radical fuera la discrepancia entre las dos concepciones de esa vida económica, y por ende de la vida en general. Pero dos teorías económicas opuestas pueden muy bien fundarse en una misma idea de la vida. Y muy sorprendidos habrían de quedar quienes se forman de las cosas una noción

elemental, cuando descubrieran que esas dos potencias antagónicas no son tan opuestas en teoría como se supone. Lo que agrava la situación presente es, de una parte, la complejidad y la fuerza destructora de los medios de guerra, cuyo empleo total podría traer un desastre inimaginable; de otra parte, la simplificación y rapidez de las comunicaciones mundiales, la cual permite involucrar ideas en la acción de propaganda coadyuvante a la empresa de poder. Pero la teoría económica del Estado es la misma en ambas partes. El capitalismo privado y el comunismo pertenecen, como hechos históricos, a un mismo proceso de evolución; así como las correspondientes doctrinas individualista y colectivista de la propiedad pertenecen a una misma tradición de pensamiento. Su discrepancia no afecta al fundamento mismo de una idea de la comunidad política, sino a aspectos derivados, accesorios o accidentales. La verdadera oposición ideológica podría y debiera más bien establecerse entre esas dos concepciones del Estado, coincidentes en su base original, y otra que fuera distinta, y que lo fuera de una manera verdaderamente radical, como la que Suárez propone en su tratado *De legibus*. Sólo quien desconozca el pensamiento español del siglo XVI puede maravillarse de encontrar en él ideas más cargadas de futuro que las que se hacen circular por estos mundos. Y sólo quien ignore que la doctrina del padre Francisco Suárez, S.J., pertenece a la gran tradición del pensamiento político cristiano y la prolonga, puede involucrar el espíritu del Cristianismo en la defensa de una concepción económica del Estado, sea cual sea la organización interna de esta economía.

Lo que Suárez nos enseña es que el problema del Estado, el de fundar una comunidad política, no es un problema económico. Esta doctrina se opone a la de Marx; pero también se opone a la de Locke, de quien proceden el Estado británico, y por ello también el norteamericano. Marx afirmó que "la suma de las relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la verdadera base de donde emerge una superestructura jurídica y política. El modo de producción de la existencia material condiciona los procesos sociales, políticos y espirituales de la vida en general" (*Ideología alemana*, II A, 1). Lenin apoya o reitera este pensamiento diciendo: "Las instituciones políticas son una superestructura que descansa sobre un fundamento económico" (*Las tres fuentes del marxismo*). Locke, en su *Ensayo sobre el Gobierno Civil*, no llega a elaborar, como Marx, una filosofía de la historia; pero su teoría del origen, fundamento y misión de las

instituciones políticas es coincidente con la de Marx, de una manera casi literal. El tránsito del "estado de naturaleza" al estado de derecho se efectúa por razones y motivos de índole económica: el ciudadano tiene que poseer "propiedad" para pertenecer a la sociedad civil, y su intención al ingresar en ella es, ni más ni menos, la de preservar mejor esta misma propiedad. Por consiguiente, "el gobierno no tiene otro fin que el mantenimiento de la propiedad"; su misión es esencialmente económica (§ 94). Cierto que el concepto de propiedad en Locke es un concepto complejo, el cual implica muchas veces –que no todas– la vida y la libertad, además de la hacienda o los bienes. Pero tal parece, por el contexto, que la libertad y la vida sean para la hacienda, y no a la inversa. También es cierto que Locke tiene buen cuidado de poner límites jurídicos a la propiedad: por su origen el límite de legitimidad de la propiedad es el trabajo; por su extensión, su legitimidad termina en el punto adonde alcanza la capacidad personal de uso. "Todo aquello de que un hombre pueda hacer uso para un determinado provecho de la vida, antes de que se deteriore, es lo que puede mediante su trabajo determinar como propiedad suya" (§ 31). Pero el socialismo no estaría en desacuerdo con este principio de Locke: "Es el trabajo, ciertamente, lo que determina la diferencia de valor de cada cosa." A la luz de la ciencia económica contemporánea, la de Locke muestra una elementalidad rudimentaria. Hay que observar, sin embargo, que la distancia que media entre el individualismo económico del sigo XVII y los poderosos organismos contemporáneos de producción, crédito y transporte, es la misma que media entre la teoría de Locke y la de Marx. Es una distancia histórica: por debajo de sus dos extremos circula una misma corriente de pensamiento, que puede ser llamada propiamente concepción económica del Estado. Y sería tan arbitrario considerar como dos corrientes divergentes las que tan sólo son tributarias de una misma, como lo fuera –y lo es– invocar los derechos que Locke estableciera para la propiedad privada e individual, y pretender que sean aplicables a estos poderosos organismos económicos que han surgido en el seno del Estado. Éstos mantienen su carácter de privados, pero han rebasado en su estructura y su función el carácter de individualidad, casi tanto como haya podido rebasarlo la organización colectiva de la propiedad. De suerte que también el capitalismo contemporáneo está distanciado del individualismo de Locke. Capitalismo e individualismo son dos cosas diferentes. No son incongruentes entre sí, porque

caracterizan dos fases históricas sucesivas; lo incongruente es el intento de apoyar con la vieja *teoría* individualista el *hecho* contemporáneo de la organización capitalista. A su vez, la diferencia a este respecto entre capitalismo y comunismo no depende del concepto de individualidad, ni del concepto fundamental del Estado, sino del carácter privado que la empresa económica tiene en el primero, y de su carácter público o comunal en el segundo. En suma, lo que está en debate no es la propiedad privada, la que proviene del trabajo y se adscribe al uso; lo que se debate es el modo de organizar la producción. Esto, desde el punto de vista doctrinal, y por más víctimas que cause el desacuerdo, es una pura cuestión accesoria, que no atañe necesariamente a la idea del hombre y a los principios de la vida, ni alcanza por sí sola el fondo común de las dos concepciones económicas del Estado.

Tampoco suele recordarse que son los propios clásicos del socialismo quienes señalan esta continuidad del pensamiento económico. En una carta a Weydemeyer, escrita en 1852, decía Marx: "Por lo que a mí se refiere, yo no puedo presumir de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna, o la lucha que sostienen unas contra otras. Los historiadores pequeño-burgueses describieron hace mucho tiempo la evolución de la lucha de clases, y los tratadistas de economía política mostraron la fisiología económica de las clases." Por su parte, Lenin escribió lo siguiente: "La economía política clásica, hasta los tiempos de Marx, se había formado en Inglaterra, el país capitalista más desarrollado. Adam Smith y David Ricardo, en su investigación sobre la estructura económica, fundaron el principio de la teoría del valor del trabajo. *Marx continuó su obra*, estableciendo esta teoría y desarrollándola de un modo coherente. Mostró que *el valor de un producto cualquiera se define por la cantidad del tiempo de trabajo socialmente necesario que requiere su producción*" (lugar citado). La última frase subrayada –por nosotros– coincide casi literalmente con la de Locke antes citada. La única diferencia estriba en que, en uno, el trabajo es individual, mientras que en el otro es social. Esto señala simplemente la evolución histórica en los procesos de producción industrial. Pero lo que demuestra la cita entera es que la doctrina de Marx no sólo prosigue la obra anterior de Adam Smith y Ricardo, como dice Lenin, sino que proviene de Locke –cosa que Lenin probablemente ignoraba, como tantos otros de ambos bandos ignoran en nuestros días que Locke no sólo es el padre del Estado británico y del individualismo,

sino además el antecedente de aquellos economistas ingleses, y por serlo de ellos, es el antecedente remoto de Marx y del propio Lenin.

Frente a esta corriente de pensamiento y esta concepción económica del Estado, la teoría de Suárez viene a representar una idea de la comunidad humana en la cual lo económico ocupa un lugar básico, pero subordinado, como el cuerpo humano y la naturaleza biológica son básicos, pero no preeminentes, en la estructura unitaria de la existencia individual. Y así como el fin de la república no es la prosperidad económica de sus miembros individuales, y el hombre sólo alcanza la plenitud de su dignidad personal en su integración y vinculación a la comunidad; así también, de parecido modo, sus *bienes privados* tienen que subordinarse al *bien común.* Suárez dijo a este respecto las siguientes palabras memorables: "El bien común de la república es doble: uno es el que de suyo y primariamente es común, porque no está bajo ningún dominio privado, sino de toda la comunidad, a cuyo uso o usufructo inmediatamente se ordena. Otro es bien común sólo secundariamente y como por redundancia, mas inmediatamente es bien privado, porque bajo el dominio de persona privada y a su provecho se ordena inmediatamente: y éste se dice bien común, o porque *la república tiene un cierto alto derecho sobre los bienes propios de los particulares*, de suerte que pueda usar de ellos cuando le fueren necesarios, o también porque, por lo mismo que *cada persona es parte de la comunidad*, el bien de cada uno que no redunda en daño de los otros es provecho de toda la comunidad" (Tomo I, cap. VIII).

Lo más revelador de este pasaje no es tanto que en él se establezca el principio jurídico de la *comunalización* de los bienes, aunque esto ya es extraordinario por sí solo; sino que esta comunalización no se hace depender de una concepción económica de la sociedad. Si así no fuera, el valor de este texto dependería sólo de la sorpresa que produce ver en Suárez el antecedente insospechado de ideas y corrientes políticas que están en marcha en nuestros días, y que nos parecen ahora opuestas a su doctrina; pero, como es, su valor rebasa el presente y puede enderezar el futuro. La enseñanza y la distinción fecunda que contienen es ésta: que el pensamiento cristiano se opone a la idea económica de la sociedad civil, ya sea que la propiedad se organice en ella de un modo privado o comunal; y una vez hecha esta salvedad, no sólo autoriza, sino más bien preconiza la comunalización de los bienes. La discrepancia entre Suárez y el comunismo se refiere, pues, al concepto del

Estado y de la vida en general; no atañe realmente al derecho de propiedad. Esta discrepancia, en cambio, es más señalada y amplia todavía respecto de Locke. Este dice, en efecto: "El gobierno, cualesquiera que sean las manos en que resida, y como quiera que ha sido confiado con la sola condición y para el fin de que los hombres pudieran poseer con garantía sus propiedades, no puede tener nunca el poder de tomar para sí, total o parcialmente, la propiedad de sus súbditos sin su consentimiento" (§ 139). Y añade inmediatamente que el Estado puede exigirle al ciudadano la entrega de su vida, en el servicio de las armas, pero no puede exigirle la entrega de "*one penny of his money*". En Suárez, en cambio, esa vida no es menester que se la pida la comunidad, porque ha sido ya integrada en ella desde el principio y por principio, y siendo así ¿qué importan los peniques, o centavos, o doblones que le pueda reclamar para el bien común? Los términos precisos y definitivos en que la divergencia puede representarse en su radicalidad son éstos: Suárez se forma un concepto ético de la sociedad y la ley, mientras que la concepción económica –llamada materialista desde Marx, pero que ya lo era desde Locke– significa el amoralismo del Estado.

Debe quedar claro para todos, pues, que la discrepancia sobre la forma de organización económica dentro del Estado es secundaria y derivada; no afecta a los principios, como dijimos, y si llega al grado de encono en que la vemos hoy, es sólo porque afecta a los intereses. Para captar mejor el sentido de esta distinción, podemos atrevernos a emplear un término ya desusado en filosofía política, invocando como excusa, o siquiera como un recuerdo, el ejemplo de Platón y de San Agustín, quienes supieron darle fuerza y dignidad. Es la palabra amor. La necesidad es la fuente psicológica e histórica del poder. Pero de la necesidad sale también el amor, por un proceso análogo de ensanchamiento vital, pero que tiene sentido opuesto al que conduce al poder. Se dice, en efecto, que la forma moderna del poder es económica. De hecho, todo poder lo es, si bien atendemos a la esencia de lo económico. La economía es la mecánica de la necesidad, es un curso de acciones organizado para el fin de satisfacer lo que se llama necesidad, ya sea ésta primaria e instintiva, ya sea elaborada e histórica. El hombre enriquece su existencia precisamente debido a esta condición limitada y menesterosa que es la suya, y que lo impulsa a actuar y a lograr fines. Pero, si el objetivo de este enriquecimiento es económico en

sentido restringido, la acción humana adquiere inevitablemente un carácter egoísta y receloso, que aísla al individuo y lo desvincula de la comunidad. Cuando el Estado sólo tiene una misión económica, protectora de la hacienda de sus miembros individuales, es porque éstos erigen en principio de sus vidas el hecho de la necesidad. Entonces es natural que a la sociedad le pidan pero no le ofrezcan, pues el dar es siempre antieconómico. Por la línea de la necesidad se llega de este modo al principio del poder. La necesidad no tiene límites fijos en el hombre; toda limitación es transitoria, y el afán de rebasar siempre los límites conduce a convertir el poder en un fin en sí mismo. El poder se requiere como un medio para alcanzar cualquier satisfacción; pero cuando la ambición no permite que nos saciemos nunca, entonces sólo encontramos satisfacción en el poder mismo. Éste surgió como una exuberancia, como una potenciación de la energía individual, y acaba anulando al individuo y sometiéndolo más duramente que la necesidad. El poder siempre es de pocos, no de muchos, y como tampoco tiene límites intrínsecos, se parece por esto a la fantasía, y por esto hay que llamarlo fantástico.

La necesidad conduce al amor por un camino opuesto al de la economía. También el amor es a la vez el signo de la necesidad y de la abundancia. El hombre ama porque es un ser radicalmente necesitado; pero colma esta necesidad, rebasa su limitación con la abundancia vital que requieren la entrega, la devoción, la vinculación solidaria, la generosidad. El amor enriquece dando: su vía es contraria a la del interés. En él rige el principio de la concordia; en el otro rige el de la competencia. Mientras el objetivo supremo de la vida sea el interés, no podrán existir entre los hombres verdaderos lazos de comunidad; la sociedad civil será la palestra de sus perpetuos antagonismos y rivalidades, y el Estado no tendrá frente a ellos otra función que la de un policía, más o menos benévolo, más o menos sobornable. Sepamos de qué hablamos, pues, cuando hablemos del Estado policía. En todo caso, no aludimos a un Estado que sea la forma perfecta, que es la jurídica, de la comunidad humana: ese cuerpo místico, como lo llamaba Suárez, que tiene fines propios, de orden espiritual, y cuyos miembros conviven unidos por vínculos positivos.

LE, 9 (07, 1948)

ANGEOLOGÍA Y HUMANISMO

EUGENIO ÍMAZ

Yo sé quién soy y sé qué puedo ser.
Don Quijote

Comment redonner un sens au mot Humanisme? Ésta es la pregunta que Jean Beaufret dirigió en carta del 10 de noviembre de 1946 a Martin Heidegger y que provocó el ensayo de éste *Ueber den Humanismus.* Poco antes, Paul Sartre había publicado *L'existentialisme est un humanisme*?, contestando más que a una pregunta a un reproche.

La pregunta de Beaufret –el *redonner*– nos indica que también a esta palabra de abolengo erudito le ha ocurrido lo que Luis Vives en el prólogo a su *Concordia* dice que ocurre con las palabras más obvias –crimen, justicia, verdad, mentira, lealtad, deslealtad– en los tiempos revueltos. Y no es que traigamos esto como prueba de la revolución de los nuestros, ya que saldría sobrando, sino como señal de que también esa palabra, a pesar de sus orígenes supinos, había entrado en el comercio y servía para designar una actitud clara ante la vida.

El "humanismo" es una *tradición* más larga que la cristiana. Catón y los filohelenos disputaban en torno a esta idea. Con esta disputa se inicia ya el equívoco que ha durado ahora, que no es, precisamente, el o los que le añaden los existencialistas. Porque los hijos de buena familia solían acudir a Grecia a desbastarse, a "civilizarse" –que buena falta les hacía– y estudiaban con los filósofos y los retóricos no tanto las buenas maneras como los buenos pareceres y las buenas palabras *–eruditio et institutio in bonas artes.* Catón veía en esto un grave peligro para la *virtus* romana; los filohelenos, por el contrario, creían que la *romanitas* del *homo romanus*, que ya se había alzado con el imperio universal, se exaltaba, como le correspondía, hasta la *humanitas.* En esta palabra se puede ver limpiamente al microscopio, después de prepararla con un teñido especial, aquel equívoco original, el de las buenas familias. Podemos imaginarnos muy bien que ellas fueron las primeras que se sorprendieron con los vehementes ataques del severo Catón. ¿Pues qué? ¿No mandaban a sus hijos a instruirse, a educarse, a prepararlos, con *la eruditio* en las *bonas artes* de la palabra, para su carrera política? Lo cortés, dirían, no quita a lo valiente,

y tal confianza tenían en sí mismas –en la reciedumbre del carácter romano– que no había cuidado de que la blandura griega se contagiara a sus hijos. No sospechaban que la *eruditio et institutio in bonas artes* pudiera encerrar el contrabando que el instinto de Catón olía. Pero los tiempos de Catón, como lo muestran bien a las claras sus ineficaces diatribas contra el grupo de los Escipiones –en el que se contaban el estoico Panecio y Polibio, el historiador griego del imperialismo romano– habían pasado, y fue Cicerón quien, rindiendo justicia, en la medida de lo posible, al catonismo y aprovechando espléndidamente su experiencia de estudiante en Atenas, encarnó en su persona y definió en sus libros el "humanismo" que luego ha recogido la tradición.

Es sabido que los "ismos" –socialismo, catolicismo– son invención del siglo XIX, pero esto no invalida la afirmación que acabamos de hacer. Cicerón, que fue el primero que hizo hablar en latín a la filosofía, tradujo la palabra griega *philantropia* –amor a los hombres– por *humanitas* pero, como dice un autorizado latinista[1] "cualquiera que haya leído los escritos ciceronianos habrá podido observar que aquel término significa *también* lo que nosotros llamamos hoy formación humanística". Para la experiencia estudiantil de Cicerón era obvio que la *eruditio et institutio in bonas artes* o, como dice Heidegger, la *paideia* griega, se podría traducir por *humanitas*, con sus dos sentidos fundidos en uno. Como fue obvio para la experiencia estudiantil de Petrarca, esta vez con referencia a los romanos, a su helenizada o humanizada *romanitas*, que los *studia humanitatis* eran el mejor camino para promover *la dignidad del hombre.*

Podemos decir que los "humanistas" por antonomasia –los del Renacimiento– retradujeron a su vez el término *philantropia* por "dignidad del hombre". Su *paideia* ya no era sólo griega sino también latina. El "estudio de las humanidades" se recomendaba, frente al ávido ergotismo escolástico y la fantástica filosofía de la naturaleza, para promover lo humano en el hombre, para sacar del *homo barbarus* el *homo humanus*. Proceso educativo de civilizadora humanización.

Pero hemos dicho que los renacentistas retradujeron la palabra griega *philantropia.* Se trata de un concepto estoico. Este "amor" a los

---

[1] Laureano Sánchez Gallego en su introducción a la versión del *Concordia y discordia* de Vives.

hombres no es el amor cristiano: es una declaración de su igualdad como ciudadanos de una república cósmica, no sólo política, que abarca el universo entero, y de la mutua deferencia que como tales se deben. La "ciudadanía universal" del hombre proviene de su naturaleza racional. El hombre participa del alma del mundo, no sólo es movido por ella, como los demás seres. Al seguir los mandatos de la razón se atiene en lo profundo a su naturaleza y, salvando la particularidad de todos los seres, se coloca al nivel universal de la Naturaleza y es un dios mortal.

Parece extraño que los humanistas no vertieran el concepto pagano de *filantropía* por el cristiano de *caridad*, pues que se trata de "amor a los hombres" en un caso y de "amor al prójimo" en otro. Pero bien sabían ellos que la *filantropía* declaraba una hermandad de naturaleza, no una hermandad de filiación. "El llamado Renacimiento de los siglos XIV y XV en Italia, dice Heidegger, es una *renascientia romanitatis.*" Con esta declaración pasa de largo ante un hecho que a él, o a cualquier existencialista, tenía que haberle llamado la atención. Porque este "renacimiento de la romanidad" está tan lejos de ser lo que dice como está lejos la idea de la *dignidad del hombre* de la *filantropía.* Y el mismo hincapié que hacen los italianos en los autores latinos y en el estoicismo latino no está determinado tanto por preferencias nacionales como por la atracción que en ellos ejerce el "voluntarismo" romano, su exaltación de la libertad. Se apoyan en Cicerón o en Séneca, mejor que en el estoicismo griego con su determinismo, en San Agustín, mejor que en Santo Tomás, que ha incorporado a su supernaturalismo todo el "naturalismo" de Aristóteles. Y así pueden dar el salto que los existencialistas creen haber dado por primera vez: el hombre no tiene "naturaleza", el hombre no es "un ser", el hombre es posibilidad de ser todas las cosas. Así es como la idea de la *dignidad del hombre*, que es un tópico entre los humanistas a partir de Petrarca, cobra conciencia expresa de sí misma en el *Diálogo de la dignidad del hombre* de Giovanni Pico della Mirandola.

"Me parece que he venido a comprender por qué el hombre es la criatura más afortunada y, por consiguiente, digna de toda admiración y cuál es precisamente su rango en la cadena universal del ser.

"Pero escuchad, Padres, cuál es este rango...

"Dios Padre, el supremo arquitecto, había construido ya el mundo... Todo estaba completo: todas las cosas habían sido asignadas a los

órdenes más altos, al centro y a los más bajos... Por fin, el mejor de los artesanos ordenó que aquella criatura a la que Él no había sido capaz de darle nada propio pudiera tener posesión conjunta de cualquier cosa peculiar de cada una de las diversas especies del ser. Así, adoptó al hombre como una criatura de naturaleza indeterminada y, asignándole un lugar en el centro del mundo, le dijo: 'No te hemos dado, Adán, ni un solar fijo ni una forma que sea tuya sólo, ni ninguna función peculiar, a fin de que, de acuerdo con tus anhelos y con tu juicio, puedas poseer el solar, la forma y la función que tú mismo desees. La naturaleza de todos los otros seres está limitada y confinada dentro del cerco de las leyes prescriptas por Nosotros. Tú, que no tienes límites, ordenarás por ti mismo los límites de tu naturaleza, de acuerdo con tu propia voluntad libre, en cuyas manos te hemos colocado. Te hemos colocado en el centro del mundo para que, desde aquí, puedas observar más fácilmente todo lo que hay en él. No te hemos hecho de cielo ni de tierra, mortal ni inmortal, para que con libertad de elección y con honor, como hacedor y moldeador de ti mismo, puedas configurarte en la forma que prefieras. Tendrás el poder de degenerar en las formas de vida más bajas, que son las brutas. Tendrás el poder, por juicio de tu alma, de renacer en formas superiores, que son divinas'."[2]

Esta idea de la dignidad del hombre –la *renascientia romanitatis* se concreta en un "renacer en formas superiores"– es la que inspira todavía el elegante *Diálogo de la dignidad del hombre* de Fernán Pérez de Oliva, como podemos verlo en estas pocas líneas: "Porque, como el hombre tiene en sí natural de todas las cosas, así tiene libertad de ser lo que quiera. Es como planta o piedra, puesto en ocio, y si se da al deleite corporal, es animal bruto; y si quisiere, es ángel, hecho para contemplar la cara del Padre; y en su mano tiene hacerse tan excelente, que sea contado entre aquéllos a quien Dios dijo: 'Dioses sois vosotros'."[3]

Las "formas superiores" más cercanas a la divinidad, "según relatan los sagrados misterios", son los Tronos, los Querubines y los Serafines. En la vida práctica adquirimos la firmeza de los *Tronos*. En la vida contemplativa resplandecemos con la luz de los *Querubines*. En

---

[2] Traduzco de la versión inglesa de Elizabeth Livermore Fortes en *The Renaissance Philosophie of Man* (The University of Chicago Press, 1948).

[3] Biblioteca de Autores Españoles, 65, 391.

la vida amorosa nos encendemos con el fuego de los *Serafines*: "Quien es un Serafín, esto es, un amante, está en Dios y Dios en él, mejor dicho, Dios y él son una misma cosa."[4]

Asistimos a estos sagrados misterios llevados de la mano de Luis Vives, quien ha descrito el auto misterial del "renacimiento" en una representación deliciosa que se disimula respetuosa y humanistamente con la fábula pagana. La pieza lleva el título de *Fabula homini* y en ella Juno decide celebrar su aniversario, además de con el consabido banquete, con una representación espléndida. Júpiter creará el escenario, que no es otra cosa que el universo mundo. En ese escenario desempeñan su papel las diversas criaturas, hasta que le llega su turno al hombre. Imita perfectamente a todos los seres: la vida adormilada de las plantas, la furia del león, la voraz rapacidad del lobo, la fiereza del jabalí, la astucia de la zorra, la sucia concupiscencia del cerdo, la timidez de la liebre, la envidia del perro, la estupidez del asno. Los dioses se divierten de lo lindo. Cae el telón por un momento y vuelve a levantarse. El actor viene ahora "de hombre, prudente, justo, leal, humano, amable y amigable, que anda por las ciudades con sus compañeros, manda unas veces y obedece otras, se cuida del bien público y es siempre un ser social y político". "Los dioses no esperaban verlo con más figuras, cuando he aquí que tomó la forma de uno de ellos, sobrepasando la naturaleza del hombre... ¡Oh, Júpiter! ¡qué espectáculo! Al principio les chocó que también ellos fueron sacados a escena e imitados por un cómico tan perfecto, del que pensaron sería Proteo, el hijo de Océano. Pero pronto prorrumpieron en un aplauso cerrado...", viendo, por lo bien que los había imitado, que era un hermano de raza. Por eso le invitan a que suba con ellos al proscenio. Pero entretanto el hombre empieza a imitar al mismo Júpiter. "Ha trascendido los caracteres de los dioses inferiores y está penetrando en esa luz inaccesible, rodeada de tinieblas, donde mora Júpiter." Esta vez "no hubo aplausos sino un silencio de asombro".

El hombre, que se ha desprendido de su disfraz –de su cuerpo– para sentarse entre los dioses, se lo vuelve a poner para siempre "ya que le ha prestado tan buenos servicios".

---

[4] Pico Della Mirandola, *op. cit.*, p. 228.

*

Luis Vives escribió esta obrilla poco después de su primer encuentro con Erasmo (Lovaina, 1518). La edición de Basilea de la *Utopía* de Moro lleva esa misma fecha. La idea de la dignidad del hombre, tan entusiasta que no se contentó menos que con el endiosamiento o *entusiasmo* del hombre, no por su raíz "renacentista" y mística olvida los negocios de la tierra. Si la aspiración suprema es la seráfica, también buscan, en la vida práctica, "la firmeza de los Tronos, que alcanzamos empleando el juicio" y "por encima del Trono, esto es, por encima del buen juez, se sienta Dios como Juez de las edades" (Pico della Mirandola). Erasmo fue el primero que dijo de sí mismo y de sus amigos que eran "humanistas". Pero no como lo decían también luego un Castiglione o un Ginés de Sepúlveda. Aquel equívoco familiar del tiempo de los Escipiones se aclara en la abigarrada familia renacentista dedicada a los *studia humanitatis* cuando Erasmo polariza en torno a su figura los grupos combatientes. El *Cortesano* de Castiglione está lejos del Trono que buscan los erasmistas: Moro con su *Utopía*, Alfonso de Valdés con su *Diálogo de Mercurio y Carón* y con el *De las cosas que ocurrieron en Roma*, Vives con su *Concordia y discordia*.

Estos místicos del entusiasmo profesaban una *Philosophia Christi* que querían ver realizada en la tierra. La idea de la "dignidad del hombre", con sus tres niveles –el práctico, el contemplativo y el místico–, sí dejaba los dos últimos a merced de la vocación, no así el primero, que era destino común de todos los mortales, sin distinción entre mandatos y consejos. En el auto misterial de Vives, el hombre, después de haber imitado a varios animales, vuelve "de hombre, prudente, justo, leal, humano, amable y amigable, que anda por las ciudades con sus compañeros, manda unas veces y obedece otras, se cuida del bien público y es siempre un ser social y político". O con la franqueza castellana de Alfonso Valdés: "¿Qué ceguera es ésta? Llamámosnos cristianos y vivimos peor que turcos y que brutos animales. Si nos parece que esta doctrina cristiana es alguna burlería ¿por qué no la dejamos del todo?"

Se ha dicho muchas veces que España no ha tenido Renacimiento. Por lo visto, y ahí está como testigo el libro de Ferguson: *The Renaissance in Historical Thought*, también este concepto es bastante equívoco. Pero por lo menos, de las dos concepciones antitéticas, la de

Burckhardt y la de Burdach, la que lo ve como una exaltación antimedieval del individuo y de la naturaleza y la que lo considera como una prolongación –"renascente", el *revival* anglosajón sería un concepto afín– de la religiosidad medieval, no se nos podría negar la participación –y una participación decisiva– en esta última. Las pruebas superabundantes las ha recogido y sistematizado Bataillon en su admirable libro *Erasme et l'Espagne*. En ningún país de Europa fue Erasmo –el del *Enchiridion* o *El caballero cristiano*– tan precozmente popular como en España. Ahora habría que demostrar que los erasmistas no tienen nada que ver con el Renacimiento o que en ellos eran flojos los *studia humanitatis*, cuando, en realidad, representan como nadie, o como los grupos espiritualistas del sector protestante, el meollo concentrado de la *humanitas*. Y también le cupo sitio a España para el otro aspecto del Renacimiento, el burckhardtiano, como lo prueban nuestras piedras y nuestras letras a lo largo del XVI.

Lo que sí podría decirse es que, coincidiendo con los preparativos de Trento y con la persecución desatada contra los erasmistas, se desvía desde arriba el ímpetu renacentista español por los cauces de la Contrarreforma. España ha sido su protagonista en la ancha y turbulenta pista de Europa. Ninguna Historia de España, por muy radical que sea, podrá desentenderse del hecho ni tampoco historiador alguno que se respete podrá consustanciarlo con España y los españoles o, por el contrario, condenarlo como antieuropeo y estéril. Por fortuna, las realidades históricas no son tan simples y en América, por ejemplo, los templos barrocos nos hablan todavía un lenguaje misionero y civilizador muy diferente del de tantos monumentos europeos en que se retuerce hieráticamente fanfarrona la inseguridad de la iglesia triunfante.

Pero no me toca enredarme en un problema tan barroco. Lo que sí quiero señalar es lo siguiente: si la *paideia* o educación griega, asimilada por la aptitud política romana, por la voluntad romana, por la *humanitas* concentrada de su versión de la *philantropia*, y cristianizada expresamente por la *philosophia Christi* de los humanistas con el nuevo lema de la *dignidad del hombre*, constituye la tradición pedagógica más antigua, de la que no puede prescindir nunca la civilización en su faena incesante y esencial de sonsacar el *homo humanus* del *barbarus*, hay también otra tradición, no tan antigua, pues su raíz es cristiana, más de armas que de letras, más de *Tronos* realizadores que de *Querubines* contempladores: la caballería.

Uno de los fenómenos determinantes del carácter español ha sido esa ancha circunstancia de ocho siglos durante los cuales una movible tierra de nadie, una frontera abierta entre moros y cristianos impidió que la sociedad medieval española cobrara los perfiles cristalizados del feudalismo europeo. En España, más que una democracia frailuna, como creía Menéndez y Pelayo, hubo desde muy pronto una democracia aristocrática, una posibilidad que la frontera ofrecía de hacerse hidalgo, hijo de algo, pero más de sus obras que de su sangre. Algo remotamente parecido a la acción que la frontera abierta norteamericana ha ejercido en la creación de una democracia plutocrática porque las posibilidades de hacerse rico estaban abiertas para todos. Una caricatura de este afán igualitario aristocrático, caballeresco, lo tenemos en ese *Don* con que acompañamos al *Señor* de nuestras cartas. Pero no todo quedó en caricatura. Nuestro teatro del siglo de oro –uno de los grandes teatros del mundo, en compañía del griego y del inglés– elabora incesantemente, como uno de sus grandes temas, el del *honor*. Un tema, sin duda, caballeresco por sus orígenes pero que, en su exaltada configuración barroca y española, si puede impresionar dramática y espantosamente, en ningún caso considerarse como un ideal humano y educador. Ha desbordado todas las fronteras: las humanas y las divinas, la *humanitas* y la *dignitas*, y las suyas propias: no es ya un ideal caballeresco. Don Quijote, el humanísimo caballero, no puede ser menos calderoniano.

Ha constituido la barrera que ha impedido la aceptación universal de nuestro teatro. Ni siquiera la imaginación histórica de los románticos alemanes logró incorporarlo a la tradición humanista europea. Estaba para esto demasiado cerca y, a la vez, demasiado lejos. Pero hay otro gran tema de nuestro teatro que bien podríamos llamar lopista, aunque tampoco lo haya descuidado Calderón: el de la *hombría*. No se trata de la "dignidad" de los humanistas: no procede de las letras sino de las armas, no de los *Querubines* sino de los *Tronos* y es, por lo mismo, más popular y vigoroso. Esa democracia aristocrática pedía la efectiva igualdad moral del hombre. Nada podía justificar que un *Señor*, por serlo, se permitiera agraviar a un hombre de bien. Del rey abajo, ninguno, y, a veces, hasta el rey, como en la *Estrella de Sevilla*. Muchas veces el agraviado que sale por sus fueros –no feudales sino humanos– y que en esta salida demuestra hazañosamente que no es menos hombre que el noble que le ha ofendido, resulta –como en la

comedia latina el presunto esclavo– de buena cuna, pero otras veces es un labrador honrado, nada más, y a veces, todo un pueblo. Éste es el tema que todavía arrebata al público popular de España, que apenas si entiende la monstruosa "razón de estado" del honor calderoniano. Y ha sido también la raíz profunda de la quijotesca resistencia popular española ante la insurrección militar.

El penoso, sisíficamente penoso esfuerzo civilizador, tiene como ángeles tutelares a los *Tronos* y a los *Querubines*. Los *Tronos* han sido al principio una aristocracia: el caballero griego y su *areté*, el caballero romano y su *virtus*, el caballero inglés y su *fair play*, el caballero francés y su *honneur*. Luego se produce, o no, la democratización, y en grados muy diferentes. En España se produjo, y muy vigorosamente. Hay una gran diferencia entre el ideal cosmopolita del caballero, y el ideal *inglés* de *gentleman* o el *español* de *hombría*. Estos dos son, todavía, dos grandes reservas de humanidad. Los *Querubines* son siempre gente de letras: filósofos o poetas. Como el búho de Minerva emprende su vuelo de noche, siempre les precede el claro día de los *Tronos*. Pero su labor no es ociosa, ni mucho menos: humanizan lo estamental y lo regional, es decir, lo universalizan. Cuando el universalismo de los *Querubines* y la democracia de los *Tronos* escriban a una el "discurso de las armas y de las letras" es cuando se *habrá dado un sentido definitivo a la palabra humanismo.*

*

Como no se puede *redonner* un sentido nuevo a la palabra humanismo es desentendiéndose de toda su historia y, por verla caída como *ismo* en los dominios banales del *Das Mann* heideggeriano –don Nadie y todo el mundo, lo que "se" dice o lo que dice "se", *das Mann*–, buscarle cinco pies al gato, siendo el quinto el de su etimología. Heidegger, después de menospreciar la palabra –y su concepto– trata de rescatarla en su provecho diciendo que, si humanismo tiene que ver con humano, nada será más humanista que aquella filosofía que, como la suya, dé la primera vez con la esencia o ser verdadero de lo humano. Pero, en el fondo, se trata de una mera argucia polémica a la que el mismo Heidegger no da mayor importancia. Una manera de cubrirse del chaparrón para no seguir el camino. Lo mismo hace con los reproches de irracionalismo. Parece que lo hace en serio porque emplea, una vez

más, un procedimiento que casi siempre es muy serio en él: el de buscar la raíz o "palabra elemental".

Pero en este caso lo serio no está tanto en la "palabra elemental" cuanto en el "pensamiento elemental". La "destrucción fenomenológica" de Heidegger va abriéndose camino hasta el momento en que el pensamiento "estaba en su elemento". Fue, nada menos, antes de Sócrates, en la "época trágica de la filosofía griega" (Nietzsche). El humanismo empieza, realmente, con Sócrates, como dice Nietzsche, o con Platón, como dice Heidegger (*Platons Lehre von der Wahrheit*). El humanismo se identifica con el mundo ideal creado por la filosofía o con la metafísica. Si la filosofía es para Sócrates el "arte de la duda" para Nietzsche es "el arte de la sospecha" (*Kunst des Mistrauens*) y para Heidegger "destrucción fenomenológica". Si, como dijo Dilthey, al prescindir Nietzsche de la historia y ahondar en su propia alma se quedó, irrisoriamente, con el hombre de poder del Renacimiento, al prescindir Heidegger de la historia de la filosofía –o convertirla en escombros que le sirven de escalera– y ahondar en su angustia, se queda con el pensamiento "en su propia salsa", con "el ser" que le habla directamente sin intromisión de las cosas. No sabemos, pues, con qué se queda. Pero esta voluntad de arrostrar el ser, dejándolo que hable, que hable etimológicamente, es, sin duda, una voluntad trágica. Parece como si Heidegger estuviera cumpliendo la voluntad de Nietzsche de restaurar trágicamente la filosofía en el estado en que se hallaba antes de que Sócrates, con la invención del concepto, la desangrara y la convirtiera en un cuento color de rosa, donde todos los antagonismos acaban por conciliarse: *coincidentia oppositorum.*

Dice Troeltsch que fue Schopenhauer quien, con su filosofía, rompió por primera vez con la "gran tradición" de la "humanidad europea" que "era obvia para Kant, Goethe, Hegel y Comte". Hasta entonces esa tradición europea había creído en un fundamento racional del mundo. Este fundamento, con Schopenhauer, es la voluntad irracional. De aquí su negación de la vida. Cuenta Nietzsche en su *Ecce Homo* que, estando consumido por la enfermedad y a punto de extinguirse, se dio cuenta de que los buenos sentimientos, el cristianismo y la filosofía de Schopenhauer eran productos de decadencia, y, desde entonces, "mi voluntad de salud y de vida se convirtió en mi filosofía". Puso el signo positivo al fundamento irracional del mundo y afirmó trágicamente la vida como voluntad de poderío. Su ruptura con la gran

tradición de la humanidad europea completó todavía la de Schopenhauer.

Lo que diferencia fundamentalmente la idea humanista del hombre de la idea existencialista –la de Heidegger y la de Sartre, por lo menos–, después de coincidir en no definirlo como "naturaleza" sino como "posibilidad" o "proyecto", es que los humanistas de la "dignidad del hombre" reconocían un orden racional de los seres, de acuerdo con la gran tradición de la humanidad europea. Pero no se hacían demasiadas ilusiones sobre la bondad del hombre –¡buenos eran los tiempos!–, como podemos verlo por la primera parte del *Diálogo* de Fernán Pérez de Oliva, ni tampoco eran demasiado "racionalistas", desde el Petrarca para arriba, como podemos colegirlo de su preferencia por el "seráfico" Francisco frente al "angélico Doctor". No hay que olvidar que en la angeología de Pico el *Serafín* de amor ocupa el rango primero y que en la pieza de Vives la luz divina está rodeada de tinieblas. También, significativamente, el hombre actor se reviste para siempre de su máscara –de su cuerpo– "por lo bien que le ha servido". La gran tradición de la humanidad europea mantiene todavía en Goethe –su gran representante– un justo equilibrio, pues su confianza en la razón no le lleva nunca a pretender agotar el contenido del universo. En Goethe hay siempre un respeto religioso por el residuo de misterio del universo. Con Hegel no queda residuo alguno. No sólo el Universo sino la historia de la humanidad ha sido desentrañada totalmente: "nada hay que resista al coraje de la razón". Su filosofía es la filosofía última y definitiva, en la que se han revelado totalmente Dios, la naturaleza y la historia. Frente a este racionalismo asfixiante, en que el individuo es juguete del ardid de la razón y en que la "verdadera tragedia" –como el destino de Sócrates– se resuelve siempre en que ambas partes tenían razón, que fue asumida luego por una razón superior, se revelaron el personalismo de Kierkegaard, el pesimismo de Schopenhauer y la voluntad trágica de Nietzsche. Pero la identificación que hace Nietzsche de los "buenos sentimientos" con la "degeneración", fruto de su experiencia de enfermo, depauperado, y del "cristianismo", secularizado –democracia social– o no, con la "decadencia", fruto de su experiencia alemana y de su educación calvinista, es una identificación que, para muchas gentes europeas, y no digamos nada para la española, resulta, literalmente, su "consideración más intempestiva".

Por nuestra tradición humanista, tan irónicamente "racionalista", por nuestra tradición caballeresca, que hace hincapié en la hombría, y por nuestro catolicismo popular, que no tiene remilgos con la carne, el ideal del "superhombre" nos viene estrecho. Sabemos que "no hay iguales ante Dios" y que, por eso, "todos somos iguales" y sentimos, vitalmente, que la carencia de sentimientos generosos es un síntoma, no ya de salud, sino de "deficiente potencial biológico", como dicen las cartillas militares. Y no podemos negar, sin embargo, que este demonio de Nietzsche, con su "arte de la sospecha", con ese genio psicológico que le convierte en desenmascarador del "filisteísmo" y con su estilo poéticamente deslumbrante, ha ejercido una influencia notable en toda nuestra "generación del 98", con excepción de Machado y de Unamuno. Quizá esa influencia, como señalaba recientemente Moreno Villa, explica que las pocas "memorias" escritas por nuestros escritores se resientan de cierto narcisismo de superhombría de escritor. Y quizá explique también, añado yo, la actitud elegante que adoptaron ante la explosión de hombría –con barbarie y todo– de nuestro pueblo.

Aunque ni Heidegger ni Sartre han dicho todavía su última palabra, su actitud ante el humanismo no nos inspira demasiada confianza. La identificación que hace Sartre del humanismo clásico con la declaración de que el "hombre es estupendo", que recoge de una obra de Cocteau, nos parece, por lo menos, risible. La insinuación de Heidegger de que la idea de lo griego que tuvo Hölderlin, tan diferente del filohelenismo clásico alemán, pudiera señalar el camino hacia un nuevo humanismo, nos hace temer que esta tradición tan concreta y viva quede a merced de los sucesivos "redescubrimientos" de Grecia en que se está ejercitando la sensibilidad alemana desde el romanticismo para acá. Menos que nunca ahora podemos prescindir de lo que llevamos dentro, de lo que profundamente somos, de aquello que nos sirve de asidero para juzgar en firme el mundo terrible en que vivimos y no dejarnos anonadar por él. Que la física interprete el Universo como le dé la gana: nosotros interpretamos "humanísticamente" el trabajo de los físicos e incluimos el estudio de su labor, como la de los biólogos o los naturalistas, dentro de los *studia humanitatis*. En este sentido hemos ampliado el campo de los primeros humanistas: queremos que abarque también la *Historia de las ciencias*, pues el orden que le han sabido sonsacar al Universo es una hazaña humana que cuenta entre las universales y, por lo mismo, humanizadoras. La tradición humana, históri-

camente decantada, en forma de humanidades y en forma de hombría –dos rescoldos que no se apagan nunca gracias al soplo amoroso del *Serafín*– nos dice que no estamos ya "arrojados en el mundo".

LE, 15-18 (08, 1950)

SANTAYANA, ESPAÑOL DEL 98

RAMÓN SENDER

Si se tratara de formar una especie de comité ejecutivo de la generación del 98, yo propondría a cuatro escritores: Valle Inclán, Baroja, Machado y Santayana. Si hubiera que elegir entre ellos uno que reuniera todas las cualidades que con justicia o sin ella se atribuyen al grupo, me vería forzado a proponer a Santayana. Ni Unamuno, ni Azorín ni escritor alguno del '98 representa mejor el escepticismo filosófico doblado de intenciones estéticas. O la irreligiosidad trascendental, es decir, de tendencia mística. Y, desde luego, ninguno de los que nacieron y murieron o esperan la muerte en España recibió un reconocimiento y aplauso tan general... con una indiferencia tan estoica.

Del escepticismo de los del '98 ante los aplausos habría mucho que hablar. Unamuno, en los últimos años, tenía una vanidad delirante. Necesitaba estar siempre en el centro del corro, perorando sobre el único tema que de veras le interesaba: don Miguel de Unamuno. A veces, al final de sus monólogos, que no eran nunca interrumpidos por sus oyentes, movía la cabeza y se lamentaba con un falso pudor: "Esto de tener que vivir siempre en estatua... en estatua de sí mismo, es verdaderamente trágico."

En filosofía, Unamuno fue un diletante de la disociación, que no llegó a articular doctrina ni a hacer de la desarticulación una norma convincente. En la novela y en el verso convenció menos aún. Ahora, después de su muerte, la gente comienza a darse cuenta.

Azorín, menos ambicioso, tiene por la elección de sus temas y la manera de tratarlos –una manera elusiva– resonancias limitadas. Su escepticismo es, si se puede hablar así, el más genuino del grupo y, como en la antigüedad clásica, encuentra justificación en un esteticismo tímido, al que se adhiere, sin embargo, con una obstinación impresionante.

Ni a Unamuno ni a Azorín les impidió su falta de fe en la eficacia de los partidos ser diputados y tratar de asomarse al circo de la cosa pública. Baroja y Valle Inclán, tan diferentes de los anteriores y tan contrarios entre sí, mostraron a menudo la misma tendencia a representar masas sociales y a hablar en su nombre. Baroja se presentó candidato a diputado por Fraga, y Valle Inclán por Galicia. (No fueron elegidos, y hay que alegrarse, por ellos mismos.) En fin, si vamos a analizar uno por uno los caracteres que, según dicen, integran la *personalidad histórica* del grupo, y tratamos de encontrarlos en cada uno de los escritores del '98, nos llevaremos grandes decepciones. Tal vez sólo se salvaría Antonio Machado.

Una de las cosas en las que más creían los jóvenes –y entre ellos yo, cuando lo fui– era el desinterés de Baroja por sí mismo, su desdén por las apariencias y por cualquier forma de vanidad. Hoy no hay más remedio que cambiar de opinión cuando cerramos el séptimo tomo de su autobiografía, tan abundante en toda clase de pequeños o grandes resbalones de vanagloria, en los cuales al autor se le ladea y desnivela la aureola.

Es curioso, sin embargo, que el ideal del '98 lo represente fuera de España un español que encarna todas las contradicciones de su época y que es fiel a ellas no sólo en su obra, sino en cada uno de los pasos de su vida tan larga y fecunda. Dice en un verso de su juventud:

> ...some are born to stand perplexed aside

y eso es lo que Santayana hizo: estar a un lado de la vida, perplejo. Los honores y vanidades y hasta los halagos de la riqueza lo buscaron. Supo no huirles, sino ladearse y dejarlos pasar, con ese desinterés mesurado de los castellanos. Santayana era castellano viejo y nuevo, es decir, nacido en Madrid con abuelos de Ávila. Tenía el paso silencioso y la voz cauta de los madrileños.

Cuando escribe sobre su juventud dice: "En mis años más tiernos estaba ya persuadido de que la vida no merecía la pena. Si la religión es falsa, la vida carece de valor. Si es verdadera, también... Hallaba la misma alternativa entre el catolicismo y la total desilusión, pero la desilusión no me ha asustado nunca y la elegí y en ella estoy." Lo más interesante es que no hay una palabra ni un acto en los 88 años de su vida que desautoricen esa desilusión. No faltan en ninguno de los llamados hombres del '98 ocasionales caídas, pero es imposible hallar

una sola en Santayana. Con esto yo no trato de dar patentes de pureza –sé por mí mismo la dificultad de la perfección–, sino de anotar un hecho que, al parecer, ha pasado desapercibido hasta ahora y que puede tener valor histórico.

Santayana fue durante su juventud profesor en Harvard. Profesor distinguido, odiaba la vida universitaria, vivía *aside*, y tal vez por esa razón los estudiantes lo querían más. Era sabida la frialdad si no la crueldad de su ingenio. Pero esa frialdad de los hombres de origen viejo castellano es una frialdad ardorosa, cuyo contacto quema. Vivía solo, en Cambridge. Nunca fundó ni trató de fundar un hogar. En su libro reciente *Domination and powers* –no traducido al español– dice una vez más que el hombre es un animal de un egoísmo feroz, encadenado a una existencia irracional y viviendo bajo un conjunto de normas impuestas por un cuerpo armado que ve con placer la tortura y la destrucción de los mejores. Como resultado de estas reflexiones, se mantenía al margen de la sociedad, voluntariamente.

Era un racionalista, y, sin embargo, escribió uno de los libros de más aliento religioso de su tiempo: *La idea de Cristo en los Evangelios* (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1947). Naturalmente, un libro sin metafísica propiamente dicha, pero con una ternura y una agudeza intelectual –racional– prodigiosas. En ese libro, Santayana hace del mito de Belén y del Gólgota un milagro accesible, es decir, no mayor que el de cada instante de nuestra vida, si queremos detenernos a tratar de penetrar su sentido. Era Santayana un racionalista, como Baroja, pero no transigió con ninguna clase de dogmas ni toleró a sus ministros. Pocos días antes de morir puso en la puerta a un español franquista –según dice el semanario católico *Commonwealth*– que se le arrodilló delante suplicándole que pensara en la salvación del alma. Se burló también –discreta y corrosivamente– del materialismo dialéctico.

Su interpretación de Cristo podría entenderse como luterana o al menos erasmista, pero no había tal. Ninguna iglesia protestante pudo considerar a Santayana suyo. Tenemos, pues, a este evasivo fantasma del '98 con contradicciones curiosas. Los católicos lo acusan de protestante, los protestantes, de católico –la verdad es que como a Miguel Servet, lo habrían quemado con el mismo placer en los dos campos–. Santayana sonríe de los unos y los otros y escribe sin prisa alguna, a los 72 años, su primera novela, *El último puritano*, que le da una popularidad discretamente internacional y que dentro del país ofende a los

ortodoxos de todas las iglesias. Otra contradicción: era un profesor nato y, sin embargo, en 1912 deja la Universidad de Harvard para siempre porque le parece incómodo aceptar la tabla de valores académicos y no quiere tampoco discrepar de la facultad escandalosamente.

Pero si hablamos de contradicciones, la verdad es que toda su vida lo es (lo que quiere decir que no se contradijo nunca, y esto no es difícil de entender para una mente dialéctica con cierto sentido de humor). Era español, adoraba a España –nunca quiso adoptar la ciudadanía americana– y, sin embargo, en los últimos sesenta años no puso una sola vez los pies en España. Tal vez quería evitarse el ejercicio, a menudo deprimente, de reacomodar el sueño a la verdad.

Escribía en inglés, había estudiado en Harvard y enseñaba filosofía en la misma cátedra donde la aprendió. La Facultad y los estudiantes de Cambridge lo querían y admiraban. Las revistas americanas lo trataban con el mayor respeto. Sin embargo, Santayana salió de América poco después de 1912 y no volvió. Vivió entre Inglaterra, Francia e Italia. Si se quiere más persistencia en la contradicción, bastará recordar cómo murió. En los últimos doce años vivió en un convento católico en Roma, considerándolo más cómodo y silencioso y adecuado a sus hábitos que un hotel. No oyó misa una sola vez ni recibió ninguno de los sacramentos. Cuando murió –sin asistencia religiosa, a pesar de estar durante esos doce años acompañado de religiosos y no frailes, sino monjas– dejó dispuesto en su testamento que lo enterraran sin liturgia alguna en un cementerio católico, pero en la parte no consagrada. (En el lugar destinado a los reprobados por la iglesia o a los no incorporados a ella.) En estos doce años ni discutió nunca con las monjas ni dio lugar a que ellas trataran de influir en él.

Detrás de estos hechos y otros, que harían interminable este artículo, se ve un espíritu desinteresado, y el desinterés es a menudo especulador y arguyente. No cayó Santayana en el nihilismo oportunista de Baroja, ni en el delirio esteticista de Valle Inclán, ni en el narcisismo literaturizante de Azorín, ni en el retórico egocentrismo de Unamuno. Era *el hombre del margen* que los libros del '98 exaltan. Y no hay duda de lo espontáneo y generoso de su actitud porque todos los honores le rozaron y se le ofrecieron en vano. Por sus clases pasaron hombres que han tenido después el más alto reconocimiento oficial, como T.S. Eliot, Premio Nobel de poesía; Félix Frankfurter, de la Suprema Corte de

Justicia de los Estados Unidos, los escritores Conrad Aiken y Walter Lippman. Varias universidades le ofrecieron nombramientos *honoris causa*. La Sorbona, Oxford, le llamaron para que expusiera sus ideas. En el Congreso Spinozista de La Haya fue su aportación celebrada como una de las más luminosas –desde su juventud, Santayana fue muy adicto a ese judío español exiliado– y en todos los países de cultura latina o inglesa o anglosajona tuvieron sus libros y conferencias una aceptación respetuosa y a menudo entusiasta. Santayana eludió la recompensa fácil, hurtó el bulto a la llamada popularidad y supo evitar los riesgos de la gloria. Alguna ventaja ha de tener la falta de fe, la sistemática indiferencia del hombre del margen. ¿No era eso lo que querían aparentar los escritores del '98? ¿No tratan todavía hoy los dos supervivientes, Azorín y Baroja, de perfilarse en sus escritos como dos grandes hombres a la orilla de la gran corriente del tiempo? He aquí que Santayana, español de Castilla, nacido cuando ellos, bajo las mismas brumas y el mismo auspicio de la indecisión, ofrece a todo el grupo del '98 su sencillo ejemplo.

¿Habría Santayana escrito su obra y vivido su vida ejemplar en el caso de quedarse en España? No hay duda de que tenía la vena heroica de los viejos santos castellanos. En el caso de tener fe podría haber sido otra versión de la figura alabastrina y radical –increíble en su ascetismo y su virtuosa obstinación– de San Pedro de Alcántara, a quien físicamente se parecía. Si en su vida de escéptico fue tan fiel a la duda –tan rigurosa y estrictamente acomodado a su liberal falta de convicciones–, ¿qué habría sido en una vida de creyente filosófico, religioso o político? Pero sin necesidad de aceptar dogmas ni sistemas ni valores preestablecidos, creo que en España habría desarrollado una labor más o menos semejante. Su personalidad recuerda –con distancias enormes en lo que se refiere a la obra de cada uno– la de Antonio Machado. Y no hay duda de que la fuerza que Santayana supo oponer a las facilidades de la popularidad en América habría sabido oponerla también a las dificultades de la vida española.

Su obra ofrece el mismo ejemplo de inteligencia y esforzada discrepancia que su vida. Hacia 1936 –año crucial para los españoles– era Santayana conocido y estimado sólo por las minorías. De vez en cuando hablaban de él las revistas de filosofía y de crítica literaria. Había publicado la *Vida de la Razón* –de la que dijo William James que era una *lectura deliciosa*–, *Interpretación de la Poesía y la Religión*, *El*

sentido de lo bello y algunos tomos de poesía con los títulos *Sonetos y otros poemas*, *Lucifer, una tragedia teológica* y *El eremita del Carmelo*. Estas obras valieron a Santayana una reputación de hombre agudo, inspirado y erudito, que se mantuvo viva y activa, a pesar de no haberse reimprimido esos libros por muchos años. En 1936 publicó *El último puritano*, novela de fondo filosófico, que le dio en pocos días una popularidad inmensa. Como decía antes, cuando escribió esa novela tenía ya setenta años. A esa edad, que en otros españoles del '98 tenía una virtud aquietadora y conformista, escribe Santayana su libro más inconforme y discrepante. La unidad y continuidad del escepticismo de ese autor va manteniéndose en un mismo nivel desde la infancia a la vejez. No hay desmayos. Si los jóvenes de mi época se sienten engañados y decepcionados por la cuadrilla de narcisistas del '98 y quieren una compensación ahí la tienen. No hay en la obra ni en la vida de Santayana nada que ofenda el deseo de rectitud y probidad e intransigencia crítica de los jóvenes de 1925.

La poesía de Santayana tiene más acentos españoles que su prosa, aunque ésta enlaza fácilmente con los erasmistas (igual que la de Unamuno, salvo los acentos seudomísticos). Tiene en inglés una cierta dureza española. La poesía no tiene entre nosotros un lenguaje común depurado y refinado por la herencia. Así como en Francia, desde Ronsard hasta Rimbaud y Valéry, todos usan el mismo lenguaje, en España cada poeta tiene que hacerse el suyo. Nuestro idioma ha sido forjado por la acción y la aventura y no por la gracia de la sensibilidad poética. Entre dos poetas contemporáneos hay a veces la misma distancia que entre uno del siglo XIV y otro del siglo XX. Véase el ejemplo con Unamuno y Lorca. O con Valle Inclán y Jorge Guillén. El idioma francés se forma en una Provenza de amadores y poetas, el español en las tierras fronterizas hispanomusulmanas con feroces contrapuntos de hierro y cuero, arneses batidos y celadas y lorigas. A la hora de escribir poesía, cada uno tiene que formarse su tradición, sus mitos, las palabras –como si nacieran con él– y las asociaciones de objetos y sonidos. Santayana llevaba a la poesía inglesa la aspereza de las formas españolas. El resultado era a veces espléndido y siempre de una suavidad o violencia exóticas.

Después de 1936 y de su éxito como novelista, Santayana desde sus retiros de Inglaterra, Francia o Italia fue escribiendo y publicando libros de ensayos críticos o de recuerdos biográficos. *El reino de la Verdad* (1938), *El reino del espíritu* (1940). No hay que dejarse

confundir por estos títulos, que en inglés tienen un sabor menos dogmático que en español y que presiden sendos volúmenes de agudas observaciones, muy lejos de cualquier tentación sistemática, entre Platón, Lucrecio, Spinoza y Schopenhauer. (La fiebre nietzscheana de los Maeztu, Azorín, Baroja, no hizo presa en él, quien siguió hasta el fin siendo una especie de estoico iluminado.) Más tarde aún publicó su interpretación de Jesús y varios tomos de *Persons and places*. En 1940 había publicado un resumen crítico de la filosofía alemana titulado *Egotism in German Philosophy*, revelador de las motivaciones de su propia filosofía. Pero una vez más hay que advertir que su filosofía era *no tener ninguna*, en el sentido académico. Lo mismo que la iglesia es a menudo la negación del espíritu religioso, la universidad es un arma contra la cultura, el matrimonio una dificultad contra el amor, el sistema es siempre en sí mismo un hecho antifilosófico. Otros libros de Santayana de carácter especulativo llevan los títulos, más reveladores, de *Skepticism and Animal Faith*, *The Realm of Matter*, *The Realm of Essence*. Las pocas veces que Santayana habló de sí mismo se definía diciendo que era un ignorante con algunas dotes poéticas. En La Haya, durante la celebración del centenario de Spinoza, pidió al congreso de filósofos ahí reunido que "provisionalmente y por algunas horas, sin establecer prejuicio alguno en relación con convicciones más permanentes, imaginaran la verdad tan contraria y desfavorable a nuestros deseos y tan contraria a nuestras naturales presunciones como es posible imaginar en la vida". De ese modo, añadió, el espíritu estaría en las condiciones más adecuadas para la desnudez suprema y también para la prueba del juicio desinteresado. Esa desnudez del juicio y esa lucidez para *la prueba* eran una obsesión en Santayana.

La cultura americana considera a Santayana como un excelente ejemplo en su favor. El utilitarismo, activismo, tecnicismo, que han hecho de América una prodigiosa colmena –dicen– no ha destruido la posibilidad de que prosperen espíritus desinteresados, buscadores de las últimas verdades del intelecto y los más hondos placeres de la imaginación. He aquí por donde los americanos, sin saberlo, juzgan a nuestros hombres del '98 como lujos más o menos estériles, pero dignificadores de la vida de un país. Probablemente tienen razón, al menos en los casos mejores: Baroja y Valle Inclán.

Leyendo a Santayana creo ver –en sus abstracciones y reflexiones sobre los fenómenos más comunes y generales de creación, y sobre

todo de *autocreación*– el mismo caso, más curioso a medida que pasa el tiempo, de un escritor del '98 trasplantado a las culturas nórdicas. "Hay, por supuesto –dice–, en cada ser vivo un centro individual de reacción y preparación: un cerebro y una semilla; conservándonos y expresándonos podemos transformar nuestro *habitat*, pero eso sólo será posible porque nos habremos insertado oportunamente en dicho *habitat*, porque habremos sonsacado nuestro poder de los poderes circundantes y porque habremos consentido en desarrollarnos dentro de lo que la ocasión favorecía y de lo que el tácito concurso de los hechos estaba destinado a propiciar." Éste es el acento de Santayana y la norma, si hay alguna, en su vida. No pueden ser más sólidamente españoles y más representativos de su tiempo, el mismo de los del '98.

LE, 23-25 (04, 1953)

Ensayos sobre arte

A. RODRÍGUEZ LUNA

JOSÉ BERGAMÍN

Sabemos que este pintor ha nacido en la provincia de Córdoba. El sentido y el sentimiento de su pintura, la honda y fina poesía que por su pintura se expresa, nos lo dice. La pintura es como la poesía, decían los clásicos. Estos lienzos de Rodríguez Luna tienen pura resonancia poética. En ellos, el lenguaje de fuego de la pintura, que anda siempre entre sombras, se hace, diríamos, al parecer, rescoldo. Parecen apagarse estos lienzos, tan profundamente coloreados, para guardar mejor el secreto de su viva lumbre. Es ascua ardiente la que quema el pincel que los traza: llama de corazón fogoso que, como si acariciase la tela, lejos de gritarnos con una gesticulación vacía, por llamativa, nos adentra en su intimidad oscuramente. De este modo los lienzos de Rodríguez Luna apuran el sentido pictórico, el sentimiento poético, siguiendo las trazas visibles de Rembrandt y de Goya. El pintor, que como diría Antonio Machado, es original y no novedoso, no elude tales referencias: por el contrario las afirma y parece querer asirse de ellas, para guiarse por ellas en el misterioso universo de poética verdad que nos ofrece. Ejemplar decisión la del artista que abandona fáciles trucos de llamatividad engañosa y gesticulante para tomar el solitario camino que le señalan sus maestros. Su pintura, por serlo, y sobre todo, por no querer dejar de ser otra cosa que lo que es, pintura, se humaniza ante nuestros ojos, desviándose, consciente, voluntariamente, de falsas apariencias y tramoyas exhibicionistas, como las de tantos otros lienzos modernos, en los que se embadurna suciamente de escandalosa llamatividad, decimos, la voluntad poética de la pintura misma. Entre tantos arabescos y arlequinadas engañosas, este pintor avanza, poco a poco, afirmando su profunda razón de ser, con buscado y rebuscado ensañamiento ascético de sobriedad admirable. Lo mismo cuando nos revela en sus lienzos una naturaleza muerta, que un grupo humano, que un paisaje, o cuando, enternecido, pero con idéntico estremecimiento de verdadera poesía, nos enciende la tela con un rostro de niño, tan leve y finamente expresado que parece vivo, tiene, más allá de la

pincelada y el contraste, de la armoniosa composición y forma de un conjunto, algo que arde, que quema, que tiembla, como la palabra o la música, como la luz y el aire, presos, cautivos de esas sombras. Hay en esta pintura un ritmo, una cadencia, tan evocadora de la España que el pintor lleva dentro, que diríamos que nos habla, lo que nos dice con acento andaluz, cordobés, de copla, de cante... Y no es que en ella vibre una pálida reproducción de estampa, un contorno cuidadosamente expresado con sensualidad provocativa de cromo, una artificiosa apariencia, halagadora de los sentidos, como en otros pintores andaluces y cordobeses; es todo lo contrario; de aquí, su castigado ímpetu, su voluntaria sobriedad expresiva en que apura hasta el dramatismo que a veces le fluye del sentir, como hace el cantaor flamenco *al cortar* el cante. Tanto que nos abstrae, por la visión figurativa, hasta extremos aparentemente imposibles: ved estas frutas, de un ligero zurbaranismo formal, traspasado de inquietud goyesca, de resonancia rembrandtiana; mirad, en el paisaje evocado de España, acrisolarse apasionadamente tanto su recuerdo, que parecen la tierra y el cielo fundirse en el más irreal espejismo, levantándose, entonces, borrosamente, entre ellos, las cruces del calvario. Nunca elude el pintor esa cadencia, enmascarada en sus figuraciones plásticas, que es cadencia que también pudiéramos decir romántica; en el hondo y veraz sentido y sentimiento del imperecedero romanticismo; "cadencia que el aire dilata en las sombras" como en Bécquer. También este pintor cordobés, como el poeta sevillano, sabe "un himno gigante y extraño", del que empieza a darnos, aquí y allá, en sus lienzos cada vez mejores, ese cadencioso estremecimiento, "que anuncia en la noche del alma una aurora". Poesía, pintura ésta, tan apurada, que tenemos que mirarla mucho, muy largamente, para sentir y entender de veras todo lo que nos dicen aparentando, con su apagamiento silencioso, una exclusiva pasión relampagueante, un encendido encono de esa pasión viva, un terrible aleteo espiritual, presuroso, como el de la sangre en los pulsos. Entonces el pintor habla verdaderamente el lenguaje eterno de la pintura: y lo habla con acento andaluz, en español puro y secreto. En Córdoba, cuando salimos de un patio o callejuela a la noche abierta, estrellada, nos parece que materialmente tropezamos con el cielo, con el chisporroteo astral de su lumbre. La pintura –esta pintura– como la poesía, y por serlo, desesperadamente, ¿no es tocar el cielo con las manos?

LE, 1 (10, 1946)

Diario de un pintor

PORTALÓN DE PAR EN PAR

RAMÓN GAYA

El hombre natural cree que la obra de arte es un compuesto, y supone que el artista va colocando en ella cosas, cosas conquistadas en la realidad y en el espíritu. Claro que el arte, o mejor, la Historia del Arte está plagada de obras conseguidas así, conseguidas por composición, por acumulación de virtudes, de excelencias, de valores (la pintura de Boticelli, la poesía de Góngora, la música de Ravel son eso, vitrinas, vitrinas maravillosamente cerradas, en donde el autor ha ido guardando, apresando esto y aquello), pero esas obras no son sino arte artístico, es decir, no son arte total. En Fidias, en Shakespeare, en Velázquez, en Cervantes, en Mozart no ha sido encerrado nada, sino libertado todo, dejado escapar todo. Paseando por las salas del Louvre con alguien a quien estimo mucho –S. G.–, terriblemente inteligente y pedante, nos detuvimos frente a un Poussin, y después de una larga contemplación me dijo, algo como esto: –¡Qué hermoso cadáver! Entonces me pareció una frase tonta; hoy la reproduzco aquí porque debajo de su ridiculez externa le encuentro ahora mucho sentido. Es cierto, y no sólo es cierto en Poussin; las obras de Praxiteles, Leonardo, Rafael, Bach, Mallarmé, Valéry, son como grandes cadáveres de hermosura, cuerpos fijos en donde la belleza ha sido atrapada, pero no la vida, o quizá también la vida, pero la vida detenida, no continuada hasta el alma. Sus espléndidas obras son siempre muertas porque no son hijas de la generosidad, sino de la avaricia, del ahorro, de la acumulación; son muertas porque han sido cerradas con llave. Y Dios parece castigar al avaro, más que inutilizando, más que matando su tesoro, conservándoselo eternamente bello, bello sin que, bello sin sentido.

Pocas obras tan generosas como *Don Quijote*. Se diría que hay libros engrosados por la codicia y libros alargados por la generosidad. *Don Quijote* es, sin duda, de estos últimos; se extiende páginas y páginas, pero no para hacer con ellas un libro, sino para deshacerlo, para que no sea un libro precisamente, para que la literatura quede rota en él, es decir, sobrepasada, saltada. Porque *Don Quijote* no está escrito –¡qué disparate!– contra los libros de caballerías, sino contra los libros, contra el libro, como el lienzo de *Las Meninas* está pintado contra los

cuadros, más aún, contra la pintura. Claro que dicho así, de pronto, esto casi no se entiende hoy, ya que sufrimos aún el peso de aquel convencimiento estúpido y pobre que convirtió al escultor en un exaltado por el mármol, al pintor en un enamorado de los colores, al poeta en un saboreador de las palabras, al músico en un beato de los sonidos. Recuerdo ahora –porque hace ya veinte años de este furor, aunque nos queden residuos– que de un cuadro con asunto se decía que no era pintura, sino literatura; de un poema con algo de paisaje o de color se decía que no era poético, sino pictórico; de un cuarteto donde se transparentaba tal o cual sentir se decía que no era música; y de la escultura se pensó que era un volumen, un bulto. Con tanta vigilancia y delimitación se llegaba, sí, a una especie de pureza, pero una pureza de los oficios, no del arte. Se redujo todo a sensualidad, a la sensualidad del trabajo, de los trabajos de arte, es decir, se redujo todo a materialidad, a cuerpo, a nada. En cambio, cuando volvemos la cabeza hacia lo grande, vemos que es precisamente la piedra lo que ha sido destruido en las esculturas de Fidias, pero no porque esa piedra la vuelva carne –como hizo el pobre Rodin, confundiéndose– sino porque la vuelve alma, alma sola; vemos que son precisamente los colores, los contornos, el dibujo, la composición, la plástica en fin, lo que desapareció por completo en *Las Meninas* de Velázquez; vemos que es precisamente la palabra lo que borró de sus *Canciones* San Juan de la Cruz; vemos que es el ruido del sonido lo que ya no está en Mozart.

El arte no es, pues, un cuerpo. Si el gran arte no es un algo corpóreo, sino una existencia cóncava, el artista es, necesariamente, un hombre que resta. El hombre natural, por el contrario, va sumándolo todo: cultura, hechos, sentimiento, belleza. En la obra de un artista todo ha sido restado, quitado, porque lo que él quiere de sí mismo y de las cosas es, como se sabe, el alma nada más. Pero el artista –como el místico–, que cree en el alma, que la siente, ignora en cambio lo que es y dónde se encuentra, es decir, no sabe de ella nada, no tiene de ella nada, sino acaso la sensación de su vacío. Mantener limpio, puro, cóncavo ese vacío, es ser artista grande, completo; dejarlo que se llene de cosas, aunque sea de cosas válidas, es ser artista pequeño, incompleto, terrenal, material, decorativo, pobre. El gran artista y el místico están siempre al borde de lo imperdonable, de lo inhumano, de lo hereje; los dos expulsan, excluyen de su vacío absolutamente todo, hasta la Iglesia, hasta el Arte. Porque para esos seres desnudos la Iglesia y el Arte no son templos, como se dice, sino prisiones.

La Primavera de Boticelli, *La Gioconda* de Leonardo, *El Buscón* de Quevedo, *La vida es sueño* de Calderón, *Las Walkirias* de Wagner, *Rojo y negro* de Stendhal, *El cementerio marino* de Valéry, todas estas obras magníficas y maestras –eso es lo que gusta y entontece más a los historiadores, que sean maestras– descubrimos un día que son como preciosas cajas estériles en las que no nace nada, en las que nunca encontraremos nada que no haya sido puesto allí, metido allí, colocado allí –y con qué arte– por el artista. Destapar esas cajas nos defrauda siempre como defrauda abrir las tumbas de los faraones, ya que de una muerte tan cuidadosamente mimada y eternizada esperábamos sin duda ver salir un hálito del más allá, un desconocido suspiro, una esperanza difícil; por el contrario, sólo hallaremos cosas, las cosas que fueron guardadas en esas artísticas cárceles, es decir, un cuerpo, muebles, algo de oro, un poco de comida. De una tumba cristiana, como no hay nada en ella, brota siempre de allí un vacío, la flor inmensa del vacío, la negación del cuerpo, la negación de todo, o sea, brota, nace sin impedimento alguno el alma, lo que es posiblemente el alma.

El artista pequeño, terrenal, material, decorativo, pobre, quiere llenar su obra de tesoros y combina, suma, reúne; cree que así no se le escapa nada, cree que se enriquece puesto que lo guarda todo y se guarda, se ahorra a sí mismo. El gran artista lo resta todo y se resta, se despersonaliza porque siente que no sólo la carne es enemiga del alma, sino la persona, la personalidad. Todo el arte moderno es de oro bajo porque está sostenido casi exclusivamente por la personalidad, más aún, porque todo en él ha sido sacrificado a la personalidad. En el arte moderno todo lo encontramos posible, admisible, siempre que venga respaldado por el hombre; se trata, pues, de un arte *demasiado humano* en el fondo, aunque la forma exterior equivocase a Ortega y Gasset. En nuestra moderna vanidad de hombres nos hemos empeñado en verlo todo desde el hombre sin caer en la cuenta de que hay cosas, como el arte por ejemplo, que si tienen algún sentido no es un sentimiento para nosotros, para nuestro uso, sino un sentido relacionado con algo muy superior. Por eso un gran artista no es el que conoce la divinidad, sino el que ignorándola cree en ella, conoce la fe en ella, en esa divinidad que precisamente no conoce. Por eso el gran artista no quiere encerrar cosa alguna, porque sabe que en todo aquello que puede ser apresado, aprisionado, ya no está lo que él busca. Por eso una gran obra de arte no es nunca una conclusión, como ha de serlo

una obra científica o filosófica, sino un principio, un principio que escapa, que huye, que se liberta. Porque no sólo *Don Quijote*, sino toda gran obra de arte brota siempre de una prisión, de la prisión que somos, y por eso tiene esa libertad, tiende hacia esa libertad.

Don Quijote no es un libro de aventuras o sucedidos; ni un libro psicológico; ni un libro filosófico; ni es, como se supone, el compuesto de todas esas cosas, ya que ni siquiera es un libro. *Don Quijote* es algo así como un gran portalón abierto de par en par, no al paisaje, ni a los seres, ni a las ideas, ni a la fantasía, sino abierto de par en par al vacío, región difícil para el hombre, donde hasta el mismo Cervantes, el hombre que hay en Cervantes, se siente a disgusto y vuelve los ojos hacia su *Persiles y Segismunda* como un náufrago hacia tal madero, es decir, hacia tal corporeidad, porque el *Persiles* existe, sabe Cervantes que existe porque lo ha construido, y todo lo que Cervantes ha puesto allí, allí está encerrado para siempre, eternamente.

Don Quijote se le escapa, se le escapa al vacío donde Cervantes no puede acompañarle, no puede seguirle. *Don Quijote* se desprende de Cervantes porque ha sido creado por esa parte de generosidad imposible, de desprendimiento monstruoso, inhumano, que es el alma desnuda. Y el alma desnuda sólo crea obras en donde todo ha desaparecido, obras así, de alma desnuda. Por eso es tan impresionante su final, cuando vemos que *Don Quijote* no es, como creen algunos, que gane la razón, sino que pierda la locura.

LE, 5 (07, 1947)

EL COLOR DEL DESALIENTO

JOSÉ RENAU

> ...han creído que al hacer cuadros desvaídos, hacían cuadros vigorosos; han imitado el oscurecimiento que el tiempo da a todos los cuadros...
>
> DELACROIX, *Diario*

De los recuerdos infantiles se me ha quedado grabada la imagen de aquel penoso caminar de los Pasos en la Procesión de Semana Santa,

que los extenuados portadores tenían que detener con irritante frecuencia. El recuerdo del intermitente trasteo de las horquillas con que se descansaban las pesadas andas, me ha traído –por un camino un poco más sinuoso que el de la simple asociación de ideas– a esta otra inquietadora imagen de los cráneos reposantes que Dalí prodiga, con insistencia de pesadilla, en muchas de sus pinturas.

Esa cabeza humana, con su monstruosa excrecencia cerebral, vencida por su propio peso y descansando sobre horquillas, está preñada de una obsesionante significación. La espantosa inmovilidad de esta representación, lograda con un refinamiento de crueldad jamás alcanzando por la expresión pictórica, tiene el poder de levantar en mi ánimo el oscuro resentimiento de todas las frustraciones de mi vida, y, en un sentido más literal, el de haber asociado estrechamente el sentimiento de esa implacable gravitación con que la conciencia oprime la expansión de los impulsos vitales, con la evidencia de un sobrecrecimiento monstruoso de la facultad racional.

En la fría impersonalidad de esas fisonomías surrealistas hay como una siniestra presencia que señala constantemente la incoherencia de esa gran utopía estática del pensamiento humano, que tenazmente identificada a una *real* y nada metafísica necesidad de reposo de la conciencia, subraya la fatalidad del mortal espejismo platónico, cuyas postreras consecuencias estamos pagando, los presuntos herederos, con la propia sangre de nuestro espíritu.

Esa pesadilla es el sordo eco del trance inconfesable de no saber qué hacer con nuestra propia cabeza, angostada por una implacable espiral lógica que no encuentra nunca su fin; minada por esa grave *distensión de la conciencia* a que nos ha conducido la orgía de orgullo creador y de suficiencia racionalista; distensión que, amenazando nuestro destino con la disociación definitiva de las potencias capitales, nos ha inculcado el virus de una parálisis progresiva.

Así, no pudiendo prescindir de ella, de nuestra propia cabeza, tenemos que apuntalarla indefinidamente. Y para esta clase de impotencia vital nunca faltan muletas y horquillas que mantengan el fantasmal equilibrio.

El exceso de conciencia histórica producido por los modernos medios de difusión cultural, realizándose sobre la confusión reinante en cuanto a la valorización de los elementos vivos de nuestro tiempos, está operando un grave reblandecimiento de los impulsos creadores en el arte.

Ante el vertiginoso hundimiento de los valores clásicos de la cultura, ninguna doctrina ni ideología, fuera de los precarios recursos de los sentimientos nacionalistas, ha podido levantar todavía una integración de principios nuevos, que, recogiendo la parte positiva de la herencia histórica, ayude al intelectual a subir la cuesta de una realidad dura, preñada de acontecimientos nuevos e inusitados.

Y este mal es un mal de época.

Excluyendo al sector surrealista que, dígase lo que se quiera, ha sabido, con su admirable cinismo terapéutico, librarse de esta corrosiva plaga, todo el movimiento actual de creación artística, en las diferentes formas de su expresión técnica, está visiblemente contaminado.

"Gato escaldado, huye del agua fría" dice el refrán. Y la famosa definición de Élie Faure "el acróbata, imagen de Dios" nos ha dejado la sangre en las venas cuando hemos podido comprobar, luego de los felices ensayos de laboratorio, que al dar el salto sin la red, nuestros pobres huesos iban a dar, inesperadamente, contra el duro suelo.

La falta de audacia creadora, el miedo a los ensayos y tanteos es bien patente en la producción artística de los últimos decenios. Hasta hace poco, era el afán de lo nuevo, de lo inédito, lo que hacía hervir al impulso creador. Ahora este impulso, volviendo la espalda a todo posible riesgo, se ha vuelto profundamente conservador. La movilidad del espíritu es ya una herejía: "hay que ser consecuente con los valores eternos". El artista ya no teme convertirse en estatua de sal por mirar demasiado hacia atrás, sino que, más bien, lo desea. Espera de esta inmovilidad un cierto estado de beatitud que lo libre de toda concomitancia con lo efímero, y que le permita producir su obra, con toda garantía, para la eternidad. Y creyendo de buena fe en la virtud de la magia imitativa, se pone a tocar el tambor para que se produzca el trueno.

En la pintura se manifiesta esta actitud, coincidente en grupos de muy diversas nacionalidades e ideologías, a través de un impulso que busca a toda costa el calor del prestigio entre los vestigios del pasado: "Una pintura auténtica como la de los museos."

El último desencanto sobre aquella sedicente "independencia absoluta" del espíritu creador, ha tenido como consecuencia –en el extremo opuesto a la confiada suficiencia de la etapa purista– levantar en el ánimo del artista un estado de ánimo impregnado de sobresalto, de cautela y de miedo que, negando en principio la legitimidad de toda innovación, amortigua su impulso viril y le precipita hacia un

verdadero complejo de Edipo con respecto a la indiscutida supremacía de los valores del pasado.

No pretendo, en estas breves líneas, abordar la ingente complejidad de este problema. Me interesa destacar que se trata, sobre todo, de una cuestión personal que sobrepasa los límites aparentemente profesionales en que se expresa. Y es así porque los síntomas que voy a señalar no me vienen exclusivamente de la observación de hechos ajenos, sino que han nacido de experiencias propias, lo cual, al hacerme ver las hondas raíces de esta singular inclinación del espíritu colectivo de nuestros tiempos, me permite considerar tan de cerca su naturaleza psicológica, que comprendo mejor la dimensión del drama de muchos pintores contemporáneos, algunos de los cuales estamos unidos por un destino común.

A este respecto ha sido sumamente significativo para mí el comprobar que, después de estar alejado del ejercicio de la pintura durante largo tiempo, en muchas de las obras que he realizado en este nuevo período, uno de los caracteres para mí más singulares lo constituye una fuerte resistencia a utilizar el contraste vivo de los colores. Después de haber estado convencido de que esta resistencia obedecía a una reacción natural a los excesos de ese hieratismo cromático de la plástica publicitaria –tan habitual en mis experiencias profesionales– la persistencia y aun la agudización de este carácter en mis pinturas más recientes a pesar de que soy un decidido partidario de la vibración de los colores en su extremo más vital, me ha hecho pensar que, lo que yo veía en las obras de mis colegas como una afectación de la sensibilidad pictórica, no es más que este inmovilizador hechizo de eternidad, esa distensión de la conciencia que, en mayor o menor medida, a todos nos afecta.

Este hecho me ha llevado a la conclusión de que, de los distintos elementos de que se compone la pintura, es seguramente en la condición cromática –por ser la menos racional– donde se condensan con mayor plenitud los impulsos subconscientes de los individuos y de las épocas.

Bajo el aspecto psicológico de que hablamos, el sentido cromático se expresa a través de un estado de espíritu que propende a destruir los colores en su expresión más entera y vital, inculcándoles el principio de su propia negación. El ánimo del pintor, bajo este singular complejo, tiende a comportarse, no en un sentido *matizador* como en los "fauves" ni en el *purificador* de los cubistas, sino en una tendencia

enervante y amortiguadora de la vibración cromática, *exactamente tal como el tiempo actúa sobre la naturaleza física de los colores.*

En la paleta del pintor, toda la escala cromática tiende a fundirse con el color profundo y sombrío de la pátina. Este ambiguo color es considerado hoy como la cuarta dimensión de la pintura: es el color del tiempo, y, por oposición mística, el *color de la eternidad.*

El color pardo de la pátina, único valor cromático que no existe en el espectro, es el color de la historia, de la sombra que los siglos proyectan sobre las obras de los hombres. Es el color del tiempo muerto y, en el obsesionado impulso con que los pintores de hoy lo utilizan, ¿no podríamos acaso ver una inclinación instintiva a participar en el culto ancestral de los muertos?

El prestigio de los muertos y el prestigio de la pátina son dos valores universales y unánimes. En la vida espiritual de los pueblos, todo lo sagrado tiene pátina, y en la pintura todo lo que tiene pátina *es bueno* por necesidad.

Por otra parte, la pátina ha sido siempre la dimensión física de la santidad y, al mismo tiempo, la señal de que los materiales organizados artificialmente por los hombres están regresando, en virtud de una eterna y misteriosa dialéctica, a la condición del polvo de que están formados.

Y así, la voluntad de eternidad del artista creador, su real gana de no morirse del todo, como diría Unamuno, le lleva, paradójicamente, a ese angustioso mimetismo con la muerte misma, sin que le inquiete lo que pueda depararle el trágico remedo de lo que todavía no ha podido realizar el tiempo.

Nunca hasta hoy, la imitación de los maestros antiguos ha sido llevada hasta extremos tan metafísicos. En realidad lo que nos subyuga en ellos parece residir, más que en sus crudas personalidades, en el accidental estado de sus obras, en el místico perfil de eternidad que nuestra conciencia histórica les ha conferido.

La cosa parece no tener remedio. Después de haber renunciado a la vana ambición del conocimiento puro y a la ilusión de la libertad absoluta del espíritu creador, caemos en otra ambición no menos desatinada: la de pretender "objetivar" el valor de la *conquista* del prestigio que el tiempo presta a las obras del hombre.

¿No será un delirio monstruoso de nuestra conciencia sobrecrecida esa pretensión de querer disfrutar en vida del "color" de la eternidad?

¿Podemos considerar seriamente esta actitud como una nueva dimensión de la expresión pictórica?

¿O más bien, como una triste salida que el espíritu ofrece a su impotencia para asimilar la vertiginosa dialéctica de transformación que rige a la realidad de nuestros días...?

Para una gran parte de los pintores de hoy, toda materia prima susceptible de valor está encerrada entre las paredes de los museos. Lo que han sacado siempre de la realidad contemporánea, pretenden sacarlo ahora de las obras pictóricas de los viejos maestros. Y esto es como querer sacar leche del queso. Montar toda una teoría –aunque sólo se manifieste como "estado de espíritu"– sobre una serie de factores inactuales, y por lo tanto carentes de vitalidad, además de ser absolutamente inoperante en los terrenos de la verdadera creación, es un despropósito que no tiene precedentes en la experiencia intelectual.

El amor a lo antiguo, la pasión arqueológica, es un impulso natural en la plenitud espiritual de los pueblos. Pero cuando no tenemos más recurso que vivir de las rentas del pasado, por glorioso y rico que haya sido, esto ya es decrepitud y decadencia.

Los pueblos jóvenes y sanos, abocados al porvenir, están siempre más inclinados a la creación vital que a la reflexión histórica. El pasado nunca puede significar para ellos como un pozo de escepticismo y de inhibición con respecto a los valores vitales actuantes, sino la profunda razón que estimula y justifica sus propios impulsos creadores.

En cierto plano de la vida el prestigio de los valores históricos es sumamente peligroso. A Leonardo de Vinci debemos estas palabras proféticas: "Va la pintura, de época en época, declinando y perdiéndose, cuando las obras no tienen más modelo que la pintura precedente. No nos dejemos engañar por el pasado."

LE, 6 (09, 1947)

ARTURO SOUTO
UN PINTOR EN PLENITUD

MIGUEL PRIETO

Visitar una exposición de pinturas en el día de su apertura, saludar allí al artista, autor de aquellas obras, y hablar vaguedades sobre tal o cual cosa con los amigos que uno encuentra, es, a veces, todo lo que

podemos obtener tras de la expectación con que hemos esperado ver la labor de un pintor en el transcurso de dos o tres años de su trabajo. Pero qué distinto si al llegar nos sentimos, poco a poco, súbitamente, ganados por ese misterio de vida propia que entraña un cuadro, o, meramente, por un guiño o garabato figurativo de él. Esto es suficiente para que nos olvidemos de lo que nos rodea y nos entreguemos a lo sugerente, a lo que mueve en nosotros la aspas de muchos sentimientos y nos acarrea el quebradero de hartas reflexiones. No es pequeña cosa el que esto suceda ante un conjunto de obras expuestas. Yo la tengo como la más importante, no pudiendo en ese momento olvidarme de mí como pintor. Y mucho me han sugerido, y me incitan a la íntima polémica, estos años decisivos en la pintura de mi amigo Arturo Souto. Decisivos, porque todo cuanto él ha dicho hasta ahora de más profundo y lo que ha prometido decir, está impulsado, apremiado por su alta vocación de pintor, por el afán de alcanzar y darse con plenitud. Decisivos, también, y extremadamente comprometidos, estos años, porque el destierro nos desarraiga de todo aquello que nos ha acunado, la tradición, la vida de adolescentes, dejándonos desmantelados cuando más necesario es para el artista el gobierno del espíritu, el carácter y las raíces de lo racial. Difíciles son de avenirse, por lo tanto, estos conceptos, destierro y plenitud, en un arte que como el de Souto tan pegada tiene el alma al cuerpo de la tierra; quiero decir de España.

No obstante este infortunio para la unidad y fijeza de lo que se nos revela como carácter de la obra de Souto, el arte de este pintor crece cada día más, por una conciencia vigilante que le lleva a examinarse con rigor, pese a esa seudocrítica de los que todo lo imaginan como un mal brotado del capítulo de las ganancias. ¡Cómo si en toda obra, por divina, no interviniera –factor importante– el acto gozoso de ganarse el pan!

De Souto recuerdo decenas de cuadros. Decenas, de los centenares que he visto pintados por él. Quiero indicar, con esto, al que lo ignore, que el camino de un pintor es arduo y que aquí no se trata de describir la trayectoria, si la tiene, de uno de esos jóvenes de veinte años que nos presentan diariamente como genios de la pintura. No, la obra de un pintor está en su madurez de vida, esto es, en la plenitud que hoy buscamos en Souto. Naturalmente que un pintor puede tener una esplendorosa juventud –que en el arte es larga– y alcanzar en ella estupendas realizaciones. Pero estas mismas obras necesitan como un cuerpo viviente, un desarrollo, un transcurso de tiempo para darse y

trascender, que viene a ser paralelamente el camino que recorre el hombre hasta alcanzar definiciones rotundas de sus propios sentimientos.

Tampoco un pintor es el brote aislado de una época: es el resultado de muchos factores de su tiempo. Su temporalidad –la de sus días– lo va formando y haciendo depender, en sus comienzos, del pasado o tradición más lejana, pero, sobre todo, del próximo pasado. Luego, en esa plenitud que nos preocupa, él es el tiempo, para el pasado en el presente, y para el futuro. Souto, español de dentro, hereda en la pintura el tiempo de la España negra. Pero el primer valor que revela en su personalidad es el de oponerse, por amor, a la interpretación despiadada y grotesca del hombre de nuestra raza como un fracaso de sus grandes destinos. Como los artistas de la España negra, como la generalidad de los artistas españoles, Souto va al pueblo y en él encuentra al hombre en la tierra, doblado sobre el surco, o incorporado, con sus ojos cargados de infinito. Pero aquí el hombre no es áspero ni bronco. Su forma, con ser rigurosa, transcribe suaves contornos. Rudo sí lo es, y ruda hace a la técnica que lo describe en la selección de los tonos, en el empaste del cuadro, al definir el volumen y al determinar la atmósfera. Mas también es amoroso siempre el pintor con el hombre, en el trabajo o en el dulce reposo, o como cuando lo sitúa en la luz tibia de los interiores aldeanos, junto a la mujer, contemplando al niño que les acrecienta los sueños, y al pan que los alimenta.

¡Ah, los niños! ¡Qué escalofriante ocurrencia se me viene en estos instantes al pensamiento! ¿Nos hemos dado cuenta, alguna vez, que los pintores de la España negra –Solana, Zuloaga, especialmente– no han pintado a los niños? ¡Ah, los niños de España! Los de Velázquez, el Greco, Murillo, Goya... Hermosos y bellos los de las aldeas más ruines de España, los de aquellas Hurdes que yo recuerdo con preferencia. Bellos esos niños con miradas de presagio. Almas candorosas incorporadas apresuradamente a las quimeras. Los niños de las praderas, los que juegan y cantan romances, pronto sobrecogidos por la luz de la tragedia, caminando entre el denso drama del aguafuerte goyesca, y buscando el calor de la madre, tendida y helada planta que les dio el ser. ¿Qué hondo misterio ha arrebatado de sus juegos a orillas del Tajo, a la sombra de las murallas de Toledo, a ese niño ya doncel, para que venga a dar asombro con sus ojos y mantener la viva luz con los lirios de sus manos en esta fervorosa entrega de un caballero al misterio de

lo divino? ¡A dónde han arrinconado las negras sombras de la España negra a los niños! ¡Qué mirada de vidrio, que mal de ojo han echado los pintores de la época negra a esta carne, a esta aurora de la vida española traspasada! ¡Oh, las madres y los niños de España!

Una gran época para la pintura de Souto ha sido ésa que abarca el tema de la vida aldeana. A mí me parece así, por la manera apasionada con que la ha expresado, como por la profundidad de su lenguaje de pintor y la densidad poética de los elementos representados. Por todo ello yo la considero como muy importante, y, sobre todo, por ser desde entonces cuando arranca su personalidad bien definida, aunque haya sido más tarde cuando mejor se exprese, tal como acontece en esta última exposición de sus obras, donde logra una manera más sabia, y más plena, de decir.

Mucha variedad ha habido en la pintura de Souto durante esa época a que nos referimos: figuras, paisajes, interiores y bodegones, o algunos de estos géneros combinados y compuestos a la vez. Recordemos, como ejemplo, cualquier trozo de pintura de esos años. Ese mismo, por sencillo, de unos trebejos arrumbados en un desván de casa de labriegos: el bieldo ennegrecido de arañar la tierra, y el heno en putrefacción, junto a las manzanas desbordantes de carnosidad y color; sobre el aparejo de esparto, la burda tela blanca dorada por la luz; las mazorcas de maíz sobre cuyas hojas secas que nos recuerdan el crujir de los jergones de las camas aldeanas, un refajo o corpiño rojo; los coloreados y arbitrarios peces; la botella de ron, de exótica forma y renegrido color, de otros continentes; todo ello en un desorden bien equilibrado, robustas las formas, ancha la pincelada.

En esta escena simple, pero de hondo contenido, queda expresada la nostalgia que hay en Souto. Por un estado gozoso de la materia en la pintura se transcribe la sensualidad a través del sentimiento de la luz y la sombra. El drama íntimo y la ternura que emerge, todo queda dicho en ello, con una apasionada manera de jugar y dar la vida por el color y la forma. Los sienas quemados, los rojos silenciosos y sordos, aquellos ocres, los verdes de hoja seca, los negros casi corporales, allí por donde va el volumen con los contornos perdidos en la densa y apretada atmósfera.

En estas pinturas hay un no sé qué de primigenio, fraguado y modelado con los dedos. Son como arcilla los rostros y los senos: de arcilla el cristal y el barro, las telas y los frutos. No nos dan esos seres un carácter porque no lo tienen, pero sí una vida estática, misteriosa y

oculta. Por eso, en tal época y con tales temas, nos complació ver nacer un pintor con personalidad y rareza.

Cuando el hombre carece de mitos, ¿qué añora? ¿Por qué siempre esta nostalgia en Souto? Por su contacto con el tiempo, que hereda, como ya se ha dicho, el de la España negra, Souto se enamora del mundo de las "estampas". De ahí, a veces, esos personajes descoloridos de sus cuadros, y esa extraña simpatía por los bajos fondos de vida fláccida y de podre, que él exalta con una aurora de refulgentes carnes. Si Souto, en España, por una inteligente inquietud, ha buscado ciertas formas de vida y nuevas luces para nuestro arte, hoy, desarraigado, navega con todos los cabos sueltos. Y yo creo que debe cerrarse a esa ansiedad constante de horizontes, apartando los ojos y mirando a las luces más nítidas de dentro. Un pintor tan conocedor; una personalidad como la suya que, con el solo hecho de analizar lo que lleva realizado, sin otras esperanzas, podemos colocarla entre la de los artistas que perdurarán en esta época de la pintura española, debe exigirse a sí mismo mayor rigor y ahogar, frenándose, todo acto de dispersión en lo futuro. Ya sabemos que un día vendrá la reunión de sus grandes facultades de hoy con lo que en otro tiempo fue nacer a la luz de los sentimientos, es decir, de España; pero en esta plenitud en que está hoy colocado, debe ahondar más, estar en las cosas dotándolas de definiciones certeras, y desterrar todo aquello que le hace perder el carácter a un arte que como el suyo ha nacido de un sentimiento de pintar la vida que se vive.

De estas pinturas expuestas últimamente por Souto podemos deducir que su autor no es ajeno a tales preocupaciones; que no tiene los hilos tan sueltos ni está tan engolfado en oscuras nostalgias. Entre ellas hemos visto cosas muy serenas, certeramente definidas, enraizadas en lo que anteriormente nos ha dicho su pintura y, dentro de ella, su personalidad. Y, sobre todo, hemos hallado ya a un maestro con resonancias poéticas que transmitir, creador de expresiones y caracteres humanos, sabiendo definir esencias para la pintura, barroco cuando hay que serlo, sobrio y contenido como el español que se adelgaza por la emoción más pura. Pronto vendrá para Souto la luz y el polvo, la raíz y la rama de esa España que le duele. De no ser así, los españoles lamentaremos haber perdido una cosa más entre lo genuino que se está llevando esta hora ciega de naufragios.

LE, 6 (09, 1947)

Consideraciones sobre su pintura

CLIMENT, PINTOR INTEMPORAL

JUAN RENAU

No poseo la destreza literaria indispensable para decir lo que pienso envolviéndolo en un maestro juego de prestidigitación estilístico y metafórico. Cosa corriente y el mejor subterfugio o salvador callejón de escape para obtener una brillante crítica.

La mayor parte de la que se refiere a las artes se elabora, fundamentalmente, sin tener en cuenta qué es la creación artística y sin conocer o sin sentir los peculiares e inalienables problemas del artista. Se abusa del tópico, hablando con desorbitamiento grotesco y pedante de la "sensibilidad", del "temperamento", de "gamas cromáticas", de "su sentimiento del color" etc., pero sin que se nos haya pasado por las mientes calzarnos, de una vez, su pellejo adentrándonos en sus entresijos, viendo las cosas a través de las ventanas de sus poros. De aquí resulta tanto trastrueque, tanto dorado embuste atribuido a lo que pretendía intentar el pintor en el momento en que ejecutó su obra...

Y es que el crítico que quiera explicarse una creación artística determinada debe de colocarse en la situación propia de esa producción espiritual, y para ello se requiere, en cierto modo, sentirse capaz asimismo de crearla. Y esto no es todo. No sería suficiente "revivir" el momento espiritual de una creación concreta, sino que habría que complementar esa especie de metempsicosis con un conocimiento de las leyes, medios y limitaciones características de la especie determinada de arte a la que pertenece la obra criticable, porque el artista no produce mediante conceptos generales fácilmente accesibles a cualquiera, sino que lo hace con medios intuibles correspondientes al material de un arte determinado, y esta falta de consecuencia es la que precipita a la crítica, asentada en febles cimientos, hacia el disparadero sin fondo, hacia la confusión y el equívoco, frustrándose, de esta manera, la misión virtual de la crítica, especialmente cuando se dirige al público.

Me he permitido esta digresión porque la consideraba imprescindible para tener la posibilidad de criticar en un tono para el cual ya

poseo sobrada licencia. Lo más saliente de la Exposición de Climent es su prodigioso dominio técnico, en oposición, tal vez, con la emoción que debe de campear sobre el elemento "materia" y sobre la destreza que se advierte a flor de lienzo.

Y esto plantea de una forma radical y primaria la tan asendereada cuestión de la técnica y de la finalidad que el arte debe de proponerse. Podría terminar cumplidamente esta crítica diciendo: la pintura de Climent es, a fuer de sabia, sapientísima. Su pintura es un dramático ejemplo de cómo la técnica puede, al menor descuido, asfixiar el aliento creador, pero, afortunadamente, Climent posee, al margen del dominio poderoso de aquélla, una concepción plástica que subordina todo lo accesorio, todo lo que no actúa después de observada su pintura, cuando no queda de sus telas más que una sensación de placidez, de sedante tranquilidad para el espíritu. A este respecto, recordemos al gran Juan Ramón Jiménez: "Yo he desdeñado siempre, y más cada día, el 'asunto' y la 'composición'. Lo que siempre me tienta es la sensación que un fenómeno produce, la inquietud pensativa y sensitiva que queda después del asunto y antes de la composición." Y ahondando más en esto, añade: "Escribir no es sino una preparación para no escribir, para el estado de gracia poético, intelectual o sensitivo. Ser uno poesía y no poeta." Junto con el asunto y la composición podríamos incluir la técnica. Posiblemente Climent es, de toda su generación y tal vez de otras, el pintor que más recursos posee de carácter técnico, el que ha calado más íntimamente en la médula de ese mundo mágico y recóndito de la alquimia "del elaborar". Pero si la técnica no es más que el cauce doloroso, nunca gozoso, que nos lleva a la sorpresa placentera o dramática, mas siempre sublime, debe de propiciar la espinosa andadura del artista sin exigirle, en cambio, excesivos derechos, sin seducirlo con su tentadora presencia, con sus arrebatadores cantos de sirena. Sólo haciéndole más incómodo su camino, erizándolo de inquietudes y de imposibles, logrará hacer saltar del pecho jadeante del pintor el definitivo grito angustiado y, únicamente entonces, su entidad humana se colmará con toda la plenitud de acento.

La técnica es, en fin de cuentas, una compañera molesta pero indispensable para cualquier intento de logro creador. Y yendo más allá, en esta dirección, se plantea con hostilidad la presencia y substancia de la técnica. ¿Acaso no se interpone insolentemente entre la inspiración creadora y la pobre obra resultante, por extraordinaria y asombrosa que

ésta sea? En literatura nos encontramos con un caudal lingüístico pobre, adornado, el más rico de todos, con tristes harapos. En pintura con los diques insalvables de sus medios materiales y de sus leyes castradas que condicionan ceñudamente la psicología y la voluntad del pintor. Se dirá entonces que no es posible crear sin el instrumento idóneo. Esto es cierto. Pero la liza entre el hombre-artista y la técnica deberá de entablarse a muerte. Hemos de servirnos de ella, mas domeñándola sin asomo de piedad, porque cualquier concesión que se le haga acabará arrasándolo todo y cubriendo el impulso creador con el yermo espectáculo de una tumba refulgente.

De todo lo anterior no se desprende el vituperio de la técnica, porque sin una riqueza de los medios de expresión, sin un conocimiento profundo y lato, al propio tiempo, de ellos, la voluntad creadora se detendrá en pleno balbuceo. Poseer, pues, un bagaje técnico riquísimo no nos conduce al grave riesgo anteriormente apuntado, siempre que el genio creador mantenga abiertas de par en par las puertas para revelarse, para reclamar acuciosamente su derecho a una espléndida integración.

Climent está rozando ese riesgo por su técnica magistral, por la querencia sensual hacia ella, por el excesivo quedarse en el elaborar, prendido en las sutiles insinuaciones del *métier.* Climent debe, a mi juicio, olvidarse de la tiranía técnica. Exigirle que no acuda con tan perenne solicitud a sus citas con el misterio de su creación plástica.

Es su pintura, tal vez, demasiado perfecta. Maravilla y seduce hasta embriagar los sentidos. De sus paisajes, especialmente, emana una sutil delicadeza que envuelve al espectador deleitándolo con serena gozosidad. Recordemos ese asombroso hallazgo de la mañana recién nacida en San Miguel de Allende. Son valores crudos, elementales y tiernísimos, de principio de mundo.

Toda su pintura está centrada en un dulce estatismo en que Climent quisiera detener la vida. Toda se halla realizada en ese palpitante y sobrecogedor momento cósmico en el que el fluir del tiempo queda derrotado por un minuto desertor, amigo y confidente de su plástica. Como si el girar del orbe se hubiera paralizado en un instante en que todo cobra inédita y hasta pavorosa belleza.

En su mundo plástico no cuenta ni lo dramático ni lo trágico, ni tan siquiera ese pequeño suceso (registro de tiempo) de la vida cotidiana, singularizada y exaltada en otras épocas de la historia de la

pintura. Huye, también, de lo psicológico en cuanto encierra la angustiada contradicción del ser humano, ese fluir y refluir de la sangre cambiante. Sus retratos o representaciones humanas ignoran conscientemente el candente afán de vivir "en el tiempo", su ardoroso forcejeo con éste, su triunfo o su derrota, su miseria o su muerte.

Es, Climent, un epicúreo. Sus personajes o sus temas están inmunizados contra el dolor, contra el darse cuenta de que están sumidos en un torvo medio exterior donde acecha la muerte, el fin del goce sensual, la desaparición de las cosas al través de un proceso hórrido y crispante. Y este esquivar la muerte o el ineluctable movimiento hacia ella, ese empeño tesonero en ignorarla, nos da el secreto, hasta cierto punto filosófico, de la concepción de su arte. Sin embargo, la presencia de la muerte y su pavor, su helado misterio, se registra como una constante estimativa en la mayor parte de las culturas y concepciones artísticas.

Mas existe un ejemplo extraordinario en la historia antigua: Grecia. La cultura clásica griega es también ahistórica, sin preocupación por el pasado ni por el futuro. Todo es presente y un presente aprehensible, de fácil vencimiento. El pasado se desvanece en una impresión inmóvil, intemporal, y el futuro o el sentimiento del devenir también está ausente. Por estas razones, está ausente la idea, como problema sujeto a un resultado valorativo, de la muerte, que tiene dos dimensiones de tiempo: lejanía y proximidad, pasado y futuro, ambos fuera del presente. De aquí se deduce la tendencia hacia lo abstracto, inmune e indestructible, hacia lo inconmovible que sólo está en lo subjetivo del artista creador.

Climent, en este profundo aspecto y en cierto sentido, es un clásico al estilo señalado más arriba. Él crea sus propios valores y su jerarquía singular. Su mundo plástico subjetivo mantiene, a propósito, una relación endeble con la realidad circundante. Asistimos a una "recreación" de la misma, y para enjuiciar y comprender su pintura es necesario partir de esa concepción subjetivísima.

Picasso expresó muy claramente esto último. Para él, lo objetivo, el mundo externo, la naturaleza, el hombre mismo, tienen un mero valor de referencia plástica. El pintor, luego de una observación atenta, extrae del tema objetivo, ajeno a él, una estimativa individualizada, picassiana, podríamos decir, singularísima, cuya relación lógico-plástica con aquél ya no existe. Estamos ante el milagroso instante de una

transmutación de valores objetivos en subjetivos, que adquieren, a su vez, una perpleja y nueva objetividad. Aunque el proceso se descuajó de la propia realidad objetiva, ya no podremos jamás rehacerla en sus lienzos, sino redescubrirla a través de la propia "recreación" verificada por el artista.

Esto centra el problema del arte y de la realidad y su equivocada relación de servidumbre. No hay arte en la naturaleza, en un majestuoso paisaje, por ejemplo. El arte es el hombre mismo. Reside en su rica capacidad subjetiva para ir convirtiendo lo objetivo en su propia sangre, integrándolo en su más agitado y profundo ser. Llegamos a la noción de lo objetivo gracias a nuestro yo subjetivo que es lo único que tiene conciencia de sí mismo, de existir, de ser testigo de algo que es bello o desagradable, no por su propia esencia independiente, sino gracias a esa transmutación subjetiva, a la cantidad del yo que impregnamos a todas las cosas; de aquí que lo llamado objetivo no es, paradójicamente, más que un reflejo del sujeto activo.

Por consiguiente, se deduce lo peregrino y peligroso que resulta hablar en arte de "falso" o "artificial". Porque, generalmente, cuando decimos eso, buscamos un valor de referencia que inconscientemente situamos fuera de nosotros, lejos de nuestro alcance y, consecuentemente, estamos indefensos, desarraigados de nuestra propia capacidad valorativa.

Climent, dotado de rica capacidad subjetivo-valorativa, salva el escollo de su asediante técnica, merced a aquélla. Sus cuadros *Puesta de sol* (Pátzcuaro), *Paseo antiguo* (Coyoacán), *Armonía gris*, *Taxco*, *Desnudo*, etc., constituyen un pujante testimonio de ello.

Otro aspecto, casi obligado por la costumbre crítica, es el que se refiere a las influencias que en Climent se perciben, claras y diversas. Algunas de ellas no parecen haber sido incorporadas a su concepción plástica particular todavía y se desgajan un tanto insolentes del resto de sus obras. Vemos a Derain, Van Gogh, Picasso, Gauguin y, en general, una decisiva influencia de la pintura francesa moderna, ésta sí asimilada dócilmente a su manera de trabajar y de resolver los problemas de composición y de color. Su culto enfebrecido a la materia, a la calidad, a la obtención de expresiones exquisitas, al margen de cualquier otra consideración temática. Su embelesamiento por todo lo intrínsecamente plástico acusa de dónde extrae savia su raíz pictórica: Francia.

Exceptuando el magnífico y, éste sí, dramático paisaje de Taxco, sepultado en densas sombras de donde emerge en una ráfaga de luz

tormentosa una parte de arquitectura severa y doliente, que nos trae de la mano a los grandes pintores españoles, sólo atisbos, más o menos soterrados, nos indican una mediatizada influencia de España. Algunas veces creemos adivinar la presencia de Goya con su poderoso y desatado impulso, pero es una influencia que Climent recibe a través de Derain principalmente, y este fenómeno ocurre con frecuencia en algunos de nuestros jóvenes pintores que se han nutrido en Francia, porque indudablemente, España contribuyó en una buena parte a la gestación de la pintura francesa del pasado siglo e incluso de épocas anteriores, como decisivamente afirma J.R. Jiménez: "Francia, en pintura (la técnica), en música (lo popular), en literatura (la visión), le debe a España mucho más que España a Francia. Esto lo supieron los llamados clásicos, los románticos, los parnasianos, los simbolistas, los impresionistas franceses, y procuraron ocultarlo. Baudelaire mismo, tan imprevisto, ¿no está mirando al lado de Manet, con su libro negro y oro, los soles fijos de España?"

Citemos, finalmente, dentro de la órbita de la influencia francesa, los amables monotipos de Enrique Climent envueltos en una encantada bruma de romántica nostalgia.

No son censurables las influencias cuando de éstas nos apropiamos enteramente, enriqueciendo nuestra misma sangre y abriendo nuevos horizontes, impulsándolas más allá de lo que nos dieron en un principio.

"Los que tienen miedo a las influencias, los que huyen de ellas, confiesan tácitamente la pobreza de su alma. Nada deben llevar dentro digno de ser descubierto, puesto que se niegan a dar la mano a nada de lo que podría llevarles a descubierto" (André Gide).

LE, 9 (07, 1948)

REMEDIOS VARO PINTORA DE SUEÑOS

ARTURO SÁENZ DE LA CALZADA

Alguien ha dicho –no recuerdo quién, ni cuándo, ni con qué palabras– que el análisis mata al arte. Supongo que no se referiría al arte en sí, que, cuando es verdadero, es inmortal como los dioses, ni quizá al

impulso emocional que lo origina, sino, más bien, a la debida disposición de quien lo contempla, que para ser comprensiva tendrá que olvidarse de la lógica y abrirse al patetismo.

Claro está, que cuando el sentimiento falla, por escasez o carencia de emoción artística, habrán de surgir inevitablemente todas esas frases retóricas y explicativas que, entre quienes no tienen el valor de abandonarse a sus propias impresiones, como pedía Goethe al pueblo alemán, sirven de andaderas a tanto arte mediocre y de cimiento a tanta mentida fama.

Pero cuando nos enfrentamos a una obra de auténtica creación artística sobran las palabras. Lo que realmente importa es sentirla y comprenderla, no definirla ni clasificarla.

Todo esto viene a cuento al tratar de informar a nuestros lectores de la inesperada aparición en el firmamento artístico de una estrella refulgente: Remedios Varo, pintora de excepción, que ha surgido a la fama, en forma súbita, como un deslumbrante meteoro.

Consideraría cumplida mi misión con tan feliz anuncio, si la insuficiente reproducción de algunos de sus cuadros no me forzara a añadir, a modo de información, algunas palabras.

Decía Baudelaire que el corazón contiene la pasión y la imaginación la poesía. Una y otra trascienden pródigas en la obra imaginativa y cordial de Remedios Varo. Pasión serena y contenida y poesía transparente y pura.

Ante sus cuadros sentimos esa emoción inefable y única que sólo el Arte proporciona, esa alborozada conmoción que surge ante lo bello, y ese estremecido recogimiento a que induce lo definitivo.

A la pintura de Remedios Varo podría aplicarse la definición que Wordsworth daba de la poesía: "una emoción recordada en el sosiego", si se añade que es también un ensueño recordado en la vigilia. No un sueño morboso o delirante de pervertido o paranoico, sino un sueño inocente y musical que forja mundos maravillosos de cuento de hadas. Mundos de ensoñación y nostálgico encantamiento habitados por criaturas desvalidas y melancólicas creadas al mágico conjuro de la dulce ternura maternal de la artista.

¿Superrealismo?, ¿realismo mágico? ¡Qué sé yo! Siempre he tenido una cierta prevención hacia todos los ismos, que las más de las veces no son sino señuelo de escuela, justificación de inepcias o socaire de beocia demagógica.

Remedios Varo al igual que todo gran artista nos produce la impresión de una específica y original individualidad.

Su dibujo seguro y apretado, su riqueza y armonía cromáticas, la unidad y equilibrio de su composición denotan una plena y perfecta posesión del oficio que –conviene recordarlo, ya que con tanta frecuencia se olvida– es base y premisa indispensable para poder pintar. Aunque luego sea lo que en definitiva importe y valga la delicada e inasible espiritualidad que de su obra emana.

Remedios Varo debe a Andalucía y Vasconia la ascendencia, a Cataluña la cuna, a Madrid la crianza y formación y a México su generosa acogida en el destierro, y paga a la humanidad entera con la tierna maravilla, sin latitud ni siglo, de su arte.

LE, 26-28 (07, 1956)

Cuento, narración, diálogo

LOS MULOS ENAMORADOS

José Herrera Petere

I

Las locas ilusiones de un guardia civil se convertían en trapos para sus locas hijas.

Residía en un pueblo de la provincia de Palencia, que lleva el extraño nombre de Frómista.

Este guardia civil de dientes y cuchillo, solía acariciar sus bigotes y sus ilusiones por las mañanas, en una esquina soleada de la plaza del pueblo, al lado del cristal de un escaparate de libros, entre los que sobresalía una novela de don Juan Valera, titulada *El Comendador Mendoza.*

Hacía gran frío castellano, transparente; la escarcha blanqueaba la arena fina; los charcos, a pesar del sol blanco brillante como la plata, no se deshelaban.

¡Oh qué locas ilusiones pasaban por el cerebro del guardia civil! ¡Qué brillo oscuro relucía en sus ojos! ¡Qué orgullo resabiado en su cara, en sus manos, en la manera de colocarse el tricornio!

Él era sargento y por lo tanto el amo del pueblo. Él había estado en lo cierto durante años y años: ya Franco dominaba esta parte de España y pronto la dominaría toda, pues la "realidad" siempre vence a las "ideas locas".

Se había educado en la Benemérita Academia de Valdemoro. Allí había visto crecer su barba y sus atributos varoniles –hecho que consideraba como el más trascendente de su vida– y se sentía orgulloso de su virilidad seca, de su virilidad de mulo.

Estaba casado con una horrenda mujer blasfematoria, sucia, lacrimosa, de párpados enrojecidos, paridora de innumerables hijos e hijas que, según decían en Cabezón, pueblo en donde la había conocido, tenía "mucho gancho" para los hombres. De "especie de perra", la calificaban las envidiosas mientras lavaban, y se hacían cruces sobre la suerte del hombre que se la llevara.

A él lo enganchó para toda la vida en una tarde de verano. Lo llevó a la iglesia, lo casó, lo metió en la cama, y empezaron a nacerle hijos e hijas, sin que casi se diese cuenta.

Le rodeaba con la pierna y casi lo ahogaba todas las noches con su brazo, y el pobre guardia civil, con sus bigotes, apenas podía respirar. Berreaban los niños, clamaban las niñas pálidas, éticas, perléticas, prometedoras de ser tan perrunas y enganchadoras como su madre. Salía el sol, y el guardia civil se levantaba en camiseta, no se lavaba, no se peinaba, pero sí se rizaba los bigotes, porque a los cuarenta y cinco años de edad todavía conservaba sus locas ilusiones, en aquel pueblo de la provincia de Palencia, que llevaba el extraño nombre de Frómista.

Había allí, como hemos dicho, una plaza, con una esquina soleada a esas tempranas horas de la mañana y otra sombría donde estaba la antiquísima iglesia, pobre y gótico edificio comido por las ratas y los sacristanes, no menos que por los siglos.

Ascendía el sol derramando crudeza, quebrábanse los hielos y el guardia civil se retorcía los bigotes, esperando. De la iglesia tenía que salir una dama: doña Isabel, la mujer del comandante de ingenieros Ángel Rubio, quien se encontraba a esas horas haciendo fortificaciones en el fuerte de Belchite.

¡Qué solemne salía doña Isabel después de cumplir con los preceptos religiosos! ¡Qué airosa! ¡Qué espiritualmente grave y dura de carnes!

Doña Isabel era una mujer de unos treinta y cinco años, cuyo rostro tenía tal pureza de líneas, que disimulaba muy bien lo mínimamente ajado. La nariz era de perfectas proporciones; graciosa, y un poco corta. Sus labios, correctamente dibujados, se entreabrían descoloridos y pálidos, pues no se los pintaba nunca. Sus ojos eran pardos, grandes y aparentemente soñadores. Con respecto a las líneas de su cuerpo, que se adivinaban bajo su traje negro y sedoso, baste decir que eran tan perfectas y puras como las de su cara, fugaces e hirientes al mismo tiempo, frescas y llenas como las aguas del río Urbel que baja directamente de la montaña.

Procedía doña Isabel de una familia desgraciada y aristocrática, y esto le autorizaba cierta melancólica y encantadora negligencia moral. Sólo ella entre las damas de Frómista se atrevía a hablar, gravemente y con valentía, de los más atrevidos temas. La melancolía, la negligencia

y el incisivo encanto de la conversación de la dama aumentaban cuando se refería a su esposo, el comandante de ingenieros Ángel Rubio, en su concepto muy inferior a ella en facultades intelectuales, origen social y delicadeza de formas, pues tenía un enorme vientre, aun bajo el uniforme del ejército franquista confeccionado a propósito para disimular las deformaciones físicas y morales de sus miembros.

No, no era el comandante de ingenieros Ángel Rubio, ni esbelto, ni religioso, ni sublime. Se trataba de un militar profesional por los cuatro costados, con esa alegre y sana plebeyez propia de casi todos los militares profesionales. Su esposa no podía soportarlo.

II

–Buenos días doña Isabel –saludó el guardia civil acercándose, cuando, con libro y rosario, la vio salir de la sombra y avanzar por mitad de la plaza.

–¡Oh! Buenos días –contestó ella haciéndose la sorprendida.

–¿Permite usted que la acompañe? –preguntó el guardia civil.

–¡Oh Damián! –contestó doña Isabel–. Tengo mucho que hacer, además tengo que comprar un libro, aquí en la tienda...

El guardia civil se hizo galantemente a un lado y entraron en la librería.

Allí doña Isabel señaló un tomo en rústica, escrito por un coronel de artillería, titulado *La Verdad sobre el Universo*.

–Es una obra de gran importancia –dijo doña Isabel, con su más exquisito y elegante dejo–, aplasta completamente el ateísmo y el marxismo. Es la última publicación hecha en Burgos... Debe usted leerlo también, Damián.

–Sí –contestó el guardia civil, conteniendo los feroces deseos que sentía de besarla–, a mí me interesan mucho todas estas cosas, he leído... ¡Ah, sí! la última pastoral del obispo de Pamplona.

Doña Isabel iba de un lado a otro de la librería, contoneándose e inspeccionando todos los libros con aire inteligente. El guardia civil la seguía en todos sus pasos, y fingiendo un gran interés, observaba los mismos libros que doña Isabel, por lo cual siempre estaba muy cerca de ella. De pronto doña Isabel lo cogió por un brazo.

–¡Oh, Damián! –exclamó–. ¡Mire usted qué monada!

Y le señaló un devocionario pequeñito, color de rosa, especial para muchachas jóvenes.

–¡*Hojitas de oro*! –continuó–. ¡Voy a comprar uno, para que se lo lleve usted a sus hijitas...!

El guardia civil volvió la cara hacia ella y rozó con sus bigotes una de sus mejillas.

Doña Isabel se retiró un poco, soltándole el brazo.

–Sí, Damián –dijo–, este libro se lo regalo yo a Baldomerita.

–¡Por Dios, doña Isabel! –exclamó el guardia civil con los ojos enrojecidos–. ¡Es usted muy amable!

–¿No desea usted más? –preguntó el librero, un hombrecillo pálido con boina y gafas.

–No, por ahora –contestó doña Isabel.

Salieron a la calle, si calle puede llamarse en Frómista a unas pocilgas alargadas, en cuesta, con empedrado difícil, helado y resbaladizo.

Marchaba el guardia civil al lado de doña Isabel. A las gentes con que se cruzaba les lanzaba miradas cobardes, recelosas, coléricas, como las de una rata acorralada, como las de un mulo en estéril celo. Le apetecía relinchar pero se contenía. Para disimular, aumentaba la gravedad de su andar y la seriedad de su rostro. Iban bastante separados el uno del otro, mirando al suelo como dos jóvenes tortolitos.

–Este libro –decía doña Isabel– lo empezaré después de comer y lo leeré hasta la hora del Rosario.

–En la paz de la tarde –dijo gravemente el guardia civil sin levantar la vista al tiempo que pasaban delante de la casa de doña Isabel, una vieja terriblemente chismosa.

–Me encanta leer libros –continuaba doña Isabel. Es mi mejor entretenimiento, ahora que Ángel está en el frente.

–En efecto –contestó el guardia civil en la misma forma al tiempo que pasaban por delante de los balcones de doña Tula, otra vieja chismosa–, es hermoso e instructivo.

–¡Quiera Dios que esta guerra termine pronto! –dijo doña Isabel.

–Sí –suspiró el guardia civil–, no dejando un rojo vivo.

En ese momento pasaban por delante de casa de don Joaquín, quien se asomó a la puerta y los saludó respetuosamente con la cabeza.

–¡Así sea! –contestó a Damián doña Isabel.

–Por cierto, doña Isabel –preguntó el guardia civil al tiempo que pasaban por delante de la finca de don Prudencio– ¿cómo sigue su hijo José Luis?

–Está bien –contestó la dama– aunque un poco pálido y muy díscolo; quiere irse al frente con su padre.

–Usted no debe permitirlo –dijo el guardia civil, midiendo con sus botas y sus miradas el empedrado de la calle, al cruzar por delante de la casa de las señoras de Arrieta.

–¡Oh, no! –contestó doña Isabel–. ¡Es un niño muy tierno! ¡Pobre hijo mío!

–¿Qué edad tiene ya? –preguntó el guardia civil al final de la calle.

–¡Sólo diez y ocho años! –contestó doña Isabel–. ¡Y es falangista de primera línea!

Marchaban ya entre tapias cerradas camino de la casa del comandante que estaba fuera del pueblo. El guardia civil se acercaba más y más a ella.

–Sí –continuaba doña Isabel–, José Luis es un buen muchacho, incapaz de desobedecer a sus padres, falangista desde hace mucho tiempo. Yo con respecto a mis hijos tengo una teoría: quiero que conozcan ante todo la religión, que estén bien maduros antes de lanzarse por el mundo. Que no les pase lo que a mí que me casé tan joven...

Damián marchaba ya completamente parejo a doña Isabel. Sus bigotes se retorcían en el aire. Al doblar una de las últimas esquinas le tomó la mano.

–¡Por Dios, Damián! –exclamó doña Isabel, soltándose–. ¡Que pueden vernos!

–Es que yo –contestó Damián, que no podía contenerse– siento por usted un afecto difícil de explicar...

Sus ojos relucían como dos carbunclos. Escupió sonoramente al aire y pisó la tierra.

–Es usted una mujer superior, tan inteligente, tan espiritual, tan religiosa, tan católica...

Dijo y le pasaba la mano por las nalgas.

–¡Por Dios, Damián! ¡Qué hace usted!

–¡Isabel, Isabel! ¡Te adoro! –exclamó el guardia civil, lanzándose sobre ella y tratando de abrazarla.

–¡Damián!! ¡Pero Damián!! –gritó ella furiosa apartándose vivamente–. ¡Qué se ha creído usted! ¡Es usted un bárbaro! ¡Salvaje! ¡Me ha hecho usted daño!

A esto siguió un momento de silencio en que el guardia civil miraba a doña Isabel con ojos enrojecidos. Después contempló la lejanía, una serie de lomas amarillentas entreveradas de nieve, de fango y de suciedad.

Se separaron rápidamente. Por el camino venía don Bernardo, otro señor muy chismoso, que volvía con sus hijitas de dar el paseo matinal.

–¡Arriba España! –saludó don Bernardo al pasar.

–¡Arriba! –contestó el guardia civil con voz sorda.

Continuaron andando en silencio hasta llegar a la casa del comandante que estaba en un alto.

–Doña Isabel –dijo el guardia civil– yo le ruego que me dispense...

–Está bien, está bien –contestó doña Isabel– no hablemos más de ello.

El guardia civil tenía tanto calor que tuvo que quitarse el tricornio, y comenzó a darle vueltas entre sus manos.

–Doña Isabel –dijo– esta tarde vendré a visitarla con Baldomerita para que le dé las gracias por el libro.

A lo lejos apareció una vista nueva. Se veía la inmensa llanura de Castilla blanca, reluciente, cubierta de nieve. Soplaba un viento fresco del noroeste.

–Hasta luego, doña Isabel –repitió Damián, ya en la puerta de la casa.

–¡Oh, Damián! –dijo Doña Isabel, dándole un amistoso golpe en el hombro– ¡tiene usted los ojos muy encendidos...!

III

Por la tarde se presentó Damián en casa de doña Isabel con Baldomerita, Asuncioncita y Crisantemita, horrorosamente vestidas de verde, mocosas, marisabidillas, trenzado el pelo, arremangadas las medias, ladeada y mal puesta la falda y desceñida la cintura.

Allí se encontraba también José Luis, el hijo de doña Isabel, con su uniforme de falangista de primera línea. Estaba muy bien peinado con cosmético y pegamín, pero era tremendamente desgarbado y soso.

Baldomerita y él marcharon a pasear al jardín mientras las otras dos niñas jugaban en la terraza con la nieve. El guardia civil y doña Isabel entraron en una sala.

–¡De lo de esta mañana ni hablar! –advirtió doña Isabel a Damián amenazando al guardia civil con el dedo.

–¿Qué tal está Baldomera? –preguntó sentándose.

–Muy ocupada la pobre con las otras niñas –contestó el guardia.

Anochecía. Por la ventana cerrada se filtraba una melancólica luz invernal. No había sol en el cielo, sino nubes plomizas. Un fuerte viento arrastraba los cardos secos y las basuras.

Doña Isabel bordaba sentada en un sofá y el guardia civil adolecía en una butaca a su lado.

–Es muy interesante –comenzó doña Isabel– el libro que compré esta mañana, muy claro, muy contundente y muy elevado. Pero voy a enseñarle a usted –dijo, tomando otro que había sobre una mesa– estos magníficos poemas de un padre jesuita...

"De tu divino rostro
la belleza al dejar
permíteme que vuelva
tus plantas a besar..."

–leyó doña Isabel.

El guardia civil seguía la lectura sin entender nada, estaba ciego. Tomando la mano de doña Isabel, bramó:

–Isabel, yo la amo a usted; déjame que te bese en la boca.

Doña Isabel estaba muy sofocada.

–Mire, Damián –dijo–, de una vez por todas le digo que eso no se lo permitiré nunca. Yo estoy casada y me debo a otro hombre; usted a otra mujer. El matrimonio es un lazo sagrado que dura toda la vida y lo que me propone, un pecado mortal. ¡Sólo Dios sabe lo desgraciada que soy! Es inútil que trate de sobrepasarse. Únicamente te permitiré que me toques la mano, como ahora...

El guardia civil le besó la mano con pasión. Trató de besarle la boca y no lo consiguió. En su interior se desató en palabrotas. Estaba furioso. Gruñía como un mulo viejo en celo.

Doña Isabel, muy espiritual, continuó hablando de cosas eternas.

En cambio, Baldomerita se dio tal prisa que enganchó a José Luis aquella misma tarde, hasta el punto de que al mes tuvieron que casarse. Vino el comandante Ángel Rubio del frente. Repicaron las campanas. Tocaron el himno falangista y la marcha real, y un coadjutor navarro que tenía muy buena mano echó la bendición a los jóvenes, para toda la vida.

Desde entonces, Damián, el guardia civil, acariciaba solamente sus bigotes en la esquina soleada de la plaza, pensando que la realidad siempre vence a las ideas locas que van contra la moral cristiana.

¡Pero el día en que pudiese agarrar sola a doña Isabel... qué lío de faldas y de confesionarios se armaría!

Figurándoselo le daban ganas de relinchar como los mulos, en aquel pueblo de la provincia de Palencia que lleva el extraño nombre de Frómista.

México, junio de 1946

LE, 2 (11, 1946)

De *El ocio y sus mitos*

MIS PRECEPTORES

JUAN GIL-ALBERT

A Antonio Rodríguez Luna, en cuya casa oigo los domingos cante jondo.

Cuando de niño se ha oído cantar a un arriero, hay para siempre en el alma una desazón y amargura que no pueden ser borradas por aliciente alguno, de tal modo, como la ropa de los viejos armarios, queda penetrada toda ella con el sabor de los embalsamamientos.

Desconozco lo que esta experiencia pueda ser para los demás, la desconozco en el sentido individual de excepción o matiz que en cada cual repercute, porque a todas luces se me alcanzan los efectos de deleite tan desgarrador en las inclinaciones de un pueblo. Si en los otros pueblos de la tierra el canto es una dulce o apasionada expansión del espíritu, sólo en el español se ha dado voz a la carne y comprendo cómo esta delirante melodía carnal pueda sonar impúdica en oídos ajenos. ¡Quién sabe si no lo es!

La mía fue la siguiente: vivíamos en un casal enclavado en la montaña; las roídas almenas de un castillo cercaban nuestras tierras y asomados a sus bastiones, con trazas amarillentas de perdices, contemplábamos la vega y los naranjales como alfombrados de verdor hechos

a la suavidad del aire y a la tibieza de la luz. En la falda de nuestra colina se asentaba Játiva, empolvada, con ese mismo polvo blanco e impalpable que asedia como una nubecilla la marcha de cualquier caballería o vehículo; atravesarla era oler a jazmín, o sentir en el bochorno de la siesta el martilleo musical de los herreros. Por lo demás, nosotros quedábamos en lo alto, dueños del confín y resguardados de la penosa realidad en aquel ancho retiro veraniego al que las murallas morunas prestaban, ondulando sobre la cresta de los montes, una aguerrida sombra, como hechizo de cuento.

Éste era el marco de mi experiencia, la cual provenía de una canción que sonaba por los aires, en las horas centrales y calurosas de la mañana o, en las primeras lumbres del anochecer, días había en que se escuchaba igualmente en ambas ocasiones, como si en la tarde se respondiera con equivalente patetismo al augurio matinal. Yo no conocía la tristeza, no ya en mí, que ni aun por haberme tropezado con ella, vivía, como si dijéramos, ajeno a su realidad. Y al oír aquella voz, me dije entre dos juegos, como ante un descubrimiento al cual le prestamos la palabra que se despliega en nuestros labios por vez primera: eso es la tristeza. Sólo que, después, he seguido llamando con el mismo nombre a diversos estados más o menos anormales o caprichosos de mi ánimo o del humor ajeno, pero en aquel momento yo realizaba la comprensión de una realidad en su magna apariencia: sí, aquello era la Tristeza, casi un ser con rostro y actitudes, era, como todo lo que al hombre le hace convulsionar las entrañas, una encarnación, la tristeza encarnada. Yo, como chico, poco o nada podía decir de esa voz, que no fuera aquel golpe inicial, golpe a la vez tan vehemente y aterciopelado, que poco menos que imposible me sería el diferenciar en él los límites fundidos de su dolor y su complacencia. Apenas oídas las primeras notas de aquellos que yo llamaría hoy rasguños de eternidad, mi naturaleza infantil sufría algo así como un cambio de temperatura, algo que, estoy seguro, suponía también en mi epidermis una alteración del color, y aunque continuara jugando o en torno a mis entretenimientos, algo de mí, muy hondo, más hondo que el corazón y menos localizable, estaba ya suspenso de la montaña, cautivo en la desolación de aquel hechizo, casi tangible de penoso. Las frases espectrales llegábanme con su contenido en palabras ininteligibles para mí, pero aquel sonar de algo que se lamenta delirantemente, mezcla de gorjeo y de quejido, y que da a la sangre que lo escucha una reacción de empalidecimiento, rompía los

límites de mi concordia infantil y, puedo expresarlo ahora, actuaba sobre mí, como si abriera a mis sentidos la virginidad de una consternación placentera; ésa es la sensación que recuerdo. En contraste con el trastorno que se había producido, yo nada preguntaba sobre motivos tan oscuros, ni ante aquella especie de miedo que me invadía, miedo orgánico atravesado repentinamente por una oleada de placer y ni siquiera parecía interesarme, con una de esas preguntas con las que los niños torturan a las personas mayores, por quién era el que cantaba con aquella voz y por qué una canción era cosa tan lastimosa que paralizaba la respiración y no daba, por lo demás, el consuelo de las lágrimas. Sin que yo pudiera percibirlo, se estaba gestando mi pacto con las fuerzas sagradas que actúan en la naturaleza porque, entre tanta curiosidad que un niño pregunta, suele quedar siempre, en el más tenebroso de los secretos, aquello que es lo único a lo que tiende su vocación, la certera apetencia de su sangre. Claro que, en distintas ocasiones, porque estuviera correteando fuera de los cercos de la casa, o contemplara desde las murallas los caminillos del matorral que trepaban pedregosos por la ladera del monte, había visto a unos hombres, los arrieros, junto a sus asnos que transportaban carga olorosa de pino fresco, como si alguien en algún confín estuviera necesitado de aire más puro y estos seres pacientes fueran los designados para calmarle, con este trasegar, ansias tan extrañas. Viéndolos un día, se me vino la sospecha, no sé si por el misterio trashumante que los envolvía, que pudieran ser ellos los que cantaban; iban sin embargo silenciosos, bajo las haldas negras de sus sombreros de paño y, de vez en vez, prorrumpían en alguna palabra incomprensible, o hacían un chasquido animal con la lengua y el paladar y sus borricos simulaban un momentáneo apresuramiento. Sí, ellos eran, me dije, eligiéndolos entre cualquiera de los otros seres que en torno mío vivían. Esperé que se hubieran alejado, con el oído atento y alerta la respiración y así fue que, cuando habían dejado atrás los bastiones del castillo, en plena serranía, oí lejana, como si apuñalara el aire, aquella congoja. Si era en la mañana, durante el calor, el confín parecía apretarse como un ser vivo al que se sometiera a un delicado tormento; los tomillos, el espliego, la salvia y el hinojo, olían casi ásperos en su suave costumbre y las cigarras de los olivares vibraban acompasadas como teclado de la copla, cual hacen las estrellas, cuando la luna con su atormentado rostro reaparece y se cierne en la intensidad del firmamento; si era de regreso en las horas azulosas del atardecer, entonces parecía

como si aquel estertor musical, rociado con los ayes de una lúgubre lozanía, nos hiciera bajar a las entrañas mismas de la tierra, y allí ya, como si estuviéramos por vez primera en nuestro mundo, ya sin engaños, nos pusiéramos a llorar con un caudaloso frenesí, sin darnos apenas cuenta, en aquella infinita desolación, que el sabor de las lágrimas vertidas nos gustaba.

Hecho aquel descubrimiento de los arrieros, que no confié a nadie, yo a menudo tan comunicativo, puse un día la atención en el hombre que cuidaba nuestra huerta y podaba, sirviéndose de grandes tijeras, los arbustos del jardín, porque me asaltó de improviso la idea de que acaso él fuera también de aquéllos; tenía también su asno de mansedumbre junto al cual lo veía yo entrar y salir en la finca, con un caminar pesado y lento en el que había, sin embargo, una pausada oscilación muy viril. Terminadas sus labores, se sentaba de noche a la puerta de su casa, en una silla pequeña, casi de niño, mientras su mujer y sus chicos andaban por dentro, alumbrándose con candiles de aceite. Era un hombre cincuentón, de amplio busto, con el vello canoso sobresaliendo por el cuello mal abotonado de su camisa de dril, de lo que estaban hechos también sus largos calzones de rayadillo, los que recogidos a media pierna para el riego o el entrecavar, dejaban ver la reciedumbre de sus hinojos. Su noble cabeza tenía el pelo creciéndole a la manera de los romanos antiguos, liso de la coronilla hacia la frente y su rostro curtido revelaba, como las nueces otoñales, el momento en que toda criatura de Dios está cuajada para su decisivo desprendimiento. Colgábanle sobre las rodillas sus manazas en la sombra de la noche y el descanso y su mutismo tenía una densidad tal que, a mí por lo menos, me imponía respeto. Poco iba a tardar en convencerme de que mis presentimientos no eran descabellados.

Fue en la víspera de alguna festividad, en que vinieron de rondalla un grupo de mozos tañendo guitarras, bandurrias y laúdes. La noche, por lo diamantina que permanece en mi recuerdo, debió ser de fin de temporada, en el maridaje feliz de dos estaciones. Gentes del señorío de Játiva subieron también trayendo dulces y botellas de licor y en la explanada quedaban sus coches de mulas que hacían resonar los cascabeles de sus collares. Hubo bailes regionales, castañuelas y hasta sevillanas. Mi tío Gonzalo, que poco después, en escapatoria de juventud, aparecía por América cantando operetas, bailó con una señorita del lugar que había cursado, en el conservatorio de Madrid, los estudios de

arpa y mi mismo padre trenzaba sus saltos con una señora de la nobleza a quien, por motivos escabrosos, tenía su marido confinada en un palacete de la villa. Señores, sirvientes y labriegos andaban confundidos en la contradanza y hasta, en ocasiones, intercambiando complacidos sus parejas, todo lo cual producía un frenesí, que iban atizando con coplas y ayes los músicos de la rondalla. Una tristeza jubilosa se iba apoderando de los ánimos y en la excitación y el acaloramiento, a la par que las rosetas de la sangre teñían las mejillas, cada cual iba cayendo en su círculo de soledad y veíase de vez en cuando un solitario que se apartaba hacia los linderos del monte, buscando en la pulsación de los astros las resonancias infinitas de su fiebre mortal. Cuando alguien pidió, de improviso, que nuestro labrador cantara; lo pedían como si la comarca supiera de antemano lo que para mí había sido una fascinante sospecha. Él, durante la danza, se mantuvo en su actitud habitual, sentado, silencioso, como participante en un oficio y con su traje negro, por tanto, de las fiestas; al llegarle la petición de los concurrentes, movió la cabeza como denegando y con una confusión de acorralado; su mujer, de pie junto a él, dióle una palmada en el hombro cual si le alentara; entonces mi madre, tomando por sí misma un vaso de aguardiente y ofreciéndoselo, le renovó la súplica; él, sin levantarse, lo bebió de un trago, sintiéndose vencido mientras las gentes celebraban con risas el trance tan gentil y a un gesto suyo, a poco, la mujer le trajo su guitarra. Vi cómo la ajustaba a su regazo, templando las cuerdas; su mano diestra, que había visto yo tantas veces arrancando la maleza de los sembradíos o esgrimiendo el azadón, pulsó unos arpegios con la cabeza ladeada, mirándose la guitarra entre sus brazos; murmuró a media voz: "Por la Señora y con su dispensa", y como enfurruñándose de pronto, dio suelta a su canción. Le daba suelta, es verdad, eso quería, aunque la canción penaba por salir y el hombre, como arrullándola y haciéndose daño, acababa por desprenderla, gota a gota, de su encarnizamiento. El efecto no era el del resplandor medular que ciertas emociones sublimes nos transmiten, era más bien como de encogimiento de entrañas y su foco de acción parecía asentarse en la boca del estómago. Era una voz de arranque prisionero, llagada de querer y de arrancarse rasguños de hermosura y en su acento se desmayaba un negro aire viril; las palabras apenas podían entenderse en el claroscuro con que nacían a la noche, aunque ciertas expresiones recogidas al azar, como cárcel, paloma, ojos y "sangre de Cristo" se

ceñían bien como letra al espíritu de nuestro estremecimiento. Escuchaba yo aquella confesión estentórea entre las rodillas de mi padre, asomado a sus brazos cruzados como a un balcón, semejante a un animalillo al que sorprende la vida y muerte en manos de los hombres; en círculo de sirvientas, mi madre, en su mecedora, se abanicaba y miraba yo las áridas montañas y el fulgor estelar de la existencia y era como una vida plena que poco a poco fuera a extinguirse. Años habían de pasar antes de que pudiera registrarlo con estas palabras. Y así, cuando minutos después el bullicio reinaba de nuevo en aquella extraña asamblea, y escanciadores, danzantes y troveros componían un cuadro festivo y gracioso, en el que la vitalidad y la despreocupación prestaban su zozobrante arrojo a la ligereza, se comprendía bien, no sin cierto zarpazo cordial, que todo aquello sucedía en la presencia cegadora de la muerte, que todo aquel júbilo profundo se esparcía con aquella efusión porque todo había de morir, que aquellos tres saltarines y aquellos contoneos y aquellos labios húmedos y la locuacidad y fragancia de los decires y aquel entrelazarse de hombres y mujeres en tan patético frenesí y viveza de los ojos y olvido de las conveniencias, amos y criados en la luz de un repentino rapto y tañer y brindar, y bailar y besar, vivían su ardor por la revelación aterradora y que del zumo de aquella voz de la muerte viva que todos habíamos escuchado, medio lívidos, como el que se asoma a una prohibida verdad, extraeríamos eternamente los españoles el desgarro y las virtudes de nuestra convivencia.

LE, 2 (11, 1946)

LA "DESENVUELTA" ALTISIDORA

BENJAMÍN JARNÉS

LOS FUGITIVOS

De Sancho Panza, ya no queda rastro en el paisaje. Y lentamente se va hundiendo en un repliegue la enjuta figura del Huésped manchego, hasta sólo quedar visible su lanza, que no tarda en hundirse también para volver a asomar unos instantes en la última loma, y borrarse, al

fin, en la línea definitivamente postrera de aquella llanura en pleno desperezo matinal. Hasta donde alcanzan los ojos de Altisidora, todo se desvanece en aquel ondulante mar gris, parcamente moteado de verde, apenas iluminado por las tímidas avanzadas del sol. Todo desaparece como desaparece un velero cuyo palo mayor se resistiera a perderse en la bruma de la mañana.

Pero Altisidora sigue de codos en el alféizar durante mucho tiempo; tal vez una, tal vez dos horas, fijos los ojos en la loma ya más dorada de sol, limpia de toda figura, de todo cuanto no fuese guijarros y aliagas. Excepto algunas ovejas desperdigadas, perseguidas por un mastín. ¿En qué pensará Altisidora, la "desenvuelta" doncella, apagada ya en su boca la risa, arriados todos los gallardetes de su retozona alegría? Tal vez en esos últimos días cuyo eje, en el castillo, fue el Caballero de los Leones. Piensa en sus propias burlas que tal sabor amargo le han dejado en el alma.

Porque ella ¿no se burló –¡qué aturdidamente!– de una gran bondad, de la noble entereza de un hidalgo cuya locura mística los encopetados duques, como sus zafios aduladores y esbirros, no supieron comprender? Altisidora comienza ahora a adivinar. Aquel Caballero ¿no era, además, un paladín de la más acendrada poesía?... Porque él supo crear de la nada un mito, una mujer fascinadora: Dulcinea del Toboso.

Ahora, el Caballero huyó nuevamente hacia un mundo lleno hasta los bordes de aventuras, hacia lo inesperado. "¡Quién pudiera haber huido con él!" La idea comienza por revolotear en torno a la vehemente Altisidora. Al principio, la asustó. Quisiera alejarla de su vista...

Pero, ¡qué pronto la acoge su voluntad, la mima, la acaricia! ¡Lo inesperado! ¡La aventura! En la plácida vida del castillo, el Caballero es por unos días blanco de todas las burlas; pero también el eje de un mundo anormal, inaudito, asombroso. ¡Qué gozo continuar en ese mundo en que Clavileño –como las alfombras mágicas– puede transportarnos a esas fantásticas regiones donde cualquier aldeana se convierte en princesa y cualquier pedrusco se deshace en rubíes!

Altisidora se da entonces cuenta de lo que para ella significa este romper los ritmos de un monótono programa de vida en que ella misma –como los demás servidores del palacio– quedan reducidos a oscuras piedras de mosaicos, a lo más, de un ajedrez en donde sólo juegan los duques. ¡Qué delicia, la de aquellos días en que ella, Altisidora, llega a tener vida propia, aunque embozada por arreos escénicos! Ella

ya olvidaba que su farsa ha sido impulsada por la frivolidad de unos poderosos. ¡La continuaba personalmente tan gustosa!

Era ya aquélla como una fábula aparte en que Altisidora va adquiriendo relieves de heroína. ¿Cómo, en efecto, jalonar el terreno de la verdad y de la burla, fijar sus verdaderos límites a aquel amor puesto en verso por la "desenvuelta" Altisidora?

Si la locura del enjuto Caballero pudo llegar a prender en Sancho –y en toda su pintoresca familia– ¿por qué no había de contagiar a Altisidora? Pensemos, por otra parte, que la vida caballeresca de las novelas en boga está quizá más cerca de la mente de esta doncella que la vida angosta de los duques. No es el enamorado de Dulcinea un ser único en el gremio de los altos varones capaces de encandilar a Altisidora, aunque él capaz es de vencer a todos por su más rica savia humana.

Puede ahora vencerlos por su real presencia. Porque él está allí, cabalgando por los montes de Aragón, mientras de los otros apenas se conoce su condición de entes quiméricos. Y si don Quijote está loco, en nada difiere su locura de la aplaudida locura de Amadís, tan sugestiva. Tal vez, en ambos paisajes ilusorios, sólo faltan verdaderas princesas, auténticas doncellas que acertasen a sentir aquella emoción caballeresca, como en el paisaje lírico del Dante sólo faltaba una mujer capaz de mantenerse en una rara temperatura "teologal", por decirlo así. Dante halló esa mujer. Pero Cervantes –más fértil– la inventó. Nunca existió Dulcinea en el tiempo, tampoco en el espacio. Beatriz existió en la Edad Media y en Florencia.

Pero siempre habrá un lugarejo en el mundo –El Toboso– donde se pueda ver y palpar la casa de Dulcinea, mucho más real y verdadera que todos los palacios ducales de Aragón... Ahora la ve Altisidora, mucho más claramente que Sancho; ahora ve Altisidora a Dulcinea mucho menos zafia que Sancho fingió verla.

Sale ahora del Toboso al encuentro de Altisidora... ¿Es la fiebre de Altisidora la que atrae a Dulcinea, o es la inmortal campesina la que acude, sonriente, a quebrantar los sueños de la "desenvuelta" doncella?

La inmortal aldeana quiere vengarse: viene acaso a hacerle pagar a Altisidora sus retozonas burlas. La siente Altisidora en pleno corazón... ¿No hubiera ella hecho lo mismo? Le arde la frente pensando en la inexorable rival. ¡Qué gozo, qué peregrina aventura, penetrar en El Toboso y conocer, una por una, todas las posibles Aldonzas! Porque una de

ellas –tal vez en un mesón– sirvió a Cervantes algún rojo vaso de vino en cuya espuma se forjó la verdadera imagen de la encumbrada Dulcinea. ¡Cómo Altisidora hubiera copiado sus gestos, sus palabras, sus andares, para hacer de ellos ante don Quijote una irresistible ostentación!

Porque bien se ve que al Caballero no le satisfacen –¿por qué?– las doncellas aragonesas. ¡Tan empapado está de los zumos de Argamasilla y Esquivias! Como si no alcanzase a ver otras mujeres sino aquellas que puedan traerle el perfume de los racimos –rubios, morados– de la Mancha.

¿Es que Altisidora leyó la primera parte del gran Libro, y todo su afán es ser de los más bullentes personajes de la segunda? Sin duda. Los exégetas del *Quijote* tienen muy olvidada a Altisidora. Ella no envidia a Dorotea, a Luscinda, a Marcela... A quien seguramente envidia es a Dulcinea. Las demás pueden salir de cualquier parte: Dulcinea sólo pudo salir del corazón del Caballero. Por eso Altisidora sueña ser la rival ¡el gran adversario! de la doncellica tobosina. ¡Oh! Si lograse tal propósito, alcanzaría una gloria sólo comparable a la misma gloria de Beatriz, de Helena de Troya...

No sabemos si Altisidora llega ya a amar a don Alonso Quijano; pero, desde luego, ama a don Miguel de Cervantes. ¿O es Altisidora, el mismo espíritu de Cervantes? Tal vez don Miguel haya querido arrancarse de una costilla de sí mismo una mujer que sirva de contrapartida a la princesa del Toboso. Y esta mujer bien podría llamarse "Ironía", aunque él la llame "Altisidora".

Porque ¿no es Altisidora justamente lo contrario de la gran heroína? Aunque –por una vez– una y otra han de quedar a merced de la misma burla contra Sancho: la resurrección de Altisidora y el desencanto de Dulcinea quedan encomendados al gran libro, ¿no adquiere la misma trascendencia, el mismo relieve emotivo que la heroína de toda la obra?

EL QUIJOTISMO

Una voz –la de la duquesa– hace bajar a Altisidora, aún de codos en el alféizar, de los altos alcázares del ensueño. La doncella vuelve la espalda al campo y tropieza con los ojos socarrones, inquisitivos, de su ama; quien pregunta:

–¿Desde entonces, estás ahí asomada? ¿Qué buscas en el paisaje? ¿Te has enamorado de algún lindo pastor?

–Buscaba una figura, que se me ha borrado.

–No será la de ese mentecato, que tanto nos ha divertido.

Altisidora se encrespa; centellean sus ojos, sus manos recorren aturdidamente el espacio, en busca de un camino hacia las mejillas de la duquesa. Con voz trémula, responde:

–Pero, ¿quién ha dicho que es don Quijote un mentecato? ¿Eran necios sus versos, su aguda charla de sobremesa, sus consejos al rollizo Sancho, que yo pude oír escondida tras un tapiz? ¿Quién puede llamar mentecato al sereno contradictor del capellán?

–Apasionadamente le defiendes –interrumpe, sorprendida, la duquesa–. Cualquiera diría que por él estás ardiendo.

–Vos misma me pusisteis junto al fuego. ¿Qué os asombra si, al fin, me sentí arder? Amo a don Quijote, como él ama a Dulcinea... Eso es todo. Tal vez porque él me rechazó... No sé.

–¡Qué locura!

–¡Como todo gran amor! –dice Altisidora–. ¡Como el gran amor que él siente hacia esa labriega del Toboso!

–Tú ¿qué sabes?

–Lo sé. Comenzó a sentirlo, ya hace tiempo, antes de su primera salida. Ella es, tal vez, un codiciable, un lozano cuerpo virgen donde apenas brilla una chispita de alma; pero él ha sabido soplar allí hasta encender una hoguera dentro de sí mismo ya que no en Dulcinea. Ella, no los libros de Caballerías empujaron hacia la soledad a don Quijote. No podía vivir sin ella y se lanzó a olvidarla; pero no pudo. Ella le seguía, le sigue, le seguirá siempre. Y él defiende a la dulce sombra amada como a su único tesoro. ¡Si yo pudiese arrancarla de su mente! Pero don Quijote es un perfecto caballero. Don Quijote o don Alonso Quijano, da lo mismo. Por nada del mundo su nobleza podrá traicionar a la que adora. Ni con el pensamiento...

–¡Bah! –interrumpe con zumba la duquesa–. Todo es pura quimera. Se trata de un lunático. ¿Quién hace caso de un lunático?

–En primer término, todos los contagiados de su locura. Sí, tal vez él, don Alonso Quijano, llegó a conocer a Dulcinea y la contemplación de tanta vulgaridad le enloqueció de dolor. Y, luego, quiso dedicar toda su vida a reconstruir su sueño, lejos de ella, a cultivar su alta quimera, a transformarla. ¿Pensaba don Quijote restituir, al fin, a Aldonza Lorenzo

una belleza que nunca tuvo? En todo caso, se aferró a su recuerdo con tal ahínco –¡ímpetu asombroso!– que la imagen lentamente embellecida acabó con él, con su razón. Y ya vivirá siempre con él, con su gloria.

–¿Es que le envidias esa gloria acaso? Siempre fuiste muy novelera. ¿Qué tinglados son ésos que fabricas en el aire?

–Nada invento. Tengo fe en un hombre... Creo mucho más en la locura amorosa de don Quijote que en su locura aventurera. Tal vez su desequilibrio es ése del hombre maduro que va a despedirse de la juventud sin haber gozado de ella. Que, antes de marchar, comete alguno de esos que vos llamáis disparates... Pero eso no es locura, eso no es disparate... ¡Eso es un gran dolor! Claro es que a las gentes felices les es imposible comprenderlo. Ni lo pueden comprender los mentecatos. Y sólo un mentecato –o un felón– puede burlarse de un gran dolor, tal como el dolor de don Quijote.

–Tú sabes demasiado para lo que debe saber una doncella honesta. El duque te mima demasiado, pero yo te prohibiré leer libros insensatos, para no tener que sufrir tu quijotismo.

La palabra recién nacida queda aleteando risueñamente en el aire. "¡Quijotismo!" ¡De cualquier montón de escoria puede salir un diamante! ¡Qué encantadoras cuatro sílabas! Se ve que hasta los ignorantes, aun los necios, son capaces de regalar inconscientemente al mundo una nueva forma de vida al tratar de destruir ésta en sus raíces. "¡Quijotismo!" Ahora ya sabe Altisidora cómo se llama esa vivaz sustancia –recién inventada– que debe inyectar en su propia vida: quijotismo. La sal del quijotismo.

Hubiera abrazado a la duquesa por semejante hallazgo, pero se contiene al ver entrar al duque –seguido del huraño capellán– atraído por la discusión. Dice el duque afable:

–¿Qué nueva diablura hiciste, Altisidora?

–Ninguna, señor, don Quijote me dejó rendida, cansada de bromas para mucho tiempo. Creo que voy a dejar de reír por muchos meses, por muchos años, seguramente.

EL OTRO CABALLERO

La duquesa quiere intervenir, pero el duque la contiene suavemente, imponiéndole silencio.

–Dejemos hablar a Altisidora, la perla de esta casa.

–Gracias, señor... Digo que las burlas amargas de que hice objeto a don Quijote, me quitan el sosiego. No sé cómo arrepentirme de tanta "desenvoltura".

–¡Oh! Puedes volver a la seriedad... Precisamente estos días espero la visita de un caballero de veras, del marqués del Ebro a quien habrá que agasajar... Trae un escudero tan valiente como ingenioso... Te lo recomiendo, Altisidora.

–¿Queréis que les prepare alguna nueva farsa?

–¿Cómo farsa? Se trata de un caballero de veras. ¿Piensas que es un loco, tal como ese infeliz manchego? –dice malhumorado el capellán. A quien responde enérgicamente Altisidora:

–¡Quizá sólo se trate de un tonto, que es mucho peor! Además, padre, no os hablaba precisamente a vos: estaba hablando con mi señor el duque, que se dignaba escucharme.

–Es el más linajudo prócer de Aragón, hija mía –añade el duque sonriendo–. Su abuelo acompañó a nuestro don Fernando a tierras de Granada, donde peleó como un león.

–Poco importan los hijos y los nietos de los héroes, mientras ellos mismos no lo sean –comenta Altisidora.

–No tuvo ocasión de revelar al mundo la fortaleza de su brazo y el temple de su ánimo. Es joven y nunca entró en batalla. Pero no hay espadachín que no le tema. Y, con las mujeres, es pura miel –dice el duque, intencionadamente.

–Habrá, entonces, que prepararle burlas más crueles, más duras que las que padeció don Quijote. Vos sabéis que sólo en la burla puede revelarse un hombre. Es la prueba divina del ingenio, la más difícil de resistir y de vencer... Por haberlas resistido y superado, es tan grande don Quijote.

Los duques se miran estupefactos. Altisidora, previo un gracioso mohín, se retira del aposento. El capellán no puede contenerse y dice al duque:

–Señor, don Quijote es peligroso... Si lo trajeseis de nuevo, contagiaría a todos su demencia.

–Pues lo traeré, si me es posible –replica el duque–. Nunca gocé de unos días tan sabrosos.

LA PROMESA DUCAL

¿Qué clase de mujer eres tú, Altisidora, "espiritillo fantástico", que vives siempre entre la burla y la emoción poética, entre el ingenio pronto y la gravedad reflexiva? ¿Perteneces de veras a tu siglo? ¿Te pareces en algo a la mujer española de tu siglo, como no sea a Teresa de Ávila que sabe encontrar al Señor entre los pucheros tan graciosamente como lo encuentra en el Sagrario? ¡Tal vez –repito– no se dieron cuenta los exégetas cervantinos de tus dotes, oh, peregrina doncella tan parecida a Miguel de Cervantes como una hija favorita se parece al padre que la engendró!

Altisidora, eres sin duda el mismo Cervantes. Te has enamorado de don Alonso Quijano con la misma ternura que de él se enamoró el solitario de Esquivias. Tú, Altisidora, conocías ya a don Quijote como héroe de un libro del cual sueñas formar parte. ¡Qué emoción la tuya, al saludar a tan ilustre protagonista de novela! Era el único entre todos ellos que se te ha permitido conocer... ¿Cómo ibas a dejarlo escapar sin internarte en su vida pintoresca, ya que no pudiste penetrar en su intimidad, según buscabas?

¿Cómo no iba Altisidora a sentirse atraída por el genial espíritu en marcha? Pero este explicable enamoramiento ha de acomodarse a las mismas formas pintorescas que determinan el resto de la vida excepcional del Caballero. Hay que llegar en sus burlas hasta la extrema de una declaración amorosa no en verso, sino en prosa... ¿Cuándo hallaría ocasión de realizar su propósito? El duque a quien hace confidente de sus cuitas, la calma diciéndole, como al capellán:

–Yo lo traeré, si me es posible. Nunca gocé de unos días tan sabrosos.

Altisidora se somete dócilmente a los caprichos ducales con tal de volver a ver al Caballero. Hay algo en ella –¡impetuosa emulación!– que le empuja a ser la encantadora rival de una quimera, de la rolliza doncellluca del Toboso, hecha Laura, Beatriz, Julieta... Aquella noche, de nuevo acodada en el alféizar, clava los ojos en el mismo punto por donde vio desaparecer al Caballero. La luna –solícita siempre– se apresura a desprenderse de su negro albornoz de nubes para iluminar aquella loma en que se hundió la lanza inmortal, redentora de cautivos y alentadora de viudas.

Altisidora, sin temor al relente, continúa mirando, recorriendo con los ojos aquel camino hasta que –¡por fin!– asoma el extremo de aquel signo de admiración que pasmó a los siglos, la punta de aquella lanza que lentamente asciende hasta dar paso al yelmo inolvidable, al rostro

en sombra del Caballero, a sus hombros enjutos, a su erguido tronco, a su sesudo Rocinante que sin prisa alguna desanda el camino emprendido aquella misma mañana.

Y –¡qué sorpresa!– no viene con él Sancho. Altisidora lo busca al lado del Caballero, pero no lo encuentra; no encuentra a ratos al mismo Caballero que va sumiéndose en los mismos repliegues del terreno recorrido hasta llegar a la explanada del castillo desde donde escucha meditabundo los versos de la "desenvuelta" doncella...

Por fin, melancólico, apesadumbrado ante el dolor de Altisidora, don Quijote alza la voz –que entonces resuena como una campanita de cristal en los oídos de ella– y le dice:

–Perdonadme, mi señora, si fui tan esquivo con vuestras tiernas miradas y palabras. Quise volver yo solo a decíroslo, porque Sancho, siempre tan fiel como tosco, no os mira –¡perdonadle!– con buenos ojos. Perdonadme a mí también, repito. Vos sabéis que no me pertenece el corazón. Vos sabéis hacia quién van todos mis pensamientos.

La luna ha seguido los pasos del Caballero. Ahora encamina toda su luz hacia el alféizar donde tirita, de fiebre y de frío, Altisidora. Altisidora a cuyos pies el Caballero recoge temblando una lluvia de ardientes miradas de la dama.

–Ya sé que el corazón lo tenéis en llamas por una sombra encantada. Pero decidme... ¿Cómo podéis preferirla a esta mujer de carne y hueso que por vos arde y por vos desfallece? Si yo fuese dueña de ese corazón, sabría conservarlo siempre vivo, en ascuas diariamente alentadas con mi mismo pulso y con mi mismo ardor.

Que, al fin, ya al borde del desfallecimiento, se atreve a contestar:

–Señora...

–Os consumís inútilmente. ¿No teméis que vuestro amor desfallezca, que acabe de morir, falto de estímulo? ¿De qué se nutren vuestros ojos sino de la nada, de qué vuestros oídos sino de murmullos de arroyo o del viento, de qué vuestros brazos sino de fantasmas inasibles? ¡No os podéis nutrir, señor, con sólo centelleo de estrellas!

–Dulcinea es inmortal, su lumbre clara también lo es, como lo será mi amor.

–Amor es irse muriendo deliciosamente. Amar y vivir son una y la misma cosa. El amor es una muerte que en nada es comparable a vida alguna cristalina, como la de los minerales, como la de los astros. Vivir es pura angustia compartida. Pero vos no la compartís. Nadie

responde a vuestros suspiros. Yo respondería con flores, con trinos, con besos.

–Yo prefiero otra angustia, otro vivir, otra aventura: la de quien persigue lo inasequible... Porque lo que podemos conseguir ¿no se nos deshace entre las manos?

–Deshacerse entre las vuestras, señor, sería mi felicidad, ¡aunque también fuese mi muerte! ¿Qué me decís, noble caballero?

Nadie sabe qué pudo ocurrir entonces. No se oye respuesta alguna de don Quijote, ni Altisidora se atreve a formular más preguntas a quien tal vez sólo es una sombra, un juego de la luna.

EL ARRIERO

Un arriero que por allí pasó, al amanecer, sorprendió a Altisidora de bruces en el alféizar, entumecida, yerta. Una alta fiebre la estaba consumiendo.

Fue atendida por las gentes del castillo que nada supieron nunca de la misteriosa vuelta del Caballero. Altisidora no recuperó el conocimiento en tres días con sus noches, durante los cuales –lo contó después– asistió a las más disparatadas escenas, en las que intervenían el capellán y la duquesa, Sancho y el marqués del Ebro, que se dedicó a desilusionar, a defraudar con su real presencia a todas las gentes del castillo, excepto al capellán. Que desacreditó la "realidad" caballeresca hasta el punto de recordar ya todos con veneración –desde entonces– al "ideal" don Quijote.

Una escena con el capellán, cuentan que fue en extremo borrascosa. Así se explican todos el que Altisidora arrojase al ceñudo clérigo una taza de manzanilla casi hirviendo, cuando él se acercó a ofrecerle los auxilios espirituales... Tres días de alta fiebre que adelgazaron, ahilaron, "idealizaron" a Altisidora. Es entonces cuando el duque, más jovial que nunca, se acerca al lecho, diciendo:

–Bien te has contagiado de "quijotismo". Tan pálida estás y tan enjuta como nuestro loco, don Alonso Quijano. Para que te cures, quiero darte una sorpresa. Vamos a traer aquí de nuevo a don Quijote. Tú lo recibirás muerta... Y él te resucitará.

Y se alejó riendo. Altisidora salta del lecho, alborozada.

LE, 3 (01, 1947)

EL ALFAR

PAULINO MASIP

–¡Señor Bautista!

El viejo levantó la cabeza y sus ojos, deslumbrados por el resplandor de un sol de media tarde, buscaron tanteando el rostro de quien le hablaba. Al fin lo halló y se le quedó mirando acaso sin verlo, sin querer verlo.

Sebastián, el quincallero, un mocetón desenvuelto, arrebolado, se echó a reír.

–¿Se había usted dormido, abuelo?

–No, Sebastián –dijo el señor Bautista tristemente–, no dormía...

–Bueno, pues yo sólo quería decirle adiós, porque ya me voy. Y usted ¿a qué espera?

El viejo movió levemente los hombros.

–Vea usted –prosiguió el mozo–, aquí no queda nadie. Yo por que me entretuve echando una partida de mus y unos tragos... Vamos, levántese, hombre...

El señor Bautista permaneció inmóvil. Ni siquiera giró los ojos para comprobar la afirmación de Sebastián, quien siguió diciéndole:

–Lo que no se ha vendido a estas horas ya no se ha de vender y tiene usted una jornada muy larga... Se dio mal el día ¿verdad?

Ambos habían venido al mercado semanal de Barruelos por la mañana, muy temprano. Sebastián con su carga de quincallería que otra vez gravitaba, casi íntegra, sobre los lomos de su mula y el señor Bautista con las piezas de alfarería amontonadas delante de él, en el suelo. Eran dos los montones: uno, el más grande, de cacharros de índole utilitaria, pucheros, ollas, alcarrazas, botijos, platos, tiestos, cazuelas, tazas; el otro, mucho más chico, lo formaban piezas de intención artística: toscas y graciosas figuritas de barro cocido con esmaltes de colores brillantes, azules, verdes, morados, amarillos que representaban picadores, bailarinas, frailes, soldados y revueltas con las figuraciones de tipos humanos, otras de humildes animalitos de Dios, burros, cerdos, perros, gallinas, y todos obra de las diestras manos del hijo del señor Bautista que tenía su alfar a tres leguas del pueblo, en la ladera de un monte que daba la mejor arcilla de la comarca.

Sebastián tenía razón. El día se había dado muy mal, no cabía peor, apenas unos céntimos de venta. Trabajo y viaje perdidos. Una desolación más sobre tantas desolaciones que le habían caído encima.

La ancha plaza de Barruelos estaba desierta. El bullicio sonoro que la había llenado durante la mañana, era, ahora, silencio profundo. Sólo algunos chiquillos y perros en amigable competencia correteaban husmeando los relieves que habían dejado los puestos de verduras, frutas y averío.

–Anímese, abuelo, que no se le haga tarde... Y no se preocupe. Tal día hará un año... Hasta la próxima.

Sebastián arreó su mula y desapareció también.

El señor Bautista no contestó. Luego, maquinalmente, sacó la petaca y lió un cigarro. Se lo puso sobre el labio inferior cerca de la comisura izquierda y encendió una cerilla. Le llamó la atención algo que brillaba enfrente de él, a la puerta de la Fonda. Era un automóvil, grande, lujoso, pintado de verde claro o que el sol aclaraba.

Atraído por los vívidos reflejos que la extraña bestia despedía, al señor Bautista se le olvidó prender el cigarro y no se quemó los dedos cuando la llama de la cerilla le llegó a la piel porque ya no había fuego que pudiera quemarle. La apagó entre las yemas, encendió otra y con ella el cigarro y volvió a hundir la cabeza entre los hombros. Así permaneció, inmóvil, como una pieza de barro más, sin otro signo de vida que el aleteo de la brasa del cigarro en la boca.

Bien sabía que era la hora de recoger porque si le cerraba la noche en el camino hacia el alfar –una vereda de cabras serpenteando barrancos– corría el grave riesgo de un mal paso y de rodar tras él hasta lo hondo, pero no tenía ninguna gana de moverse. Estaba entumecido por dentro y por fuera, agarrotados el alma y el cuerpo por los años y las desgracias. Su nuera había muerto hacía dos meses. Una buena mujer sin otro defecto que ser, como criada en la capital, algo fantasiosa de cintajos, pomadas y perendengues. Lo malo fue que llevó ese defecto hasta en la manera de morirse. No murió como suele morirse la gente del campo, como habían muerto los suyos, que un día se pusieron enfermos, que otro día amanecieron peores, que vino el médico una vez y dijo que aquello no tenía remedio y no valía la pena de que volviera, que vino el cura y que, unos más pronto y otros más tarde, en la propia cama les tomaron la medida de la caja.

Su nuera no. Enfermó de no sabía qué tumores malignos y hubo que llevarla a la ciudad y abrirle el cuerpo en rueda de médicos y

cuántos viajes y trastornos y gastos para acabar, lo mismo que los demás, entre cuatro tablas de pino. Todo pura fantasía, que costó el poco dinero que había en la casa y préstamos y empeños que sabe Dios cuándo se saldría de ellos.

Y desde entonces el hijo enfermo con un mal interior que le había roído las carnes y amenazaba roerle los huesos, y lo tenía sin fuerzas, ni ganas de trabajar. ¡Cuántos golpes de tos, cuántos ahogos no le habían costado las dos hornadas que estaban allí, en el suelo, despreciadas como malditas! ¡Oro valía cada puchero, cada botijo, cada figurita y ni unos céntimos querían dar por ellos! Y ahora otra vez a casa con la carga, ¡otra vez!

Mucha falta le hacía el dinero, pero le dolía menos que el desprecio hacia la obra de su hijo. Aquellos cacharros que ofrecía a la curiosidad impertinente de los compradores no estaban hechos con barro, no, estaban hechos con la sangre, con la vida del hijo de sus entrañas. Eran sagrados. Y por eso, quizás, no había vendido casi ninguno. Le ofendía y exasperaba tanto el regateo miserable del céntimo que se peleó con todos los que no aceptaban a la primera los precios que el señor Bautista les daba.

Pero a estas alturas el sentimiento de la dignidad lo había abandonado cobardemente, y sólo le quedaba, mordiéndole, la terrible realidad de su impotencia. ¡Todo perdido, trabajo, viaje y esperar, esperar!

Lo sacudió un tumulto de voces, gritos y carcajadas que irrumpió en la plaza. Provenía de un grupo de personas –tres hombres y tres mujeres– que habían salido de la fonda. Eran todos jóvenes, gente de ciudad a juzgar por las ropas y, en defecto de este testimonio, por la insolencia que probablemente multiplicaban la abundante comida y los copiosos vinos. A uno de ellos le falló la garganta y se ayudó haciendo sonar el claxon y la bocina del coche, estrepitosa y machaconamente.

Los pocos vecinos que andaban por la plaza o bajo los soportales se detenían para mirarlos con curiosidad recelosa y despectiva.

El señor Bautista los miraba atónito. ¿Podía haber en el mundo tanta juventud, tanta belleza, tanta alegría?

Los seis forasteros seguían gritando, cantando, riendo; manoteaban, corrían de un lado para otro, se abrazaban.

Pese a sus alharacas, se advertía que los dominaba una cierta indecisión. Sí, querían hacer algo y no sabían qué. Estaban en un singular

momento de euforia física, pero ni el lugar ni la hora se prestaban para los grandes arrebatos.

Cansado de gesticular en el vacío, uno gritó:

–¿Qué hacemos, muchachos? ¿Qué hacemos?

Se reunieron en corro. Deliberaron. No se les ocurrió nada.

–¡Ideas! ¡Ideas!

–¡Abajo las ideas!

–¡Un plan!

–¡No hay plan!

–¡Planrataplan plan plan!

Aplausos para el de la ocurrencia tamborilera y unánime imitación de redobles.

Pero un minuto después se cansaron del juego infantil. Había que inventar otra cosa, algo que los arrastrara y les diera un quehacer. Volvieron a deliberar en corro. Los cerebros chirriaban en vano. Una de las mujeres apostrofó a los varones.

–¡No se os ocurre nada porque sois muy brutos!

–Lo mejor es que nos vayamos de aquí –dijo otra.

–Si no sabéis divertirnos ¿para qué nos sacáis de casa? –gritó la tercera.

–Y ¿por qué no nos divertís vosotras que sois la gracia y la sal de la vida? –replicó el que se había entretenido tocando el claxon.

Las tres mujeres protestaron indignadas. Pero, en esto, el joven del tamborileo las mandó callar.

–¡Silencio! ¡Vista a la plaza!

–¿Qué pasa?

–¡Miren!

Los otros cinco, obedeciendo, desparramaron miradas escudriñadoras por el desierto ámbito.

–¿Qué ven? –preguntó el director circunstancial del grupo.

–Veo una plaza que limita al norte con la iglesia, al este con la casa Ayuntamiento, al oeste con unos soportales y al sur con nosotros –canturreó fingiendo tartamudeos y gangosidades infantiles el tamborilero...

Grandes aplausos de todos.

–Muy bien, muy bien... ¿Y en el centro de la plaza?

–Unos árboles raquíticos y atado a uno de ellos cierto burro que a lo mejor es flautista... –respondió el otro en el mismo tono.

–Y ¿delante de los árboles, en nuestra dirección?

–Un anciano de rostro consumido y manos sarmentosas que está sentado en una albarda perteneciente al burro antes citado.

Los otros cuatro personajes seguían el juego de preguntas y respuestas muertos de risa.

–Y el sarmentoso anciano que está vestido con un traje de pana negra y lleva gorra de visera negra también, detalles importantes olvidados por el alumno, ¿qué tiene delante de sí?

–Dos montones de cacharros de loza.

–Y ¿que se puede hacer con esos cacharros?

–Romperlos.

–¿Cómo?

–A pedrada limpia...

–¿En dónde están las piedras?

–A nuestros pies. Y como dice el refrán que lo que abunda no daña, podemos utilizarlas sin miedo.

No había terminado de hablar cuando ya las mujeres tenían en sus manos sendas piedras. Viéndolas tan decididas con los ojos brillantes los hombres se echaron a reir.

El más filósofo de los tres que era, naturalmente, el que se había mantenido en segundo término activo, comentó líricamente:

–¡Mujer, mujer, o amas o destruyes!

–Pues como no es hora de amar, porque las circunstancias nos lo impiden ¡viva la destrucción! –gritó una de ellas, alta, pelirroja, encendida de color, el cuerpo macizo, al tiempo que adoptaba la actitud del discóbolo.

–¡O besos o pedradas! –precisó otra, morena ella, abundante de carnes, a simple vista bien repartidas.

Y la tercera, una rubita de aspecto dulce y delicado hizo bueno el dicho popular que recomienda no fiarse de las apariencias, levantando el brazo armado del pétreo proyectil y diciendo a la vez:

–¡Voto por la rotura!

Les cortó la acción el que había llevado la voz cantante:

–¡Un momento, señoras! No olviden que quien rompe paga.

–¡Pues paguen! –gritaron las mujeres a coro.

–Parlamentemos...

El señor Bautista se vio de pronto rodeado por las tres parejas. Le costó trabajo entender sus proposiciones, parte por su propia extrava-

gancia, parte porque los seis hablaban a un tiempo... ¿Comprarle toda la mercancía?

–Sí, toda. ¿Cuánto quiere por ella?

–Pero ¿toda? –volvió a preguntar el viejo con asombro receloso.

–Sí. ¿Cuánto vale?

Hablaba, al fin, sólo el director. Las mujeres examinaban curiosas el montón de las figuritas de barro.

–¡Mira qué graciosa esta bailarina!

–¡Y ese picador!

–¡Y el fraile!

El señor Bautista oía los elogios complacido, pero no disminuían su recelo.

–Pero ¿para qué los quieren?

–Eso no le importa. Usted diga el precio, se lo pagamos y nada más.

–Pues la verdad, no sé...

–Eche cuentas...

El viejo se quedó pensativo. Necesitaba una explicación plausible de aquella fantasía, entre otros motivos, para creer en su veracidad y no caer de tonto en una broma de mal género. Al fin la encontró: "¡Caprichos de señoritos borrachos!" Pero tenían razón ellos. A él ¿qué le importaba? Sin embargo continuó exponiendo sus dudas hasta que la insistencia de los inusitados compradores se las desvanecieron.

Hizo sus cálculos a ojo de buen cubero, llegó a una cifra, la aumentó en algunos guarismos, porque los caprichos se pagan, y dijo:

–Veinticinco duros.

La rubita gritó:

–Es regalado. ¡Paguen!

Pagaron. El señor Bautista tenía ya el dinero en sus manos y aún no podía creer tamaña suerte. La alegría le humedeció los ojos. Muchas ganas le acometieron de darles las gracias, de besarles las manos, pero su reserva campesina lo contuvo. Se limitó a decirles:

–¿No me necesitan para nada?

–¡No! ¡No!

–¿Ya me puedo ir?

–¡Y cuanto antes, mejor! ¡A casa, a casa!

El señor Bautista cogió la albarda y la red y se encaminó hacia el burro. Le temblaban las piernas. Nunca había sentido una emoción tan

grande. Era protagonista de un milagro... Sí, un milagro, aquello era un milagro...

Mientras el viejo atalajaba su burro, los compradores deliberaban con gran algarabía sobre el procedimiento de la cachiza que querían hacer. Triunfó el concurso de tiro al blanco con dos distancias, una para las mujeres y otra para los hombres. El director se encargó de medirlas y colocar el primer objetivo, una olla panzuda, en el horquillo que formaba con el tronco la rama baja de uno de los árboles. Los demás se dedicaron a recoger proyectiles.

El señor Bautista, que ya se disponía a montar en su burro para emprender el regreso hacia el alfar, vio esas maniobras y esperó intrigado. ¿Qué demonios hacían? Pronto se dio cuenta del aleve propósito, pero le parecía tan monstruoso que no lo quería creer. Sin embargo, allí estaban ellos y ellas amontonando piedras y allí la olla de blanco. ¿Serían capaces? El señor Bautista palideció. ¡No, no era posible!

Pero en esto la rubita angelical no pudo contenerse más tiempo y, faltando al pacto, arrojó con toda la fuerza que pudo, las dos piedras que traía en las manos no contra el blanco sino contra el montón, inerme por decirlo así, de pucheros, cazuelas, etc. El estrépito fue tremendo y la cachiza espantosa. La morena y la pelirroja estimuladas por el ejemplo de su compañera y para no ser menos que ella dispararon también.

En vano los hombres gritaban:

–¡No vale! ¡No vale!

El espíritu de destrucción soplaba sobre las tres mujeres.

Una voz extraña, ajena, las detuvo.

–¡Alto! ¡Alto!

Y el señor Bautista, llegó corriendo, descompuesto, enloquecido de dolor y de rabia y se interpuso entre ellos y los montones de cacharros.

–¡Alto! ¡No quiero, no quiero! ¡Eso no, eso no!

La primera en recobrarse fue la rubita que dijo, desdeñosa:

–Y ¿quién es usted para querer o no querer? Estos cacharros son nuestros...

–¡No, señora! –gritó el anciano.

–Usted nos los ha vendido.

–Pero no para romperlos...

–Para lo que nos dé la gana... Nuestro dinero nos cuestan.

Los tres hombres se habían acercado...

–Pero romperlos nunca, nunca. ¡Eso es un crimen, un crimen!

Intervino el tamborilero.

–Usted dirá lo que quiera, pero apártese porque los hemos comprado para divertirnos...

El señor Bautista estaba lívido, frenético de ira... Se metió las manos en la faja y sacó los billetes de la venta...

–Si sólo sirve para hacer daño aquí está su cochino dinero...

Y arrojó los billetes al suelo.

El filósofo, conciliador:

–Pero, a usted, ¿qué le importa, buen hombre?

El señor Bautista se irguió altivo.

Quiso decirles que aquellos cacharros, por hijos de su hijo, eran nietos suyos, criaturas vivas amasadas con dolor y esperanza y nacidas con un fin tan noble y delicado como el de las criaturas de carne y de sangre; que destrozarlas sin que hubieran cumplido su sagrada misión de servir en los hogares, unas, de alegrar, otras, el corazón de las almas sencillas, era un asesinato repugnante; que las personas capaces de cometerlo serían cualquier día capaces de asesinar a sus propios hermanos, por la misma monstruosa necesidad de ahogar el tedio de sus almas vacías...

Y muchas cosas más a tenor de éstas hubiera dicho el señor Bautista.

Pero, no hallando las palabras, angustiado por su impotencia, rompió a llorar y se lanzó de bruces sobre los montones de loza.

Y allí se quedó abrazado a los trozos puntiagudos que le herían las manos y el rostro gimiendo convulsamente...

La rubita angelical murmuró:

–¡Nos ha fastidiao el viejo!

Y volviendo la espalda se marchó hacia el coche.

Los otros la imitaron encogiéndose de hombros.

El filósofo se quedó el último. Miró al señor Bautista, miró el dinero desparramado en el suelo, hizo un cálculo mental sobre lo roto y lo indemne y, con mucha honradez y no escasa generosidad, recogió veinte duros y dejó cinco.

Los otros ya lo llamaban con el claxon...

EPÍLOGO

No mucho tiempo después, el alfar del señor Bautista y de su hijo ardió en llamas. Fue la rotura grande. Era la guerra civil.

SLE, 3 (04, 1949)

CALIPSO

AGUSTÍ BARTRA

La claridad, dentro de la estancia, era, más que claridad, como si la sombra de la noche hubiera ido cayendo presa de un lento desmayo. La oscuridad se iba rasgando, pero la luz no asomaba todavía. Se presentía su inminencia en todo el ámbito de la estancia de encalados muros. Todas las cosas –el viejo arcón de olivo, el desorden del lecho, el hacha, el candil de dos pabilos, el lío de las redes– participaban de una realidad aún no adquirida y de un misterio que no se había desvanecido del todo.

Desde la ventana se veía en el cielo –donde las estrellas comenzaban a empalidecer–, la pequeña cala y el Mediterráneo. Apareció una gaviota: voló un rato sobre la caleta, describiendo amplios círculos; después permaneció inmóvil durante unos instantes, como si se hubiera posado sobre la rama de algún árbol invisible, y se lanzó hacia abajo, hasta rozar las olas que iban a romper contra los cantiles obscuros.

Bruscamente, el cielo se quedó sin estrellas, y cantó un gallo...

CALIPSO (*De pie ante el espejo.*) Ulises...

ULISES (*En el umbral de la puerta, de espaldas a Calipso.*) "El alba que me agobia los hombros y que siento como una piedra tibia sobre la nuca, debe iluminar por completo la figura de ella, que se ha quedado inmóvil frente al espejo... Por la ventana abierta penetran los chillidos de las primeras gaviotas... El alba se desprendió en el mismo instante en que yo daba a Calipso el beso de despedida, y se retiró, agazapándose silenciosamente, como una esclava de dorados brazos, al rincón donde está la alcuza, levantóse después, y de puntillas, anduvo por la estancia de acá para allá, recorriendo con sus dedos impalpables

las paredes encaladas, el arcón de olivo, el hacha, de la que arrancó un haz de reflejos azulados, que depositó a los pies de ella..."

CALIPSO: ¡Adiós!

ULISES: "No hace falta que me vuelva para saber que ella sigue con los brazos medio en alto, tal como quedó después del beso de adiós: inmóvil, estatuaria y a la vez evanescente, con la cabeza ligeramente inclinada, como si escuchase ya las palabras que ha de decir, no a mí, sino a mi partida, a mis espaldas roqueñas y abruptas, que ve reflejadas en el espejo, junto a su erguida figura, con el rostro atónito, de trágica aceptación en los ojos y pesantez de silencio en la boca. Tiene que haber dos rostros: el del espejo y el otro, el contemplado, el que no se ve a sí mismo, el que se ignora, porque vive en una profunda lejanía interior..."

CALIPSO: Ya sabes dónde está la barca. En ella encontrarás pan, vino y queso...

ULISES: "¿Por qué no me voy de una vez? ¿Por qué permanezco aquí, clavado? Todo está dispuesto desde anoche. La barca se balancea en un rincón de la cala con las blancas velas henchidas, y a bordo me aguarda mi destino. ¿Cuál es mi destino? Por los caminos perdidos del mar y de la tierra siempre he escuchado la misma voz insistente. Durante los diez últimos años mi vida ha sido un inextricable regresar, y mi paciencia astuta ha tendido sólo a convertirme en el Llegado... ¿Por qué no me voy de una vez? No puedo quedarme con Calipso, ella lo sabe, lo ha sabido desde el primer momento, hace un año, desde aquella tarde lluviosa, cuando entré en esta estancia, esquivando una persecución tenaz, y la encontré ante el espejo, casi en la misma posición de ahora, pero bañada en luz de poniente, no en la del alba..."

CALIPSO: Entraste aquella tarde, después de lanzar un fuerte puntapié a la puerta, que imaginabas cerrada. Pero no lo estaba. Desde la ventana te vi entrar al jardín, corriendo; oí luego el resonar de tus pasos en la escalera –al llegar al segundo tramo, tropezaste– y el crujir de la madera bajo tus pies... Yo hubiera podido correr el cerrojo, pero no lo hice, porque te había visto, y sabía... Te detuviste en el umbral, en este mismo umbral donde estás ahora, y que tantas veces hemos atravesado juntos desde entonces. Como hoy, no necesité volverme para verte: te envié la sonrisa al fondo del espejo, cara a cara por vez primera.

ULISES: "Sí, cara a cara por primera vez... En aquellos momentos me pareció que mi huida, el azar y los peligros de todos estos años, ter-

minaban en su sonrisa. Todo parecía empezar y acabar en el rostro de aquella mujer desconocida, de pie ante el espejo, que me recibía con un sonreír suave y tranquilo en esta sencilla estancia de paredes encaladas...'Entra –me dijo– y cierra la puerta.' El silencio empezó realmente después de estas palabras. El sonido de mis pisadas por el mundo, el fragor de las luchas, el rumor del mar que resonaba en el latido acelerado de mi corazón, cesaron bruscamente y me sentí invadido por una calma inmensa. Cerré la puerta despacio. Avanzando hacia ella, me estremecí ligeramente: sentía húmeda una pierna. 'Habrá sido al rozar los crisantemos del jardín, empapados de lluvia', pensé. Me detuve tras ella, de forma que no se reflejara mi imagen en el espejo. La nuca, sobre la cual caía la sombra de su pesado moño dorado, era muy blanca y un poco carnosa. Ella se volvió lentamente..."

CALIPSO: Lo leí todo en tus ojos. Los ojos nunca engañan. Están siempre desnudos.

ULISES: "¿Los ojos? ¡No, el ojo! Eso es lo que yo había recordado al ver los crisantemos morados, con una gravidez carnal, como pupilas monstruosas, atónitas, que me mirasen de hito en hito desde el fondo de mis recuerdos. ¡El ojo! Siempre el mismo ojo acechante, el ojo que me seguía por doquier, omnipresente. El ojo que no miraba, sino que me seguía y perseguía sin dejación y daba a mi huida un ritmo alucinante de locura. De noche, lo veía en sueños pegado, como un sol sucio, a un cielo..."

CALIPSO: Te miraba, y hubiera gritado, Ulises. Hubiera lanzado un grito tremendo. Pero sentía la boca tan pequeña para el inmenso grito que se removía en mi sangre...

ULISES: "... de roca: en medio de una frente de piedra, él inmóvil, vidrioso ojo sin párpados... Hasta que una noche, al sentirme acorralado, tuve que enfrentarlo, y en la lucha lo desorbité con una piedra puntiaguda. Pero antes de hacerlo, antes de que mi mano engarfiada cayera, tuve tiempo de ver todo el horror de aquel ojo sin conciencia, lleno, tan sólo, de un odio neutro y distante, dentro del cual brillaba una diminuta luna irrisoria, como un blanco insecto muerto..."

CALIPSO: ¿De dónde venías, Ulises? Sólo sabía que llegabas de mil partidas y que en mí se habían acabado, de pronto, todas las esperas. Yo era como la amplia bahía, tranquila y soleada, donde habías desembarcado hacía pocas horas. Pronto supe, también, a dónde ibas... Pero el gozo mío de haberte encontrado era como la espuma que cubre

los cantiles. Permaneciste. A tu lado yo me sentía como un ovillo de algas a los pies del mar...

ULISES: "Tú fuiste al valle florido después del desierto..."

CALIPSO: Yo te sentía como siente la hierba el paso del viento que hace caer la fruta tardía.

ULISES: "Fuiste como un altozano con luminarias en medio de la noche en que me perdía..."

CALIPSO: Para ti, Ulises, mi piel se vistió de enjambres y mi alma se despojó de miedos virginales.

ULISES: "Cuando el candil besó tu desnudez con su boca de llama, la sombra de tu cuerpo tembló sobre el muro..."

CALIPSO: Me complacía subir por la mañana a la atalaya y, con un cuerno marino, lanzar tu nombre al eco de los cielos.

ULISES: "Mi brazo ha sido el vencejo que ha atado tu cintura y tu cabellera..."

CALIPSO: De noche, si te ibas, tu ausencia me pesaba –como pesa una piedra– en la hondura negra de mi tristeza.

ULISES: "Te vi anoche, por última vez, en el lecho de amor. Eras blanca como una espiga de nieve y mi deseo te segó como una guadaña de fuego. Pero el amor tenía para mí extranjeras distancias..."

CALIPSO: Pero yo no sabía esperarte tejiendo... ¿Aún estás aquí? ¡Oh, vete, Ulises! Deja que te lo diga a gritos: ¡vete! Debes irte, no haré nada para retenerte, pero déjame gritar ahora, antes que el grito se me petrifique aquí dentro. Yo misma he cosido a la sombra trémula de la parra las velas que te llevarán lejos de mí. ¡Vete! Nunca te hice ni te haré reproches, pero no podía esperarte tejiendo... Yo misma he horneado el pan, he envasado el vino y he cortado el queso... ¡Oh, vete! Yo sólo he sido para ti... Un día, ¿te acuerdas?, me lo dijiste: 'Como el reposar sobre un carro de heno después de una fatigosa jornada'. Sí, para ti he sido blanca y tibia, Ulises; he sido como un carro de heno que avanza sin traqueteos, y me ha complacido saber que tú ibas en lo alto, acariciado, mirando la curva estrellada... Una noche, no hace mucho, me puse a afilar el hacha, y después te la tendí sin decir una palabra. No hacía falta. Aquella misma noche, ¡y cuántas noches más!, te oí talar en el bosque, al otro lado de la loma... ¡Oh, vete! Yo no he sabido esperarte tejiendo...

ULISES: "La piedra de afilar larga y estrecha era en sus manos como un pez negro. Había apuntalado en el suelo la larga empuñadura

del hacha, y con las dos rodillas sostenía la ancha hoja. Con un gesto rítmico y pausado pasaba la piedra por el filo enmohecido, sin parar mientes en lo que hacía. En la penumbra, la hoja del hacha parecía la cabeza de un arúspice..."

CALIPSO: Yo no he sabido esperarte tejiendo, como la otra... No quería hablar de ella, pero... Todo da lo mismo, ahora que te vas. Tú nunca me has hablado de ella, pero, al no decirme nada, lo que has hecho es levantarla cada vez más viva en mis pensamientos... ¿De qué hablaba hace un momento? ¡Ah, sí! Del hacha. Estaba enmohecida por no haberse usado durante quién sabe cuánto tiempo. Pero a ella, a la otra, no la ha enmohecido el tiempo, no. Hace años que te espera, tejiendo y destejiendo... Sí, yo debía darte el hacha, si no, la hubieras tomado tú mismo... De tu silencio la he ido arrancando poco a poco, y he ido afilando su imagen con la piedra oscura de mi impotencia dolorosa, tal como aquella noche afilé el hacha...

ULISES: "Corrí por el camino estrecho que bordea la loma... Croaban las ranas, la luna tramontaba y el cielo era un inmenso lucerío de astros. Corrí tras de mi sombra con el hacha al hombro. 'Es la llave del mar', pensé."

CALIPSO: Oí los primeros golpes... Sonaron lejanos, secos, como si alguien arañase el gran silencio de la noche, como si un pájaro picoteara el antepecho de la ventana... Mi imagen, blanca de luna, me miraba desde adentro del espejo. Me levanté a cerrar los postigos. En las tinieblas, los golpes se oían con más claridad, siempre a un mismo ritmo. ¡Tran! ¡Tran! ¡Tran! De cuando en cuando el golpear cesaba por corto tiempo: se oía un frotar de hojas, el crujir de las ramas al quebrarse y el ruido sordo del tronco al chocar contra el suelo. Después, otra vez: ¡Tran! ¡Tran! ¡Tran! Era como si estuvieran astillando mi corazón sin movimiento. ¡Tran! ¡Tran! El golpear resonaba cada vez más profundo, más punzante, dentro de mí, como un fúnebre timbaleo. Me tapé los oídos con las manos para no oírte. Pero fue peor. ¡Tran! ¡Tran! ¡Tran! El hacha, en tus manos poderosas, parecía despedazar la noche. Pero no solamente oía el hacha... La lanzadera, ¿sabes?, también tejía, como cada noche... De un lado a otro... Tric-trac, tric-trac... Ella, siempre tejiendo. Tejiendo y destejiendo el mismo dibujo: la escena de tu retorno. Tejiendo lo único que podía tejer: el momento en que ella pudiera dejar de esperar. Es su encarnizada esperanza lo que ha ido creando tu regreso, porque aquello que el anhelo contempla desde el

fondo de su ardiente soledad, acaba por convertirse en cosa real. Ella me ha vencido en ti, Ulises. ¡No! ¡No es eso! No me ha vencido en ti, porque en la hondura de tu alma jamás ha habido lucha, no has tenido que escoger entre ella y yo. ¡Oh! ¿Por qué no te vas? ¿Qué esperas? ¿No me oyes?

ULISES: "Ya sale el sol. La voz del mar me llama, como me ha llamado tantas veces. Las olas danzan como doncellas azules alrededor de la barca. Los chillidos de las gaviotas... En el mástil de mi alma rechasca la vela roja de la partida. Todo perece en la gran voz del mar. No hay adiós. El sol..."

CALIPSO: No me hagas caso, Ulises. No sé lo que me digo. Vete sin remordimientos. Esta vez el mar te será camino llano. Yo me quedaré aquí con mis recuerdos y con...

ULISES: "¡El sol! La gran voz del mar..."

(Desaparece del umbral y empieza a bajar la escalera.)

CALIPSO: (*Mirando hacia la puerta.*) Te has ido para siempre, Ulises. Yo quedo aquí con mis recuerdos y con tu inmortalidad... Huyes de mí. Te oigo tropezar en el mismo tramo, como la primera vez... Ahora, yo seré quien teja. De día y de noche tejeré en el telar de mi alma, con hilos de sol y de sangre, las escenas de nuestro amor, todas las horas vividas entre tu llegada y tu marcha. Pero tú no lo sabes, porque yo no poseo la esperanza... Entre el hacha y el espejo, tejeré día y noche... Y seguiré sintiendo en mi vientre el latido de la inmortalidad que ignoras, el latido que sentí por primera vez aquella noche, cuando afilaba el hacha... Mis entrañas latieron al ritmo exacto de tu golpear... Curvada, en la oscuridad, aniquilada por la maravilla y el horror, te oía doblemente: mi vientre se convertía en el eco de los golpes que asestabas... Pero tú no oías nada, Ulises; no sabías ni sabes nada... (*Escuchando.*) Ya estás abajo, huyes de mí, y tus pasos resuenan como resonaba el hacha. Y yo tejeré, tejeré... Mojaré con salobre de lágrimas los hilos del sol y torceré con besos los hilos de sangre... Entre el hacha y el espejo, seguiré aquí... El hacha... (*La coge y acaricia el mango.*) Tus manos la han pulido y abrillantado... (*Levanta la herramienta sobre su cabeza.*) Y en la hoja brilla el primer sol de mi soledad. (*Sorprende su imagen en el espejo y retrocede gritando.*) ¡No! ¡No! ¡No quiero que se repita la imagen mía que te has llevado! ¡Me bastará la sombra de mi cuerpo en el muro! (*Bruscamente decidida, arroja el hacha contra el espejo, que se hace añicos.*) ¡Yo también

talo! (*Agarrada al mango del hacha, Calipso va cayendo lentamente hasta quedar arrodillada. Después, escuchando, murmura:*) Te oigo correr, Ulises… Ahora te detienes… (*Junto a ella cae un crisantemo, lanzado desde afuera.*) ¡Oh! Corres otra vez… ¡Adiós!

[Traducción del catalán por Ana Cruces Campos]

LE, 21-22 (04, 1952)

LA MURALLA BLANCA

ANNA MURIÀ

Fou un avenç de l'estiu en un dia de maig. La sorra era calenta, el mar d'un blau violent i el cel tan lluminós que feia aclucar els ulls.

Arnau havia anat a la platja, fugint de la xardor de la ciutat, per a poder treure's la roba i jeure a ple aire, com tota aquella gent escampada que també jeia, o que a trenc d'onades es deixava esquitxar la pell nua, o que saltava i corria.

Estava sol altra vegada. Olívia se n'anà perquè havia vist que ell no trobava cap interès en la convivència. A l'últim l'havia definida i qui sap si fins li ho havia dit; tenia tan poc encert a triar paraules!

"Ets com una màquina de fer companyia."

Havia cregut, en veure-la intel·ligent i maternal, que podria superar la seva lletgesa. Quan un home es troba amargat de solitud perquè sent tothora una presència inabastable, potser es bo adquirir una màquina de fer companyia. Però la lletgesa era allí, evident sempre: Olívia no posseia la gràcia de fer-la oblidar.

Abans d'Olívia, Rosa, absent, fou presència obsessionant i dolorós fracàs. Rosa era més que bellesa; estava per damunt de la bellesa. Què importava el contorn? Era tot el que desbordava d'ella, el que la feia excelsa. Però Arnau no havia sabut acorriolar els sentiments novells d'aquella joventut, i la possible vibració única es perdé en el confús aiguabarreig. La noia tingué por i fugí d'ell, que quedà amb l'anhel punyent.

Després Olívia li esmortuí la sensació desesperant de la pèrdua. Ara, que estava sol altra vegada, l'amor a Rosa ja només era el record d'un record que féu sofrir. Aquesta era una solitud buida, la d'ara.

A la platja assolellada un grup s'agitava, prop d'ell, jugant a pilota. Eren joves, homes i dones com els altres. Només una era diferent, una figura bella com poques n'havia vist; tan perfectes, tan gràcils, eren les seves línies; tan atraient la suau ufanor de les seves formes.

No en tingué prou amb mirar-la. Calia aprofitar aquella visió extraordinària. On trobaria tan superb model? Obrí el bloc damunt la sorra i es posà a prendre apunts.

La mà lliscava com si posseís una altra vida en traçar aquelles corbes. Fragments d'un flanc d'harmoniós descens, d'unes cames en moviment, d'una sina alçada damunt la línia fina del tors, o d'una espatlla i la carnositat d'un braç.

Els ulls seguien la figura movent i quan la impressió era prou forta s'abaixaven cap al paper on el llapis fixava el detall copsat.

Ella s'aturà un moment, mig d'esquena, mirant el mar. I aleshores ell s'afanyà a deixar traçats els contorns del tors gairebé enter.

No sabia l'artista que aquella instantània immobilitat era intencionada, que la dona del bell cos s'havia adonat d'ell i del que feia. Vanitosa, volgué donar-li temps de copiar.

Després s'apropà a poc a poc, s'aturà al seu costat.

–Amb quin permís dibuixeu la meva figura?

Ell aixecà el cap i la mirá en ple rostre per primera vegada. Un rostre jove quelcom maliciós, unes galtes arrodonides, uns ulls petits, excitats, uns llavis de delicada forma.

–És un dret –digué, sense deixar de mirar-la.

Hauria volgut saber explicar-li que el que és bell sota el cel pertany a qui sap copsar-ho.

–Un dret! –exclamà la dona–. Sóu audaç, tanmateix.

S'apropà més i ell tancà el bloc.

–Deixeu-m'ho veure.

–No.

I posà el bloc sota la seva cama plegada. Ella somrigué, submisa. S'assegué i agafà un grapat de sorra, somrient encara.

–Veniu a la platja a dibuixar?

–No.

–I doncs?

–Doncs, que us he vist i no podia deixar que es perdés el que veia.

El somriure d'ella es féu una mica triomfal i una mica avergonyit.

–Stella! –cridà un del grup.

–Stella... –repetí Arnau, amb complaença.

–Estic cansada –s'excusà ella, contestant al seu company.

Així el diàleg entre Arnau i Stella es perllongà fins que quedaren sols.

L'endemà tornaren junts a la platja.

–No dibuixes, avui?

–No.

–Ho acabares, ja?

–Acabar? –preguntà ell, mirantla, sorprès. Però tot seguit comprengué la seva ignorància i explicà–: Eren apunts.

–Per a un quadre?

Ell romangué perplexe, vacil.là abans de respondre.

–Crec que no –mormorà a la fi.

I quedà mirant-la intensament, de cap a peus, mirant tota la seva figura, fins al punt que ella enrogí i es contragué inquieta, però ell no se n'adonà. Només mirava, i els seus llavis es movien sense so.

"Es com si l'art fes un miracle per a mi i se m'oferís encarnat en aquesta dona, en el prodigi que ets tu, Stella, cos de llum, línia viva, poesia de volums, música de moviments."

–Què penses?

–Que ets molt bonica.

No copià més cap línia del seu cos, perquè el que volia era besar-la i les seves mans sentien daler sols d'anar cap a ella.

–Qui és Olívia? –preguntà Stella.

–Fou la meva muller.

–Com era?

–Magre. I el teu marit?

–Gras, greixós.

Tenir-la, oh, tenir-la! Fer-se voler per ella!

–Stella, tu em faries la vida maravellosa.

Ella decantà el cap i escoltà amb els ulls mig closos.

Anirien als boscos a viure aquella passió. Ell tenia una cabana a les muntanyes, vora un llac. Hi anirien.

*

Sota les frondes, la cabana. Tot era verd i entre el verd s'albirava la resplendor l'aigua.

I Stella al centre de tot.

Passar les hores ajagut, mirant les altes branques que entrellaçaven els seus diversos verds... Incorporar-se només per a trobar la bellesa de Stella.

Els dies corrien com una brisa.

–No pintes?

Hi havia un deix de decepció en la pregunta d'ella. Arnau se n'adonava. Sí, Stella s'havia unit a un pintor. Era amb un cert respecte mesclat d'il.lusió que havia vist el cavallet i les capses de colors ente l'equipatge. L'havia imaginat a la vora del llac, pintant, i potser ella posant damunt l'aigua. I ara el cavallet restava plegat en un racó de la cambra, les capses tancades, els blocs dins de la maleta.

Però Arnau ho sentí des del primer moment que mai no intentaria portar al llenç tota aquella viva bellesa. L'absorbia massa intensament amb tot el seu ésser, tot ell sencer, per a ésser capaç de condensar-la al cervell i a la mà.

"Mai no podré captar amb els meus pobres mitjans el teu complet prodigi. I està bé que sigui així, respirar-lo ja és suficient."

–No, Stella, no tinc ganes de treballar.

L'abraçava i l'ajeia a terra, al seu costat, per a contemplar-la més a pler.

–Anem a nedar, Arnau.

–Fa massa calor.

–Per això mateix!

–Caldria caminar fins a l'aigua.

–Dos-cents metres!

–I remar fins al mig del llac.

–No t'agrada remar?

–Em plau més sota els arbres, amb tu.

Stella es tornava a ajeure, resignada. I al cap d'una estona feia un badall.

En altres casetes aparegueren durant l'estiu grups de gent renouera. Stella acabà per ajuntar-se a vegades amb alguns d'ells. Uns dies se la veié amb un jove atlètic, recorrent el llac dalt d'un esquif o xipollejant a l'aigua.

A Arnau li plaïa a posta de sol remar lentament, Stella asseguda a la popa; aturar la barca entre els vímets i les flors aquàtiques, lluny del renou.

En finir l'estiu desaparegué el brogit a la ribera. Stella tingué un gest de contrarietat.

Vingué la tardor que portà la calma i encengué el món de roig i de groc.

Ella ara ja treballava. Es posava a dibuixar coses estranyes a tot allò que vivia. Després s'alçava i sortia als camps encesos de tardor. Passejava per sota el fullam vermell i or. S'asseia a la riba.

–M'agrada veure els valors reflectits a l'aigua. Aquells dos arbres... l'un groc, l'altre roig. I la taca verd fosc del cedre. I el fons groc, allà, a l'altra riba, amb clapes vermelles, i un fistó verd.

–Per què no ho pintes, si t'agrada?

En el to de Stella hi havia un lleu ressentiment. Ell l'endevinava decebuda, però no podia fer-hi res.

–Jo no pinto el que m'agrada.

–No t'entenc.

–Ja ho sé –afirmà ell, amb una ampla tristesa.

El darrer foc dels arbres s'anava apagant. Cada matí apareixien més branques nues i el gruix de fulles seques del sòl era més profund. Venien pluges fines i vents gèlids. Dins de la cabana cremaven els troncs de cedre. Stella digué que s'avorria i ell la mirà silenciosament, amb aquella nova tristesa ampla.

El dia més rúfol Arnau el passà dibuixant. Tenia un paquet de dibuixos preparat per al correu. Stella estava neguitosa.

–Quan tornarem a la ciutat, Arnau?

–No vull tornar-hi.

–Què dius? Penses passar l'hivern aquí?

–Sí. L'hivern serà bell.

–Voltats de neu! Aillats! Sols! –exclamà ella, estremint-se.

–La neu ens separarà del món aliè i tindrem aquí dins tot el que sigui nostre.

–No! No ho podria soportar. Em sentiria enterrada! El món no m'és aliè!

–Jo passaré l'hivern aquí –afirmà ell, amb la tossuderia de la desesperança irremeiable que, no obstant, s'aferra a un bri d'esperança.

Stella no contestà, però l'impossible es féu ja evident. Tots dos admetien, sense paraules, l'imminència de la partida.

I un dia que el cel era baix i gris, ella diguè:

–Ja és aquí la neu. Jo m'en vaig. Véns?

–No.

Un veí la portà fins a l'estació.

Dret sota els arbres nus, ell la veié allunyar-se carretera enllà.

Darrera d'ella començà a caure en borrallons petits la cortina de la nevada.

Nevà tot el dia, tot la nit...

L'endemà hi havia una gran muralla blanca entre la cabana i el món.

Arnau s'arronçà d'espatlles. Afegí uns troncs al foc, plantà el cavallet i obrí la capsa de colors.

LE, 23-25 (04, 1953)

Poesía en el destierro

[DOS POEMAS]

JOSÉ MORENO VILLA

AQUÍ ESTOY

Aquí estoy, con los débiles;
las raíces al aire,
sin su tierra nutricia
ni el jugo de su cielo.

Clamando por la nube
hija del Guadarrama
cuyos rayos y truenos
hablan jerga castiza.

Aquí estoy, añorando
los terrones parduzcos
moteados de encinas
severas e inconformes.

Arrancadas de cuajo
nuestras viejas raíces,
aquí, sobre volcanes,
culebrean eléctricas
y se ahogan de altura.

¿Dónde están la saeta,
el fandanguillo, el ole,
la soleá y el vito?
La jota aragonesa,
que amartilla los nervios,
y el canto montañés,
que traspasa los olmos,
no abrigan mis raíces
desde hace nueve años.

A VECES OIGO...

A veces oigo los pétalos
de la rosa dando en tierra;
tan tirante es el silencio,
tan en aviso está el alma.

A veces oigo la fuga
de la luna en su viraje;
tan grande es la soledad,
tan tenso vive el espíritu.

A veces oigo la arena
del Tiempo caer en mí...
Me levanto, me paseo,
toco la estampa o el libro,
miro la luz de la lámpara,
me froto las tibias manos
y me siento, lentamente,
a ver cómo la de arriba
está casi toda abajo.

LE, 1 (10, 1946)

¡PUEBLOS LIBRES! ¿Y ESPAÑA?

RAFAEL ALBERTI

Llegó la paz. Llorando reverdece
el arrancado olivo en los hogares.
Del corazón agónico amanece,
sube la vida a borbotón, a mares.
Desmantelada sube, sacudida.
Pero es ella otra vez. Ella: la vida.

La vida para todos los más buenos,
restitución de los perdidos soles.
La vida hermosa para todos… menos
para los combatientes españoles;
que la muerte de perros amarillos
aún les hinca en el alma sus cuchillos.

Miradla allí. La muerte está en su casa.
Oye un ciego reloj de horas desiertas,
y hay muchas calles donde nada pasa
porque ya nadie puede abrir sus puertas.
Cuidad que ni una sombra se despierte
en esa triste casa de la muerte.

Llegó la paz. Y todos los caminos
son de regreso para el hombre. Canta
la semilla en los surcos matutinos;
el sol de los escombros se levanta.
Paz a la mar, los cielos y la tierra.
Y al español, destierro, cárcel, guerra.

¿Qué queréis? El mundo se sonroja
con rubores de sangre todavía.
El árbol español cae hoja a hoja,
que un viento impele al mar de cada día.
Mas a pesar de tanto abatimiento,
su tronco no está solo con el viento.

Manos insomnes, pechos repentinos.
En las nieves que vedan la montaña,
anhelantes leones clandestinos
y un toro suelto ardiendo por España.
¡Sagrados héroes, santas servidumbres,
guerrilleros del frío y de las cumbres!

Por sed la luz, la noche por escudo,
la inaudita sorpresa por empeño,
por toda ropa el corazón desnudo,
la libertad por desbocado sueño.

Que no estás sola, no, que por ti brillan
banderas que a tu nombre se arrodillan.

¡Oh banderas ocultas, oh lejanas
banderas que tus hijos derramados
mueven como un redoble de campanas
contra los ojos de la ley cerrados!
¡Oh banderas errantes! ¡Oh banderas,
resplandor de las auras guerrilleras!

Y mientras allí mueren, aquí estamos,
pero aquí como allí permanecemos,
y el precio de la deuda que pagamos
nos lo deben, que a nadie lo debemos.
¡Oh vergüenza! ¡Oh tortura! ¡Oh gran castigo,
pagar en bien el mal del enemigo!

¿Quién permitió esas luces inocentes,
esas mínimas caras, desveladas,
esas pequeñas flores transparentes
tras los alambres del horror clavadas?
¿Quién sentenció a morir la primavera?
¿Quién la mató y la puso prisionera?

Llegó la paz y para el niño alumbran
otra vez las estrellas peregrinas.
Torres los ojos de la mar vislumbran,
arboledas de luz y golondrinas.
Pero el niño español tan sólo advierte
los cometas del hambre y de la muerte.

¿Qué oscura mano helada le aprisiona?
¿Qué maldición sobre sus hombros pesa?
¿Qué desdicha sin fin le desmorona?
¿Qué espada consentida le atraviesa?
¿Por qué tiene la paz, la paz querida,
la brisa de sus alas recogida?

¡Pueblos del mundo, pueblos! El poeta
hoy ya no canta, grita enfurecido.
No hay paz, no hay paz, no hay paz en el planeta
si el corazón lo tiene ensordecido.
¡Pueblos libres! España no está muda.
Sangra ardiendo en mi voz. ¡Prestadle ayuda!

LE, 2 (11, 1946)

UN ESPAÑOL HABLA DE SU TIERRA

LUIS CERNUDA

Las playas, parameras
al rubio sol durmiendo,
los oteros, las vegas
en paz, a solas, lejos;

los castillos, ermitas,
cortijos y conventos;
la vida con la historia
tan dulces al recuerdo,

ellos, los vencedores
caines sempiternos,
de todo me arrancaron.
Me dejan el destierro.

Una mano divina
tu tierra alzó en mi cuerpo
y allí la voz dispuso
que hablase tu silencio.

Contigo solo estaba,
en ti sola creyendo;
pensar tu nombre ahora
envenena mis sueños.

¿Cómo vive una rosa
si la arrancan del suelo?

Amargos son los días
de la vida, viviendo
sólo una larga espera
a fuerza de recuerdos.

Un día, tú ya libre
de la mentira de ellos,
me buscarás. Entonces
¿qué ha de decir un muerto?

LE, 2 (11, 1946)

PAISAJE

LUIS RIUS AZCOITIA

Color de muerto en la calle.
La lluvia sobre las piedras.
Color de muerto en la lluvia.
La callejuela desierta.
Canta una canción sombría
la callejuela del pueblo:
canción de tristeza y llanto,
canción de color de muerto.
La farola de la calle;
retorcida, pedregosa,
aún no ha encendido su luz:
canta a muerto la farola.
Se oye un silencio de muerto
en la tortuosa calleja;
la lluvia color de muerto,
color de muerto en las piedras.
Una luz dando traspiés
viene y va, vuelve y se aleja.
Se oye el canto de la luz,

canto de alborozo y pena.
Color de muerto en la luz.
Cantar de muerto el cantar.
Muertos pasos del sereno
que ronda por el lugar.
En una esquina el borracho
alegrillo, viene y va.
Color de muerto en la luz.
Cantar de muerto el cantar.

Se oye un silencio de muerte
en la tortuosa calleja.
Cesa en su canto la lluvia
al chocar contra las piedras.
La callejuela del pueblo,
pedregosa, retorcida,
calla en su silencio mudo:
Meditación, agonía.

LE, 2 (11, 1946)

PRIMAVERA EN EATON HASTINGS
[*dos fragmentos*]

PEDRO GARFIAS

VI

Hoy que llevo mis campos en mis ojos
y me basta mirar para verlos crecer
siento vuestra llamada, prados de verde edad,
oigo vuestra palabra, árboles de cien años,
y os busco inútilmente a través de la tarde.
Ni el vuelo de los trinos ni el canto de las ramas
han de romper el duro silencio de mi boca.
Si me quedase inmóvil, como esta buena encina,
vendrían vuestros pájaros a anidar en mi frente,
vendrían vuestras aguas a morder mis raíces

y aún seguiría viendo con su blancura intacta,
quién sabe si dormida, la España que he dejado.

IX

A cada arbusto florido
ronda el viento enamorado:
le besa sobre las sienes
le lleva temblor de pájaros
le cuenta bellas historias
de vuelos imaginarios
hasta que el arbusto crece
a la altura de su llanto...

El viento tiene palabras
que no las comprende el árbol.

LE, 4 (03, 1947)

SOTA ELS ASTRES ESTRANYS...

AGUSTÍ BARTRA

Sota els astres estranys d'una estranya ciutat
–ciutat d'ombres!–
envaït de records i d'imatges rompudes,
jo mateix fet imatge i cançó d'espigues,
vaiverejo en la nit de palmeres salvatges,
desvetllant en mon cor veritats d'ametller,
obrint braços de somnis al cel de mon ànima.

Sota els astres estranys d'una estranya ciutat
–ciutat d'ombres!–
canto els dies que alçaven en mon esperit
una estàtua de rou i coloms,
canto el sol de la sang a les valls de l'amor,
la rialla dels pins a la boca de l'aigua.

Oh cant meu embridat d'horitzons,
salm de joia entre els bous del record
i l'alosa que s'alça en mos ulls feta llàgrima!
Cant de cels on somreien els àngels desperts de la pàtria,
oh bandera de llunes clavada a la mar inmortal!
Cant d'arades! Oh sols lluminosos pel cos de ma espera
ajegut damunt teu, ciutat d'ombres!

Sota els astres estranys d'una estranya ciutat,
la meva ànima s'afua,
com un bes infinit,
vers la boca de llum i silenci que brilla
o la faç del passat.
Oh secret meteor del meu temps –llança i fita–,
vola, vola devers els purs cims de l'anhel,
obre els ulls a ta mort d'alta rosa sonora!
Cavalcant moribundes sentors de magnòlia,
salta, oh bes! de campana a campana,
de les eres als cims,
de la branca a l'ocell.
Oh fuig, ànima, a vestirte de pluja i arcs iris,
a folgar pels pallers gràvids d'or i de tarda,
a dormir sota una ombra de proa llatina...

Sota els astres estranys d'una estranya ciutat
–ciutat d'ombres!–
envaït de records
–mariners de la llum!–
isso al pal del meu cant la gran vela del bes.
Alça't, alça't, oh vent del meu cor!

LE, 4 (03, 1947)

[ELEGÍA AL POETA ANTONIO MACHADO]

MANUEL ALTOLAGUIRRE

Dejé la vida y me vestí de olvido
Recorriendo la muerte por buscarte
Sin que tu sombra hundida en otras sombras
Reconociese mi furtiva noche.
En el dolor de España te he sentido
Confundiendo mi llanto con tu llanto,
En el aire tu voz sobre la mía,
Ennegrecidos por un mismo fuego.
Suspiro, llanto, ardor, bien se acordaron
No el polvo que seré con tus cenizas.
Falté a la cita con la madre tierra
Donde tantos valientes te acompañan.
Los numerosos muertos que obscurecen
El cercano pasado ignominioso
Montañas son de luto para el hombre.
Desde sus negras cumbres se divisan
Un ayer y un mañana diferentes.
Pecho alterado que hasta el cielo gimes,
Vientre fecundo, puente clamoroso
De la garganta obscura, frente altiva.
Son mi suelo de sangre y de tiniebla,
Sobre él me elevo para ver el día.
Pronto seré vencido por la aurora.

LE, 4 (03, 1947)

ELEGÍA

MANUEL DURÁN GILI

Con una mirada lenta,
que se dobla bajo el peso de tantos recuerdos muertos,
el desterrado va recorriendo
todas las encrucijadas de fronteras,
todos los senderos con nombres extraños.

Mira y pregunta. Habla con la tierra.
Su sangre angustiada
se clava en los prados con largas raíces.
En vano acaricia la frente del árbol.
En vano le habla al mar
de cuando los dos eran pequeños
y salían a robar lunas por los horizontes...
La tierra y el mar tienen una misma voz:

Todo se ha cerrado. No es ésta tu patria.

Los tentáculos de amor
se desenrrollan, tropiezan,
sacan de su nicho a cada estrella
buscando en ella la canción perdida,
acarician ideas y corazones lejanos.
El corazón y la estrella tienen una misma voz:

Todo se ha cerrado. No es ésta tu patria.

LE, 4 (03, 1947)

DOS BALADAS

ALBERTO GIRONELLA

[I]

Los visillos blancos. El lecho en desorden. El frío de la madrugada había helado la luz del cirio.

Rosario dormía con las rodillas junto a los senos. ¡Hacía frío!

(El nido de golondrinas que estaba en el alero parecía un pedazo de luna.)

Un murciélago de cristal pasó por la ventana. El frío reventó el tímpano del campanario.

Rosario abrió los ojos y me acarició la frente.

Los visillos no se veían, todo era blanco.

–En la arena de tu espalda quiero morir; en el fondo de tus ojos quiero ahogarme; en el hueco de tus manos...

Rosario con los senos junto a mi pecho, temblaba. ¡Hacía frío!

Los visillos negros. Sus ojos más negros. Su pelo negrísimo. Sus senos blancos. Sus dientes más blancos. El lecho blanquísimo.

Temblaba el cirio... Frío, viento. Agoniza y muere. Se heló el cirio. Tembló el lecho.

Las sábanas murmuraban: frío, frío...

Yo le decía en secreto: –En la arena de tu espalda quiero morir...

Frío, viento... Los visillos blancos no se ven. Todo es blanco.

[II]

Lesbiana, fina, ojos de sombra. Labios y cardos.

La eternidad de tus ojos está en el fondo del mar, en el hueco de los cielos.

Yo, con mi traje negro, las manos en los bolsillos, me dejaba arrastrar por las lentejuelas, las flores, las caricias y las máscaras.

Disfrazada de marino yo te quería para mí. El antifaz te daba un aire de pirata con cuerpo de grumete.

La torre del pueblo, aburrida, soñolienta, se pierde en la oscuridad que hay arriba de las bombillas.

Tus senos reventaban tu blusa marinera. Acariciabas a las mozas, besabas a las pequeñas.

Sombras, máscaras, gritos, luces. Y tus senos reventando tu blusa marinera.

Pasé mi brazo por tu talle, nardo y luna. Te diste cuenta de tu soledad cuando llegamos al río.

Te quitaste el antifaz, ojeras y pozos. Tus labios se contrajeron en una mueca, en una sonrisa, en un sollozo de rabia mal contenida.

De tus labios brotaron cardos y puñales. Tus manos me abofetearon.

–Lesbiana, fina, te quiero para mí. Tu maldición me cercena. Tu pecho de grumete griego. Tus ojos de raso.

LE, 4 (03, 1947)

DÉCIMAS

ERNESTINA DE CHAMPOURCIN

1

Hoy soñé con tu presencia.
Si esto es antes de tenerte
¿qué será, Señor, la muerte
y el don vivo de tu esencia?
Si en la niebla de tu ausencia
tu recuerdo es dicha pura,
¿cómo será la dulzura
de tu realidad palpable
y esa verdad inefable
que amanece en noche oscura?

2

En mi arrebato de amor
no hay nada mío. ¡Comprendo
cuán vanamente pretendo
acapararlo, Señor!
Qué profundo sinsabor
me causa entrar en mi nada.
Esta delicia sagrada
que me arranca de mí misma

más me doblega y me abisma
a tus pies anonadada.

3
(*undécima*)

El pozo en que yo bebía
se agostó súbitamente.
Comprende tú mi agonía,
Dios, cuya angustia pedía
el alivio de una fuente.
Dame ese sorbo caliente
que fluye de tu lanzada.
Prefiero verme abrasada
en el fuego de tus venas
que exprimir a duras penas
mi pobre fuente agostada.

4

Si hay que morir a la vida
para nacer a tu amor,
mátame pronto, Señor,
y protégeme en la huida.
Borra ya la desmedida
codicia de mis pasiones.
Dómame tú los leones
que me desgarran el pecho
y dame, para mi lecho,
una almohada de oraciones.

5

I

¿Por qué me diste tu vino
cuando no te lo pedía?
Sé que hay heces de agonía
en ese zumo divino
y por eso ando sin tino
debatiéndome entre el fuego
de tu verdad y el apego
a esas fragancias carnales
que huelen como rosales
y me roban el sosiego.

II

Mas no creas que te niego
desde mi noche, Señor;
me he rendido ya a tu amor
y no hay quejas en mi ruego.
Si a tu yugo me doblego
dame tu mosto encendido,
pues mis labios que ya ha ungido
no podrán nunca saciarse
con vinos que al disiparse
nos devuelven el sentido.

6

Ya no hay flor que no me huela
a tu perfume, Señor,
ni alegría ni dolor
donde no encuentre tu estela.
Hasta el pájaro que vuela
por el cielo estremecido
parece buscar su nido
en tu secreta morada

y mis ojos no ven nada
donde no estés escondido!

LE, 9 (07, 1948)

POEMAS

CONCHA MÉNDEZ

A mi Isabel Paloma,
mi corza de oro y nieve.
Su corazón –aún niño–
es el que me sostiene.

I

En mi memoria ardiente mi pasado,
llama tan viva es que me domina.
Vivo de su calor, ella ilumina
cuanto la vida, al fin, me tiene dado.

Ingente vive en mí. Lo que he soñado
tiene otra luz más tenue y más lejana,
una voz de cristal que es la campana
que tantas veces ¡tantas! me ha llamado.

A estas dos luces vivo sometida,
y el ser que soy se siente proyectado
en ese muro que es cuanto ignorado
le queda por pasar a mi ancha vida.

VI

¡Noche que estás en mí. Noche callada,
sin una queja y sin un suspiro,
tan llena de palomas en su aire
volando sin parar y sin olvido!

¡Azules del ayer y del mañana,
rosas amortiguados, amarillos!
¿En dónde os escondéis en esta noche,
que en mi paisaje estáis? ¡Os siento vivos!

Y sin embargo, todo es noche quieta
en mi interior. Las aguas que han corrido
vuelven en manantiales, yo las siento
brotar en mí y riegan mis sentidos.

LE, 9 (07, 1948)

OCRE

MARÍA ENCISO

Me sorprende la noche
con su voz de nostalgia,
y desfilan los vientos
con su lenta mirada.
Y la sombra enmudece
las sabidas palabras.

Un círculo que gira
como una luna blanca
y un monte entre las sombras
y un arroyo que canta.

Me sorprende la noche
en la tierra clavada
escuchando anhelante
las voces de su entraña.
Las voces que son ecos
de mis propias palabras.
Las voces de mi acento,
las de mi sangre cálida,
las que escucho soñando,
las voces que me llaman

con la fuerza de piedra
que llevan sus entrañas.

Me sorprende la noche
con su voz de nostalgia
y un aire desvelado
cruza la aurora helada.

LE, 9 (07, 1948)

LA SOMBRA DESTERRADA

JUAN JOSÉ DOMENCHINA

[I]

¡El aire azul de Madrid!
Transido y alicortado
voy por un aire abrasado,
sordo y sin un eco. Oíd
mis pasos allá, en Madrid
–que es donde dejo pisado
el suelo, apenas hollado
hoy por mi pie. Y advertid
cómo el andar desterrado
–que es andar en ningún lado–,
dando traspiés, da en el quid:

Mi planta de suplantado,
borrándome aquí lo andado,
deja su huella en Madrid.

[II]

En ese esguince de perfil –el lado
patético y en fuga de tu instable
vida a muerte–, aleznado y deleznable,
vas con tu voz de tinta, emborronado.

Se da a tu sombra en vilo, de arrancado
con ira y de raíz, lo que no es dable:
apenas, sólo, el sitio indispensable
en que apoyar el pie desarraigado.

Un andurrial o breña intransitable
te tiene en malandanzas desandado
y entre todo lo ajeno inajenable.

Camino que no lleva a ningún lado
¿cómo lo puede andar con razonable
paso y sin extravío el descarriado?

(Toulouse, abril 1939)

[III]

Avanza, sordo, con mi pesadumbre
a cuestas, mal doblado y bien transido,
mi doble, que en un muro, recorrido
negramente, me estampa por costumbre.

Como adumbra y sofoca hasta la lumbre
de mi aliento y apaga el encendido
vivir en que me abraso, su arrecido
borrón quiere que al hielo me acostumbre.

Y he de llevar, enfrente, mientras viva
en vilo, como sombra negativa
de un existir frustrado, mi remedo.
Apartad de mis ojos ese oscuro
delirio de mi réplica en el muro,
porque yo el muro derribar no puedo.

[IV]

Esta yacija, donde se desploma
noche a noche el despojo de mí mismo,
no es cauce para el sueño, sino abismo
al que mi angustia de caer se asoma.

La sábana, que cubre y que no toma
la forma de mi cuerpo, en su mutismo,
sin un pliegue de amor, dice lo mismo
que mi despego y en el mismo idioma.

... Mañana será Dios, y su porfía
sacudirá, violenta, al mal dormido
con su irrupción de polvo o nuevo día.

Aquí no hay alta noche, y tras la hora
más oscura de un cielo descendido,
se enciende el sol, de pronto, sin aurora.

[V]

Sin alma –tierra madre–, sin el suelo
de roca que me tuvo, noto, al filo
de tanta aberración, que no hay asilo
para quien vive de querencia en celo.

De tanto errar tan sin querer me duelo.
Saltó de mí mi sombra, rompió el hilo
que la ataba a mi cuerpo y a mi estilo,
y, revolando, me remeda el vuelo.

...Allá, tierra entrañable, donde suelo
vivir tan a distancia, mi sigilo
va cavando una fosa, cara al cielo.

Para que muera a mi sabor, tranquilo,
ponedme en mi lugar, dadme mi suelo,
¡no me dejéis también la muerte en vilo!

[VI]

Es el mar, siempre fiel a su amargura,
junto al acantilado que desea
fluir. Con sal y yodo la marea,
verde cauterio frío, abrasa y cura

la pena de la vida. Sembradura
humana, entre fugaces surcos, vea
el náufrago su origen, lo que sea
su origen, ya trocado en sepultura.

Es el mar, siempre fiel a su amargura.
Son las olas salobres, la marea
grávida de la muerte, con su oscura

zozobra...Y el misterio, lo que sea
el misterio de todo, en la hermosura
innumerable de lo que el mar sea...

[VII]

Roto en dos, si la mitad
de mí mismo, equidistante
de mis dos egos, y amante
de entrambos, dice verdad,
¡qué sola mi soledad
sin fin de mortal partido
–y no llegado–, escindido,
entre el suelo que perdió
y la tierra que no halló
cuando se encontró perdido!

LE, 12 (04, 1949)

LA VENTANA
Diálogo

LEÓN FELIPE

Aquello que ha sido, es lo que será...
y lo que se ha hecho... lo que se volverá a hacer...
Eclesiastés I-9.

–Ya estás aquí.
–Me trajisteis cuando estaba dormido...
Yo no os pedí nada...
yo no dije a nadie que me trajese.
–Pero ya estás aquí.
–¿Y qué tengo que hacer?
–Lo de siempre... Puedes asomarte a la ventana...
Puedes mirar el mar, allá lejos...
y el río... y el puente...
y el camino que sube a la montaña.
Sobre la montaña verás el sol y las estrellas...
Y, si tienes buena vista, tal vez columbres a Dios,
satisfecho y sentado en el columpio del triángulo
metafísico...
fumando su gran pipa, para que haya siempre
nubes al fondo del paisaje.
Allí cerca, en el valle, sopla el viento...
el abanico del viento moviendo los árboles
y llevándose y trayendo, sin cesar, las hojas y las aves.
Más cerca aún, verás
el lobo... y el cordero
el gavilán y la paloma
el ciervo herido... o el hombre con su lanza y escopeta...
–¡El hombre!... ¿Yo?... ¿ése soy yo?
–Sí... tú... eres tú.
–Y aquello... ¿qué es aquello?
–Aquello... es el Amor.
–¿El Amor?
–Sí... el guardián encargado de que siempre
haya uno aquí, asomado a la ventana...
mirando este paisaje pintado por Dios.

–¿Por Dios?...y...¿quién es Dios?
–Ya te he dicho que Dios está allá arriba...
lejos... al otro lado del camino...
Más allá de la montaña
meciéndose en las nubes...
y mirándote asomado a la ventana...
Mirándote siempre.
–Y ¿para qué me mira?
–Para que no te caigas.
–Y ¿si me caigo?
–Mandará otro el Amor, para que siga mirando.
–Y ¿si se cae también?
–Mandará otro.
–Y ¿luego?
–Otro. Siempre tiene que haber aquí uno que mire
al través de la ventana este hermoso paisaje
pintado por Dios.
–Y ¿cómo estoy allí en el cuadro...
y aquí también, asomado a la ventana?
–La ventana es un sueño.
–¿Un sueño?
–Sí...el mirador del sueño...
y el que mira por ella es el poeta.
–¿El poeta?...¿soy yo el poeta?
–¡Tú verás!...
–¿Yo veré?
–Sí... a ti te toca ahora mirar.
–Mirar... ¿nada más?
–Luego... puedes si quieres cantar un himno dando gracias
a Dios...
Al Señor que te ha elegido para venir aquí...y mirar
sin cesar por la ventana...
–Sí... ya sé... este hermoso paisaje invariable donde hay
siempre...
un ciervo herido...
y un hombre con su lanza o su escopeta.
¿No es así?...
–Así es en efecto.

–Y ¿es eso todo?
–Sí... todo
Todo lo que ha dicho el Arcipreste...
–¿Quién es el Arcipreste?
–El Gran Predicador...
el hijo de David...
–¡Ah, el moscardón negro de la Bibia!
–Fue Rey de Israel...allá en Jerusalem...
–Pues que toquen el órgano, con los registros más sordos...
porque voy a cantar:
Gracias, Señor,
gracias porque me dejas ver este paisaje
donde va y viene el viento hacia el sur,
luego gira hacia el norte, llevándose y trayendo
sin cesar las hojas y las aves.
Girando y girando va el viento
y torna, continuamente a sus circuitos...
Los ríos van al mar
luego vuelven a salir...y el mar nunca se llena.
El sol se levanta
y el sol se pone...
Una generación va...
y otra generación viene...
y ahí... el ciervo siempre...
el ciervo herido...
Y el hombre con su lanza o su escopeta.
Gracias, Señor.

LE, 13 (10, 1949)

DESTIERRO
Fragmento

LUIS RIUS AZCOITIA

En el destierro, España,
yergo mi frente y mi voz levanto.
Quiero identificarme, decir quién soy,
si es menester gritarlo.
¡Qué cerca estoy de ti!,
y sin embargo,
qué profundo es el mar
que separa tu cuerpo de mis manos.
¡Qué dentro estoy de ti!,
y mi polvo y tu polvo, ¡qué lejanos!
Tuyo soy aunque el tiempo
tu perfil de mi frente haya borrado.
No conozco tus mares,
ni conozco tus manos.

Pero soy tuyo, España,
porque nací de ti y fui dotado
de tus mismas virtudes y tus vicios,
de tu pobre alegría y rico llanto.

Soy tuyo, España, porque siempre llevo
a la muerte a mi lado;
y porque en lo más hondo
de mi pecho vencido y angustiado,
nunca muere una luz que me promete
un mañana feliz,
un mañana inmortal, casi sagrado.

LE, 13 (10, 1949)

PARA EL ÚLTIMO CÁNTICO

JORGE GUILLÉN

ABRIL DE FRESNO

Una a una las hojas, recortándose nuevas,
Descubren a lo largo del abril de sus ramas
Delicia en creación. ¡Oh fresno, tú me elevas
Hacia la suma realidad, tú la proclamas!

BUENA SUERTE

A través de retornos coléricos de choques,
Barajándose estúpidos los espantos mortales,
Entre filos y filos de un riesgo que es historia,
Convirtiéndose aún la aventura en más alma,
¿Persiste en creación la suerte de un planeta?

¿OCASO?

Íntima y dúctil, la sombra aguardando aparece
Sobre las piedras y sobre las breñas. Lo oscuro.
Se junta. ¿Fin? El silencio recibe en su alfombra
Los sones menguantes del mundo. Pozo de ocaso,
Nada se pierde. La tierra en su ser profundiza.

CELINDA

Sobre el ramaje un blanco
Bien erguido. ¿Qué arbusto?
Flor hacia mí. La arranco,
Fatalmente la arranco: soy mi gusto.
Esta flor huele a...
¿A jazmín?
            No lo es.
                        ¿A blancura?
                                    Quizá.

Yo recuerdo el ataque de esta casi acidez
Como un sabor aguda.
Un sabor o un olor. Y un nombre fiel. Tal vez...
¡Sí, Celinda! Perfecta: en su voz desnuda.

EL MAR EN EL VIENTO

Aquí, por esta calle el viento llega
Como una dicha que precipitara
La entrega
De sus profundidades cara a cara.
¡Efusión de frescura! No sé adónde
Conduce este contacto
Súbito de un azar.
¡Hondo olor! En el acto
Me exige que recuerde, que le ahonde.
–Embriágame, viento, profundizo hasta el mar.

RIACHUELO CON LAVANDERAS

Los juncos flotan en el riachuelo,
Que los aguza sobre su corriente,
Balanceados como si avanzasen.

No avanzan. Allí están acompañando,
Verdeamarillos hacia el horizonte,
El rumor de una orilla laboriosa.

En la masa del agua ya azulada
Chascan las ropas, de creciente peso
Bajo aquel ya raudal de un vocerío.

¡Oh riachuelo con flotantes grises
Por el verdor en curso que azulándose
También se esfuerza, todavía alegre!

Rasgueos de cepillos, dicharachos,
Ancha sobre algazara la mañana.
Acierta así a la orilla, femenina.

¿Se vive arrodillado en las riberas?
Inclinación forzosa de figura...
Ese borde está ahí. ¿Tormento el mundo?

Fluvial apenas hacia un oleaje,
Chispeando, sonando, trabajando,
El riachuelo es más: hay más mañana.

QUIERO DORMIR

Más fuerte, más claro, más puro,
Seré quien fui.
Venga la dulce invasión del olvido.
Quiero dormir.

¡Si me olvidase de mí, si fuese un árbol
Tranquilo,
Ramas que tienden silencio,
Tronco benigno!

La gran oscuridad ya maternal,
Poco a poco profunda,
Cobije este cuerpo que al alma
–Una pausa– renuncia.

Salga ya del mundo infinito,
De sus accidentes,
Y al fin del reposo estrellado
Seré el que amanece.

Abandonándome a la cómplice
Barca
Llegaré por mis ondas y nieblas
Al alba.

No quiero soñar con fantasmas inútiles,
No quiero caverna.
Que el gran espacio sin luna
Me aísle y defienda.

Goce yo así de tanta armonía
Gracias a la ignorancia
De este ser tan seguro que se finge
Su nada.

Noche con su tiniebla, soledad con su paz.
Todo favorece
Mi delicia de anulación
Inminente.

¡Anulación, oh paraíso
Murmurando,
Dormir, dormir y sólo ser
Y muy despacio!

Oscuréceme y bórrame
Santo sueño,
Mientras me guarda y vela bajo su potestad
El firmamento.

Con sus gravitaciones más umbrías,
Reténgame la tierra,
Húndase mi ser en mi ser:
Duerma, duerma.

LE, 19-20 (05, 1951)

EL ÁRBOL

LUIS CERNUDA

Al lado de las aguas está, como leyenda,
En su jardín murado y silencioso,
El árbol bello dos veces centenario,
Las poderosas ramas extendidas,
Cerco de tanta hierba, entrelazando hojas,
Dosel donde una sombra edénica es devuelta.

Bajo este cielo nórdico nacido,
Cuya luz es tan breve, e incierta aun siendo breve,
Apenas embeleso estival lo traspasa y exalta
Como a su hermano el plátano del mediodía,
Sonoro de cigarras, junto del cual es grato
Dejar morir el tiempo divinamente inútil.

Tras el invierno horrible, cuando sólo la llama
Conforta aquella espera del revivir futuro,
Al pie del árbol brotan lágrimas de la nieve,
Corolas de azafrán, jacintos, asfodelos,
Con pujanza vernal de la tierra, y fielmente
De nueva juventud el árbol se corona.

Son entonces los días, algunos despejados,
Algunos nebulosos, más tibios de este clima,
Sueño septentrional que el sol casi no rompe,
Y hacia el estanque vienen rondas de mozos rubios:
Temblando, tantos cuerpos ligeros, queda el agua;
Vibrando, tantas voces timbradas, queda el aire.

Entre sus mocedades, vida prometedora,
Aunque pronto marchita en usos tristes,
Raro es aquel que siente, a solas algún día
En hora apasionada, la mano sobre el tronco,
La secreta premura de la savia, ascendiendo
Tal si fuera el latido de su propio destino.

Cuando la juventud el mundo es ancho,
Su medida tan vasta como vasto el deseo,
La soledad ligera, placentero ese irse,
Mirando sin nostalgia cosas y criaturas
Amigas un momento, en blanco la memoria
De recuerdos, que un día serán fardo cansado.

Atrás quedan los otros, repitiendo
Sin urgencia interior los gestos aprendidos,
Legitimados siempre por un provecho estéril;

Ya grey apareada, de hijos productora,
Pasiva ante el dolor como bestia asombrada,
Viva en un limbo idéntico al que en la muerte encuentra.

Pero ocurre una pausa en medio del camino;
La mirada que anhela, vuelta hacia lo futuro,
Es nostálgica ahora, vuelta hacia lo pasado;
Una fatiga nueva, alerta ya a esos ecos
De voces que se fueron, suspensas en el aire
Las preguntas de siempre, por nadie respondidas.

Y el mozo iluso es viejo, él mismo ignora cómo
Entre sueños fue el tiempo malgastado;
Ya su faz reflejada extraña le aparece,
Más que su faz extraña su conciencia,
De donde huyó el fervor trocado por disgusto,
Tal pájaro extranjero en nido que otro hizo.

Mientras, en su jardín, el árbol bello existe
Libre del engaño mortal que al tiempo engendra,
Y si la luz escapa de su cima a la tarde,
Cuando aquel aire ganan lentamente las sombras,
Sólo aparece triste a quien triste le mira:
Ser de un mundo perfecto donde el hombre es extraño.

LE, 26-28 (07, 1956)

A PEPE MORENO, EN MI MEMORIA DE SIEMPRE. EN TU SELVA FERVOROSA

25 de abril de 1955

EMILIO PRADOS

¿Te visité? Sentado al pie de un árbol;
el que nació por ti y está contigo;
el que nos sorprendió, porque esperaba

cumplir tu cuerpo con el que tuviste;
oí que hablabas y escuché en mí mismo.

"¡Descanso! ¡Duermo!...(Un bosque de silencio
–¡mi soledad! ¡mi sombra!– cae al suelo.)

"¿La yerba es la que canta?... (Está dormida
mi salud, libertándose a sí misma.)

"¿La que canta es la yerba?... (Lo infinito,
limita con mi sombra en el rocío.)

"¡La que canta es la yerba!...(Sobre un bosque
de ternura mi sombra se recoge.)

"¡Detente! (¿En dónde?)... (El viento entre mis ramas
baja a mi sombra en busca de sus alas.)

"¿Quién más?... (Escucha, sombra: en ese pájaro
muerto en la yerba, el viento está volando.)

"¿La yerba es la que canta?...(Una flor tengo
sobre el pecho, a su sombra se la entrego...

"¡Aún más!: Fiel de palomas es mi nombre,
mi soledad sin nombre en él se esconde.)

"¡Una isla! ¡La sombra está girando!...
(¡Alza la yerba al tiempo entre sus brazos!)

"¡Detente! ¡Mira! ¡Una paloma vuela
bajo la sombra!... (Abierta está la yerba...)

"¿Quién más?... (Rompe su vuelo la paloma...
¡prisionera en mi cuerpo está su sombra!...

"¡Búscame!) ¿Es este abismo?... (Toca el límite
de la yerba y la sombra: ¿acaso existe?...)

"¡Y, no es la yerba, la que canta, una isla!
(Sin mí, la noche entre mis brazos gira...)

"¡La que canta es la estrella!... (Hacia mí vuelve
mi soledad: ¡un bosque que abre el sueño!)"

Llegué en la tarde; te busqué en mis ojos...
y te vi dentro de su misma tierra.
En el alba: ¡en la tierra en que naciste!
Me levanté. Salí en silencio. ¿Adónde?...
¡A vivir tu consejo: a mi alegría!

26 de noviembre de 1955.

LE, 26-28 (07, 1956)

CUANDO ESE ANIMAL PODEROSO Y AMARGO...

JOSÉ PASCUAL BUXÓ

Cuando ese animal poderoso y amargo
acampa en mis espaldas
y despliega banderas enormes como lutos
y chorrea la noche
y agua sucia
es la única cosa que de mis ojos sale.

Cuando ese animal llena mi mano
con todos los escombros:
con las oscuras aguas del recuerdo,
con aquello que fui,
que ya no es mío,
que ya reposa con la misma tierra.

Cuando ese animal pone su garra
aquí en el corazón
y lo vacía
y lo deja temblando como un trapo

de negras inmundicias
y llamo sin ser visto
y voy cegando a golpes las paredes,

escribo soledad
y escribo patria
y cuento para todos mi fatiga
y dejo en el papel mi lengua amarga
y pongo triste lo que me rodea.

Julio 1956

LE, 26-28 (07, 1956)

EL REGRESO

RAFAEL ALBERTI

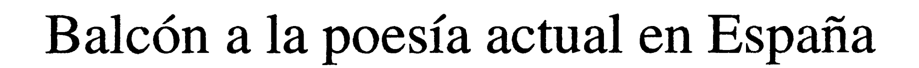
He elegido este día.
Aquí va a comenzar otra vez el otoño.
Allí, la primavera.
He elegido este día.
Aquí todas las hojas se preparan
para morir. Una neblina tierna,
movida por el viento,
va a hacer más delicada su caída.
Allí, seguramente,
ya están listas las hojas y las flores
y preparado el cielo
y ensayados los pájaros
para cantar su entrada.
¡Adiós, adiós, pequeña casa mía,
casa mía de rubias maderas como un barco
bello y tranquilo, anclado dulcemente
en el remanso umbroso de los bosques!
¡Adiós, negros cipreses impasibles,
álamos carolinos, casuarinas
musicales, oídas arboledas

en los lentos nocturnos de párpados insomnes!
No os abandono, os dejo.
He elegido este día.
Vuelvo a ti sin espada.
Una sola canción es todo mi equipaje.
Amor.
Amor.
Amor.
Mi mano abierta,
y en su palma, una flor.
Llamo, hermano, a tu puerta,
con amor.
Amor.
Amor.
Amor.
Tu mano abierta,
y en su palma, una flor.
Abre, hermano, tu puerta,
con amor.
¿En dónde está mi casa? Dímelo.
No la encuentro.
Pero todo es mi casa... ¿En dónde mi jardín?
Mas todo es mi jardín... ¿Y mi fuente de mármol?
Pero todo es mi fuente...¿Y mi azotea?
Todas tus azoteas son la mía... ¿Y mis cielos?
Sé que todos tus cielos también me pertenecen...
Pero ¿y mis muertos? Dime.
Sí, mis muertos
son los tuyos también... Dejé mi espada...
Tú también has dejado la tuya... Descansemos.
Pero dime, ¿aquí es ya la primavera?
¿Corren claros los ojos de los ríos?
¿No bate el mar su puño de venganza?
He elegido este día.
Empecemos lavándonos las manos,
Allí ya ha comenzado otra vez el otoño...
Allí todas las hojas ya tiemblan preparadas
para morir. Aquí, seguramente...

Perdona, hermano mío,
pero no sé si aquí llegó la primavera,
si están listas las hojas y las flores
y preparado el cielo
y ensayados los pájaros
para cantar su entrada.
Igual que un fruto lento,
dura y difícil, sigue madurando...
Permanezco en mi sitio, por ahora,
soñando en este día, como tantos
otros de otros otoños,
la feliz primavera del regreso.

DLE, 4-5 (10, 1963)

Balcón a la poesía actual en España



EL HIJO
[*Fragmento*]

MIGUEL HERNÁNDEZ

Eres la noche, esposa: la noche en el instante
mayor de su potencia lunar y femenina.
Eres la medianoche: la sombra culminante
donde culmina el sueño, donde el amor culmina.

Forjado por el día, mi corazón que quema
lleva su gran pisada de sol a donde quieres,
con un sólido impulso, con una luz suprema,
cumbre de las mañanas y los atardeceres.

Daré sobre tu cuerpo cuando la noche arroje
su caricioso anhelo de imán y poderío.
Un astral sentimiento febril me sobrecoge,
incendia mi osamenta con un escalofrío.

El aire de la noche desordena tus pechos,
y desordena y vuelca los cuerpos con su choque.
Como una tempestad de enloquecidos lechos,
eclipsa las parejas, las hace un solo bloque.

La noche se ha encendido como una sorda hoguera
de llamas minerales y oscuras embestidas,
y alrededor de la sombra late como si fuera
las almas de los pozos y el vino difundidas.

Ya la sombra es el nido cerrado, incandescente,
la visible ceguera puesta sobre quien ama:
ya provoca el abrazo cerrada, ciegamente,
ya recoge en sus cuevas cuanto la luz derrama.

La sombra pide, exige seres que se entrelacen,
besos que la constelen de relámpagos largos,

bocas embravecidas, batidas que atenacen,
arrullos que hagan música de los mudos letargos.

Pide que nos echemos tú y yo sobre la manta,
tú y yo sobre la luna, tú y yo sobre la vida.
Pide que tú y yo ardamos fundiendo en la garganta,
con todo el firmamento, la tierra estremecida.

El hijo está en la sombra que acumula luceros,
amor, tuétano, luna, claras oscuridades.
Brota de sus perezas y de sus agujeros,
y de sus solitarias y apagadas ciudades.

El hijo está en la sombra: de la sombra ha surgido,
y a su origen infunden los astros una sombra,
un zumo lácteo, un flujo de cálido latido,
que ha de obligar sus huesos al sueño y a la sombra.

Moviendo está la sombra sus fuerzas siderales,
tendiendo está la sombra su constelada umbría,
volcando las parejas y haciéndolas nupciales.
Tú eres la noche, esposa. Yo soy el mediodía.

LE, 6 (09, 1947)

UN...
(CANTO A LO INDETERMINADO)

VICENTE CARRASCO

Hay un no sé qué mundo en las tinieblas,
un debajo del agua que no emerge,
un paisaje, de un sueño, revenido,
un algo, intravagante, entre nosotros.

Un... que llena mis mágicos vacíos
de borrosas afueras despobladas,

de un enjambre de sombras removidas
del inquietante fondo en que me miro.

¡Voz fruncida que pueblas mi silencio
de palabras confusas desveladas!
¡Blando chorro de luz opalescente
que perfilas mis torres engreídas!

Yo te canto, un de siempre, sin relojes,
perdido en el espacio y sin distancias,
un... por nadie nombrado todavía
que aguarda el nacimiento de su nombre.

Tú, intermedio en un mundo sin relieves,
desbordado del ritmo y de la norma,
me revelas la mano conmovida
del semidiós oscuro que es el hombre.

Naciste hace un momento, cuando dije:
sumergido, borroso, despoblado,
cuando pude arrancarte de ese limbo
en que, informe y sin miembros, despertabas.

Y ahora surges, trepando por la aurora,
mientras la noche, anclada, se sumerge.
Pronto vendrán hermanos de otros climas
destrozando caminos para verte.

Pronto serás criatura deslumbrante
separada del limo y la penumbra.
Ya no serás el un... sordo y profundo,
sin sonidos ni huecos para el aire.

Ya no serás la angustia ni el misterio
del no ser, hondonada de la niebla.
Ahora serás el ritmo, el verso, el hombre,
el gozo y el amor: ¡serás la vida!

LE, 21-22 (04, 1952)

SONET PRIMER

JOAN FUSTER

Cantar allò amb què cante, la paraula
treta de mí, de tots, poble i secret!
Dir, oh llengua, el teu pols o món de faula,
aquest túnel de roses que m'has fet!
Tenir-te entre el dolor, la fe i la ira,
i cantar-te a esgarips, a trossos meus!
No, no podré! però la sang hi aspira,
viva per tu, que en tu trobà ses deus.

La deixaré recórrer ta lloança,
sabrà assumir l'espai de l'esperança,
multiplicar ton fons extremament.

I així et confessaré, llengua de marbre,
amb encontres de somni, amb esma d'arbre,
unit mon vers en força al bres i al vent.

LE, 21-22 (04, 1956)

FINESTRA LÍQUIDA

MANUEL DE PEDROLO

Plou,
gris de mar embriagada,
de pedra, de tots els morts
que guardem, de tots els morts
que ens impulsen.

Plou,

indiscernidora terra,
amor de sers i de coses,

amor verda que s'ufana
passional,

Plou,

misteriosament té
fugues nocturnes el dia,
fred de fulles i abandons
femenils.

Plou.

LE, 21-22 (04, 1956)

[TRES POEMAS]

LUIS PIMENTEL

CRUCEIRO

Por cal camiño fuxiu o seu corpo?
Dous camiños a levan ó mar
e un ó prado máis tenro,
Levaba os pes ispidos
i o cabelo ó vento.
¡Dimo, ti, Señor,
que a viches pasar!
Dous camiños a levan ó mar
e un ó prado máis tenro.

CANZON PRA QUE UN NENO NON DURMA

Non durmas
meu neno pequeno.
Bule, berra, chora.
Teu pai está fora.

Racha cos pes
esta sabana
        de medo.
Non peches os ollos
neno pequeno.
O vento zoa,
non peches os ollos.
A morte
        rolda por fora.
Veyo o río mouro
e unha folla morta.
Bule, berra, chora.
Teu pai está fora.

NAI DE GALIZIA

Chamate Rosalía:
non vaias.
Nin camelias
nin campás.
Guinda ire delantal
do camposanto
que levache sempre.
Berra forte, érguete,
chama ós teus afogados
e ós teus mortos;
fálalles duro.
Na tua pelvis de seixo
hai un neno de terra.
Ahí estás preñada
enriba do ancantilado
frente a un mar tenebroso.
Berra forte, érguete.
Levanta as maos
e abre ises ollos craros e limpios.
Olla ó ceo.
Deus espera algo de ti.

LE, 21-22 (04, 1956)

ELEGIES DE BIERVILLE

CARLES RIBA

Súnion! T'evocaré de lluny amb un crit d'alegria,
tu i el teu sol lleial, rei de la mar i del vent:
pel teu record, que em dreça, feliç de sal exaltada,
amb el teu marbre absolut, noble i antic jo com ell.
Temple mutilat, desdenyós de les altres columnes
que en el fons del teu salt, sota l'onada rient,
dormen l'eternitat! Tu vetlles, blanc en l'altura,
pel mariner, que per tu veu ben girat el seu rumb;
per l'embriac del teu nom, que a través de la nua garriga
ve a cercar-te, extrem com la certesa dels déus;
per l'exiliat que entre arbredes fosques t'albira
súbitament, oh precís, oh fantasmal! i coneix
per ta força la força que el salva als cops de fortuna,
ric del que ha donat, i en sa ruïna tan pur.

LE, 21-22 (04, 1956)

UNA PRECISIÓ

JOAN FUSTER

Però jo visc, jo visc, jo sóc un home,
formatus de spurcissimo spermate,
un home com els altres i amb més braços.
Tinc tres virtuts, tres vicis, tres misteris,
segons opinions autoritzades.

Doncs sóc com tots, i quan la primavera
cou en els angonals i en les acàcies
acostume resar als déus cadàvers,
devaste l'aire amb llavis consirosos,
m'incorpore al desig i a la farina,
car això escau en temps de primavera.

Però hi ha alguna cosa més: ser lliure.
Jo visc, jo visc, i açò immunitza els cànters.
Jo visc i açò és una balada antiga.
Jo visc i alhora una bandera s'obri.
Jo visc i una bandera s'encomana.

I viure per a mi és tot el contrari
del que creieu vosaltres, els infames.
Cal ser lliure, amics, cal ser-ho a costa
de tiges i sabates i compares.

La llibertat comença rera el vòmit.

LE, 23-25 (04, 1953)

TRÍPTICO

LEOPOLDO DE LUIS

I. LA TIERRA

La tierra duele. Cuando el hombre ara
clavando el corazón contra la esteva,
la carne misma, de dolor avara,
recoge el propio llanto de la gleba.

La tierra duele. El hombre lentamente
rompe su corazón sobre el rastrojo.
Como el surco, la frente;
igual el pecho que el terruño rojo.

El hombre aprende aquí que Dios es duro.
Que la cizaña es mala mano verde.
Que la lluvia y el hielo son un muro
donde su angustia cotidiana muerde.

Deja un sudor feraz, un dulce canto
y unos ojos con vuelo de horizontes.
Deja la juventud vertida en llanto
sobre las eras y sobre los montes.

Recoge un pobre fruto, una cosecha
que come amargamente, que le sabe
a sangre y a sudor. Y Dios acecha
desde su altura de gigante ave.

–Señor, Señor: la tierra duele y duele
la carne, el hueso triste, la mirada.
Que la pupila desde el suelo vuele
para encontrar en Ti la mano amada.

Pero la tierra vuelve, con su peso,
con sus hoscas ortigas cenicientas.
Y el hombre arrastra el solitario hueso,
la voz, la boca, el alma ya sedientas.

II. EL REBAÑO

A veces los corderos bajaban como nubes
cálidamente blancas por la dulce ladera.
Las alas de la tarde se batían dichosas,
y Dios era un amigo sencillo con nosotros.

En la torre del sueño los hombres contemplaban
felizmente la vida, blanquear en los campos
entre los besos húmedos del césped casi niño
que castamente daba su piel a la caricia.

La lana nos mullía amablemente todo,
la voz era en la lana una sonrisa sorda,
y la luz en la lana, como la leche dulce,
discurría, chorreando su paz de media tarde.

Todo era como un humo gozoso. Maduraba
la pupila del hombre sus vegetales brillos

sobre todas las cosas. La vida se tendía
como los recentales bajo el beso del cielo.

El mundo trascendía de olores campesinos;
el romero, el espliego, la mejorana, el saúco,
la galipea, el pino, la resina, la salvia,
el heno y la tibieza cercana del ganado.

El vellón de la vida nos arropaba, éramos
niños en la guedeja maternal y sencilla.
Amor no es la palabra porque el amor acaso
duele siempre y destruye con su fuego glorioso.

Los corderos dejaban su blancor por los campos.
Dios venía a nosotros. Mas ¿así nos quería?

Una ubre con leche de discordia
estaba amamantando los cachorros del hombre.

III. EL PATRIMONIO

Sordamente lo digo, sordamente,
aferrado con rabia a estas raíces.
Mía esta tierra, mía esta simiente.
Mío este llanto y estas cicatrices.

Mía esta estepa en llamas y estos fríos desiertos.
Míos los arrecifes de esta espesura verde.
Mía esta roca viva y este escombro de muertos
donde se gana el pan, donde se pierde.

Mía la soledad de esta llanura,
mío el rencor de esta cizaña, mía
la adustez del berrueco que en la altura
las pupilas del cielo desafía.

Esta tierra violenta, este destierro es mío.
Lo defiendo con uñas y con dientes.

Con rojo llanto y negro escalofrío
los ganaron mis gentes.

Ésta es la vieja tierra que amasaron las manos
de los muertos, que hollaron sus pies y que sus ojos
copiaron hasta el fondo de horizontes lejanos;
que mordieron sus dientes en los agrios rastrojos.

En esta tierra mandan,
con oculto mandato de sombras minerales,
muertos que bajo el frío de esta corteza andan
en cálido vigor de acentos vegetales.

Esta tierra se forja en oleadas
de humanos cuerpos en su vientre hundidos.
Seres con esta misma sed y estas miradas
y estos súbitos sueños afligidos.

En ellos tengo estirpe y a ellos suena
mi solitario corazón, y sigo
levantando silencios de ansia y pena
mientras la luz futura va conmigo.

Éste es mi edén, mi mundo,
mi cárcel, mi paraíso, mi congoja.
Mi agua y mi sed. Mi carne. Mi fecundo
campo. Mi estil llanura seca y roja.

Aquí está el árbol hondo de deseos y sueños
y el surco donde acaso se pudre el pan temprano.
Y está un rebaño pobre en apriscos roqueños,
y hasta el hueso sombrío acechando al hermano.

Aquí está el paraíso de las rosas
y el destierro del cardo y de la ortiga.
Y el cielo del amor que aún alienta en las cosas
y el infierno del odio, como una mala espiga.

Éste es mi edén: la tierra que me gano.
La tierra que nos come poco a poco y nos gana.
La que vemos hermosa y azul bajo el verano
y hermosa y triste vemos una blanca mañana.

LE, 23-25 (04, 53)

LO DEMÁS ES SILENCIO
Fragmento

GABRIEL CELAYA

PROTAGONISTA

Mis palabras son tristes, aunque yo no lo quiera,
y el mundo, cuando escucho, sólo exhala un gemido.
Mas si es verdad que aun quedan seres esperanzados,
y hay madres que sonríen con un niño en los brazos,
y hay obreros heroicos, y hay hombres que planean
seriamente inocentes un mañana de gloria,
negaré la evidencia, callaré lo que pienso,
dejaré si es preciso de ser quien soy por ellos.

CORO

He visto a la muchacha temblorosa de lluvia
y he visto al campesino de fibra retorcida.
He visto al escribiente –¡tan triste aunque él lo ignore!–
y he visto al viejo loco que les habla a sus muertos.
He visto en unos ojos de niño qué es el hambre,
y he visto en unos ojos de madre qué es el miedo.
He visto la vileza del dolor y el espanto.
He visto y tú me has visto maltratado e indefenso.
Mas he aquí que me anuncian la nueva edad del hombre,
y una alegre noticia, y un sencillo evangelio
congrega sin fronteras a todos los que sufren,

articula en palabras el informe quejido,
dispone en batallones las selváticas fuerzas,
conduce a los dolidos, bendice sus demandas,
dignifica el trabajo del grande y del pequeño,
nos rescata del limo, nos despeja el futuro.

PROTAGONISTA

No diré mi secreto. No diré lo que pienso.
No enturbiaré el espejo de los esperanzados,
ni el sueño de los niños que aspiran a ser hombres.
Retendré entre mis dientes apretado mi grito,
y acaso de ese modo vuelva a sentirme puro,
y a fuerza de negarme, me perdone a mí mismo.
No sé qué culpa antigua me exige un sacrificio.
No sé qué me avergüenza cuando un niño me mira,
y un obrero se ríe, y una pobre criada
pavonea dichosa su traje de domingo.
Una inmensa ternura me arrasa y me deslíe.
Quiero ser en los otros. Quiero morir por algo,
perderme con provecho, descansar del que he sido,
pensar que mis problemas personales son nada
junto a ésos tan pequeños, tan terribles, vulgares,
del pan, de los zapatos o de las medicinas
que a otros hombres les faltan mientras yo filosofo.
Mentiré santamente que aún les queda esperanza,
callaré lo que sufro porque sólo es miseria,
y en la paz de la muerte luminosa y flotante
quizá alguien se incline sobre mí y me dé un beso.

LE, 23-25 (04, 1953)

LO QUE YO PIENSO SOBRE ELLO

EUGENIO DE NORA

Como suele decirse: "El incidente ha terminado".
La canoa del amor se ha roto
contra los escollos de la vida corriente
VLADIMIR MAYAKOWSKY

[I]

¡Circulen! ¡Nadie mire!
Los pitidos caían
sobre la indócil plebe, y el chasquido, el mandato,
la arrastraban al orden con nudos corredizos,
como en las pampas los caballos.

¡Paso!
Una sirena huyó, silbante,
corriendo con un muerto camino de la muerte.

¡Ya no vive, ya queda, ya es morada, la sangre!

¡Circulen!
Van tacones, llantas veloces, trajes,
sobre el suelo piadoso. Las ventanas, en fila,
no se abren.

II

Pero manos prudentes, con anillos de perla,
levantaban jardines de papel sobre el mundo.
Y se oyó en su asamblea:
"¡Oh, la luna, poetas!, ¿quién dirá su hermosura?
¡Circulad, pues, con ella
al país de la rosa sin duda
donde ¡oh, Celia,
yo adoro la luna!"

Esto decían dientes con insignias de plata,
mascando, en las butacas del lugar del suceso.
Lo decían, sentados.
    Pero todos pensaban
en la sangre del muerto.
Aquel hombre venía revisando las manos,
libertando sortijas que aumentaban el cielo,
disparando relojes hacia un gran mediodía.
¿Solo? ¿Entre multitudes? Todavía es misterio.
Aquel hombre venía.
Y se supo qué dedo
señaló: cuántas manos hicieron fuego a un tiempo;
a quién correspondía cada mancha sangrienta.
(¡Pero, entretanto, rosas, más luna, tropos hechos,
y que todos circulen!
    Los poetas
no dirán lo que vieron.)
Yo, con los ojos fijos en el suelo piadoso,
iba ascendiendo escalas por la sangre sin dueño.

III

Seguí calles y calles. Paseaba
la muerte y sus vestigios.
Salían gentes del trabajo. Era de noche.
Encontré a dos viejos amigos.
–¡Celebremos
la amistad, compañeros!
Largamente bebimos
vino y tiempo de infancia.
Y del brazo, en la plaza,
nos enteramos de lo sucedido.

IV

Con un solo disparo se eliminan los muertos.
Pasa todos los días, y no en secreto.

Pero esta sangre es de un hombre vivo
que luchó con la muerte, y fue vencido.

Y es por amor, poetas, que hizo eso,
por un amor sin figura ni cuerpo.

Sabía que morir no es mejorar de sitio,
pero aceptó ser puente en un camino.
Así, soltando las anclas del Tiempo
hacia el futuro, ha sido muerto.

Sí; la canoa del amor se ha roto.
¿Qué edificar con astillas de odio?

V

Pero aquel incidente nunca habrá concluido.
¡Sabedlo bien, hombres de los anillos!
¡Nadie está libre de la sangre que ha vertido!
Podemos todos circular, podemos
escupir, o callar, o remedar suspiros.
¡Podéis clavar las puertas, las ventanas del cielo,
cuando pidiendo un rifle pase descalzo un niño!
¡Todo ha de ser inútil!
    ¡Aspiraréis la muerte
del fondo de la tierra; subirá como un ruido
tiñendo las paredes y los libros!
¡No hay escape!
    (En verdad,
todo está escrito.)
¡Bienaventurados los puros de corazón, que cumplen el mandato
pero ay de los malditos,
de los que están en deuda con cuerpos enterrados,
de los que desnivelan la muerte con la muerte,
y creen que el incidente ha terminado!

LE, 23-25 (04, 1953)

SONATA EN BLAU MAJOR

XAVIER CASP

La mar s'estava verge de tan amiga!
El seu blau era tendre, com una ona
sense llavis d'escuma que apassiona
ni pruïja de platges a la fatiga.
Alenava el silenci que apassiona
bressolant-li esperances a la fatiga,
i la sina enverdia de tan amiga
sobre un tendre blau verge com una ona.

La brisa duia ales a la fatiga
per albirar la platja que apassiona,
puix la mar s'entendria com una ona
blava en tot i en tot verge de tan amiga!

LE, 26-28 (07, 1956)

CEMENTIRI DE SINERA

SALVADOR ESPRIU

I

Pels rials baixa el carro
del sol, des de carenes
de fonollars i vinyes
que jo sempre recordo.
Passejaré per l'ordre
de verds xiprers immòbils
damunt la mar en calma.

XIV

Cristall, memòria,
remor de font, de clares

veus allunyades.
La llarga tarda miro,
amb pauses d'or i somni.

XVII

Ai, la negra barca,
que per mi vigila
des de la nit alta!
Ai, la barca negra,
que ve pel meu somni
del mar de Sinera!

La veu de la dama,
lluny del temps. Escolto
la cançó de marbre.

XXV

A la vora del mar. Tenia
una casa, el meu somni,
a la vora del mar.

Alta proa! Per lliures
camins d'aigua, l'esvelta
barca que jo manava.

Els ulls sabien
tot el repòs i l'ordre
d'una petita pàtria.

Com necessito
contar-te la basarda
que fa la pluja als vidres!
Avui cau nit de fosca
damunt la meva casa.

Les roques negres
m'atrauen a naufragi.
Captiu del càntic,
el meu esforç inútil,
qui pot guiar-me a l'alba?

Ran de la mar, tenia
una casa, un lent somni.

LE, 26-28 (07, 1956)

EL AMOR

JOSÉ HIERRO

II

Alguna vez, un alma halló
el alma que la completaba.
Cuando los cuerpos se tuvieron,
olvidaron que había alma.

No llegaron a lo que dura,
y gozaron de lo que pasa.
Luego se fueron, dividieron
el caudal de su única agua.

DLE, 4-5 (10, 1963)

MÉS

CARLES RIBA

Dame un vasito de sed,
que me estoy muriendo de agua.
Anònim

El futur no dóna temps,
el bes no dóna esperança;

només l'amor dóna amor,
només la set dóna aigua.
El nostre dia és profund
com el cor del qui s'arrisca
a ser feliç; en el joc
creixen, vencent, les pupil·les.

Tot el món llavors hi cap,
oh gloriosa beguda!
L'atzur, amb estranys ocells,
marca la mida i l'ajusta,

Ai aigua que fa morir!
–de tan pura no s'hi pensa.
Set que salva i que no es vol,
quan passa pel cor tot sol
vera com una tempesta.

DLE, 4-5 (10, 1963)

OÑAZEZ

GANBOA TAR'JOKIN

Miñ dagite nere biotzan
Oñaze azaleziñak,
Oroimin antzo,
Eragin sakon,
Naigo aseezkorrak.

Lauso artean nabaritako
Ames gozo oldegiña...
Goiko Aita'ren etxe urrutitsu
Gogo begiz itzautzia...
Amets gelgarri..., oroimiña?

Lokatz ta aragi gain jeikitzeko
Eragin sakon ertsia...

Aita'gan dagon Maitasunaren
Naiasarre aseezkorra.

Aita'gan dagon Maitetasuna,
Semea'gan dagoana...,
Bere aragizko semeen arte
Itz Donea'k edatua.

Maitasun zintzo sakon samurra
Gizaseme guztientzat...
Maitasun zintzo, samur sakona
Nere leñuko anaientzat...
Maitasun zintzo sakon samurra
Oñazez datzan Amarentzat,
Gure Sorterri maitearentzat.

Emaiguzu, Jauna, olde iraunkorra,
Adore kemen, zintzotasuna,
Gure ekitez lortu dezagun
Gizon ta errien azkatasuna
Gizonak bait-du noraezeko
Gogo ta soinez aske izatea,
Maitasunarren lortu izateko
Lokatz ta aragin menperatzea
Ta bide onezaz, beiñ ta betiko
Aita'rengana iritxitzea.

CON DOLOR
[*versión castellana*]

JOAQUÍN DE GAMBOA

Hay un dolor en mi alma,
Es un dolor inefable,
Es nostalgia, e impulso,
Es anhelo insaciable...

Nostalgia de la Casa lejana del Padre...
Presentimiento o recuerdo,
Que entre brumas se abre...
Impulso de alzarse sobre barro y carne,
Anhelo insaciable de buscar el Amor
Que siempre está en el Padre...

Amor que está en el Padre,
Y en el Hijo,
Y en su verbo perdurable,
Amor que se extiende
A sus hijos de carne.

Amor para todos los hombres,
Mis hermanos de carne,
Amor fuerte, muy fuerte
Para los de mi sangre,
Para mi pueblo que sufre,
Para la Patria que es Madre...

Infúndenos, Señor,
Un ardimiento noble,
Incontenible impulso,
Valor inquebrantable...
Para luchar sin descanso
Por la Libertad del Hombre,
Que sólo siendo libre
Vence barro y carne,
Y llega hasta el Amor,
Que siempre está en el Padre...

DLE, 4-5 (10, 1963)



La vida en el exilio

Jóvenes escritores

DIARIO DE UN ADOLESCENTE

A. FERNÁNDEZ PASCUAL

12 de septiembre: He recibido carta de mi madre. En ésta no hay esas series de consejos que tanto me desazonan, ese machaconeo de advertencias y recomendaciones que, a seguirlas, no dejarían suelto ni un hilo de mi vida. Ésta la he sentido tierna y dulce con una caricia, con cierto respeto hacia los diez y ocho años que acabo de cumplir. "Ya eres un hombre, me dice, pero yo no acabo de creerlo." Todo su afán es que la carta llegue a tiempo, en la mañana misma en que dé yo ese salto imaginario de una a otra cifra, tan pequeñas aún para mí, tan grandes para ella que me querría siempre niño.

Sin saber por qué, este papel moreno, lleno de su letra pequeña y tierna, como doblada de sufrimiento, me ha puesto triste. He querido recordar su cara y la siento perdida en una lejanía de nieblas donde se confunden mis recuerdos. Sólo sus ojos, o mejor aún, su mirada, está presente en mi memoria, pero a veces dudo si no será invento, imaginación mía más que recuerdo verdadero.

Y lo extraño es, que mi paisaje de infancia, aquella plazoleta con acacias, aquellas casas viejas, torcidas, como apoyadas unas en otras, y aquella tapia de las Clarisas enjalbegada y llena de enredaderas y geranios, están en mí como una estampa fresca recién impresa en la memoria.

Éstos son mis únicos recuerdos sobre España, éstos y aquella mujer tirada como un saco en medio de la calle, que se quejaba débilmente mientras iba vaciándose de sangre. La vi cuando salíamos de un refugio, después de un bombardeo, la tarde en que me llevaron a despedirme de tía Águeda, que quería verme la víspera de mi salida para México. Tía Águeda se pasaba la vida en un sillón de ruedas, que recuerdo, así como sus manos pálidas y largas, afiladas; pero eso es todo, porque su cara se ha borrado también de mi memoria.

15 de septiembre: Ayer terminé *La Vida de Don Quijote y Sancho* de Unamuno. Lo he leído penosamente. No lo entiendo bien y eso me encoragina, pues debe ser mía la culpa. Don Emilio me dijo que debía leerlo y releerlo para ir entrando en la manera de ser de España. Ahora estoy con Azorín, con su *Castilla*, y éste sí me gusta, casi diría que me apasiona, porque leyéndolo, me ocurre que me parece que recuerdo, y que todo aquello lo he visto antes y sale de mí y no de las páginas que tengo entre las manos.

19 de septiembre: Hoy he paseado con Aurora. Se marcha a España reclamada por sus padres. Está muy triste, tanto como yo, que al despedirnos he sentido como si algo se me rompiera dentro. Dice que irá a ver a mi madre, que me escribirá mucho, y que espera que yo pueda ir pronto... La verdad es, que por unos momentos he deseado irme también, que sigo deseándolo a pesar de Franco... Ahora pienso, si no será que ella... ¡Cualquiera sabe! Desde hace una temporada todos mis sentimientos son confusos, tumultuosos, y no como antes que todo me parecía claro y sencillo, amable como una postal iluminada.

Ya hasta la política me preocupa. ¿Qué hacemos aquí? Los mayores no hacen más que reñir entre ellos. Yo odio a Franco porque ha matado a mi padre, porque creo en la Libertad, porque aborrezco la injusticia, pero, ¿qué hacemos aquí, si todo el tiempo se nos va, o se les va, en hablar mal los unos de los otros? ¿No sería mejor hablar menos y hacer algo? ¡Cualquiera entiende a los mayores! Y es que me ha entrado una prisa tremenda por volver a España. Debe ser por Aurora, porque en ella pienso como no he pensado nunca en mi madre, y debiera darme vergüenza...

LE, 2 (11, 1946)

Ver para vivir

EL OTRO PAISAJE

DANIEL TAPIA

Un vicio o una virtud nos ha deparado el exilio a los españoles. La virtud o el vicio de la doble visión. De tal suerte que nos está prohibido el ver y considerar un solo paisaje, el que naturalmente se ofrece a nuestra

mirada. Apenas los contornos de este paisaje son captados por nuestros ojos, cuando al ir a reproducirse en la retina encuentran ésta ya ocupada por otra imagen. Parece como si el nervio óptico se adelantara y transmitiera oficiosamente a la retina la imagen que ha de recibir de ella. Uno es el paisaje que vemos y otro el que llevamos dentro. Extraño fenómeno. No tan extraño si lo consideramos en razón de nuestra nostalgia. Dícese de aquellos que sufren la amputación de un brazo o una pierna que, en ocasiones, experimentan dolor en aquella extremidad que les falta. De igual manera se diría que los españoles hemos sufrido la amputación bárbara y despiadada de nuestra visión. No vemos o no queremos ver nada que no sea España.

Ver y evocar. Y lo que es más: no llegar a ver en fuerza de hacer vívida la evocación. No se diga ahora, ojos que no ven, corazón que no siente, ya que ha sido de tanto sentir como estos ojos de los expatriados han llegado a no ver cuanto les rodea y a permanecer en la ardorosa tiniebla de la espera, ardorosa por esperanzada.

A veces, la evocación es tan nítida, tan agudo el dolor del miembro amputado, de la facultad perdida, que vence y se superpone a la visión directa, a toda otra clase de dolor. Sentimos en nuestros ojos el roce de esa arenilla que nos escuece y quema, y somos como esos viajeros a cuyo regreso no se acierta a distinguir si es que vienen llorando o si se les saltan las lágrimas de alegría. No vemos o no queremos ver sino el allí. Como no oímos sino la voz lejana, tan próxima en nuestro interior, tan familiar, y que, semejante a la voz de la inspiración, parece como si nos inundase naciendo de nosotros mismos.

Prueba del fenómeno a que aludo, prueba palpable –de ver y creer– es la que nos ofrece el pintor español, españolísimo, Antonio Rodríguez Luna, quien no pinta lo que ve, sino lo que oye, lo que oye por dentro. La procesión. Es decir, el éxodo.

En efecto, en sus motivos pictóricos no aparece nunca lo que sus ojos ven, antes bien aquello que precisamente no pueden ver, lo que, a pesar de todo, no pueden dejar de ver.

¿Y cuáles son esas voces interiores que no puede eludir el exiliado? Un poeta español, "expatriado en México", Juan José Domenchina, también nos habla de ellas. Sufro, nos dice, "ultranostálgicamente, la divina querencia de la metrópoli de nuestro idioma y la llamada –las voces apremiantes– de mi tierra nativa".

¡Las voces apremiantes! Ellas nos revelan cómo del exiliado al místico no hay más que un paso, si lo hay. Empeñados ambos en la búsqueda del otro mundo entresoñado, de ese otro lugar del que se procede o al que se aspira, no hacen sino evocar el Paraíso perdido. ¡Vivir para ver! No, vivir para ver, no, sino ver para vivir, volver a ver para resucitar.

Y es de nuevo ese volver los ojos al cielo, que es porvenir y pasado, lo que hermana al místico y al español en el destierro. Y así como Santa Teresa dejaba de ver las murallas de Ávila cuando sentíase acometida del supremo goce de sus éxtasis, así nosotros dejamos de percibir, cuando el sumo dolor nos acongoja, los grandiosos límites del transparente valle del Anáhuac, cárcel de cristal. Vivir sin vivir en uno. Imaginar hasta llegar a ver, y ver para no morir. Imaginar ejércitos donde no los hay como don Quijote o ínsulas más o menos Baratarias, como la que le fue dado ver al bueno de Sancho. Ver a España en todas partes, en una flor, en una palabra, en un paisaje.

Así la vemos desde tan lejos, los españoles en exilio. Y cuando salimos del recinto urbano al campestre, que para nosotros es recinto también, coto cerrado, nada nos distrae de nuestras obsesionantes meditaciones. Por el contrario, cada cosa no acierta sino a evocar otra, a despertar su imagen y semejanza. Ensimismados, la contemplación tórnase en mirar introvertido, y el otro paisaje suplanta al que tenemos delante. Pongamos un ejemplo.

Piense el lector que se halla en Taxco. La iglesia de Taxco, torturada y barroca, semeja una orquídea salvaje. Taxco, como Jérica, como Jilet, como Navajas... como Jerusalén, es un pueblo de jardines, de huertos. Pueblo callado, sumiso, trasunto de aquellos otros que han acudido inmediatamente a nuestra memoria. Hemos visto en seguida las doradas torres de Valencia. No sólo las torres. También aquellas cúpulas de loza azules y blancas, por las que treparía, para deslizarse luego descalzo, Vicente Ferrer, y que interrumpen aquí y allá el verdor de la vega valenciana. Jérica y Viver son pueblos calientes y olorosos de dulce serranía, y todo trasciende en ellos a pasajes bíblicos. En Viver, allí donde la arboleda da principio, están los apóstoles. En Jérica, donde el arroyo nace, está la Samaritana. En Navajas, las rosas. En Segorbe las espinas, la sangre, el bullicio, la romería de los no creyentes. Segorbe es un pueblo de greda, de gritos y blasfemias. De Segorbe al mar, el paganismo se acentúa. En Jilet huele a azahar. En

Torres son las bodas. De Sagunto a Tabernes Blanques, a Masamagrell, son los carros, la última ola polvorienta del Mediterráneo.

Al aproximarse a Taxco se escucha un martilleo constante, como de orfebres, como de cirineos martillando la cruz. Repique beato, de treinta monedas, una tras otra, contadas y recontadas mil veces para ver si está cabal la traición. Mas el tañido, por persistente que sea, cesa al trasponer la sacristía, a la que puede llegarse directamente desde la calle. Dentro, en la penumbra, clarean unas flores enormes, tumefactas. Flores heridas, enfermas por excesivo crecimiento sin sabor ni olor.

La sacristía está llena de bancos de escuela. Igual pobreza del pupitre y del reclinatorio. Pobreza, en suma, de alma en pena que se arrodilla para aprender o para implorar la caridad de lo alto, como un riego benefactor. Religión de mendigos conformes con sus harapos y su sino humano, a cuestas con su humanidad doliente y lastimera de llagas y ofrendas. Mendigos castellanos. Obispos leprosos de rostro leonino a punto de agrietarse como las henchidas granadas de Orihuela.

Ya se van viendo en la sacristía los cuadros, que se recortan, negros de humo y de imperio, en lo albo de las paredes. Hay tres prelados, misioneros o conquistadores, de todo tienen, los tres en la misma postura, en la de llegar al Monasterio de El Escorial y quedarse suspensos ante la grandiosa fábrica, postura y ademán que indudablemente sólo se reprodujeron al hallarse ante el milagro exuberante de la tierra de Indias, a este otro lado del mar, tan lejos del Guadarrama, de Gredos, de Extremadura.

Hay, en uno de los ángulos de esta sacristía, un espejo, no para mirarse, que sería tentación o vanidad, sino para trasponerlo, pues es practicable y por él se pasa, se filtra uno, a otra habitación clara, con luz de buhardilla hacendosa, cuarto como de costura, tal el de las hilanderas velazqueñas, tan lejos también.

Y allí, en aquel cuarto o leonera, leonera sacramental, foso de los leones donde fuera arrojado un Daniel de tierras de Morelia, con el paladar hecho a los ates y la cajeta moreliana, no al ardiente arrope alicantino, a los dátiles de Elche, está Jesús, jinete en un burro de cartón, vuelto contra la pared, sin arreglar como muñecón que esperara las fiestas para salir, entonces sí, de cara a la muchedumbre, por las empinadas callecitas de Taxco.

Jesús está envuelto en una túnica morada y muestra una cara de tener poco público. A su lado hay una caja de costura con los abalorios

para ataviarle cuando llegue su día. En la pared, colgado puede verse, con sus cintas, un sombrero de pescador con el que Jesús, protegida su cabeza del implacable sol, podría atravesar de puntillas, leve y alígero, la tersa y quemante superficie del lago de Pátzcuaro.

Al abrirse la puerta –el espejo– ha entrado un golpe de aire, conmoción bastante a tronchar la palma que lleva el Cristo en el agujero de una de sus manos, la que extiende, la de ciego –pues su reino tampoco es de este mundo–, la de levantar a Lázaro y sacar al caminante de la cueva de su ceguera carnal para sumirle en la otra, en la de su asombro ante el milagro que le muestra la nueva realidad, la ensoñada o presentida, el otro paisaje.

La mano que sujeta las bridas de su cabalgadura es una mano torturada, de don Quijote que avanzase tomando por molinos las aspas que se dibujan en la cima del monte Calvario.

No podemos nosotros regresar a la próxima realidad de un modo brusco. El sueño nos ha llevado esta vez más lejos y por un momento nos creemos ya en España, viendo desde España, México, pues condenados estamos de por vida a esta doble visión, vicio o virtud que nos seguirá adondequiera como la sombra al cuerpo. Ya allí, y aun antes de que miremos lo que tanto anhelamos ver, sentiremos grabarse en nuestra retina, de dentro afuera, los paisajes de aquí, la flor, el árbol, la palabra de esta tierra tan pronto ubérrima como desolada, hospitalaria y dulce siempre.

LE, 4 (03, 1947)

Ver para vivir

DON QUIJOTE DESTERRADO

DANIEL TAPIA

Don Quijote y Sancho de camino. Quiere decirse que ambos aspiran a la felicidad, pues nada le es más consustancial a ésta –bien mudable por excelencia, para ser cogida al paso– que ese dejarse estar o dejarse ir camino adelante. No hacen cosa distinta don Quijote y Sancho. Es decir, sí: hablan. Lo que viene a ser uno y lo mismo. Salen en busca de aventuras, no en pos de ésta o aquélla, al albur, ávidos de la que toparen, de la que haya salido a su vez en busca de ellos. Salen al encuentro

de la vida misma. No de la verdad, sino de las verdades que les salten al paso de su discurso, de su charla inacabable. Una brizna es la felicidad.

Parece como si el hombre, al caminar, tornara más a su ser primero, como si todo camino fuese un camino de regreso. Concluido el paseo, el hombre da muestras de hallarse más seguro de sí, de sus razones, de las que le asisten para vivir, para seguir viviendo o seguir caminando.

De ahí, de ese caminar incesante, la sencillez y naturalidad que fluyen de la obra cervantina. Semeja éste, haz o ramillete de flores silvestres, mosaico de piececillas incontables divinamente combinado y no torturada y mística azucena, pieza única insólita, intrincado artificio.

Tropiezan don Quijote y Sancho con pobres gentes, con cabreros y galeotes, con la vida misma, cuando no con rebaños, o simples polvaredas. Ése es el mundo. El suyo y el de todos. Porque lo que pasa en la Mancha es lo que pasa en el resto del mundo. Y lo que sucede entre don Quijote y Sancho es igual en un todo a lo que acontece dentro de cada cual.

Converso con el hombre que siempre va conmigo

¿Qué ha hecho entonces Cervantes? Sacar al exterior el diálogo que se verificaba dentro de sí, descubrirnos al hombre que llevamos siempre con nosotros. Del mismo modo que Santa Teresa saca y exhibe su monólogo interior.

Quien habla solo espera hablar a Dios un día

La endecha a Dios en Santa Teresa es discusión humana en Cervantes, empeñada dialéctica sobre el yermo paisaje manchego. Allí no se trata sino de sacar a la luz lo que de verdadero pueda haber en el hombre. ¿Cómo? Iluminando sus dos mitades, su don Quijote y su Sancho. Y esta humana carnosidad, estos dos gajos de un mismo fruto aún han de ser comprimidos para que mane de ellos el rezumo de su sabiduría, bien por boca de Sancho o mediante el improrrogable y altivo discurso

del andante caballero. Andante y pensante, pues sería la del alba cuando el cerebro de nuestro señor don Quijote púsose a caminar como río que se saliera de madre.

No hace, pues, Cervantes nada mejor que dar cauce a sus ansias de correr mundo. Cauce incierto, natural, comparable al que cavan para sí los propios ríos. Por la línea de menor resistencia marchan Don Quijote y Sancho como gotas de agua, como agua, como lágrimas que resbalaran sobre un cristal hasta caer en la árida tierra y ampararla, caminando a la deriva, habla que habla.

Así han llegado a México, los hemos traído a México, ya que cada uno de nosotros los lleva dentro de sí, los sabe en su interior desde que Cervantes los alumbrara y situase para ser vistos. Hermanos son don Quijote y Sancho, hermanos inseparables, de dicha e infortunio. Aquí están, en México, avanzando a ciegas sobre la polvorienta y movediza llanura de Texcoco. Gigantesco ejército ha de ser el que se les viene encima, pues ya la tolvanera les nubla el horizonte y les envuelve en su plomiza calígine. Apenas puede respirar don Quijote y apenas si Sancho, más recio, acierta a tenerse en la silla de su endeble cabalgadura. Algún singular y malintencionado enemigo parece haber hecho de ellos sus víctimas, y tras de haberles derrotado con malas artes ha sido su voluntad depositarlos a este otro lado del mar. Por medio de tan imprevisto encantamiento, don Quijote y Sancho han salido fuera de su patria y hállanse a la verdad absortos ante el milagro y peripecia del destierro, tan español por lo demás, pues se diría que no se es completamente español, español cabal, sin la dimensión que aporta el destierro, y que no es otra que la de vivir en vilo, fuera de sí.

Vive Santa Teresa, dentro de sus hábitos, deshabitada, ausente de su casa o alma puesto que vive en Dios, en vilo sobre su patria, sobre la que gravita, a la que caerá fatalmente al cesar la extática inspiración que la fuerza al ascenso vertical sobre los prados de Ávila, sobre sus murallas, que trazan a sus pies el círculo en sí. Y son las murallas como el cinturón de castidad, como el brocal del pozo en el que se reflejase desnuda la verdad, no ella, la santa, tan recatada y pudorosa.

Pero don Quijote y Sancho, más montaraces y apegados a la tierra, se han ausentado de la que les vio nacer con sólo desplazarse en sentido horizontal: de un razonamiento en otro. De tal suerte, que sin remontarse adviértense fuera de su órbita, lejos de su centro, sin saber a

qué parte irán a dar con sus aporreados huesos. Terrible suplicio que cada uno de ellos soporta a su modo, según su manera de ver esa realidad de la que no se han separado un instante.

Prosigue el monólogo en Santa Teresa. El monólogo es la escala o el rayo de luz que nos llega y alumbra precipitándose desde lo alto, la escala de Jacob o el despeñado resplandor de la Anunciación. Pero en don Quijote y Sancho lo que prevalece es el sentido llano y horizontal de la vida, el del diálogo. Conversar es alejarse, obedecer las leyes de la perspectiva.

Todo desterrado habrá sentido al pisar tierra extraña distenderse esas dos cuerdas, la cuerda don Quijote y la cuerda de Sancho, y habrá oído su bordoneo patético con mayor nitidez y dolor que nunca. Pero este acorde, desgarrador al ser escuchado, es el único bien que le ha sido dable aportar consigo al desterrado, salvar del incendio. No es la memoria del andariego hidalgo nada propicia a provocar ausencias de nosotros mismos, antes nos clava en tierra y nos hace ver la realidad en torno, la tolvanera cegadora. Ha sido fuera de España cuando esas dos voces españolas, la de don Quijote y la de Sancho, han estremecido nuestra alma. Es como si la vieja herida se hubiera abierto de nuevo, como si se nos hubieran hecho patentes de súbito sus dos bordes.

No hemos querido someternos a caudillajes ni es nuestro afán averiguar a ciencia cierta a dónde vamos. Supuesto que no hay ciencia que sea cierta, ya que sólo de la incertidumbre y tanteo es de donde saca su fuerza para abrirse camino, para ser ciencia andante. Como don Quijote. Como Sancho Panza. No queremos saber sino que discutimos, que discrepamos. Discrepo, luego existo. ¡Opinar! Eso es lo que hacen libremente don Quijote y Sancho. Opinar es tanto como caminar, apartarse de un punto para volver a él o para mirarle desde lejos. Vivir en uno y para el otro, el interlocutor, el hermano contrario, de cuya deliciosa compañía no ha podido privarnos quien, rey o Roque, nos privó hasta del sustento, de nuestra base de sustentación, de la patria y del pan. No de los molinos... Ya parece verlos don Quijote en los confines de la llanura de Texcoco. Alzan sus descomunales brazos y avientan contra el aguileño rostro del caballero una nube de polvo. No se acierta a ver nada. La demasiada luz hace iguales los términos. Y al hiperbólico manchego, al que parece como si la tolvanera calara y entumiese, parecen habérsele venido encima los volcanes, de tal modo que si el auténtico gigante Briareo hállase sepultado debajo del Etna y de él son

los resoplidos y jadeos del volcán, ¿qué otros Briareos no imaginará don Quijote soterrados en los repliegues de esas montañas que ensombrecen el horizonte?

No ve, no quiere ver don Quijote sino lo feo, lo que le aviva y hace más dolorosa la memoria de España. Parece como si la fuerza de lo feo fuera mayor que otra alguna en lo que se refiere a cantar y subyugar el ánimo del hombre. Son las llagas otra vez las que hacen a los hombres hermanos. Avanzan don Quijote y Sancho por una callecita de barracas, con basura a un lado y otro. Al fondo se columbra la montaña sin alma truncada, el volcán apagado. No tiene nada de agradable aquella callejuela. No lo tienen otras muchas callejuelas de México. Pero de esta suprema fealdad, de la que nace una enorme fuerza de seducción, habrá que tomar las savias para crear una vida. Es en este paisaje horrible donde el español sitúa mejor a su pareja de desdichados. Es en esa inhóspita aridez repulsiva, pues a la callecita vierten los residuos del pulque que se despacha en las sucias cantinas que abren sus medias puertas al arroyo, en la que brota la flor de los caballeros andantes. Flor y cardo. Don Quijote y Sancho, agudo y punzante éste, lírico y exaltado aquél.

A medida que se adentran en la ciudad parecen distanciarse más amo y escudero. Por la calle de Donceles han ido a desembocar en la avenida Hidalgo, muelle y escombrera de la fealdad ciudadana. Todo es allí polvo y ceniza, y todo hállase a punto de derruirse, tal que si la ciudad decrépita no pudiera soportar a la que nace y la invade. Cruzan la calle hombres deshauciados, que no se sabe si vienen de las librerías filosóficas de viejo o van en busca de las funerarias de segunda mano, donde se exhiben los ataúdes con sudores añejos, de anteriores *muertitos*. El mercado de las coronas fúnebres separa una iglesia de la otra, de las dos que hay, y el olor a gardenia éntrase hasta el coro, llega hasta el último rincón de las casas de lenocinio que rodean el templo. Hállanse las iglesias roídas, como muelas careadas, a punto de que el vicio perfore las cúpulas y se adentre en la tenebrosa pulpa de la fe. Mira don Quijote –que rechaza las solicitudes de las plañideras mujeres de vida airada, el llanto sobre el difunto– los rótulos que lucen los balcones. Aquí, una enorme dentadura postiza muestra el bonete rojo, cardenalicio, de la encía. Allá, impúdicamente, en letras doradas sobre fondo negro, igual que en las cintas de las coronas fúnebres, se pregona la enfermedad secreta, que deja de serlo, y lo que

es peor, lo que ya no es secreto para nadie, que el doctor ejerce su profesión sin título.

A un lado los muertos, los libros que dejaron; al otro los deudos con sus diagnósticos debajo del brazo, aviados ya, reconocidos y descubiertos. Y las enfermedades que padecen o padecieron se diría que flotan en el aire, que se respiran.

Va don Quijote meditando en esta confusión de la vida y la muerte, y siéntese como enervado. En México hay siempre una especie de ansiedad, el presentimiento de que fuera a pasar algo y algo terrible, una perenne inquietud, tal que si el orbe entero estuviera ya en sazón para quebrarse y entenebrecerse. Esta sensación de inestabilidad, de ver el mundo como una cáscara que va a crujir, creo que no se experimenta en parte alguna que no sea México, donde todo podría venirse abajo en un momento, sin previo aviso. Ya se deshace la ciudad a nuestra vista, abriéndose en grietas, desmoronándose, reintegrándose al polvo que fue.

Y este sentimiento de zozobra aún lo acentúa más, hasta hacerlo insoportable, el creciente y decreciente silbido con que de vez en vez se anuncia la ambulancia de la Cruz Verde, la prisa tras el percance, penúltimo suspiro del que organiza y pide ser llevado con toda urgencia de la Ceca a la Meca.

Se le ha metido hasta las entrañas aquella estridencia lúgubre a don Quijote, que anhela volver a España como anhelaría llegar a una sombra, mientras Sancho, avezado al sol, absorto ante todo lo que ve, encandilado, tan pronto mira los frondosos árboles de la Alameda, como se detiene a contemplar, extasiado, ese puesto de refrescos donde se ofrecen, para calmar la sed, bebidas de colores apenas registrados en el espectro solar: fresa infrarroja o zarzaparrilla ultravioleta. Hay a un lado, en unos vasitos que debieron ser utilizados para lamparillas, unas jaletinas bicolores, posado lo blanco en el fondo, el colorante en la temblorosa superficie.

Pero ya se unen amo y escudero y ya la discusión se enciende. Se ha encendido también a Poniente una veta rojiza, sangre derramada de la herida que nos separa, que separa a nuestros don Quijote y Sancho de España.

Recuerda Sancho, con deleite que es bastante a turbarle, ganada ya su voluntad –es decir, enajenada, perdida– por esta tierra que visita, la vegetación asombrosa, agobiante, de Córdoba, Ciudad Mendoza, Fortín y Orizaba; las peladas cumbres de Maltrata. No ha visto todavía

don Quijote los misérrimos barrios de Peralvillo, Tacuba y Azcapotzalco, abrasadas afueras de la ciudad, orillas del viejo lago.

Vive don Quijote forzado por el prurito de regresarse a sus fealdades manchegas, y Sancho pugna por acomodarse. Echa de menos don Quijote a su cura y barbero, a su ama y sobrina. Echa de menos las bardas del corral y la venta o castillo, la basura e inmundicia de su solar patrio. Echa de menos incluso a los encantadores que dieron al traste con su enderezada vida. Lo añora todo, hasta los libros que le volvieron el seso, que le hicieron liberal. Pues no sólo quiere volver a España, sino volver a ella con la misma locura con que se marchó. Volver tan loco como antes, tan obstinado y terco, sin ceder en un punto. Piensa más en todo eso que en la propia Dulcinea, pues no ve otra señora de sus pensamientos que su tierra nativa, a la que idealiza y ensalza sobre toda otra.

Camina Sancho a su vera y va viendo lo que su amo deja de ver. Gústale a su ánimo aventurero el visitar nuevas tierras, entre las que acaso sueña hallar su ínsula, y va poniendo minuciosa atención en todo. Le gusta México, y aun hace que repare su señor en que mucho de cuanto buscaba allí tan inútilmente, acá se le viene a las manos. Halla Sancho una libertad que se toca, una dulzura y apetitosa felicidad. Claro que piensa en su Teresa y en Sanchica, pero piensa en ellas con el propósito de traerlas.

No ve o no quiere ver don Quijote lo que Sancho le muestra, pues todo se le vuelve que necesita gigantes con quien entendérselas. No quiere lo fácil. Y conste que ha hecho don Quijote buenos amigos en México, pero ha sido entre aquellos que sostuvieron y estimulan su divina terquedad. "No hemos venido a esta tierra para quedarnos –parece ir a decir, como Santa Teresa–. Sancho, no te apoltrones."

Pero el tránsito se prolonga, el éxtasis dura demasiado. Con ello se hacen más pesadas y victoriosas las razones del escudero a su amo. Confuso y apabullado hállase éste, pero no vencido. Su figura, su triste figura, se yergue desafiante aún, y sus ojos, fijos en la franja del cielo, ven más allá de la tolvanera. Día llegará... Día llegará en que el caballero regrese a su patria –bálsamo o unto para las contusiones del alma– y pueda repetir al bueno de Sancho: "Si no me quejo del dolor es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna aunque se le salgan las tripas por ella."

LE, 5 (07, 1947)

JOSÉ M. GALLEGOS ROCAFULL EN "SÉNECA"

ABENÁMAR

Lleva quien deja y vive el que ha vivido...
A. MACHADO

En la redacción de *Las Españas* se habla de las colaboraciones recibidas y de lo que falta para completar el número. Luego, del Papa recristianizador. Anselmo Carretero opina que debiéramos pedirle a Gallegos un trabajo sobre la humanísima figura de Juan XXIII. Hay, huelga decirlo, asentimiento unánime. La duda de si podrá hacerlo o no, nos lleva a recordar anécdotas, maneras, calidades de nuestro buen amigo, completamente ajenos a que aquella hora, precisamente aquélla, era la de su muerte. Pocas después supimos la noticia.

Para quien esto escribe fue un golpe sordo, aturdidor, que la razón contuvo fuera unos instantes:

"Todos tenemos que morir."

Pero la razón es sólo una herramienta, una facultad del hombre, buena para alzar andamios o parapetos de palabras. Por fortuna para lo esencial, éstos resisten poco y la noticia pasa a golpear en los adentros; leve al principio; en seguida, como el pulso en la sien, sobre la almohada, una vez advertido:

"Ha muerto Gallegos... Ha muerto Gallegos..."

En torno están los ajetreos del día: papeles, gentes, ruidos; el cotidiano ir y venir desovillando nuestras horas –¿o es a la inversa?–, y todo mustio, como mirado en turbio espejo al que falta a corros el azogue.

No dura mucho esta manera de mirar: lo indispensable, apenas, para desencallecer los ojos y posibilitar otra, a la vez niña y de antigüedad incalculable. Ésta llega más hondo, a donde "la palabra esencial en el tiempo" tiene raíz, es transparente.

Ahí, el "lleva quien deja y vive el que ha vivido" de nuestro don Antonio, no suena a bella y pobre consolación humana: suena a verdad.

Desde ese punto sentimos a Gallegos liberado por sí de la geometría temporal que vimos quieta, pálida, remota. Y otra vez vuelve su decir lento, como embridado por humildad ganada, en el que hay un leve son de melancolía o de sufrimiento serenado.

Gallegos no era alegre: bien sabemos por qué. Ser alegre es difícil cuando todo lo humano importa, entrañablemente y como dato.

Al Gallegos de los años últimos le veíamos muy de tarde en tarde. Seguíamos concordando en lo esencial con él, como en el ya lejano tiempo en que, junto con Bergamín, apadrinó, tácitamente, el empeño de *Las Españas*. Ahora, estaba lejos de nuestra manera *guerrillera*. Su tajo, valga el decir, era distinto, pero la obra de todos los hombres de buena voluntad es una.

En la *guerrilla* que fue "Séneca", Gallegos representaba el orden. Añoraba, sin duda, las filas de la Iglesia, el concertado, disciplinado hacer de que fue excluido por la jerarquía islamizada.

En esa editorial le conocimos; en ella preferimos verle. Y no sólo por ser parte de un grupo que el tiempo hace entrañable y la vida y la muerte han aventado. Cuenta, claro es, el recuerdo de tantas horas en las que el rescoldo romántico de nuestra guerra y la nostalgia de España nos daban un aire de familia, pero en medida menor que el hombre mismo. En el tiempo aquél, el hombre J. M. Gallegos andaba sin corteza sacerdotal, con el pulso humano a flor de piel, y ello lo hacía más cercano, más de barro y alma, a nuestros ojos.

La tertulia diaria de "Séneca" se reunía en un café moderno, cómodo y amable por casi siempre solitario. Estaba en la esquina sureste de Florencia y Londres.

Alrededor del mediodía anclábamos en él los "endobélicos", es decir, la apariencia normanda de Petere, todo españolidad en llamas, y mi lastrada pinta celtibérica. Luego iban llegando Halffter, Rodríguez Luna, Usía, Altolaguirre, a veces. No tardaban en aparecer Gallegos Rocafull y Bergamín por la esquina de Varsovia y Londres. Les veíamos acercarse a través del ventanal del fondo: éste, a paso corto y rápido, como inclinado a contra viento; aquél, al revés, erguido, con vaga reminiscencia de garbo andaluz en los andares. Poco después solía llegar Sánchez Ventura y, por fin... "el Diablo". El Diablo era, en amistoso decir de Bergamín y de Gallegos, nuestro nobilísimo amigo David García Bacca.

Además de los habituales, concurrieron de manera temporal o meteórica Oyarzábal, Andújar, Villarroel, Anguiano y tres o cuatro más de los que no guardo apellido ni trazo seguro en la memoria.

Se hablaba allí sin confundir razones con laringe; sobre la guerra en curso y nuestra común obsesión: España. Todos; de la *insantidad de*

Pío XII, todos menos Gallegos: de otras materias, ya no tantos. Y es que pesaba mucho aquella *plaza.*

Por lo demás, era gustoso oír la palabra viva, directa, sin retoque, que enfrentaba de sopetón con apreciaciones sustanciales o con maneras de ver insospechadas. Novela, pintura, poesía, la problemática del hombre, el nutrido acontecer de aquellos años, tal anécdota, esta figura, aquel carácter, las significaciones de un torero con vago olor a muerte –no únicamente suya, sino, también y más aún, de un paisaje vital entre zuloaguesco y barojiano–... todo era allí motivo de discurso.

García Bacca, llano, sencillo, mucha niñez en la sonrisa, daba impresión de preferir la charla amable, el "bocadillo" oral, lo volandero, a formas menos ocasionales y más densas.

Por claro y sereno –o serenado– se distinguía el juicio de Gallegos. Más persuasivo que brillante, menos ágil que hondo, impregnaba de sus razones y sus luces de manera suavísima, en un decir limpio, fluido, sin esquinas de yo ni pirotecnia.

Halffter hablaba poco. Cortés e incluso afable, daba sin embargo cierta impresión de lejanía. Por veces, se hubiera dicho extraño a las temperaturas españolas; espectador, tan sólo, de lo nuestro.

Rodríguez Luna sentía el destierro como algo que atravesándole las carnes le punzara a cada paso el alma. Él se lo hincaba más, lo revolvía para impedir el callo, ese desterrador definitivo.

Dar una impresión de Bergamín a vuela pluma sin que alguno de los que es se nos escape, no resulta sencillo. Hay en su ser plural distintos y aun opuestos modos, y no se les advierte de una misma raíz, como a los trece *otros* poetas que *pudo* ser Machado.

El de pie a tierra –directo, agudo, ágil, comprometido con su pueblo– es uno sin lugar a dudas; otro, el que anda por sonetos bellísimos más cerca de Santa Teresa de Jesús que de Quevedo, y otro más, el que desemboza sus hondones últimos cuando la duda se le apaga. De este Bergamín guardo un escrito.

Pero hay otros aún. Junto al enzarzado en geometrías verbales del más puro barroco, hay el Bergamín travieso, ácido, irritador, que zumba y gira o que se pone a disonar de pronto, no sé si por capricho o por rasgar el tedio. Y otro hay: el de nuestra tertulia de ayer, desvanecida en sombras y en ausencias. Éste siempre será cercano.

En aquel café cuajó una idea –callo a su autor por el momento– que suscribimos y rubricamos todos. De haber sido aceptada, es probable

que la España de hoy fuese distinta. Venía su eficacia de la hora, pero los llamados a presentarse en Madrid –y con ellos nosotros, queda claro– tenían mucho quehacer aquellos días. Quehacer *político*... de ése que ha hecho polvo tantas y tantas posibilidades españolas.

Manuel Altolaguirre tenía vocación de niño. Lo era, en última verdad. Sin duda, siguió de incógnito en el Paraíso hasta que la incipiente pelambre de sus piernas y la sombra del bozo le denunciaron al arcángel. Entonces fue expulsado; pero él se sentó a la puerta misma, puestos los ojos en un tiempo que era impasado para él y lo sería ya por siempre. En torno suyo le fue creciendo el hombre como una torre opaca. Recordad, si no, lo inseguro y vagamente torpe de sus gestos, y oídle: buscad en la memoria cómo sonaban sus palabras.

En nuestra tertulia tenía un cierto encogimiento; como de colegial novato se diría.

Pienso ahora que el hombre que llevaba a cuestas le chafó más de una vez su gorrilla azul, de marinero, y que él la restauraba siempre sacando fuerzas de ternura.

En la propia editorial había otra tertulia los domingos, "Las diez de últimas" se llamaba. Asistían a ella –en mi recuerdo– el doctor Bejarano, Rodríguez Luna, Castillo, Sánchez Ocaña, Villarroel, un andaluz al que decían J. J., Bergamín, Gallegos, Negrete, Usía, Jarnés –muy poco tiempo– y, de tarde en tarde, el que suscribe.

En esta reunión, más ligera y variovolante que la cotidiana, destacaban el gracejo de J. J., la agudeza de Bergamín, el endobelismo de Petere, la sal gorda, desternillante, de que hacía gala Bejarano y, por veces, Villarroel. Villarroel, cuando estaba en vena, o en laringe, se atrevía con el "cante antiguo", con el "hondo". Era su voz ahumada, densa, sin oficio y ponía en ella todo lo que sus hambres de España tenían ya de perentorio.

"Séneca", antes que una serie de bellas ediciones fue una pasión y un presentimiento; la busca instintiva de *otra* España. Mucho se hizo allí que ha trascendido en otro y otro hacer, que ha generado nuevas actitudes y ha disipado nieblas. Ciertamente, nada de esto figuró en estadillos y balances; y es que no cabe poner lo imponderable en cifras.

En aquella especie de editorial de inquietudes, comenzó a rebrotar el diálogo a impulso de Bergamín y de Gallegos. Pero, entendámonos: no el entrecruce de monólogos de tanta lengua sin oídos, sino el diálogo comunicador que nos entera, fecunda y humaniza.

Allí se intentó raer los sarros de lugar común acumulados sobre la realidad de España y mirarla en la escueta verdad de sus problemas. En qué medida se consiguió importa menos que el intento, revolucionario a todas luces. Hombres de Euzkadi, de Cataluña, de Castilla, de Andalucía, de Levante..., católicos y ateos, federales y centralistas, socialistas y republicanos, algún comunista incluso, dialogaron en el salón de "Séneca" o hubieron de ver su limitación monologal en el espejo amistoso y nítido que la palabra de Bergamín o de Gallegos ponía indefectiblemente ante sus ojos.

Con raras excepciones –sólo la de nuestro inolvidable amigo J. J. Domenchina consigo recordar ahora–, todos los valores intelectuales de la emigración española en México frecuentaron aquella casa: los más, claro, por obra de Bergamín y Gallegos: Jarnés y León Felipe, por empeño de este pacificador impenitente; algún otro, por los *Amigos de Las Españas*, instalados allí cuando la editorial propiamente dicha iba quedándose sin pulso.

En el salón de "Séneca" seguimos viendo aquella almendra de bondad que fue Luis Santullano, la nobilísima figura de Luis Nicolau D'Olwer, al doctor Márquez, a Luis Areitio, a Salazar, a Emilio Prados, a Manuel Altolaguirre, a José Moreno Villa, a Benjamín Jarnés, a Soria, a Eugenio Ímaz, a Ceferino Palencia...

Y sin el tachón imaginado de la muerte –"...Lleva quien deja y vive el que ha vivido"– a Bosch-Gimpera, Puche Álvarez, León Felipe, Sbert, Jáuregui, Mariano Granados, Ruiz del Río, Rodríguez Luna, Climent, Souto, Vela Zaneti, Sáenz de la Calzada, Eduardo Robles, J. Ribau, Daniel Tapia, Herrera Petere, Manuel Andújar, Enrique Rioja, Folch y Pi, Bejarano, Somolinos, Garcés, Enríquez Calleja, Rubén Landa, Margarita Nelken, Puche Planás, Díaz Marta, Anselmo Carretero, B. García Ascot, Suárez Mier, García Bacca, Eduardo Nicol, Giménez Botey, Tarragó, Jesús Bal y Gay, Juan Oyarzábal...

De aquel nuestro pequeño mundo español podría narrar anécdotas, gestos, sucedidos, que ahondarían algunos trazos y acaso completasen otros. Por lo demás, darían a este apresurado decir sustancias de realidad directa, pero queden para momento mejor. A éste no cumple sino ir en busca de Gallegos allí donde lo sabemos vivo.

A este fin enfilamos la calle de Varsovia. A trechos, edificios altos, fríos, impersonales, rompen su fisonomía de ayer. Anochece. ¿Es aquí la Editorial? No hay placa ya ni se ve el número, pero no importa;

aquí es. Apretamos un momento el timbre. Otra vez el corto zaguán... la escalera... el primer piso, con vagos clarores de luz última y el retrato de Unamuno al fondo. Seguimos. Al vencer el último tramo vemos a nuestro gran amigo de perfil. Está inclinado sobre el libro de Caja. Alza la cabeza; sonríe. "Hola, Abenámar". Charlamos.

Algo he dicho sobre mi concepto de la vida que le hace exclamar muy sorprendido, mirándome a los ojos:

"¡Pero... usted es hombre de mucha fe!"

Yo, sorprendido a mi vez de su sorpresa, pienso que no es fe creer lo que se siente. Los ciegos, empiezo a decirme, bien creen en el sol... en que hay esquinas, en...

En este punto sale Bergamín de su despacho. Ha terminado un soneto y nos lo lee. Es bueno, verdaderamente bueno. Gallegos lo elogia y vuelve a inclinarse sobre el libro. Suena el timbre. "Ya empiezan a llegar", dice.

"Sí, ya llegan".

Durante unos minutos la escalera es un delgado río de voces, de risas, de pisadas. Bergamín ha vuelto a sus dominios. Sale otra vez. "No sé dónde he metido unos papeles."

"¡Qué cabeza, qué cabeza!"; dice Gallegos con dulzura. "Bueno, ya es hora"; añade. Cierra el libro, guarda la pluma, se levanta.

Bajamos.

"¡Cuánta gente!", murmura Bergamín.

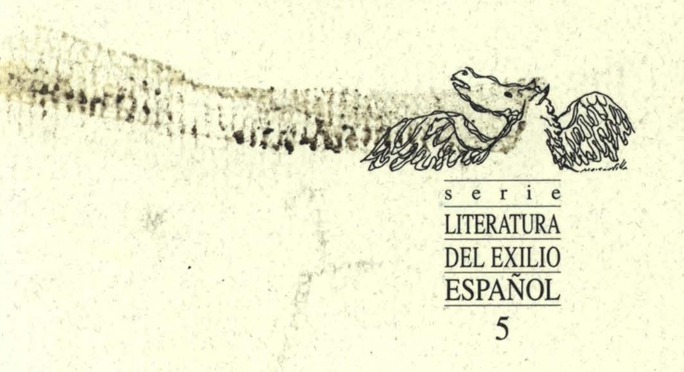
"Buenas noches, doctor"... "¡Hola, Eduardo!..."

El salón es un hervidero de gestos amigos, de sonrisas cordiales, de palabras con el calor de antaño. ¿Habrán venido todos? Pienso que si alguno se me ha perdido en lo oscuro de la memoria vendrá después, más tarde.

Ahora las voces parpadean unos segundos, se debilitan, callan y empieza a fluir la de Gallegos. Es como ayer, limpia, pausada, impregnadora, y los que el tiempo desvaneció o ha dispersado, escuchan.

DLE, 4-5 (10, 1963)

Las Españas. Historia de una revista del exilio, 1946-1963
se terminó de imprimir en abril de 1999
en los talleres de Impresores Aldina, S.A.,
Obrero Mundial 201, Col. del Valle, 03100 México, D.F.
Se tiraron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Dirección
de Publicaciones de El Colegio de México.



serie
LITERATURA
DEL EXILIO
ESPAÑOL
5

Este libro ofrece un estudio detallado de la polémica historia de *Las Españas* (1946-1963), una revista literaria que, tras la desaparición de *España peregrina* (1940) y *Litoral* (1944), retomó la causa de la cultura española en México. Se analiza con especial cuidado la ideología de la revista: su propuesta no sólo de acabar con la dictadura de Franco, sino también, y sobre todo, de construir una nueva república federal, una "nación de naciones", que permitiera la aparición entre los españoles de una sociedad auténticamente democrática y plural. Se estudia asimismo su ingente labor cultural: sus múltiples esfuerzos por promover la obra de los numerosos escritores y artistas exiliados, así como (ya en los años cincuenta) las propuestas de los escritores antifranquistas radicados en España. A este estudio siguen una serie de índices en que el lector encontrará la descripción hemerográfica de *Las Españas* y una antología de textos representativos de la larga y distinguida carrera de la revista.





